This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

LSoc4231.5 Bd. Feb. 1887.

Harvard College Library

FROM THE FUND OF

CHARLES MINOT

(Class of 1828).

Received 3 Jan. 1887.

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

IV

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

TOMO IV.

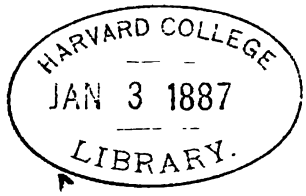
MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1873.

LSoc 4231.5
~~VIII 497~~

HARVARD COLLEGE
JAN 3 1887
LIBRARY.

Minot Fund



ACTA DE LA JUNTA ORDINARIA

QUE CELEBRÓ

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL JUÉVES 15 DE FEBRERO DE 1872.

Número 8.

ASISTENTES.

HONORARIO.

S. M. I. D. Pedro II, Emperador del Brasil.

DE NÚMERO.

Señores:
Marqués de Molins, Director.
D. Patricio de la Escosura.
Conde de Cheste.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Alejandro Olivan.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Fermin de la Puente y Apezechea.
D. Antonio Ferrer del Rio.
D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe.
D. Leopoldo Augusto de Cueto.
D. Manuel Cañete.
D. Manuel Tamayo y Báus.
D. Cándido Nocedal.
D. Francisco Cutanda.
D. Ramon de Campoamor.
D. Juan Valera.
D. Francisco de Paula Canalejas.
D. Antonio de los Rios y Rosas.
D. Antonio María Segovia, Secretario accidental.
D. Manuel Breton de los Herreros, como presente.

CORRESPONDIENTE.

D. Juan Jorge Braun.

En Madrid, juéves quince de Febrero de mil ochocientos setenta y dos, se reunió la Academia en su casa, calle de Valverde, y asistieron los señores anotados al márgen, presidiendo, como Director, el Marqués de Molins, y actuando, como Secretario accidental, el infrascrito, considerándose ademas como presente, segun acuerdo, al señor Breton de los Herreros.

Honró ademas esta Junta con su augusta presencia, Su Majestad Imperial D. Pedro Alcántara de Braganza, nuestro académico honorario, que habiendo llegado momentos ántes de la hora, se resistió á aceptar el sillon que el señor Director le ofreció en cabecera de mesa, y ocupó modestamente una de las sillas académicas, entre los señores Rios y Rosas y Cueto. En otras inmediatas se

sentaron, á ruego del mismo Sr. Marqués de Molins, el Sr. D. Cayetano de Paiva Lopez Gama, representante del imperio del Brasil en la córte de España, y el que lo es de Portugal y se halla propuesto para nuestro académico correspondiente, D. José de Silva Mendez Leal.— Ambos caballeros acompañaban á S. M. el Emperador.— Por último, se halló tambien presente á esta junta nuestro correspondiente en Munich D. Juan Jorge Braun.

Dichas la antífona y oracion acostumbradas, se leyó y fué aprobada el acta de la junta anterior.

S. M. el Emperador en muy lacónicas, pero elegantes y expresivas frases, da gracias á la Academia por la distincion que le ha conferido.

Nuestro Director contesta en los términos que por extenso se copian al pié de la presente acta.

La Academia hizo suyo este discurso por las generales muestras de aprobacion de los académicos presentes.

El infrascrito Secretario, apoyado por los Sres. Ferrer y Fernandez-Guerra, pidió á la Academia que si Su Majestad Imperial se sirve aceptarlo, se le remita á la mayor brevedad una copia del interesante escrito de nuestro correspondiente en Cádiz D. Adolfo de Castro acerca de la ilustre escritora española doña Luisa Francisca de Guzman, Duquesa de Braganza.—S. M. Imperial se dignó manifestar su aceptacion.

Dada la palabra al Sr. Conde de Cheste, leyó su señoría, en virtud de lo acordado, su traduccion del canto tercero de *Os Lusiadas de Camoens*, lo cual hizo su señoría suprimiendo, por el modesto temor de hacer demasido larga la lectura, considerable número de estancias.

Concluida ésta entre los plácemes de S. M. el Empera-

dor, de nuestros distinguidos huéspedes, y de toda la Academia, el Sr. Cueto leyó algunos trozos de un extenso exámen de literatura hispano-portuguesa, mostrando toda la independencia de su juicio crítico personal en el aplauso, y áun en la censura de los autores de ambos países que fué citando.

Un asunto urgente, de que fué preciso dar cuenta á la Academia, obligó al Sr. Director á remitir á otra ocasion la continuacion de esta lectura; y en consecuencia, el infrascito Secretario refirió que de resultas de un litigio trabado en Francia entre dos industriales franceses, uno de los cuales reclama como de su exclusiva propiedad el uso del vocablo *garantizado* que pone en las expediciones á países españoles de sus manufacturas, se le ha pedido una certificacion de la conjugacion completa del verbo *garantizar*, así como de la época en que la Academia Española ha admitido ésta y otras palabras análogas. Leida la minuta del certificado, la Academia la aprueba; y autoriza al infrascrito á expedirle con la premura que se solicita.

El Sr. Valera lee en seguida parte de su amenísimo exámen crítico de las *Cantigas* del Rey D. Alonso el Sabio, cuya lectura tambien se abrevió y truncó por entrar en la discusion de algunas papeletas del *Diccionario*, que presenta la Comision por medio de su secretario el Sr. Tamayo, y que al pié se especifican.

Con lo cual, habiendo transcurrido el tiempo prescrito, se dijo la oracion *Agimus tibi gratias*, y se levantó la sesion.

Habiendo S. M. el Emperador manifestado deseo de dejar su firma estampada en la presente acta, se ha dispuesto: Que sin quitar á esta Junta su carácter de ordi-

naria, firmen tambien la relacion de ella todos los académicos de número existentes, en conmemoracion de la honra recibida con la presencia de nuestro académico honorario el ilustrado y augusto Monarca del Brasil.

De todo lo cual, yo, el infrascrito Secretario accidental, certifico.—D. Pedro de Alcántara.—El Marqués de Molins, Director.—Patricio de la Escosura.—El Conde de Cheste, Censor.—† Este lugar tocaba al señor D. Eugenio de Ochoa; pero acometido de su enfermedad postrera al siguiente dia de la Junta, no pudo firmar el acta: R. I. P.—Alejandro Olivan.—Juan Eugenio Hartzenbusch.—Fermin de la Puente y Apezechea.—Antonio Ferrer del Rio.—Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.—Leopoldo Augusto de Cueto.—Manuel Cañete.—Manuel Tamayo y Báus.—Cándido Nocedal.—Francisco Cutanda.—Ramon de Campoamor.—Juan Valera.—Francisco de Paula Canalejas.—Antonio de los Rios y Rosas.—J. Jorge Braun.—Antonio María Segovia, Secretario accidental.

APÉNDICE PRIMERO.

Contestacion del Sr. Director, Marqués de Molins, á las breves frases con que S. M. D. Pedro II, Emperador del Brasil, dió gracias á la Academia por haberle nombrado académico honorario.

Señor:

La Academia Española logra hoy la mayor honra que registran sus anales, dando asiento y oyendo la voz de un

Príncipe insigne, protector y cultivador de las letras, amigo y compañero de los sabios; inscribiendo en el número de sus individuos á un Monarca, en que por providencial coincidencia, al mismo tiempo que reina en un Estado apartadísimo del nuestro, es nuestro hermano por raza, por religion, por historia, casi por lengua. Y digo *casi*, atendiendo á la que se habla en su imperio, y no tomando en cuenta que..... (*volviéndose á los académicos*), como acabamos de oir, señores, es familiar á S. M. la lengua á cuyo estudio nos dedicamos.

Estas causas, Señor, han pesado en el ánimo de todos nosotros cuando hemos hecho de V. M. la *unánime* eleccion que benévolamente nos agradece, y que no ha sido dictada ni por lisonja ni por vanagloria.

No ocultaré, sin embargo, á V. M. en nombre de la Academia que le es grato saludar en V. M. al descendiente de Felipe V, su fundador; de Cárlos III, su protector generosísimo, y áun de Cárlos IV, á cuya munificencia debemos la casa misma que habitamos. Pero Vuestra Majestad no se contenta con la herencia de sangre española para mostrar su afecto á la civilizacion y al idioma de nuestra patria; ántes, Señor, de dirigirse al Viejo Mundo habia V. M. dado á España la mayor prueba de afecto que un padre y un soberano puede dar, concediendo la mano de su hija, y en parte la sucesion de su imperio, á un príncipe ilustre que se ha educado en la patria de Juan Bravo y en el alcázar de Isabel la Católica, que ha aprendido las ciencias en el idioma de Morla y de don Jorge Juan, y que ha vestido el honroso uniforme que llevó con honra el académico analizador del *Quijote* don Vicente de los Rios.

Y despues, Señor, no bien llegó V. M. á Madrid, mos-

tró el vehemente deseo de conocer á las personas de escritores aquí presentes, cuyos nombres y cuyas obras le eran ya familiares. Y hoy mismo, sin descansar de un largo viaje, viene V. M. á honrar ésta que es ya su propia casa, y á elegir en ella un asiento entre todos y como el de todos, pero que honrado por V. M. será de hoy más el primero.

Por su parte la Academia tiene en su historia pruebas de su afecto á la dinastía y á la raza de que V. M. desciende: uno de nuestros principales fundadores, D. Gabriel Álvarez de Toledo, era oriundo de la provincia de Braganza; entre los retratos que V. M. se ha dignado examinar, los cuatro primeros Pachecos descienden, como es sabido, de la nobleza portuguesa; despues de ellos, cuatro Silvas son vástagos de aquel Ruy Gomez que vino á España con doña Isabel de Portugal, que fué tronco de la casa de Pastrana, fundadora primera en nuestra córte de aquellas Academias *silvages* ó *selvages* á que asistieron monarcas y soberanos de aquellos cuyo reino dura todavía, como son Cervántes, Camoens, Lope de Vega, Melo y Ruiz de Alarcon. Andando los tiempos, y en este propio instituto á que pertenecemos, Luzan, uno de sus fundadores, dirigió quizá sus mejores versos á la Reina doña Bárbara de Portugal; y la mas célebre elegía de nuestro inolvidable último secretario Nicasio Gallego fué dedicada á doña Isabel de Braganza, hermana del augusto padre de V. M.—¿Qué más? Señor, hoy mismo los dos asuntos que más nos ocupan son: la publicacion de la obra hasta ahora inédita de las *Cantigas de Alfonso X*, tesoro tan precioso para la lengua lusitana como para el idioma de Castilla; en la organizacion en América, de las academias correspondientes con ésta, que mantengan allí

puras y esplendorosas la lengua y la literatura de las razas ibéricas.

Tengo para mí, señores, que pensaréis conmigo que es buen agüero para la Academia, al tener entre manos las obras de un rey Sabio que aspiró á la corona imperial, el que venga á sentarse entre nosotros un Emperador, nieto suyo, que no aspira, sino que obtiene la corona de Sabio. —Y juzgo asimismo que á V. M. le será grato, á V. M. el más caracterizado representante de las naciones latino-americanas, que al despedirse de la vieja Europa, uno de los últimos saludos que reciba sea el de la Academia Española, que á un mismo tiempo le acata como á Monarca, y le abraza como á colega y como á hermano.—He dicho.

APÉNDICE SEGUNDO.

Papeletas presentadas por la Comision del Diccionario, todas en su acepcion técnica.

AGUIJON: Espina (de las plantas, de cuya definicion resulta la diferencia entre esta denominacion y la de *pua*). AHERVORARSE.—AHIJAR.—AHILAR: Madera (de hilo de sierra).—AHOGADIZO, ZA.—AHOGARSE.—AHORNAGARSE.—AHORQUILLAR.

CANTO TERCERO DE LOS LUSIADAS

DE LUIS DE CAMÕES,

PUESTO EN VERSO CASTELLANO

Y DEDICADO

Á LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

POR UN EMIGRADO EN PORTUGAL.

ARGUMENTO.

Vasco de Gama hace al Rey de Melinde una extensa narracion, en que, despues de una sucinta descripcion geográfica de Europa, le cuenta el orígen y principios del reino de Portugal, de sus reyes (hasta D. Fernando) y de sus principales hechos: notable accion de Egas Moñiz: viene á Portugal la reina Doña María, esposa del Rey de Castilla é hija del de Portugal, á pedir socorro contra los moros, que despues son vencidos en la batalla del Salado por las fuerzas reunidas de ambos reinos.—Amores y catástrofe de Ines de Castro.—Algunos sucesos de la época del Rey D. Fernando.

1.

Ora el dia entre rosas esparciendo,
Invitaba las gentes al trabajo
La madre de Memnon, la luz trayendo
Que al dulce sueño humano pone atajo;
Y vanse ya las perlas deshaciendo
Que al cáliz de la flor la noche atrajo,
Cuando el Rey se embarcaba de Melinde
Por ver las naves á que el mar se rinde.

2.

Vianse en rededor hervir las playas
Con la gente que alegre se apareja;
Brillan de rica púrpura las sayas;
Lucen las tramas de sedil madeja;
En vez de las guerreras azagayas

Y el arco, que los cuernos asemeja
De Febe, ramos de la planta lucen
Que al vencedor corona le producen.

3.

Ancho batel y largo, que entoldado
Viene de telas várias y colores,
Trae al rey Melindano acompañado
De nobles de su reino y de señores:
Viene de ricos paños adornado,
Segun son la costumbre y los honores;
Lleva en la frente venda guarnecida
De oro y de seda, y de algodon tejida.

4.

Un ropon de damasco ostenta fino,
De color tiria, entre ellos muy preciada,
Y un collar cuelga al cuello, diamantino,
Do el arte á la materia ve humillada:
Con resplandor reluce damasquino
Limpia daga en el cinto, bien labrada;
Y orla, y sandalia, y todo con primores,
Cubren aljófar y oro en mil labores.

5.

Con un redondo quitasol de seda,
En excelsa y dorada asta ingerido,
Un ministro al rigor del sol le veda
Que ofenda ó queme al Rey esclarecido.
Música trae á prora extraña y leda,
De bronco són, aspérrimo al oido,
De arqueadas trombas, que en redor tañendo,
Producen, sin concierto, un ruido horrendo.

6.

No con ménos ornato el Lusitano
De la flota en los botes ya salia
Á encontrar en el mar al Melindano,
Con honrosa y brillante compañía.
Viene Gama, en conjunto, al modo hispano,
Aunque es de Francia el traje que vestia,
De satin de Venecia de hilos flojos,
Del color carmesí, grato á los ojos.

7.

Las mangas, con boton de oro tomadas,
Cuyo brillo ante el sol la vista ciega;
Las calzas soldadescas, pespunteadas
Del metal que fortuna á tantos niega;
Con puntas de lo mismo, muy labradas,
Los golpes del jubon junta y allega;
Al itálico modo espada fina,
Y las terciadas pluma y berretina.

8.

Mostraban los de su alta compañía,
Aunque el traje en el modo es diferente,
El color, que á la vista da alegría,
De la tinta del múrice esplendente;
Y así el esmalte hermoso se veia
De los trajes, mirados juntamente,
Cual aparece el arco rutilante
De la gallarda hija de Taumante.

9.

Sonorosas trompetas excitaban
Los ánimos alegres, resonando;
Los bateles del moro el mar cuajaban,
Sobre el agua los toldos desplegando;
Las bombardas horrísonas bramaban,
Con las nubes del humo el sol tapando;
Menudean del bronce los tronidos;
Lleva el moro la mano á los oidos.

10.

No bien pisa el batel del negro augusto
Gama, y ya aquél al corazon le estrecha;
Y éste, con el honor que á rey es justo,
La ocasion de atraérsele aprovecha;
Mas, con admiracion y raro gusto,
Gesto y actos del Luso el Moro acecha,
Porque le inspira admiracion muy grande
Quien hasta el Indo de tan léjos ande.

11.

Y con nobles palabras le ofrecia

Cuanto del reino suyo le cumpliese,
Y que, si provisiones no tenía,
Como á cosa que es propia le pidiese:
Dícele que por fama ya sabía
Del bravo portugues sin que le viese;
Y que escuchó contar que en otra tierra
Con gente de su raza anduvo en guerra:

12.

Y cómo toda el África pregona
(Él prosigue) los triunfos que adquirieron,
Cuando en ella ganaron la corona
De allá do las Hespérides vivieron;
Y con muchos elogios alto abona
Lo mucho que los lusos merecieron,
Y lo más que por fama el Rey sabía;
Á lo que Vasco así le respondia:

13.

«¡Oh tú, Rey, que piedad sólo tuviste,
Benigno con la gente lusitana
Que entre tanta miseria y pena triste
Va afrontando del mar la furia insana!
Aquel divino sér, que eterno existe,
Y rige el cielo y la familia humana,
Te pague, pues nosotros no podemos,
Tanta merced como á tu amor debemos.

14.

»Tú solo, tú, de cuantos quema Apolo,
Nos recibes en paz del mar profundo;
En tí del daño y del furor de Eolo
Refugio hallamos fácil y jocundo:
Miéntras reluzcan desde polo á polo
Las estrellas, y el sol dé luz al mundo,
Do quier que viva yo, con fama y gloria
Vivirá tu alabanza en la memoria.»

15.

Diciendo así, los barcos van remando
Á la flota que el Moro ver desea;
Las naves una á una van rodeando,
Porque en todas lo note todo y vea.

Vulcano hácia los cielos disparando,
Desde el mar le festeja y bombardea;
Y las canoras trompas le tañian,
Y añafiles del Moro respondian.

16.

Mas despues que ya todo lo ha observado,
El generoso Rey, que se asombraba
Oyendo el instrumento inusitado
Que tamaño poder en sí mostraba,
Manda que quieto yazca y ancorado
El ligero batel que le llevaba,
Por platicar con Gama con delicia
De cosas de que cuenta ya noticia.

17.

En pláticas el Moro diferentes
Se deleitaba, preguntando ahora
Por las guerras famosas y excelentes
Hechas al pueblo que el Koran adora;
Ya le pregunta por las bravas gentes
De la última Hesperia donde mora,
Ya por los fuertes pueblos, sus vecinos,
Ya del mar por los húmedos caminos.

18.

«Mas ántes, noble capitan, nos traza
(Le decia), puntual y diligente,
El clima de tu tierra, y do se emplaza
La region que habitais; dinos la fuente,
Cuna y orígen de tu antigua raza,
Y el monarca de reino tan potente,
Con las guerras y causas de tenerlas,
Que cuanto valen sé, sin bien saberlas.»

19.

Fijos estaban todos aguardando
Lo que el sublime Gama contaria,
Cuando él, despues de un poco estar pensando,
Alzando la cabeza así decia:
«Mándasme ¡oh Rey! que vaya relatando
De mi gente la fiel genealogía;

No me mandas contar extraña historia,
Mas de los mios alabar la gloria.

20.

»Tras complacerte, lo que más me obliga
Es no poder mentir en mi relato;
Pues por mucho que de obras tales diga,
Aún dejaré por alabar ingrato.
Y porque bien el órden lleve y siga
De cuanto saber quieres, por un rato
Trataré ántes de la vasta tierra,
Y contaré despues de la ímpia guerra.

21.

»Entre la zona donde Cancro influye,
Meta septentrional del sol luciente,
Y aquella que por fria se rehuye
Tanto cual la de enmedio por ardiente,
Yace la altiva Europa, á quien circuye
Por la parte de Arturo y de Occidente
El Atlántico mar, de riesgos lleno,
Y por la austral más plácido el Tirreno.

22.

»Entre el Istro remoto y claro estrecho,
Donde Hele dejó el nombre con la vida,
Están los Traces, de robusto pecho,
Patria del fiero Marte tan querida;
Que con Hemo y Rodope, por derecho,
Obedece al Sultan que sometida
Tiene á Bisancio, que á servirle vino
Con injuria del grande Constantino.

23.

»Luégo de Macedonia están las gentes,
Á quien baña del Axio la onda fria,
Y estais vosotras, tierras excelentes,
En costumbres, ingenio y osadía,
Que los foros creasteis elocuentes,
Y los vuelos del alta fantasía,
Con que ¡oh Grecia! sublime en guerra y letras,
Hasta los cielos con tu luz penetras.

24.

»El Dálmata es despues, y en el sereno
Cielo, do alzó Antenor muros gigantes,
En medio, y de los mares en el seno,
Soberbia está Venecia, humilde de ántes.
Viene de tierra al mar, brazo que, lleno
De vigor, sujetó pueblos distantes,
Brazo fuerte de gente sublimada
No ménos en las ciencias que en la espada.

25.

»Le cerca en torno el reino Neptunino
Con muros naturales, de otra parte;
Por el medio le corta el Apenino,
Que hizo ilustre y famoso al patrio Marte.
Mas despues que guardian tiene divino,
Dejando antigua fuerza y bélico arte,
Ha perdido el ardor y el poder loco,
Que á la humildad de Dios le basta poco.

26.

»Despues se ve la Galia, que afamada
Por la gloria de César fué en el mundo,
Que del Secuana y Ródano es bañada,
Y del Garumnio frio y Rhin profundo.
De la ninfa Pirene allí encerrada
Se alzan tambien los montes sin segundo,
Que cuenta historia antigua que si ardieran,
Rios de oro y de plata mil corrieran.

27.

»Luégo tendida allí la noble España,
Como cabeza de la Europa queda,
En cuyo señorío y gloria extraña
Cien vueltas de fortuna dió la rueda:
Mas no será jamas que fuerza ó maña
De la inconstante dominarla pueda;
Que siempre há de salvarla la osadía
De los pechos magnánimos que cria.

28.

»Frente de Tingitania está, y parece

Que allí limita del Tirreno el vaso,
Donde el sabido estrecho se ennoblece,
Y el Tébano á las aguas abrió paso.
Con pueblos diferentes se engrandece,
Cercada por el mar de oriente á ocaso,
Todos de tal nobleza y valor tanta,
Que cada cual más noble se decanta.

29.

»Tiene al tarracones, que se hace claro
Sujetando á Parténope la inquieta;
Al navarro, al asturio, que reparo
Fuera ya contra el bárbaro Mahometa:
Tiene al cauto gallego, al grande y raro
Castellano, á quien hizo su planeta
Que á España unificára, siendo silla
De Granada, Leon, Murcia y Castilla.

30.

»Y ve aquí, como cima de la testa
De Europa toda, al reino Lusitano,
Do se acaba la tierra, el mar se apresta
Á dar reposo al sol en el Oceano.
El cielo quiso que en las armas esta
Nacion exulte, y lance al Mauritano
De sus playas, y allá al África ardiente
Vaya á seguirle y humillar su frente.

31.

»¡Ésa es la dulce patria mia amada!
Á la cual, si á traves de cielo opaco
Logro volver, mi empresa terminada,
¡Acabe allí conmigo el cuerpo flaco!
Ésa es la Lusitana, nominada
De Luso ó Lis, que del antiguo Baco
Hijos fueron, parece, ó compañeros,
Y en ella entónces íncolas primeros.

32.

»Á un pastor hizo el cielo que allí asome,
Que en caudillo tornándose invencible,
No halla en el mundo quien su frente dome,

Pues ni á Roma lograrlo fué posible.
Á aquélla el que sus propios hijos come,
Por decreto de Dios, siempre infalible,
La dió formar del mundo insigne parte,
Y un grande imperio hacer, y fué de este arte.

33.

» Un rey, llamado Alfonso, hubo en España,
Que movió al Sarraceno tanta guerra,
Que por sangrientas armas, fuerza y maña,
Hizo perder á muchos vida y tierra.
Volando de este Rey la gloria extraña
Del Calpe hercúleo á la Caspiana sierra,
Muchos, para en la lid esclarecerse,
Á la muerte y á él van á ofrecerse.

34.

» Y del amor vivísimo encendidos
De la fe, más que de honras populares,
Iban de várias tierras impelidos,
Dejando el patrio suelo y propios lares;
Y luégo que en cien hechos distinguidos
Ostentaron sus dotes militares,
Quiso Alfonso inmortal que sus acciones
Tuviesen digno precio en justos dones.

35.

» De ésos á Enrique (dicen), que segundo
Era de un rey de Hungría denodado,
Portugal tocó en suerte, que en el mundo
No era entónces ilustre ni preciado;
Y para más señal de amor profundo,
Quiso el Rey castellano que casado
Con Teresa, su hija, el Conde fuese,
Y con ella el dominio compartiese.

36.

» Al cual (despues que contra el fruto odioso
De Agar, él solo, á combatir se atreve,
Tierra en torno ganando valeroso
Y haciendo lo que un fuerte pecho debe),
De su piedad y amor, cual premio hermoso,

Dióle benigno Dios, en tiempo breve,
Un hijo que ilustrase el nombre ufano
Del ya creciente reino Lusitano.

37.

» Y despues de vencida la conquista
De la inmortal Jerusalem sagrada,
Y del claro Jordan la arena vista,
Que en sí de Dios la carne vió lavada,
Cuando á Bullon no hay gente que resista,
Y Judea á su reino es subyugada,
Y al cabo á sus estados se volvieron.
Muchos que en esa guerra le asistieron,

38.

» Al término postrero de su vida
El húngaro famoso al fin llegado,
Dejó la ley de humanidad cumplida,
Dando el ánima á aquel que se la ha dado;
Y quedó la alta prole no crecida,
Siendo del padre ilustre fiel traslado,
Que á los fuertes más fuertes igualaba,
Hijo cual de tal padre se esperaba.

39.

» Mas refiere rumor, no sé si errado
(Que en tiempo tan antiguo no hay certeza),
Que allí la madre se apropió el estado,
Y dobló á nuevo yugo la cabeza;
Y al huérfano dejó desheredado,
Sosteniendo que el rango y la riqueza
Del señorío entero suyo fuese,
Porque el padre al casarla se lo diese:

40.

» Ya el príncipe glorioso á vencimiento
Al padrastro y la madre infiel llevaba,
Y el suelo le obedece en un momento,
Que en contra suya há poco batallaba,
Cuando (al furor cediendo el sentimiento)
Entre cadenas á su madre ataba,

Que de Dios fué vengada en tiempo breve:
¡Tal respeto á los padres se les debe!

41.

» Ajúntase el soberbio Castellano,
Para vengar la injuria de Teresa,
Contra el de gente escaso Lusitano,
Á quien ningun trabajo rinde ó pesa.
Mas su gran pecho en el peligro insano,
Ayudado de angélica promesa,
No sólo contra tantos está entero,
Sino que ahuyenta al enemigo fiero.

42.

» Á breve tiempo de esto, el noble y fuerte
Príncipe en Guimarens está cercado
De infinito poder; que de esta suerte
Se rehizo el que fué de ántes lanzado:
Mas porque se ha ofrecido á dura muerte
El fiel Egas Moñiz, se ve salvado;
Que sin rehen tan noble era perdido,
Segun al caso está mal prevenido.

43.

» Y aquel noble vasallo, conociendo
Que no puede oponerse resistencia,
Al Castellano vase, prometiendo
Que hará que su señor le dé obediencia.
Levanta el enemigo el cerco horrendo,
Fiado en la promesa y la conciencia
De Moñiz; mas del mozo no consiente
El corazon doblar á otro la frente.

44.

» Cuando el plazo ha llegado prometido
En que el Rey castellano no dudaba
Que el príncipe, á su mando sometido,
Le diese la obediencia que esperaba,
Quedó Moñiz por falso y fementido;
Y ante Castilla, que en su honor fiaba,
Determinóse á dar la dulce vida
De la palabra, en cambio, no cumplida.

45.

» Y con su esposa y con sus hijos parte
Á levantar con ellos la fianza,
Descalzos y maltrechos de tal arte,
Que más mueve á piedad que no á venganza.
« Si es tu intento, gran príncipe, vengarte
» De mi extremada y túmida confianza,
» Ve aquí (decia) que á traerte vengo
» Por lo ofrecido, lo mejor que tengo.

46.

» Traigo á tus piés las vidas inocentes
» De los hijos sin culpa y de la esposa;
» Y si á pechos piadosos y valientes
» No satisface herir prole llorosa,
» Ve aquí mi lengua y manos delincuentes:
» Toda laya de muertes espantosa
» Experimenta en ellas, al estilo
» De Scinis y del toro de Perilo. »

47.

» Como al pié del verdugo el condenado,
Que si bien vivo aún tragó la muerte,
Extiende la garganta, y ya postrado
El golpe tan temido espera inerte,
Tal Moñiz ante el príncipe irritado,
Dispuesto está tambien á cualquier suerte:
Mas en el Rey, que ve la insigne hazaña,
Puede, en fin, la piedad más que la saña.

48.

» ¡Oh lealtad famosa portuguesa,
De vasallo que accion tan grande acaba!
¿Qué más el persa aquel hizo en la empresa
En que boca y nariz al fierro daba?
Lo que al grande Darío tanto pesa,
Que suspirando veces mil clamaba
Que á su Zopiro solo más quisiera
Que á veinte Babilonias que rindiera.

49.

» Mas ya el príncipe Alfonso se dirige

Con el lusiada ejército dichoso
Contra el Moro que el blando suelo áun rige
De allá del limpio Tajo deleitoso.
Ya en el campo de Urique alza y erige
El estandarte luso belicoso,
Y con número de armas tan pequeño,
Da frente al enemigo sarraceño.

50.

» En ninguna otra cosa iba confiado,
Sino en el que los cielos dirigia;
Que tan corto era el pueblo bautizado,
Que moros cien por cada luso habia:
Y piensa todo juicio no exaltado,
Que es más temeridad que bizarría
Acometer el loco atrevimiento
De oponer un jinete á cada ciento.

51.

» Son cinco reyes moros los contrarios,
De los que el principal Ismar se llama,
Todos expertos en peligros varios
De guerra, do se alcanza ilustre fama:
Armadas, cual sus nobles partidarios,
Damas van, como aquella insigne dama
Que con su lanza defendió á la gente
Que las aguas bebió del Simoente.

52.

» La matutina luz serena y fria
Las estrellas del cielo ya apagaba,
Cuando en la cruz el hijo de María
Apareciendo á Alfonso, le animaba:
Y él, adorando al que merced le hacia,
De fe todo abrasado, así clamaba:
« No á mí, Señor, que sé lo que hacer sueles,
» Á los infieles id, ¡á los infieles! »

53.

» Con tal milagro inflámase el brioso
Lusitano, y con ímpetu guerrera,
Por su rey natural alza al glorioso

Príncipe, que tan caro á todos era:
Y al frente del contrario poderoso
Sueltan la voz al aire y la bandera,
Gritando en fuerte són: «Real, Real,
»Por Alfonso alto Rey de Portugal.»

54.

»Cual, de gritos y voces incitado,
Por la montaña el rápido moloso
Al toro embiste audaz, que está fiado
En la fuerza del cuerno temeroso:
Ora ataca á la oreja, ora al costado,
Latiendo, más que fuerte, presuroso,
Hasta que al fin prendído á la garganta
Del fiero bruto la cerviz quebranta,

55.

»Tal del rey nuevo el ánimo encendido,
Por Dios y por el pueblo juntamente,
Al bárbaro acomete apercibido
Innumerable ejército potente;
Y esos perros levantan su alarido:
¡Alarma! gritan, corren, hierve gente,
Arcos y lanzas toman, trompas suenan,
Y con creciente són el aire atruenan.

56.

»Como cuando una llama es encendida
En los áridos campos (resoplando
El sibilante Bóreas) y acrecida
Del viento, las retamas va abrasando;
La pastoril familia, que dormida
En dulce sueño estaba, despertando
Al estridor del fuego que ya ondea,
Recoge el hato, huyendo hácia la aldea,

57.

»De ese arte el Moro, atónito y turbado,
Busca sin tino escudo ó coselete;
Mas no huye, que espera confiado
Y adelanta belígero jinete:
El Portugués le embiste denodado

Y por los pechos el lanzon le mete:
Unos caen medio muertos de los potros,
Y al Coran invocando espiran otros.

58.

»Allí se ven encuentros desiguales,
Por hacerse los dueños de alta sierra,
Y furiosos correr los animales
Que Neptuno brotar hizo á la tierra.
Golpes fieros se dan, descomunales;
Arde por todas partes la ímpia guerra;
Y el Luso adarga, arnés, malla y coraza,
Abolla, raja, hiende y ataraza.

59.

»Y vencedor se ostenta el Lusitano,
Recogiendo el trofeo y presa rica;
Y que ha roto y vencido al Moro hispano
Con su estancia tres dias certifica.
Aquí pinta en su blanco escudo, ufano,
Lo que victoria tan feliz publica:
Cinco escudos, de azul color teñidos,
Los cinco contarán reyes vencidos.

60.

»Y en estos cinco pone aquellos treinta
Dineros por que fué Jesus comprado,
La memoria escribiendo, en justa cuenta,
De aquel por quien se vió tan amparado.
De ellos en cada quina cinco asienta;
Y porque sea el número colmado,
En forma tuya ¡oh cruz que allí apareces!
Los pone en la del medio por dos veces.

61.

»Pasado ya algun tiempo que ganada
Era esta gran victoria, el Rey querido
Va á rendir á Leiria, que apresada
De poco ántes se vió por el vencido.
Tambien con ella Arronches fué tomada,
La fuerte, y la que siempre noble ha sido

Calabicastro, cuyo campo ameno
Tú, limpio Tajo, riegas tan sereno.

62.

»Á tan nobles ciudades sometidas
Junta Mafra tambien con duro brazo,
Y, de Lisa en las sierras atrevidas,
Rinde á la fresca Cintra en breve plazo:
Cintra do las Nayades, escondidas
En fuentes, van huyendo el dulce lazo
Con que amor las enreda blandamente,
Encendiendo en las aguas fuego ardiente.

63.

»Con ella subyugada fué Palmella,
Y Coimbra florida juntamente;
Y sólo, á fuer de su propicia estrella,
Desbarata un ejército potente:
Que, yendo á la ciudad, al señor de ella
Ve que viene á ampararla diligente
Por la falda del monte, descuidado
Del temeroso encuentro inopinado.

64.

»Era el de Badajoz, Rey y alto moro,
Con cuatro mil caballos escogidos
Y peones sin fin, de armas y de oro
Á barbárica usanza guarnecidos.
Mas como en el de Mayo el bravo toro,
De vaca con los celos encendidos,
Al sentir gente, bruto y ciego amante,
Asalta al descuidado caminante,

65.

»Así Alfonso de pronto ha aparecido
Á la gente que pasa bien segura;
Hiere, mata y derriba enfurecido,
Y huye el Rey, que salvarse sólo cura:
Su ejército, de espanto poseido,
Todo seguirle en dispersion procura,
Siendo los que esto hicieron (no lo callo)
Nada más que sesenta de á caballo.

66.

» Pero el Señor, que hasta muy léjos guarda
El castigo de aquel que lo merece,
Y para que se enmiende lo retarda,
Por designio que al hombre no aparece,
Si hasta aquel dia al fuerte Rey resguarda
De tanto y tanto riesgo á que se ofrece,
Hora á la maldicion le entrega, impresa
Por la madre infeliz que aún tiene presa.

67.

» Que en la ciudad estando que cercára,
Cercado en ella fué por leoneses,
Porque aquella conquista les quitára,
Suya de ántes, que no de portugueses.
La pertinacia aquí les costó cara,
Cual del hado sucede en los reveses;
Que cayó de su orgullo en el acceso,
Y en la lid que buscó vencido y preso.

68.

» ¡ Oh famoso Pompeyo, no te pene
De tus hazañas ínclitas la ruina,
Ni el ver que justa Némesis ordene
Victoria contra tí, del suegro dina!
Y por más que tu nombre el Síner llene,
Que la sombra á ningun extremo inclina,
El Fásis frio, el Botes congelado,
Y de la línea el límite abrasado;

69.

» Y aunque domes á Arabia, y los feroces
Heniocos y los Colcos, cuya fama
Dice el áureo vellon, los Capadoces,
Y á Judea, que á un Dios adora y ama:
Los blandos de Sofene, y los atroces
Cilicios, y la Armenia, que derrama
Las aguas de dos rios, cuya fuente
Está en monte más santo y eminente;

70.

» Y aunque, en fin, desde el mar este de Atlante,

Hasta el Scítico Tauro cerro erguido
Vencedor te temblaron, no te espante
Si el Ematio una vez te vió rendido;
Porque verás á Alfonso, ántes triunfante
De todos y soberbio, ser vencido.
Quísolo así el consejo divo, eterno,
Que á aquél venciera el suegro y á éste el yerno.

71.

» Ya vuelto el Rey famoso finalmente,
Por el divino juicio castigado,
Despues que en Santarem osadamente
Del Sarraceno en vano fué cercado,
Y despues que del gran mártir Vicente
El santísimo cuerpo venerado
Del sacro promontorio, tan sabido,
Á la ciudad de Ulíses fué traido;

72.

» Porque su ansiado plan lleve adelante,
Al hijo fuerte manda el laso viejo
Que, con hueste y apresto fulminante,
Marcial la tierra embista de Alentejo.
Sancho, de esfuerzo y ánimo pujante,
Pasa, y pronto correr hace bermejo
El rio que á Sevilla va regando
Con sangre vil del Sarraceno infando.

73.

» Y el Rey, á quien habian obligado
Los trabajosos años al sosiego,
En la ciudad estando, cuyo prado
Enverdecen las aguas del Mondego;
Sabiendo como el hijo está cercado
En Santarem del moro pueblo ciego,
Parte de la ciudad tan diligente,
Que no parece que contó los veinte.

74.

» Y con la vieja hueste en guerra usada
Al hijo va á ayudar, y así ayuntados,
La portuguesa furia acostumbrada

Á los moros dispersa destrozados,
Dejando la campiña bien cuajada
De plumas y marlotas y tocados;
De caballo y jaez, y escudo y pica,
De hartos muertos señores presa rica.

75.

» De tamañas victorias se rodeaba
El viejo rey Alfonso esclarecido,
Cuando el que tanta lid venciendo andaba,
De años duros, y muchos, fué vencido:
Pálida le tocó dolencia brava
Con fria mano el cuerpo enflaquecido,
El tributo á que nadie se resiste
Así pagando á Libitina triste.

76.

» Los altos promontorios le aclamaron
Y sembradas campiñas pesarosas;
Aguas de rio y fuente le lloraron,
Con lágrimas corriendo más copiosas;
Y tanto por el reino se espaciaron
De su virtud las obras valerosas,
Que *Alfonso*, *Alfonso*, en monte y valles huecos
No dejan nunca de sonar los ecos.

77.

» Sancho, fuerte mancebo, que quedaba
Imitando á su padre en valentía,
Como en vida del mismo lo probaba
Cuando el Bétis de sangre reteñia,
Y el bárbaro poder desbarataba
Del ismaelita Rey de Andalucía,
Y cuando los que á Beja circuyeron
De su brazo á los golpes sucumbieron,

78.

» Despues que por monarca fué elevado
Y á pocos años que reinado habia,
Y á la ciudad de Silves ha cercado
Y campos que sembró la gente impía,
Fué por huestes valientes ayudado

De la armada Germana, que venía
Con ejército y medios de pelea
El recobro á buscar de la Judea.

79.

»Del muerto Alfonso el genio no reside
En el segundo Sancho descuidado;
Que tanto en su desidia se desmide,
Que de aquellos que manda es él mandado:
De gobernar el reino, que otro pide,
Por causa de privados fué privado;
Porque, como por ellos se regía,
En sus vicios y fraudes consentia.

80.

»Por cuya causa el mando encomendóse
Al Conde boloñés, por Rey no alzado
Hasta que el plazo de vivir cumplióse
Á su hermano don Sancho, al ocio dado.
Ese, que Alfonso el Bravo apellidóse,
Despues de haber el reino asegurado,
De dilatarlo cuida, que ancho pecho
En espacio y lugar no cabe estrecho.

81.

»Viene luégo Dionís, que bien parece
Del bravo Alfonso estirpe noble y dina,
Que con su genio espléndido oscurece
La liberalidad Alejandrina:
Con éste el reino próspero florece
(Ya asentada la paz áurea y divina)
En estatutos, leyes y costumbres,
En países ya quietos, claras lumbres.

82.

»En Coimbra primero ejercitarse
Hizo en las sábias artes de Minerva;
Y de Helicon las musas trasladarse
Del Mondego á pisar la fértil hierba.
Cuanto puede de Aténas desearse,
Todo el facundo Apolo aquí conserva:

Las liras y los plectros de oro y nácar,
Las coronas de verde lauro y bácar.

83.

» En pueblos convirtió las soledades;
Alzó torres, castillos muy seguros;
Reformó todo el reino, y las ciudades
Adornó de edificios y altos muros;
Y despues que dió fin á sus bondades
Átropos y á sus dias ya maduros,
Á Alfonso cuarto deja, inobediente
Hijo, mas Rey glorioso y excelente.

84.

» Éste las arrogancias castellanas
Desprecia, y al contrario deja absorto;
Porque no es de altiveces lusitanas
Que tema á otro poder el suyo corto:
Ántes cuando invadió tierras hispanas
La maura gente, del infierno aborto,
Entró Alfonso esforzado á hacerles guerra
Y á defender la castellana tierra.

85.

» Con Semíramis nunca gente tanta
Fué los campos Hidáspicos hinchendo;
Ni Atila, que á la Italia toda espanta,
Llamándose de Dios azote horrendo,
Nunca gótica gente llevó cuanta
Del Sarraceno bárbaro estupendo,
De Granada á la inmensa tropa unida,
Fué en las campos Tartesios contenida.

86.

» Con que viendo el Rey noble castellano
La inexpugnable hueste grande y fuerte,
Temiendo más el fin del pueblo hispano
(Ya perdido una vez) que no su muerte,
Pidiendo ayuda al bravo Lusitano
Le envió la esposa á quien le unió la suerte,
Mujer del que la manda, si hija amada
De aquel á cuyo reino fué mandada.

87.

»Pisaba la hermosísima María
Los paternos palacios sublimados,
Lindo el rostro, aunque exento de alegría,
Y los ojos de lágrimas bañados:
Los cabellos angélicos traia
Por los ebúrneos hombros derramados;
Y al ledo padre, cuyo gozo aflige,
Estas voces, llorando, le dirige:

88.

«De cuanta raza cuenta el pueblo mixto
»De África toda, horrible gente, extraña,
»El gran Rey de Marruecos va provisto
»Á la conquista de la noble España:
»Poder tamaño junto no se ha visto
»Desque el salado mar la tierra baña,
»Y crudos y feroces vienen tanto,
»Que á los vivos y áun muertos dan espanto.

89.

»En tanto el que me diste por marido,
»Por defendèr la patria amedrentada,
»Con ejército escaso está ofrecido
»Al duro golpe de la máura espada;
»Y si de tí no fuere socorrido,
»Me verás de su trono y dél privada,
»Y viuda, y triste, y puesta en vida escura,
»Sin marido, sin reino, sin ventura.

90.

»Por tanto ¡oh Rey! de quien con largo miedo
»El corriente Mulucha se alborota,
»Rompe toda tardanza, acorre cedo
»Á estorbar de Castilla la derrota:
»Si ese aspecto, que muestras claro y ledo,
»De padre el verdadero amor denota,
»Acude, padre; si veloz no entras,
»Á quién ya socorrer quizá no encuentras.»

91.

»De igual modo la tímida María

Hablando está que Vénus triste, cuando
Á Júpiter, su padre, le pedia
Por hijo que el Tirreno va sulcando;
Y con tanta piedad le conmovia,
Que, soltando á sus piés el rayo infando,
Todo lo otorga el padre, de amor loco,
Pesándole que pídale tan poco.

92.

»Pero ya del tropel de gente armada
Los Eborenses campos van cuajados:
Brillan al sol arnés, lanza y espada,
Los caballos relinchan enjaezados,
Y la canora trompa enlistonada
Los pechos, á la paz acostumbrados,
Va incitando al combate con sus ecos
Que zumban de los valles por los huecos.

93.

»Como el membrudo bárbaro gigante,
Del rey Saul, con causa, tan temido,
Al pequeño pastor viendo delante,
De esfuerzo y piedras sólo apercibido,
Con palabra soberbia y arrogante
Desprecia al flaco mozo no vestido,
Que de la onda al són le desengaña
De que más puede fe que fuerza y maña;

94.

»Del mismo modo el Mauro la firmeza
Desprecia de los fieles, y no entiende
Que aquella alta divina fortaleza,
De que tiembla el infierno, los defiende.
Con ella el Castellano y con destreza,
De Marruecos al Rey romper pretende,
Y el Luso, que la vida pone en nada,
Se hace temer del Moro de Granada.

95.

»Las espadas y lanzas recrugian
Sobre escudos y arneses ¡fiero estrago!
Llaman (segun la ley que allí seguian)

Á Mahoma con gritos y á Santiago:
Los heridos clamando, el cielo herian,
Y hacian de su sangre negro lago,
Donde, los que del fierro se salvaban,
Semivivos caian y se ahogaban.

96.

» Con esfuerzo tan grande de horror llena
El Luso al Granadil, que en duro estrecho
Le pone en poco tiempo, y desordena
Armas y gente en huracan deshecho.
Mas de alcanzar victoria á poca pena
No muy contento el generoso pecho,
Va en ayuda del noble Castellano,
Que está en lid con el fuerte Mauritano.

97.

» Ya se iba el sol ardiente recogiendo
Á la casa de Tétis, y extinguido
(Para poniente el véspero trayendo)
Era aquel dia tanto esclarecido,
Cuando el poder del bárbaro tremendo
Fué por los bravos reyes oprimido
Con mortandad tan grande, que memoria
Nunca habrá el mundo de mayor victoria.

98.

» No de muertos la cuarta parte Mario
Hizo de los que en este vencimiento,
Cuando el agua, con sangre del contrario,
Dió á beber á su ejército sediento:
Ni el de Cartago, aspérrimo adversario
Del Ítalo poder, por nacimiento,
Que celemines tres de anillos toma
Sólo de nobles que mató de Roma.

99.

» Alcanzada tan próspera victoria,
Y vuelto Alfonso á portuguesa tierra
Á disfrutar en paz de tanta gloria
Como supo ganar en dura guerra,
El caso triste y digno de memoria,

Que á huésped del sepulcro desentierra,
Aconteció de mísera y cuitada
Que fué despues de muerta coronada.

100.

»¿Quién será, ciego Amor, que de tí huya
Y de tu dulce ley que á tanto obliga?
Tú causaste la odiosa muerte suya,
Tratándola cual pérfida enemiga.
Si dicen, fiero Dios, que la sed tuya
Ni con lágrimas tristes se mitiga,
Es porque quieres, con maldad tirana,
Tus aras empapar en sangre humana.

101.

»Te hallabas, bella Ines, quieta en sosiego,
De tus años cogiendo el blando fruto,
Del alma en el engaño dulce y ciego
(Que la dicha no dura como el luto)
En el florido campo del Mondego,
Del cristal de tus ojos nunca enjuto,
Á las plantas diciendo y flores nuevas
El nombre que en el pecho escrito llevas.

102.

»De tu príncipe allí te respondian
Los recuerdos que en su alma dominaban;
Que siempre ante sus ojos te traian,
Cuando ausentes los tuyos dél estaban,
De noche dulces sueños que mentian,
De dia pensamientos que volaban;
Siendo, en fin, todo sueño y pensamiento
Sola ocasion de dicha y de contento.

103.

»De princesas y damas mil hermosas
Él los preciados tálamos no aceta;
Que no halla fino amor prendas sabrosas
Sino en el caro bien que nos sujeta.
Viendo estas raras muestras amorosas
El noble padre anciano, que respeta

El murmurar del pueblo ante el capricho
De no casarse, que el doncel le ha dicho,

104.

»Sacar á Ines del mundo determina,
Para sacar al que ella tiene preso,
Creyendo, con matar á la mezquina,
Sanar de amor el incurable acceso.
¿Qué furor hizo que la espada fina,
Que pudo sustentar el grave peso
Del Mauritano esfuerzo, fuese alzada
Contra una flaca fembra delicada?

105.

»Los sayones llevábanla feroces
Ante el Rey, que ya pío se conduele;
Mas el pueblo, con bárbaras y atroces
Razones, á que muera le compele.
Ella con ruegos y afligidas voces,
Salidas del recuerdo que la duele
Del amante y los hijos que dejaba,
Que más que no la muerte la apenaba,

106.

»Al cielo cristalino levantando
Los ojos, con las lágrimas, piadosos;
Los ojos, que las manos le iba atando
Uno de los ministros rigurosos;
Y luégo á los pequeños contemplando,
Que tan tiernos criaba y tan mimosos,
Cuya orfandad, que no el morir temia,
Vuelta al cruel abuelo, así decia:

107.

«Si ya en las brutas fieras, cuya mente
»Natura hizo feroz de nacimiento,
»Y en las aves, que ponen solamente
»En la aérea rapiña el pensamiento,
»Con rapazuelos tiernos vió la gente
»Despertarse piadoso sentimiento,
»Como ya con Semíramis mostraron,
»Y con los dos que á Roma edificaron:

108.

» Tú, que tienes de humano voz y aspeto
» (Si de humano es matar una doncella
» Flaca y débil, por sólo haber sujeto
» El corazon del que logró vencella),
» De estas pobres criaturas ten respeto,
» Ya que no de la oscura muerte de ella:
» Muévate la piedad de su agonía,
» Pues no te mueve la no culpa mia.

109.

» Y si venciendo alarbe resistencia
» La muerte sabes dar con fuego y fierro,
» Sabe tambien dar muerte con clemencia
» Á quien para perderla está sin yerro:
» Ó si merece tanto mi inocencia,
» Ponme en perpétuo y mísero destierro,
» Allá en la Scitia helada, ó Libia ardiente,
» Donde en lágrimas viva eternamente.

110.

» Ponme do más se usáre fuerza dura,
» Entre pardos y tigres, y verémos
» Si alcanzamos entre ellos la blandura
» Que entre pechos humanos no podemos.
» Allí, la voluntad puesta y ternura
» En aquel por quien muero, criarémos
» Estas reliquias suyas que aquí viste,
» Que consuelo serán de madre triste. »

111.

» Perdonarla queria el Rey benigno,
Sensible á las palabras que la abonan,
Mas el pueblo feroz y su mal signo,
Que lo quieren así, no la perdonan.
Las hojas sacan del acero indigno
Los que el hecho por justo allí pregonan.
¿Contra una dama ¡oh pechos carniceros!
Así valientes sois y caballeros?

112.

» Como contra la linda Polixena,

Dulce y postrero amor de madre anciana,
Porque la aquílea sombra la condena,
Pirro apresta el acero y furia insana;
Y ella los ojos, con que el mar serena,
Cual mansa oveja que á morir se allana,
Vuelve á la triste madre que flaquece,
Y al sacrificio bárbaro se ofrece;

113.

»Tal contra Ines los crudos matadores
En el cuello y marfil que sostenia
Las obras con que amor mató de amores
Al hombre que despues Reina la haria,
Hundiendo el hierro entre las blancas flores,
Que el llanto del dolor regado habia,
Se encarnizaban torpes y furiosos
Del futuro castigo no cuidosos.

114.

»Bien pudieras ¡oh sol! del caso reo
Tus ojos apartar, como aquel dia
Cuando Tieste en el festin de Atreo
De sus hijos los miembros se comia.
¡Cóncavos valles que gemisteis, creo,
La voz extrema de su boca fria,
El nombre de su Pedro que la oisteis
Por espacio muy largo repetisteis!

115.

»Como pura azucena, que cortada
Ántes de tiempo fué cándida y bella,
Siendo entre los cabellos maltratada
Por mano esquiva de vivaz doncella,
Pierde aroma y color, ya marchitada,
Tal muerta está la lusitana estrella;
Secas las puras rosas, y perdida
La luz del rostro con la dulce vida!

116.

»Las hijas del Mondego ¡oh noche escura!
Llorando sin cesar te recordaron,
Y para alta memoria, en fuente pura

Las lágrimas lloradas trasformaron:
El nombre la pusieron, que aún le dura,
De *Las cuitas de Inés* que allí pasaron;
Y de esa fuente, hoy vida de las flores,
Las lágrimas son agua, el nombre *Amores*.

117.

»Largo tiempo no fué sin que venganza
No aliviara de Pedro las heridas,
Que del reino al regir cetro y balanza,
Hízola en los fugaces homicidas.
De otro Pedro, muy crudo, los alcanza,
Que, enemigos los dos de humanas vidas,
Cerraron el feroz concierto insano
Que con Antonio y Lépido Octaviano.

118.

»Del justo y duro Pedro nació blando
(Ve de natura la inconstancia terca),
Remiso, muelle y sin vigor, Fernando,
Que al reino entero á gran desdicha acerca;
Pues el Leonés, á devastar entrando
La tierra sin defensa, estuvo cerca
De destruirse el reino totalmente;
Que vil Rey torna en vil la mejor gente.

119.

»Ó castigo fué claro del pecado
De quitarle á Leonor á su marido
Y casarse con ella, aconsejado
De un falso parecer mal sugerido,
Ó fué que el corazon entregó atado
Al vicio torpe á que se vió rendido,
Hízose al fin cobarde; que envilece
Un amor que en el alma infame crece.

120.

»No fué el Rey don Duarte más dichoso
El plazo que ocupó la suma alteza;
Que así el tiempo alternando va dudoso
El bien y el mal, el gozo y la tristeza.
¿Quién vió siempre un estado deleitoso,

Ni siempre en la ventura la fijeza?
Verdad es que, en tal reino y tales reyes,
Poco usó la inconstante de sus leyes.

121.

»Alfonso su heredero.....» mas ¡cuán ciego
Yo, que emprendo con paso temerario,
Sin vosotras del Tajo y del Mondego,
Por camino tan rado, extenso y vário!
Vuestro favor imploro, que navego
Por alto mar con viento tan contrario,
Que, si no me ayudais, al cielo plegue
Que muy pronto mi barca no se anegue.

122.

Mirad que há tiempo mucho que cantando
Vuestro Tajo voy ya, vuestros Lusiadas,
Y fortuna me trae peregrinando,
Sufriendo sus injurias duplicadas:
Ayer peligros de la mar pasando,
Hoy de Marte las furias desatadas,
Cual Canace, ya pronto á la hora suma,
Una mano en la espada, otra en la pluma.

123.

Ora con la pobreza aborrecida
Por ajenos hospicios degradado;
Ora de la esperanza ya adquirida
De nuevo más que nunca derribado;
Ora escapando apénas con la vida,
Que de un hilo pendia tan delgado;
Que no ménos milagro fué librarse,
Que al Rey judaico en el cubil salvarse.

124.

Y aunque así, ninfas mías, no bastaba
Que tan grandes miserias me oprimiesen,
Sino que aquellos que cantando andaba
Tal precio por mis versos me volviesen,
Á trueque de descansos que esperaba,
De coronas de lauro que me diesen,

Trabajos nunca vistos me inventaron,
Con que á estado tan triste me arrojaron.

125.

Ved ¡oh ninfas! qué engendros de señores
Vuestro Tajo produce generosos;
Que así saben premiar con sus favores
Á quien los hace con cantar gloriosos!
¡Qué ejemplos á futuros escritores
Que despierten á ingenios perezosos,
Que aquellas cosas den á la memoria
Que merecen tener eterna gloria!

126.

En tantos males, pues, séame dado
Sólo que vuestro amor no me fallezca,
Principalmente aquí, que ya he llegado
Donde diversos hechos engrandezca.
Vuestro amparo me dad, que yo he jurado
No gastarle en quien bien no lo merezca;
Y, ni por miedo al daño que ya espero,
Ensalzaré á los altos lisonjero.

127.

Ni creais que ya fama nunca diera
Á aquel que al bien comun de inmensas greyes
Su privado interes antepusiera,
Adverso á humanas y á divinas leyes;
Ni á ningun ambicioso que quisiera
Á los mandos subir que dan los reyes,
Sólo para con torpes ejercicios
Poder usar más ancho de sus vicios.

128.

Á nadie que poder quiera bastante
Para el servicio de designo feo,
Y que por complacer al vulgo errante
De más formas se vista que Proteo;
Ni tampoco penseis, Musas, que cante
Al que hipócrita en traje honesto veo,
Por contentar al Rey, en nuevo oficio,
Robar y hacer al pueblo maleficio.

129.

Ni á quien juzga que es justo y caso estrecho
Guardar leyes del Rey severamente,
Y no piensa que es justo y de derecho
Que se pague el sudor de pobre gente;
Ni á quien siempre, con poco usado pecho,
Razones busca, y cuida que es prudente,
Con mano avara, al premio poner tasa
De trabajos ajenos que él no pasa.

130.

Yo sólo he de decir los que expusieron
Por su Dios y su Rey la amada vida,
Que haciéndola inmortal, la revivieron
Á la luz de su gloria esclarecida.
Febo y las que hasta agora me siguieron
Me doblarán la llama concedida,
Miéntras que tomo aliento, descansando
Para seguir despues mayor cantando.

FRATERNIDAD DE LOS IDIOMAS Y DE LAS LETRAS

DE

PORTUGAL Y DE CASTILLA[1].

Cuando se intenta analizar con sentido elevado y filosófico la naturaleza de las sendas por donde caminan naciones diferentes en los grandes períodos históricos, encuentra el pensamiento, en medio de las divergencias imprescindibles de historia, de raza y de clima, y por consiguiente de tradiciones, leyes y costumbres, un fondo moral uniforme que entre sí las acerca, y hasta cierto punto las hermana. Este fondo moral es el impulso generador de la civilizacion á que aquellas naciones pertenecen. El más poderoso de estos impulsos, el que lleva en sí una fuerza civilizadora irresistible, es la religion cristiana. Como más noble, más grande, más generosa, y sobre todo más adecuada á las necesidades del linaje humano que todas las demas religiones de que hacen memoria los anales del mundo, ha estampado en los pue-

(1) El presente bosquejo fué escrito en ménos de veinte dias, plazo que medió entre el encargo de la Academia y la llegada á Madrid de S. M. el Emperador del Brasil. No ha sido posible emplear en este trabajo toda la diligencia y el detenido exámen que requiere asunto tan arduo y fecundo.

(*Nota del autor.*)

blos un sello de semejanza y de analogía que asoma al traves de las diversidades autonómicas y de los desvíos de la voluntad suscitados por la ambicion, la guerra, los intereses encontrados y otras amargas vicisitudes de la vida de las naciones.

Los pueblos antiguos llevaban hasta la servidumbre y el exterminio los odios nacionales. En los tiempos modernos, sentimientos humanos que ennoblecen el alma, y la cultura intelectual, que hace la condicion del hombre más apacible, más indulgente y más sociable, son causa feliz de que aquellos desvíos, y hasta los más ásperos rompimientos, sean siempre de índole fugaz entre las naciones cristianas.

Y si á este soberano móvil de concordia humana se agregan otras causas profundas de enlace y semejanza, tales como el orígen, la raza, la historia, las letras, el idioma, entónces la diversidad autonómica casi desaparece á los ojos de quien sabe considerar desde alta esfera la índole peculiar de los pueblos.

Pocos han tenido entre sus nacionalidades respectivas mayores y más robustos lazos y conexion más íntima y profunda que el lusitano y el castellano. Esto, en los tiempos anteriores á la dominacion española, no habia para qué decirlo y explicarlo. Se sentia y se palpaba.

Despues del advenimiento al trono de la casa de Braganza, la pasion política hizo cambiar de rumbo en esta parte al espíritu popular. Los españoles fueron blanco en Portugal de enconadas diatribas (1); pero no se quedaron cortos en corresponder á la animadversion lusitana,

(1) Un códice del siglo XVII, que adquirí há muchos años en Lisboa, está lleno de procaces versos y obscenos epitafios contra España.

no con ódio, que jamas lo despertaron los portugueses en corazones castellanos, sino con cuentos y emblemas burlescos. Todo el desagravio se cifró en suponer que la arrogancia era prenda distintiva del carácter de los portugueses, y esta creencia quedó vulgarizada en mil dichos y cuentos donairosos, en los cuales no asoma la mala voluntad, sino meramente el chancero desenfado de los españoles. Pero los pueblos son tenaces en sus invenciones y en sus creencias, por erradas que sean. Pasados los tiempos del sinsabor y de la ojeriza que ocasionaron las desavenencias internacionales, todavía motejaba sin razon el pueblo castellano á los portugueses de orgullosos y encopetados. El apacible é inofensivo Iriarte se hizo eco en el siglo pasado de esta conviccion vulgar, en aquel chistoso soneto, que me perdonaréis que os recuerde, por lo fácil y por lo ameno:

DICHO DE UN ANDALUZ.

Estando de una cruz al pié sentado
Un andaluz, gran chusco, gran chancero,
En un hijo del Bétis caballero,
Pasa un fidalgo portugues finchado.
Mira, á ley de cortés y bien criado,
Al andaluz, y quítase el sombrero;
Éste, correspondiendo al forastero,
Se quita la montera con agrado.
«Não é vossé á quem fago a cortezia
Mas á essa cruz», le dice el lusitano
Con bien inesperada altanería;
Y el andaluz responde: «Calle, hermano,
Puez yo tampoco á uzted ze la jazia;
A eze potrico zi, que ez mi paizano.»

No hay por qué admirarse de esta persistencia del espíritu popular en todo aquello que apasiona ó recrea. ¿No imagina todavía la mayor parte de los franceses que

nuestras damas bailan con castañuelas, y que los galanes españoles pasan una parte de la noche entonando, al són de la vihuela y al pié de los balcones de sus amadas, canciones más ó ménos moriscas? Esos mismos franceses que, por cierto, en materia de arrogancia y propio desvanecimiento no se quedan en zaga, nos tachan, hoy todavía, cabalmente de esa misma cualidad característica que los españoles atribuian á los portugueses, y hablan de la *morgue castillane*, proverbial en Francia en el siglo XVI, como lo hacian, ni más ni ménos, *Les Rodomontades des espagnols*, de Brantôme, y otros libros famosos en aquella era en que los franceses se vengaban de nuestra gloria y preponderància, presentando á la raza española como tipo de gente soberbia y jactanciosa.

Pero poco importan esos devaneos burlescos de la imaginacion popular que nacen en momentos dados, y no lastiman los sentimientos morales de los pueblos.

Más graves son las preocupaciones históricas ó literarias apadrinadas por varones de cuenta, porque ellas suben de este modo á más altas esferas, y ejercen más directa y trascendental influencia en las relaciones de los estados. El Marqués de Pidal, lamentándose del mutuo apartamiento en que han vivido las naciones española y portuguesa desde el reinado de Cárlos II, escribe estas enérgicas palabras:

«Una de las primeras observaciones que desde luégo se hacen al leer las antiguas colecciones de poesías, es el enlace íntimo y estrecho que tenian entre sí las dos literaturas castellana y portuguesa, si se podian, en efecto, considerar como cosas realmente diferentes. Hoy que tocamos el funesto resultado de una política recelosa y suspicaz, seguida con pertinacia durante dos siglos, política que ha tratado de separar al Portugal de los sentimientos é intereses peninsulares, y de hacerle volver la vista hácia países, ideas y afectos que no tienen con los suyos ningun

género de conexion y analogía, tenemos alguna dificultad en comprender la identidad antigua de la literatura de los dos países. Pero Portugal en sus dias de gloria, cuando, siguiendo los instintos de su nacionalidad, daba de sí las grandes muestras que tan profunda huella han dejado en la historia del mundo, era un pueblo eminentemente peninsular y español, como Aragon, como Valencia y Navarra. Como estos pueblos, peleaba algunas veces con Castilla en riñas interiores, y por decirlo así, civiles. Pero en las grandes ocasiones, en aquellas sobre todo en que el interes peninsular peligraba, era muy comun verlos unidos bajo una misma bandera. Sus nobles, sus sabios y sus hombres distinguidos tomaban parte en todos los negocios peninsulares; eran conocidos en la brillante córte de Castilla, como los castellanos lo eran en la de Portugal, y las principales familias de los dos reinos estaban enlazadas por vínculos estrechos de sangre y parentesco. Portugal no era más que una de las variedades de la nacionalidad española, y su literatura, por lo mismo, otra variante, y no grande, de la literatura castellana. La lengua portuguesa era casi conforme á la gallega, que se hablaba en una gran parte de los dominios castellanos.

»Hase querido contradecir y violentar el espíritu peninsular que animaba al Portugal, y en estos esfuerzos contra la naturaleza de las cosas, su vitalidad y su energía se han considerablemente enervado. Hoy Portugal está tan separado de los demas pueblos de la península, que en ellos se sabe más bien lo que pasa en cualquier país de Europa, que en el que tenemos, por decirlo así, á la puerta de casa» (1).

Campo para muchas y graves reflexiones abre á la crítica imparcial y elevada este profundo y severo juicio del ilustre Marqués de Pidal. Me limitaré, para no apartarme de la índole peculiar de la Academia Española, á recordar algunos hechos de carácter puramente filológico y literario, que demuestran la constante unidad de formacion, desenvolvimiento y carácter que han tenido siempre, como plantas del mismo suelo, los idiomas y las letras de Castilla y de Portúgal.

Increible debe parecer á los que conocen á fondo la historia literaria de las dos naciones, que sea necesario

(1) El Marqués de Pidal; Introduccion al *Cancionero de Baena* (1851).

intentar siquiera la demostracion de esta fraternidad literaria, que por sí misma tan vivamente resplandece.

I.

INFANCIA DE LA LENGUA Y DE LA POESÍA DE PORTUGAL.

Los monumentos literarios del idioma portugues no son tan antiguos ni tan importantes como los del habla de Castilla. Nada se conoce hoy en Portugal que pueda compararse al *Poema del Cid*, al *Libro de Alexandre*, á los tres poemas hallados en un códice del Escorial (*Libre de Apollonio; Vida de Santa María Egipciaqua; Libre dels tres Reys d'Orient*), á las obras de Gonzalo de Berceo; nada tampoco tan venerable por su antigüedad como algunos romances, por ejemplo, aquel, anterior á Alfonso X, que fué sacado del archivo del monasterio de Cardeña, y copian el maestro Berganza en sus *Antigüedades de España* (1), y Merino en su *Escuela Paleográfica*, y empieza de este modo:

En Sant Peidro de Cardenna
Do yace el Cid enterrado,
Con la su donna Jimena,
Que buen poso han entrambos,
Yacen tambien muitos reyes
E muitos homes fidalgos,
Cuyos fazañosos fechos
Los fizieron afamados (2),
etc.

(1) Tomo II, pág. 367.

(2) D. Agustin Durán conjetura con razon que este romance no es del siglo XII, como creyeron Berganza y Merino; pero no niega que sea anterior al Rey Sabio. Es uno de los documentos que prueban cuán cerca se hallaban uno de otro, en la primera mitad del siglo XIII, los diomas gallego y castellano.

En Portugal, sólo en el reinado de D. Alfonso III, yerno de D. Alfonso-el-Sabio, y esto ya en la segunda mitad del siglo XIII, y especialmente en el reinado de su hijo D. Dinís, empiezan los monumentos literarios auténticos en lengua vulgar.

Los principales que se citan, fuera de los cancioneros formados en el siglo XIV, son los siguientes:

I. Versos de un *Poema de la Cava* ó de la perdicion de España en el siglo VIII, que comienza así:

O rouço (1) da Cava imprió (2) de tal sanha
Á Julian et Hopas, á saa grey daninhos,
Que, em sembra (3) cõ os netos de Agar fornezinhos (4),
Hũa atimárão (5) prasmada (6) fazanha.....
etc.

II. Las trovas de los Figueiredos ó *Canção do Figueiral.* Hé aquí una estrofa:

No Figueiral Figueiredo, a no figueiral entrei;
Seis niñas encontrara, seis niñas encontrei;
Para ellas andára, para ellas andey;
Llorando as achara, lhorando as achei.
Logo lhes pescudára, logo lhes pescudei (7)
Quem las maltratára y á tão mala ley.....
etc.

III y IV. Dos cartas poéticas de Egas Moniz Coelho á su dama. Una de ellas empieza así:

---

(1) Forzamiento.
(2) Llenó.
(3) En union.
(4) Bastardos.
(5) Acabaron.
(6) Pasmosa.

Para la exactitud de estas interpretaciones hemos consultado el *Elucidario* de Fr. Joaquim de Santa Rosa Viterbo (Lisboa, 1799).

(7) *Pescudei*, pregunté.

Fincaredes vos embora
Tão coitada,
Que ei vóime por hi fora
De longada.
Váise o bulto de meu corpo;
Mas ei non.....
etc.

V. Canção de Gonzalo Herminguez ó Traga-Mouros á Ouroana. Empieza así:

Tinhéravos, non tinhéravos
Tal á tal ca monta!
Tinhéradesme non tinhéradesme
De la vinhérades de ca filhárades
Ca amabia tudo em soma,
etc.

Estas escasas reliquias de los albores de la cultura literaria de Portugal han dado mucho que pensar á críticos y á filólogos. Escritores, más severos que bien informados, han negado su autenticidad.

A principios de este siglo, el docto João Pedro Ribeiro, y con él la Academia Real de Ciencias de Lisboa, que publicó su libro (1), y despues, copiándose sucesivamente, el sabio Raynouard, Balbi, Sismondi y otros han declarado *apócrifos* aquellos monumentos primitivos de las letras y de la lengua de Portugal. Ribeiro recuerda que Miguel Leitão, que publicó tres de ellos, coloca las estrofas del *Poema sobre la perdicion de España* en medio de una novela, en la cual hasta pone en boca de sus fabulosos personajes un soneto de Camóens.

De todos estos monumentos dice Ribeiro:

« Os dou por apócryfos.

» Não posso reconhecer a genuidade destes documentos : 1.°, por fal-

(1) Disertações chronologicas e criticas (Lisboa, 1810).

ta de provas da sua antiguidade..... 2.°, porque as palabras, que nelles se emprégão, todas de diversas idades de nossa lingua, formando hum todo afectado, parece ser mais obra de hum artificio estudado.»

No es de extrañar que el inflexible erudito Ribeiro negára toda autoridad histórica á la *Miscellanea* de Leitão de Andrada (1), al leer en ella que el *Poema da perda de Hespanha*, escrito, como hemos visto, en coplas de arte mayor, es contemporáneo del suceso, esto es, del siglo VIII, en que la lengua vulgar era embrion, y no lengua. Pero

---

(1) Pág. 456. Este libro curioso y raro, impreso en Lisboa 1629, me ha sido franqueado por nuestro sabio bibliógrafo el Sr. de Gayángos. Confirma grandemente la mancomunidad de las dos literaturas. Leitão adoptó el extraño sistema, seguido tambien por el Dr. Lozano en *Los reyes nuevos de Toledo*, de mezclar la novela con la historia. Era Leitão hombre verdaderamente erudito, y, en forma de diálogos, escribió un *Centon*, en el cual, sin órden ni coherencia, introduce relaciones crítico-históricas, tales como *A jornada d'Africa del rey D. Sebastião, erros d'ella, á forma do campo*, etc.; investigaciones genealógicas; narraciones novelescas y noticias de arqueología filológica. Los personajes, que hablan siempre en portugues, recitan versos y escriben cartas poéticas amorosas indistintamente en ambos idiomas. Canta á Alfonso Enriquez y á otros personajes gloriosos de Portugal en versos castellanos. Así empiezan unas estrofas á la muerte del rey D. Sebastian:

Puestos están frente á frente
Los dos valerosos campos,
Uno es el del rey Maluco,
Otro de Sebastian el lusitano.

Así acaba:

Busca la muerte en dar muertes,
Diciendo; ahora es la hora;
Che un bel morir tutta la vita honora,

«palabras italianas que este Rey trazia d'antes na boca, e costumava dizer muytas vezes.»

Tambien publica Leitão la melodía con que se cantaban las estrofas. Es singular que se haya preferido la lengua castellana para la música de una cancion de gloria y sentimiento esencialmente lusitanos.

la crítica histórica carecia en tiempo de Ribeiro de la amplitud, de la firmeza y de los datos que ha adquirido en los últimos tiempos, y era entónces fácil moda negar de un modo absoluto lo que no se lograba explicar.

Hoy se sabe que son verdaderos varios de los curiosos vestigios de poesía popular que Leitão, sin sospechar su importancia histórica, introdujo, como jugando, en forma novelesca, en su interesante *Miscelánea*. El error principal del ilustre Ribeiro y de los que rutinariamente le han seguido, consiste, segun observa un insigne escritor portugues, en haber aplicado á la crítica literaria los procedimientos especiales de la crítica paleográfica.

Para juzgar de la autenticidad de la poesía, se atiende ahora más al sentido histórico y al espíritu literario que al valor idiomático. Así lo han hecho Renan y otros sabios cultivadores de las lenguas semíticas, porque han tenido en cuenta las alteraciones de lengua ó de cronología, que así la tradicion oral como la tradicion escrita introducen paulatinamente en los primitivos monumentos poéticos.

Todos los escritores portugueses ó brasileños de nota, como Herculano (1), Lopes de Moura (2) y otros, reconocen hoy dia el carácter genuino de estos vestigios leyendarios, que llevan en sí mismos el sello moral infalible de los tiempos á que pertenecen. Milá y Fontanals, guiado por su claro instinto, reconoce la posibilidad de que aquellos vestigios sean auténticos, y sólo niega rotundamente, y esto con harta razon, el tiempo remoto en que se suponen escritos (3). De igual sentir era el cuerdo benedictino

(1) *Historia de Portugal.*
(2) Prefacio del *Cancioneiro d'El Rey D. Diniz*, pág. 14.
(3) *De los Trovadores en España;* Barcelona, 1861, pág. 494.

Fr. Martin Sarmiento, el cual, aunque indirectamente, confirma mi creencia de que la cancion del *Figueiral* puede ser muy bien monumento peculiar de la poesía gallega (1).

Pero el escritor que con mayor tino y más crítico discernimiento ha esclarecido esta cuestion de la autenticidad de aquellas curiosas reliquias, es el erudito historiador de la literatura portuguesa, Teófilo Braga. Por la forma métrica, semejante á la de *Las Querellas* de Alfonso X, forma nacida en Portugal de la influencia poética española, que se hacia sentir eficazmente á mediados del siglo XIV, así como por el espíritu literario que á la sazon reinaba, el escritor portugues juzga con profundos raciocinios é importantes datos, que á esa época pertenece el fragmento del *Poema de la Cava;* y conjetura, ademas, con no escaso fundamento, que este poema no versaba sobre la perdicion de España en el siglo VIII, sino acaso sobre la batalla del Salado, asunto entónces muy en boga

---

(1) «El P. Bernardo Brito, cisterciense, en el tomo II de su *Monarquía lusitana* pone el caso de haberse opuesto unos caballeros al tributo famoso de las cien doncellas, y que por haber vencido á unos moros que llevaban unas doncellas, sin más armas que unos troncos de higuera, se originó por eso el noble apellido de Figueroa. A este asunto pone estas coplas:

No figueiral figueiredo, etc.

»Dice este autor que halló estas coplas en un cancionero antiguo, y que tambien las oyó cantar á un viejo portugues en la Beira. Cree dos cosas: primera, que esta aventura de los caballeros Figueroas sucedió en Portugal; segunda, que entónces se hicieron estas coplas á aquel asunto, ó muy poco despues. De todo dudo. El lance de los Figueroas sucedió en Galicia, en donde incòncusamente está el solar y casa de Figueroa. Las coplas las supongo antiguas, pero no de tanta antigüedad.» (FRAY MARTIN SARMIENTO; *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles.* Madrid, 1775.)

entre los rimadores. En efecto, el fragmento que se conserva tiene trazas de una mera introduccion, y como dice Braga,

«é rapido é apanhado, sem drama nem paixão, como uma especie de summario ou recapitulação em que se passa vagamente para entrar em materia.»

Pertenece asimismo á la poesía erudita, y tiene el carácter de las *Lamentaciones* narrativas, que abundan en los cancioneros, como puede verse en el de Resende, y especialmente en el de Baena (1).

Acerca de la famosa *Canção do Figueiral*, que en la forma pertenece á la escuela gallego-portuguesa de orígen provenzal, y en el fondo á la inspiracion popular, Teófilo Braga, en un extenso y luminoso estudio, ha demostrado, con general asentimiento, que juzgaron muy á la ligera los que la han declarado apócrifa, y que ni fray Bernardo de Brito ni Miguel Leitão de Andrada, sus primeros publicadores, pudieron cometer en el siglo XVII la superchería que, para negar el carácter genuino de dicha cancion, sería forzoso atribuirles (2). Es indudablemente una de las infinitas formas de la leyenda del *Tributo de las doncellas*, que ya en prosa, ya en verso, han corrido todos los ángulos de la península española, desde Lúcas de Tuy hasta los tiempos modernos, en que se ha llevado no pocas veces al teatro. Esta leyenda, nacida en

---

(1) Braga recuerda á este propósito el poema del siglo XV, *Lamentaciones por la destruycion de España*, citado por el Sr. Amador de los Rios.

(2) «Sobre a *Canzão do Figueiral* até oje a critica ainda não tem dito senão inepcias.» (*Epopèas da raça mosárabe*. Porto, 1871.)

Oriente como tantas otras (1), tomó carta de naturaleza entre españoles y portugueses, los cuales, aplicándola á la violencia de la dominacion mahometana, hicieron de ella un *mito tradicional*, segun la expresion de Herculano. Los versos de Gonzalo de Berceo, del siglo XII, sobre esta leyenda, son su primera expresion poética erudita en lengua vulgar (2); la *Canção do Figueiral*, del siglo XIII, es su primera forma poética popular. Despues la inspiracion del pueblo tomó en ambas naciones la forma del romance. En Portugal puede citarse el que empieza:

¿Qué faceis aquí, senhora?
¿Quem vos aquí prantaria?
¿Quem veiu aqui deïxar-vos
N'esta chaparra sombria? (3),
etc.

En España, el brioso romance del rey Ramiro:

En consulta estaba un dia
Con sus Grandes y Consejo (4),
etc.

---

(1) En la tradicion española es el califa Abderahman quien impone el tributo de las doncellas; en la tradicion del Bajo-Imperio es el rey de Persia Cosroes II quien, á principios del siglo VII, exige al emperador Heraclio «el tributo anual de mil talentos de plata, mil trajes de seda, mil caballos y *mil doncellas.*» (V. Gibbon; *Historia de la decadencia y de la caida del imperio romano.*)

(2) Al fin de la *Vida de San Millan.* Así empiezan:

El rey Abderraman, sennor de los paganos,
Un mortal enemigo de todos los christianos,
Avie pavor echado por cuestas y por planos;
Non avien nul conseio por exir de sus manos,
etc.

(3) Romanceiro do Algarve, pág. 43.

(4) Anónimo; *Flor de varios romances*, 1597. — Número 617 del *Romancero general*, de Durán.

Y tambien el que empieza:

De Leon y las Astúrias
Ramiro tiene el reinado (1),
etc.

Pero á la demostracion de la crítica perspicaz y elevada hay que añadir una demostracion de hecho, que ha traido inesperadamente nueva luz al problema de la autenticidad de aquellos acentos primitivos de la musa gallego-lusitana.

El Sr. D. Mariano Soriano Fuertes, buscando asiduamente materiales para su *Historia de la música española*, da casualmente en Barcelona con el *Cancionero del Conde de Marialva*, precioso códice del siglo XV, perdido en Portugal, pero conocido y citado por antiguos escritores portugueses. Este códice contiene las curiosas reliquias de la poesía portuguesa de los siglos XIII y XIV, y entre ellas la famosa *Canção do Figueiral*, con algunas variantes de la que publicó en el siglo XVII Frey Bernardo de Brito. La cancion está acompañada, en el códice, de la melodía con que era cantada en aquellos apartados tiempos, escrita en *notas rabínicas*, semejantes á las empleadas en la música de los códices de las *Cantigas* de Alfonso el Sabio. El Sr. Soriano Fuertes, á quien no movia en sus investigaciones interes alguno de historia literaria, ha tenido la fortuna de dar, publicando el antiguo cantar gallego-portugues como vestigio de la música de la edad media, una confirmacion indirecta, pero decisiva, de la

---

(1) De Lorenzo de Sepúlveda. — Número 618 del *Romancero*, de Durán.

autenticidad de este curioso resto de la historia poética peninsular (1).

No hay para qué decir cuánto ha complacido á los eruditos de Portugal el feliz hallazgo del Sr. Soriano Fuertes. Igual fe merecen hoy, como monumentos de los siglos XIII ó XIV, la *Cancion* de Gonzalo Herminguez, y las *Cartas* de Egas Moniz, con sumo primor refundidas por el vizconde Almeida-Garrett. Claro es que nadie cae ya

---

(1) El Sr. Soriano Fuertes publicó con notacion moderna la música de la *Canção do Figueiral.* Ha sido cantada, con gran inteligencia de su genuino carácter, en casa del que esto escribe, por la admirable cantora aficionada, la Sra. doña Elisa de Lujan, con adecuado acompañamiento de piano, escrito por el distinguido maestro de la Escuela Nacional de música Sr. Hernando. El carácter de esta música es sencillo y candoroso, por el estilo de los cantos populares de Galicia.

Y en verdad que esta cancion, que se tiene por exclusivamente portuguesa, pudiera ser muy bien obra de un trovador gallego. La lengua es tan gallega como portuguesa, y acaso más gallega que portuguesa, como muchos de los cantares de la lengua poética comun á ambos reinos en los siglos XIII y XIV. En cuanto al espíritu de la leyenda, tambien es de índole española, como puede inferirse de las siguientes palabras del portugues Rodrigo Mendez de Silva, cronista general de España y Ministro del Real Consejo de Castilla:

«Año 791, 1.° de Mayo, dia de San Felipe y Santiago, acaeció aquella tan celebrada hazaña de cinco caballeros hermaneros, llamados Pedro, Sancho, Ferrando, Sueiro y Alonso, del linaje de los Ferrandez de Temez, tronco de la casa de Córdova, como lo afirma el obispo D. Pedro Seguino; los cuales, habiéndoseles quebrado las espadas, con ramos de higuera defendieron á treinta doncellas que los moros llevaban de tributo, en Petoburdelo, sitio entre las ciudades de la Coruña y Betanzos, yendo entre ellas Sancha y Momerana, hermanas suyas; por cuya memorable accion tomaron el apellido Figueroa, y por armas cinco hojas de higuera verdes, en campo de oro; quedando progenitores de las nobles familias Figueroa, Figuera y Figueredo.» (*Catálogo Real y genealógico de España.* Madrid, 1639.)

El número de las doncellas no altera la esencia de la leyenda. En Gonzalo de Berceo son sesenta. En otras versiones varía el número.

en la anti-crítica tentacion de tomar á Egas Moniz por autor de las tales cartas. Todos las juzgan lo que son: cantos anónimos, semi-provenzales, semi-lusitanos, que el sentimiento popular referia espontáneamente á un héroe leyendario en la historia portuguesa, y como tal cantado por Camóens y por otros poetas del Portugal y del Brasil (1).

En el último siglo se suscitó algùnas veces la cuestion de la precedencia originaria, respecto uno de otro, de los idiomas portugues y castellano. Mayans, en sus *Orígenes de la lengua española*, elude la controversia.

«En el portugues, dice, comprendo el gallego, considerando aquél como principal, porque tiene libros y dominio aparte, y dejando ahora de disputar cuál viene de cuál.»

Hoy dia, que la crítica camina por sendas más filosóficas y más seguras, la cuestion parece llana, apoyándose en los fundamentos históricos, y no puede ofrecer ya divergencias de dictámen entre españoles y portugueses. Éstos reconocen sin dificultad que, al constituirse la Monarquía portuguesa, el gallego era la lengua vulgar del país. Un distinguido escritor portugues de nuestros dias, el Sr. Teixeira de Vasconcellos, emite su opinion en estos términos:

«A l'époque où le Portugal se déclara indépendant, la cour de Léon parlait le *gallicien*, et les portugais employaient le même langage. Mais les événements postérieurs en déterminèrent la décadence, et favorisèrent le développement du castillan..... La cour de Léon adopta le castillan, et, bien que les poètes continuassent encore à se servir du *gallicien*, la nouvelle langue de la cour triompha aisément de sa rivale, et la remplaça entièrement» (2).

---

(1) Véase, entre otras, la leyenda de Egas Moniz por el caballero brasileño Miguel María Lisboa.

(2) *Le Portugal et la Maison de Bragance.* París, 1859.

No entraré en el exámen de la formacion respectiva de ambos idiomas, porque no cabe tal exámen en los límites de este somero estudio. Me ceñiré á recordar que desde su primordial orígen, esto es, desde la corrupcion primitiva del latin, la formacion de las dos lenguas es tan simultánea y tan análoga, que, como puede verse en la lista que de ellos forma el erudito Aldrete, los vocablos góticos introducidos en la Península, como *balcon*, *bando*, *compañero*, *bosque*, *banquete*, *compas*, *blanco*, *flota*, *capitan*, *daga*, *copa*, *rico*, *perla*, *capa*, *yelmo*, etc., entraron y se fijaron desde luégo y casi en la misma forma, en portugues y en castellano (1).

Acerca de las causas del carácter peculiar de la lengua gallega, nadie ha escrito, en mi juicio, con mayor cordura que el P. Andres Márcos Burriel en su breve pero excelente *Paleografía*. A este sabio jesuita han copiado escritores españoles y portugueses, y juzgo oportuno reproducir aquí algunas de sus atinadas razones:

« Los asturianos y gallegos conservaron, con más pureza que otros, el fondo de la antigua lengua latina, aunque con tono diferente y pronunciacion diversa de las demas provincias cristianas. Esta especialidad de los asturianos y gallegos pudo nacer de la larga dominacion de los suevos en su país, mezclados y confundidos despues en él; de no haber hecho los moros asiento fijo, ni tenido reyes ó dominacion estable en Astúrias y Galicia; y acaso tambien de la concurrencia contínua de gentes de toda Europa á visitar el cuerpo del apóstol Santiago desde los fines del siglo IX. Pero la perfecta formacion del idioma gallego acaso nació de los casamientos que á fines del siglo XI hizo don Alfonso VI de sus dos hijas, doña Urraca y doña Teresa, con los condes D. Ramon y D. Enrique, dando al primero el reino de Galicia, y al segundo lo que por el lado de Galicia se habia conquistado hasta entónces de Portugal. Estos príncipes..... no pudieron ménos de atraer á

(1) *Del orígen y principios de la lengua castellana.* Roma, 1606.

otros muchos paisanos suyos (de Francia, Lorena y Borgoña), y áun de otras tierras á sus dominios ó condados. La lengua antigua de Francia es muy semejante á la gallega. Fuera de esto, sólo Galicia y Portugal quedaron con aquel lenguaje separado. En las Astúrias y en Leon, que no se cedieron á aquellos príncipes, se introdujo la misma lengua que en Castilla, aunque con cierto aire y pronunciacion particular que todavía dura. ¿Qué podemos, pues, pensar sino que este fué el tiempo en que la lengua gallega se acabó de formar dialecto separado, apartándose de él cada dia más y más el dialecto de los castellanos sus vecinos?

»Hasta aquí no hemos hecho diferencia del lenguaje gallego y portugues, porque en verdad hasta mucho despues de este tiempo ninguna hubo..... De Galicia se fueron extendiendo sus habitadores hácia Portugal, arrojando, ó á lo ménos venciendo á los moros, y llevando consigo su lenguaje. Los instrumentos antiguos en vulgar portugues y los que en gran número se hallan en Galicia, donde se escribieron en idioma gallego desde el siglo XII, en que se dejaron de escribir en latin, hasta el siglo XVI y tiempo del emperador Cárlos V, son tan *unos* en el lenguaje como si fueran de una misma provincia.»

El mismo año 1606 en que el Dr. Bernardo Aldrete daba á luz en Roma su tratado *Del orígen y principios de la lengua castellana*, el magistrado y cronista portugues Duarte Nunes de Lião publicaba en Lisboa un tratado análogo, titulado *Orígem da lingoa portuguesa*. El filólogo portugues, ménos erudito, pero no ménos bien encaminado en sus juicios que el canónigo cordobes Aldrete, está en perfecto acuerdo con éste en cuanto se refiere á la formacion de los idiomas románicos de la península española. Así dice con respecto á las variedades de estos idiomas:

«Ficó naquella provincia de Cathalunha sabor da lingoa francesa, é ficou notavel differença entre ella é a lingoa de Castella, é das de Galliza é Portugal, as quaes ambas erão antiguamente quasi hũa mesma.»

Acerca de la lengua portuguesa en aquel período de su infancia se expresa de este modo:

Era a lingoa portuguesa, na sahida daquelle captiverio dos mouros,

mui rude e mui curta, e falta de palabras e cousas por o mísero estado em que a terra estivera..... Polo que sua meninice foi no tempo del Rei dom Afonso VI de Castella e no do Conde dom Henrique até o del Rei dom Diníz de Portugal, que teve alguna policia, e foi o primeiro que pos as leis em ordem, e mandou fazer compilação dellas, e compos muitas cousas em metro á imitação dos poetas provençaes; como se melhorou a lingoa castelhana em tempo del Rei dom Afonso-o-Sabio, seu avó, que mandó escrever a cronica geral de Hespanha, e copilar as sete Partidas das leis de Castella, obra grave e mui honrada.»

Tiene sobrada razon el historiador de la lengua portuguesa. Hasta la época del rey D. Dinís el idioma lusitano está verdaderamente en la infancia. Rudo, pobre é incierto se manifiesta, como es natural, en uno de los dos únicos documentos que en lengua vulgar encontró el erudito portugues João Pedro Ribeiro, anteriores al reinado de D. Alfonso III, aquel monarca que produjo en su reino tanto escándalo y tantos disturbios civiles y eclesiásticos, por haber repudiado á su esposa la condesa Matilde para casarse con Doña Brites (Beatriz), hija bastarda del rey D. Alfonso-el-Sabio, de Castilla. En este documento, publicado en 1810 por la Academia Real de Ciencias de Lisboa en las *Dissertações cronológicas é críticas*, de Ribeiro, la lengua latina se mezcla todavía, á las claras, á la lengua vulgar, como acontece en los varios documentos primitivos, medio latinos y medio castellanos, y tambien medio latinos y medio gallegos, publicados en las obras paleográficas de Merino y del P. Terreros (el padre Burriel), y en otras de escritores autorizados. Con respecto á este documento, dice Ribeiro: «Conhéce-se do »seu estilo, quam pouco a lingua portugueza se tinha »apartado da gallega»; observacion un tanto candorosa, si se atiende á que Ribeiro supone este documento, sin fecha, del reinado de D. Sancho I de Portugal, que falleció á principios del siglo XIII, es decir, cuando la mo-

narquía portuguesa llevaba poco más de medio siglo de existencia. Es evidente que en ese período de infancia y formacion, la lengua era la misma en Galicia y en Portugal; y tambien puede afirmarse, sin atender á más razon que á la cronología, que la lengua gallega fué entónces madre y compañera de la portuguesa. ¿Cómo podria ésta haber llegado á adquirir por sí sola, en medio siglo ni en un siglo entero, el carácter relativamente suelto, abundante y literario que se advierte en sus monumentos poéticos del siglo XIII?

Todos conoceis la famosa carta del Marqués de Santillana al Condestable de Portugal, hijo del desgraciado infante D. Pedro, regente de aquel reino. En ella dice el Marqués estas palabras:

«Acuérdome, Señor muy magnífico, seyendo yo en edat non provecta, mas assaz pequeño mozo, en poder de mi abuela Doña Mencia de Cisneros, entre otros libros, haber visto un gran volúmen de cantigas, serranas é decires portugueses é gallegos, de los cuales la mayor parte eran del rey Don Dinís, de Portugal (creo, señor, fué vuestro visabuelo); cuyas obras loaban de invenciones sotiles, é de graciosas é dulces palabras.»

Pues bien, señores, hoy todos juzgan, con sobrado fundamento, que este *gran volúmen de cantigas, serranas é decires portugueses é gallegos*, de que habla Santillana, es el gran cancionero de la biblioteca del Vaticano (códice 4.803). El Dr. Lopes de Moura, erudito brasileño, que sacó de este códice las cantigas que componen el llamado *Cancioneiro d'El Rei D. Diniz*, expresa en este sentido su opinion:

«O códice da Vaticana, e, senão o mesmo, uma copia antiga d'aquelle que o Marquéz de Santilhana disse haver visto, sendo menino, em casa de sua avó dona Mencia de Cisneros.»

El laborioso Varnhagen tuvo la fortuna de encontrar en Madrid, en 1857, una copia del códice romano. Al año siguiente pasó á Roma, y allí, en la misma biblioteca Vaticana, confrontó con su original la copia que llevaba, y formó el propósito de dar á la estampa aquel precioso cancionero (1).

En 1861, hallándose en Rio-Janeiro, presentó á su Soberano, el mismo que honra en este momento con su augusta presencia este santuario de las letras españolas, la copia de aquel «monumento casi primitivo del habla portuguesa y de la influencia que en ella ejercieron los antiguos trovadores» (2).

El ilustrado emperador D. Pedro II, que, como todos saben, cifra una de las principales glorias de su reinado en la proteccion de las letras y de las artes, dispuso que el cancionero se diera á la estampa, á sus expensas, en la pintoresca ciudad de Petrópolis, fundada por S. M.

---

(1) Hé aquí algunas de las noticias y conjeturas de Varnhagen sobre el códice:

«Quanto á época em que deve ter sido colleccionado este grande Cancioneiro, reunindo-se evidentemente nelle outros menores, incluindo o d'el Rei D. Diniz, não hesitamos em fixal-a ao meado do seculo XIV.— Encontram-se ahi sem dúvida trovadores do seculo precedente, e até um anterior a el Rei D. Diniz.....

»O livro consta de 200 folhas, alem de algumas em branco.—Se poderia colligir que ao Cancioneiro faltam oitenta e quatro laudas, ou quarenta e dois folios, que conteriam próximamente 252 trovas.— Actualmente comprehende pouco mais de mil trovas.—A lettra do manuscripto da Vaticana e do seculo XVI; mas não portugueza nem castelhana. —Provavelmente foi feita na propria Roma cuando o Cancioneiro haí *se achou em tempo d'el Rei D. João III*, segundo assevera Duarte Nunes na chronica d'el Rei D. Diniz.»

(2) F. A. de Varnhagen.—*Cancioneirinho de trovas antigas*. Viena, 1870.

Considerables preparativos tipográficos se hicieron para llevar á cabo espléndidamente esta laudable empresa, por la cual, segun las palabras del Sr. de Varnhagen, las obras de los antiguos trovadores habrian venido á propagarse por medio de la imprenta, desde las selvas vírgenes de la antigua colonia portuguesa, en las ciudades mismas donde, há cinco ó seis siglos, resonaban en los saraos (1).

Necesidades urgentes del servicio público alejaron repentinamente del Brasil al caballero de Varnhagen, y quedó el noble propósito frustrado por entónces.

Sin embargo, el ánimo constante del distinguido filólogo brasileño le ha llevado recientemente á realizar en parte su arraigada ilusion. Há poco más de un año ha dado á luz en Viena, con el título de *Cancioneirinho de trovas antigas*, y en forma de *fac-símile*, una coleccion escogida de los cantares del gran cancionero de Roma; y al propio tiempo una lista alfabética de los trovadores en el códice contenidos, lista ya anteriormente publicada, con algunas incorrecciones, por el erudito Wolf (2).

La publicacion del caballero Varnhagen ha sido, en verdad, como una revelacion de historia literaria. Esta coleccion de trovas portuguesas, formada, segun con fundamento conjetura el mismo colector, pocos años despues de las victorias del Salado y de Algeciras (1340 y 1344), está llena de cantigas, no sólo de poetas gallegos, sino de castellanos de otras provincias, que hablan todos

---

(1) El Sr. Varnhagen calcula que, descartadas las 128 cantigas del Rei D. Dinís, ya publicadas por Moura, unas 53 que están repetidas en el *Cancioneiro do collegio dos nobres* (d'Ajuda), y las obscenas, que son muchas, podria reducirse la nueva pubicacion á unas 600 trovas.

(2) Studien zur Geschicte der spanischen und portugiesischen Nationalliteratur. Berlin, 1859.

la misma lengua y cantan los mismos hechos y pulsan la misma lira artificial, imitadora de la Provenza, ya amatoria, ya desenvuelta, ya obscena. Nunca se han visto las musas portuguesas y españolas en más íntimo y fraternal concierto. Allí hay, mezcladas con los cantares del rey D. Dinís, de su hijo el Conde de Barcellos y de otros poetas portugueses, lozanas trovas de los reyes de Castilla Alfonso X y Alfonso XI (1), y de poetas de Sarria, de Lugo, de Talamanca, de Viñal, de Besteiros, de Gaya, de Sande, de Porto Carreiro, de Talavera, de Leon, de Santiago, de Búrgos, de Córdoba, de Sevilla y de otros pueblos españoles.

Ahora se explica claramente cómo no eran ni *equivocacion palmaria de los hechos*, ni *lisonja al príncipe portugues*, como supone Ticknor (2), aquellas palabras del Marqués de Santillana en su famosa carta:

---

(1) Veinte trovas hay en el *Cancionero de Roma* con este epígrafe: *D'el Rei D. Affonso de Castella e Leon.* Wolf y Diez las atribuyen á Alfonso X. Otros, apoyados en conjeturas atendibles, atribuyen algunas á Alfonso XI. Este punto necesita especial estudio.

Hay una trova, ademas de éstas, en la cual el epígrafe designa claramente á Alfonso XI con estas palabras: *Rey de Castella e de Leom, que venceu al Rey de Benamarim a par de Tarifa.* Está escrita en un idioma que tiene más de castellano que de gallego-portugues, y que recuerda no poco el provenzal italiano. Hé aquí la primera estrofa:

Em um tempo cogí flores
Del mui nobre Paraiso,
Cuitado de mis amores
E del su fremoso riso.
E sempre vivo en dolores,
E ya l' non puedo sofrir!
Mais mi valera la muerte
Que en este mundo vivir!

(2) *History of the Spanish Literature*, cap. III.

«Non ha mucho tiempo cualesquier decidores é trovadores destas partes, agora fuesen castellanos, andaluces ó de la Estremadura, todas sus obras componian en lengua gallega ó portuguesa.»

Esta afirmacion de Santillana llenaba de asombro al erudito Sarmiento, que exclama:

«Yo, como interesado en esta conclusion por ser gallego, quisiera tener presentes los fundamentos que tuvo el Marqués de Santillana; pero en ningun autor de los que he visto se halla palabra que pueda servir de alguna luz» (1).

No tenía Sarmiento la menor idea del gran *Cancionero de Roma*, que nos han dado á conocer los eruditos alemanes Wolf y Díez, y más exacta y ámpliamente el caballero de Varnhagen.

En el testamento del rey D. Alfonso-el-Sabio, otorgado el 22 de Enero de 1284 (2), hay un hecho que declara Ticknor de todo punto inexplicable, y que ahora no parece ni imposible, ni siquiera extraño. Este hecho, cuya relacion tomo de los *Anales de Sevilla* de Ortiz de Zúñiga, es el siguiente:

Dejó D. Alfonso al arbitrio del infante D. Juan, de su hija doña Beatriz, reina de Portugal y madre del rey D. Dinís, «que se halló á su muerte, habiendo venido á servirle y traerle socorros», y de otros cabezaleros ó albaceas, que lo enterrasen ó en la catedral de Sevilla, ó en la iglesia del monasterio de Santa María la Real de Murcia. Pues bien, se lee, entre las mandas pías de preséas, ésta, relativa á las *Cantigas*, que copio textualmente:

---

(1) *Memorias*, etc.
(2) Véase en su *Crónica*, cap. LXXVI.

« É otrosí mandamos que los libros de los *Cantares de los loores de Santa María* sean todos en aquella iglesia donde el nuestro cuerpo fuere enterrado, é que los hagan cantar en las fiestas de Santa María.»

Escoger el dialecto gallego para sus poesías, exclama Ticknor, y mandar que se cantasen sobre su sepulcro en Murcia, «país donde nunca se ha conocido el dialecto gallego, son cuestiones que hoy dia es imposible dilucidar.»

A haber conocido el escritor anglo-americano el *Cancionero de Roma*, no habria tenido probablemente por oscuros problemas estos dos hechos que tanto le sorprenden. Ántes bien los habria juzgado conjeturas históricas de gran fuerza para sostener que no era errada la afirmacion del Marqués de Santillana. Argote de Molina, profundo conocedor de la poesía románica peninsular de la edad-media, no dudó, en el siglo XVI, como han dudado despues Sarmiento y Ticknor, del sentido histórico de las palabras de Santillana. Por el contrario, las confirma, cuando dice resueltamente, hablando de la nacionalidad gallega de Macías, á quien los portugueses suelen colocar entre sus poetas:

« Y si á alguno le pareciere que Macías era portugues, esté advertido que hasta los tiempos del rey D. Enrique III todas las coplas que se hacian comunmente, por la mayor parte eran en aquella lengua» (gallego-portuguesa) (1).

Hoy no es dable dudar que el gallego-portugues, como idioma poético, era casi general en España en aquellos apartados tiempos, y que no fué despropósito del Rey Sabio el mandar que sus *loores* gallegos á la Vírgen fuesen cantados en la ciudad de Murcia. Aquellos trovado-

(1) *Nobleza de Andalucía*, Sevilla, 1588, pág. 272, etc.

res corrian por todas partes, y hacian oir sus cantares en todas las provincias. Con motivo de las empresas contra los moros se reunian continuamente los portugueses á los castellanos, y á esta cruzada acudian de las más apartadas tierras, y, segun dice, por ejemplo, uno de los poetas del *Cancionero de Roma*,

> ..... *de Laredo*,
> *De Búrgos é de Vitoria*
> *É extremos de Toledo.*

Otro de los trovadores del mismo *Cancionero* habla así de su domicilio y sus viajes:

> «As minhas jornadas vedes quaes son:
> Meos amigos mentem de femença;
> De Castr'á Búrgos é end'a Palença,
> E de Palença sair m'a Carrion,
> E end'á Castro», etc.

Hoy dia, desvanecidas sombras y preocupaciones de los pasados tiempos, todas las personas instruidas en esta parte de la historia literaria peninsular saben que las lengùas gallega y portuguesa eran una misma en su orígen, con leves diferencias de tiempo y de localidad, y nacidas tambien de la incertidumbre filológica propia de aquella época ruda y atrasada.

Si Ticknor hubiera conocido y estudiado las *Cantigas* de Alfonso-el-Sabio, y el *Cancionero* del Colegio *dos Nobres ó de Ajuda* y el de la biblioteca Vaticana, que son los tres grandes monumentos primitivos de la literatura gallego-portuguesa-provenzal, no habria tenido por problema insoluble aquella cláusula del testamento del rey D. Alfonso X, y habria comprendido fácilmente las palabras de la famosa carta del Marqués de Santillana.

El insigne historiador Alexandre Herculano, parando acaso la atencion en el lenguaje de los cancioneros gallego-portugueses, que es en verdad tan artificial cuanto cabe serlo en los tiempos de la edad-media, y algo diferente del de la prosa, concibió la idea de que el idioma de aquella poesía no era el idioma portugues, es decir, el portugues hablado, sino *uma certa lingua immovel, convencional e puramente literaria* (1). Esta opinion, que á algunos ha parecido extraña, y que el mismo Herculano no teme llamar *estrambótica*, tiene evidentemente mucho de paradoja, pero encierra al propio tiempo no escasa significacion histórica.

El idioma de los cancioneros es, en las palabras, el gallego-portugues hablado; pero en los giros y en las formas es un idioma convencional imitado de los provenzales. La lengua es el portugues vulgar del tiempo, el lenguaje no. Las frases primorosas y amaneradas de aquel estilo literario se repiten en toda la poesía de los siglos XIII y XIV, y asoman todavía en el siglo XV. Compárense, por ejemplo, estos dos versos de una *cantiga* de Alfonso-el-Sabio.

Aqueste Emperador á ssa moller queria mui gran ben,
E ella outrosí á él amava mais que outra ren,

con estos otros del *Cancionero* del Colegio de Nobles de Lisboa, códice del siglo XIV:

Ei d'ir ù ella en sabor
Mais d'outra ren, e pois y vou,
Non ll'ouso dizer nulla ren;
Pero lle quero mui gran ben.

---

(1) Carta del Sr. Alexandre Herculano de Carvalho al Sr. F. Adolfo de Varnhagen. Notas al *Cancionero* del Colegio de Nobles de Lisboa, publicado, en Madrid, por el mismo Varnhagen, con el título *Trovas e cantares de um codice do* XIV *seculo.*

El lenguaje es idéntico, muchas de las frases repetidas. Y, á decir verdad, el estilo del Rey Sabio no es, en desembarazo y madurez relativa, inferior al estilo de los cancioneros portuguesés.

El caballero Varnhagen, con quien me unen lazos de antigua amistad, ha contribuido á dar gran luz á la historia de la lengua portuguesa y no escasa confirmacion á las autorizadas palabras del P. Burriel, con la publicacion primero de las *Trovas é cantares* del *Cancionero* del Colegio de Nobles de Lisboa, sin razon atribuido al Conde de Barcellos (1), y muy recientemente de la citada coleccion de trovas escogidas del gran *Cancionero* gallego-portugues de la biblioteca del Vaticano. Este distinguido diplomático, conocedor profundo de los idiomas portugues y castellano, explorador infatigable de archivos y bibliotecas, y acertadamente encaminado en sus juicios é investigaciones por nuestro antiguo compañero y eminente crítico D. Agustin Durán, adquirió una copia fiel del ejemplar existente en Toledo de las *cantigas* de D. Alfonso-el-Sabio, las cuales tuvo ocasion de confrontar despues por sí mismo, así en Toledo como en el Escorial. Hablando de la lengua de estas *cantigas* del Rey castellano, dice terminantemente:

« Vemos que a sua linguagem é a mesma destas poesias (las del

(1) Este *Cancionero* habia sido ya publicado en 1823, en la imprenta particular de la Embajada inglesa en París, sin las 24 hojas del códice halladas despues en la Biblioteca de Évora, por Lord Cárlos Stuart Rothsoy, que habia sido Ministro Plenipotenciario de la Gran Bretaña en Lisboa. Esta edicion, reducida á 25 ejemplares, dejó poco satisfechos á los lectores, porque reprodujo las abreviaturas, las palabras unidas y otras faltas de los amanuenses. «*A reproducção* (dice un crítico portugues) *foi tão exacta, que se tornou illegivel.*»

Cancionero de Lisboa), das d'el rey D. Diniz e mais contemporáneos portugueses.»

Poco despues añade:

«E, em verdade, o portuguez, cuanto mais antigo, mais nos parece um conjuncto dos dialectos de Galliza e Asturias.»

D. Manuel Milá y Fontanals, excelente crítico en estas materias, confirma en los siguientes términos la opinion de Varnhagen y de otros autorizados escritores:

«De las lenguas que se hablaban en España, una muy afin, pero distinta de la castellana, fué empleada con preferencia para la poesía lírica durante el siglo XIII y gran parte del XIV: la lengua hablada por los gallegos y por el vecino y jóven reino de Portugal, al que los primeros la comunicaron al verificarse la reconquista..... La lengua de las *Cantigas* de Alfonso X, y la del *Cancionero* publicado por Stuart (el del Colegio de Nobles), es, segun observa Bellerman, absolutamente la misma, y lo propio nos parece del *Cancionero* del rey D. Dionisio» (1).

Ocioso sería presentar nuevos argumentos y autoridades para demostrar que el idioma poético de las *Cantigas* del Rey Sabio es el mismo de los primitivos cancioneros portugueses, y pertenece plena y exclusivamente á la literatura gallego-portuguesa de aquellas apartadas edades. Pero juzgo oportuno consignar aquí un nuevo testimonio de esta identidad de lengua y de lenguaje, no sólo porque este testimonio es curioso en sí mismo, sino ademas porque constituye un argumento poderoso, por ser ántes de hecho que de raciocinio. Hé aquí el hecho:

---

(1) *De los trovadores en España. Estudio en lengua y poesía provenzal.* Barcelona, 1861.

El ilustrado autor de la *Historia de la música española*, D. Mariano Soriano Fuertes, halló en Barcelona, en el mismo antiguo códice donde habia encontrado la *Canção do Figueiral*, un antiguo cantar que juzgó portugues, *A Rèynna groriosa*, puesto en música en notas rabínicas, así como la cancion del *Figueiral*. El más erudito de los historiadores de la literatura portuguesa, Teófilo Braga, reconoce en este cantar un vestigio importante de la poesía primitiva de Portugal (1).

En la interesante obra de Braga leí yo por primera vez algunos versos de *A Rëynna groriosa*. Sospeché al punto que la *cancion portuguesa* era una cantiga de D. Alfonso-el-Sabio. Consulté los tres venerandos códices que actualmente se hallan en esta Academia, y quedó mi sospecha plenamente confirmada. En el códice de Toledo es la cantiga LXV. En los códices del Escorial, *j b* 2 y *T j* 1, está señalada, en ambos, con el número LXVII (2).

---

(1) «E uma antiquísima canção portuguesa completamente desconhecida, extraida do Cancioneiro, ms. do Conde de Marialva.» (*Trovadores galecio-portugueses*. Porto, 1871.)

(2) Así es el estribillo de esta cantiga:

A Rëynna groriosa
Tant e de gran santidade,
Que con esto nos defende
Do dem e de ssa maldade.

La leyenda, asunto de la cantiga, es ésta: Un caballero rico y poderoso, entre cuyas virtudes cristianas resplandecia la caridad, fundó un hospital. El demonio formó el propósito de matar á este hombre benéfico y de apoderarse de su alma. Para lograrlo fácilmente, se infunde en el cadáver de un hermoso mancebo, y con esta seductora apariencia se presenta en el hospital, donde es admitido, y despliega, como enfermero, la más solícita diligencia. Busca ocasiones para matar al caballero virtuoso. Pero éste tiene la cristiana costumbre de rezar diariamen-

Esta cantiga, introducida en el cancionero portugues de Marialva del mismo modo que lo están en el de Roma los cantares de Alfonso XI y de otros poetas castellanos, es una nueva prueba de que las obras líricas inspiradas por el espíritu provenzal á los españoles y portugueses que escribian en la lengua poética dominante, eran miradas como cosas de una misma familia, que todos saben sentir y comprender.

Cuando llegue á publicarse el texto completo de los *cantares é loores* de D. Alfonso-el-Sabio, el mundo literario advertirá que ellos constituyen el monumento más ámplio y más auténtico de la lengua y la literatura gallego-portuguesa en el siglo XIII. Estos cantares ó *cantigas* no han sido hasta ahora bien conocidos, y no han podido servir de documento á los filólogos que se dedican al estudio comparativo de las lenguas románicas. Me atrevo á decir que, á causa de la superioridad intelectual y literaria del Rey castellano, su habla gallega es tan portuguesa, teniendo en cuenta el desarrollo ultérior de esta lengua, como el portugues del rey D. Dinís y de su hijo el Conde de Barcellos, y demas poetas sus contemporáneos, escritores de tiempo posterior. Para que esto que

---

te, al levantarse, una oracion á la Santa Vírgen. Esto le granjea la proteccion de la Madre de Dios, y la maldad del demonio se estrella siempre contra tan divina influencia. Un dia llega un obispo al hospital..... Se oculta el demonio, fingiéndose enfermo. El obispo le obliga á comparecer, y le conjura y manda en nombre de Dios que explique claramente su proceder. El demonio, temblando, confiesa su perversa astucia y lo infructuoso de sus intentos por la intervencion de la que llama Madre de la luz (*Madre de claridade*). Despues de esta confesion, el espíritu infernal sale del cadáver, se desvanece, y cae el cadáver á los piés del obispo y del caballero.

afirmo no se tome á paradoja, citaré al azar una estrofa de las *Cantigas* de D. Alfonso:

Depois o Emperador se foi á muy pouca de razon.....
Caton, seu irmão, á ssa molher; e namorouse enton
Dela; é díselle que a amava mui de corazon;
Mas la santa dona, quando ll'oiu dizer tal traiçon,
En huma torre o meteu en mui gran prison,
Jurando muito que o faria y morrer.
Quen as coitas deste mundo ben quiser soffrer,
Santa María deve sempr' ante ssí poner.

Esto es casi portugues moderno. Las personas que me escuchan, familiarizadas con la lengua y la literatura portuguesa, saben perfectamente que, áun teniendo en cuenta ciertas diferencias leves, especialmente en las desinencias, que tambien se advierten entre los cancioneros portugueses, no hay cantigas en los de Lisboa y del Vaticano, cuyo idioma sea más genuino y más limpiamente portugues, para aquella época, que el de la estrofa citada y el de cualquiera otra de los cantares de Alfonso X (1).

Acaso por ser narrativos los más de estos cantares, y estar inspirados por sentimientos verdaderos, lleva este

---

(1) Tal es la conviccion que va entrando en el ánimo de los portugueses sabios, de que la lengua literaria de los primeros siglos de la monarquía portuguesa es gallega en orígen, esencia y forma, que ya no temen declarar que es gallego el idioma de sus primitivos monumentos poéticos. Así se expresa el insigne historiador crítico Teófilo Braga:

« Os documentos em prosa, quasi todos legaes, e algumas traduções fragmentadas da Biblia, não são em lingua *galleziana*. A lingua da prosa e do verso, as linguas *aravia* e *galleziana*, estão entre sí como as linguas *d'Oc* e *d'Oil*..... Na lingua *galleziana* estão escriptos os Cancioneiros do seculo XIII e XIV, chamados *do Collegio dos Nobres* e o *da Vaticana*. Os philólogos portuguezes não conheceram estes monumentos. » (*Historia da litteratura portuguesa*. Introducção, pág. 123.)

monarca incontestable ventaja á sus sucesores inmediatos en el cultivo de la poesía gallego-portuguesa, en cuanto á la importancia de los asuntos y á la expresion desembarazada y sincera de los afectos y de las ideas.

El rey D. Dinís, á la edad de cinco años, fué enviado como embajador, por su padre Alfonso III de Portugal, á la córte de su abuelo por parte de madre, el esclarecido Alfonso X de Castilla, con el fin de obtener la supresion de la prestacion de lanzas que el Príncipe debia á Castilla como feudatario por el Algarve. Acudir al tierno embeleso que suelen producir las gracias de la infancia, era en verdad una forma nueva y peregrina en las negociaciones diplomáticas; pero era al propio tiempo un hábil y delicado proceder de familia, y el ánimo del monarca castellano se dispuso tan favorablemente con la presencia en su córte de su nieto, heredero de la corona de Portugal, que poco despues se arregló amistosamente aquella importante cuestion (1). Más adelante, Alfonso X, segun cuenta el maestro Berganza, armó caballero á don Dinís (2), ya monarca, y éste hubo de conservar siempre tanto respeto y admiracion á su abuelo, el príncipe más sabio de su siglo, que le imitó en todas aquellas cosas grandes y gloriosas que su genio civilizador le habia sugerido. El rey Dinís hizo traducir al portugues las leyes de las *Partidas* y otros libros españoles, latinos y árabes; entre éstos la obra del moro Rasis, traducida por Gil Pi-

---

(1) A. A. Teixeira de Vasconcellos; *Le Portugal et la Maison de Bragance.* París, 1859, pág. 518.

(2) *Antigüedades de España.*—Cronicon de Cardeña, copiado en las páginas 176 y 586.

res (1). Esposo de Santa Isabel, hija de Pedro-el-Grande de Aragon, que dominaba en la Provenza, y en relacion contínua con la córte de Alfonso X, donde así como en la córte aragonesa se cultivaba con entusiasmo la poesía vulgar, y eran atraidos y festejados los trovadores provenzales, no es extraño que, dotado, como lo estaba, de altas prendas de inteligencia y de carácter, protegiese las letras y se diese al cultivo de la poesía, que era en aquellos tiempos, todavía rudos y atrasados, preludio y camino de la civilizacion futura.

«*El Rei D. Affonso-o-Sabio de Castella, e depois d'elle el Rei D. Diniz* (dice el Dr. Lopes de Moura, ilustrado publicador de las cantigas de éste), *forão entre os monarcas da Península os que mais se extremárão neste género de poesía.*»

El rey Dinís fué para Portugal lo que Alfonso X habia sido para Castilla. No fué, como imaginaron su cronista Duarte Nunes de Leão y otros autores, el primero que escribió versos en lengua portuguesa, porque por los cancioneros hoy conocidos se sabe que le precedieron no pocos trovadores gallegos y portugueses; pero lo que no puede negarse es que en su ilustre reinado, las letras, el idioma y la cultura de Portugal tomaron un vuelo y un vigor extraordinarios, que allí anunciaban ya los albores del Renacimiento.

Las cantigas del rey Dinís denotan ingenio y á veces cierta delicadeza de expresion; pero carecen de espontaneidad y vida propia. El sello de la imitacion de los provenzales, á los cuales el Rey trovador cita alguna vez en

(1) *Biblioth. lusitana*, tomo II.—Villanueva; *Viaje á las iglesias de España*, tomo III.

sus versos (1), es demasiado visible en aquella poesía amatoria, monótona é interminable. Un Rey que en más de cien cantigas y en una lengua todavía informe, dice, con muy escasa variacion de ideas y de imágenes, que se está muriendo de amor, y de un amor evidentemente falso y puramente literario, es cosa que fatiga el ánimo, y que sólo puede sobrellevar la paciencia que infunde el interes histórico y filológico. Del mismo achaque adolece el *Cancioneiro do collegio dos Nobres*, que hoy se halla en la biblioteca *da Ajuda*, y es por esta circunstancia conocido tambien con el nombre de *Cancioneiro da Ajuda.*

Las *Cantigas* de D. Alfonso-el-Sabio son más interesantes y más entretenidas; como que al cantar las alabanzas y referir los milagros de la Vírgen, ofrecen hechos singulares que empeñan el ánimo, no sólo porque lo narrativo interesa siempre más que lo declamatorio, sino tambien porque la narracion suele llevar consigo algo candoroso y espontáneo, que expresa involuntariamente no pequeña parte de los sentimientos, de las ideas y de las preocupaciones contemporáneas del escritor. Don Alfonso alguna vez habla y siente por su cuenta, y cuando esto acontece, se aumenta naturalmente en el lector el interes histórico. Hé aquí, como muestra del idioma y de la poesía, algunos versos de la oracion que al acabar las *Cantigas* dirige el Rey á la Santa Vírgen:

---

(1) Muchos ejemplos ofrece el *Cancioneiro d'El Rei D. Diniz.* Hé aquí uno de ellos:

Quer'eu, en maneyra de proençal,
Faser agora um cantar d'amor.....

(Página 64.—Véase tambien la pág. 70.)

Outros rogos, sen estes,
Te quer ora fazer :
Que rogues á teu fillo
Que me faza viver
Per que servirlo possa,
É que me dé poder
Contra seus enemigos,
É lles faza perder
Ó que tenen forzado
Que non deven aver;.....
É que de meus amigos
Veia senpre prazer;
É que possa mias gentes
En justiza tener;
É que senpre ben saiba
Enpregar meu aver;
Que os que mio fillaren (1),
Mi o sábian gradecer.
É aïnda te rogo
Vírgen, boa Señor,
Que rogues á teu fillo
Que, mentr'eu aquí for
En este mundo, queira
Que faza o mellor,
Perque dél é dos bonos
Senpr'aia seu amor;
É pois Rey me fez, queira
Que reine á seu sabor,
É de mí é dos reinos
Seia el guardador.....
É que él me defenda
De fals é traëdor;
É öutrosí me guarde
De mal consellador,
É d'ome que mal serve,
É de muy pedidor.....
Vírgen de bon talan,
Que me guarde teu fillo
D'aquel que adaman (2)

(1) *Filhar*, tomar.
(2) *Ademanes*, en el sentido de aspavientos, falaz ostentacion.

Mostra senpre en seus feitos;
É d'aqueles que dan
Pouco, por gran vileza,
É vergonha non an;
É por pouco serviço
Mostran que grand afan
Prenden ú quer que vaian,
Pero longe non van.....
É dos que lëaldade
Non preçan cuantum par,
Pero que senpre en ela
Muito falando están.

Aquí, como se ve, palpitan, por decirlo así, los sentimientos morales de aquel grande hombre; aquí, con la sinceridad con que se habla al cielo, expresa Alfonso X, sin alambicamientos de frase ni de idea, su espíritu generoso, su solicitud por su pueblo, su amor á la verdad y á la justicia, su aversion á la afectacion y á la impostura. Detras del trovador asoma claramente el rey noble y cristiano en su situacion verdadera. Nada semejante á esto se encuentra en los cancioneros gallego-portugueses del siglo XIV.

La segunda mitad de este siglo XIV es una época memorable de transformacion literaria para Castilla y Portugal. Decae rápidamente la poesía gallego-provenzal. Penetran en la poesía popular las tradiciones normandas y bretonas del ciclo de la *Tabla Redonda*, que dan vida novelesca y poética á una gran parte de nuestros romances, al paso que campean en la poesía erudita castellana el nuevo elemento de la poesía italiana del Renacimiento, y el antiguo, vivificado entónces, de la poesía clásica latina. En las trovas de Micer Francisco Imperial, Alfonso Álvarez de Villasandino y otros poetas antiguos del *Cancionero de Baena*, y más adelante en las del Marqués de

Santillana, Juan de Mena y casi todos los poetas peninsulares del siglo XV, se hace gala de recordar á Dante, á Petrarca y á Virgilio, y á los grandes hombres de la antigüedad. Esta poesía erudita, que los portugueses llaman *a eschola hespanhola*, dominó en breve las letras en toda la península, y Portugal cedió á su imperio, porque la hermandad literaria es inevitable ley de ambas naciones (1).

A pesar de haber triunfado la escuela española de la provenzal, aquella poesía gallego-portuguesa de los siglos XIII y XIV trasciende, al ménos en cuanto al espíritu caballeresco y á la forma, á la poesía castellana del siglo XV. Testimonio de ello son las obras del Marqués de Santillana, y no sólo las que escribió en aquel idioma, sino tambien muchas de sus poesías castellanas. ¿Quién no ve en sus inimitables *serranillas*, por ejemplo, algun reflejo, si bien más brillante que la luz de donde procede, de la poesía de que forma parte aquella coleccion que siendo mozo vió en casa de su abuela, *de cantigas, serranas é dezires portugueses é gallegos?* En las cantigas del rey D. Dinís y en los versos de otros poetas de la coleccion hay varios ejemplos de esas aldeanas, ya afables, ya desdeñosas, que ellos idealizan pintándolas como á elegantes y pulidas damas. Santillana lleva la fantasía poética hasta fingir que no cree que sean tales campesinas, aunque suele encontrarlas en los pinares y en los caminos. Hé aquí una de estas *serranillas*, que os recuerdo por

---

(1) «No regresso da batalha do Salado, trocamos á poezia portugueza pela castelhana, é acabou-se esse dominio artístico que exercemos sobre toda a Península desde que acordára á musa galleziana.» (Braga; *Trovadores galecio-portugueses*, cap. VII.)

su brevedad y por la hechicera sencillez que en ella resplandece:

I.

Despues que nascí
Non vi tal serrana
Como esta mañana.

II.

Allá en la vegüela,
Á Mata-el-Espino,
En ese camino
Que va á Lozoyuela,
De guisa la ví,
Que me fizo gana
La fructa temprana.

III.

Garnacha traia
De color, pressada
Con broncha dorada,
Que bien relucia.
Á ella me volví
Diciendo: — « Lozana,
¿É sois vos villana?

IV.

»— Sí soy, caballero;
Si por mí lo habedes,
Decid, ¿qué queredes?
Fablad verdadero.»
Yo le dije así:
— « Juro por Santana
Que non sois villana.»

. De serranas desdeñosas que responden ásperamente á las galanterías de los caballeros que las requieren de amores, hay ejemplos entre sí muy análogos en el rey don Dinís y en Santillana.

Así contesta una pastora del rey Dinís:

Tornöu sanhuda enton
Quando m'est'oiu dizer;
É diss: — «Ide vos varon.
¿Quén vos foi aquí trazer
Para m'irdes d'estorvar
D'eu dig'aqueste cantar
Que fez quen say ben querer?»

Así contesta una serrana del Marqués de Santillana:

Respondióme: — «Caballero,
Non penssés que me tenedes,
Ca primero probaredes
Este mi dardo pedrero;
Ca despues desta semana
Fago bodas con Anton
Vaquerizo de Morana.»

La influencia de los cancioneros gallego-portugueses se trasluce tambien muy claramente en una villanesca de Santillana, que empieza:

Por una gentil floresta.....

El poeta encuentra á tres damas que cantan amorosas cuitas, y se esconde para escucharlas. Aunque muy diferente en la forma, esta poesía podria parecer inspirada por una pastorela del *clérigo*, esto es, letrado, *Ayras Nunes*, que principia de este modo:

Oí oj'eu hũma pastor cantar;
Eu cavalgava per hũma ribeyra,
É a pastora estaba senlheira;
É ascondíme pola ascuitar
É dezia mui ben este cantar:

. . . . . .

«¡Ay, estorninho do avelanal!

Cuando cantades vós, moiro eu;
É peno, é d'amores ei mal» (1).

La lengua de Santillana está ya formada, y su villanesca tiene la magia de su versificacion limpia y gentil; pero la pastoreia del trovador del siglo XIV, á pesar de la tosquedad del idioma, la aventaja no poco en la sencillez del cuadro y en la delicadeza de las ideas.

En el *Cancioneiro geral* de García de Resende, publicado en Lisboa en 1516, esto es, cinco años despues de haber dado á luz en Valencia su *Cancionero general* Fernando del Castillo, y que es como el compañero portugues de este cancionero y del de Baena, rebosa por todas partes la armonía y conexion de las dos literaturas, en gusto, en lenguaje y hasta en idioma. Sin contar algunos versos de los poetas españoles Anton de Montoro, Jorge Manrique y Juan de Mena, hay en el cancionero de Resende innumerables obras escritas en castellano por más de treinta trovadores portugueses.

La costumbre de escribir indistintamente en las dos lenguas hacia que algunas veces involuntariamente las confundieran y mezcláran. Véase de ello el siguiente ejemplo, tomado del mismo Cancionero de Resende.

Segun el uso de los poetas del siglo XV, de suscitar temas de controversia poética, varios trovadores tomaron por asunto *O cuydar e sospirar*, nacido este asunto, segun Resende, de una *pregunta que fez Jorge da Silveyra a Nuno Pereira, porque hindo ambos por um camynho, vinha Nuno Pereira muyto cuidoso, e Jorge da Silveyra d'outra parte, dando muytos sospiros, sendo ambos servidores da Senhora*

(1) Cancioneirinho &.

dona Lyanor da Silva. Esta larga polémica, que allí se llama *processo*, porque se le da burlescamente la forma de tal, es un tejido de sutilezas metafísicas y de desenvueltas ideas, en que se cita á Macías como prototipo de suspiradores, y se discute mucho sobre los suspiros falsos y verdaderos. Toman parte diez ó doce poetas, entre ellos los castellanos Macías, Juan de Mena y Rodriguez del Padron, aunque, á decir verdad, es muy de sospechar que los versos que á éstos se atribuyen en este *processo* amoroso sean obra de Jorge da Silveira ó de Nuno Pereira, porque los trovadores españoles aparecen allí como tres de los cuatro peritos ó consultores, á quienes se pide dictámen por auto del *Dios de Amor;* y el cuarto perito es nada ménos que Tarquinio Colatino, el cual en su consulta, ántes de definir los suspiros, halla medio de decir á Lucrecia alambicados y encendidos requiebros en el portugues más castizo y corriente que se hablaba en el siglo XV.

Pues bien; la *tençāo* ó tenson en que da su parecer Rodriguez del Padron está escrita en una lengua semi-castellana y semi-portuguesa, como puede verse por estas estrofas:

Os lhagas de mys passiones,
Remedio de min trestura,
Lembranza de mins dolores
Mil e mil tribulaçiones
Me traes desaventura.....

Comparando el suspiro con el disparo de una bombarda, dice esta quintilla, que parece imaginada por un romántico moderno:

Quien d'amor sabe los giros,
Por esta comparaçyon

Hallará que los sospiros
Non som all synon los tiros
Del cuidar del coraçon.

Despues añade en estilo conceptuoso, que parece de principios del siglo XVIII:

Os sospiros levemente
Se podem contraminar,
Cuydados de fogo ardente,
Com agoa; nem d'outramente
Nunqua se podem matar.

Como se ve, unas veces parece aquí que el poeta habla castellano y otras que habla portugues. Más dudosa se presenta todavía la lengua en una poesía de Francisco Homero, *Estribeiro Mór* del Rey, que empieza:

Ó quien viese prazo cierto, etc.

Llenos están los cancioneros portugueses y castellanos de ejemplos semejantes. En ellos se ve con cuánta razon decia el Marqués de Pidal que en los tiempos antiguos era tal la semejanza de ambos idiomas, que «hay composiciones en que se duda si están escritas en portugues ó en castellano» (1).

En 1490, el rey D. Juan II de Portugal hizo en Évora

(1) Innumerables vocablos del antiguo idioma castellano, que en España han caido en desuso, pertenecen hoy al portugues. Sirvan de ejemplo los siguientes:

Igreja.	Iglesia
Aturar.	Sufrir.
Iludir.	Burlar.
Carpir.	Arañar.
Palaciano. . . .	Palaciego.
Sobejo.	Sobrado.
Filáucia. . . .	Amor propio.

justas reales para celebrar el casamiento de la princesa Doña Isabel de Castilla, hija de los Reyes Católicos, con su hijo el príncipe D. Alfonso, que á orillas del Tajo pereció aquel mismo año de la caida de un caballo. Los motes ó *letras*, como decian los portugueses, han sido conservados en el cancionero de Resende. Son treinta y seis. Treinta y tres están escritos en castellano, y sólo tres, ó acaso dos, pues uno es dudoso, en portugues, de los cuales uno es el del Rey.

De los muchos poetas del Cancionero portugues que se complacian en escribir en los dos idiomas, algunos manejan el habla y la versificacioon castellana con tal desembarazo y tan castizo sabor, que no les aventajan los más señalados poetas españoles de aquel tiempo.

El infante D. Pedro de Portugal, que en 1462 fué elegido Rey de Aragon, es uno de los trovadores del Cancionero de Resende. Estaba dotado de imaginacion ardiente, y su estilo no carece de brío y gentileza. Permitidme que os cite, en prueba de ello, una cantiga suya á una dama:

Mais dina de ser servida
Que senhora de este mundo,
Vos sois ¡oh! meu deus segundo,
Vos sois meu bem d'esta vida.
Vos sois aquela que amo
Por voso mereçimento,
Con tanto contentamento,
Que por vos á mí desamo.
Á vos só e mais devida
Lëaldade neste mundo,
Pois sois ¡oh! meu deus segundo
É meu prazer d'esta vida.

Os hablo, señores, de este príncipe trovador, porque cultivó tambien la lengua de Castilla. En castellano está

escrita una de las cuatro cantigas suyas que contiene el cancionero.

Uno de los poetas más importantes de esta preciosa coleccion es el infante D. Pedro, padre del infante del mismo nombre de quien acabo de hablar, Duque de Coimbra, hijo del rey D. Juan I de Portugal. Tradujo á Ciceron y á Flavio Vegecio; gobernó muchos años, como regente, la monarquía portuguesa, y murió desastrosamente en el encuentro de Alfarrobeira.

Compuso unos versos portugueses muy lisonjeros á Juan de Mena, que están en el Cancionero, así como la contestacion del famoso poeta de Castilla, escrita en sóbrio y gallardo estilo.

Pero la obra poética más notable que se conserva de este ilustre príncipe, y la más considerable sin duda, por su carácter filosófico y elevado, que encierra el Cancionero de Resende, es la titulada *O menospreço das cousas do mundo*. Es un poema moral, escrito en castellano y en coplas de arte mayor, metro que solian emplear los versificadores de aquella era en los asuntos graves. Se conoce que el poeta es hombre que ha llevado en el mundo una vida recia y trabajosa con respecto á los afectos y á las ideas. Mira de muy alto las cosas mundanas, como quien ha estudiado de cerca á los hombres y ha recibido de ellos ásperos y desgarradores desengaños. Ni la riqueza, ni el poder, ni el aplauso popular le cautivan: hasta para la familia donde no halla la virtud completa, tiene rigorosas palabras; bien es verdad que para él la familia fué acerba y terrible. En el tal poema no hay ilusion alguna, como no sea la del sentimiento cristiano. Es obra, repito, digna de atencion especial, no sólo como monumento del habla castellana y como produccion poética en que abundan las

galas del ingenio, sino como documento histórico. El infante D. Pedro habla en ella con toda la amarga sinceridad de su corazon, y pueden encontrarse en sus palabras reflejos del alma de este insigne y desgraciado príncipe, sangrienta víctima de las guerras civiles de su tiempo.

Ved, como ejemplo, con qué espíritu duro, austero y sombrío habla de los reyes, de los magnates y del pueblo:

DE LA REAL DIGNIDAD.

Menosprecio dad á aquella alta cumbre,
Ya de los imperios, ya de los reinados,
Non siempre contiene en sí clara lumbre,
Nin face los hómbres bienaventurados.
Son siempre los reys llenos de cuidados,
Y temen á aquellos de que son temidos;
Son con amor vero de pocos amados,
Y nin las más veces les faltan gemidos.

DE LOS HONORES È DIGNIDADES NO REYALES.

Ser deben de vos menospreciados
Los vanos honores é las dignidades,
Las cuales non dignos ni, ménos, honrados
Vos fazen por cierto, si bien lo mirades.
En flaco cimiento gran torre fundades,
Pensando con ellas fazer-vos más dignos;
Mas es lo contrario que vos no pensades,
Porque las más veces vos fazen indignos.

DEL PUEBLO É DE SU VANO AMOR.

No amo ni un punto el amor popular,
Ni loo á quien mucho en él se confia,
Ca no sabe amar ni sabe desamar:
Los más de sus fechos van torcida via.
Sin razon, sin causa mantiene porfia;
Sin razon, sin tiempo se deja d'aquella:
Jamas discrecion no lleva por guia,
Nin la virtud honra, nin se cura d'ella.

Os pido me dispenseis, señores, por haberos citado tantos versos del infante D. Pedro; y sin embargo, no puedo resistir á la tentacion de recordaros otra copla, para que veais cómo pasa el poeta de las desabridas querellas á la imágen ideal de la edad de oro.

¡Oh, edad primera bienaventurada!
¡Oh tú que los campos fiëles amabas!
Con lo necesario eras abastada;
Por cosas sobradas jamas sospirabas.
En duelos é fraudes no te deleitabas,
Ni nunca preciabas la triste moneda;
Las guerras y muertes no las procurabas;
Por tanto, loarte no sé cómo pueda.

Muchas composiciones hay en el Cancionero, pertenecientes á épocas posteriores, en que la lengua castellana campea más lozana y segura que en las coplas del infante D. Pedro. Merecen ser mencionadas, entre éstas, las de Luis Anrryquez, que cantó, en castellano é imitando el metro y el tono de Jorge Manrique, la muerte del príncipe D. Alfonso, hijo del rey de Portugal D. Juan II; las del Conde de Vimioso; las de Duarte de Brito, D. João de Meneses, el Coudel-Moor, Diego Brandão, Francisco de Saa, el Camareiro-Moor Joan Manuel, Duarte da Gama, y por no citar más, las de los tres Resendes, Duarte, Jorge y García. Sirvan de ejemplo estas dos quintillas de Jorge de Resende:

Una pasion, que no digo,
Aflige mi vida triste,
Guerrea siempre conmigo,
Y la ventura que sigo
En mal y más mal consiste.
Todo me causa pesar;
Placer ya lo despedí;
Mi descanso es suspirar,

Y no se puede quitar
Secreto dolor de mí.

Esta es ya la voz de la musa cultivada y artista, que marcha con paso firme á la época del florecimiento literario en Portugal y en España.

II.

ÉPOCAS DE ESPLENDOR Y DECADENCIA.

En esta época gloriosa, que empieza cuando fenece la edad-media, toma la creacion literaria en ambas naciones más vuelo y más alcance. Pero siempre asoma en las obras de los hombres más espontáneos y eminentes el lazo peninsular que no puede faltar nunca. El hombre de mayor ingenio que produjo Portugal á fines del siglo xv fué *Gil Vicente*, y éste es uno de los escritores que con más fidelidad representan el gusto, el espíritu, la genial desenvoltura del pueblo castellano. Creó indudablemente el teatro portugues, aunque allí, en verdad, nadie llegó á su altura. Pero nació cuando ya era célebre *Juan del Encina* y habia escrito *Lúcas Fernandez*, y es evidente que siguió las huellas de aquél, aunque tomando despues rumbo propio y muy desembarazada inspiracion. Es uno de los más gallardos y briosos ingenios de aquel esclarecido grupo de creadores dramáticos que prepararon el campo feliz en que dominó, como soberano, el genio de Lope de Vega; y su nombre vivirá siempre, en primera línea, gloriosamente unido al de Encina, Fernandez, Cristóbal de Castillejo, Torres Naharro, Alonso de Salaya, Lope de Rueda, Micael de Carvajal, Luis de Miranda, Alonso de la Vega y Juan de Timoneda. Algunos escritores portu-

gueses suponen que la influencia literaria que despertó el ingenio dramático de Gil Vicente no fué la española, sino la francesa (1). Esto no me parece sostenible. No solo porque en tiempo de Gil Vicente era creencia general que habia imitado á Juan del Encina (2), sino porque está rebosando en sus obras el espíritu peninsular, y esa es su fuerza, su inspiracion, su gloria. Gil Vicente, como Sá de Miranda, Bernardes y otros esclarecidos escritores del siglo XVI, son tan españoles como portugueses, y es cosa digna de recordacion, para probar hasta qué punto era español el portugues Gil Vicente, que hay romances suyos que entraron, como romances populares anónimos, en el *Romancero general.* Tambien debe recordarse, para gloria suya, que los dos mayores poetas dramáticos de España, Lope de Vega y Calderon, imitaron alguna vez á Gil Vicente: el primero, en la comedia alegórica *Viaje del alma*, inspirada por los tres autos del poeta portugues *As Barcas do Inferno*, *do Purgatorio*, *do Paraiso;* el segundo, en el auto sacramental *El lirio y la azucena.*

La intuicion del sentimiento de la nacionalidad peninsular era tan viva y poderosa en la imaginacion de este agudo poeta, que alcanzó el raro privilegio de ser simultáneamente cortesano y popular. Escribia para la córte de Portugal; pero ni las rémoras de la etiqueta ni las de

---

(1) Aragão Morato; *Memoria sobre o teatro portuguez.*

(2) Garcîa de Resende dice en su Cancionero, hablando de Gil Vicente:

E vimos singularmente
Facer *representacões*.....
Foi elle que inventou
Isto cá, e o usou
Con mais graça e mais doutrina,
Postoque *Juan del Encina*
O pastoril começou.

la imitacion clásica que empezaba á abrirse camino, le desviaron nunca de su vocacion verdadera, que fué la de pintar con desembarazo, que llegaba al arrojo, las costumbres, las ideas, las ilusiones, los errores, los antojos, todos los impulsos morales que daban vida á la noble raza á que pertenecia.

Las obras del fecundo é ingenioso Gil Vicente son incontestable testimonio, no ya del aprecio literario que se hacia en Portugal del idioma castellano, sino de la absoluta familiaridad y aficion con que allí se le cultivaba, cual cosa propia, en la época del esplendor histórico de Portugal, una de las más memorables que ha alcanzado nacion alguna (1).

El primer auto de Gil Vicente, *La Visitacion*, y, segun se asegura en la antigua coleccion de sus obras, «á primeira coisa que em Portugal se representou», está escrito en castellano. La representacion se efectuó el 8 de Junio de 1502, para celebrar el nacimiento del príncipe D. Juan, delante del famoso rey D. Manuel, de su madre la reina doña Beatriz y de la Duquesa de Braganza. Gustó tanto esta representacion á la Reina Madre, ó á la *Rainha velha*, segun la llama Gil Vicente, que le encargó

(1) El Caballero *Jorge Ferreira de Vasconcellos*, ingenioso escritor portugués que empezó á cobrar fama en la primera mitad del siglo XVI, en la *Comedia Aulegrafía*, una de las várias que escribió imitando la *Celestina*, y en la cual uno de los personajes habla en castellano, da á conocer con donairoso enfado, en las siguientes palabras, cuánto cautivaban en Portugal el idioma y la poesía de Castilla: «As trovas castelhanas se tem aforado comnosco, e tomado posse do nosso ouvido.»

El habla castellana se hizo igualmente moda elegante en Italia, durante el mismo siglo. Así dice Juan de Valdés en el *Diálogo de la lengua*: «En Italia, así entre damas como entre caballeros, se tiene por gentileza y galanía hablar castellano.»

la composicion de otro auto. Gil Vicente satisfizo cumplidamente los deseos de la augusta Señora componiendo un *Auto pastoril castellano*. Creció con esto á tal punto la aficion de la córte de Portugal á las obras de Gil Vicente, que, sin perder éste su índole de escritor de instinto y carácter eminentemente popular, llegó á ser un dramaturgo áulico, por el estilo de lo que fué más adelante en Viena el ilustre poeta Metastasio.

A este auto *de devocion* siguieron los de la misma clase, *Los Reyes Magos*, *La Sibila Casandra*, *La Fe*, *Los Cuatro tiempos*, *San Martin* y *La Barca de la gloria*, todos escritos en castellano, y representados delante de la familia Real portuguesa, ya en Lisboa, ya en Almeirim, en la capilla de San Miguel del palacio de Alcaceva, en el monasterio de Enxobregas. El de San Martino, que es auto sacramental, lo fué en 1504 ante la piadosa reina doña Leonor, en la iglesia das Caldas, en la procesion del Corpus Christi.

Muchos autos portugueses escribió tambien Gil Vicente para la familia Real. En un principio escribia los autos, ora en castellano, ora en portugues, sin emplear en uno mismo las dos lenguas, que manejaba con igual despejo y valentía. En el auto portugues *A historia de Deos*, representado en Almeirim el año de 1527, en presencia del rey don Juan III y de la reina doña Catalina, le ocurre introducir un romance castellano, que cantan, al presentarse San Juân que va á anunciarles la redencion, los padres del Limbo. Lo mismo hizo despues en la tragi-comedia portuguesa *Córtes de Júpiter*.

En sus comedias, tragi-comedias y farsas, Gil Vicente emplea tambien indistintamente las dos lenguas, unas veces exclusivamente, como en las comedias *El Viudo*,

La Divisa de Coimbra (donde todo es castellano ménos el principio y el fin), en las tragi-comedias *Don Duardos* y *Amadís de Gaula*, y en la farsa *Las Gitanas*. El idioma de estas obras es el castellano.

En las más de las producciones dramáticas de Gil Vicente hablan castellano unos personajes, y otros portugues. En la *Comedia de Rubena* hablan en castellano el *Licenciado*, *Rubena*, *Benita* y el *Príncipe*. Las *lavanderas* y *Dario Ledo* cantan tambien en castellano. Y es de notar que el diálogo entre personas que hablan estas dos lenguas afines hubo de parecer cosa tan llana y natural á Gil Vicente, que en esta *Comedia de Rubena* hace hablar á dos hermanos cada uno en una lengua diferente. El *Príncipe* habla en castellano; su hermano *Felicio*, en portugues.

En *La Floresta de Engaños*, seis personajes hablan portugues, diez personajes castellano. En las tragi-comedias *Nao de amores* y *Fragua de amor*, y en nueve de las doce *farsas* que compuso, están empleados juntamente ambos idiomas.

La *Romágem d'aggravados*, tragi-comedia satírica en que no escasea la sal cómica, acaba con una cancion castellana llena de gracia y de castizo sabor popular.

En suma, de las cuarenta y tres obras dramáticas que se conservan de Gil Vicente, solo trece son exclusivamente portuguesas. Si á esto se agrega que Gil Vicente, en una obra representada ante el rey D. Juan III ensalza á Cárlos V, en otra canta en castellano las glorias de *Alfonso Enriquez*, fundador de la monarquía lusitana, y escoge tambien el castellano para escribir el sermon poético que fué recitado en 1506 al rey D. Manuel en la noche del nacimiento del infante D. Luis, se comprenderá cuán apar-

tado se hallaba el ánimo de los portugueses, en aquellos venturosos tiempos, de los sentimientos de recelosa emulacion que más adelante alejó, una de otra, á dos naciones que la naturaleza y la historia han formado para la vida de la amistad y de la armonía.

De los demas autores dramáticos portugueses nada puedo decir en este rapidísimo é incoherente bosquejo, sino que desde Gil Vicente hasta los creadores del teatro moderno de Portugal, Almeida Garret y el autor de *Os homens de marmore* y de *A escala social*, que tenemos la satisfaccion de ver esta noche entre nosotros (1), la escuela dramática española y el espléndido teatro de nuestra patria, han sido comunes á España y Portugal. Y esto no demuestra, como al parecer lo da á entender, en sus elevadas y á veces amargas y misantrópicas reflexiones, Teófilo Braga, que el arte careciese de vida propia en Portugal (2), sino que eran afines, casi idénticos, el gusto y los sentimientos morales de ambos pueblos. El teatro, animado por el espíritu peninsular, decayó en Portugal como en España cuando preponderó en la Europa entera la escuela seudo-clásica de la córte de Luis XIV, que cortó el vuelo á la inspiracion popular.

Las grandes vicisitudes del gusto literario han sido siempre comunes á las dos naciones. Cuando dejó de reinar en ambas la *poética* de Juan del Encina, y entró de lleno en ellas el renacimiento italiano, la escuela de los

---

(1) El Sr. José da Silva Mendes Leal, ministro de Portugal en Madrid.

(2) «Pela historia da litteratura portugueza, bem contra vontade, se vê que é un povo morto; não a una obra d'arte verdadeiramente filha do seu tempo, se exceptuamos o milagre dos *Lusiadas*.» (*Historia da litteratura portugueza.*)

cancioneros del siglo XV se llamó en Portugal *a eschola hespanhola* ó *a eschola velha*, á diferencia de la nueva escuela, que tomó el nombre de *eschola italiana*. Pero esta escuela, á pesar de la oposicion del gusto tradicional de que se hizo principal adalid el ingenioso Castillejo, ántes de su aclimatacion en el suelo lusitano, se habia hecho completamente *española* con las dotrinas y los seductores ejemplos de Boscan y de Garcilaso. Sá de Miranda, verdadero importador del gusto italiano en Portugal, conocia sin duda ántes de su viaje á Roma la ruidosa reforma española, y cuando pugna en favor del majestuoso endecasílabo y combate los *villancetes*, *motes* y otros metros ligeros de la *eschola velha*, cita á aquellos dos insignes poetas castellanos como triunfadores caudillos que habian dado luz á las tinieblas. Así dice en una epístola elegiaca al ilustre Antonio Ferreira:

E logo, *aqui tão perto*, com qué gosto
De todos, *Boscão*, *Laso* ergueram bando,
Fizeram dia, ja quasi sol posto.

En otra carta, escrita en quintillas, esforzándose siempre por introducir en su patria el gusto de la poesía italiana, cita á los mismos escritores de Castilla como autoridades decisivas:

Liamos ao grande *Laso*
Com seu amigo *Boscão*,
Que honráram a sua nação.

El gran *Luis de Camões*, príncipe de los poetas épicos de la península española, y uno de los mayores del mundo porque acertó á cantar las singulares glorias de su patria con la sublimidad sencilla de lo verdadero y de lo grande, no desdeñaba ni el idioma castellano ni la poesía

de Boscan y de Garcilaso, que, aunque reflejada de Italia, tomaba, al pasar por la lira de aquellos poetas, un sabor peculiar de la tierra española. Este sabor se advierte igualmente en los versos del gran vate lusitano, y en los de Bernardes, Ferreira, Sá de Miranda y otros ilustres escritores, españoles y portugueses, que estudiaban y admiraban é imitaban recíprocamente sus obras en aquellos tiempos de gloria y de grandeza para ambas monarquías.

La analogía de forma, de inspiracien y de lenguaje nacia en todos ellos de la analogía del grande espíritu que los animaba. De esta analogía teneis un ejemplo palpable en las obras de Ercilla y de Camóens, poetas nacidos en el primer tercio del siglo XVI, y que no conocieron respectivamente sus poemas (1).

No los comparo con respecto á su valor absoluto. *La Lusiada* (2) pertenece á un órden más elevado, más na-

---

(1) Ercilla publicó la primera parte de *La Araucana* en 1770.—Camóens publicó *Os Lusiadas* en 1772.

(2) Llamo *La Lusiada* (y no *Las Lusiadas*, segun ahora se acostubra) al inmortal poema de Camóens, porque el singular me parece en este caso más propio que el plural, y más conforme á la práctica por lo comun seguida, desde los tiempos más remotos, con respecto á estas epopeyas en que sobresale un héroe principal. Así se dice: el *Ramayana*, la *Iliada*, la *Cristiada*, la *Henriada*, etc. Por otra parte, no ofrece esto innovacion alguna. Escritores del tiempo de Camóens y de la generacion inmediata llaman *Lusiada* al famoso poema; especialmente el erudito portugues Faria y Sousa, que consagró veinticuatro años de su vida al estudio y comento de las obras del gran poeta. Así dice: «*Lu*»*siada*. Dióle este título el poeta á imitacion de Homero, que al pri»mero llamó *Iliada* por haber escrito de los troyanos, y al segundo »*Ulisséa* por tratar de Ulíses; de Virgilio, que escribiendo de Enéas, »llamó *Eneyda* aquella escritura; de Stacio, que á aquella acción de los »dos hermanos en Tébas, llamó *Tebayda*, y despues *Achileyda* á la de »Achíles, etc.»

cional, más ámplio y más universal que *La Araucana*. Pero considerad en ambos poemas el tono natural y noble de las descripciones, el brío y la sobriedad de los caractéres, la imparcialidad de los juicios, la llaneza elegante y helénica del estilo, y hasta la espontánea robustez de arranque y de estructura de las octavas, y no dudaréis de que en las almas de aquellos dos hombres vive una llama del mismo cielo y de la misma raza.

Camóens escribió cerca de cuarenta poesías castellanas, y en sus comedias *Os Anfitriões*, *Filodemo* y *El rey Seleuco*, unos personajes hablan en portugues y otros en castellano.

Camóens habla siempre de España encareciendo las nobles prendas de sus hijos, segun acabais de oir en la descripcion de Europa contenida en el canto III de *La Lusiada*, fiel y elegantemente traducida por nuestro digno compañero el Sr. Conde de Cheste. Y es tan grande la gentileza del esclarecido cantor de las hazañas lusitanas, que nunca pierde la generosa dignidad de su ánimo, ni siquiera en aquellos momentos en que el entusiasmo

---

Hay motivos para conjeturar que el mismo Camóens, ántes de darlo á la estampa, puso al poema el nombre de *A Lusiada*. Así se le llama en uno de los dos curiosos manuscritos de la obra, anteriores á la impresion, que con tan vivo contento encontró casualmente Faria y Sousa. El otro manuscrito no tiene título, porque es sólo de los seis primeros cantos, copiados cuando áun no estaban compuestos los demas. (*Lusiada, comentada por Manuel de Faria y Sousa.* Madrid, 1639: pág. 87 y siguientes.) De creer es que Camóens, cuando á su vuelta de la India (1569) dió la última lima al poema, cambió el título, adoptando definitivamente el de *Os Lusiadas*, ménos sencillo y clásico que el primero. Tel vez pensó que, aunque algo enfático, era este nombre más propio y comprensivo, pues significaba *hechos heróicos de los lusos ó lusitanos*, sin limitarse al descubrimiento y conquista de la India. Hoy dia algunos escritores extranjeros dan al poema el nombre antiguo *A Lusiada*.

por la gloria de los triunfos nacionales puede llevar involuntariamente la imaginacion hasta el engreimiento y la injusticia. Así es que, áun en el canto en que describe la gran victoria de Aljubarrota, habla de las gentes y de las tierras españolas con miramiento y con nobleza. Hé aquí lo que dice de la gente vascongada:

Tambem movem da guerra as negras furias
A gente viscainha, que carece
De polidas razões, e que as injurias
Muito mal dos estranhos compadece.
A terra de Guipúzcoa e das Asturias,
Que con minas de ferro se ennobrece,
Armou delle os soberbos matadores,
Para ajudar na guerra a seus Senhores.

En los versos cortos de Camóens hay visibles imitaciones de las canciones de Boscan. Tan amante era de la literatura y de la lengua de Castilla, y tan identificado estaba con ella, que en las pocas cartas que de él se han conservado, escritas en la India portuguesa, donde tan apartado se hallaba de las influencias europeas, asoman á cada paso los recuerdos castellanos. En una de ellas escrita á un amigo de Lisboa, al darle noticia de las damas de Goa, le dice chistosamente:

«As portuguezas todas cahem de maduras..... As que a terra da, além de serem de rala (harina morena), fazei-me mercê, que lhe falleis alguns amores de Petrarca o de Boscão. Respondem-vos huma linguagem meada de hervilhaca (legumbre áspera), que trava na garganta do entendimiento, a qual vos lança agua na fervura da mõr quentura do mundo.»

En otra de las cartas empieza recordando aquellos versos de un soneto de Garcilaso:

La mar en medio, y tierras he dejado,
etc.,

y emplea proverbios castellanos.

Imita, ademas, el metro y el tono de las coplas de Jorge Manrique en muchos versos interpolados en la misma carta. Ved, por ejemplo, éstos que dirige al mundo:

E quem en tí determina
Descanso poder achar,
Saiba que erra;
Que sendo a alma divina,
Não a póde descansar
Nada da terra.....
Em fim, mundo es estalagem
Em que pousam nossas vidas
De corrida;
De tí levam de passagem
Ser bem ou mal recebidas
Na outra vida.

Al acabar esta larga é interesante carta, vuelve á pensar en la poesía castellana, y escribe, como jugando con ambas lenguas, una glosa sobre unos versos,

Di, Juan, ¿de qué murió Blas?
etc.,

«com hum pé á portugueza é outro á castelhana.»

Recordaré, por último, que en una égloga portuguesa que escribió en Goa, á la muerte de D. Antonio de Noronha y del príncipe D. Juan, padre del rey D. Sebastian y yerno del emperador Cárlos V, égloga que Camóens estimaba la mejor de cuantas compuso (1), habla en cas-

(1) Me parece melhor que quantas fiz. (Carta de Camoens, escrita en la India.)

tellano la pastora *Aonia;* y para manifestar cuánto le complace el sonoro idioma de Castilla, hace el autor decir al pastor *Frondelio:*

Escuta hum pouco. Nota, é vê, Umbrano,
Quão bem que sõa o verso castelhano.

Aonia habla de un modo que recuerda la expresiva emocion del estilo de Garcilaso. Así empieza:

Alma y primero amor del alma mia,
Espíritu dichoso, en cuya vida
Mi vida estuvo cuando Dios queria!
etc.

Y nótese que los versos portugueses de Camóens, así como los de todos los poetas portugueses ilustres de los siglos XVI y XVII, se asemejan á los versos castellanos, en giro, en frase, en gusto y en lenguaje, mucho más que los de los poetas lusitanos de los siglos XVIII y XIX, harto familiarizados con la literatura francesa. Versos hay de Camóens que parecen vaciados en un molde castellano, y para cuya traduccion exacta no hay que hacer sino cambiar las desinencias de ciertas dicciones. Sirva de ejemplo uno de los más bellos sonetos del gran poeta:

Quando os olhos emprégo no passado,
De quanto passei me acho arrepentido;
Vejo que tudo foi tempo perdido,
Que todo emprego foi mal empregado.
Sempre no mais damnoso mais cuidado;
Tudo o que mais cumpria, mal cumprido;
De desenganos ménos advertido
Fuí, quando de esperanças mais frustrado.
Os castellos que erguia o pensamento,
No ponto que mais altos os erguia,
Per esse chão os via n'um momento.
¡Qué erradas contas faz a phantasía!

Pois tudo pára em morte, tudo em vento,
¡Triste o que espera, triste o que confia!

Ved traducido este soneto, sin más trabajo que el de colocar las voces españolas casi en la misma disposicion en que se hallan las portuguesas:

Cuando los ojos vuelvo á lo pasado,
Me hallo de cuanto hice arrepentido;
Miro que todo fué tiempo perdido,
Y el que llegué á emplear, mal empleado.
Puse en lo más dañoso más cuidado;
Cuanto debí cumplir, fué mal cumplido;
De desengaños ménos advertido
Fuí, cuando en esperanzas más frustrado.
Los castillos que alzaba el pensamiento,
Cuando más encumbrados los erguia,
Por tierra los miraba en un momento.
¡Cuánto yerra la humana fantasía!
Pues todo pára en muerte, todo en viento,
¡Triste el que espera, triste el que confia!

POESÍA BRASILEÑA.

Esta misma semejanza con la literatura española, que á veces raya en identidad, se advierte en toda la poesía clásica portuguesa y brasileña. Esta última, acaso porque la distancia la ha preservado algun tanto del roce con otras literaturas europeas que no tienen con su espíritu y forma grandes afinidades, ha conservado, áun en los últimos tiempos, mucho de su antiguo carácter.

La falta de espacio me impide recorrer, siquiera rápida y superficialmente, las obras más sobresalientes del ya rico y brillante parnaso brasileño. Quisiera ofreceros muestras de los dos notables poetas épicos del siglo XVIII, *José de Santa Rita Durão* y *José Basilio da Gama*. Sus poemas el *Caramurú* y el *Uruguay* vivirán siempre admirados por la posteridad, no sólo á causa de su méri-

to poético, que es grande en verdad, sino tambien, y muy principalmente, porque, llevados de su feliz instinto y de su amor patrio, rompieron ambos poetas, en no escasa parte, las cadenas de la imitacion clásica que avasallaba entónces por do quiera el mundo literario. En el *Uruguay*, sobre todo, resplandece en alto grado el sentimiento local, y las costumbres y la portentosa naturaleza de aquel espléndido hemisferio están descritas con pincel fácil, lozano y vigoroso. El asunto de este curioso poema es la lucha de las tropas españolas y portuguesas con los indios del Paraguay en 1756. A este poema puede aplicarse aquello que Quintana decia de la *Araucana*: «Si hay algo bien pintado, no son los españoles, son los indios»; pero cabalmente por eso mismo es mayor y más vivo el interes de los lectores europeos. El fin trágico de Lindoya, que, desesperada por la pérdida de su amante el caudillo indio *Cacambo*, se deja morder por una serpiente, despues de lo cual la encuentra muerta su hermano *Caitutú;* y el episodio en que aquel caudillo incendia los cañaverales del rio para hacer perecer á sus enemigos, son bellísimos cuadros que, aunque episódicos, están ligados á la accion principal «al modo de los antiguos romanceros españoles» (1), y no lastiman la unidad de interes. Permitidme que reproduzca aquí algunos versos del cuadro delicado y conmovedor de la muerte de Lindoya, que por la lengua y la armonía os parecerán castellanos:

Entram emfim na mais remota é interna
Parte do antigo bosque, escuro e negro,
Onde ao pé de uma lapa cavernosa
Cobre uma rouca fonte, que murmura,
Curva latada de jasmins e rosas.

(1) Fernando Wolf.

Este logar delicïoso e triste,
Cansada de viver, tinha escolhido
Para morrer a mísera Lindoya.
Lá reclinada, como que dormia,
Na branda relva e nas mimosas flores,
Tinha a face na mão, e a mão no tronco
De um fúnebre cypreste, que espalhava
Melancólica sombra. Mais de perto,
Descubrem que se enrola no seu corpo
Verde serpente, e lhe passeia, e cinge
Pescoço e braços, e lhe lambe o seio.
Fugem de a vêr assim, sobresaltados,
E param cheios de temor ao longe;
E nem se atrevem a chama-la, e temem
Que desperte assustada, e irrite o monstro,
E fuja, e appresse, no fugir, a morte.
. . . . . .
. . . . . .
Leva nos braços a infeliz Lindoya
O desgraçado irmão, que, ao desperta-la,
Conhece ¡com qué dôr! no frio rosto
Os signaes do veneno, e vê ferido
Pelo dente subtil o brando peito.
Os olhos em que amor reinava um dia,
Cheios de morte; e muda aquella lingoa
Que ao surdo vento, e aos écos tantas vezes
Contou a larga historia de seus males.
Nos olhos Caitutú não soffre o pranto,
E rompe em profundíssimos suspiros,
Lendo, na testa da fronteira gruta,
Da sua mão, já tremula, gravado
O alheio nome, e a voluntaria morte.
. . . . . .
Inda conserva o pállido semblante
Um não sei qué de magoado e triste
Que os coracões mais duros enternece.
¡Tanto era bella no seu rosto a morte!

Éste, como veis, es un cuadro concebido, trazado y escrito de mano maestra, y tiene ademas el hechizo de ser una poesía de legítima inspiracion americana.

Pero advierto que falto á mi propósito, involuntariamente arrastrado por el embeleso poético de los cantos brasileños. Me resigno, por necesidad, á no citaros verso alguno, ni de *Claudio Manuel da Costa*, *Manuel Ignacio da Silva Alvarenga*, *Thomaz Antonio Gonzaga* y otros poetas líricos de la célebre escuela de Minas Geráes, ni de *Mendes Bordalho*, de *Mello Franco*, autor de un poema satírico *O reino da estupidez*, inspirado por la *Dunciad* de Pope (1), y de otros que, aunque nacidos en el Brasil, pertenecen literariamente á Portugal, porque allí se educaron y allí florecieron; ni del zapatero de Rio Janeiro *Joaquim José da Silva*, que se distinguió por sus letrillas satíricas, imitando el género burlesco y epigramático de los españoles; ni del mulato *Domingos Caldas Barboza*, ingenioso coplero, desesperado siempre por haber nacido de una esclava de Angola; ni de los poetas de principios de este siglo, como *Souza Caldas*, *Ottoni* y *Francisco de San Cárlos*, en los cuales prepondera el sentimiento cristiano; ni de otros ingenios de aquella época, como los *Vizcondes de Caravellas* y *da Pedrabranca*, el *Marqués de Paranaguá* y el famoso profesor y ministro *José Bonifacio de Andrada*, que fué á un tiempo sabio, estadista y poeta; ni de los poetas inspirados por el entusiasmo de la libertad política moderna ó de la autonomía americana, como *Mattos Pimentel*, el canónigo *Cunha Barboza*, el Padre *Silverio da Paraopéba*, *Ferreira dos Santos Reis* y su hermano *Ladislao dos Santos Titára*, uno de los más célebres, por su poema el *Paraguassú* y por su *Ode aos poetas brasileiros*, en la cual, al modo de Lope de Vega en su *Laurel de*

(1) Este poema satírico del ilustre clásico inglés fué libremente traducido al castellano por el Sr. D. Alberto Lista con el título *El imperio de la estupidez*.

Apolo, hace un panegírico de los poetas de su patria. Entre los inspirados por la pasion política, no debo omitir el nombre de otro poeta, hijo, como *Caldas Barboza*, de una negra, *José da Natividade Saldanha*, imitador del célebre portugues *Antonio Diniz*. Semejante al poeta cubano *Plácido*, fué *Saldanha* apóstol y víctima de sus extraviadas ideas políticas.

Aquí hago punto en la conmemoracion de algunos célebres poetas del Brasil, que florecieron ántes de la generacion presente. En los últimos treinta años, esto es, en el reinado de S. M. el emperador D. Pedro II, maduro ya el espíritu emancipador de la escuela romántica, y combinado con un profundo sentimiento de nacionalidad, la poesía brasileña ha tomado gran vuelo y vida propia. Los poetas son innumerables, y la fama de los más insignes empieza á cundir en Europa.

No puedo omitir el honroso recuerdo que merecen algunos de estos principales escritores de la era presente, los más de ellos reformadores, y todos profundamente brasileños: *Domingos José Gonçalves de Magalhães*, diplomático distinguido, pero ante todo poeta profundo y meditador, siempre elevado, algunas veces sublime, especialmente en los ocho cantos elegiacos, que tituló *Mysterios*, y cuyos asuntos *Muerte*, *Lamentaciones*, *Recuerdos dolorosos*, *Letargo*, *Vision*, *Conciencia*, *Duda*, *Fe*, os pueden dar idea de que *Magalhães*, cantor austero y cristiano, no es el poeta de la gente frívola y alegre, sino el poeta de los hombres pensadores.

Manuel de Araujo Porto-Alegre, pintor, arquitecto y poeta, al cual acabamos de admitir con verdadera satisfaccion entre nosotros como correspondiente extranjero, siguiendo la aficion á las epopeyas artificiales, que tanto

ha decaido en Europa, pero que en el Brasil continúa viva, porque allí las anima poderosamente el sentimiento americano, escribió el poema *Colombo*, como su amigo Magalhães habia escrito *A Confederação dos Tamoyos*, obras ambas en que abundan altos sentimientos, nobles imágenes y esplendorosas descripciones. *Porto-Alegre* era ya ventajosamente conocido en su patria y fuera de ella por sus comedias *O espião de Bonaparte* y *O sapateiro politicão*, por su poema *A voz da natureza sobre as ruinas de Cumas* y por las *Brazilianas*, serie de notables poemas, cuyo esencial asunto es la pintura de las costumbres y de los grandes cuadros que ofrece la naturaleza del Brasil. Distínguese entre las *Brazilianas* la titulada *A destruição das florestas*, en cuyo segundo canto el incendio (*a queimada*) y la muerte de los animales, especialmente de las serpientes, están pintados con vivísimos colores.

Los *Suspiros poéticos é saudades* de Magalhães, publicados en París el año de 1836, fueron uno de los despertadores del talento poético de *Porto-Alegre*. Las *Brazilianas* de éste ejercieron á su vez eficaz influencia en el ánimo de *Antonio Gonçalves Dias*, uno de los poetas más espontáneos y delicados y más populares que honran en la era presente la literatura americana. Es el poeta de la juventud y de los amores, movido casi siempre por un instinto lírico, ideal y subjetivo. Algunas de sus composiciones, cómo, por ejemplo, aquella que se titula *Sé se morre de amor*, y tambien *A mãe d'agua*, especie de ondina brasileña, han sido puestas por los alemanes al nivel de las inspiraciones líricas de Schiller. En su poema de las contiendas de los Timbiras y los Gamellas, titulado simplemente *Poema americano*, el espíritu local es el elemento inspirador. *Gonçalves Dias* lleva tan léjos este senti-

miento, que hasta deplora que la América se haya puesto en contacto con la Europa, cuya civilizacion juzga con sañudo rigor. Y sin embargo, la poesía de *Gonçalves Dias* tiene mucho de alemana y mucho de española.

Un novelista y autor dramático importante, *Joaquin Manoel de Macedo*, que se unió á Porto-Alegre y á *Gonzalves Dias* para la publicacion de la célebre revista *Guanabara*, llamó sobre sí gloriosamente la atencion pública, como poeta lírico, por su fantástico y singular poema en seis cantos *A Nebulosa*. Es una curiosísima tradicion popular, relativa á una hechicera, *insana mulher, sabida en mágicas tremendas;* obra romántica, de fecunda y ardiente fantasía descriptiva, cuyo éxito fué igual á su mérito incontestable.

Manuel Odorico Mendes, insigne latinista y amigo de Almeida Garrett, *Joaquim Norberto de Souza Silva*, el fabulista *Joaquim José Teixeira*, *Manoel Antonio Álvares de Azevedo*, *Antonio Gonçalves Teixeira é Souza* y *Luis José Junqueira Freire* han escrito poesías bellísimas y adquirido lisonjera celebridad.

De las obras que conozco de estos cinco poetas, confieso que me han cautivado especialmente las de *Álvares de Azevedo*, ingenio de grandes esperanzas, que murió sin haber cumplido veintiun años. Están llenas de sensibilidad, de armonía y de audaz desembarazo. Gozan de gran favor entre los brasileños las composiciones tituladas *Lembranza de morrer*, *Crepúsculo do mar* y *Á minha mãe*. Para que formeis idea de su vehemente y lozano estilo, os citaré algunos versos de *A cantiga do sertanejo*, advirtiéndoos que este *sertanejo* ó habitante de los bosques del interior, habla un lenguaje extremadamente pintoresco y poético, semejante al del *Pirata* de Espronceda, ó al

de los árabes imaginarios de las Orientales de Zorrilla:

Donzella, se tú quizeras
Ser a flôr das primaveras
Que tenho no coração!
E se ouviras o desejo
Do amoroso sertanejo
Que descôra de paixão!
Si tu vïesses comigo,
Das serras ao desabrigo,
Aprender o que é amar:
—Ouvil-o no frio vento,
Das aves no sentimento,
Nas aguas e no luar!
—Ouvil-o nessa vïola,
Onde a modinha hespanhola
Sabe carpir é gemer!
Que pelas horas perdidas
Tem cantigas doloridas,
Muito amor! muito doer!.....
Pobre amor! o sertanejo
Tem apenas seu desejo
E as noites bellas do val!
Só...o ponche adamascado,
O trabuco prateado
E o ferro de seu punhal!
E tem...as lendas antigas
E as desmaiadas cantigas
Que fazem de amor gemer!
E nas noites indolentes
Bebe cânticos ardentes
Que fazem estremecer.
etc.

Las imitaciones de Lord Byron, en las cuales *Azevedo* quiere, con la ciega inadvertencia de los veinte años, eclipsar al modelo en escepticismo y en desprecio de las leyes morales de la vida y de los misterios de la muerte, han ejercido cierta influencia perniciosa en algunos poetas de la flamante escuela.

No quiero recordar sus nombres (1). Me limitaré á deciros que, ademas de los poetas mencionados, gozan hoy de gran nombradía en el imperio del Brasil *Machado de Assíz*, autor de un libro muy admirado, *As phalenas; Crespo* de quien esperan mucho los literatos brasileños; y algunos otros, cuyas obras no me son conocidas.

Os parecerá, acaso con razon, que me he detenido, más de lo que cuadra á mi asunto, en la conmemoracion de los ingenios líricos del Brasil; pero debo confesar, como explicacion y disculpa, que buscando en ellos la confirmacion de la fraternidad constante entre las letras y las lenguas lusitana y castellana, me engolfé con deleite en su lectura, pareciéndome que tenía ante la vista obras de literatura española. Por si lo dudais, os recordaré algo de *Gregorio Mattos*, el primer poeta literario que hubo en el Brasil (segunda mitad del siglo XVII), y de algun otro de su tiempo, y como complemento de la prueba, algo tambien de cualquiera de los poetas del momento presente.

Mattos, jurisconsulto distinguido y rimador ingenioso y fecundo, era hombre desmandado y estrafalario, si los hubo. Su inagotable, fácil é implacable vena satírica fué el tormento de muchos y su propia ruina y desventura. Ni el clero, ni la magistratura, ni los gobernadores mismos de Bahía, patria del poeta, se libraron de sus diatribas poéticas, más populares miéntras más desnudas y violentas. Su situacion llegó á ser tan peligrosa y apura-

---

(1) Véanse las producciones de los estudiantes de la Escuela de derecho de San Pablo. *Ensaios litterarios, jornal académico*, 1850; *Esboços litterarios, jornal redigido por académicos*, 1859; *Rosas e goivos* (alelíes), 1849; *Minhas canções*, 1849.

da, que tuvo que dejar la ciudad y retirarse á vivir con su esposa, á quien amaba, á una solitaria casa de campo. Allí no tenía Mattos objetos inmediatos que satirizar; pero su funesta manía era fatal é irremediable. Su honrada mujer llegó á ser contínuo blanco de sus tiros epigramáticos, y fueron tales con este motivo las desavenencias conyugales, que la esposa, ofendida y exasperada, huyó de su hogar para buscar refugio y consuelo en el seno de su familia.

Pues bien; la poesía satírica portuguesa de *Mattos* es completamente española. Quevedo fué su principal modelo. Hay entre sus versos obras calcadas sobre las del gran escritor madrileño. Tambien imitaba á Lope de Vega, y asimismo á Góngora, como se ve en aquella letrilla contra los hipócritas, en que toma de una de las más conocidas del poeta cordobes el metro, el estilo, algunas ideas y el estribillo *¡Dios me guarde!* Estaba *Mattos* tan impregnado del gusto de la literatura española y tan acostumbrado al manejo del idioma portugues á la castellana, que era de los pocos que todavía escribian romances asonantados. De ellos es muestra aquel que escribió, siendo mozo, al salir de la Universidad de Coimbra, y empieza así:

Adeus, Coimbra inimiga,
Dos mais honrados madrasta,
Que eu me vou para outra terra
Onde viva mais á larga.....

Tambien en la segunda mitad del siglo XVII florecia en la ciudad de Bahía un poeta, *Manoel Botelho de Oliveira*, no ya imitador, sino cultivador acérrimo de las letras de Castilla. Escribió muchos versos castellanos, especialmente romances, imitando á Góngora, si bien con mal

discernimiento y con escaso instinto. Como su amigo *Gregorio Mattos*, cursó leyes en la Universidad de Coimbra, y allí aprendió la lengua italiana, y sègun dice el bibliógrafo-crítico portugues José María da Costa e Silva,

«estudou con mais affinco a castelhana, que era então a lingua da moda para a sociedade aristocrática e para a sociedade poética, porque era ó idioma de Góngora, que era nessa época o oráculo da poesía, tanto em Portugal como em Castella.»

Con el fin de introducir en el Brasil el teatro español, escribió dos comedias castellanas (1), en las cuales el talento lírico supera visiblemente al talento dramático.

Más adelante, esto es, á fines del siglo XVII, otro poeta, tambien natural de Bahía, el historiador *Sebastião da Rocha Pitta*, escribió versos líricos castellanos, y un libro de caballería, tambien en castellano, por el estilo del *Palmerin de Inglaterra* (2).

Más adelante todavía, en la primera mitad del siglo XVII, cuando el Portugal empezaba á perder la arraigada aficion á las letras de Castilla, y estas letras habian caido en la más lamentable decadencia, todavía hubo un brasileño que se inspiró en la gran literatura dramática española del siglo XVII. Este brasileño es aquel famoso escritor dramático *Antonio José da Silva*, que denunciado á la Inquisicion, como judaizante, por una criada negra, fué quemado en Lisboa el 19 de Octubre de 1739, á la edad de treinta y cuatro años. Su muerte ha dado asunto á la primera tragedia brasileña *O Poeta e a Inquisição*, compuesta por el caballero *Gonçalves de Magalhães*,

(1) *Hay amigo para amigo.—Amor, engaños y celos.* Lisboa, 1705.
(2) Barboza Machado, *Rev. do Inst.*, III.

y á un canto épico de *Sousa Silva*, titulado *A corõa de fogo.*

Sus producciones cómicas, que en lengua portuguesa no tienen igual desde Gil Vicente á nuestros dias, son conocidas con el nombre popular *Operas do Judeu.* Aunque conocia los preceptos y los modelos de la escuela seudo-clásica francesa, que empezaba á subyugar las letras en todas las naciones, *Antonio José da Silva* no sigue más norma que la tradicion peninsular de la antigua comedia española. Es la única que cuadraba á la índole libre, popular, movediza, de su ingenio dramático. Adopta el *gracioso*, desprecia las tres unidades consagradas, y mezcla sin miramientos convencionales lo patético y lo festivo. La sola unidad á que atiende, ó por mejor decir, la sola unidad que, sin darse cuenta de ello, le inspira su gran instinto, es la del interes dramático, la de la intencion cómica. Su *Vida de Don Quijote*, su *Esopaida* ó *Vida de Esopo*, su *Amphitryão* y sus *Guerras do Alecrim e Mangerona* (guerras del romero y la mejorana), son obras en que rebosan la *vis cómica*, el desembarazo del estilo y el espíritu de observacion.

Pero ¿qué mucho que un hijo de Rio-Janeiro, educado en Portugal, conservase el gusto de la dramática peninsular española, si este mismo gusto era por entónces el que hasta en el Brasil dominaba? Queda memoria de que en 1717 fueron representadas en Bahía, en castellano por supuesto, las comedias de Calderon *El Conde Lucanor* y *Afectos de ódio y amor*, y en 1729 las comedias del mismo *Fineza contra fineza*, *La fiera*, *el rayo y la piedra*, y *El monstruo de los jardines;* y tambien las comedias de Moreto *La fuerza del natural* y *El desden con el desden* (1).

(1) Varnhagen, *Florilegio.*

Termino esta conmemoracion de los poetas brasileños de diferentes tiempos, copiando, como última comprobacion de la semejanza de ambos idiomas hasta en la época actual, algunas estrofas de una composicion muy celebrada de *Luis José Junqueira Freire*. Este es, como *Álvares de Azevedo*, uno de esos admirables y tristes seres, cuya imaginacion anticipada y febril los consume y devora. A los veinte años, no cumplidos, profesó en la Orden de San Benito. A los veintidos, arrepentido y desesperado, pidió y obtuvo su secularizacion, y murió poco despues, de una hipertrofia en el corazon, en Junio de 1855.

El asunto de la composicion es la profesion de otro jóven. *Junqueira Freire* explaya, con el arrebatado sentimiento y con la frase exaltada de un jóven que no sabe domar sus pasiones, la amargura y los remordimientos que le habian martirizado, y que todavía laceraban su corazon. Su sinceridad es grande, y esa misma imprudencia con que quita el velo á su alma, es indicio al ménos de su nobleza y su energía. Hé aquí las primeras estrofas:

Eu tambem antevi dourados dias
N'esse dia fatal;
Eu tambem, como tú, sonhei contente
Uma ventura igual.

Eu tambem ideei a linda imágem
Da placidez da vida;
Eu tambem desejei o claustro estéril
Como feliz guarida.

Eu tambem me postrei ao pê das aras
Con júbilo indizivel;
Eu tambem declarei com forte accento
O juramento horrivel.

Eu tambem affirmei que era bem fácil
Esse voto immortal;

Eu tambem prometti cumprir as juras
D'esse dia fatal.

Mas eu não tive os dias de ventura
Dos sonhos que sonhei;
Mas eu não tive o plácido socego
Que tanto procurei.

Tive mais tarde a rëacção rebelde
Do sentimento interno;
Tive o tormento dos crueis remorsos,
Que me parece eterno.

Tive as paixões que a solidão formaba
Crescendo-me no peito;
Tive em lugar das rosas que esperava,
Espinhos no meu leito.
. . . . . .

No juzgo necesario citar más versos de esta singular composicion, para hacer patente que la lengua portuguesa corriente y natural, sin afectacion y sin galicismos, es casi igual al habla castellana, limpia y pura tambien de los *francesismos* que hoy la desnaturalizan y la afean.

ANIMADVERSION LITERARIA.—EL TIEMPO LA DESVANECE.

No daria yo cabal remate al asunto que en este momento me ocupa, si no dijera algunas aunque brevísimas palabras para rectificar la cruda y áspera acusacion de *portugueses aduladores* y *degenerados* que han lanzado los esclarecidos escritores Francisco Manuel, el Vizconde de Almeida-Garrett y otros, contra aquellos de sus compatriotas que han cultivado las letras castellanas. El buen sentido protesta contra esta acriminacion, que, á ser fundada, alcanzaria, más ó ménos directamente, á no pocos príncipes de Portugal gloriosos y esforzados, á centenares

de escritores lusitanos ilustres (1), y al que en gloria portuguesa los simboliza á todos, al grande Camóens, que ha legado á Portugal un lazo autonómico más poderoso que sus portentosas conquistas; pues éstas se han desvanecido en su mayor parte, y no se desvanecerá nunca, miéntras dure el habla portuguesa, la luz que con su inmortal poema ha derramado Camóens sobre aquellas hazañas peregrinas.

La acusacion en su esencia alcanzaria igualmente á toda la dilatada serie, consignada por Nicolas Antonio, de autores italianos, flamencos y de otras naciones, que han escrito sus obras en castellano.

Los Gil Vicente, los Camóens y otras grandes lumbreras de la edad de oro portuguesa, escribian poco ó nada de crítica literaria; pero la sentian y la practicaban grandemente, y de cierto no les habria ocurrido que la posteridad intentára echar sobre ellos un baldon por haberse servido de un idioma elegante, robusto y cultivado.

Pero más vigorosamente todavía que la razon y que la crítica, protesta la historia contra la acusacion de *lisonja servil* y *adulação infame*. Entre mis libros he encontrado cabalmente una elocuente prueba de la dignidad de los portugueses y de su espíritu noble y levantado. Es la relacion del recibimiento que en 1619 se hizo en Portugal al rey D. Felipe III, escrita por su cronista mayor Joan Baptista Lavanha. Esta relacion, impresa en 1622 con muchas y elegantes láminas, y con razon aplaudida por el maestro Gil Gonzalez Dávila, contiene muchas y muy curiosas noticias relativas al reino de Portugal. Pero sólo

---

(1) Véase el *Catálogo razonado de autores portugueses que escribieron en castellano*, por Domingos Peres. (MS. en la Biblioteca Nacional.)

recordaré algunos de los hechos exclusivamente adecuados al fin que me propongo.

Lisboa desplegó en esta ocasion un esplendor y una magnificencia casi sin ejemplo, que hizo exclamar al monarca que estaba «sobrecogido de admiracion.» Los gremios de nacionales y extranjeros rivalizaron en desprendimiento, en ingenio y en voluntad, para solemnizar la solemne entrada del Rey de Castilla y de Portugal. Grandiosos arcos de triunfo y otros monumentos, en número de unos treinta, adornaron durante muchos dias la ciudad de Lisboa, entre los cuales llamaba singularmente la atencion, por su riqueza y extraño carácter, el del gremio de los plateros. Era este monumento, llamado impropiamente *arco*, un árbol genealógico gigantesco de los diez y ocho reyes que hasta entónces habia habido en Portugal. «El tronco era de madera plateada, y las ramas y hojas de fina plata, con gran perfeccion labradas; los reyes eran estatuas del tamaño natural, vestidas y adornadas segun convenia más á sus acciones. Estaban en pié sobre las ramas de plata que procedian del tronco» (1).

Todos los arcos y monumentos estaban llenos de relieves, pinturas, emblemas, versos é inscripciones. ¿Qué ocasion más oportuna, más natural, podia presentarse á los portugueses para halagar á un rey castellano, áun sin incurrir en la nota de lisonjeros, recordando alguna vez la lengua de Castilla, que á la sazon entendian todos en Lisboa? (2). Pues bien; poesías, letreros, recuerdos históricos, todo fué portugues.

---

(1) *Viaje del rey D. Felipe III al reino de Portugal.*

(2) Más adelante, y por su cuenta, un portugues, Francisco de Mattos de Saa, cantó en versos castellanos la *Entrada y triunfo que la ciu-*

Los padres de la Compañía de Jesus festejaron á Felipe III y á sus hijos con una representacion dramática; otra ocasion adecuada para lisonjear de algun modo á Castilla. Sin embargo, no fué empleada la lengua castellana. El asunto del drama lo expresa su título: *El Rey D. Manuel, conquistador del Oriente*, esto es, el símbolo de las más altas glorias de la monarquía portuguesa. Siento que la falta de espacio no me permita daros una idea de este drama de colosales proporciones, á la vez histórico, fantástico y alegórico, cuya representacion se dividió en dos dias (1). Baste deciros que los personajes que salieron al inmenso tablado (2) pasaban de trescientos cincuenta, y de cuarenta los animales y monstruos marinos. «La riqueza de los trajes, dice el cronista, fué inestimable. Figura hubo que llevó mil diamantes, muchos de ellos de notable tamaño, ochocientas perlas grandes, doscientos rubíes, cuatro muy grandes esmeraldas y una corona guarnecida de muchos diamantes y rubíes.»

Hablaban ú obraban en la escena, en extraña y pintoresca mezcolanza, los siguientes personajes:

La ciudad de Lisboa.
El rio Tajo.
La Sierra de Cintra.
La Idolatría.
El Cancerbero.
La Perfidia.
La Ceguedad.
El Culto divino.
La Fe.
La Piedad.
El Angel custodio del Oriente.
Un demonio.
El rey D. Manuel de Portugal.
Vasco de Gama.
Lucifer.
El piloto mayor de la armada.
El Océano.
Los cuatro elementos.

---

dad de Lisboa hizo á la C. R. M. del rey D. Felipe III de las Españas y II de Portugal. Lisboa, 1620.

(1) Este drama latino, en cinco jornadas, fué compuesto por el padre Antonio de Sousa.

(2) Tenía 90 piés de ancho y 145 de largo.

Eolo.
El rayo Corisco.
El Oriente.
Quince provincias de Oriente: Malabar, Arabia, Persia, Cambaya, etc.
El capitan de una nave descubridora.
Un indio del Brasil.
Indios Tapuyas y Aymores.
El Soldan de Egipto.
Fray Mauro Hispano, fraile del monte Sinaí.
Un capitan mameluco.
Mirhocen, general del Soldan.
D. Francisco de Almeida, virey de la India.
Un hechicero turco.
El Descuido.
El apóstol Santo Tomas, patron de la India.
El Asia.
El Gánges.
El Indo.
Alfonso de Alburquerque.
Ceifadino, Rey de Ormuz, mozo de trece años.
Cojeatar, su ayo y consejero.
Un embajador del Rey de Ormuz.
La ciudad de Goa.
La ciudad de Malaca.
El embajador de Persia.
El reino de Portugal.
Ángeles.
Porteros de caña.
Porteros de maza.
Reyes de armas.
Pajes.
Consejeros.
Mayordomo mayor.
Un secretario.
Capitanes.
Soldados.
Pastores.
Marineros.
Tritones.
Sirenas.
Delfines.
Focas.
Monstruos marinos.
Los cuatro vientos.

Terminó el drama en esta bizarra y delicada forma: Portugal, en un suntuoso carro, y seguido con triunfante pompa de todos los personajes, «dió una vuelta al teatro, y llegado en frente del rey D. Felipe III, se levantó de su silla, y bajando del carro, ofreció al Rey las victorias de sus hijos, sacando de su cabeza la corona, y echando á los piés del Monarca el manojo de cetros de los cincuenta y siete reinos que los portugueses conquistaron en el Oriente, suplicándole prosiga lo que sus abuelos tan prósperamente comenzaron, para que el culto divino, fe y piedad acaben de enseñorear el mundo» (1).

(1) *Viaje del rey D. Felipe III al reino de Portugal.*

Todas las manifestaciones de respeto y de simpatía personal que tributaron á Felipe III, como á su Rey, y desentendiéndose de Castilla, las ciudades portuguesas por donde pasó, honran en alto grado el carácter de aquella noble raza. En ninguna de las ciudades hubo indicios de humildad ó lisonja, sino de dignidad y de patriotismo.

A la solemne entrada del Rey en Lisboa, el Dr. Ignacio Ferreira, diputado de la llamada *Mesa da Conciencia*, le dirigió, desde un estrado, en un discurso lleno de sinceros sentimientos de veneracion y de afecto, los parabienes de la ciudad. Este discurso memorable contiene una reconvencion y un consejo. La reconvencion, justa en verdad, se refiere al hecho de no haber ido Felipe III una vez siquiera, en los veintiun años que llevaba de reinado, á visitar su hermoso reino de Portugal; el consejo fué decirle cuánto podia convenir al bien y robustecimiento futuro de la España entera establecer su capital en Lisboa. Merecen citarse las propias palabras del noble Ferreira, que, aunque en el estilo figurado del tiempo, expresa sus ideas en claro é ingénuo lenguaje:

«Na larga ausencia de Vossa Magestade, muito Catholico, poderoso e clementísimo Rei Senhor nosso, se pudera dizer por esta nobre e leal cidade, o que por Hierusalem no tempo de seus trabalhos: Cidade tam populosa, senhora das gentes, princesa das provincias, ¿cómo estás desamparada, feita quasi viuva?.....

»Logre Vossa Magestade muitos e felices annos, e depois seus descendentes para sempre, e que esta entrada seja tam próspera e timida dos inimigos, como era de nos desejada, e para toda Espanha necessaria. Digo, Senhor, para toda Espanha, porque seu amparo e augmento consiste en Vossa Magestade fazer cabeza do seu imperio esta antigaa e illustre cidade, mais digna delle que todas as do mundo, assistindo aquí com sua Real córte, pues é o coração e meio de todos os seus estados, donde se podera com môr facilidade acudir á todas as partes, sem se perder occasião.»

El Rey, dice el cronista Lavanha, escuchó con mucha atencion las palabras de Ferreira, le dió las gracias, y le aseguró que no olvidaria lo que le habia dicho (1). Lo olvidó, sin embargo, y acaso no hizo bien en ello.

Por lo demas, Felipe III no olvidó en Lisboa que allí era, ante todo, rey de los portugueses; se mostró generoso y afable, evitó todo alarde de prepotencia castellana, y tuvo complacencia en pronunciar en idioma portugues el juramento que, de rodillas y puestas las manos sobre el misal y la cruz, prestó ante las Córtes, reunidas en Lisboa, de guardar las costumbres, fueros, libertades y franquicias que sus antecesores, los monarcas de Portugal, habian otorgado á la nacion portuguesa (2).

Las prevenciones desfavorables llegaron á oscurecer de tal manera la verdad en el vecino reino, que no puede ser ocioso ni indiferente á los que saben lo que importa y vale la concordia sincera y constante de estos dos pueblos profundamente semejantes, cuanto se encamine á desvanecer en esta parte toda sombra y toda injusticia.

---

(1) « A toda esta prática esteve Sua Magestade con muita atenção, e baixando Inacio Ferreira hum degrao, Sua Magestade lhe deu as graças, e que se lembraria do que lhe avia dito, e lhe faria mercé. » (*Viagem del Rei D. Felipe II* (III de Castilla) *ao reino de Portugal.*)

En la version española de la *Crónica* de este viaje se suprimió la contestacion del Rey.

(2) Hé aquí la forma del juramento:

(14 *Julio* 1619.)

« Juramos e prometemos de com a graça de N. Senhor, vos reger e governar bem e dereitamente, é vos administrar inteiramente justiça, quanto a humana fraqueza permite, e de vos guardar vossos bõos costumes, privilegios, graças, mercês, liberdades e franquezas que pelos Reis passados, nossos antecessores, vos forão dados, outorgados e confirmados. »

En la edicion de la *Diana*, impresa en Lisboa por Pedro Craesbeeck el año de 1624, se da noticia oficial, en las *Licencias*, de haber estado prohibida en Portugal la popular novela. Así dice:

«Esta obra de Jorge de Monte-Mayor, intitulada *Diana*, que até agora se prohibia, por nova revista se permite, come se pode ver no *Catálogo Novo* deste reino na pág. 148, col. 2.»

En una dedicatoria en que se refieren curiosos pormenores relativos al éxito por extremo lisonjero que alcanzaban el libro y el autor entre las damas más encumbradas de la córte, Lorenzo Craesbeeck, pariente sin duda del impresor, explica la prohibicion con estas palabras:

«Prohibírãose em Portugal as obras de Jorge de Monte-Mayor, parece que em castigo de dar a reinos estranhos o que devia a este onde nascera.»

Este ejemplo de puritanismo portugues, hostil á la literatura de Castilla, fué entónces excepcional y un alarde sin trascendencia.

En el siglo XVII, los laureles conquistados por eminentes ingenios portugueses que escribieron en castellano, no ofendian á sus compatriotas. Era gloria comun de la raza peninsular. A nadie parecia extraño en Lisboa que los portugueses Montemayor y Melo se hiciesen hablistas clásicos en la lengua de Cervántes, ni que Faría y Sousa escribiese en castellano acerca de la historia de Portugal, y comentase, tambien en castellano, á Camóens, que era el poeta que más admiraba en el mundo, ni que Mattos Fragoso, nacido en el Alentejo y educado en la Universidad de Évora, compartiese en Madrid las palmas de la escena española con Moreto y con Calderon, y esto por los tiempos de la emancipacion portuguesa.

En el reinado del rey José, época de reformas, que en Portugal corresponde á la de Cárlos III en España, y de la cual dice donairosamente Almeida-Garrett, aludiendo al cambio del antiguo sistema de estudios universitarios, que en ella se *expulsou a barbaridade entrincheirada en Coimbra como em sua última cidadella da Europa*, penetró en Portugal el gusto seudo-clásico frances, como habia penetrado en Inglaterra y en las demas naciones europeas. Los escritores portugueses de esta época fueron muy adversos á la antigua literatura hispano-portuguesa, y tampoco perdonaron á Jorge de Montemayor el no haber escrito en idioma lusitano su celebrada *Diana*. Uno de los más esclarecidos poetas del tiempo, *Antonio Diniz*, contado hoy dia entre los clásicos portugueses, brinda en un famoso ditirambo, en honor de Camóens, de Ferreira, de Bernardes, de Gil Vicente, de Ribeiro dos Santos, de Sá de Miranda y de otras lumbreras del parnaso lusitano. Al llegar el turno de los brindis á Montemayor, dice así:

Outro va igual
A Côrte-Real;
Que ao Monte-Maior
Não hei de brindar.
Guarde la sua *Diana*
Para a gente castelhana;
Se escrevêra em portuguez,
O brindára d'esta vez;
Mas deixar o doce, puro,
Abondante,
Elegante
E brilhante
Idïoma lusitano!
¿E por quem? ¡Polo hispano!
Não o soffro, nem aturo,
Nem Apollo aturaria.....

Como se ve, al traves del tono vivo y jugueton del di-

tirambo, se columbra el acerbo sentimiento de la malevolencia literaria. Y en verdad que, al expresarse en són hostil acerca del habla castellana, no cae el buen Diniz en que sus propios versos le desmienten, porque son casi del todo castellanos, en estructura, en ritmo y hasta en dicciones. Hé aquí traducidos estos versos casi palabra por palabra:

Otro va igual
Á Córte-Real;
Que á Monte-Mayor
Yo no he de brindar.
Allá guarde su *Diana*
Para gente castellana;
Si en portugues escribiera,
Yo por él brindar quisiera;
Mas ¡dejar el dulce, puro,
Abundante,
Elegante
Y brillante
Idïoma lusitano!
¿Y por quién? ¡Por el hispano!
No lo sufro ni lo aguanto,
Ni Apolo lo aguantaria.....

No la crítica histórica y literaria, sino pasajeras prevenciones nacionales pueden explicar esta actitud enemiga de parte de los literatos en el siglo XVIII, y en un tiempo en que el pacto de familia, los manejos de la Gran Bretaña y los recelos del Portugal produjeron graves desavenencias entre los dos estados peninsulares.

Hasta en nuestro tiempo se han oido todavía ecos de aquellos injustos y envejecidos clamores.

Las prevenciones populares tienen un carácter tan contagioso, que alcanza hasta á los ánimos más nobles y á los más claros entendimientos. Un caballero portugues, erudito, imparcial, benévolo, amigo de los españoles, es-

cribió, há ya algunos años, un compendio de la historia portuguesa, para uso de las escuelas públicas. Al llegar á los tres *Felipes* españoles, que reinaron en Portugal durante sesenta años, nada refiere, ni siquiera glorias de su nacion, como la conquista del reino de Pegú, en las Indias Orientales, efectuada por dos ilustres portugueses, Ribeiro de Sousa y Brito de Ricote; cual si en tan largo espacio nada hubiera pasado en el reino ni en sus colonias; como si con su desdeñoso silencio quisiera borrar de la historia hechos y vicisitudes que son consecuencia natural de las cosas y de los tiempos. Habla, sin embargo, de la turbacion del reino en aquella época, de la indecision del Cardenal-Rey y de las Córtes de 1579, en cuanto á la sucesion al trono, y hasta recuerda el *alvará* expedido en 17 de Julio de 1580 por el Consejo de gobierno, legítimamente nombrado á la muerte del Cardenal-Rey, en el cual *alvará* fué declarado rebelde el prior de Crato don Antonio, y legítimo rey D. Felipe II. No echó de ver el estimable autor que de esta manera explicaba algun tanto, contra su voluntad, cómo sin violencia y sin desdoro para la gloria portuguesa, pudo efectuarse el advenimiento al trono lusitano de un soberano de Castilla; lo cual confirma el mismo escritor, añadiendo que la resistencia, no de Portugal, sino de D. Antonio, fué vencida por el Duque de Alba, en un sólo encuentro, el de Alcántara, que no está por cierto considerado en los fastos militares como una funcion de guerra de muy recio y difícil carácter.

Hasta el primer literato moderno de Portugal, el autor de *Fray Luis de Souza*, el ilustre Vizconde de Almeida-Garrett, rindió tributo á aquellas preocupaciones, cuando áun se hallaba bajo el imperio de las doctrinas clásicas.

Yo tuve el gusto de cultivar en Lisboa, durante algunos años, la amistad de este hombre insigne, que, como ha dicho recientemente un escritor portugues, hizo en Portugal lo mismo que en España el Duque de Rivas, esto es, atreverse á romper con las rutinas de la escuela seudo-clásica, introduciendo en la poesía, principalmente con el ejemplo, la moderna libertad literaria.

Pues bien; este mismo Garrett, crítico agudo, que fué más adelante admirador imparcial de las glorias literarias de España, dejándose llevar en sus mocedades de la tradicion de su primera escuela, escribe estas duras palabras:

«A lisonja servil, a adulação infame levou nossos deshonrados avós á desprezar seu proprio riquíssimo e tam suave idioma, para escrever no guttural castelhano; preferindo a os sonoros helenismos do portuguez as aspiradas *aravías* da lingua dos tyrannos..... En castelhano escreviam ja esses degenerados portuguezes.»

Y más adelante añade:

«E todavia ja, nos tinhamos recobrado tam gloriosamente nossa independencia, ja o nome portuguez tornara a ser honra e nobreza, e ainda essa lepra castelhana lavrava.»

Bien se ve que Garrett se hallaba todavía léjos de la madurez literaria, cuando tan completamente olvidaba la índole y el carácter de la lengua y de la literatura portuguesa en la época de lo que llama con razon *a grande eschola de Camões e Ferreira*, para consignar aquellas desatentadas cláusulas que contienen dos injusticias, una contra la admirable y admirada literatura castellana, otra contra el noble carácter de la raza lusitana. Ni fueron *infames aduladores* los ilustres é innumerables ingenios portugueses que cultivaron con gloria el habla de

Castilla, ni nuestro hermoso idioma es digno de la exorbitante ojeriza que le manifestaba en aquel tiempo Almeida-Garrett.

Aunque no ignoraba yo cuánto labran las apasionadas prevenciones inspiradas por las primeras ideas que se reciben en los albores de la vida, costábame todavía trabajo explicarme cómo en el culto espíritu y en el clarísimo entendimiento de aquel varon insigne habian cabido tales enormidades críticas. Lo comprendí al cabo, leyendo la celebrada, y en verdad notabilísima, *Arte poética* de Francisco Manuel, poeta del siglo XVIII, cuyos versos líricos coloca Garrett alguna vez más alto que las sublimes odas de Píndaro. La pasion con que habla Garrett no es suya, es la pasion de épocas pasadas, pasion de reflejo que nació artificialmente en su pensamiento de la admiracion desmedida que profesaba á aquel esclarecido preceptista. Hé aquí los versos de Francisco Manuel:

A lisonja, que encosta brandamente
A dextra á cerviz dura, a foi curvando,
Té que inteira a baixou ante o tyranno.....
E as pennas embebeu na hispana tincta
Tanto ao fundo, que as pennas esqueceram
Do seu idioma luso a côr nativa,
Para afagar (1) com phrases mendigadas
As orelhas dos duros vencedores.

Ya veis que este lenguaje, inspirado ménos por el discernimiento literario que por la pasion política, es la fuente donde bebió Garrett la amargura de sus palabras. Estas, á la luz de la crítica imparcial, elevada y analítica que domina en el mundo moderno, son una inexactitud y un anacronismo.

(1) Acariciar.

Poco diré del tono, algo más que desdeñoso, que emplea Garrett al hablar de la lengua castellana, que tan *bien sonaba*, como ya hemos visto, en los oidos de Camóens.

Los portugueses se glorian con razon del sello profundamente latino que en sí lleva la lengua portuguesa, y recuerdan con gusto aquellos versos del canto I de *La Lusiada:*

> E na lingoa, na qual quando imagina,
> Con pouca corrupção crê que he a latina.

Muchas veces se ha hecho la prueba de formar con palabras latinas, escogidas y diestramente combinadas, largos períodos, que son á un tiempo latinos y portugueses. La más célebre de estas pruebas es el elogio de la lengua portuguesa, escrito por el Dr. Manoel Severim de Faria, chantre de la Santa Iglesia de Évora:

«O quam gloriosas memorias publico, considerando quanto vales, nobilissima lingua. Cum tua facundia excessivamente nos provocas, excitas, inflamas! Quam altas victorias procuras! Quam célebres triumphos speras, quam excellentes fábricas fundas, quam perversas furias castigas, quam feroces insolencias rigorosamente domas, manifestando de prosa et de metro tantas elegancias latinas!»

Pero es el caso que este elogio latino-portugues, hecho por un portugues en loor y aplauso del habla lusitana, vino á ser impensadamente un elogio tambien de la lengua castellana, pues todo el período es tanto latino-castellano como latino-portugues.

Semejante prueba se ha hecho tambien muchas veces con relacion al idioma castellano. Como todos sabeis, pueden verse de ello ejemplos ilustres en la disertacion latino-castellana, impresa en 1544, que escribió en Italia el Arzobispo de Toledo y ayo de Felipe II, D. Juan Mar-

tinez Siliceo, con el extremado intento de probar que el castellano es más semejante al latin que el italiano; en una *Epístola* de Ambrosio de Morales; en un *Diálogo* del maestro Fernan Perez de Oliva; en una gramática castellana, impresa en Lovaina; en los *Tercetos en latin cóngruo y puro castellano* de Diego de Aguiar (1), y en otras várias obras que copian ó mencionan Faría y Sousa, Rengifo y otros autores.

No hay para qué decir que en estos ingeniosos esfuerzos de identificacion, sale tan mal parado el latin como los dos idiomas modernos peninsulares, los cuales, empleados sin partículas ni artículos, toman necesariamente un carácter por demas afectado y premioso.

Dejemos á las personas especialmente consagradas á desentrañar los orígenes de las lenguas, el cuidado de analizar y medir sus elementos constitutivos, como lo hizo el erudito Sarmiento, calculando que, dividido el idioma castellano en cien partes iguales, sesenta son latinas, diez eclesiásticas ó griegas, otras diez septentrionales introducidas en várias épocas, otras diez orientales, anteriores y posteriores á la invasion de los árabes, y las diez restantes, unas procedentes de las Indias Orientales y Occidentales, otras alemanas y borgoñonas, y otras, por último, gitanas. Este cálculo, aunque formado con grande estudio y aplaudido por filólogos muy competentes, ha

---

(1) Empiezan así:

Scribo historias graves, generosos
Spiritus, divinos héroes puros,
Magnánimos, insignes, belicosos.
Canto de Marte defensores duros,....
. . . . . .
etc.

recibido várias rectificaciones. Larramendi, Humboldt y otros han demostrado que á aquellos elementos hay que agregar el vascuence; D. Pascual de Gayángos reduce á un octavo, en vez de un décimo, el elemento arábigo; otros han hecho observar que muchas raíces griegas han entrado en los idiomas modernos peninsulares, pasando primero por el latin; algunos han procurado señalar más determinadamente los elementos ibérico, céltico, fenicio, cartagines, hebreo y siriaco.

Estas estadísticas etimológicas de los idiomas son siempre de aclaracion difícil é insegura.

El cálculo comparativo de las dicciones latinas que hay en las lenguas portuguesa y castellana, no sería tan difícil; pero lo juzgo ocioso, siendo evidente que es el latin ámplia y principal basa de ambos idiomas. El sabio autor del *Diálogo de las lenguas* afirma que «la lengua toscana tiene muchos más vocablos enteros latinos que la castellana, y que la castellana tiene muchos más vocablos corrompidos que la toscana.» Acaso pueda formarse un juicio semejante entre los idiomas español y portugues. Pero sea como quiera, y admitiendo que sea igual en ambas lenguas el número de palabras de orígen latino, y reconociendo que hay en portugues no pocas dicciones latinas que, como *terra*, *jus*, *ferro*, han conservado su primitiva forma, no por eso ha de creerse que el portugues sea más latino que el castellano. Cierto que á los oidos de Ciceron ó de Tibulo habria sonado de un modo poco agradable la articulacion gutural de españoles, árabes y alemanes, y la aspiracion de los ingleses; pero es probable que no les habria parecido más eufónico el diptongo nasal *ão* de los portugueses, ni la desinencia plural *ões*, no ménos nasal que aquel diptongo.

Prescindiendo de estos ú otros sonidos peculiares que de un modo ó de otro tienen todas las lenguas modernas, creo que ninguna de ellas ha conservado en tanto grado como la castellana el majestuoso y robusto carácter del idioma latino. La lengua portuguesa ha sacrificado una gran parte de esta majestad á la tendencia en ella dominante, á disminuir las articulaciones de las consonantes y á unir en lo posible los sonidos vocales. Estas elisiones de letras, y áun de sílabas enteras producen suavidad, pero quitan al sonido la rotundidad y la fuerza. Véanse, por ejemplo, las siguientes palabras en las tres lenguas, portuguesa, castellana y latina:

Portugues.	Castellano.	Latin.
Vaidade. . . .	Vanidad. . . .	Vanitas.
Saude. . . .	Salud. . . .	Salus.
Táboa. . . .	Tabla. . . .	Tabula.
Pái.	Padre. . . .	Pater.
São.	Sano.	Sanus.
Mão.	Mano. . . .	Manus.
Máo.	Malo.	Malus.
Besta.	Ballesta. . . .	Ballista.
Nó.	Nudo.	Nodus.
Pó.	Polvo.	Pulvis.
Moeda. . . .	Moneda. . . .	Moneta.
Ceo.	Cielo.	Cœlum.
Só.	Solo.	Solus.
Geral. . . .	General. . . .	Generalis.
Soár.	Sonar. . . .	Sonare.
Mór.	Mayor. . . .	Major.
Dôr.	Dolor. . . .	Dolor.
Têa.	Tela.	Tela.
Corõa. . . .	Corona. . . .	Corona.
Pessõa. . . .	Persona. . . .	Persona.
Lua.	Luna.	Luna.

Innumerables son en portugues las palabras, á estas semejantes, en las cuales, segun una observacion general

del Dr. Duarte Nunes, la corrupcion latina consiste en supresion de sílabas ó letras. Por la breve lista anterior, que podria aumentarse hasta lo infinito, se ve, no sólo que el castellano tiene, como el portugues, muchas voces latinas que han conservado íntegra su primitiva forma, sino que las más de las alteraciones castellanas de los vocablos latinos consisten en las desinencias, y no lastiman la energía fónica del antiguo idioma romano. Este es, en mi sentir, el secreto principal de la nobleza y del vigor que todos reconocen en la lengua de Castilla. Creo que Juan de Valdés, autor del ya citado *Diálogo de las lenguas*, tenía razon cuando decia:

«La gentileza de la lengua castellana, tan entera y tan abundante, consiste, entre otras cosas, en que los vocablos son llenos y enteros.»

En lo que aventaja indudablemente el habla portuguesa al habla castellana es en la dulzura y en la eufonia. Esto lo han reconocido siempre de buen grado los más ilustres hablistas castellanos, y en especial Lope de Vega, que, entusiasmado con la literatura portuguesa, llama *divino* á Camóens en la silva tercera de *El Laurel de Apolo*, y prodiga aplausos y coronas á *Francisco de Macedo*, á *Sá de Miranda*, á *Corte-Real*, á *Bernardes* y á otros esclarecidos ingenios lusitanos.

Manuel de Faría y Sousa refiere que Vicente Espinel «le dijo algunas veces (son sus palabras) que era un encanto la lengua portuguesa en la suavidad del sonido.»

A Lope de Vega cautivaba tanto esta suavidad, que en una de sus obras, en que hace cantar á várias ninfas en diferentes idiomas, da la palma al portugues en estos términos:

Así cantando fué la portuguesa

Con celebrado aplauso larga historia,
Á quien, por la dulzura que profesa,
Entrambas concedieron la victoria.

Con este amistoso y fraternal espíritu consideraban los españoles las glorias literarias y el idioma de la nacion vecina. Nada más natural. Resaltaba tanto á sus ojos la estrecha conexion que habia entre la civilizacion literaria de los dos pueblos, que miraban casi como cosa propia lengua y letras tan análogas á las suyas.

En nada se muestra tanto esta mancomunidad nacional como en los romances populares portugueses, malamente desdeñados por el falso clasicismo, y nunca publicados en Portugal con su primitiva y simpática sencillez, hasta que, poco há, Teófilo Braga ha arrancado, por decirlo así, algunos de ellos á la version oral, que, por fortuna, aún duraba en la memoria tenaz del pueblo en algunas comarcas de Portugal, y singularmente en las Azores; prestando de este modo un servicio eminente á la sana crítica y á la literatura popular de su país (1).

El verso octosílabo asonantado está manejado con tal gracia y tal desembarazo rítmico, que demuestra, sobre cualquiera otro argumento, la identidad característica de las dos lenguas. Hé aquí, por ejemplo, unos cuantos versos del romance *O Cativo*, reflejo y á veces traduccion de aquel romance que publicó Durán con el número 258, y que está considerado como tipo de todos los romances de cautivos:

Eu vinha do mar de Hamburgo
N'uma linda caravella;

(1) *Romanceiro Geral*, colligido da tradição. Coimbra, 1867.—*Cantos populares do Archipélago Azoriano*. Porto, 1869.

Cautiváram-nos os mouros
Entre la paz e la guerra.
Para vender me leváram
Á Salé, que é sua terra;
Não houve mouro nem moira
Que por mim nem blanca dera;
Só houve um perro judio
Que alí comprar-me quizera.
Dava-me uma negra vida,
Dava-me uma vida perra:
De dia pisar esparto,
De noite moêr canella,
E uma mordaça na bocca
Para lhe não comer d'ella, etc.

Cuando la escuela amanerada de los preceptistas avasalló las letras lusitanas, como habia avasallado las españolas, el romance fué mirado en Portugal cual cosa vulgar y rastrera. Los poetas de cuenta aspiraban á la elevacion pindárica, y no hay duda que algunos, como Francisco Manuel y Antonio Ribeiro dos Santos, lograron dar con ella. Áun en este tiempo, en que seguian los escritores de ambas naciones corrientes filosóficas artificiales de exótico orígen, se encuentran en un mismo terreno los poetas portugueses y españoles. Todos, por ejemplo, poseidos del sentimentalismo enciclopedista que habian leido en los declamatorios escritos del abate Raynal, coinciden en declararse campeones de la *inocencia* de aquella América donde habia antropófagos y sacrificios humanos, y en condenar, en nombre de la civilizacion, á sus gloriosos antepasados, que llevaron al Nuevo-Mundo las artes, las ciencias, y sobre todo la fe cristiana, que es la primera de las fuerzas civilizadoras del mundo. Quintana entusiasmaba á la juventud con su verso proverbial,

Vírgen del mundo, América inocente,

y Francisco Manuel, en su celebrada y brillante oda *á la libertad*, no ve sino importadores de leyes tenebrosas y sangrientas, y de instrumentos de tormento y suplicio en la ínclita cohorte del gran Álvarez Cabral, cuya primera emocion, al descubrir el Brasil, fué un sentimiento religioso (1).

Esta literaria indignacion contra los descubridores de los siglos XV y XVI era tan aprendida en libros de escritores franceses, cuya atencion se fijaba principalmente en América, que apénas se acuerdan los poetas filántropos de los conquistadores del Oriente. Y sin embargo, allí eran las guerras muy recias y sangrientas, allí destruia el cañon portugues admirables monumentos del arte primitivo y de la religion bramánica, cuyos vestigios se disputa hoy la ciencia europea (2).

En esta misma España, donde el asonante vive y vivirá siempre gloriosamente hermanado con su espléndido teatro y con sus peregrinos romanceros, no han faltado quienes, no pudiendo comprender el alto sentido de la

---

(1) Pedro Álvarez Cabral descubrió el Brasil el 3 de Mayo de 1500. Su primera idea fué ponerle el nombre de *Tierra de Santa Cruz* en honor de la fiesta que celebra la Iglesia este dia.

Hé aquí los versos de Francisco Manuel:

«As leis escuras trazem, sanguinosas;
Trazem cordas, grilhões, trazem segures
Da liberdade em troco,
Para as nações, que ó crime mal conhecem.
Geme América ao pêso
Que insolente lhe aggrava
Dos vicios á cohorte maculosa.
O veneno da Europa se derrama,
E os mudos valles trôam
C'o trémulo fragor do bronze rouco.»

(2) Th. Pavie, *Les caves d'Eléphanta*. Paris, 1842.

poesía popular, han mirado con mal disfrazado desden el asonante y el romance. Y por cierto que estos mismos, que así desconocian la gracia de esa forma métrica y de ese hechizo armónico, privativos de los idiomas latinos peninsulares, recomendaban con ahinco el uso del verso suelto, ritmo incompleto que deja mucho que desear á oidos meridionales. Hoy, por fortuna, desvanecida la preocupacion seudo-clásica, el asonante es tenido en lo que vale, y esclarecidos poetas españoles, especialmente el Duque de Rivas y Zorrilla, le han hecho recobrar su antiguo imperio en la literatura castellana. Los escritores lusitanos de América y de Europa rinden tambien culto, algunas veces, á la fácil y popular armonía poética del asonante, planta espontánea del suelo ibérico. Algunos de ellos llevan hasta el entusiasmo su aficion al asonante, y justo es mencionar con este motivo al caballero Miguel María Lisbôa, súbdito del ilustrado monarca que en este momento nos escucha, el cual, al publicar, há veinte y seis años, sus *Romances históricos*, que recuerdan en su forma y manera los del Duque de Rivas, se declaró abierta y denodadamente campeon del asonante.

Almeida-Garrett, desembarazado ya de las preocupaciones de la escuela seudo-clásica, sintió que no hay mejor poesía para las naciones que aquella que emana de los veneros de la inspiracion popular; dió rienda á su noble instinto; soltó los andadores de su primera educacion literaria, y quiso ser ántes que escritor *europeo*, como son los más, escritor *portugues*. Volvió la vista á los tiempos en que el espíritu y las costumbres de la madre patria eran de genuina esencia y de sabor exclusivamente lusitano, y buscó en rancias historias y tradiciones, asunto, genio y forma para sus obras literarias. Él fué el prime-

ro que hizo comprender al Portugal de nuestros dias el tesoro, ántes desdeñado, de verdad, de poesía, de calor patrio, que encierran los rudos y sencillos cantares de los pasados tiempos. Sacó del olvido muchos romances populares, y los vistió con las galas de su culto y aliñado estilo. Esta transformacion fué su pecado. Garrett, que tan vivamente sentia, admiraba y encarecia la savia natural y vigorosa de aquellos romances, no echó de ver que *perfeccionarlos* era desnaturalizarlos; y que su candor primitivo, su espontánea llaneza, su rudeza misma, valen mucho más que los atildamientos artificiales de la cultura. Relaciones hay de hechos bárbaros de la edad-media, que, en el estilo bronco, conciso y cortado de los romances recogidos de la tradicion oral, tienen una fisonomía propia y adecuada, miéntras que en el estilo acicalado de los escritores modernos, forman cierto desacuerdo, semejante al que produciria un payo engalanado con los pulidos arreos del cortesano.

Pero al buscar Garrett el elemento indígena en la literatura, esto es, el sabor del terruño portugues, dió tambien necesariamente, y sin pensar en ello, con el elemento castellano, ó por mejor decir, con el elemento peninsular, que subsistirá siempre en la esencia, por más que asomen á veces divergencias superficiales.

La sana semilla del gusto y del sentimiento popular, sembrada por Almeida-Garrett en el terreno de la crítica y de la poesía, está dando en la era presente brillantes y lozanos frutos. En ellos resplandece la unidad del espíritu peninsular. De la hermandad antigua de las ideas, de los afectos, de las preocupaciones y de los instintos literarios de ambas naciones, no hay testimonio más claro y vigoroso que los romances populares, olvidados en

tiempos aciagos para las letras; pero que la crítica moderna empieza á vivificar y á enaltecer.

Los romances que Garrett refunde y adereza, han nacido los más en Castilla, y han pasado naturalmente á Portugal, que los ha hecho suyos impensadamente, por la fuerza incontrastable de asimilacion que existe entre dos pueblos tan profundamente semejantes y afines (1).

Despues de la reseña histórico-crítica que antecede, ¿qué queda, pues, de las mal fundadas invenciones de desarmonía entre las lenguas y las letras lusitana y castellana, y de las acusaciones, lanzadas por el enojo literario contra el carácter de portugueses ó españoles? De esta simple ojeada resulta claramente que, no por lisonja y á consecuencia de la dominacion española, han cultivado los portugueses el idioma y la literatura de nuestra patria, sino que lo hicieron libre y espontáneamente en todos tiempos los escritores más independientes é ilustres, y con especialidad en las épocas más gloriosas de la monarquía portuguesa.

Terminaré, repitiendo mi afirmacion primera, á saber:

---

(1) Como confirmacion autorizada de esta verdad histórica, recordamos con gusto las siguientes palabras de Teófilo Braga:

«Em Portugal dáva-se a mesma corrente poética, no mesmo momento, com a mesma intensidade, porque o povo hespanhol e portuguez é ethnographicamente só um: o *mosárabe*. A creação dos romances em Portugal no seculo XIV e XV é um facto original, que se não debe julgar separado de Hespanha. As divisões políticas, os odios suscitados entre localidades nada tem de orgánico.....

»No período épico da formação dos romanceiros da Península, do seculo XIV ao XVI, a mesma corrente da inspiração popular passou de Hespanha para Portugal. Era o mesmo sangue árabe mixto, ó mesmo genio aventuroso e amigo de ouvir falar de extranhos successos, que fazia florescer ém Portugal uma das mais espléndidas poesías da edade-media.»

que los vínculos esenciales constitutivos, históricos y literarios, de las dos razas, portuguesa y española, son de aquellos que no rompen los desabrimientos pasajeros de la política internacional ni las turbaciones de los tiempos. Ambas razas padecieron y sobrellevaron, ó arrostraron y combatieron con igual heroismo, las dominaciones antiguas de los pueblos de Oriente y de Italia. Ambas, poseidas de una audacia sobrehumana que no se arredraba ni ante los tremendos y alucinadores peligros de lo remoto y lo desconocido, llevaron la fe, la luz y la energía á los ámbitos extremos del orbe; ambas, con sublime perseverancia, con caballeresca gallardía, hicieron guerra sin tregua y alejaron al cabo, para siempre, de la Europa occidental al poder mahometano, que no sólo habria ahogado la independencia material de los pueblos, sino que habria sustituido en ellos á la idealidad incomparable de las doctrinas del Evangelio, la civilizacion materialista, estrecha é infecunda del Coran; ambas, en fin, cuando en tiempos á nosotros cercanos, vieron caer de improviso sobre la península ibérica las avasalladoras falanjes de Napoleon, sintieron despertarse un sentimiento comun de nacionalidad antigua, y con un esfuerzo igualmente comun y unánime, combatieron y rechazaron aquel formidable peligro que amenazaba las instituciones, las leyes, las costumbres y las ideas de los dos pueblos, cuyo fondo era, no análogo, sino en verdad idéntico.

Las razas lusitana y castellana, cualquiera que sea el destino que les esté reservado en los arcanos del porvenir, serán siempre como dos hermanos, nacidos en el mismo suelo, amamantados con la misma leche, que han recibido la misma educacion y las mismas lecciones, que casi siempre han gozado ó padecido juntos los dones de

la prosperidad y los reveses de la fortuna, que se han adornado muchas veces con las coronas de la misma gloria. Podrán entre ellas suscitarse enojos y querellas.— ¿En qué familia no se anubla alguna vez el cielo de la paz?—Pero, no hay que dudarlo, tantas afinidades ejercerán siempre entre lusitanos y españoles una accion atractiva muy poderosa. En los vaivenes de su marcha política, y en las respectivas vicisitudes de su vida autonómica, acabarán siempre como suelen acabar los individuos de una misma familia: por entenderse, por disculparse y por amarse.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

LAS CANTIGAS DEL REY SABIO.

I.

Encargado por la Real Academia de dar una breve noticia de los códices que llevan por título el de este escrito, empezaré por reconocer mi incompetencia para examinar y juzgar el valor artístico de la música y áun de las preciosas miniaturas y primores caligráficos que contienen. Quede esto al cuidado de hábiles y entendidos artistas, paleógrafos y anticuarios, los cuales sabrán poner en su punto, estimar y tasar todo el valor y el mérito de tan magníficos y curiosos documentos de la civilizacion española en el siglo XIII.

Áun limitándome yo á estudiar y hablar de la parte meramente poética, todavía es grande y prolija mi tarea por las muchas consideraciones y observaciones que sugiere el asunto. Trataré, pues, de exponerlas aquí en muy sucinto resúmen, dejando para más adelante el ampliarlas, como conviene á mi ver; á fin de no molestar ahora largo tiempo vuestra atencion ni abusar de vuestra indulgencia.

A tres géneros de interesantes consideraciones se pres-

ta esta obra. Unas son filológicas sobre el idioma, estilo y forma de las *Cantigas;* otras, estético-religiosas, sobre el asunto; y otras, por último, de historia general literaria sobre el enlace y relacion de este mismo asunto; de las leyendas y narraciones devotas y del espíritu de que están animadas, con lo que se conoce por el estilo en las demas literaturas de Europa durante los siglos medios.

De todo esto me creo obligado á decir algo; pero he de procurar que sea con cierta concision, que no dañe mucho á la claridad y al órden.

La lengua gallega y la lengua portuguesa fueron indudablemente el mismo idioma desde su orígen hasta más de mediado el siglo XV. En cierto modo puede afirmarse que el portugues dimana del dialecto gallego, pues ántes de que hubiera verdaderamente Portugal, esto es, ántes del siglo XI, el dialecto gallego se hablaba.

El orígen de este dialecto, así como el orígen del habla castellana, se pierde en el seno oscuro de nuestra historia de la Edad Media, y es difícil, si no imposible, señalar el momento en que ámbos idiomas aparecen. El despertar colectivo de una nacionalidad, que á esto equivale la creacion de un nuevo lenguaje, es un fenómeno misterioso, un hecho que pasa sin que tenga conciencia de él, ni mucho ménos le observe, el mismo por quien pasa; así como no hay individuo que, por mucha atencion y por grandes esfuerzos que emplee, pueda ni siquiera percibir el momento singular, el tránsito tenebrosamente inexplorado del sueño á la vigilia ó de la vigilia al sueño.

Lo posible, por lo tanto, y lo que conduce á nuestro propósito, es señalar un documento de alguna extension y valer, donde, si bien rudamente, el idioma aparezca for-

mado, y conteniendo en gérmen todos sus futuros desenvolvimientos y excelencias. Este documento es, para el habla castellana, el *Poema del Cid*. En mi sentir, el libro de las *Cantigas del rey D. Alonso el Sabio* puede aspirar á la gloria de ser este documento con respecto á la lengua portuguesa. Veamos hasta qué punto es sostenible el aserto.

Si hemos de creer á los autores de una época anterior á la nuestra, cuando la crítica no era tan severa ni tan sutil como ahora, el gallego ó portugues primitivo tiene una remotísima antigüedad, es más antiguo que el castellano. No hay documento alguno en nuestra lengua que se remonte á la época de no pocos documentos portugueses que se citan; pero su autenticidad se desvanece á la luz de la crítica moderna.

Es el primero de estos documentos un romance informe, en el cual aparece, como trovador y actor á la vez, un héroe contemporáneo del rey Mauregato, cuyo nombre es Guesto Ansures. Seis de las doncellas que dicho rey enviaba en feudo ó tributo al Emir-al-mumenin iban conducidas por una escolta de moros para surtir el regio harem de Córdoba, y acertaron á descansar en una casa que habia en un bosque, cerca del castillo de Guesto Ansures. Éste, por una casualidad dichosa, pasó por allí á la sazon, bien armado, á caballo, y con algunos pajes y escuderos. Las doncellas estaban en una ventana, lamentando su mala ventura. Oyó el héroe aquella lastimera vocería y aquel desconsolado llanto; acercóse á ver é inquirir lo que era, y las doncellas le enteraron de todo. Guesto Ansures se enamoró, como por ensalmo, de una de ellas, cuya hermosura y discrecion eran extremadas. Su repentino amor, la órden de caballería que habia recibido, y ademas, sus buenos sentimientos cristianos, le

movieron entónces á aventurar la vida por salvar á aquellas infelices. Llegaron en esto los moros, y, dicho y hecho, Guesto Ansures embrazó la adarga, se caló la celada, espoleó su bridon, y arremetiendo con su gente contra los moros, tantos de ellos hirió y mató, que hubo de quebrársele la espada. En tal apuro, como era hombre recio y de pujanza descomunal, corrió á una higuera, desgajó una rama enorme, y blandiéndola y esgrimiéndola, acabó de matar á todos los moros, machucándolos como cibera ó esparto. Llevóse luégo á las doncellas á su castillo, donde las agasajó y regaló espléndidamente, casándose por último con aquella que le habia enamorado. De allí adelante añadió á su nombre de Guesto Ansures la alcuña ó apellido de Figueiredo, que significa bosque de higueras, dando orígen á la ilustre familia de Portugal en cuyo escudo de armas resplandecen seis hojas de higuera, en memoria de tan noble hazaña y de las seis libertadas doncellas. El romance que lo relata todo tal vez sea antiguo, pero no debe suponerse anterior al siglo XIII. Lo más probable es que le escribiera en el siglo XV, ó en el XVI, algun curioso erudito, procurando remedar el habla antigua, ó fingir un habla antigua con palabras portuguesas y castellanas entreveradas. No creo que se cite este romance en documentos mucho más antiguos que la *Monarquía lusitana* de Fray Bernardo de Brito, impresa en 1590. La rudeza del lenguaje, más que de natural, da indicios de afectada, contraponiéndose á ella algunos juegos de palabras ó equívocos por estilo culto, como, por ejemplo, cuando dice Guesto Ansures:

Ca olhos de esa *cara*
Caros los comprarei.

Ménos inverosimilitud de ser antiguos hay en los cantares de Gonzalo Hermingues y de Egas Monis, caballeros ambos de la córte de D. Alfonso Henriquez, y ambos tan enamorados y discretos poetas, como valientes adalides. Prendóse el primero de una mora llamada Fátima, la cual vivia en Alcázar do Sal. Una mañana de San Juan, y ya es sabido cuántas cosas novelescas ocurren la mañana de San Juan en todos los antiguos romances, Gonzalo Hermingues sorprendió á los moros de Alcázar, que habian salido al campo á solazarse, los puso en fuga, y les robó á su querida Fátima, con quien se casó, despues de bautizada, tomando ella el nombre de Oriana. Los amores, el rapto y la temprana muerte de esta tocaya de la dama de Amadís fueron cantados por aquel Petrarca del siglo XI. Con todo, los versos que se le atribuyen son tan rudos y tan pocos, que, más que invalidan, corroboran mi afirmacion de que no hubo poesía portuguesa que mereciera este nombre ántes del siglo XIII.

Lo mismo puede asegurarse de los versos de Egas Monis. Una dama de la reina doña Mafalda, llamada doña Violante, era la señora de los pensamientos de aquel trovador guerrero; pero la ingrata le abandonó por un castellano, con quien se casó y se fué á Castilla. Loco de celos el amante abandonado, compuso cantares melancólicos, buscó en balde la muerte militando contra los moros, procuró consolarse y no pudo, y murió al cabo de mal de amores por aquella ingrata. No falta quien añada que, arrepentida esta señora de su infidelidad, y llena de *saudades* del difunto, puso fin á su vida con un veneno.

El ir unidos los nombres y las historias de Gonzalo Hermingues y de Egas Monis, quejándose uno, en verso, de la muerte, y el otro de la infidelidad de su amada,

hace recelar que todo sea imaginario y supuesto, á modo de tema ó asunto, semejante al de la primera égloga de Garcilaso.

Por otra parte, la leyenda poética de Egas Monis, trovador abandonado de su dama, la cual se va á extrañas tierras, parece estar fundada sobre los más reales posteriores sucesos de Bernardin Riveiro y de la infanta doña Beatriz, hija del rey D. Manuel y mujer del Duque de Saboya. En suma, Egas Monis, como trovador, tiene trazas de personaje fantástico, en quien han querido prefigurar á Bernardin Riveiro, y quizás tambien á nuestro Macías, contado por los portugueses en el número de sus poetas.

Hay, por último, un fragmento de un poema épico sobre la Cava y pérdida de España, que ha habido la pretension de hacer contemporáneo del mismo suceso que relata. Faria y Sousa publicó dicho fragmento en su *Europa portuguesa*, y aunque hombre de ingenio y de erudicion no comun, era tal entónces la falta de crítica histórica, que sostuvo con seriedad que dicho poema era contemporáneo de aquella linda y mal aventurada mujer, por cuyos pecados se perdió la cristiandad en nuestro suelo. El fragmento, sin embargo; está en coplas de arte mayor, por el estilo del *Laberinto* de Juan de Mena, y bien puede creerse que no es más antiguo que dicho poeta cordobes. Creemos en la buena fe de Faria y Sousa, pero quizás álguien, ménos escrupuloso, compuso el fragmento en su época.

Despues de estas sospechosas antiguallas de que hemos hablado, nos parece que no hay rastro ni noticia en las historias literarias de Portugal de documento alguno de valer y extension, en prosa ó verso, hasta el famoso *Can-*

cionero del rey D. Dionis, el cual debe de ser bastante posterior á las *Cantigas*. Sin entrar aquí en prolijas investigaciones, basta para probar la superior antigüedad de las *Cantigas* con confrontar algunas fechas. El Rey Sabio fundó en 1279 una órden militar y religiosa en honor de la Vírgen, en cuya alabanza es probable que hubiese ya compuesto muchos de sus versos, puesto que tanta admiracion, amor y devocion le tenía. Una de las cantigas parece, ademas, estar escrita poco tiempo despues de la conquista de Jerez, ocurrida en 1263, época, por lo tanto, á que debe remontarse por lo ménos el principio de aquella gran coleccion de composiciones poéticas. En 1263 sólo tenía dos años de edad el rey D. Dionis, y en 1279, cuando es probable que estuviesen ya escritas casi todas las cantigas, pues el rey D. Alonso murió cinco años despues, en 1284, el rey D. Dionis empezó á reinar de edad de diez y ocho años. Cuando murió don Alonso contaba D. Dionis veinte y tres años solamente, y su reinado y su vida se dilataron hasta el año de 1325.

Todas estas pruebas tienen ménos valor aún que una que podemos dar aceptando la afirmacion del Sr. Amador de los Rios, quien juzga el códice de las *Cantigas* de la biblioteca toledana escrito en el año de 1255. Si esto es exacto, gran parte de las *Cantigas* del rey D. Alonso, y una coleccion de ellas de más de ciento, existian cinco ó seis años ántes de que el rey D. Dionis naciera. Esto no obsta para que el rey D. Alonso, fervorosamente devoto de la Vírgen, y su constante trovador durante toda su vida mortal, siguiera escribiendo nuevas cantigas, añadiéndolas á las antiguas, y formando posteriormente códices con colecciones más completas, como el del Es-

corial, que conservamos, y donde las cantigas pasan de cuatrocientas.

El códice de Toledo es probable que sea de 1255, pero el del Escorial es, sin duda, posterior al 1281, ya que en una de las cantigas se refiere un milagro de la Vírgen, ocurrido en dicho año. Reunidas las Córtes en Sevilla, el Rey convidó á comer á los procuradores y magnates, apurando mucho á sus despenseros el ser dia de vigilia y no tener pescado; pero el Rey se encomendó á la Vírgen, que le proporcionó una abundantísima y milagrosa pesca. La cantiga que cuenta y celebra este milagro es la CCCLXXXVI; una de las últimas. Por donde se puede afirmar que el códice que las contiene todas no es anterior al año de 1281. Repetimos, sin embargo, que no es esto contradecir la existencia de otros códices muy anteriores y ménos completos. Don Alonso X no dejó, durante toda su vida, de cantar los milagros de la Vírgen, y consta que siempre llevaba consigo el libro de estos cantares, atribuyendo al mismo libro una virtud prodigiosa para la salud del alma y para la del cuerpo. En la cantiga CCIX cuenta el Rey que estando mortalmente enfermo en Vitoria, sanó completamente al sagrado contacto del libro de las *Cantigas*, que le aplicaron al costado.

El *Cancionero* del rey D. Dionis, que corre impreso, así como otro *Cancionero* del mismo Rey, titulado de Nuestra Señora, sin duda en loor de la Vírgen, y que se supone ha de existir aún perdido entre el polvo de alguna biblioteca, son posteriores á las *Cantigas*. Claro está que con más razon aún lo son los versos de D. Pedro, Conde de Barcellos, que deben atribuirse á los últimos años del primer tercio del siglo XIV ó al segundo tercio del mismo siglo, ya que la dama, principal inspiradora del

Conde, fué su sobrina doña María, que casó en 1328 con Alfonso XI de Castilla, el del Salado.

Es, pues, evidente que las *Cantigas* de D. Alfonso el Sabio son anteriores á toda otra poesía portuguesa; son el primer monumento de la riquísima literatura y de la lengua de Camoens, fray Luis de Sousa, Barros, Garrett y Herculano.

No es esto decir que D. Alonso X fuera único poeta portugues de su tiempo y que cantase en medio de un silencio ó mutismo general. Esto es decir sólo que las *Cantigas* son el más antiguo monumento de poesía portuguesa; pero en las mismas *Cantigas* puede haber, y habrá sin duda, versos de otros trovadores, siendo don Alonso X autor á veces, y á veces colector, de todas aquellas composiciones.

Ello es que en la lengua portguesa ó gallega hubo un gran florecimiento en aquella época primera, florecimiento cuya duracion puede extenderse por toda la segunda mitad del siglo XIII y por casi todo el siglo XIV. Así se explica aquel famoso pasaje del Marqués de Santillana, tantas veces citado, donde afirma que «el ejercicio de estas ciencias (de la poesía), en los reinos de Galicia é Portugal más que en ningunas otras regiones ni provincias de la España, se acostumbró, en tanto grado, que non ha mucho tiempo cualesquier decidores ó trovadores destas partes, agora fuesen castellanos, andaluces ó de la Extremadura, todas sus obras componian en lengua gallega ó portuguesa.» Testimonio de esta verdad viene á dar el *Cancionero* del rey D. Dionis, ya citado, el cual no fué publicado por completo por Lopez de Moura, sino sólo aquellos versos que son del rey D. Dionis ó se le atribuyen. El *Cancionero* contiene además otra multitud de

composiciones de poetas, así portugueses como castellanos. El Sr. Wolf (en su *Disertacion sobre la historia de la literatura portuguesa en la Edad Media*) nos ha dado una lista de los nombres de los poetas de que hay alguna composicion en el *Cancionero* del rey D. Dionis. La lista consta de 127 nombres, entre los cuales el de nuestro D. Alfonso X, el Sabio, quien tambien compuso en gallego versos profanos; pero como asimismo entre los poetas del *Cancionero* del rey D. Dionis aparece D. Alfonso XI, «que venceu el rey de bela marin com o poder dalem mar apar de Tarifa», se ve á las claras otra prueba más de que dicho *Cancionero* no pudo ser coleccionado ántes del año de 1340.

En el *Cancionero* del rey D. Dionis hay otros nombres y composiciones de otros trovadores castellanos, ademas de los dos reyes mencionados: tales son Pero García de Búrgos, Alonso Anés de Córdova, Gomez García, abad de Valladolid, Juan, juglar de Leon, y Pedro Amigo, de Sevilla. En nuestro *Cancionero* de Baena no faltan tampoco poetas cuyas composiciones están en portugues. Y todavía, en el siglo XV, el mismo Marqués de Santillana, aunque en una sola cancion, y Macías el enamorado, *trovaron* en lengua portuguesa-gallega. En vista de esto, no debe causarnos extrañeza, como parece sentirla Ticknor, que D. Alonso el Sabio, manejando tan hábilmente el habla castellana, eligiese para sus composiciones devotas la gallega, ni que dispusiese en su testamento que las *Cantigas* fuesen cantadas sobre su tumba, en Murcia, donde jamas pudo ser lenguaje vulgar el referido dialecto. Este dialecto hubo de estar en moda en el siglo XIII, y ser en la córte de Castilla el habla elegante y de buen tono. Milá y Romey citan una antigua crónica castellana don-

de se ponen en boca de D. Alonso VI estas palabras: «¡ Ay meu filho ! Alegría do meu corazon e lume dos meus olhos, solaz de minha velhez ! Ay meu espelho ! » Lo que no demuestra que D. Alonso VI hablase en portugues, sino que en el siglo XIII, época en que se escribió la *Crónica*, nada parecia más natural que el hablar portugues un monarca de Castilla.

Sin duda que el grande influjo que ejercieron en España los trovadores provenzales, sobre todo en el siglo XIII, contribuyó indirecta, aunque poderosamente, á esta preferencia que se dió en Castilla al dialecto gallego-portugues para la poesía trovadoresca, cortesana, y sobre todo cantable. En Aragon hubo tantos trovadores españoles que escribieron en provenzal, que sólo Milá trae noticias y composiciones de 32 en su eruditísimo libro. En Castilla tal vez no faltó tampoco quien escribiese en provenzal, áun suponiendo que no escribió el mismo D. Alonso X la célebre respuesta á Geraldo Riquier de Narbona sobre el nombre de juglar, sino que la dió oralmente y el poeta provenzal la tradujo en verso en su propio idioma; pero de ningun modo podia prevalecer en Castilla aquel dialecto extraño. Por el contrario, el gallego, que era propio de gran parte de estos reinos, y que era más adaptable que el castellano al gusto y estilo de la poesía provenzal que procuraban imitar los poetas, fué preferido naturalmente para la poesía lírica y cortesana. El más frecuente trato de los naturales de Galicia con los extranjeros que peregrinaban á Santiago, pulió y perfeccionó su lengua, y tal vez los mismos cantos que oyeron en boca de los romeros de allende el Pirineo, fueron traducidos ó imitados por ellos en el habla nativa. De este modo se comprende cómo habiendo sido Galicia y Portugal

mucho ménos visitados que Castilla por los trovadores provenzales, prevaleciese más el gusto provenzal en la poesía gallego-portuguesa que en la castellana.

Para dar una idea general de esta poesía gallego-portuguesa nos valdrémos aquí de las propias palabras del Sr. Milá, quien con grande acierto y juicio la define. «El empleo, dice, de versos de nueve y once sílabas, la construccion de las estrofas, la correspondencia de las rimas, el uso de la tornada ó envío, y algunas palabras aplicadas en el mismo sentido que en las poesías de la lengua de oc, prueban cumplidamente la influencia provenzal en la escuela portuguesa. Por la época en que ésta empezó á florecer, y por el tono que en ella domina, por la ausencia de erudicion escolástica, y áun por la jerarquía de la mayor parte de los que la cultivaron, es, entre las poesías líricas de España, la que con más exactitud puede denominarse escuela de trovadores; y si sus composiciones ofrecen especial analogía con las de los provenzales que más se distinguen por la naturalidad y el carácter afectivo, la esfera de las ideas es en aquéllos todavía más limitada y el estilo más sencillo y ménos ambicioso, lo que, al paso que gran monotonía, no deja de ofrecer cierto atractivo.»

A este género, tan bien definido por el Sr. Milá, pertenecen las *Cantigas;* pero así como están á la cabeza de él, son en cierto modo una excepcion. La influencia provenzal no se nota en ellas tan decididamente, y en la forma imitan más á la poesía eclesiástica y á la popular.

II.

Muchos escritores han tratado ya de las *Cantigas*, y han publicado algunos trozos de ellas; entre estos escri-

tores citarémos á Castro, Bellerman, Wolf, Ticknor, Morayta, Milá y Amador de los Rios. Sin embargo, como la obra permanece inédita, es dable aún decir algo nuevo, á pesar de lo mucho y atinado que han dicho críticos tan discretos.

Dos clases de composiciones comprende la coleccion: los loores ó cánticos propiamente, donde todo es poesía lírica, llena de devocion y entusiasmo, y los milagros ó narraciones. Hablaré primero de estas últimas, no por mero capricho, sino porque en realidad la parte épica, legendaria ó narrativa, precede á la lírica en el órden cronológico.

La Academia me ha de permitir que me extienda aquí un poco en algunas consideraciones que me parecen convenientes para fijar el concepto que tengo de nuestro papel é importancia literaria con respecto á las demas naciones europeas.

El siglo XIII puede afirmarse que fué como la aurora de una nueva civilizacion, y al mismo tiempo el punto culminante, el fin, término y total crecimiento de la civilizacion singular de la Edad Media. El siglo de los Minnesinger en Alemania, que llevan la lírica y la épica á una gran perfeccion; el siglo de Santo Tomás de Aquino, de San Buenaventura, de Rogerio Bacon y Alberto Magno; el siglo en que se construyeron las más hermosas catedrales góticas; el siglo en que se fundaron propiamente las universidades, poniendo en ellas cátedras de todas las ciencias; el siglo en que renació la pintura en Italia; el siglo en que perfeccionaron y hermosearon la lengua y la poesía italianas San Francisco de Asís y su escuela, haciéndolas dignas del Dante; y el siglo en que éste nació al cabo para coronar toda la obra con su poema divino, fué una época de-

cisiva y grande para la humanidad. En el gran movimiento de aquel siglo no dejó de tomar, por cierto, activa y fecunda parte nuestra Península. Basta para prueba recordar los nombres de cinco reyes en quienes pueden cifrarse todas nuestras glorias de entónces: Don Dionis de Portugal, San Fernando, Don Alonso el Sabio, Don Jaime el Conquistador y Don Pedro III el Grande. Sin embargo, como los pueblos del Norte tenian algo parecido á una cultura propia, creencias, lengua é historia, al ménos tradicional, se nos adelantaron en mucho ántes del siglo XIII. Cuando apareció en España el *Poema del Cid*, ya habia informes epopeyas en casi todos los pueblos europeos. Los anglo-sajones, áun ántes del florecimiento de su cultura en el reinado de Alfredo, tuvieron poemas, de los cuales es el más famoso el de Beowulfo; los bohemios tuvieron el canto de Zaboi; los escandinavos, sin contar los Eddas que contienen su mitología, tuvieron el canto de Ragnar, uno de los más terribles entre sus héroes piratas, que fueron á Rusia con Ruric, á Alemania con Hasting, y con Rolf á Normandía; que colonizaron la Islandia con Ingolf, y con Leif Eric descubrieron el Norte de América. Trabajos modernos han hecho renacer el Kalewala de los finlandeses. Y aunque sea falso Osian, no pueden negarse poemas y leyendas galeses de gran antigüedad, que se difunden en los siglos XI y XII por toda Europa, abriendo un venero riquísimo de poesía épica con el ciclo portentoso de Merlin y del Rey Arturo. Los alemanes, ó dígase los pueblos germánicos de diversas tribus y castas, tuvieron siempre cantos guerreros y rudas epopeyas en elogio de sus héroes, segun testimonio de Tácito, Jornandes y Casiodoro. Desde el fragmento del poema de Hildebrando hasta la apari-

cion de los Nibelungen, la tradicion épica no se rompe.

Cuando los pueblos de Europa, despues de sus emigraciones y nuevos Estados, vinieron á mezclarse, y la civilizacion romana, al difundirse entre los bárbaros, perdió mucho de su antiguo esplendor, adquiriendo nuevos elementos que habian de desenvolverse con los siglos y crear otra civilizacion superior y más completa y rica que la antigua, podemos entender que los pueblos donde la cultura propia é indígena se perdió ménos al fundirse con la latina fueron Alemania, Francia é Inglaterra. Allí los dos elementos se combinaron y trataron de elevarse desde luégo á una civilizacion mixta. El momento de esta tentativa, que, si por prematura no tuvo éxito feliz, no dejó de dar algunos excelentes resultados, fué en Francia y Alemania con Carlomagno, y con Alfredo el Grande en Inglaterra. Entre tanto, Italia y España, más penetradas de la civilizacion latina, no pudieron tener la misma originalidad al despertar como nuevas naciones. Su destino fué otro: más elevado sin duda. Italia guardó, como ningun otro pueblo, el fuego sagrado de la antigua civilizacion, y, conservando ademas la energía dominadora, siguió por medio del pensamiento siendo maestra y señora de las gentes. España iba en un principio en pos de Italia, ayudándola poderosa y gloriosamente en tan alto empleo. De ello dan prueba los Isidoros, Ildefonsos, Osios y Orosios. Ningun poeta, en aquella época de transicion, rayó tan alto como el divino Aurelio Prudencio. Pero la invasion de los árabes y su dominio nos apartaron, como pueblos cristianos, de la corriente civilizadora europea. En cierto modo puede afirmarse que la civilizacion cristiana de España, hasta el siglo XIII, fué á remolque de la civilizacion cristiana de las otras naciones de Europa.

Nuestra gran mision, durante aquellos siglos (del VIII al XIII), fué traer á la civilizacion moderna europea el elemento oriental, con más brío, eficacia é íntimo enlace que las cruzadas; así porque éstas fueron relativamente momentáneos choques, si se comparan á la larga duracion del dominio arábigo entre nosotros, como porque, no sólo los árabes, sino tambien los judíos, refinaron y acrisolaron su civilizacion entre nuestros naturales, mezclándose con ellos, y produciendo, en este suelo fecundo, sabios, filósofos y poetas, así muslimes como israelitas, tal vez superiores á los de Oriente, y que tuvieron inmenso influjo en el desenvolvimiento del espíritu humano en Europa. Tales fueron Jehuda-ben-Leví de Toledo, Maimonides, Ibu-Gebirol, los Aben-Ezrá, Averroes y muchos otros.

Y es de notar que de la cultura judáico-española é hispano-arábiga no tomamos aquellos elementos fantásticos que tomaron por medio de las cruzadas los demas pueblos europeos, sino algo de más sólido, fundamental y científico, viniendo á ser por ello nuestras escuelas de Toledo y de otras ciudades focos de luz y de ciencia para los hombres del Norte.

El genio español cristiano renació depurado y exento de toda mezcla de ensueños y de mitos. Así es que, si en el primer vagido de nuestra poesía seguimos por la forma el influjo frances, imitando acaso la rima, el metro y otros pormenores técnicos, y hasta el lenguaje y el estilo de las canciones de *gesta de los trouveres*, en el fondo hay una verdad, un brío de sentimientos, una tan serena representacion de las cosas reales, y tan poco de lo fantástico y sofístico, que críticos como Southey en Inglaterra y el ilustre Hegel en Alemania convienen en que

el *Poema del Cid* y el héroe mismo del poema no tienen semejantes en ninguna literatura, desde Homero y sus héroes, por la firmeza de los contornos y la viviente realidad de las pasiones, sentimientos y caractéres.

De este modo llegaron España y Portugal al siglo XIII: detras, sin duda, como civilizacion cristiana, de otros pueblos; pero con la gloria de haber tenido una civilizacion superior oriental, y con un carácter propio, por más que en formas y accidentes nos pareciéramos ó remedáramos á otras civilizaciones de Europa, y sobre todo á la francesa.

La materia épica, ó sea los asuntos, los soliamos tomar de otras literaturas, y casi siempre llegaban á España con retraso. Sirva de ejemplo el *Alejandro*, que ya se habia escrito en casi todos los idiomas cuando se escribió en español. Lo mismo puede decirse de la parte épico-devota; de las leyendas de santos en general, y de los loores y milagros de la Vírgen singularmente. Aquellos cuentos devotos, aquellas piadosas tradiciones, que se escribieron en latin por el clero, que no eran de interes local, sino de interes general, y que recorrieron todos los países donde se creia en Cristo, llegaron á España despues de pasar por todas partes.

Ha dicho Ozanan que los españoles de la Edad Media fueron ménos dados que otros pueblos europeos, no sólo á lo sobrenatural profano ú heterodoxo, tomado de mitologías antiguas ó de recientes ensueños del vulgo, sino tambien á los prodigios y leyendas de santos, á los viajes estáticos al otro mundo, á las apariciones y milagrerías. Los héroes de la reconquista andaban muy afanados en asuntos de importancia real, tenian demasiado que hacer con los vivos, y el contínuo batallar con un fin y propó-

sito marcados les dejaba poco vagar y reposo para irse por los espacios imaginarios. No solian ir en busca de los santos, sino que los santos los visitaban de priesa, y casi siempre con un propósito útil; como Santiago, que peleaba contra los moros. En el plan de nuestros héroes habia siempre algo de consistente y provechoso hablando mundanamente; algo de positivista, como diríamos ahora. El Cid, no sólo quiere que un Rodrigo gane á España, ya que otro Rodrigo la perdió, sino allegar mucha riqueza para formar buenos dotes y casar lucidamente á sus hijas. Esto vale mil veces más que la falta de finalidad, y lo quimérico y extravagante de muchos héroes de otros poemas extranjeros. Así es que la poesía épico-religiosa, con todos sus milagros, puede afirmarse que vino á España más tarde que á otros países.

Muchas leyendas de las *Cantigas* están ántes en Gonzalo Berceo, y ántes de Gonzalo Berceo están en otras literaturas populares. Bien puede decirse tambien que la mayor parte de estas leyendas, ántes de pasar á la literatura popular, estuvo consignada en algun escrito latino, en verso ó en prosa, de algun erudito ó letrado; sacerdote por lo comun. Ni podia ser de otra manera. El poeta no se hubiera atrevido á inventarla. Refiere al pueblo un milagro no imaginado, sino verdadero, y siempre se apoya en un escrito anterior, como autoridad, como testimonio de que es cierto lo que relata. Así en las *Cantigas* tiene buen cuidado el poeta de decir *como ouví*, *como entendí*, *como leí* ó *como está escrito*. Berceo hace lo mismo, y casi siempre cita al autor de la leyenda que narra para que no se tenga por mera invencion.

Un monge la escripso omne bien verdadero
De San Miguel era de la Clusa claustero,

dice en una.

> Dum clerigo otro nos diz la escriptura
> Que de Santa Maria amaba su figura,

dice al comenzar otra leyenda. Y á veces trae el testimonio ó autoridad al terminar la leyenda, como en la XIV, donde pone:

> El precioso miraclo non cadío en oblido,
> Fué luego bien dictado, en escripto metido,
> Mientre el mundo sea, será él retraido.

Curiosísimo sería seguir la peregrinacion de estos milagros, y cómo fueron pasando por todas las lenguas y literaturas, y áun en el dia, bajo otras formas y con otro espíritu, dan orígen á maravillosos poemas.

El Sr. Amador de los Rios da como fuente de no pocas cantigas un libro titulado *De miraculis Beatæ Mariæ Virginis* y otro de Fray Vicente de Beauvais titulado *Speculum historiale*, regalo de San Luis al Rey de Castilla. Sin duda que sería así: pero siendo tantos y tantos los libros en loor de la Vírgen, no hay para qué fijar uno ó dos sólo como orígen. Las mismas *Cantigas* citan á veces libros diversos. La cantiga LXI, por ejemplo, habla de *un livro todo cheno de miragres*, existente en Soissons, del cual libro se toma el asunto ó caso que allí refiere. Claro está que el poeta no siempre ha leido el libro que cita, sino que ha oido referir el caso á otra persona que le leyó. Es en el dia y hubo de ser tan grande entónces el número de estos libros en loor de la Vírgen, que Augusto Nicolas dice que ha visto un catálogo, incompleto aún, en el cual se ponen más de 40.000 volúmenes, la mayor parte

en fólio y en cuarto. Ni mi poca erudicion, ni la necesidad que tengo de no dilatarme demasiado, consienten que yo me engolfe por esta inmensa y fecunda literatura inspirada por la Madre del Verbo, y busque la relacion de unas leyendas con otras, y su orígen y difusion en várias épocas y por diversas naciones. Citaré, con todo, á la ligera algunos ejemplos.

La cantiga CIII refiere de un monje que no alcanzando bien á comprender cómo serán los deleites del Paraíso, donde los siglos volarán como minutos, porque el arrobo de las potencias del alma no ha de consentir que se forme idea del tiempo, se internó por una selva hermosa, y á orillas de una clara fuente púsose á meditar, quedando absorbido en tan altas especulaciones. Entónces oyó cantar una *passarinha* con pasmosa dulzura; y, cuando la *passarinha* se fué, se volvió el monje á su monasterio. Todo estaba mudado: nadie le conoció. Habia permanecido trescientos años oyendo cantar la *passarinha*. Este cuento lindísimo está en la *Leyenda áurea*. Arbiol le refiere en los *Desengaños místicos*. Longfellow, poeta americano, ha hecho de él una preciosa leyenda en verso.

Las visiones en que se describen el infierno, el purgatorio y el cielo son muchas en la Edad Media. Ozanan hace de ellas una larga enumeracion como antecedentes, como orígen y fuente de inspiracion del gran poema del Dante. Los viajes al Paraíso Terrenal no fueron ménos frecuentes, y siempre el peregrino encontraba al volver de su viaje que habian pasado muchos años y áun siglos, como en la historia de la *passarinha*. En cierta leyenda italiana del siglo XIV sobre el Paraíso Terrenal, los monjes peregrinos creen haber pasado ocho dias en aquella mansion de bienandanza, y luégo resulta que han pasado se-

tecientos años. En la leyenda española de Sant Amaro, impresa en Búrgos en 1552, el Santo pasó en el Paraíso doscientos sesenta y seis años. Esta fantasía poética sobre el tiempo fué tan popular, que Cervántes, con su escepticismo instintivo y su gracia inimitable, se burla de ella en la famosa aventura de la Cueva de Montesinos.

En otra cantiga se refiere la historia de Teófilo, que hizo pacto con el demonio para satisfacer su ambicion. La Vírgen arrancó al demonio el pergamino en que Teófilo habia puesto su firma con sangre de sus venas, y Teófilo quedó libre. La *Leyenda áurea* trae esta historia tomada de Fulberto Carnotense, y dice que ocurrió en Sicilia el año de 537; Gonzalo Berceo la cuenta por extenso en el milagro XXIV. La historia de Teófilo corrió tambien escrita en griego. La monja Rowitha, á fines del siglo X, compuso sobre ella un poema. La leyenda de Fausto, y por lo tanto los dos célebres dramas de Goethe que llevan dicho título, tuvieron su fundamento en dicha historia, como tal vez el drama de Calderon titulado *El Mágico prodigioso.*

Con más tiempo y paciencia sería fácil hallar los antecedentes de otras muchas historias que hay en las *Cantigas.* Citarémos sólo algunas que están tambien en Berceo y en la *Leyenda áurea*, donde Jacobo à Voragine recopiló cuantos milagros, visiones é historias piadosamente maravillosas pudo hallar en su tiempo, las cuales iban por el mundo de boca en boca ó estaban en los libros en prosa y verso de todas las literaturas.

Ahorcan á un ladron devoto de la Vírgen, y la Vírgen le salva, levantándole con sus hermosas manos por las plantas de los piés.

Un clérigo no sabía decir más misa que la de Santa

María, y el Obispo le quita la licencia. La Vírgen entónces se aparece al Obispo, le reprende fuertemente, y le amenaza de que morirá dentro de un mes si no deja decir misa á su capellan. El clérigo vuelve á decir misa con licencia del Obispo, y áun con la promesa de éste de que

> Si algo le menguase en vestir ó en calzar,
> El gelo mandarie del suyo mesmo dar.

En otras cantigas hay ciertas variantes, pero el fondo de la historia es el mismo. Así, por ejemplo, la cantiga CXXII, que responde al milagro XV de Berceo y á la historia VI del capítulo CXXXI de la *Leyenda áurea*, trata en sustancia de un jóven letrado, muy devoto de la Vírgen, y que rezaba las horas con grande amor. Heredó este mozo, y sus parientes le persuadieron á que se casase. Entónces se le apareció la Vírgen y le dijo: «Oh stulte et infidelis, cur me amicam et sponsam tuam relinquis, et mihi feminam aliam anteponis?» En Berceo las quejas de la Vírgen están expresadas con más candor y sencillez aún:

> Don fol, malasdrugado, torpe é enloquido,
> En qué roidos andas, en qué eres caido?
> . . . . . .
> Assaz eres varon bien casado conmigo;
> Yo mucho te queria como á buen amigo,
> etc.

El jóven entónces abandona á su amada terrenal, y se retira á un monasterio, donde se consagra devotamente al amor místico de la Vírgen.

No puede expresarse de un modo más candoroso y popular que en esta leyenda el más profundo y ascético de los sentimientos cristianos. Así como Cristo es el esposo

de las que huyen del mundo, de las mujeres penitentes y de las mártires, la Vírgen se presenta como esposa de los varones piadosos, de los solitarios y de los eremitas. A veces interviene un anillo en estos matrimonios místicos, como en el de Santa Catalina de Siena. Un jóven sacerdote, que servia en la iglesia de Santa Ines, segun cuenta la *Leyenda áurea*, sintió el estímulo de la concupiscencia; pero no queriendo ofender á Dios, le pidió al Papa permiso para casarse. Considerando el Papa su sencillez y bondad, le dió un anillo de esmeraldas y le dijo que se le pusiese en el dedo á la imágen de Santa Ines, que estaba en su iglesia. Hízolo así el jóven sacerdote; la imágen recibió el anillo, y al punto desapareció del alma del jóven sacerdote todo pensamiento liviano. Acaso sea esta historia el antecedente de otra no muy diversa que se refiere en una cantiga. Cierto mancebo, que jugaba con otros á la pelota, se quita, para más comodidad, un anillo que le habia dado su enamorada, y se le pone en el dedo á una imágen de la Vírgen. La imágen juntó los dedos, y ya no fué posible extraer de allí el anillo. El mancebo abandona á su novia y se consagra al servicio de la Vírgen María. El profano novelista Merimée ha hecho de esto una novela fantástica, atribuyendo el prodigio á una estatua de Vénus.

Tal vez se diga que Merimée tenía razon; que este casamiento de la imágen de un Dios ó de una Diosa, de un Santo ó de una Santa con un hombre ó una mujer, sea creacion poética más pagana que cristiana. Hay, en verdad, mil leyendas del gentilismo equivalentes. La consagracion de la castidad, las horribles mutilaciones de los coribantes, y hasta los mismos sacrificios humanos, eran llamados por eufemismo un desposorio; pero en nuestra

religion desecha este amor de los mortales hácia lo sobrenatural é inmortal todo carácter feroz y cruento, y adquiere una dulzura mística y una santidad y pureza inefables, lo cual resplandece hasta en las narraciones más rudas de la Edad Media. Si hay una cantiga donde un romero se mutila como Orígenes, el diablo es quien se lo aconseja y le engaña. La misma circunstancia del anillo aparece del modo más poético y delicado en la cantiga CCLXXXIII. Don Alonso X ha erigido un sepulcro suntuoso en Sevilla á su padre San Fernando. Sobre el sepulcro está la estatua del santo y heroico monarca con un riquísimo anillo en el dedo; pero San Fernando se muestra á la vez en sueños al artífice Maese Jorge y al tesorero, y les manda que quiten el anillo á su estatua y le pongan en el dedo de la imágen de María, como, en efecto, se hace.

En la cantiga LXXXIV resalta con dulzura y candor extraordinario el amor de la Vírgen María. Un caballero muy devoto suyo va á orar ante su imágen todas las noches. La esposa del caballero nota su ausencia y se llena de celos. Un dia pregunta á su marido si hay alguna dama á quien ame más que á ella, y el caballero, ajeno de todo recelo de cuán apasionada y celosa está su mujer, le dice que adora á una dama bellísima, muy superior á ella en todo. La mujer celosa se mata, y la Santa Vírgen, no sólo la resucita, sino que la satisface y desengaña, y hace que viva feliz con su devoto y excelente marido.

Ciertos regalos y favores que hace la Vírgen pueden ser tildados de harto materiales en nuestro siglo de poca fe, en el cual se propende á hacer del espíritu materia; pero entónces la materia purificada, ó por la gracia ó por

la penitencia, solia elevarse hasta lo espiritual y hasta lo divino. La Vírgen, en la cantiga LIV, vierte leche de sus pechos en la boca y cara de un santo monje, y le cura las llagas de que estaba lleno. Así tambien vertió leche en los labios de San Bernardo, poniendo en ellos aquella suave y conmovedora elocuencia con que hace la paráfrasis de la salve, y la otra elegantísima oracion donde dice que la fuente de vida eterna brota del seno de la Vírgen, y que no hay lengua entre las naciones que viven bajo el cielo que baste á explicar y á ensalzar por completo la grandeza y amplitud de su gloria.

No siempre se opone la Vírgen en las *Cantigas* á los amores terrenales; ántes bien los favorece cuando son virtuosos. La cantiga CXXXV cuenta un caso ocurrido en Bretaña de un mancebo y una doncella que mucho se amaban, pero los padres de la doncella la casaron con un rico y desdeñaron al novio pobre. El rico

Despois que anoiteceu
Con ella seu gasallado
Quis aver, mas faleceu
Y, ca logo adormeceu
Ben ate no sol levado.

El rico se desespera de este importuno dormir, se descasa, y él mismo lleva á la doncella al verdadero y legítimo esposo, que no se duerme, ya que

E pois ouveron iantado
O novio fez como faz
Novio a novia en solaz.

Esto, sin embargo, no invalida la moral ascética expresada en el estribillo de la ya citada cantiga CXXII:

Quen leixar Santa Maria
Por outra fará folia.
Quen leixa la gloriosa
Por molher que seia nada,
Macar seia mui fermosa,
E rica é abondada,
Nen mansa, nen amorosa,
Fara locura provada,
Que maior non poderia
Quen leixar Santa Maria.

En cada una de las cantigas hay un estribillo, cuyos últimos versos contienen una sentencia que se repite al fin de cada estrofa, conforme se desenvuelve la narracion. En una cantiga que lleva por sentencia:

Tan muit é con Jesu-Cristo
Santa Maria juntada,

no puede ser más bella ni más poética la historia que comprueba y patentiza materialmente esta verdad religiosa. Un villano, por consejo de una hechicera, se lleva la hostia consagrada en la boca y la pone en una de sus colmenas para que produzca mejor y más sabrosa miel. Cuando, pasado algun tiempo, va á abrir su colmena, se la encuentra convertida en una preciosa capilla con la imágen de la Vírgen y del Niño-Jesus. Confesó el villano su pecado, y refirió á todos el prodigio.

Logo foran alá todos
E viran en como estaba
Na colmena a muy santa
Virgen é com abraçava
A seu filho Jesu-Cristo
E mui melhor odor dava
Que lirios nen violetas
Non dan, nen agua rosada:

Tan muit é con Jesu-Cristo
Santa Maria juntada.

La milagrosa imágen fué llevada á la iglesia en muy devota procesion, y el villano hizo penitencia de su culpa.

Sin duda los magos y hechiceros creian entónces que con la hostia se podia hacer algun maleficio. En la cantiga CIV toma una mujer la hostia con este fin y se la pone debajo de la toca. La hostia vierte sangre, que cubre el rostro de la mujer y hace patente su hurto sacrílego.

No pocos milagros más hay en las *Cantigas* relativos á la hostia consagrada, casi todos de orígen extranjero. Así el de la cantiga CXLVIII sobre un preste aleman que duda de la presencia real de Cristo, tiene una vision, y muere. Alguna vez degenera en extravagante lo milagroso, como, por ejemplo, en la cantiga CCXXV, donde se cuenta que un sacerdote se traga, al consumir, una enorme araña; la araña le corre viva por el cuerpo entre cuero y carne; se encomienda á la Vírgen para que le libre de aquella molestia, y la araña le sale por una uña. La machaca y hace polvo, se la vuelve á tragar así, cuando consume otra vez, y le sabe á un manjar delicioso.

En cambio las historias de otras cantigas son de una delicadeza y de una profundidad admirables. Sirvan de muestra las siguientes:

CLV. Un gran pecador de Alejandría va á confesarse, y el sacerdote le da un vaso y le dice que no bien le llene de agua le serán perdonadas todas sus culpas. El pecador nada cree más fácil que llenar el vaso, pero cuando le aproxima al agua, el agua huye y no logra llenarle jamas. Entónces vierte dos lágrimas de contricion y arrepentimiento y el vaso se llena. Sin duda que esta leyen-

da piadosa inspiró á Tomas Moore el pensamiento capital de su lindo poema titulado *El Paraíso y la Peri.*

CLXXXVIII. Muere una doncella, consumida de amor sobrenatural y divino. Sus padres creen que ha muerto envenenada, le abren el pecho, y descubren grabada en su corazon la imágen de la Vírgen.

CXCVI. Un sacerdote gentil en Constantinopla echa bronce en un molde para fundir un ídolo, y saca del molde una imágen de la Vírgen con el Niño-Jesus.

CLIII. Un tahur, desesperado porque ha perdido al juego, dispara contra el cielo una saeta, pretendiendo herir á la Vírgen María. La saeta vuelve á caer sobre él ensangrentada.

El vicio del juego hubo de estar entónces tanto ó más difundido que ahora. El famoso *ordenamiento en razon de las tafurerías* da testimonio de ello. Los tahures, cuando perdian, caian con frecuencia en blasfemos é impíos, y esto da orígen á no pocas historias de milagros que las *Cantigas* refieren. La Vírgen de Salas devuelve el habla, en la cantiga CLXII, á un jugador que la pierde por blasfemar, y en la cantiga LXXII mata el demonio á otro tahur por denostador de la Vírgen.

CXLI. Un virtuosísimo monje, postrado ya por los años y las penitencias, no deja de orar fervorosamente puesto de hinojos ante el altar de María. En cierta ocasion es tal su debilidad y abatimiento que no tiene fuerza para levantarse. La misma Vírgen acude entónces, le sostiene en sus hermosos brazos, á fin de que se levante, y le vuelve mozo como de veinte años.

En muchas cantigas la Santísima Vírgen, tesoro inexhausto de pureza y fuente de castidad, aparece curando milagrosamente las pasiones amorosas desordenadas.

Así son las cantigas CXXXVII, CLI, CLIII y otras, donde se pintan con tal viveza y desnudez los estragos del mencionado vicio, que en nuestro siglo, si no más moral, más refinado, no se sufre tal libertad, en asunto místico al ménos.

Para pintar las malas pasiones de un clérigo lujurioso, aunque devoto de la Vírgen, dice el poeta:

Sempre con maas molleres
E casadas e solteiras,
Nen virgenes non queria leixar
Nen monias nen freiras.

La sencillez y la fe viva con que muchas de estas cosas están escritas, para el que en nuestro siglo no acierta á penetrarse de ellas, aparecen como grosería. Así el milagro CCCXII, donde un caballero, devoto de la Vírgen, no puede gozar del amor de su amiga en una estancia en que un hábil artífice habia hecho por órden suya una imágen de Nuestra Señora.

La Vírgen se muestra tambien en las *Cantigas* con mucha frecuencia, como refugio de pecadores y consuelo de afligidos, haciendo milagros, en los cuales, merced á su intercesion, resplandece la infinita bondad divina, que templa el atributo de la justicia, y da ocasion á los que han pecado para que se arrepientan y enmienden. En este género de cantigas hay una que tiene por asunto el que trata tambien Avellaneda en su *Quijote*, y en el dia es muy popular, merced á la Margarita la tornera de los *Cantos del trovador*, de Zorrilla.

En la cantiga LV, el caso de la tornera es idéntico á como Avellaneda le refiere. La monja vive en Lisboa con su querido, miéntras la Vírgen, tomando su figura, asis-

te por ella en el convento. En la cantiga LIX hay otro caso parecido, pero la monja no llega á fugarse con su amante. Aunque la Vírgen llora, ella persiste en huir, y entónces Cristo crucificado desprende la diestra de la cruz en que está clavada, y hiere á la monja en la mejilla, donde le deja impresa la señal del clavo.

La cantiga LXVII trae el caso de un caballero á quien sirve de paje ó lacayo el diablo, como Mefistófeles á Fausto. Hay, ademas, en esta cantiga una circunstancia curiosa. El diablo no toma un cuerpo fantástico ó formado por él, sino que se introduce en un cadáver que anima. Esta imaginacion se ve renovada en Dante de un modo terrible. El poeta halla en el infierno el alma de Juan Doria, y mostrando pasmo de verle allí cuando le juzgaba vivo, Doria le dice que en efecto murió, pero que no bien su alma se apartó de su cuerpo y bajó al infierno en castigo de sus pecados, un diablo perverso se introdujo en su cadáver para seguir atormentando á los hombres. En los cuentos orientales (como, por ejemplo, en uno de los *Mil y un dias*) hay genios á veces, y áun grandes magos y hechiceros, que introducen su espíritu en los cuerpos muertos y los animan.

La Vírgen se presenta, ademas, para dar testimonio, como en la cantiga XXXVIII, milagro XXIII de Berceo, que ha inspirado sin duda á Zorrilla su leyenda *A buen juez mejor testigo*. En otras ocasiones la Vírgen sale por fiadora de un préstamo, como en otro milagro de Berceo y en la cantiga CCXXXVIII. Esto de poner á un Santo, á la Vírgen ó al mismo Cristo por fiador ó por prenda de las deudas que se contraen, se repite á cada paso en las leyendas piadosas, y estaba en las costumbres de entónces. Todavía el beato Francisco del Niño Jesus, en tiempo de Felipe II, toma-

ba cuanto queria en las casas, diciendo que Jesus lo pagaria, y á una imágen del Niño Divino que tenía, de talla, la llamaba *El Empeñadico.*

Es muy singular, entre estas leyendas de préstamos, la de San Nicolas, que inspiró sin duda uno de los más chistosos juicios del gran gobernador Sancho Panza. Escrito el milagro en versos latinos ántes del siglo XII, y publicado por Du Méril, refiere que un deudor de mala fe, para jurar haber pagado lo que debia,

Aurum includit concavo quod debebat in baculo.

El Santo le castiga con gran severidad, haciendo que se quede dormido en medio de la via pública, por donde pasa un carro, le mata, rompe el báculo, y descubre las monedas y el engaño. Conon, narrador griego del siglo de Augusto, trae ya recopilada, como cuento milesio, esta misma aventura.

La cantiga CCLV trae el caso de la señora que hace matar á su yerno, tal como le refiere tambien Gonzalo Berceo y la *Leyenda áurea.* La Vírgen, más piadosa que San Nicolas, procura siempre el arrepentimiento y la salvacion de las almas; y á menudo, si un desalmado ó un tremendo criminal ó pecador, devoto suyo, muere de muerte violenta, sin confesion é impenitente, cuando ya se le llevan los diablos, la Vírgen acude, ahuyenta á los espíritus infernales y resucita al pecador, el cual hace penitencia en su segunda vida y se salva al cabo. A veces llega á tal extremo el deseo de la Santísima Vírgen por salvar á algun pecador, devoto suyo, que casi se empeña en lo imposible. De un modo sencillo y popular resalta entónces á los ojos del que procura leer estas *Cantigas* con la fe del siglo en que se escribieron, toda la magnifi-

cencia y sublimidad de la Madre del Verbo, de la Reina de los ángeles, de los profetas y de todos los santos, de la que es complemento de la Santísima Trinidad y está por cima de todos los seres creados, entre Dios mismo y cuanto hizo nacer su palabra fecunda y omnipotente, así en el mundo visible como en el invisible.

III.

Aunque, segun hemos dicho, y es fuerza confesar, los más bellos milagros de las *Cantigas* han peregrinado por todas las literaturas y son propios de toda la cristiandad, hay no pocos exclusivamente españoles. El Rey Sabio ponia á contribucion todos los libros y todas las tradiciones, así nacionales como extranjeras, para ensalzar á la Santísima Vírgen, mística Señora de sus pensamientos. Ya refiere de un monasterio que la tierra se tragó en la Gran Bretaña, y donde vivieron los monjes, mejor aún que sobre la tierra, con sol y luna y árboles y frutos expresamente creados para ellos, durante un año, al cabo del cual vuelven á salir á la superficie de nuestro globo; ya otros milagros acaecidos en Sicilia en una erupcion del Etna; ya otros ocurridos en Constantinopla ó más léjos; y ya, por último, no pocos prodigios obrados por la Vírgen en favor de la nacion ó de la familia, ó de la propia persona del Rey-Poeta.

Las imágenes de María Santísima en los más famosos y frecuentados santuarios de España tienen en D. Alonso X su encomiador. De Nuestra Señora de Atocha cuenta dos milagros, y de las vírgenes de Terena, Laredo, Salamanca, Salas, Castro-geriz, Monserrate, Villasirga, Toledo y Lugo, infinitos. Ya resucitan los muertos, ya

andan los cojos y tullidos, ya ven los ciegos, ya sanan los enfermos, ya se halla lo que se pierde y ya llueve cuando hay sequía.

Un ricohombre impone tributo á los monjes de Monserrate por el agua que bebian; la Vírgen hace brotar una fuente mejor y más abundante en el monasterio; las cabras montesas acuden ademas á la puerta para que los monjes tomen y beban su leche.

La Vírgen de Salas, enojada una vez, da un grito y hace temblar la tierra.

El Rey-Poeta tuvo sin duda, en los últimos años de su vida, mayor devocion que á ninguna otra imágen, á la Vírgen del Puerto de Santa María, pues á ella dedica muchos cantares, y de ella refiere los mayores portentos. Encomendándose á esta Vírgen sanó de una gravísima enfermedad. Al edificar su santuario se obraron estupendos prodigios. La imágen de la Vírgen apareció pintada en los peñascos que se rompieron; las piedras talladas vinieron á colocarse en el edificio; las vigas que hacian falta para la fábrica, bajaron sin intervencion humana por el rio. El puerto mismo, que se llamaba ántes Alcanate, quiso la Vírgen que se llamase de Santa María, á pesar de las reclamaciones de los moros, é hizo para ello no pocas cosas sobrenaturales.

En las guerras contra los moros tambien se muestra la Vírgen gran valedora de D. Alonso y de sus súbditos; ya liberta cautivos, ya defiende ciudades, ya ahuyenta á los infieles, ya mata moros por medio de un fantasma que toma la forma de un caballero, miéntras éste oye várias misas.

La misma imágen de la Vírgen se salva á veces de los insultos por medios milagrosos. Cerca de Martos, segun la

cantiga CCXV, toman los moros una imágen de la Vírgen. Procuran herirla y se hieren ellos mismos; la apedrean y se vuelven las piedras contra ellos; quieren quemarla y no arde; la echan al rio y sobrenada. La imágen fué llevada entónces por los mismos moros al Rey, quien la recibió en Segovia, donde está aún.

La Santa Vírgen da la salud á los enfermos. Don Alonso X declara que la Vírgen le curó várias veces: en Vitoria, en Valladolid y en Sevilla.

Tambien la vida del rey San Fernando se salvó milagrosamente en Oña, merced á la Vírgen, cuando San Fernando era niño aún, como cuenta la cantiga CCXXI.

El Rey da las gracias á la Vírgen por los grandes favores que le dispensa, siendo su amparo y consuelo en todas las cuitas y tribulaciones, hasta cuando los ricos hombres y magnates, y su propio hijo,

> Se juraron contra ele,
> Todos que non fosse rey
> Sendo os mais seus parentes.

Creemos que con lo dicho hasta aquí se formará una idea aproximada del gran valer del contenido épico en las *Cantigas*.

Al merecimiento de la parte lírica no se puede ni se debe dar imparcialmente tanta alabanza. Sin ponernos ahora á investigar las causas, es lo cierto que la lírica, al ménos entre los pueblos indo-europeos, florece de un modo más espontáneo, bello y hermoso en las épocas de gran refinamiento y cultura, siendo por contraposicion más natural y sencilla entónces; miéntras que en las edades semi-bárbaras, cuando en las costunbres no hay refinamiento, sino rudeza, el refinamiento suele refugiarse

en la poesía lírica con tal empeño, abundancia é ímpetu, que la trasforma en pedantesca y amanerada.

¿Por qué negarlo? La gran poesía lírica es propia de los más brillantes momentos de las civilizaciones: del siglo de Perícles, del de Augusto, y más aún de la edad en que vivimos. ¿Por qué no confesar, ademas, con franqueza que, prescindiendo del interes y de la curiosidad que nos inspiran los sentimientos, las ideas, las creencias y los nobles afectos, aunque ruda á par que alambicadamente expresados por nuestros mayores, apénas si pueden sufrirse las poesías líricas de la Edad Media en lenguaje vulgar? El anticuario, el filósofo, el filólogo, el historiador hallan en ellas sin duda un tesoro inagotable de noticias y de revelaciones; pero al hombre de buen gusto, que no pretende desentrañar lo pasado, le cansan y hastian. La misma rudeza del lenguaje, apénas formado, en combinacion con cierto rebuscamiento artificioso, fatigan sobremanera.

Pocas, muy pocas, poesías líricas antiguas castellanas donde no haya nada de narrativo, pueden leerse con placer por quien busca sólo poesía en los versos, salvo las coplas de Jorge Manrique. El mayor elogio que debe hacerse y que hacemos de las cantigas meramente líricas, que no pasan de la décima parte en número, y que son casi todas mucho más cortas que las narraciones, es decir que son sencillas y llenas de candor, como inspiradas por un verdadero sentimiento religioso, y que todavía se leen con más amor que los discreteos prosáicos, aunque rimados, de los *Cancioneros* de Estúñiga, Baena, rey Don Dionís y Resende; curiosísimos documentos por otra parte y abundantes tesoros para los que estudian el habla, las costumbres, las ideas y los afectos de las edades en que se escribieron.

En cambio, repetimos, es de amena, de apacible, de deleitosa lectura cuanto hay de épico en las *Cantigas*. La misma rudeza del idioma, las mismas dificultades de expresion con que lucha el poeta, la sencillez rápida y pintoresca con que todo lo refiere, y la viveza enérgica de colorido y de contornos con que lo pinta todo, como si lo viera y tocara, tal es la fuerza de su fe, dan á las *Cantigas* un encanto superior á cualquiera otra narracion de casos sobrehumanos que reflexiva y siempre algo artificiosamente pueda escribir el más singular poeta de nuestros dias; dias tan diferentes de aquéllos en que, cuando no la mayor virtud y pureza de costumbres, la mayor vitalidad de las creencias hacía que lo inmortal y lo divino viviesen familiar y constantemente mezclados con los indignos mortales en esta baja tierra, sirviendo, si no de freno eficaz á sus malas pasiones, de dulcísimo é irreemplazable consuelo para sus miserias é infortunios.

Si el poeta gentil, en un siglo de escepticismo, lamentaba la pérdida de aquella piedad, por quien los dioses se hacian visibles á los hombres y vivian con ellos y no desdeñaban su trato, con harta más razon podemos nosotros, en medio de las innegables ventajas de la civilizacion presente y de los milagros de la ciencia y de la industria, lamentar la pérdida de aquella fe profunda y poderosa que obraba mayores y más hermosos milagros, y por quien los moradores del cielo se complacian en habitar entre nosotros y mostrarnos el soberano resplandor de su gloria, miéntras que en el dia

.....nec tales dignantur visere cœtus,
Nec se contingi patiuntur lumine claro.

JUAN VALERA.

D. ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

DISCURSO NECROLÓGICO

ESCRITO PARA

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

POR

D. CÁNDIDO NOCEDAL.

I.

Hermosa y laudable costumbre es la que ha establecido la Academia Española de que uno de sus individuos de número diserte acerca de aquel de nuestros compañeros á quien Dios llama á juicio. Sólo un defecto pudiera achacarse á esta nobilísima costumbre: el que la disertacion llegára quizás á ser forzado elogio de quien no lo mereciere, redundando así en falseamiento de la historia contemporánea, con perjuicio de la verdad en los tiempos futuros. Pero de este achaque posible, aunque no de temer en un cuerpo cuyos miembros, ménos uno, son todos eminentes, no ha de adolecer el discurso que se consagra á la memoria del Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro. Mi indocta pluma se jactó siempre de veraz, y no supo nunca plegar-

se á linaje ninguno de exigencias. La lisonja fué siempre vicio antipático á mi abierto y franco carácter. Entre mis defectos, que creo conocer, no se cuenta el de ser capaz de rendir adulacion por nadie ni por nada, ni á los vivos ni á los muertos. La muerte obliga á los cristianos á orar por el alma de los fieles difuntos, pero no á ofrecerles tributo de lisonja miserable. Si en estos momentos rompe en aplauso mi palabra, bien sabe Dios que es imparcial. Alabo á Aparisi porque lo exige la justicia; si en alabarle me engaño, engáñase conmigo toda España sin distincion de partidos ni opiniones. Óigase lo que á este propósito dice voz más autorizada que la mia:

«Circunstancias que no son del caso, exclama el señor Obispo de Ávila, me habian puesto hace ya años en cariñosa relacion con el que yo no titubeo en llamar *grande hombre*, y cuanto más le he tratado más le he amado, admirando el conjunto de sus preciosas cualidades. Era uno de esos hombres que sólo se forman en el seno de la Iglesia católica, grandes, admirables á la vista de todos, y sólo pequeños é insignificantes á sus propios ojos. ¿No es verdad, amigo mio, que una de las cualidades que le hacian más admirable, entre las muchas que en él admirábamos, era su humildad, su candor como de párvulo, que hacia resaltar más y más la energía y la elevacion de su carácter y el vuelo remontado de sus concepciones? Acaso en esto consiste el secreto de ese amor universal que, sin él pretenderlo, llegó á granjearse de los hombres de todas opiniones en una época que tan poco se presta por sus condiciones á las expansiones del amor desinteresado. Acaso haya tenido émulos, pero no creo haya tenido enemigos, miéntras que sería difícil reducir á número sus apasionados.»

Aun en el análisis de los escritos y peroraciones de Aparisi puedo mostrarme imparcial, á pesar de que sustenté, muchas veces á su lado, las propias opiniones, porque es prenda de imparcialidad mi actual situacion. En carta que me escribió el dia 26 de Octubre se halla el siguiente párrafo, que me atrevo á reproducir porque despues de su muerte lo he visto publicado en los papeles periódicos:

«..... Pero hay una cosa que hoy más que nunca estoy inclinado á hacer, y he de decírselo en confianza. Aunque me duela y deba dolerme por razones várias, me siento muy inclinado á renunciar á la honra no merecida con que me distinguió la Academia Española, y á la honra, por consiguiente, con que tambien me favoreció la Academia de Ciencias morales. Tengo para ello una razon que parece poética y es verdadera; que no siempre andan reñidas en el mundo verdad y poesía. Sin ser yo político, sin esperar ni querer nada de la política, con firme propósito de vivir siempre en una oscuridad modesta, eché lo que tenía á la calle, y puse camino del hospital á mis hijos. Cumplia, segun mi conciencia, una sagrada obligacion, y me consolaba una altísima esperanza. . . . .

. . . . . .

»Estamos, pues, de luto, que acabará con nuestra vida; asistimos al fin de España.

»Entiendo que la razon no es despreciable. La gravísima enfermedad de una persona amada nos impediria asistir á ninguna festiva solemnidad, y hoy nuestra pobre España está agonizando.

»Con todo, confieso á V. que aún no estoy resuelto; no veo con claridad completa; me queda alguna duda, y sentiria en el alma, y no me consolaria, si alguno creyese

que yo pagaba mal el favor de la Academia y las bondades que ha usado largamente conmigo.» . . . . . .

. . . . . .

En mi contestacion, fecha á 2 de Noviembre, decíale yo entre otras cosas: «Tiene V. razon; *Dios no quiere; estamos de luto; asistimos*, probablemente, *al fin de España*. Por eso mismo me he apartado de la vida política.»

Libre, pues, de las enconadas pasiones que engendra la política, muerto, sin esperanza de resucitar, para ese mundo de atmósfera corrompida y corruptora de que pocos, muy pocos, salen con el corazon sano y limpio, ajeno á todo mezquino interes de actualidad, puesta la mira en Dios, con segura conciencia de expresar la verdad como la entiendo, y sin ánimo de ofender á nadie en mis apreciaciones y juicios, voy á exponer á la Academia Española lo que pienso acerca del ilustre individuo de su seno que, piadosamente pensando, ha pasado á mejor vida.

Es posible que al examinar obras de Aparisi vierta yo opiniones que estén en desacuerdo con las hoy reinantes, y áun con las de muchos compañeros de la Academia á quienes amo y respeto. En ello ni pierde ni gana crédito ni autoridad, mejor ó peor renombre, corporacion tan lustre, por ser terminante la prescripcion del art. 32 de nuestros estatutos, á la cual me acojo: *En las obras que la Academia adopte y publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones.* Que Aparisi renegára de las mias si por dicha viviese, pesárame mucho; que no merezcan el asentimiento, ni ménos el aplauso, de los adversarios de nuestras doctrinas, léjos de causarme disgusto me llenará de mucha satisfaccion.

II.

Nació en Valencia nuestro ilustre compañero, el dia 29 de Marzo de 1815. Fueron sus padres D. Francisco Aparisi, oficial de la contaduría de ejército y provincia, y doña María Francisca Guijarro. Esta señora quedó viuda con numerosa familia y escasos haberes, siendo de corta edad Antonio, que era el quinto de sus hijos. Don Francisco Belda, antiguo militar de la guerra de la Independencia, íntimo amigo de su padre, prestó los más eficaces auxilios á la viuda, aunque no era rico, para que educase á los huérfanos. Los padres escolapios y la universidad de Valencia amaestraron en sus aulas al ilustre patricio cuya necrología escribo por encargo de la Academia Española. Niño aún, conoció y amó á la respetable señora que fué despues su esposa, y es hoy su desolada viuda. Tomó parte, siendo jóven, en la publicacion de una revista periódica titulada *El Liceo Valenciano*, y en ella escribió muy notables artículos. A poco fundó y redactó, en compañía del padre lector de dominicos D. Vicente Miquel y Flores, una publicacion semanal, titulada *La Restauracion, revista católica, consagrada á los intereses de la religion, á la política, ciencias, literatura y artes, en sus relaciones con ella*, cuyo primer número salió á luz el domingo 2 de Abril de 1843, y el último el 31 de Marzo de 1844. En 1855 fundó, con varios amigos, otra revista titulada *El Pensamiento de Valencia*. En 1858 fué elegido diputado por el distrito de Serranos de aquella ciudad. Trasladóse definitivamente con su familia á Madrid en 1860, abriendo aquí su bufete de abogado, y gozando desde luégo fama igual á la que ya disfrutaba en Valen-

cia (1). Hácia los últimos años de su vida tomó parte en el diario que se publica en Madrid con el título de *La Regeneracion*. Representó siempre como diputado á Valencia; pero en 1871 fué elegido senador por Guipúzcoa, y en el Senado pronunció su último discurso parlamentario. Sabido es que falleció el 5 de Noviembre de 1872, en un coche de alquiler, en brazos del amigo que le acompañaba. La noticia de su muerte corrió con la celeridad del rayo por Madrid y por España, causando universal sentimiento.

III.

Alcanzamos, sin duda, míseros tiempos de universal pelea: el mundo entero se ha trasformado en campo de batalla. Las huestes cruzan por todas partes; en congresos, liceos, universidades y academias despliegan al viento sus banderas, discuten, se agitan, luchan, se revuelven, se destrozan, y ni tienen ni dejan tener á nadie momento de reposo. Toca á los unos gobernar las haces y llevarlas á la lid, teniendo por enemigos á los malos soldados, á los ambiciosos, á los díscolos y á los rebeldes. Los otros sienten en su corazon instintos belicosos y batalladores, y olvidándose tal vez por un instante de la caridad, tiran á desconcertar é inutilizar á los enemigos;

(1) Que Aparisi fué uno de los más esclarecidos jurisconsultos que han ilustrado recientemente el foro español, nadie lo ignora. Como criminalista, especialmente, rayó á tal altura que no le conozco rival. Lástima grande sería que los discursos por él pronunciados en los tribunales de justicia no hayan sido recogidos y conservados para enseñanza de unos, guía de muchos y deleite y admiracion de todos.

piensan que la importancia de los hombres políticos en estos tiempos de guerra, como la de un general en campaña, se ha de medir, no tanto por el amor de los amigos, como por la animadversion y el temor de los contrarios. Los otros, por fin, y éstos son, á juicio mio, los mejores, hallándose dotados de blando y suave carácter, hacen veces de apóstoles de sus ideas, aumentan el número de los prosélitos, y atentos á los preceptos de la caridad cristiana, si bien jamas transigen con el error, tienden su mano generosa al enemigo para que del todo no caiga, huyen de irritarle, muéstranle siempre abierta la puerta del arrepentimiento y de la vida, y dulcifican el combate tratando con singular templanza á propios y extraños.

De éstos era el insigne Aparisi: nació para apóstol, y desempeñó su papel á maravilla. Por esta razon no deja enemigos en la tierra; por ello resuenan hoy en su pro unánimes aclamaciones, y por nadie contradichas alabanzas; por eso todas las almas cristianas elevan á Dios preces por su eterno descanso. ¿Quién sabe en otro caso lo que vendria á suceder? ¡Ay del vencido, cuya historia traza la artera pluma del vencedor! Tal vez sea ésta la causa principal de la negra figura que hasta hace poco ostentaba en la historia, aunque no en la poesía, el desventurado príncipe D. Pedro de Castilla. Por esta razon, sin duda alguna, el prudente y profundo y gran rey Felipe II,

> Firme rival del Támesis umbrío,
> Duro azote del Sena turbulento,
> Gloria del trono, de la Iglesia brío,
> Temido en Flándes, respetado en Trento,

es aún tenido por algunos cándidos españoles, eco infeliz

de los enemigos de la Iglesia y de España, cual un monstruo abominable, porque

> Cuando del Duque de Alba la guerrera
> Espada á los rebeldes combatia,
> Hizo cundir por su marcial falanje
> Esa calumnia el Príncipe de Oranje.

No se contentaba Aparisi con desdeñar en toda discusion armas envenenadas, sino que llevaba su bondad hasta el punto de no entregarse jamas al torpe vicio de la maledicencia ó la murmuracion. Pecados horribles, siempre conocidos en el mundo, pero hoy más que nunca frecuentes, como que los pueblos están divididos en infinitas parcialidades en el fatal camino de la segura perdicion, y existen institutos é instituciones que no pueden ménos de alimentarse con infernal maledicencia, so pena de condenarse á morir. Dígalo si no la prensa periódica; díganlo tambien los *casinos* y las llamadas *salas de conferencias;* dígalo toda entera la atmósfera que respiramos, impregnada de mefíticos miasmas de chismes, enredos, injurias y calumnias; dígalo este contínuo y jamas interrumpido afan de desacreditarse unos á otros los hijos del mismo suelo, sin considerar que á hierro muere quien á hierro mata, que la herida causada por la maledicencia es peor mil veces para el ofendido que la acusacion públicamente lanzada á su rostro, y que de todos los males ocasionados á un hombre, ninguno más irreparable que el que ocasiona la murmuracion, hija de la humana flaqueza y perversion á que dan mayor pábulo las costumbres modernas. No hay más temible enemigo de la sociedad; ninguno que cause tantos estragos; ninguno que oculte con mayor artificio su veneno. No hay cosa más odiosa que

el murmurador maldiciente que usurpa tiránico poder sobre la repútacion de su prójimo, que le desacredita y le ataca allí donde no puede defenderse, cebándose en grandes y pequeños, en lo sagrado y profano, sin que ni áun las mismas testas coronadas, ni la majestad sublime de la desgracia puedan librarse de su persecucion. No hay virtud á cubierto de sus tiros; no hay pureza á quien no manche su hálito emponzoñado, que empaña la inocencia más cristalina, deslustra la más brillante reputacion y destruye la más eminente fama. Despedazada la buena opinion de un hombre, ¿cómo se podrá restituir? ¿Cómo se volverá á encender la luz apagada? Desdígase cuanto quiera el maldiciente: ¿con qué industria conseguirá que gran número de personas, acaso un pueblo entero, deponga la mala opinion que él inspiró, y que fué autorizada por la inclinacion natural á creer siempre lo malo y seguir lo peor? Tan cierto es que el daño de la maledicencia casi nunca puede repararse; y á pesar de ello, pocos pecados habrá hoy más generales. Se maldice en burlas, se maldice en la ceguedad de la ira, se maldice por pasatiempo; nada falta ya para que se estime una virtud el maldecir. Persona haya quizá que se precie de ferviente católico, de escritor concienzudo y escrupuloso, que practique públicamente todos los preceptos de nuestra santa religion, y no se abstenga de maldecir en letras de molde y de permanente manera, sin tomarse el trabajo de justificar con pruebas ó datos sus malévolas insinuaciones. Pues bien; nuestro Aparisi, diputado y periodista, ¡mentira parece! jamas consintió la murmuracion en su presencia; nunca maldijo de nadie, ni empañó la fama de persona alguna con lengua maldiciente. Virtud insigne en los tiempos que alcanzamos y en la vida que hacen los

mal llamados políticos, que suelen tener de todo ménos de urbanos y corteses.

IV.

Era Aparisi de espíritu independiente y libre, como las brisas del mar que acarician las playas de su ciudad nativa. Si álguien, ó prepotente César ó agitada muchedumbre, intentó por acaso hacerle renegar de sus firmes creencias, bien claramente pudo ver que ni él ni los que participamos de sus ideas somos serviles. ¡Serviles! No hay otro hombre real y verdaderamente libre sino quien camina iluminado por la encendida antorcha de la fe. ¿Cómo lo será quien anda ciego y perdido entre las tinieblas del error y de las más bárbaras pasiones? «*Las estrellas del cielo y las flores del campo y el corazon de los hombres dicen que hay Dios.*» Aquel que le lleva en el pecho, quien en su amor vive, quien en su luz apacienta los ojos, ése no fué oprimido jamas por las viles cadenas que encenagan el alma y la tienen en abyecta é infame servidumbre. Enseñóle á Aparisi su buena madre ántes que nadie (como igualmente á mí la mia), cuando sus labios comenzaron á balbucir palabras, que Jesucristo es Dios. Despues, niño aún, supo que «*su ley divina fué la ley del espíritu, que venció á la de la carne*», y que el mismo Jesus dijo de sí que era quien venció al mundo; ya hombre provecto, demostró, cumpliendo obligacion sagrada de fiel cristiano, dotado por Dios de gran ingenio y de elocuente y persuasiva palabra, que «*para que la razon viva libre, es preciso que estén sujetas en el hombre las pasiones, necesitando, ademas, un hilo misterioso para que no se pierda míseramente en confusos laberintos.*» Esto sostuvo, pesáre á

quien pesáre, prohibiéralo ó recogiéselo quien quisiera; y á la faz de la sociedad que le rodeaba, sarcástica y zumbona, y descreida y paganizada, dijo y mantuvo que dentro de la Iglesia católica se puede ser Agustin y Tomás, Dante y Miguel Ángel, Galileo y Luis Vives, Suarez y Calderon, y Cervántes y Bossuet. «¿Quereis subir adonde estos gigantes no llegaron? ¿Se puede ir más allá? Pues la Iglesia no os lo estorba, ántes os auxilia, y alas os faltarán, pero no espacio. En las altas horas de la noche preguntad á vuestra conciencia: si yo con mi brillante palabra mato en algunos la fe de Jesucristo, ¿qué es lo que les doy? Y ¿qué es lo que les quito? Pensad principalmente en los pobres, en los enfermos, en los desgraciados: ¿Qué es lo que les quitais? Y en cámbio ¿qué es lo que les dais? Toda la filosofía del mundo no vale una estampa de la Vírgen de los Dolores.»

Esto escribió Aparisi no hace mucho tiempo en alguna parte que muchos leyeron (1), y con esto rindé tributo á la verdad, que es la gran belleza, como ya lo habia hecho en el discurso que preparó para su recepcion en la Academia Española. «¿Qué es la belleza? ¿No será el reflejo luminoso de la verdad y de la bondad? La antigüedad pagana sólo conocia perfectamente la belleza material, y la pintó á maravilla. Nosotros conocemos la verdadera belleza que, como la verdad, nos ha sido revelada. Ahí teneis la bondad, la sabiduría y el amor encarnados en Jesucristo; Dios hecho hombre, proclamado y elevado Rey en el Calvario. Ahí teneis el tipo de la eterna belleza.»

Pues si esto es así, cual peregrinamente Aparisi lo ex-

---

(1) *La Regeneracion.*

pone en su discurso, y yo firmemente creo, como quiera que las letras y las artes han de rendir culto á la belleza, sólo serán grandes artistas, por medio de la palabra, de los pinceles ó de los sonidos, los que se postren ante la mayor belleza, ante la belleza verdadera, ante el tipo de la eterna belleza. Los tiempos de duda producen poetas y oradores sombríos, desesperados, que en vez de enternecer desgarran, que en lugar de entusiasmar logran que el corazon desmaye y el ánimo se aterre y desfallezca. Cuando la duda se convierte en negaciones, despedíos de las bellas artes: sociedad que vuelve la espalda á Jesucristo, no contempla la belleza. Contentaos con las artes mecánicas, destinadas á aumentar las comodidades de la vida y los placeres sensuales, y daos prisa á gozar, que pronto asoma por el horizonte nube de bárbaros, ya de los bosques del Septentrion, ya de los arenales del Oriente, ó de las fábricas y talleres del Mediodía, que vienen á demoler é incendiar vuestros palacios, á desgarrar vuestras espléndidas vestiduras, á hacer añicos las pueriles joyas de vuestras mujeres, á acabar, providencialmente obrando, con ese cúmulo de insensatos objetos de placer material y pasajero con que habeis reemplazado los inefables goces del espíritu inmortal.

Pero es el caso que no falta quien viendo en Aparisi y en sus amigos los más fervientes defensores de los pobres, desvalidos y menesterosos, los tachan de promovedores y aliados de *la Internacional*. ¡Qué disparate! ¿Qué tenía que ver el elocuente Aparisi con *los internacionalistas?* ¿Habia él decretado la venta de los mal llamados bienes nacionales, propiedad legítima de la Iglesia? ¿Autorizó al Estado para que se quedase con algun convento contra la voluntad de su dueño legítimo? ¿Ordenó á las

autoridades que se incautasen de los tesoros artísticos y literarios del clero regular ó catedral? ¿Consintió alguna vez en que el Estado sacase á venta, como si fuesen suyos, los bienes dotales de las religiosas en clausura? Pues si nada de esto hizo ni aprobó, ¿quién que de honrado é imparcial se precie ha de creer la necia voz extendida para desacreditar las opiniones que sustentaba con tanto vigor y acierto?

La gran comunion á que perteneció Aparisi, así se compone de grandes propietarios y antiguos y calificados nobles, como de muchedumbre inmensa de honrados labradores, de pobres jornaleros, de infelices trabajadores, que ganan escaso sustento con durísimo trabajo, sufrido con resignacion y con alegría, porque adoran al verdadero Dios, y obedecen y siguen las máximas de su Evangelio. Defender la sociedad, no ya amenazada, sino desquiciada, es la constante empresa de los que, á ejemplo del insigne patricio cuya muerte lloramos, siguen las gloriosas tradiciones de la patria. Reparar los daños ya hechos, fortificar el edificio social y fortalecer los espíritus turbados por el pecado ó por el miedo, amparar la propiedad, proteger y santificar el trabajo, domar el ímpetu de los bárbaros y evangelizarlos, es decir, civilizar salvajes, es la tarea perseverante de la Iglesia, cuyo hijo sumiso fué Aparisi, y cuantos aman á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismos, bien que, como hombres y no ángeles, no estén exentos de pecado.

Por lo que á mí respecta, creo que tanto *la Internacional* y el petróleo de los incendiarios, las guerras y las contiendas civiles, como las epidemias, como los terremotos, como las inundaciones, como el diluvio, como el fuego del cielo, son advertencias y aldabonazos para el

dormido, y justos castigos de Dios. Pero acatando los designios y adorando los decretos de la Providencia divina, bendigo á las hermanas de la caridad, que curan á los heridos en el campo de batalla y á los enfermos en los inficionados hospitales; bendigo y venero al Vicario de Jesucristo, que enseña á los hombres el camino del cielo y á las sociedades el remedio de sus convulsiones, y admiro á los poquísimos hombres de estado que hacen frente con rostro sereno á la deshecha borrasca, áun á riesgo de morir en ella, áun pensando que el naufragio es probable, áun creyendo que todavía no está satisfecha la justicia de Dios. Despues de todo, ¿quién sabe? Miéntras unos combaten, ya con la palabra, ya con la pluma, ya con las armas, segun los tiempos y segun las circunstancias, posiciones y deberes de cada cual, otros, y sobre todo otras, oran incesantemente; y el dia ménos pensado puede aparecer el íris de esperanza y de paz sobre la ennegrecida nube, y brillar radiante el sol de la victoria. ¡Dichosos los que, á ejemplo de Aparisi, no tengan que arrepentirse en aquel dia de haber transigido cobardemente con el espíritu de Satanás! ¡Dichosos los que, imitando al español egregio que acaba de pasar á mejor vida, hayan cumplido con su obligacion, ya en altos y ostentosos puestos, ya en modestas y áun humildes ocupaciones! ¡Dichosas principalmente aquellas almas piadosas (de mujeres será el mayor número) cuyas oraciones hayan desarmado la diestra del Omnipotente y desatado los vívidos raudales de su misericordia!

Es de esperar que el alma de Aparisi goza de la presencia de Dios. Tiene razon el sabio prelado de la diócesis de Ávila: libre su espíritu inmortal, no olvidará á la

Iglesia, cuyas doctrinas y derechos con tanto ardor defendió, ni á la patria, cuyos quebrantos lloró tan triste y sinceramente.

Nosotros los católicos, entre tanto, en interes de la libertad que reclamamos para nuestras creencias, podemos aliarnos para determinadas batallas y por contados dias con hombres de ideas lastimosamente equivocadas; pero no podemos (entiéndase bien, no se trata de que nos convenga ó deje de convenirnos, es que *no podemos*) aliarnos ni por un momento, ni para una sola batalla, ni para mucho, ni para poco, ni para nada, con hombres criminales. Con decir que *no podemos* está dicho todo; lo que en conciencia no se puede hacer no se debe hacer; no conviene jamas que se haga. Si Dios ha dispuesto consentir que *la Internacional* pase por la sociedad como merecido castigo, pasará, y nosotros verémos con dolor y angustia, pero sin remordimientos, la justicia de Dios. Pero no traerémos *la Internacional*, no serémos culpables de su advenimiento, no la habrémos buscado, ni halagado, ni disculpado, ni habrémos preparado su camino. Ménos que nadie Aparisi, cuyas hermosas enseñanzas y cuyo bello ejemplo, como los del gran Bálmes y el elocuente Donoso, debemos siempre tener presentes, y cuyas plegarias en el cielo nos han de ser provechosas. Nosotros hemos de ser, en primer lugar católicos, despues españoles, y despues monárquicos. Porque creemos en Jesucristo y en su Iglesia y en todo lo que ésta enseña y profesa, somos católicos. Porque somos españoles de corazon y de raza, somos tradicionalistas; por eso somos monárquicos. Porque somos católicos y españoles llevamos escrito en nuestra bandera el lema de nuestros padres: *Dios*, *Patria*, *Rey*.

«Quien dice Dios, Patria y Rey, dice tambien *Justicia* y *Libertad* (1).

»La libertad es el reinado de las leyes cuando las leyes son justas» (2).

En lo último, es decir, en lo de monárquicos, podemos equivocarnos, aunque no lo creo, porque la historia y la experiencia de muchos siglos lo evidencian á mis ojos; pero admito la contradiccion y la comprendo. En lo primero, es decir, en lo de católicos, estamos en lo firme de seguro; compadezco á los que nos contradicen, y no permitiria la contradiccion si fuera gobierno, como no la permití cuando era ministro de la Reina de España. Que «un rey católico... no ha de consentir jamas que se ultraje, ofenda ni áun se discuta contra el dogma, la enseñanza y las instituciones del catolicismo, que es la verdad» (3).

Pero en resolucion, se me dirá: ¿Qué hacen los católicos, qué hizo Aparisi para detener á la Internacional? ¿Qué? Decir á los ricos que es culpable y desastroso el egoismo; que es nada ménos que hermano suyo el que pasa lacerado, hambriento y desnudo al lado de su coche cuando va á la Fuente Castellana y al teatro Real y á los conciertos del Retiro. Decir al fabricante que no es capital beneficiable, en buena ley de Dios, la sangre y la miseria del extenuado jornalero. Decir al usurero que no fuerce la paciencia de Dios. Y á los pobres ¡oh! á los po-

---

(1) Aparisi: *Restauracion, apuntes para un libro.* Madrid, 1872, página 43.

(2) *Carta de D. Cárlos de Borbon á su hermano D. Alfonso.*

(3) *Restauracion*, pág. 50.

bres decirles que es mejor su lote que el de los ricos; que los grandes y poderosos del mundo no son los más dichosos, ántes bien no hay personas más dignas de compasion que los grandes de la tierra; que la honrada pobreza, la indigencia y la miseria resignadas, colocan al hombre en aquella tranquilidad y dulce quietud en que quisieran morir casi todos los que vivieron cercados de fausto, de pompa y esplendor; que todos los medios que se aplican y todos los esfuerzos que se hacen para levantarse del polvo de la tierra son otras tantas diligencias para echársele en los ojos; que vale más morir en un santo hospital ó en una desamparada buhardilla con tranquila conciencia, que en dorado y mullido lecho rodeado de remordimientos; que á los ricos les ahogan los pesares á la hora de la muerte, si en vida no han partido los tesoros, de que Dios les hizo dueños, con los pobres, cuyo procurador y representante es Jesucristo; que no es lícito ni siquiera codiciar los bienes ajenos, y que si los pobres, si los menestrales, si las personas de humilde condicion supieran aprovecharse de los medios que su mismo estado les ofrece para hacerse verdaderamente grandes, bendecirian á Dios por haber nacido pobres. Porque los verdaderos demócratas, es á saber, los católicos, desprecian á los tiranos, ya cesáreos, ya tribunicios; pero tienen costumbre de arrodillarse delante de los sepulcros de las Isabeles de Hungría y de Portugal, madres caritativas de pobres, enfermos y desvalidos; ante los altares de un Tomas de Villanueva ó un Juan de Dios, varones santos de inextinguible caridad cristiana, y veneran las reliquias gloriosas de los Isidros y de los Alejos, es decir, de los pobres santamente resignados y de los que buscaron la santidad en la voluntaria pobreza, teniendo siem-

pre á Dios en el corazon y en los labios, morando en Dios y muriendo en su regazo sacratísimo.

¿No parece bien el remedio? Pues no hay otro; y á fe que le puedo alabar, porque no es mio.

¿No gusta este modo de remediar las enfermedades sociales? No es maravilla, porque está escrito: *Vendrá tiempo en que los hombres no sufrirán la buena doctrina.*

Ahora bien; ¿quién aventajó en España á Aparisi, ni se le igualó siquiera, en defender con brío y extender con pasmosa lucidez estas salvadoras máximas? Muertos Bálmes y Donoso, nadie, que yo sepa. Oid todos sus discursos, leed todos sus escritos, y habréis de confesar que la doctrina del Evangelio, que la moral del cristianismo, que las enseñanzas de la Iglesia católica no tuvieron fuera del púlpito, miéntras él vivió, defensor más sincero, ni más vigoroso, ni más tierno, ni más elocuente.

Sentíase ya morir, y escribió estas hermosas palabras, que han de pasar á la posteridad:

«¡Oh, y qué grande es la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo!

»Ayer celebraba cantando la fiesta de Todos los Santos: hoy recuerda llorando á todos los muertos.

»La Iglesia visible celebra, digámoslo así, desposorios ánuos con esa otra Iglesia, para la cual no existe ya el tiempo.

»¡Dia de Todos Santos! Fiesta á los triunfadores que ganaron en este mundo, que pasa, la corona inmortal que han de ceñirse en otro, que no pasará. Vedles con los ojos del espíritu en el cielo, de toda edad y sexo y condicion, de toda tribu y de toda lengua, á quienes recogió Jesucristo amorosamente en los caminos de la vida, en la montaña y en el valle, en el palacio y en el calabozo; los que

en medio de los deleites del mundo permanecieron puros; en medio de sus bajezas, nobles; en medio de sus dolores, resignados; y en lo alto y en lo bajo, y en las alegrías y en las amarguras, amando á Dios y amando en Dios á los hombres.

»¡Tambien la muerte tiene su dia! Y en ese dia, ¿por quién pedimos á Dios? ¡Cosa admirable! Por nuestros padres y amigos, pero á la vez por todos los muertos. Y ahora, á miles de leguas de nosotros, hay hombres á quienes nunca hemos visto, cuyo nombre jamas sabrémos, y en estos momentos están rogando por sus padres y amigos, pero tambien por todos los nuestros. Ruegan por las personas que nosotros amábamos, así como nosotros por las personas que ellos amaban.

»Divina es una Religion que hasta de la muerte se sirve para estrechar la fraternidad entre los hombres.

»Divina es una Religion que hace elevar al cielo, por una alma sola, todas las oraciones de la tierra.

»Despues del pecado, la muerte es un beneficio. ¡Gracias, gran Dios! Tú te compadeciste del hombre, y abreviaste sus dias sobre la tierra: postrados sólo en tu presencia, te damos gracias.

»Levantaos los que sufris y llorais: mirad á lo alto y alegraos, porque todos hemos de morir.

»El pensamiento de la muerte asombra los placeres del impío, refrena los furores del insensato, consuela á los infelices, alienta á los débiles.....

»El solo pensamiento de la muerte nos ampara á nosotros, los débiles, contra vosotros, los opresores.

»Sumergios en un mar de deleites ó palpad el oro con alegría codiciosa; pero sabed, desdichados, ¡que habeis de morir! y vendrá un dia, y no se tardará, en que os

agarreis inútilmente, con manos desesperadas, de la riqueza que se escapa.»

Vosotros los que le llamabais reaccionario y retrógrado y absolutista y partidario de la tiranía, oid y estremeceos de gozo al escuchar los acentos de la verdadera libertad:

«Si un tirano golpea con su cetro de hierro mi cabeza, ó si hundis, verdugos, el puñal en mi pecho desarmado, á aquél y á vosotros diré: Sabed, desdichados, ¡que habeis de morir! y vendrá un dia, y no se tardará, en que un vengador inevitable quiebre de un golpe el puñal en vuestras manos ó la corona en vuestra frente.

»Siente el cristiano algo dentro de sí que le pone á cubierto de toda tiranía. No la teme, que cosa que dura poco vale poco. No la teme, porque no ha de faltar quien le libre de ella. La muerte es libertad.

»Entrad en ese cementerio, alzad las losas, removed la tierra. ¡Qué república, gran Dios, y qué ciudadanos!.....

»Señores que oprimis á los hombres y os mofais de Dios, os doy una alegre nueva: dentro de poco seréis ciudadanos de esa república.»

Señores Académicos, si esto no es hermoso y grande, teneis sentado entre vosotros á uno que no forma cabal idea de lo grande ni de lo bello; si esto no es grande y bellísimo, carezco del sentimiento de la hermosura y de la grandeza.

Pero eso es, me dirá algun incrédulo, refugiarse en la muerte para librarse de la tiranía, pero no combatir la tiranía. ¡Oh! escuchad la respuesta, meditadla, y ved si acertais con mejor ley de garantías contra los tiranos:

«Recia cosa debe ser para los grandes criminales que

el mundo laurea, caer de repente y desnudos y temblando entre las manos de Dios vivo.»

Y vosotros, pobres de la tierra, sabed que el Padre que está en los cielos guarda tesoros de gloria para los que aquí lloran, para los que padecen hambre con resignacion, para los mansos, para los humildes. Oid á Aparisi, que remedia con algo que vale más que una *constitucion con tabla de derechos* ó con un título de *derechos individuales:*

«Cuando pasó el otoño y es fria la brisa de la tarde, el insecto se envuelve como para morir, sobre la hoja, juguete del viento; pero cuando el aura regalada de la primavera viene á mecerle amorosamente, toma brillantes alas y se vuela. En el sepulcro dejó el hombre su cuerpo miserable; lo que piensa, lo que cree, lo que ama en él, el noble huésped que animaba aquel barro, no entró en el sepulcro: volóse al cielo.

»Morir para quien muere en Jesucristo es saltar en el bajel que aporta á las playas eternas; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles» (1).

¿Hay nada más verdadero y sublime y consolador para los pobres oprimidos, nada más tremendo y pavoroso para los ricos avarientos y para los tiranos desalmados? ¡Ilustre ciudadano de la gran república, inolvidable compañero á cuyo lado tuve la honra y la dicha de pelear alguna vez en defensa de la verdad; tú que sin duda has muerto en Jesucristo, y durmiéndote entre los hombres despertaste entre los ángeles, no olvides á tu patria, que tanto amaste, no olvides á quien siguiéndote, y á Bálmes y á Donoso y á Viluma, probó á romper alguna lanza en

(1) *La Regeneracion* del 2 de Noviembre de 1872.

buena lid peleando por la santa causa de la libertad y de la independencia de la Iglesia de Dios, de su augusto y santísimo Vicario, y de los venerables prelados que rigen y apacientan la grey de Jesucristo!

V.

«¡Gran cosa es la elocuencia sirviendo á la verdad!»

Esto escribió Aparisi en cierta ocasion, aplicándolo á un orador católico (1). Díjolo sin razon en aquel caso; pero las palabras escritas por el orador insigne son ciertas á toda luz.

«¡Gran cosa es la elocuencia sirviendo á la verdad!» Sí por cierto; y si no que lo digan las peregrinas peroraciones de Aparisi, desde que por primera vez llegó al Congreso de los Diputados en 1858 representando su hermosa y amadísima ciudad de Valencia, hasta que escribió lo que él llama *Apuntes para un discurso*, el destinado á su recepcion solemne en la Academia Española. Para un libro son apuntes, que no para un discurso; que esto ya lo es, y por todo extremo hermoso.

Gran cosa, sí por cierto, es la elocuencia sirviendo á la verdad; como es gran cosa la fuerza constituida en servidora de la justicia y del derecho. Envidia tuve toda mi vida á los grandes capitanes que mueven con arte masas enormes de hombres, y ganan en un dia de combate la palma de la victoria. Pero no envidié otra fama en este punto que la de aquellos insignes caudillos que defendieron la sagrada causa de la independencia y de las tradiciones de la patria, como un Álvarez, un Palafox ó un

(1) *La Regeneracion* del dia 13 de Noviembre de 1871.

Castaños; ó la de aquellos que, como un Hernan Cortés ó un Vasco Nuñez de Balboa, llevaron la luz del Evangelio á remotas playas, no para reinar en ellas y saciar su vanidad y codicia, sino para rendirlas á los piés del Salvador, y entregarlas á la mano bondadosa de la única metrópoli que las miró con el amor y desvelos que una madre al hijo de quien dilatados mares la separan. Mísera nombradía fué á mis ojos la de los conquistadores arrogantes que trastornan imperios y derriban tronos seculares, y atan á su carro triunfal pueblos domeñados por la fuerza de la espada, con el exclusivo intento de satisfacer su personal ambicion, su inmoderada sed de humana y mentida gloria, ó las pasiones bastardas de un pueblo altivo y avasallador. ¡Hombres desatinados! Brilla su rostro como el oro encendido; su pecho como diamante; su estatura semeja tocar las nubes; pero sus piés de barro, amasado con lágrimas y sangre, se derriten á deshora, y el soberbio muere en abrasado peñasco ó cae míseramente en el oprobio y el olvido. Envidio la fama de los capitanes que ponen la fuerza al servicio del derecho; no la de aquellos desventurados que imponen á los pueblos atónitos y espantados el bárbaro y absurdo derecho de la fuerza.

De igual manera parécenme de peregrina hermosura los discursos de Aparisi, encaminados á ensalzar la fe de nuestros padres; mas por nada en el mundo quiero emular las tristes glorias de aquellos que con su brillante palabra pueden matar en algunos la fe de Jesucristo. No dormiria bien si tal hiciere; hallaria durísima la almohada; al asomar la aurora encontraria pálido mi rostro; y para mayor castigo, subiria arrebatado el carmin á las mejillas al ponerme delante de mis hijos.

¡Quién fuera elocuente como Aparisi! ¡Quién como él pudiera contar con peregrino ingenio, fácil, correcta, castiza, elegantísima palabra, para cumplir, como él ha cumplido durante toda su vida, con los deberes que nos imponen las creencias que, gracias á Dios y á nuestros padres, tenemos arraigadas en el alma! Las palabras que nuestro compañero consagra á la memoria de su cristiana madre en el discurso que preparó para la Academia, son por todo extremo hermosas y tiernas. ¡Dichoso él, que al lado suyo goza ya de la presencia de Dios en cerco de luz inextinguible!

VI.

Analizar los discursos de nuestro malogrado compañero sería obra larga, y sobre larga inútil, porque los han leido cuantos aman lo bello, y muchos españoles los aprendieron de memoria. Grande orador y hombre de bien á carta cabal, jamas, ni por acaso, dobló la rodilla ante los ídolos del dia, ni fué débil ante el diablo tentador de la popularidad, tan fácil de adquirir como de perder, ni siguió las huellas de los infelices que halagan todas las pasiones de la carne, ahogando todas las virtudes cristianas y todas las nobles aspiraciones de nuestro espíritu inmortal. Mas áun cuando no me proponga analizar los discursos de Aparisi, necesito dedicar siquiera breves palabras á tres de ellos, cuyo recuerdo, por circunstancias especiales, se hubo de grabar más hondamente en mi corazon; y son éstos, el que tanto llamó la atencion pública en el Congreso de los Diputados el dia 6 de Junio de 1864 sobre la ley de imprenta; el que allí mismo pronunció en los dias 4 y 6 de Febrero de 1865, y el de la sesion de

4 de Julio del propio año, que el insigne orador hizo para siempre memorable.

Por qué se grabó en mi corazon con caractéres de eterna y profunda gratitud el primero, explícanlo las siguientes palabras del discurso mismo:

«Puedo deciros con verdad, señores diputados, que há pocas horas estaba muy ajeno de usar de la palabra en la cuestion actual.

»Me propuse seguir en el resto de la legislatura guardando silencio. Sin embargo, hoy lo rompo, y por várias y poderosas razones; no tengo reparo ninguno en decíroslas todas. Hay entre nosotros un diputado que tiene, no sólo derecho, sino, en cierto modo, obligacion de hablar en la cuestion presente; no es necesario que os diga su nombre, todos pensais en él; y ese diputado, ayer doliente todavía, dejó el lecho, y hoy ha venido aquí, llevando aún en el semblante las huellas de la enfermedad: gran soldado, que nunca abandona su puesto de honor. El Sr. Nocedal no puede hablar hoy: debemos, pues, hablar nosotros los que creemos que su voz autorizada es muy de oir, cabalmente cuando se trata de la derogacion de una ley importantísima que lleva su nombre.»

Y combatió el proyecto presentado por nuestro docto compañero y muy estimado amigo mio, el Sr. Cánovas, y defendió la ley que lleva mi nombre, y sostuvo que era una ley que aseguraba al propio tiempo los dèrechos verdaderos del escritor y los intereses sagrados de la sociedad; y profundizó filosófica y políticamente el asunto, y le agotó y levantó su vuelo á tales alturas, que el Congreso le escuchaba admirado, y yo estático y agradecidísimo. Puedo aseguraros, señores Académicos, que cuando despues de ponderar con peregrina elocuencia y profundidad ma-

ravillosa *la gran dificultad de la cuestion que se ha creido por algunos insoluble*, llegó á decir estas palabras: «Yo, señores, me atrevo á afirmar que despues que hayais meditado mucho y profundamente, encontraréis, sin duda, que la solucion más acertada que puede darse al problema está consignada en la ley vigente, bien que esa ley puede y debe recibir mejoras, bien que esa ley puede y debe ser purgada de algunos defectos»; al contemplar que tales palabras eran pronunciadas por un Aparisi, sentí la satisfaccion más viva que he tenido durante mi vida política sentado en los escaños del Congreso.

Para haceros formar cabal idea del mérito superior del segundo discurso á que ántes aludí, pronunciado en los dias 4 y 6 de Febrero de 1865, es el mejor medio presentároslo en ceñidas frases de la misma peroracion; oiréis un trozo magistral de historia contemporánea:

«*Los partidos medios se van; todo esto se va.*

»Paréceme que, si no mienten las señas, asistimos al fin de una época; paréceme que estamos en el principio del fin.

»Quisiera, porque conduce á mi propósito, traeros á la memoria algun recuerdo. Recordad que en este sitio y de esa urna sacaban los secretarios, no sé si con mano trémula, papeletas en que estaba escrito un *sí* ó un *no;* un *sí* ó un *no* á la unidad católica, al Trono de San Fernando, á la augusta Señora que se sienta en ese Trono, y á quien la posteridad confirmará el sobrenombre que le hemos dado de *Buena.* Entónces la necesidad, el temor, el valor grande y el intrépido corazon de un hombre, crearon un gran partido, ¿por qué no hemos de decirlo? un gran partido. Este partido debió tener como por encargo providencial combatir la revolucion que avanzaba, com-

batir á la democracia demagógica que se presentaba en tierra española. Ese partido, sin embargo, no lo hizo así. Llevaba en su seno un principio, cuyo oficio natural era dividir, disolver, corromper y matar; y merced á ese principio, la democracia crecia y se agitaba, como reconoció solemnemente su orador más insigne; crecia y se agitaba, miéntras que por virtud de ese principio iba disolviéndose la union, y una tras otra abandonaron su campo cuatro fracciones, todas respetables, y el Conde de Lucena se sintió débil, vaciló y cayó.

» Pasaron despues por ese banco tres sombras de Ministerio: Miraflores, Arrazola, Mon, patricios insignes, buenos médicos, pero no para enfermo tan grave.

» En aquella sazon de cosas era comun sentir y general deseo que S. M. constituyera un Ministerio que diese batalla á la revolucion. Para dar la batalla se necesita un ministerio de fuerza. Cada cual segun sus afectos, no quiero decir segun sus intereses, señalaba como al hombre predestinado al general Duque de Valencia ó al general Duque de Tetuan. S. M. la Reina llamó al primero á la presidencia de su Consejo.

» Hablaré del Duque de Valencia, como hablé en otro tiempo del Duque de Tetuan. Yo he atacado mil veces enérgicamente al Duque de Tetuan; pero nunca desconocí sus eminentes cualidades en la próspera fortuna, y ménos en la adversa..... No fué gloria cumplida, pero al cabo fué gloria.

» Lo propio digo del general Duque de Valencia. En su historia habrá cosas que repruebo, pero hay cosas que ensalzo. Yo no olvidaré nunca que ese hombre es el hombre de Bullwer, el hombre de 1848; y el que arrojó de España en aquella sazon al representante de la nacion

más poderosa del mundo, reveló que tenía en su alma algo del alma del cardenal Cisneros. Y digan lo que quieran, fué gran cosa en medio del trastorno general ver á ese hombre en pié, sereno, impávido, al lado del trono de su Reina, y á ese Trono levantarse con tranquila majestad, miéntras que todos los Tronos de Europa temblaban y se derrumbaban algunos.

» Se podia esperar algo, se debia esperar mucho del general Narvaez, del hombre que habia dado de sí pruebas tan gallardas en punto á claridad de entendimiento é intrepidez de corazon..... Pero el hombre de Bullwer, el hombre de 1848, el que pudo estudiar en París y aprender en Loja, no acertó á ver que el pueblo español está harto de luchas estériles, tiene hambre y sed de justicia y de libertad verdadera..... No sintió corazon bastante para pronta y audazmente recoger toda la autoridad, todas las fuerzas morales, todas las fuerzas conservadoras del país, y levantarlas y animarlas y caer sobre la revolucion y dar la batalla y vencerla, y despues de tantas *situaciones* efímeras, crear un *estado* fecundo y un Gobierno verdaderamente nacional.

» Grande era esta ocasion para un grande hombre. Al ser llamado Narvaez, unos esperaban, otros temian. Yo pronto desesperé: yo vi que S. S. no se iba hácia el señor Nocedal, sino que se iba hácia Gonzalez Brabo, y en seguida comprendí todo lo que habia de acontecer.

» El Sr. Duque de Valencia volvió la espalda al señor Nocedal, y fué á unirse al Sr. Gonzalez Brabo..... y desde ese punto yo vi, sin tener larga vista..... que habiamos de tener una continuacion de la antigua fratricida lucha entre el partido moderado y la union liberal; una continuacion tristísima de aquella miserable *subasta de libera-*

lismo de que hablaba..... el Sr. Nocedal. Y eso es lo que pasa, y eso es lo que veis, y aquí no hay más que la continuacion de esa lucha y de esa subasta.

»No, no puede conciliarse el órden con la revolucion: alborea ya el dia de las grandes afirmaciones y de las grandes negaciones.

»*Los partidos medios se van; todo esto se va*» (1).

Copiando á Aparisi, he hecho mejor que yo pudiera la historia fidelísima de un período que él ilustró con el mágico poder de su palabra. Copiándole he puesto en el papel el nombre de Gonzalez Brabo, que fué tambien nuestro compañero. No quiero dejar pasar la ocasion de deciros que hoy, árbol gigante derribado por la segur niveladora de la muerte, observo que acuden á hacer leña en su tronco inerte muchos que se ampararon á la sombra de sus pomposas ramas cuando vivia: unos en són de censura, otros como para defenderle, atácanle valientes ahora que no los puede anonadar con su elocuencia poderosa. Yo, señores Académicos, yo que, pariente suyo por afinidad, reñí con él durísimas batallas; yo que estuve con él en constante desacuerdo, sin exceptuar siquiera, bien lo recordaréis, el dia que tomó asiento merecido entre nosotros; yo que jamas acepté de él ningun favor político; que del Ministerio de que no sólo formaba parte Gonzalez Brabo, sino principalísima parte, como que era su columna firmísima y como si dijéramos el alma del gabinete, no quise admitir la embajada de España en Roma, y sorprendido por aquel Ministerio mismo un dia en la *Gaceta* con la gran cruz de Cárlos III, me apresuré

(1) *Diario de las sesiones de Córtes.* Congreso de los diputados. Sesion del 4 de Febrero de 1865. Idem del 6.

á renunciarla; yo, en fin, que poco despues me negué resuelta y vigorosamente á aceptar el Ministerio de Gracia y Justicia y la presidencia del Congreso de los Diputados con que sucesivamente fuí brindado por él y sus compañeros, yo declaro á la faz de Dios y de los hombres, y singularmente de aquellos que, lisonjeándole ó beneficiándole en vida, ahora le muerden, que nunca conocí hombre más bueno, ni más bien intencionado, ni más atento á procurar la felicidad de su patria, ni más dispuesto á abdicar su amor propio en aras de la verdad ó del pro-comun: en suma, que siempre le tuve por el mejor entre cuantos le rodeaban. El gran Aparisi le llamó en cierta ocasion el *Rey de la palabra*, y en el discurso que acabo de extractar hállanse éstas: «¡Qué hombre Gonzalez Brabo! ¡Qué palabra tan pintoresca y animosa! ¡Qué corazon tan ardido dentro del pecho! ¡Qué hombre, en fin, si la naturaleza le hubiera hecho para *gobernar*, y no para *agitar!*» Razon tenía el adalid constante y valeroso del catolicismo y de la monarquía. Tomando en buena parte la palabra *agitar*, como la empleó Aparisi y como la emplean todos para aplicarla al gran O'Conell, hizo un buen retrato de Gonzalez Brabo; y acaso, sin saberlo ni sospecharlo, de algun otro, en esto, aunque no en todo, parecido al insigne orador del partido moderado.

El cetro de la palabra no fué nunca exclusivo; caben en el cielo de la elocuencia, y en el de la poesía y en el de las bellas artes, luceros igualmente hermosos y resplandecientes, todos ellos pregoneros de que Dios concede la elocuencia como la inspiracion y el talento: reyes fueron de la palabra Gonzalez Brabo y Aparisi. Sólo que Aparisi veia claramente, y los ojos de Gonzalez Brabo estaban ofuscados por engañosos resplandores. ¡Vivieran hoy am-

bos, y acaso, afirmándose el uno en sus aciertos, y desengañado de sus errores el otro (lo cual nunca se llamó en buen castellano apostatar, sino convertirse), confundidos ambos en la defensa de una causa comun, podrian de consuno acelerar la salvacion de España! Juntémoslos en nuestras oraciones, que ambos eran honrados, y murieron pobres, y creian en la Providencia divina; de un modo igual fueron sorprendidos por repentina muerte, y pensaron al morir en la misericordia de Dios y en el desamparo de sus hijos.

¿No es verdad, señores, que es hermoso espectáculo el que ofrece esta Real Academia, la más ilustre y antigua entre las de España, pidiendo á Dios por el eterno descanso de sus individuos, y ordenando que se celebre el incruento sacrificio de la misa en sufragio de sus almas? Así ayer pediamos á Dios todos juntos por Gonzalez Brabo y por Catalina; hoy pedimos por Aparisi; mañana pediréis por mí, y juntas subirán al cielo las oraciones de todos en sufragio de los que en vida fueron sus adversarios, sus rivales ó sus émulos. ¡No perdais jamas esta cristiana costumbre, que os realza á maravilla! Acaso nunca hayais hecho con vuestras obras inmortales tanto bien como el que resulta de este fecundo y excelente ejemplo que da á España su primer cuerpo literario. Allá en el fondo del alma pasan cosas singulares: quizá en vida hemos herido, faltos de caridad, llevados del ardor de la pelea, á algun digno compañero; quizá necesitariamos su perdon para vivir contentos y morir tranquilos. ¿Quién sabe? El *Padre nuestro* que por él recemos puede servir para que se purifiquen nuestras almas y la suya, para expiar sus culpas y las nuestras.

VII.

Descorazonado acababa Aparisi su discurso del 6 de Febrero, pero con algunas vislumbres de esperanza. «No, decia, no podemos despedirnos para siempre de la esperanza. Españoles y católicos, sabemos que una palabra de Dios hace brotar la luz del cáos; españoles y católicos, no creemos que esté condenada para siempre esta tierra de España, tierra de santos y de héroes; españoles y católicos, no olvidarémos nunca que Dios á nuestros padres, que fueron pecadores, los salvó en Covadonga, y al fin los coronó sobre las torres de Granada.» Aquel soplo de esperanza consolador se habia extinguido por completo ya cuando habló Aparisi en el Congreso á 4 de Julio. Antes habia dicho *esto se va;* entónces dijo: «Estamos al caer de la tarde, cuando la luz comienza á luchar con las sombras..... y la noche se acerca. Por eso hará bien su señoría (el Duque de Tetuan) en no sonreir: el tiempo es muy triste..... ¡Pobre Duque de Tetuan! Pero sobre todo, ¡pobre patria mia!..... Estos son los ministros que se usan en el mundo cuando peligran los reyes.

» Sr. Nocedal, esos buenos señores van á pedir la luna (1)..... Sr. Duque de Tetuan, *esto se va*, ó por mejor decir, *esto va echándolo S. S. por la ventana*..... Me temo mucho que alguno esté esperando que se haga ese infausto reconocimiento (del reino de Italia) para decir en alta voz aquellas palabras dolorosas de Shakspeare: *Adios, mujer de York, reina de los tristes destinos.*

(1) Alusion á un discurso pronunciado en el Congreso por el autor de esta necrología.

»Llegado á este punto lo pongo á mi discurso, y, queriéndolo Dios, á todos mis discursos políticos..... Algunas veces, abatido el espíritu, parecióme que una voz secreta me decia: Cállate; ¿por qué hablas? Tú no naciste para mezclarte en luchas electorales ni en luchas parlamentarias. Hasta ahora tuviste la fortuna de no odiar á nadie; no sigas en peligro de odiar. Hasta ahora tuviste la fortuna de no hacer daño á nadie; no sigas en peligro de hacerle. Nada puedes pretender, nada puedes ser; cállate, pues; ¿por qué hablas? Esto es verdad, contestaba yo; pero ¿y la conciencia?

»Y seguia la voz secreta diciendo: Cuando lleguen los dias desenfrenados, los grandes hombres, los príncipes de la política, agitarán las alas y volarán; irán á beber las aguas amargas del Sena, á refrescarse en los Elíseos ó á maravillarse en el gran teatro. Pero tú estarás aquí; tus hijos y tu pobreza aquí te han de tener como al siervo antiguo, miserablemente pegado al terruño. Cállate; ¿por qué hablas? Es verdad, contestaba yo, pero ¿y la conciencia?

»Mas llega un tiempo en que la conciencia deja de gritar, y queda satisfecha y tranquila..... Yo no he conspirado nunca; yo no he de conspirar jamas; yo debo pedir á Dios que ilumine y guarde á la Reina, que es nuestra Reina. Por lo demas, resueltas esas cuestiones como me temo, os saludo afectuosamente á todos vosotros, mis compañeros queridos, me despido sin pesar del mundo político, para el que ciertamente no nací; y si, hombre pequeño y humilde, me es lícito recordar las grandes palabras de Bossuet, quiero de hoy en adelante consagrar exclusivamente á la Iglesia católica, apostólica, romana, en cuya fe murieron mis padres y en cuya fe pronto moriré, los

restos de este fuego que se extingue y de esta voz que desfallece» (1).

No he visto jamas efecto igual al producido por este último discurso del inolvidable Aparisi. Los diputados permanecieron silenciosos, y apénas respiraban, conmovidos, los espectadores de las tribunas. Aquél no fué el estrépito de entusiastas vítores y ruidosos aplausos con que vi coronadas alguna vez las elocuentísimas peroraciones de nuestros compañeros Rios Rosas, Gonzalez Brabo y Castelar, ni tampoco fué la irritada y tumultuosa contradiccion con que otros dias he visto confesado el mérito de insignes oradores por mayorías que con su mismo ciego coraje proclamaban el triunfo de su adversario; reflejábase la tristeza en todos los semblantes, el fatal presentimiento en todos los corazones, la pena y el quebranto y la amargura salíanse por los ojos. De algun espectador tengo noticia que, siendo duro para el llanto y rebelde en manifestar sus tiernas emociones, sintió, á despecho de la entereza de su carácter, humedecidas sus mejillas por mal reprimidas lágrimas.

De allí á dos dias, á 6 de Julio, tratándose especial y determinadamente del reconocimiento del reino de Italia, levantóse el diputado aludido en su famoso discurso por Aparisi, y pronunció palabras que conviene copiar aquí, porque le dispensan de ulteriores explicaciones y réplicas:

«Todos mis amigos necesitan hacer hoy una protesta, y por mi órgano la van á hacer..... Las opiniones que en este punto y en todos los demas puntos sustento y firmemente creo, han sido brillante, peregrina y elocuente-

(1) *Diario de las sesiones de Córtes.* Congreso de los diputados. Sesion del 4 de Julio de 1865.

mente defendidas en el dia de ántes de ayer por mi dignísimo compañero el Sr. Aparisi y Guijarro, al cual en este momento, á la faz de la nacion, quiero rendir un tributo de respeto y consideracion por aquellos acentos elocuentes, tiernísimos, verdaderamente españoles, que, arrancando de lo íntimo de su corazon, irán á conmover las entrañas de nuestra madre patria. Este discurso está destinado á hacer profunda impresion en la nacion española: la hará; no lo dudeis; estoy seguro. Levántome con gozo á rendir al Sr. Aparisi este homenaje, á hacer mias todas y cada una de las palabras que S. S. ha pronunciado, y á rogar á todos los españoles que mediten sobre ellas. Tengo que explicar cómo y por qué no podemos ménos de protestar en nombre de nuestras opiniones y en nombre de los amigos de la Monarquía, que creemos son la mayor parte de los habitantes del territorio español, contra el reconocimiento de ese monstruoso conjunto de iniquidades que llama la Europa, asombrada por una parte y envilecida por otra, reino de Italia.

»Vosotros, ministros de la Reina de las Españas; vosotros, responsables hasta donde vuestras fuerzas alcancen de que ella y su augusta dinastía sigan reinando sobre nosotros y sobre nuestros hijos, ¿os atreveis á tomar sobre vosotros la responsabilidad de alejar de ese trono, que debeis guardar y á que debeis servir de escudo, á la inmensa mayoría de la nacion española?..... Los partidos liberales dicen que la Reina es Reina por la Constitucion, que su legitimidad proviene de la soberanía nacional. Esta es la doctrina liberal. Ahora bien; en el estado en que hoy se encuentra Europa, ¿os parece que está bien resguardado el trono confiado únicamente á la defensa y al apoyo de los partidos liberales, que confesais están en

minoría? ¿Y qué recurso queda? El que vieron siempre los hombres previsores. ¿Qué remedio? Buscar el apoyo desinteresado de esa inmensa masa de españoles que adora al Dios verdadero, ama el trono de sus reyes y vive honradamente de su trabajo, regando el pan que come con el sudor de su frente. ¿Y es modo de buscar el apoyo de esa inmensa mayoría herir el sentimiento religioso, sancionando con el reconocimiento del llamado reino de Italia el sacrílego despojo del patrimonio de la Iglesia? Esto sería apartar del lado del trono á sus defensores más seguros, á sus apoyos más firmes, como que hacen de Dios y del Rey una especie de culto reverente, con el cual se enlaza y entreteje el recuerdo de sus padres y el amor de sus hijos. Quitad, quitad al trono ese poderoso arrimo en los tristes tiempos que corren; dejadle exclusivamente entregado á la guardia y custodia de los partidarios de la soberanía nacional, y *habréis abierto á sus plantas una sima en que ha de hundirse, si Dios milagrosamente no lo remedia*» (1).

Se quitó al trono el apoyo, se abrió la sima, no hizo Dios milagro alguno, sucedió lo que era natural, y despues del 22 de Junio de 1866 vinieron los dias de Setiembre de 1868.

Aun resonaba pavorosamente por los ámbitos de España el dolorido profético acento de Aparisi, exclamando *¡todo esto se va!* y aquello se fué; y Aparisi no engalanó ni iluminó los balcones de su modesta casa, y el admirador y compañero de Aparisi, que habia dicho que la revolucion, como la estatua de piedra del comendador, can-

(1) *Diario de las sesiones de Córtes.* Congreso de los Diputados. Sesion del 6 de Julio de 1865.

sada de dar aldabazos, penetraba por los muros y se asentaba en medio de nosotros, pudo escribir, con ánimo sereno y conciencia tranquila, pero con gran dolor, en 8 de Noviembre de 1868:

«Héla aquí ya, arrojando al viento los pedazos podridos del liberalismo doctrinario, engendro abominable, que allí donde fija la planta es siempre miserable ruina de pueblos y naciones. Posible, y áun fácil, habria sido impedir el triunfo de la revolucion; pero al cielo no le plugo..... La revolucion vencedora ha completado la obra del liberalismo doctrinario. Por ofuscacion sólo, y con injusticia grande, prorumpen en maldiciones los vencedores contra los vencidos, olvidando que la revolucion habria sido impotente á no abrirle y desembarazarle el camino los liberales moderados. Cuando Dios sea servido, aceptemos con gusto la monarquía verdadera, la nuestra, católica y tradicional, aquella que nos valió el respeto, la admiracion y el vasallaje de todo el mundo. Pero tengamos entre tanto la firmeza de gritar ¡atras! á la monarquía regalista, precursora de la revolucion, y lo mismo á esta otra sombra ridícula de monarquía, llamada vulgarmente y sin razon constitucional, y que no es sino la república, más cara, desastrosa, y eminentemente corruptora y corrompida. ¡Atras los reyes que reinan y no gobiernan; que sacan de interesables, tiránicas y ficticias mayorías, ministros improvisados y empíricos, sordos á los ayes del pueblo por el clamoreo de los partidos. ¡Atras esos maniquíes revestidos con los trastos del poder, cetro, manto y corona! ¡Atras esos remedos hipócritas de repúblicas y de monarquías, que no tienen la virilidad de los monarcas verdaderos ni de las verdaderas repúblicas! ¡Atras el parlamentarismo, que convierte á la nacion en

un enjambre de pretendientes, al palacio en un lugar de parásitos, y á las asambleas legislativas en lonjas de contratacion para los destinos públicos!» (1).

La augusta y desventurada señora que ocupaba el trono de San Fernando, *Reina de los tristes destinos*, cayó porque sus consejeros se empeñaron tenazmente en que fuese símbolo y representacion de las ideas liberales; la crísis que acabó por destronarla comenzó en Octubre de 1857. Si habia medio humano de salvarla era seguir con perseverancia la senda que entónces por segunda vez se abandonó, que consistia en enderezar la gobernacion del Estado por tal rumbo, que se hubiesen agrupado bajo la bandera de la Reina todos los españoles católicos y monárquicos, apercibidos á reñir tenaces batallas con el liberalismo, sin concederle tregua ni reposo. Los liberales, sin exceptuar los moderados, son monárquicos á medias, monárquicos de convencion y de conveniencia. Con tales defensores y consejeros, impotentes para el bien y contemporizadores con el mal, no pueden permanecer en pié las monarquías, y ménos en tiempos de borrascas tan deshechas como las que presencia el siglo en que vivimos. Todos los reyes servidos por liberales lloran su desgracia en tierra extranjera. Testigo Luis Felipe; testigo la augusta madre de la reina Isabel, arrojada de la regencia del reino por los liberales, á quien abrió las puertas de la patria y entregó el poder; testigo el mismo general Espartero, elevado á la regencia por liberales, y precipitado de ella por una coalicion liberal. Cuando una y otra vez empeñaron á la Reina en la política funesta del liberalis-

(1) *A los electores.* Hoja suelta, firmada *Cándido Nocedal.* Madrid, 1868.

mo; cuando, sobre todo, la obligaron á reconocer el llamado reino de Italia; cuando para dar *pase* al *Sillabus* la hicieron remitirlo á exámen del Consejo de Estado; cuando, para decirlo de una vez, justificaron la frase de *Reina de los tristes destinos*, empeñándose en hacerla creer que era por ley fatal de su destino reina constitucional, obligada á los procedimientos liberales y á las prácticas del *parlamentarismo*, entónces fué cuando la condenaron al destronamiento, que más tarde realizaron unos cuantos, no por su propia fuerza, que era escasa ó más bien ninguna, sino por la indiferencia de las grandes masas católicas y monárquicas que encierra en su seno la nacion española. Fué la augusta Señora desterrada, como suele acontecer, la ménos culpada, acaso la única inocente en los motivos verdaderos por los cuales cayó del trono que ocupaba. Lo que cayó con la reina Isabel no fué una dinastía, sino un sistema. ¡Sistema desastroso, que cegó ú obstruyó todos los manantiales de ventura que encerraban éstos un dia florecientes reinos!

Años hacia ya que el autor de estas líneas decia á uno de los más doctos compañeros que ahora le escuchan, que tiene, entre otras, la dicha de no haber sido jamas hombre político, estas ó parecidas palabras: la reina Isabel está destronada; no sé cuándo ni cómo se cumplirá la fatal sentencia; pero no hay que dudarlo, no morirá en el trono. Quien la hizo reina de los liberales la condenó al destronamiento, y se cumplirá el tremendo fallo. Y se cumplió; y aquello se fué; y la revolucion mansa é hipócrita, con que no pudo romper la augusta y bondadosa Reina, por culpa de engañados consejeros, dejó el paso á la revolucion franca y abierta, que, derribándolo y conculcándolo todo, frente á frente á la bandera que lleva

escrito el lema tradicional: Dios, Patria, Rey; ó sea, religion, justicia y libertad, ondea el pendon verdadero del liberalismo, en que se lee: *Libertad de cultos; independencia absoluta de la humana razon;* ó sea, guerra á la religion católica, y á toda fe, y á toda autoridad, y á todo derecho (1).

VIII.

Desterrada en suelo extraño la bondadosa señora, víctima de yerros ajenos, dió al viento su augusto sobrino, D. Cárlos de Borbon, la bandera de la salvacion de España. Fué llamado á París D. Antonio Aparisi para que mediára á fin de lograr la reconciliacion y la fusion de las dos ramas de la real familia, cuyos respectivos derechos se habian controvertido en cruenta y heroica liza; que era sin duda el medio más rápido y seguro de atajar los pasos de la revolucion. Tuvo de auxiliares en esta empresa con vigoroso empeño al inolvidable repúblico don

---

(1) No ignoro que algunos liberales creen y aseguran que la reina doña Isabel cayó del trono porque sus últimos Ministerios se apoyaron, segun ellos, en nuestras doctrinas. Semejante afirmacion recibe respuesta contundente con sólo recordar que *La Constancia*, periódico de mi propiedad, dirigido por D. Gavino Tejado, y redactado, entre otros, por D. José Selgas, D. Alejandrino Menendez de Luarca, D. Fernando Fernandez de Velasco, D. Luis Echeverría y D. Ramon Nocedal consigna en su número del 21 de Setiembre de 1868, siete dias ántes del triunfo de la revolucion, que llevaba publicados *doscientos veintisiete números*, y SOLAMENTE DIEZ Y OCHO HABIAN PASADO SIN RECOGIDA. En el corto espacio de tiempo que trascurrió despues, áun fueron recogidos ó mutilados otros dos números; de suerte que se publicaron 234, y *sólo veintitres* circularon sin mutilaciones ó enmiendas. Sobre este punto no hay nada que añadir á lo dicho por el Sr. Tejado en su opúsculo *Toda la verdad sobre la presente crísis;* Madrid, 1868.

Manuel Bertran de Lis, al autor de estas líneas, y á algun otro personaje respetabilísimo que no debo nombrar, puesto que vive aún, por fortuna, y no cuento con su permiso para revelar su nombre. Con gusto aceptó Aparisi el delicado encargo, porque ademas de que era por todo extremo patriótico y á todas luces salvador, respondia á su constante idea: *en la conciliacion de muchos se libra la salud de la patria infeliz, que llama á todos sus hijos, porque de todos para salvarse necesita.* Ésta era la gran política; la política de Bálmes, que, á juicio mio, y creo lo ha de confirmar unánime la posteridad, se ha de estimar en lo futuro el grande hombre que ha producido España durante el siglo XIX.

Fracasaron desgraciadamente sus esfuerzos y los nuestros, y no me maravillo. No era fácil, pero tampoco imposible, transigir sobre *los derechos;* más difícil, pero todavía hacedero, transigir sobre *los intereses*, no de los príncipes (uno y otro desinteresados y magnánimos), sino de sus parciales y allegados; á más no poder dificultoso y rayando en lo imposible, transigir sobre *los principios.* En éstos estriba, que no en las personas, la salvacion de la sociedad: que D. Cárlos renunciára á sostener los suyos equivalia á aniquilarse; quien tal le aconsejára, intentaria secar la fuente principal de su poder, de sus esperanzas, de su gloria. Quien á tal abdicacion le obligase, mataria su causa sin mejorar la de doña Isabel. Llegado el caso de abrazar un partido, porque era preciso luchar por salvar la religion y la patria, siguió Aparisi con decision el de D. Cárlos.

Ántes de que este caso llegára, decia Aparisi con frecuencia: «No conozco bien la cuestion de derecho; es un pleito como otro cualquiera, que no puede fallarse sino

en vista de los autos, y yo carezco de datos para decidirlo.» Entónces estudió el pleito, examinó los datos, halló que, á juicio suyo, el derecho correspondia á D. Cárlos, y publicó el interesantísimo folleto intitulado *La cuestion dinástica.*

Para otros no era necesario tanto: bastábales saber que no fundiéndose y conciliándose las dos ramas de la real familia, en D. Cárlos estaba la representacion genuina de los principios salvadores de España, la única bandera que lógicamente podia hacer frente á la revolucion; que don Cárlos era la viva personificacion de la causa tradicional, que contaba con medios morales y materiales de salvacion en la desecha borrasca, y la única solucion lógica en la presente crísis, como cumplida y elegantemente lo demostró un escritor notabilísimo en cierto opúsculo por entónces publicado (1). Vacío el trono y volcado, bastábales saber á muchos no tener ellos la culpa de que la dinastía caidá no representárá los buenos principios, cuando ántes bien lo habian inútilmente procurado; que por una lealtad exagerada á las personas podian incurrir en traicion á los principios, á los cuales debian, ántes que todo, defender en tan decisivo trance, cuando estaban duramente combatidos y conculcados, y sus decididos generosos defensores, no en próspera fortuna, sino envueltos en la comun universal desgracia. De modo que corrian aquellos hombres, no á buscar medro, sino á arrostrar peligros y persecuciones, comenzando por renunciar sueldos legítimamente adquiridos, si habian de ser fieles á principios patriótica y desinteresadamente por ellos sus-

(1) *La solucion lógica de la presente crísis*, por D. Gabino Tejado; Madrid, 1869.

tentados con limpia conciencia y conviccion firmísima. De alguno sé (cuyo nombre no digo, porque me consta que obró por satisfacer á su conciencia, y no por acallar la maldiciente voz de los partidos), que, apurados los medios de conseguir por entónces la fusion de la real familia, tardó en aceptar puesto en las candidaturas carlistas para diputados, porque sobre ello escribió á la Reina destronada, y á toda costa quiso aguardar su respuesta, la cual igualmente me consta que fué, como suya, bondadosa; y que en sabiéndolo D. Cárlos, y no por el interesado, se dignó alabar encarecidamente aquel buen proceder para con su augusta tia, la desventurada señora, digna de mejor suerte que la de haber sido reina por obra y gracia de liberales.

No mucho despues, tambien en 1869, publicó Aparisi otro folleto, *El Rey de España*. En él hallo estas palabras, que honran al autor, y al príncipe á quien leal y desinteresadamente servia:

«Encontrándose niña en el trono (doña Isabel II), creyó de buena fe, y debió creer, que la ley fundamental la llamaba para ser Reina de los españoles..... Fernando VII, vencido del amor á los suyos, puso con mano moribunda el cetro en la cuna de Isabel, y encargó á María Cristina la custodia de esa cuna y de ese cetro. La revolucion victoreó á la madre; la revolucion en el dia de su triunfo afrentosamente la silbó. La revolucion adoptó á la hija, y ella, aunque buena y piadosa, llegó, por servirla, hasta reconocer el reino de Italia. Un hombre se alzó entónces en las Córtes, y dijo: Adios, mujer de York, reina de los tristes destinos; él la saludaba porque la veia dispuesta á partir. La revolucion la ha obligado groseramente á apresurar el viaje..... Cuando la revolu-

cion triunfante hizo callar las voces de vuestros amigos y envileció la pluma y el buril para deshonraros de la manera más villana como mujer, esposa y madre, mi voz fué la única, ó la primera al ménos, que pronunció algunas palabras en defensa de la dama ofendida y de la reina ultrajada; porque es verdad que teneis un corazon bueno y piadoso y nobilísimo, como es verdad tambien que nadie lo aprecia mejor ni lo estima en tanto como vuestro augusto pariente D. Cárlos de Borbon y de Este» (1).

En el mismo año, 1869, vió la luz pública nuevo folleto, intitulado *Los tres Orleans*, debido á la pluma de nuestro Aparisi y de su íntimo amigo D. Leon Galindo y de Vera, escritor distinguidísimo, premiado en diversas ocasiones por esta y por otras dos Reales Academias, inseparable compañero del que desgraciadamente no hemos llegado á ver sentarse entre nosotros, y que resplandece en la cerrada y oscura noche que atravesamos por su elevado entendimiento, infatigable laboriosidad, hidalguía inquebrantable, y por su pasmosa, sincerísima modestia (2). No quiero hablar hoy de tan importante librito: por especiales circunstancias, que deploro, pareceria más de actualidad lo que de él dijese yo que lo que llevo escri-

---

(1) *El Rey de España*, por D. Antonio Aparisi y Guijarro; Madrid, 1869.

(2) Escrito tambien por Aparisi y por Galindo se habia dado á la estampa en 1860—imprenta de Tejado—un excelente opúsculo, intitulado *El Papa y Napoleon*. Hállanse en él atinadas observaciones y felicísimas frases. Sirva de ejemplo ésta, que leo en la página 31: «es de saber que delante de los pueblos podrán ser los ministros los responsables de los Reyes; pero delante de Dios, los Reyes son responsables de sus Ministros.»—Tengo entendido que existe otro folleto inédito, compuesto por Aparisi y por Galindo, con el rótulo de *El Libro del Pueblo*.

to. Limítome, pues, á consignar explícita y resueltamente que á mí me parece exacto, oportuno y útil, el contenido del bien escrito opúsculo, el cual se reduce á presentar á España los retratos de tres príncipes de la rama de Orleans : Luis Felipe José Igualdad, el rey Luis Felipe, y el Duque de Montpensier.

Abrazada por Aparisi la causa de D. Cárlos, nadie le ha hecho mejores ni más grandes servicios (1). Quien intentáre ponerlo en duda, que lea el precioso librito que con el título de *Restauracion*, *apuntes para una obra*, dió á la estampa en Madrid, pocos meses hace, en la casa de Gaspar y Roig. Allí se nos presenta Aparisi retratado de cuerpo entero; su alma se refleja en todas las páginas, y son todos sus pensamientos, advertencias y consejos, el acabado modelo y perfecto dechado de las nobles aspiraciones que debe abrigar quien intente, con esperanza de buen éxito, sacar á puerto seguro la nave del Estado, comprometida en tan horribles sirtes y bajíos. « El tiempo de hoy es más temeroso aún y más crítico que aquel en que muchos creyeron que el mundo iba á acabar. Se trata de ser ó no ser; de vencer ó morir. Se está dando en Europa, más ó ménos furiosamente, la batalla, y se está dando con no escaso ardimiento en nuestra pobre España. ¡ Oh, y qué gran causa! Cuando se piensa en cuán grande es, siente el ánimo un gozo sublime, y al propio

(1) « Nunca hubo en tus palabras ni actos sombra de adulacion ó de lisonja; y con noble libertad, con completo desinteres, trabajaste siempre en bien de mi justa causa, negándote una y otra vez, respetuosa pero invenciblemente, á recibir gracias, honores ú otra recompensa. Séalo esta carta, como muestra del afecto que hay para tí en mi corazon. » (Carta autógrafa del Sr. Duque de Madrid á D. Antonio Aparisi y Guijarro, publicada por éste en *Restauracion*, pág. 88.)

tiempo una indecible tristeza. El que la siga no busque ni siquiera piense en recompensas humanas, porque puede salir engañado, y sobre todo, porque son indignas de un hombre puesto en la más grande ocasion que el mundo ha visto. El que la siga haga por ser digno de seguirla, y si tiene orgullo, que lo pise, y si siente ambicion, que la ahogue, y si oye la voz del interes, que la maldiga. Levantad muy alto los corazones, porque nuestros hijos, desde los siglos futuros, nos juzgarán; porque Dios desde el cielo nos está mirando.»

¿No os dije que aparece en el libro el alma de Aparisi? Pero añadí, y afirmo, que á D. Cárlos hizo los mayores servicios que recibió de nadie. Estando á su lado Aparisi escribió el Duque de Madrid la famosa carta á su hermano D. Alfonso (1), que ha servido de bandera desde entónces á muchos españoles, y produjo admiracion en Europa. De Aparisi recibia los consejos cuando publicó, en 8 de Diciembre de 1870, la proclama-protesta dirigida *á los españoles;* de la secretaría del Duque de Madrid, estando Aparisi á su frente, emanaron los dos preciosos documentos remitidos á los directores de los periódicos monárquicos de España, en 3 de Mayo y 8 de Noviembre de 1870. Nadie, ni con mejor fortuna que Aparisi, ha divulgado por España las ideas de que es símbolo y representacion la persona de D. Cárlos, purificándolas de las manchas de feos colores con que las pretenden tiznar los revolucionarios, y presentándolas á su verdadera luz. Ahí está Aparisi, en *Restauracion*, defendiendo con noble teson, férvido entusiasmo y copia de razones portentosas, los fueros antiguos, con los cuales Castilla «en el si-

(1) Fecha 30 de Junio de 1869.

glo XV fué tan libre como Inglaterra, Navarra y las Vascongadas fueron más libres que Castilla, y Aragon fué el pueblo más libre del mundo» (1). Ahí está el insigne escritor, agradeciendo á Felipe II, que «quizás no hubo rey que más respetase los fueros y las libertades de los pueblos» (2), y á Felipe IV, que, «siguiendo las huellas de su grande abuelo, vencida Cataluña, que se rebeló y áun se dió á la casa de Francia, tampoco la despojase de sus amadas libertades» (3). Ahí está el *absolutista* Aparisi, teniendo el nobilísimo aliento de publicar, él, defensor y servidor de la causa de D. Cárlos de Borbon, que Felipe V, primer rey en España de la casa de Borbon, fué quién abolió los fueros de Aragon, Cataluña y Valencia, salvándose sólo «en el comun naufragio los de Navarra y las Vascongadas, como para darnos hasta en nuestros dias el hermoso espectáculo de la libertad cristiana y española», y asegurando «que la pérdida de las viejas libertades de España fué la perdicion de España.» Si bien confiesa, por rendir tributo á la verdad, que no á la lisonja, «que áun reinando en España la casa de Borbon, la monarquía fué templada, benigna, democrática; porque al lado ó enfrente del Rey estaban la Iglesia y la nobleza, y el Consejo de Castilla con sus tradiciones, y las comunidades con su influjo, y los gremios con sus privilegios, y una incorruptible magistratura, que sabía decir *se obedece y no se cumple.*» Vedle, ahí está, proclamando «que un rey sin Consejo no merece el nombre de rey, y ménos de rey cristiano; que el rey representa la auto-

(1) *Restauracion*, pág. 34.
(2) Idem, pág. 35.
(3) Idem, pág. 36.

ridad, pero no la ciencia, y la ciencia por sí sola no gobierna á los hombres, porque le falta el sello divino; mas la autoridad por sí sola tampoco puede gobernarlos, porque le falta la luz» (1). Y con esto, si ois que le llaman *neo*, *oscurantista*, *buho*, *enemigo de la dignidad humana*, *verdugo de la razon*, *aborrecedor de toda libertad y de todo derecho*, decid con él: «En tiempos de Salomon ya se escribió que *el número de los tontos era infinito;* os aseguro que los tiempos no han cambiado..... Y ¿qué hacer? Encogerse de hombros, mirar al cielo y tenerles lástima» (2).

¿No os dije ántes que en *Restauracion* está retratado Aparisi de cuerpo entero? Miradle:

«Para obrar la restauracion social en España parece necesario lograr ántes la política, ó al ménos la de uno de los elementos necesarios de todo órden social; hablo de la autoridad, hablo del rey. Pero el rey puede abusar ó pueden abusar sus ministros; claro está; son hombres. ¿Convendrá, pues, que existan instituciones que hagan ménos posible ó más raro el abuso? No lo niego..... Despues de meditarlo mucho, creo que en el siglo XIX, y en el año 70 del siglo XIX, contribuirán á hacer ménos posibles ó más raros los abusos del poder una magistratura honrada, independiente en cuanto es dable, que pueda, por serlo, amparar más fácilmente mi derecho: unas Córtes, verdadera expresion ó representacion de las fuerzas sociales, á quienes, en cuanto sea posible, se cierre el campo para disputar y pretender, y se deje sólo abierto

---

(1) *Restauracion*, pág. 36.

(2) Discurso pronunciado en *La Armonía*, sociedad literario-católica, el 3 de Diciembre de 1864, pág. 7.

para exponer y reclamar; y hasta una prensa, á quien no se conceda el derecho de abusar, pero sí la ámplia facultad de denunciar abusos» (1).

Si no me equivoco grandemente, parécense estos planes, como suelen asemejarse dos hermanos, á los que presentó y sostuvo Jovellanos en la *Junta central*, de que fué miembro, á principios del siglo (2). Opúsose Floridablanca, presidente de la Junta, y en ella «el jefe de un partido que se oponia á innovaciones peligrosas y queria conservar intacto y áun ensanchar el poder de nuestros monarcas. Ni era enemigo de las luces ni de las mejoras morales y materiales que exige la moderna cultura y el espíritu de la época; pero á su juicio, mejor las realizaria un rey dotado de ámplias facultades y asesorado de Consejos sabios y numerosos..... Tenía acaso razon el antiguo y afamado Ministro de Cárlos III, y llegará quizá dia en que su plan sea por todos considerado como el solo capaz de salvar á las naciones de una espantosa ruina; pero se engañaba tal vez sosteniendo que en aquel tiempo era posible dejar de dar al pensamiento alguna latitud, y al Gobierno un tinte de representacion pública, de libre discusion y de formas constitucionales..... ¿Cuál de estos dos sistemas predominará cuando vuelvan en su acuerdo los pueblos, curados al fin del horrible delirio que hoy los conmueve?..... No es todavía llegada la ocasion de sentenciar definitivamente este proceso» (3).

Esto dije en 1858, componiendo la *Vida de Jovellános*,

(1) *Restauracion*, páginas 45 y 46.

(2) Véase la *Vida de Jovellanos*, páginas 111 y siguientes, hasta la 123.

(3) *Vida de Jovellanos*. Madrid, imprenta de Rivadeneyra, 1865, páginas 110 y 111.

y lo repito hoy, escribiendo el discurso necrológico de Aparisi. Dije tambien entónces «que en algunos períodos de la vida de los pueblos no es fácil elegir. Los que son llamados á gobernar no han de proceder como un filósofo que medita y escribe en el fondo de su gabinete, sin consideracion á los dias presentes ni á las circunstancias del momento: decida éste de un modo abstracto y absoluto cuál es á sus ojos el sistema mejor para regir las sociedades; el repúblico ha de enterarse de lo que pase á su alrededor, ha de tomar las cosas tal cual las halle, los hombres segun sean, las opiniones cómo corran y dominen, contentándose con hacer el bien que esté en su mano, lo cual muchas veces consiste en evitar el mayor número de males posible.» Si esto debió alegarse en abono de Jovellános, con mucha más razon se ha de repetir hablando de Aparisi. El cual sale al encuentro de la objecion, y con varonil entereza y resolucion gallarda cierra con ella y dice: «Vencedor el partido carlista en la guerra civil, pudiera restaurar las cosas como estaban en tiempo de Fernando VII. Cierto que no es éste mi ideal; más lo posible en 1839 no lo es en 1871. El pensamiento del partido carlista, pues, habia de encerrarse, y precisamente se encierra en esta fórmula magnífica: *Restaurar la antigua España en cuanto fuere humanamente posible, teniendo en cuenta las verdaderas necesidades y las legítimas aspiraciones del tiempo presente*» (1).

Ahora bien; piensan algunos que si en tiempos de Cárlos III hubiese habido Córtes, no habria sido inícuamente expulsada de España la Compañía de Jesus; atentos á evitar excesos tan abominables, quieren que haya Cór-

(1) *Restauracion*, pág. 72.

tes, y que en ellas se discutan los públicos negocios en prudente forma;—opinan otros que en los tiempos presentes y viciada de todo punto la atmósfera, las Córtes y la prensa periódica nos llevarian rápida é irremisiblemente, cualesquiera que fuesen las precauciones que se tomáran, al *parlamentarismo* y á la discusion de todas las cosas divinas y humanas, sin lograr con esto que cesáran escándalos y abominaciones como la expulsion de los Jesuitas, ántes bien facilitándolos. ¿Cuál, entre estos pareceres, es el más acertado?

..... ai posteri
l'ardua sentenza.

«La carta del Sr. Duque de Madrid es un programa completo, dice Aparisi; los periódicos religiosos de Europa..... aplaudieron al príncipe cristiano que sabía hablar la lengua de nuestros padres; y los políticos sinceros hubieron de ver en ese programa lo que el mismo Duque llamó en adelante *gran conciliacion de tiempos y de hombres*.—Ahí teneis, añade, nuestra bandera: lo que á nosotros toca es pasearla, digámoslo así, por ciudades, pueblos y aldeas, siempre gallardamente desplegada y alumbrada por los rayos del sol, para que la vean todos de contínuo, y vean que es hermosa» (1).

Pues yo afirmo, y nadie ha de desmentirme, que Aparisi la paseó más gallardemente que otro alguno por campos y ciudades; que en sus manos la oreaba el viento mansamente, y la iluminaba el sol con mayor gala, y más hermosa parecia. Jamas se rindió á la fatiga en tan generosa empresa: «No estamos ya para gallardías, escribia

(1) *Restauracion*, pág. 79.

en Mayo de 1871 (1); militantes fuimos, inválidos somos: si con mano trémula puedo escribir algunas líneas, seguiré escribiendo; sabrán nuestros hijos que procuramos cumplir con nuestro deber, y Dios lo verá, y eso nos basta.»

«Desde que tengo uso de razon, escribió con justísimo orgullo en Enero de 1872 (2), no he dicho una palabra, no he escrito una palabra contraria á esa grande y cristiana política: ántes de decirla ó escribirla, caiga seca mi mano, y quédese pegada al paladar mi lengua.»

X.

Un miembro de esta Academia, pariente muy allegado de Aparisi, D. Emilio Castelar, ha publicado en *La Ilustracion Española y Americana* la biografía del monárquico insigne, escrita con cariñoso anhelo, pero naturalmente impregnada de los errores propios de la escuela á que pertenece el ilustre orador republicano. Refiere en ella cómo Aparisi «criticaba en lenguaje incomparable los errores de nuestras escuelas y las imperfecciones de nuestra pólitica; pero en cuanto le tocaba afirmar, sustituir á la presente sus soluciones, curar con sus remedios nuestros males, se precipitaba en la vaguedad más nebulosa.» Fuera de que este juicio es notoriamente erróneo, áun respecto de los discursos pronunciados por Aparisi en las Córtes, da á entender principalmente que Castelar no ha tenido tiempo de leer las preciosas páginas que Aparisi

(1) En la *Regeneracion*.
(2) En la *Regeneracion*.

intitula *Restauracion*. Cabalmente el defecto que hallo á este hermosísimo librito, es que afirma demasiado, descendiendo á pormenores que yo le habria aconsejado omitir. El servidor ó ministro de un rey destronado debiérale dejar, á juicio mio, campo más abierto para el dia en que llegue al trono, si está de Dios que ha de llegar. Bastaba decir que un rey católico no puede jamas guiarse por la arbitrariedad y el capricho, porque renunciará con esto á ser rey, y sobre todo rey católico, que tanto vale como decir padre de los pueblos, escudo de justicia, amparo de pobres y desvalidos. Bastaba decir que de las entrañas del cristianismo nacieron monarquías no conocidas en lo antiguo, y una nueva moral, un nuevo derecho, un nuevo mundo, en el cual no caben ni Césares, ni dictadores, incompatibles con la dignidad del hombre regenerado en el Calvario, y con la conciencia cristiana : ésta es propia solucion para toda sociedad y para cualquier tiempo. Bastaba decir que el rey ha de reinar y gobernar con el consejo de hombres sabios y con asistencia de todas las fuerzas vivas de España, atendiendo, como es muy puesto en razon, á las verdaderas necesidades y á las legítimas aspiraciones de la edad presente : que con decir que han de ser verdaderas y legítimas, dicho se está que no han de oponerse á la verdad revelada.

Pero hay pormenores á que Aparisi cuidadosamente desciende sin advertir que son necesariamente alterables segun el dia en que llegue á ocupar el trono de España el príncipe á quien consagraba sus inmensos y desinteresados y patrióticos servicios. Con lo cual parece como que de antemano contesta á la poco reflexionada tacha que le pone Castelar, incurriendo, en mi opinion, si es que en algun defecto incurre, en el opuesto de prevenirlo todo, calcular-

lo, encerrarlo en el dia de hoy, que no sólo en los tiempos presentes. El que definitivamente llegue á sentarse bajo el solio, debe saber que va á gobernar un pueblo católico y proclamar que ha de regirle católicamente, es decir, con amor y con justicia, y respetando su libertad: lo cual está dicho en la carta del Duque de Madrid, que es un programa completo, y explicado con elevacion, con maestría, con claridad admirables en *Restauracion*, que es un libro precioso. En lo demas, en puntos secundarios y subalternos, podria contentarse con decir: «el partido carlista ignora cuándo llegará á ser gobierno, y por ende cómo encontrará á España; no es cuerdo adelantarse al tiempo; cuando llegue ya verá y obrará en consecuencia, atento al bien comun.»

Pero á esta objecion, así textualmente expuesta, se adelanta Aparisi, como queriendo contestar en vida al cargo de Castelar, y con su natural bizarría exclama á sus amigos: «El silencio acaso parezca á algunos, que ya son mios, prudente por extremo y áun laudable; pero, francamente, no me gana amigos entre los dudosos del partido contrario y entre la muchedumbre neutral, y yo los necesito para engrosar el ejército y asegurar la victoria. Fuera de que, como mi esperanza es altiva, y doy á entender á todos que muy en breve he de triunfar, claro es que he de encontrar una España poco más ó ménos como la que hoy conozco; y mi observacion, por tanto, no es satisfaccion que contenta los ánimos, y parece liviana excusa que los deja recelosos» (1).

Contestacion tan categórica y arrogante hace que caiga al suelo desplomada y muerta la aseveracion de Castelar,

(1) *Restauracion*, pág. 78.

de que su amado pariente no afirma nada, sino que se envuelve en vaguedad nebulosa. No soy juez imparcial para decidir si contesta satisfactoriamente á la mia, de que no debió descender á tantos pormenores. Pero afirmo que en todo, sin exceptuar los pormenores que pudo, en mi opinion, excusar, está pensado con elevacion y juicio, presentado con claridad y precision asombrosas, y ajustado á los grandes y eternos principios á que rindió constante culto su alma poética, su corazon generoso y su privilegiado entendimiento.

¿Cuál Constitucion pretende para España Aparisi? Él mismo contesta, recordando magníficas palabras de Gonzalez Brabo: *La que el dedo de Dios trazó en España al traves de los siglos.* «Porque España, desde que es España, así en la próspera como en la adversa fortuna, ha andado siempre detras de un rey y de una cruz» (1). Pero ¿cuál monarquía? ¡Ah! sin vacilar responde Aparisi, y en pocas líneas, llenas de vigor, de exactitud y de filosófica y práctica profundidad, vuelve por la gloria de Felipe II, y preséntale como modelo de monarcas; porque, en efecto, «conviene estudiar la historia de aquel *tirano*, uno de los reyes y de los hombres más grandes que ha habido en el mundo, y uno de los que más profundamente han respetado en el mundo la santidad de las leyes» (2). El gran Rey de España que ante el Justicia de Aragon pleitea para que le declare el derecho de nombrar virey á español que no sea aragones, y que, vencida la rebelion, conserva generosamente á aquel gran pueblo sus fueros y libertades; que no se desdeñaba de escribir

(1) *Restauracion*, pág. 78.
(2) *Id.*, pág. 79.

cartas sobre cartas á pueblos y universidades para convencer á grandes y pequeños de que los quebrantadores del fuero eran los revolucionarios, y él su observador y defensor; el gran Rey, á quien, como dice valientemente y con razon Aparisi, no imitaron ni Felipe V, que declara abolidos los fueros y libertades de Aragon, Cataluña y Valencia, ni Cárlos III, que arroja sin oir su defensa y prohibiéndola con severísimas penas, á sacerdotes inocentes, virtuosos y sabios, lanzándolos á extranjeras playas; el gran Rey, que recopila las leyes del reino en que se consignan los fueros y derechos de sus naturales, y levanta monumentos á la religion, á la gloria nacional y á las artes, cuya desaparicion hace estremecer de espanto á los mismos enemigos de su buena memoria; el gran Rey, que logra desde su calumniada tumba contemplar el pavor y el susto que alteran la faz de sus ingratos descendientes al anuncio de que voraz incendio amenaza consumir sus obras; ese gran Rey y grande hombre halla en Aparisi un defensor no apasionado, sino justo.—¡Oh! pidamos al cielo con fervor incansable que así como la generacion actual quiere cubrir con reparos los monumentos del gran monarca de España, las generaciones futuras se abriguen á la sombra de su política previsora y sábia. Roguemos á Dios que, en cuanto sea posible, por la diversidad de los tiempos y por los estragos de la revolucion que lucha con él hace tres siglos en Europa, y cien años en España, y á la cual libra recias batallas áun desde el sepulcro, puedan contemplar desde el cielo el gran rey Felipe II y el gran ciudadano Aparisi.....

Que desde el mar de Luso á la Junquera
Haya un cetro, un altar y una bandera.

XI.

Tambien cultivó las musas nuestro llorado compañero. La Academia premió con el *accesit* su oda á Bailén en el certámen de 1850. Respeto, como es debido y justo, el fallo de este ilustre Cuerpo; y sin embargo, á ser yo entónces miembro suyo, habria votado á la oda de Aparisi el primer premio. Por la diccion poética, por lo elevado de los pensamientos, por la gallardía de la expresion, por lo feliz de la traza, buen concierto de las partes y oportuna colocacion de imágenes bellas, estimo este rasgo literario de Aparisi una obra acabada en género tan difícil. Téngola por modelo excelente á los vates españoles, ganosos de cantar los inmarcesibles laureles de nuestra patria, tan rica en legítimas glorias como pobre de ventura. Tambien nuestro Aparisi obtuvo de la Academia Española mencion honorífica cuando el certámen abierto para cantar las hazañas de los soldados de España en la guerra de África. Esta composicion, como la anterior, como todas las obras de Aparisi, en prosa y verso, revela claramente las singulares y privilegiadas dotes de inspiracion, ingenio y buen gusto con que quiso engalanarle el supremo Dispensador de todo talento y de todo bien.

¡Gloria á Dios, sólo á Dios! ¡Bendito sea
El que ensalza y abate:
Su nombre, amparo al bueno, al impio espanto!
Él escogió por su adalid á España;
Él esforzó su brazo en la pelea;
Él quiso que á la faz de las naciones
El sol de San Quintin y de Lepanto
En Bailén alumbrára sus pendones.
¡Dios solo el grande, el vencedor, el santo! (1).

(1) *La batalla de Bailén*, su autor D. Antonio Aparisi y Guijarro.

Una cosa, entre otras várias exactas, ha dicho Castelar hablando de Aparisi, seguramente exactísima, conviene á saber: que poeta siempre, en cuanto se desceñia la toga tomaba la lira y tañíala de contínuo, no solamente en sus versos, sino en sus conversaciones, que eran verdaderos poemas. Lo cual no quiere decir que fuese soñador ni que volviese «sus manos suplicantes, su voz llena de plañidos al sepulcro de un mundo de reyes y de esclavos, fantaseado arbitrariamente por su imaginacion prodigiosa», sino que, como dice Aparisi mismo, «no siempre andan reñidas en el mundo verdad y poesía.» Lo que de aquí pudiera resultar es que una generacion descreida, interesable y amilanada tuviese al poeta por extravagante y por hombre no dotado de espíritu práctico. Pero ¡vive Dios, que tendria gracia que Castelar pusiera semejante reparo á nuestro Aparisi!

Hay entre ambos este punto de contacto notabilísimo; que no en vano sus madres llevaron la misma sangre en las venas y crecieron bajo el techo de un mismo hogar. Pero los separaba el espacio infinito que media entre la afirmacion y la negacion, entre la fe y la duda, entre la luz y las tinieblas. Aparisi vivia en el hemisferio de la verdad; Castelar vive en el hemisferio del error. Por eso, poetas ambos, es práctica á la par que sublime la poesía de Aparisi; ilusion, sueño, nada, aunque en la forma muy bellos, los cantos de Castelar. Aparisi entonaba himnos á Jesucristo, que en la cruz tiene abiertos los brazos para

---

Valencia, 1851. En una biografía de nuestro compañero leo que compuso una tragedia intitulada *La Muerte de Don Fadrique*, y un drama con el nombre de *Doña Ines de Castro*. Son todavía inéditos ambos poemas, y de ellos no puedo hablar porque no los conozco. Se darán á luz ahora probablemente con las demas obras de Aparisi.

atraer á su amorosísimo seno á todos los hombres; Castelar hace objeto de sus cantos á «los diversos sistemas filosóficos, que, segun él, unos con sus tésis soberanas, otros con sus antítesis y contradicciones, componen la totalidad del saber humano, y á las diversas religiones que, segun él, en su ascension progresiva al ideal han formado nuestra conciencia.» Es decir, Aparisi canta la verdad, la libertad y la justicia, que son prácticas y positivas; Castelar la negacion, ó por lo ménos la duda, que es la ausencia de toda autoridad. De los himnos de Aparisi brota naturalmente gobierno; de los cantos de Castelar, en primer término, confusion y anarquía, y á poco andar, ó sangre que salpica las calles y los patíbulos, ó despótica dictadura que degrada la dignidad humana.

Jamas dijo Aparisi, como Castelar supone, que toda la sociedad moderna cabe dentro de la monarquía tradicional. Lo que dice, y con sobrada razon, es que «todas las formas de gobierno pueden ser buenas ó malas para una sociedad, segun que en ella sean honrados ó despreciados los grandes principios que vienen de Dios y que entrañan un armónico conjunto de obligaciones y derechos primordiales y esenciales» (1). Lo que afirma es no haber *para España* mejor gobierno que el monárquico, pues quince siglos han pasado por España gritando ¡viva el Rey! y no hay manera de que *para ese pueblo* no sea la más natural forma de gobierno aquella en que vive quince siglos, y bajo la cual desplegó todas sus virtudes, fué nacion temida y respetada, fuerte y poderosa, y desenvolvió todas sus grandezas. «Quince siglos (cito textualmente) saben más que Castelar..... y si álguien me dice que quiero aho-

(1) *Restauracion*, pág. 25.

gar la razon bajo el peso de la autoridad, me revuelvo: pues qué, ¿la autoridad de quince siglos no es la razon de cincuenta generaciones?» (1).

Lo que dijo, tiene razon en suponerlo su brillante biógrafo, lo que dijo, no una vez, sino ciento, lo que siempre decia es que la Iglesia católica, depositaria única de la verdad, tiene y ofrece soluciones para todos los problemas sociales en todos los tiempos; porque atraviesa «los siglos coronada de gloria ó de espinas, pero conservando siempre el depósito sagrado de la fe: en torno de ella todo envejece, y ella siempre jóven, porque es inmortal; en torno de ella todo varía, y ella siempre la misma, porque es la verdad.»

Todos los católicos creemos que el catolicismo es regla de vida para el individuo, y medio seguro de salvar la sociedad. Pero los que seguimos las huellas de Aparisi creemos que no sólo es el catolicismo recurso supremo para salvar la sociedad amenazada por la demagogia, sino que debe informar perpétuamente las instituciones y las leyes. No basta invocar los salvadores principios de la religion católica en apurados momentos, cuando las turbas demagógicas dan el grito de guerra é invaden vuestros hogares y amenazan apoderarse de vuestra propiedad, no de otra suerte que el caminante se acoge en la primer choza que encuentra al sobrevenir tempestuoso aguacero, ó el transeunte abre su paraguas para librarse de improviso chaparron: es fuerza erigir la cristiana verdad en norma de todas las leyes y regla de la vida social. No basta considerarla como barrera para tiempos aciagos, ni más ni ménos que la guardia civil; hay forzosamente que

(1) *Restauracion*, pág. 32.

recibirla y acatarla como la perenne defensora y justadora del hombre, de la familia y de la sociedad; siendo de aquella única verdad depositaria única la Iglesia, y su Pontífice el oráculo: de este modo servirá, como sirvió siempre el catolicismo, de amparo á hombres y pueblos. Miéntras no se reconozca el imperio universal de Jesucristo no habrá paz ni progreso; ántes bien perpétua guerra, y desenfrenada barbarie, y constante desconcierto, y perdurable desórden.

Ignoro lo que Dios tiene dispuesto en sus inexcrutables designios acerca del gobierno futuro de los pueblos, y de las diversas formas por que ha de ser regida en la tierra la decaida raza de Adan. Pero sé que la Iglesia ha de triunfar, porque *contra ella no prevalecerán las puertas del infierno.* La veo ya propagar su salvadora doctrina por ámbitos adonde nunca ántes llegaron sus misiones, ó que vieron oscurecida la clara luz del sol por la rebelion insensata y anticivilizadora del siglo XVI. Contémplola rodeada de majestad serena, de gloria inmarcesible, presidir, vencedora en rudos combates, los futuros destinos de hombres y pueblos. La civilizacion, parada desde el siglo XVI al soplo letal de la infernal protesta, moribunda bajo el influjo satánico del *racionalismo*, despertará brillante y marchará rápida y segura á la voz inspirada é infalible del Vicario de Jesucristo. ¡Tiempos dichosos los por venir, que mis ojos no verán, pero que presienten con la fe mi corazon y con la razon mi alma! ¡Himno de gloria quiero cantar al triunfo futuro de la Iglesia, hoy que no yace vencida, pero afligidísima llora los pecados de los hombres y los extravíos de los gobiernos y la desventurada suerte de los que nacen, pasan y mueren en esta edad de míseras defecciones y descomunal pelea!

Con cuánta razon pregunta Aparisi: «¿Quedan reyes en Europa? ¿Queda en Europa sentido comun?» (1).

Yo (á ejemplo de Aparisi, digno modelo de vidas bien empleadas) ambiciono decir, con la ayuda de Dios, en mi postrimer discurso, ya esté la cristiandad en el dia de su glorioso triunfo, ya, como ahora, en el umbral de las catacumbas: ¡Recibe, madre mia, el testimonio de mi amor y de mi respeto filial; tú, santa Iglesia católica, en cuya fe nací, y viví, y quiero morir, como vivieron y murieron mis cristianos amadísimos padres!

Madrid, 5 *de Diciembre de* 1872.

CÁNDIDO NOCEDAL.

---

(1) *Restauracion*, pág. 66.

APUNTES PARA UN DISCURSO.

Hay entre vosotros, Sres. Académicos, un hombre, amable, ingenioso y fantástico, despreciador altivo de caminos trillados, y rebuscador aventurero de nuevos y peregrinos. A este insigne compañero vuestro y queridísimo amigo mio, se le ocurrió emprender un extraordinario y arriesgado viaje, á par del cual surcó el gran Colon el estanque del Retiro, y Vasco de Gama, cuando más, la Albufera de Valencia. No sé si topó con algun Clavijo, y sobre él, arrogante caballero, está visitando los astros; lo que me consta es que los visita, y desde aquellas esplendentes alturas vecinas al cielo, se digna de cuando en cuando alargar su mirada hasta el mundo sublunar y oscuro en que vivimos.

Ocurrióse un dia á este alado Colon dejar la luna, donde á la sazon se entretenia, y dar una vuelta por la Puerta del Sol, centro de Madrid, que lo fué un tiempo del mundo, y andaba desdeñoso por sus anchas aceras con sonrisa indefinible en sus labios, como de hombre que, acostumbrado á grandes y estupendas cosas, se encuentra de repente entre mínimas y baladíes, cuando la buena suerte, que en hacerme uno de vosotros sin duda se empeñaba, puso en mi ánimo el deseo de esparcirme un poco toman-

do el sol ó el aire en el mismísimo sitio en que el luminoso peregrino se encontraba. Y quiso esa suerte bendita que topase con él, cuando, segun en adelante me confesó, ya pensaba en dejar la plaza y volverse á sus astros. Él, al verme, se paró; yo, al mirarle, me incliné: llamóme cariñoso; contestéle humilde: y viniéndose sosegadamente hácia mí, clavó su mirada en la mia y su mano en mi hombro, y con grave ademan y voz reposada me dijo: «Será V. Académico.»

Sonreí, mas repliqué: Señor y amigo, no se acuerda ya Vmd. de quién soy y de que realmente no merezco la honra insigne con que acaba de tentar mi humildad. Si escribí algun dia, y no bien, la pluma está ya rota; si algo aprendí en libros viejos, la memoria de lo que aprendí está ya desvanecida. Yo no puedo decir siquiera lo que suelen los escogidos por la ilustre Academia Española al presentarse en dia solemne para recibir el abrazo de los que, siendo maestros, se convierten en compañeros. Todos, en este temeroso trance, se inclinan y empequeñecen; todos, vistiendo el traje de la modestia, que hace resaltar la luz del talento, declaran no merecer la honra codiciada. Si no se tienen por completamente indignos de ella, es por su amor á las letras, es por el culto que rinden á las excelencias peregrinas del habla castellana. Pues bien; ni de ese amor puedo blasonar, á no ser que confiese que el mio peca de holgazan y egoista. Amo, pero no practico..... ¡Feliz eleccion, por tanto, la de la Academia Española si en mí pensára! Sueños, amigo mio; vuélvase á sus alturas, y siga escribiendo cosas que no morirán, y aunque todo es vanidad debajo del cielo, nómbreme, si gusta, en sus versos, pues le confieso en puridad que no me resta otra esperanza de hacer vividero mi nombre. Asido

al faldon del frac de su merced, puedo pasar al siglo futuro.....

Oyóme con atencion aparente mi noble amigo; miróme una buena pieza en silencio, y al fin, ahuecando la voz, me dijo con ojos de profeta: «Pues será V. Académico.» Y sin más, dióme la espalda con no sobrada cortesía, y yo quedéme en la plaza, y él volvió sin duda á remontarse á la luna.

Su bondad fué mi abogado, y ganó mi pleito ante vosotros, jueces sobradamente benignos, y esas puertas se abrieron para mí sin que yo tocase á ellas ni con mano trémula siquiera. Vieja costumbre en alguno, hija rara de altivez y de humildad, que con ser naturales enemigas, se encuentran en ocasiones, y se tropiezan y abrazan.

No es imposible que conozcais al fin vuestro engaño; pero yo desde ahora me declaro inocente..... No llamé á esas puertas, repito: consiste en todo caso mi culpa en rendirme á la tentacion de entrar viéndolas abiertas.

Vengo á aprender, Señores, si es que cuando se va ya descendiendo de la cumbre de la vida, se puede aprender otra ciencia que la ciencia de morir; vengo á aprender, Señores, y pues el cielo con esta feliz ocasion me favorece, á buscar vengo tambien á vuestro lado algunos instantes de contentamiento y de reposo.

Cansado y entristecido por las luchas políticas, para las cuales no nací; cansado y entristecido con revolver esa prosa forense, muerte de mi pobre ingenio, bien que vida de mis hijos amadísimos, soy semejante al viajero sediento y fatigado por los rayos ardorosos del sol y el pegajoso polvo del camino, que de cuando en cuando se para, y revolviendo á todas partes la mirada melancólica

y mustia, piensa y dice: ¡Ah, si apareciese no muy léjos un bosquecillo en cuyas frescas sombras me fuese dado descansar, puestos los ojos en el cielo y atento el oido al trino de las aves, y al suspirar de los céfiros, y á los murmullos quejosos de las aguas corrientes!..... Pues bien: ese bosquecillo yo lo encontré; yo encontré ese lugar encantado, donde me libre algun rato del sol que quema y del polvo que ahoga, y donde, con los recuerdos de la niñez y con el trato de las Musas, regocije algunos instantes los largos y solitarios dias de la edad cansada. Ese lugar bienhadado que soñé y apetecí, héle encontrado por fin en esta casa sagrada de las Musas.

Llegan hasta sus puertas, mas no traspasan sus umbrales, las ambiciones desapoderadas y las codicias sedientas, y el engaño aleve, y el impudente descaro que crece fuera ¡de aquí y se enseñorea de los hombres en estos míseros tiempos. Quiero huir de ese mundo y refugiarme entre vosotros como en asilo sagrado. Esta es la casa que parece llenar todavía el espíritu de nuestros padres; aquí se regocija y ensancha el pecho respirando aires de gloria.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido!
. . . . . .
¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!

Dichosa edad y siglo dichoso aquel á quien los antiguos pusieron el nombre de dorados.....

Gracias, Señores: desde el fondo de mi corazon os doy gracias.

Confiésoos, Señores, que, á pesar de que hace largos años se apoderó de mí una mala tristeza y crió en mi espíritu el fastidio, esa inapetencia del alma, con todo, á la

noticia de vuestra bondad y favor insignes, casi me alegré. Me alegré, ¿por qué negarlo? El contentamiento mio, sin embargo, no era puro: estaba enturbiado por cierta consideracion y por un fundado temor. No hablo de aquélla, porque estoy harto de que me llamen modesto..... mas sé decir que el temor que me salteaba y enturbiaba mi gozo, era el temor de esta solemnidad, el miedo de este dia. He visto en pasadas ocasiones, y oido con gusto, á varones insignes que ocupaban mi lugar; mas lo que espectador me agrada, actor me desplace.

Me enamora la luz, pero vista desde la oscuridad. No es mio dormir intranquilo y llegar aquí anheloso y representar un papel principal entre amigos y no amigos, que vienen curioseando á conocer al académico nuevo, por si da muestras de sí briosas y gallardas; esperando algunos mucho de él, aunque valga poco; calificándole otros anticipadamente de menguado si su discurso no es casi una maravilla..... y debe serlo, sí señor, que en más de dos años que bonitamente se tomó para pensarlo y escribirlo, grandes y profundas cosas se pueden pensar y de excelente y soberana manera escribir..... ¡Pobre académico y pobre discurso! Hé aquí la flaca vanidad, huésped inalojable del pobre corazon humano, que está aconsejándome en secreto y tentándome para que diga en público que no fueron dos años, que no es un año, que apénas si pudo su autor disponer de veinte dias para pensar y escribir lo que va á leer en estos momentos, oracion tan triste como él y tan pobre como su fortuna..... Y así es verdad, pues desde aquel dia en que recibí, sin merecerlo, vuestro favor, apénas Dios le concedió uno sereno y apacible. Enfermo de cuerpo y alma, anduvo por muchas partes buscando, sin encontrarlas, alegría y salud: ni aliento sentia

para pagar su deuda, fuera de que podia librarle de ella la muerte, ni temida ni deseada..... ¡La muerte! Lo que hizo en él esa Reina triste del mundo, fué lo que lloraba el Príncipe de los poetas españoles:

Ella en mi corazon metió la mano,
Y de allí me arrancó mi prenda amada.

Sí: del fondo de mi corazon, donde vivia, arrancó aquella dulcísima, tiernísima y santa madre que Dios me dió. Llevóse al morir la sombra de alegría que en él quedaba. ¡Oh madre mia! ¡Oh madre, á quien ya no veré en este mundo, sin luz para mí!

Acuérdome en este punto de cuando me hallaba en otro sitio, desde el cual se habla á toda España; acuérdome de que á veces me ponia en pié para hablar, constreñido por el deber, y siempre sentia mortal desaliento. Ni la ambicion del poder, ni el amor de la gloria (bien que aquél nada vale y ésta vive un dia) pudieron prestar vigor al corazon ni fuerza á la palabra; pero me lo daba, os digo la verdad, el pensamiento de mi madre: el pensamiento de mi madre adorada fué mi inspiracion y mi valor. Yo pensaba: lo que ahora voy á decir pronto mi madre lo leerá, y sentirá en su alma un gozo secreto, porque esas doctrinas que defiendo son las que ama, las que yo comencé á aprender, sentado en su regazo y reclinado en su seno..... Pero ahora, Señores, ¡considerad mi desgracia! ya no puedo pensar en que mi madre leerá lo que voy á decir, y sin pena rasgaria el discurso, y renunciaria sin pena á vuestro favor, si ello fuera posible sin ser yo un ingrato.

Et non vult consolari, quia non sunt.

Mi discurso, Señores, no será bueno, pero en cambio

será breve. Largo tiempo vacilé sobre su asunto con el deseo vehemente de que no fuera indigno de vuestra atencion ilustrada.

Pensando en ello, tomé un dia en mis manos el Reglamento de la Real Academia Española; abríle por feliz casualidad en la página 20, y me fijé en su art. 49.

Leí: «Las Juntas ordinarias se inaugurarán siempre con la Antiphona y oracion siguientes:»

Seguí leyendo: «*Veni, Sancte Spiritus, reple tuorum corda fidelium, et tui amoris in eis ignem accende.*

«*Emitte spiritum tuum et creabuntur.—Et renovabis faciem terræ.*»

Dejé caer la frente entre mis manos: comprendí lo que llama Bossuet «iluminacion interior».

Como á la luz de un relámpago, vi una montaña que casi tocaba al cielo: me estremecí al sentir la grandeza del asunto; á poco desmayé al considerar la flaqueza de las fuerzas. Yo no las tengo para subir á la cumbre de ese monte, desde el cual, al resplandor de un sol que nunca se extingue, se pueden divisar los horizontes de lo infinito.

El tema, sin embargo, si era desigual á mis fuerzas, llenaba las aspiraciones de mi alma y consolaba su tristeza. Llevando luto por mi madre, yo no podia pensar sino en cosas graves, y que me pusieran en relaciones con aquel país donde está la que vive en mi alma.

Voy á confesaros una debilidad que casi avergüenza: prendado de la majestad del asunto, temí que, inmejorable para un templo, no fuese oportuno en una Academia. Temí que en el instante de anunciarlo se clavase en su pobre autor alguna mirada mofadora, y que algun dedo insolente le señalára y algun espíritu fuerte dijera: *Ecce-*

Homo; ahí teneis á un..... ¿me perdonaréis si repito una estúpida palabra?..... Ahí teneis á un neo.....

Afuera caducas preocupaciones y bastardas vergüenzas, afuera. Cuando el mundo se está trasformando, no hablemos de naderías: cuando truena encima de nuestras cabezas una gran tempestad, no nos entretengamos en coger flores. Hoy todo es campo de batalla; hoy todo es templo.

Es necesario poner el corazon sobre las burlas de una filosofía raquítica y de una crítica enana. Se puede ser Rey por el nacimiento, por la espada, por el oro; tambien se puede ser Rey por el menosprecio de las vanidades que mueren y de las maledicencias que pasan.

Porque conocemos el siglo en que vivimos; porque sabemos que es tiempo éste de transicion borrascosa; porque, vueltos los ojos atras, vemos cosas é instituciones que se derrumban y mueren, pero vemos algo que es inmortal y que puede hacer posibles y fecundas cosas é instituciones nuevas, por esto cabalmente, fija la mirada en lo pasado y en el porvenir desde las alturas de la fe cristiana, queremos hoy deciros que levanteis el corazon sobre las miserias que nos rodean, y advertir á los hombres descuidados ó dormidos lo que hoy pasa en el mundo, y cómo es verdad que una inmensa revolucion, que lleva escritas en los pliegues de su bandera estas palabras: «racionalismo, positivismo y realismo», amenaza acabar al propio tiempo con la religion, con la moral y con el arte.

Yo quiero hablaros de esa revolucion, y quiero discurrir un rato entre vosotros sobre lo verdadero, lo bueno y lo bello, tres ángeles hermanos que sirven al mismo Señor, y recordar que quien maltrata á uno ofende á todos,

é indicar al ménos cuál es el alto encargo que teneis vosotros, Príncipes de la inteligencia, y que tienen cuantos llevan en su frente un rayo de la luz del cielo, para contribuir á que la verdad y la bondad y la belleza purifiquen al linaje humano, y lo ennoblezcan y lo realcen y lo coronen de gloria, y lo hagan digno de sus eternos destinos.

Alguno dirá: *Paulo minora canamus*, y tendrá razon. Gran yerro el mio sin duda; pero en fin, yo bosquejo, y álguien vendrá despues de mí que pinte por ventura.

Dejando los altos tonos, y empleando más humildes, digo que fué pensamiento noble é idea felicísima escribir en el art. 49 de vuestro Reglamento esas palabras sublimes.

Debeis pronunciarlas al principiar vuestras Juntas, repetirlas al poner mano en vuestras obras.

El cristiano humilde y el artista inspirado levantan, ante todo, su corazon á Dios, pídenle su amor y su espíritu.

El amor creó al mundo: por amor en el mundo se crean las grandes cosas.

El amor es la vida que brota del corazon, y es fecunda.

El egoismo es la vida que se reconcentra en el corazon, y es estéril.

El amor une á los hombres; el egoismo los divorcia.

El amor da vida; el egoismo mata.

Se ama á un padre bueno, y no se tiene vergüenza de publicarlo ante el mundo: no se tenga vergüenza de amar á Dios, que es verdad, que es bondad, que es belleza.

Los artistas, si han de vivir sus obras, necesitan poner en ellas un rayo de aquella luz de lo alto, que nunca anochece.

Es necesario que al traves de la materia se vislumbre al ménos el espíritu: al traves de las sombras del mundo, los esplendores de la eternidad.

Así es cómo, lleno el corazon con la grande idea de lo eterno y encendido en el amor de la verdad, de la bondad y de la belleza infinita, se puede renovar la faz de la tierra. Trabajad para progresar, progresad para mejorar, mejorad para renovar.

Quien escribió esas palabras, lo repito, escribió una gran cosa. Si al tomar la pluma ó el pincel nuestros padres ó nosotros, las hubiéramos dicho en el corazon, no habria tanta literatura profana en nuestra tierra, ó si no quereis que la dé este nombre, tanta literatura liviana, fútil y baladí, que afemina espíritus varoniles, que los humilla y pega miserablemente á tierra, en vèz de darles vigor y ennoblecerlos y gallardamente levantarlos al cielo.

Hay algunos que, puestos los ojos y la consideracion en lo que acontece actualmente en el mundo, creen íntimamente que hoy se está dando de poder á poder la más descomunal y terrible batalla que han presenciado los siglos. Hay tambien quien se mofa de ellos, apodándoles de soñadores y muy semejantes al valiente é ingenioso caballero que la Mancha engendró, tierra que, por habernos dado tal héroe, reputo la más fértil y fecunda del globo.

Si sueñan esos hombres, el que estas líneas escribe tambien está soñando.

Cierto que, desde que el mundo fué, hay batalla en el mundo. La misma vida humana no es más que milicia, y el hombre, por lo comun, no hace sino pecar consigo mismo desde la cuna al sepulcro.

Sobre esta lucha interior con enemigos domésticos, guerrea con otros enemigos, hombres como él; y la humanidad, que no es más que el conjunto de los hombres, bien se puede decir que desde el primer dia de la creacion viene luchando y levantándose y cayendo, y progresando y retrocediendo.

Esto es verdad, y tambien lo es que si los combates singulares no cesan, sólo en algunas horas de los siglos se convierten en batalla general, en que, si es lícito hablar así, todas las fuerzas de la humanidad entran en línea.

Confesad que fué gran batalla la que dió el cristianismo al paganismo; pero éste fué vencido á la postre, y el mundo renovado. Se quemó el cinto de Vénus, y se rompió la espada de Marte al pié de una cruz *infame.*

Confesad que fué gran batalla la que dió la civilizacion cristiana á la barbarie.

Se acabó con el ejército pagano, mas no era posible acabar de todo punto con el orgullo y la concupiscencia. No resplandecian ya en Júpiter ni en Vénus, ejemplo á los hombres, pero se concentraron en el corazon de éstos. El orgullo se disfrazó con el nombre de herejía, y siguió peleando; la concupiscencia no necesitaba disfraces.

Tambien fué gran batalla la que dió el protestantismo á la Iglesia católica, y esta batalla, bajo distintas fases, se ha reproducido en los tres últimos siglos, y dura todavía.

Vinieron en auxilio del protestantismo otros aliados, otros cuerpos de ejército entraron en línea, otros Príncipes los mandaron. El paganismo, digámoslo así, resucitó para ayudarle; llegó despues la falsa filosofía y atacó el

centro del ejército católico y amenazó acabar con él, si tanto fuera dado al poder del infierno.

Llamando á todos los vicios en nombre de todas las pasiones, y proclamando al hombre Pontífice y Rey, estalló la revolucion francesa, invasion del infierno en el mundo.

A las promesas hechiceras, á las dulces palabras, al amor á la humanidad sonoramente pregonado, siguieron el ódio á Dios y la muerte á los hombres.

Luzbel se habia presentado al mundo, y tapándose la cicatriz de la frente, habia aparecido bello.

Dios hizo de él castigo y escándalo: el mundo vió aquella cicatriz horrenda y retrocedió espantado para guarecerse á la sombra de los templos que levantaron sus padres.

El espíritu malo, diabólico, se despojó de su túnica sangrienta y volvió á revestir formas aparentemente hermosas: hasta se atrevió á tomar algunos adornos del Evangelio, bien que en él dejó olvidado á Jesucristo-Dios y á la humildad, cimiento de todas las virtudes.

Y ese espíritu, que tiene en todos los pueblos gentes á su devocion, sigue dando la batalla descomunal y escribe en sus banderas las palabras que dije arriba: «racionalismo, utilitarismo, realismo.»

La humanidad es Dios;—el hombre, parte de ese Dios, es su Pontífice y su Rey;—goce en el mundo, que no hay á la otra parte del sepulcro un Juez inexorable que le espera.

Esta es la verdad, y ésta es la gran lucha, y cierto que ese espíritu enemigo, humanamente hablando, alcanzaria victoria si la religion cristiana no tuviese en su favor dos grandes auxiliares. Llámanse éstos: «la desgracia y la muerte.»

Sueños, dirán algunos, y reirán acaso de quien sólo rie tristemente de las humanas locuras. ¡Hombres felices, ó niños que semejan hombres, en quienes el tiempo pasando dejó sólo el conocimiento ó la experiencia de las cosas vulgares! Saben que se come, se bebe y se duerme, y otras cosas más; y como ven que todos los dias nace el sol, dicen con satisfaccion soberana: «No hay novedad.»

Así hablaban sin duda en la víspera del diluvio; así tres años ántes de estallar la revolucion francesa; así en los tiempos actuales, cuando en presencia de Mazzini, el hombre de pensamiento, y de Garibaldi, el hombre de accion, extiende desde el Vaticano Pio IX sus manos venerables sobre el mundo consternado.

En París, corazon de Europa, los hombres pensadores se espantan. ¿Qué especié de literatura es ésta, descreida y materialista, que rebaja los espíritus y hace ruborizar á la misma desvergüenza?

Una nueva invasion de bárbaros amenaza. Todo está en cuestion, la religion, la moral, el arte.

Quiero considerar por un instante al hombre, deleznable y frágil criatura, Rey de lo criado.

Con ser una caña que piensa, segun la palabra de Pascal, es superior á todas las obras de Dios; superior á esos astros, hermosura del cielo. Y esto por una razon sencilla, porque él los ve y ellos le alumbran, y él sabe que le alumbran y ellos le alumbran sin saberlo.

La humanidad ha sentido y confesado la existencia de un Sér, que ha llamado Padre y Dios, creador de todas las cosas, del sol que ilumina mundos y de la humilde hierbecilla que huella la planta.

Toda la naturaleza es un portento que revela á Dios; es un milagro viviente, y el hombre el primer milagro de

todos. Miradlo bien..... Hay realmente para aturdirse. ¡Qué cosa tan estupenda es su mirada! ¡Qué cosa tan estupenda es su palabra! Su palabra, esto es, el pensamiento de Él revelado á los hombres..... Vosotros, fieles guardianes de la noble lengua de Castilla, habréis meditado más que otros sobre la palabra humana, y como decia el filósofo: pienso, luego existo; dirá cada uno de vosotros: hablo, luego hay Dios. Porque, ¿qué maravilla mayor que esta palabra que yo no sé cómo brota del espíritu, y que, sonando en mis labios, va á llevar á vuestro espíritu mi inmaterial pensamiento? ¿Qué maravilla que unos pocos sonidos, portentosamente combinados, produzcan la *Divina Comedia*, la *Historia Universal* de Bossuet y el *Quijote* de Cervántes?

El hombre piensa y habla; mitad bruto y mitad ángel.

Conocer á Dios en sus relaciones con sus criaturas, es la ciencia divina.

Conocer las relaciones entre este espíritu que en mí habla y esta materia que lo reviste, es el punto más subido de la ciencia humana.

Conocer las relaciones entre los mismos hombres y con respecto á ese poder misterioso que se llama autoridad, merced á la que vive el ciudadano pacífica y dignamente, y ordenada florece la República, es la ciencia social.

Conocer las cosas materiales que forman esta casa magnífica que decimos mundo, y conocer sus leyes, es la ciencia natural.

Quien sabe lo sabido, es sabio.

Quien descubre una verdad, ha visto, nuevo Colon, un mundo nuevo.

Al lado del sabio crece el artista. El grande artista no es Colon que descubre un mundo; es Colon que lo crea.

Crea singularmente con la palabra, con el pincel, con el sonido. Su creacion se llama belleza.

¿Qué es belleza?..... ¿Y qué sé yo lo que es belleza? Decídmelo, si lo sabeis. Leí muchas definiciones de hombres esclarecidos, y quedé en tinieblas: no me dieron más luz que *el no sé qué* de Gioberti.

La belleza es..... la belleza. Yo no sé quién me la dió á conocer; pero cuando la encuentro la saludo.

Miro las obras de Dios, que creó, como Dios, sustancia y forma: miro las obras de los hombres, que crean, como hombres, la forma; que la sustancia Dios la pone á su disposicion; y siento interior contentamiento, y hechizo, y éxtasis, y algo que derrama alegría en mi alma y la eleva y engendra íntima satisfaccion de vivir; y esa opinion más alta de su grandeza, y ese sentimiento, que me regocija y me ennoblece y me levanta, brota de la vista y de la contemplacion de la cosa que real y vèrdaderamente es bella.

No sé definirla, pero la siento, y como os dije, al encontrarla, paréceme que desde antiguo la conozco, y regocijado la saludo..... Y ántes no la vi, y ántes no me hablaron de ella, y sin embargo, al divisarla exclamo: ¡Oh, tú eres, y yo te conozco, y te amo, y te admiro!

Sin duda la tenía yo en mi interior; tenía en mi interior, oscurecido sin duda, ó como dormido, el tipo ó imágen de la belleza. Y al hacerse ésta presente á mi espíritu por mis ojos ó por mi oido, lo que en mí dormia despertó, lo que en mí estaba impreso cobró vida.

¡Oh! no lo dudeis; estaba dentro de mí, que de otra suerte no me hubiera sido posible conocerla.

Uno de los mayores artistas que han existido en el mundo, nos dijo: *Signatum est super nos lumen vultus tui.*

Ántes que el gran poeta, nos habia dicho el gran historiador: Crió Dios al hombre á su imágen y semejanza.

Dios es verdad, es bondad, es belleza infinita.

Tenemos sobre el corazon, como dice David, impreso el esplendor del semblante de Dios.

La verdad es..... lo que es.

La bondad es toda cosa puesta en órden y que obra conforme á su naturaleza.

Y los esfuerzos que hace el hombre para vivir en órden, á eso le llamo virtud.

Ahora bien; ¿qué es la belleza? ¿No será el reflejo luminoso de la verdad y de la bondad?

Meditando en ello, no me atrevo á decir que comprendo, pero sí que presumo ó entreveo por qué la antigüedad, que estaba sentada en tinieblas de muerte, comprendió, sin embargo, tan bien como nosotros, cierta clase ó linaje de belleza; pero otra clase ó linaje de belleza no la comprendió.

Para probarlo, así como para hablaros de cosas altas, sin duda (ayudándome más el deseo que las fuerzas en la difícil empresa) es necesario que me acompañeis en espíritu á un lugar de delicias, del que nuestros primeros padres fueron arrojados en la mañana del mundo.

En el principio creó Dios el cielo y la tierra.

Con estas sencillas palabras comienza de una manera maravillosa y sublime el gran libro.

Dijo Dios: «Sea hecha la luz, y fué la luz.» Así tan magníficamente rompió Dios, si se consiente hablar en estos términos, la eternidad de su silencio.

Hizo Dios las lumbreras del cielo y la tierra y el mar, y todo lo que en el mar y tierra vive, vegeta y crece..... y todas las cosas hechas por Él las encontró buenas.

Por fin crió Dios al hombre á su imágen y semejanza.

El hombre es materia y espíritu.—Paréceme que si hubiera sido criado inmediatamente para el cielo, sería espíritu; mas como lo fué primero para el mundo, y despues para el cielo, por eso es materia y espíritu.

Así como dentro de mí existe cosa que llamo espíritu y parece tener reminiscencias divinas y siente aspiraciones infinitas, así más allá de este mundo material que se ofrece á mis ojos, sobre esos astros que iluminan la tierra, astros que al fin se extinguirán, tierra que acabará, debe existir otro reino en que nada será materia..... reino de las almas.

El hombre cayó, segun nos dice la Biblia, y cayó por una grande ambicion, por la de ser Dios.

En el hombre, al ser criado, habia órden como en todo el universo. Del órden resulta la armonía y buen concierto en el mundo material, y la paz y la felicidad en el mundo moral..... Y cierto que no hay más que reparar en el hombre gloria y asco del universo, y en la grandeza de sus pensamientos, y en lo indecible de sus miserias, y sobre todo, en la absurda monstruosidad de sus contradicciones, para comprender que en la naturaleza de criatura tan noble hubo un gran trastorno que turbó su armonía y la desordenó y la corrompió. Así, si al penetrar en un pueblo, veo á la autoridad que le gobierna tímida y vacilante ante la muchedumbre insolente, y que ésta le dicta á bramidos como ley su capricho, digo que en aquel pueblo hay desórden y mal; y lo propio afirmo del hombre cuando considero su razon (autoridad) cegada, turbada y arrastrada por sus pasiones (populacho furioso). Y aún más; aunque la razon, reluchando, llegára á ser obedecida, por esa necesidad en que estaba de pelear,

deduciria que habia desórden y mal en el hombre; porque aquél es gran Rey que manda con imperio sosegado y libre; pero estar siempre con las armas en la mano, arguye que no se mira su poder como incontrastable, sino que se le tiene por vencible y débil, y en fin, que no se afirma su trono sobre sólidos cimientos.

Ved en qué hubo de consistir la corrupcion primera.— La razon del hombre, abusando de su libertad, se degradó á sí propia, y por sí misma bajó del trono y abdicó el imperio.

Quedó el hombre como Rey degradado, que conserva todavía en la frente la señal de su corona. Dios le castigó apartándole de sí..... Ántes conversaba con Dios en el Paraíso. El ímpetu del corazon que se dilataba por la parte del cielo, cambiando su curso, se abalanzó desapoderadamente y se pegó con violencia á las cosas de la tierra. No se borró, pero se oscureció en el hombre la idea de Dios.

Ved cómo pensó y sintió el mundo á la parte de allá del Calvario; ved cómo piensa á la parte de acá.

Ved lo que supieron en punto á verdad y á bondad los filósofos del mundo pagano..... supieron infinitamente más que ellos los toscos pescadores de Galilea.

Pero éstos habian oido á la verdad y á la bondad que se hizo hombre.

Aquéllos erraron monstruosamente: alguna alma privilegiada, como la del divino Platon, llegó á entrever la verdadera luz de Dios.

Los paganos conocieron lo que llamaré belleza material; tenían ojos ¡ya se ve! para mirar las obras bellas de la naturaleza, esto es, las obras de Dios.

La belleza es reflejo luminoso de la verdad y de la bondad.

En cuanto el arte imita las obras de la naturaleza, crea belleza, sin duda, pero es belleza subalterna; ésta la conocieron los antiguos, y en cuanto á la forma, la llevaron á una perfeccion que parece insuperable.

En cuanto á la belleza moral, ó no la conocieron ó apénas y confusamente.

En el mundo antiguo y en el moderno, y siempre, el hombre, áun olvidado de Dios, en cuanto se refiere á la materia, habrá hecho ó podrá hacer maravillas. En cuanto se refiere al espíritu, no hará nada.

Hace hasta la Exposicion de París, asombro del mundo; no acierta á hacer una ley de Ayuntamientos.

La belleza moral no la comprendian los antiguos, porque siendo el esplendor de la verdad en su parte, digámoslo así, suprema que se refiere á Dios; y de la bondad en la parte principal en que se refiere á la virtud; mal podian alcanzarla, no conociendo al Dios verdadero, ni comprendiendo la caida del hombre, y su rehabilitacion, y el mérito de la batalla que da para poner su alma sobre sus pasiones mirando á Dios.

El gran Dios para los antiguos fué la fatalidad. *Sic fata voluere.*

Las pasiones triunfadoras las divinizaron en sus dioses, peores que los hombres.

Por eso la venganza fué llamada el manjar de los dioses.

La humildad para ellos fué bajeza; no sabian que la humildad fuera la grandeza en Dios.

El amor entre ellos perdió con el rubor sus encantos, y fué generalmente un amor material; fué..... Vénus.

Vénus tiene, sin duda, las formas agradables, bellas, deliciosas. ¿Es ésta la verdadera belleza? Si es belleza, es belleza satánica.

Es el apego á obra de Dios, que en sí es hermosa; pero en quien está borrado el espíritu de Dios.

Distinguimos la belleza de Dios de la belleza de Satanás, en que aquélla embelesa y purifica, y ésta deleita y conturba; en que aquélla eleva y ésta rebaja; en que aquélla eleva al hombre hasta ángel, ésta le baja hasta bestia.

Un hombre lujurioso goza, pero se hace bestia.

Un hombre que ama castamente, dilata su corazon y le engrandece.

La belleza con pudor, el más santo de los temores, es la belleza de Dios: quitadle el pudor, es decir, quitadle á Dios, y es la belleza de Satanás.

Imaginad una mujer sensual toda hermosísima; al tentaros con sus sonrisas y con su mirada, la concupiscencia desenfrenada señorea vuestra alma; habeis bajado.

Imaginad una vírgen tímida, ruborosa, que os parece un ángel vestido de mujer; la lujuria calla, el alma se extasía; habeis subido.

Este es el criterio: ó rebaja ó eleva; ó triunfa la carne que toca á tierra, ó el espíritu que aspira al cielo.

La humanidad cayó; una promesa divina la excitaba á levantarse; Jesucristo, al ser levantado en la cruz, la levantó.

Lucha el hombre para ser libre, esto es, para ser señor de sus pasiones con la ayuda de Dios. La materia no está maldita sino en cuanto se haga el fin del hombre. Puede llegarse por la virtud, siempre subiendo, á ser ángel: puede descenderse por el vicio, siempre bajando, á ser bestia.

Lo que halaga ó contenta á las pasiones, puede ser be-

llo, pero es belleza contrahecha, mentirosa, y ya lo dije, satánica.

El orgullo es la exageracion de la dignidad: la bajeza es la corrupcion, digámoslo así, de la humildad.

Tales palabras, que inundarian de placer bastardo á una mujer impúdica, cubren de santa vergüenza á una vírgen pura.

¡Qué cosa tan admirable!!!

Tales sonidos remueven mis entrañas y engendran en ellas deleite que corrompe, turbacion que agita; pero los sonidos de Pallestrini y de Mozart llenan mi alma de un terror religioso y la elevan y la colocan entre los coros de los ángeles.

Unos sonidos hieren, digámoslo así, á la parte inferior, excitan la concupiscencia, rebajan mi alma; otros, hiriendo mi alma, la empujan hácia regiones superiores.

Hé aquí las fuentes de lo grande, de lo verdaderamente bello:

1.° Dios y la eternidad.

Suprimid á Dios de este universo mundo, suprimid al hombre con su alma inmortal. ¡Qué triste soledad!! ¡Materia, sólo materia!! Esos astros brillan, esas flores se entreabren, esos pájaros cantan. ¿Para qué el canto? ¿Para qué el perfume? ¿Para qué la luz? Es un gran templo sin sacerdote.

Miro y admiro ese valle hermosísimo; encanta mis ojos; no habla á mi alma.—Colocad á la sombra de esos árboles un sepulcro, y esta inscripcion en él: *Et in Arcadia ego.*

Ó poned sobre esa cumbre una cruz.

La belleza material se corona con el esplendor suave de la belleza moral.

Suprimid á Dios, el hombre más grande es miserable. Con Dios, el hombre más miserable puede ser grande.

Alejandro venció al mundo; el mundo calló delante de él; pero Alejandro murió: fué un cadáver; de allí á poco podredumbre; de allí á poco un no sé qué, sin nombre en ninguna lengua humana.

Un mendigo muere mirando al cielo. Este mendigo, segun la Biblia, es hijo de Enoch, que lo fué de Adan, que lo fué de Dios.

Los grandes espectáculos de la naturaleza, en tanto son grandes, en cuanto revelan al Criador.

Cuando miro el mar inmenso, pienso en la eternidad.

Cuando estalla la tormenta y hace con los grandes estampidos del trueno callar todos los rumores de la tierra, pienso en Dios, que hizo al mundo de la nada.

Al contacto, digámoslo así, de la eternidad, ó con el solo pensamiento de ella, el hombre se siente engrandecer.

De seguro que no se sentiria engrandecer, si no se sintiera él inmortal.

El mar, en cuyas soledades inmensas ahonda el pensamiento, y sobre todo esos astros que brillan en el azul de los cielos, le hablan de otra patria que es la suya.

La tierra sólo sería estrecha para el hombre: desde las alturas de su inteligencia, adonde le llevan los arranques de su corazon, divisa los horizontes de lo infinito.

Todo, pues, lo que revela la eternidad, es grande y bello.

Lo que se refiere á la materia creada es bello, y será grande en cuanto el artista, al pintarla ó al describirla, ponga en ella un reflejo de Dios.

Menester es que, al traves de la materia, se vislumbre el espíritu.

Otra fuente de bondad y grandeza la encontraréis en el corazon del hombre en cuanto éste, luchando con malas pasiones, ó torpes apetitos, alcance victoria.

La virtud es fuerza, la fuerza revela la grandeza del hombre.

El hombre más grande es el señor de sí mismo.

Cuando Corneille pintaba á Augusto perdonando á Cinna, mostrándose tan señor de sí mismo como lo era del universo, Condé lloraba.

Y es porque el hombre, en tales casos, se muestra digno de Dios, porque hay algo de Dios en él.

Los pliegues insondables del corazon humano, las tempestades del espíritu, grandes manantiales son de belleza.

Lo repito: el hombre grande es el que llamamos señor de sí mismo.

Que no haya nada en él que lo enseñoree y esclavice.

Suponed que le tiranice la envidia; es un reptil.

Suponed que un deseo ardiente de venganza le saque fuera de sí; es una fiera.

Suponed que la lujuria estallando se apodere de él, y sorprendedle en este momento: se avergonzará; es una bestia.

Pero triunfa de la lujuria, y salva la huérfana desvalida y hermosa; pero triunfa de la venganza y perdona á su mortal enemigo; y eso que triunfa en él, eso que perdona en él, eso..... es el alma que huella sobre pasiones malas y mira á Dios.

En estas luchas y en estos vencimientos se divisa la eternidad; porque si puede vencerse á sí mismo, es porque hay algo en él, que es criado, para sobreponerse á las tentaciones del mundo, aspirando á otro mundo mejor.

Nada hay grande sin abnegacion, sin sacrificio, sin victoria, ó lo que es lo mismo, nada hay grande sin que aparezca el alma despues de luchar, victoriosa y libre, hollando sobre vanidades y torpezas de la tierra, levantándose al cielo.

Sólo hay un caso en que el hombre no apareciendo señor, sino señoreado, es grande; cuando aparece señoreado, arrebatado, trasportado por una virtud sublime.

Suponed que el amor de su patria, el amor de la casa de su Dios, del hogar de sus hijos, le lleva, para salvarlos, al sacrificio. Está fuera de sí, pero está hermoso, porque la virtud va centelleando sobre su frente.

He pensado cuál podia ser el espectáculo más grande á los ojos de Dios y de los hombres, y es éste.

Imaginad á un hombre que, inocente, esté cubierto del oprobio del mundo, hecho la mofa y el ódio de las gentes; imaginadle en un patíbulo, en manos del verdugo. La muchedumbre que le rodea le mofa, y él, despues de echar sobre el mundo una mirada de compasion, levanta los ojos al cielo: ese hombre es más grande que el mundo.

La antigüedad pagana sólo conocia perfectamente la belleza material, y la pintó á maravilla.

Creia tambien en la inmortalidad, pero tenía erradas ideas de ella: creia en dioses peores que los hombres.

Pero alguna vez fué grande, como cuando suponia al mundo enlazado al cielo con una cadena de oro: al fin habia cielo.

Apénas conoció la belleza moral, porque desconocia á Dios y la caida del hombre, la promesa divina y la redencion.

Cuando más se elevó, subió á los astros; hermosa idolatría.

Divinizó á las pasiones en Marte, Mercurio, Vénus; éstas eran las bellezas de Satanás.

Satanás tiene su mundo, su poesía, su música, su pintura.

Nosotros conocemos la verdadera belleza, que, como la verdad, nos ha sido revelada.

Ahí está ese libro que comienza en el Paraíso, cantando las mañanas del mundo, y acaba, despues de sus funerales, en el séptimo cielo.

Ahí teneis la bondad, la sabiduría y el amor, encarnados en Jesucristo; Dios hecho hombre, proclamado y elevado Rey en el Calvario.

Ahí teneis el tipo de la eterna belleza.

Ya he dicho que se está dando la gran batalla, y que todas las fuerzas de la sociedad deben entrar en línea; que no sólo se pelea con las armas, sino principalmente con las ideas.

Leí cuando niño que el ejército del Antichristo se componia de millones de soldados: no comprendia ejército tan numeroso; ahora paréceme que el Antichristo es el espíritu satánico, y que cada idea mala es un soldado, y que él esparce millones de ideas malas á los cuatro vientos del cielo.

Por eso está escrito que esos soldados traspasan los montes y saltan las murallas.

Es necesario, pues, luchar; y á ser posible, por cada idea mala que el enemigo esparce, esparcir nosotros cien ideas buenas: antídoto contra ese veneno; clara luz contra tanta tiniebla.

Pues esa revolucion que amenaza va contra Cristo-Dios, y va contra su representante en la tierra, Rey y Pontífice.

Una cosa pretende: despojar á Cristo de su divinidad y dejarle hombre. Con tal que le concedais que es hombre sólo, le pondrá, si quereis, sobre Sócrates y Confucio.

Este golpe va dirigido al corazon y el entendimiento de la humanidad. Todo cambia, todo se subvierte, todo se trasforma.

Lo que llamamos verdad, lo que confesamos principios santos, todo vacila y cae.

Un nuevo mundo se prepara, y ¡qué mundo! Haciendo de la naturaleza un Dios, nos quedamos sin Dios; matamos la moral, aniquilamos el arte.

Espíritus superficiales acaso imaginen que gallardamente exagero ó desvarío, é insistan en que la revolucion moderna no es panteista, no es materialista, pues que llega en ocasiones á hablar de Dios; pero, ¿de qué Dios me habla? ¿Es de Jesucristo-Dios?

No ciertamente: habla de otro Dios que no conozco, y de quien tengo pocas noticias, y ésas no buenas: Rey holgazan que se estaria en las alturas del cielo, sin haberse cuidado nunca de las cosas de la tierra.

Quien me quita á mi Dios, me deja sin Dios. Hablando al mundo cristiano, ésta es la verdad. Si no creemos en Jesucristo-Dios, no hemos de creer en otro Dios que nos encuentre un fantástico aleman, merced á un nuevo procedimiento químico.

El panteismo es la negacion de Dios, ó es un Dios que sorbo con el agua de la fuente, ó huello bajo mis piés en las flores del campo.

Pues en cuanto prevalece esta doctrina brutal, vase apagando la luz del mundo; si llegase á reinar, le dejaria á oscuras.

Si llegase á reinar, suprimiria á Dios, suprimiria en el hombre la parte más noble de él, las relaciones con la eternidad que elevan, las grandezas de la virtud que encantan, la fe que hace milagros y cria maravillas.

Religion, moral y arte, destruidos.

Por religion, la divinizacion de las pasiones humanas; por moral, el interes ó el apetito; por arte, el realismo grosero; el realismo que describe ó pinta las combinaciones y forma de la materia, sin la luz del espíritu; las concupiscencias de la carne, las tinieblas de la nada.

Vosotros, pues, como hombres, como católicos, como artistas, debeis combatir á esa revolucion horrible. Ese si que es monstruo inmundo y feo, que sobre las ruinas santas del despedazado Vaticano fantasea levantar su solio abominable.

Yo quiero hablar ahora con los artistas, con los grandes artistas que lo son por medio de la palabra, de los pinceles ó de los sonidos; «el arte que amais está naufragando.»

Leed lo que os dicen de París: los grandes artistas retroceden espantados ante ese materialismo asqueroso, que corrompe la novela y escandaliza el teatro. Y es natural: ¿qué han de hacer esos desdichados que no tienen cielo, sino abrazarse miserablemente á la materia? Una voz elocuente ha dado un grito de alarma desde el púlpito de nuestra Señora de París: «Salvad el arte.»

El arte no se salva sino salvando á la Iglesia.

Teneis en ello grandísimo interes.

Una cosa he observado y os diré: un artista religioso llevará siempre inmensa ventaja á un artista descreido.

Tiene á Dios en su corazon y ama la virtud; con un talento igual es infinitamente superior á un artista pagago. No tiene más que poner en sus obras su corazon, y poner en ellas la virtud; y la virtud, como es bella de suyo, comunica luz á la obra.

Conozco dos escritores, el uno gloria de Andalucía, y el otro de Cantabria: habrá acaso quien haya recibido del cielo más talento que ellos, y conozca mejor las excelencias de la lengua, y sepa los secretos del arte; y con eso doy todas sus obras por una novela del primero, ó por un cuento del segundo, porque leyéndolos siento dilatarse el corazon, y el alma se extasía y las lágrimas muchas veces se vienen dulcemente á los ojos.

Porque ellos ponen en sus obras su corazon, que es religioso y bueno, y me presentan retratos de la virtud; y por poco brillante que sea el ropaje, el rostro de la virtud siempre es hechicero.

El alma naturalmente es cristiana, porque aspira á lo infinito, y pensando en lo infinito ha de pensar precisamente en Dios, y pensando en Dios ha de pensar precisamente en Cristo.

Un grande artista naturalmente es cristiano, porque teniendo ojos para ver lo bello del Mundo, sabe que existe una belleza de la cual esto que ve no es más que pálido reflejo; y porque lo sabe y lo siente, anda triste, siempre persiguiendo un ideal que llega á vislumbrar desde la tierra en los horizontes de la eternidad, pero que no verá sin velos, sino cuando dejando el mundo que pasa se sumerja en la eternidad que ha de vivir siempre.

Como acontece en un pueblo en guerra con otro pueblo, que los nobles de él están más obligados á acudir al llamamiento del Monarca y á ser ejemplo y luz de los demas ciudadanos, así en esta batalla inmensa, que está riñendo la incredulidad con el principio católico, las claras inteligencias, los grandes corazones, que son la aristocracia de Dios, vienen más obligados á extremar sus fuerzas para alcanzar la victoria.

Nobleza obliga.

¿Por qué os han dado luz sino para alumbrar á los hombres? ¿por qué os han hecho fuertes, sino para proteger á los débiles?

Yo os confesaré la verdad, aunque os parezca pasmosa mi ignorancia. He leido libros muy sabios, y no me hice sabio; he oido á hombres, sin duda muy sublimes, tanto que no llegaba á entenderlos. Desde niño imaginé que la verdad debia ser muy sencilla, y hecho hombre he creido que con tres cosas que parecen muy vulgares se puede componer toda una filosofía y toda una política. Esas tres cosas son tres grandes verdades. Las grandes verdades son vulgares.

Creo, como todo el mundo cristiano ha creido y como han presentido los más altos ingenios del mundo pagano, en la misteriosa y terrible enfermedad de esta pobre naturaleza humana. Todos en vuestro corazon llevais la prueba, y yo la siento dolorosamente en el mio. Estos dos hombres que luchan en el alma, de los cuales el uno me quiere elevar y me rebaja el otro; y la necesidad de la lucha, y el ser vencido tantas veces en ella ¿qué es lo que me está diciendo ó enseñando?—Creo que por altísimo designio, así en el mundo físico como en el moral, existe la gran ley de las desigualdades. En el cielo astros

mayores y menores, en el mundo altas montañas, verdes colinas, valles humildes. En el mundo moral grandes y pequeños, por cada gigante cien mil enanos. Las grandes inteligencias, y sobre todo los grandes corazones, son la aristocracia de Dios.

Sé tambien lo que todos saben, y en que apénas hay alguno que piense: ¿Quién piensa vivamente en esta nadería que se llama vida y en su pasmosa brevedad?

No extrañeis que hable así; pienso en mi madre, y ¿vosotros no teneis que pensar en algun objeto amado que hayais perdido? Volved los ojos hácia esa puerta..... ¡cuánto tarda!! Puede que el Sr. Martinez de la Rosa esté aún en el Congreso; el Sr. Pacheco quizá haya salido sin avisarnos para su embajada de Roma; dando estará Pidal la última mano á *Las alteraciones de Aragon;* quizá se haya olvidado de nosotros y de la Academia el Duque de Rivas leyendo su *Moro Expósito*..... Os digo á fe mia mia que los místicos tienen razon. Si el mundo es lugar de tránsito, echado entre la nada y la eternidad; si desde que nacemos, andamos; si al andar pocos dias llegamos al fin del viaje; si por un gozo encontramos en él mil penas; si por tanto esto no es más que lugar de prueba y de puro aprendizaje..... perdonadme que os lo repita, los místicos tienen razon, y pues que venimos de Dios y vamos á Dios, alumbrados con la antorcha que en sus manos sostiene la Iglesia, estudiemos al pasar este mundo; conozcamos hasta donde nos sea posible la obra de Dios, vivamos dignamente y libremente como hijos de Dios; y por medio de las artes, descubriendo la humana belleza y entreviendo la divina, y levantándonos y perfeccionándonos, hagámonos dignos de nuestros eternos destinos..... ¡Ah! progresistas famosos, y ¡cómo vais á

reir de un pobre oscurantista, y como vosotros, los que os llamais, no sé por qué singular privilegio, liberales, vais á arrojar vuestra compasion injuriosa sobre un triste y menguado amador de las cadenas!..... Éste os llama, éste os grita: «libertad tres veces, progreso tres veces, perfectibilidad tres veces; hay mucho que andar hasta llegar á la cumbre de la libertad, del progreso y de la perfeccion, y sólo hay un camino.....»

Este camino es doloroso; se ha de pasar por el Gólgota ántes de subir al Tabor.

Esto tenía que deciros.—Ahora voy á recibir vuestro abrazo y á tomar asiento entre vosotros.—Sin modestia digo que vengo á aprender.

Miro la silla que he de ocupar, la silla en que se sentaba aquel, cuya memoria no morirá..... tiemblo ocuparla. Fué sin duda insigne varon, ornamento de la patria..... no hablo del hombre político, que no quiero acordarme de la política; pero sí quiero acordarme de que entre las flaquezas de su época permaneció firme é incontrastable; entre las veleidades del tiempo, inflexible; entre las corrupciones, inmaculado; gran ciudadano, era como el alma de todo un partido; al morir él, pareció que el partido entero con él moria. Áun los que pensaban que habia muerto, al pasar por delante del gran orador le saludaban en su persona; semejaba columna altísima que sustenta una gran techumbre, los vientos la cuartean y cae con estrépito y ruina; la columna queda en pié.

Cuando, por mi desgracia, la Diputacion, huésped noble pero importuno y molesto, me arrancó del lado de mi madre adorada, del hogar de mis hijos, y del campo

heredado de mi padre, y me trajo aquí, y arrojóme en este mundo, para mí nuevo, turbado y borrascoso, donde se grita mucho y se piensa poco..... lo recuerdo bien, entré en el recinto donde se forman las leyes y juré y tomé asiento. Y es verdad lo que voy á deciros: acaso la primer pregunta que hice al diputado desconocido que estaba á mi lado, fué ésta: ¿Donde se sienta el Sr. Pidal? ¿quien és? Me lo dijo y miréle y en mi interior le saludé, que nunca niego mi respeto y veneracion á los varones claros que ilustran á su patria. Más de una vez le oí; admiré el espíritu levantado; la instruccion vasta, la lógica temible. No era ya el sol que brillaba en su zenit, no, que estaba ya en su ocaso; pero aún era sol. Yo me dolia de verle en el estrecho campo de un partido; en cuanto se puede ser grande tremolando la bandera de un partido, él lo era; mas lo grande verdaderamente es y será levantar la bandera de la patria, que ondearon los aires de Granada é iluminó el sol de Bailén.

En adelante una enfermedad cruel hizo al varon insigne objeto de lástima respetuosa. El leon estaba encadenado, y tenía fiebre ademas.

Una cosa me admiró en aquel hombre y otra me enterneció.

Su grande espíritu dando vida á aquella naturaleza casi muerta, podia aún trazar en una obra que vivirá, *Las alteraciones de Aragon*, y vindicaba la memoria de Felipe II, el hombre más rey que ha existido en el mundo.

Una noche—lo recuerdo bien—á un fogoso diputado se le escaparon palabras de aquellas que escandecen los oidos católicos; y Pidal las oyó y pugnó por ponerse en pié y con lengua trabada y balbuciente y con acentos que parecian gemidos, pidió la palabra, si no para contestar,

para protestar; y concedida, hizo un gran esfuerzo y no pudo, y se dejó caer en su asiento y lloró.

Este fué el discurso más elocuente que pronunció en su vida.

Yo no quiero representarme al hombre en el vigor de la edad, peleando, tronando y venciendo. Grandezas y vanidades que pasan. Quiero representármelo anciano, decrépito, más por los achaques que por los años, hundiéndose visiblemente en el sepulcro y dando en sus lágrimas testimonio de su fe.

A ese hombre no soy digno de reemplazar.....; no soy digno de reemplazar al esclarecido estadista y al gran orador; que la luz del ingenio con que Dios le alumbró, á mí me la ha negado; pero..... no quiero tenerme por indigno tampoco, al ménos por mi fe en el Dios de mis padres y por mi amor á la patria; que desde que tengo uso de razon, en todas ocasiones, y en público y en privado, y en tiempos prósperos y en adversos, y sin peligro y con peligro, he defendido las altas verdades que comencé á aprender en el regazo de mi madre.

Concluyo con este nombre adorado mi discurso. Hasta hace poco mi madre leia con lágrimas amorosas los que pronuncié en el Congreso español; debo creer que estas palabras que hoy pronuncio delante de vosotros, las oye regocijada desde el cielo.

21 *Abril* 1869.

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

ACADEMIAS AMERICANAS

CORRESPONDIENTES DE LA ESPAÑOLA.

La Academia Española, tomando en consideracion la propuesta de los señores Marqués de Molins su Director, D. Patricio de la Escosura, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Fermin de la Puente y Apezechea y algunos otros señores Académicos, en junta de 24 de Noviembre de 1870, acordó autorizar el establecimiento de Academias correspondientes suyas en las repúblicas Americanas españolas, hoy independientes, pero siempre hermanas nuestras por el idioma. La Academia tuvo para ello altísimas consideraciones de órden superior á todo interes político, que por lo mismo conviene que sean conocidas y apreciadas por los individuos de todas estas diversas naciones, que, á pesar de serlo, tienen, como se ha dicho, por Patria comun una misma lengua, y por universal patrimonio nuestra hermosa y rica literatura, interesando á todas igualmente su conservacion y acrecentamiento. Parece, pues, del caso reunir en un solo punto los acuerdos de la Academia y el espíritu que á su adopcion presidió; y esto verificamos en los términos siguientes.

Tiene la Academia Española, segun sus Estatutos, Académicos correspondientes españoles y extranjeros, cuyo auxilio basta para llenar los fines de su instituto, así en

las provincias peninsulares y adyacentes, como en aquellos países que, no hablando el idioma castellano, sólo pueden contribuir á su perfeccion muy indirectamente.

Tambien tiene Correspondientes hispano-americanos, muy dignos y muy celosos por cierto; pero que si, políticamente hablando, entran en la categoría de los extranjeros, no lo son en realidad respecto al idioma, que es precisamente el asunto fundamental de las tareas de la Academia.

No se comprende, en efecto, que al Correspondiente en Lima ó Méjico se le asimile á quien lo sea en Berlin ó Lóndres; puesto que en Prusia, como en Inglaterra, la lengua de Cervántes no pasará nunca de ser estudio para sabios y literatos, miéntras que en el Perú y en el antiguo imperio de Motezuma, es, y no puede ménos de ser, objeto forzoso de enseñanza, desde las escuelas de primeras letras hasta las aulas universitarias.

Los lazos políticos se han roto para siempre; de la tradicion histórica misma puede en rigor prescindirse; ha cabido, por desdicha, la hostilidad hasta el ódio entre España y la América que fué española; pero una misma lengua hablamos, de la cual, si en tiempos aciagos que ya pasaron, usamos hasta para maldecirnos, hoy hemos de emplearla para nuestra comun inteligencia, aprovechamiento y recreo.

Nuestros Correspondientes hispano-americanos no son, pues, extranjeros, académicamente hablando, por más que legalmente no sean más que extranjeros.

¿Procede, en consecuencia, asimilarlos á los correspondientes españoles?

De hecho lo están, en virtud de ser el mismo el idioma que hablamos todos, ellos y nosotros; pero la dificul-

tad no estriba en eso, sino en averiguar si bastan á los fines de la Academia esos asociados que aisladamente le prestan su colaboracion allende los mares, y á gran distancia de la que fué su madre patria.

Fíjese bien la atencion sobre lo que vamos á decir; que es, en nuestro concepto, de la más trascendental importancia.

De los cuarenta millones de habitantes que, aproximadamente, se calculan al Nuevo Mundo, veinte, poco más ó ménos, son de raza indígena, anglo-sajona, germánica, francesa, rusa ó portuguesa; los otros veinte descienden de españoles, y español hablan.

Dos millones, contando siempre en números redondos, son en las Antillas súbditos de España; los restantes, es decir, diez y ocho millones de hombres que hablan como propia la lengua castellana, pueblan desde la Patagonia al Misisipí, las repúblicas del Rio de la Plata, del Uruguay, del Paraguay, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Venezuela, Nueva-Granada, de la América Central y Méjico. Son, pues, unos dos millones más los que hablan el castellano fuera de España que los que le hablan dentro por ser naturales de ella.

Y esa importantísima parte de nuestra raza está repartida hoy en diez y seis repúblicas, unas federales, otras centrales y compuestas de mayor número de estados, más ó ménos independientes unos de otros (1).

---

(1) Las Academias americanas que la Española deseó desde luégo ver inmediatamente establecidas, son las siguientes: 1.ª, Colombia, 2.ª, Venezuela, Ecuador; 3.ª, Centro-Americana, cuya Metrópoli sería en San Salvador y se formaria de las repúblicas de El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Honduras y Costa-Rica; 4.ª, Perú; 5.ª, Bolivia; 6.ª, Chile; 7.ª, República Argentina y Uruguay, y 8.ª, Méjico.

Todos estos Estados se administran por sí mismos, y aparte de los lazos de su federacion respectiva; todos tienen su peculiar sistema de instruccion pública; todos su prensa periódica, su literatura y su poesía popular, puesto que son nuestros descendientes.

Segun los datos que sobre este punto se han suministrado á la Academia, esta literatura, aunque poco conocida en España, cuenta muchos poetas é historiadores, gran número de periodistas, algunos autores dramáticos y novelistas, y varios filólogos; habiéndolos, en todas estas clases, de sobresaliente mérito.

Apuntados esos datos, y añadiendo sólo que, en virtud de circunstancias, sobrado notorias y dolorosas para que sea necesario precisarlas aquí, en las más de las repúblicas arriba enumeradas es más frecuente el comercio y trato con extranjeros que con españoles, no vacilamos en afirmar que si pronto, muy pronto, no se acude al reparo y defensa del idioma castellano en aquellas apartadas regiones, llegará la lengua, en ellas tan patria como en la nuestra, á bastardearse de manera que no se de para tan grave daño remedio alguno.

¿Bastarian á impedirlo los esfuerzos de nuestra Academia, hasta hoy felizmente muy estimada y respetada entre las gentes de letras hispano-americanas, si no contase con otros medios que sus publicaciones dogmáticas, y la colaboracion individual y aislada (ya se dijo) de sus muy dignos Correspondientes?

No lo ha creido así la propia Academia, y he aquí los fundamentos de esta opinion.

En nuestra época el principio de autoridad, si no ha desaparecido, está por lo ménos grandemente debilitado.

Todo se discute, y á nada se asiente sin prévio exámen.

Por desdicha, basta con frecuencia que la autoridad afirme, para que la muchedumbre niegue.

Cierto que en materia literaria el triunfo es casi siempre de la Academia, porque rara vez pronuncia fallo que muy fundado no sea; pero cierto tambien que no son pocas las ocasiones en que ha tenido que rendirse al uso, y que consagra con su sancion más de un vocablo y de un modismo á que, con razon de sobra, comenzó por oponerse.

Y si tal sucede áun dentro de casa, es evidente que más es de temer á larga distancia de su esfera de accion, y donde no tiene más derecho á que se la escuche que aquel que la razon lleva á todas partes consigo.

Verdad es que cada uno de nuestros ilustrados y celosos Correspondientes en América procura y seguirá procurando, sin duda, en el lugar de su residencia, propagar y arraigar las buenas doctrinas de la Academia respecto á la lengua; pero no cabe tampoco desconocer que los esfuerzos individuales, por grandes y útiles que los supongamos, serán siempre insuficientes al fin deseado.

Si la Academia Española, corporacion oficial, y durante más de siglo y medio en posesion del monopolio de la enseñanza pública en cuanto al idioma, no ha logrado nunca, á pesar de sus constantes y loables esfuerzos, de su indisputable saber y de su nunca desmentido celo, imponer silencio á temerarias teorías y precaver extranjeras invasiones en el idioma, ¿qué podría prometerse de Correspondientes aislados, sin más autoridad que la de su personal nombradía y la que el lejano reflejo de nuestra Academia pueda prestarles?

Hoy, pues, que la Academia nada monopoliza, y acaso nada más que su literaria tradicion representa, con estos

únicos pero valederos títulos, llamando á todos y oyendo á todos, debe y puede pugnar porque en el suelo americano el idioma español recobre y conserve, hasta donde cabe, su nativa pureza y grandilocuente acento.

Para ello la Academia, cuerpo por su índole no ménos conservador que progresivo, no ha necesitado recurrir á revoluciones peligrosas. Le ha bastado sólo una reforma, grave y transcendental sin duda, pero que, partiendo de lo existente para mejorarlo, cabe dentro de la naturaleza y legales límites de su instituto.

A propuesta, pues, de una comision que constaba del os individuos ántes nombrados y de los señores D. Eugenio de Ochoa y D. Antonio Ferrer del Rio, que posteriormente han fallecido, siendo el redactor de su informe el Sr. Don Patricio de la Escosura, acordó la creacion de Academias de la lengua castellana ó española, como correspondientes suyas, y á su semejanza organizadas.

Con tan sencillo medio entendió y se propone la Academia Española realizar fácilmente lo que para las armas y áun para la misma diplomacia es ya completamente imposible.

Va la Academia á reanudar los violentamente rotos vínculos de la fraternidad entre americanos y españoles; va á restablecer la mancomunidad de gloria y de intereses literarios, que nunca hubiera debido dejar de existir entre nosotros, y va, por fin, á oponer un dique, más poderoso tal vez que las bayonetas mismas, al espíritu invasor de la raza anglo-sajona en el mundo por Colon descubierto.

Ninguna nacionalidad desaparece por completo miéntras conserva su propio y peculiar idioma; ningun conquistador inteligente ha dejado nunca de hacer tanta ó

más cruda guerra á la lengua que á las instituciones políticas de los conquistados.

Sentados estos grandes principios, que no es necesario encarecer, la Academia verificó el establecimiento de dichas sucursales correspondientes en las repúblicas independientes de América, en la siguiente forma:

ARTÍCULO 1.° Cuando tres ó más Académicos correspondientes que residan en el mismo punto de cualquiera de las Repúblicas ó Estados americanos cuyo idioma vulgar sea el español, lo propusieren expresamente y por escrito, la Academia Española podrá autorizar allí el establecimiento de otra Academia correspondiente de la Española misma.

ART. 2.° Las Academias correspondientes se regirán en lo posible por los estatutos y reglamentos mismos de la Española, modificados, si fuere necesario, de acuerdo con los proponentes.

El número de académicos de las Correspondientes no podrá bajar de siete ni exceder de diez y ocho.

Los primeros Académicos serán nombrados por la Española á propuesta de los que promuevan la creacion de la Academia; en lo sucesivo, por la misma, á propuesta de la Academia correspondiente.

ART. 3.° Siempre que cualquiera Academia correspondiente crea necesario modificar en algo los estatutos, habrá de consultarlo con la Española, y atenerse á lo que ésta resuelva.

ART. 4.° Las Academias correspondientes podrán modificar el reglamento como les parezca bien, pero dando cuenta á la Española para su conocimiento.

ART. 5.° Los académicos de la Española lo serán natos de todas las correspondientes, pero no de número.

ART. 6.° Una vez establecida una Academia correspondiente en cualquiera República ó Estado, no podrá establecerse otra, sin oir previamente el parecer de la primera.

ART. 7.° La Academia Española y sus correspondientes estarán efectivamente en correspondencia constante, por medio de sus respectivos secretarios ó del académico al efecto nombrado (1).

ART. 8.° La Academia Española y sus correspondientes se deben recíproco auxilio en todo lo que respecta á los fines de su instituto; siendo, por consiguiente, obligatorio para todas ellas representarse unas á otras en el país respectivo, siempre que intereses literarios lo requieran.

ART. 9.° Las Academias correspondientes podrán, cuando lo tengan por conveniente, renunciar á su asociacion con la Española, sin más requisito que declararlo así por escrito.

ART. 10. Recíprocamente, la Academia Española podrá, tanto no autorizar la creacion de Academias correspondientes, cuanto declarar fuera de la asociacion á cualquiera de las existentes que deje de cumplir con las obligaciones voluntariamente contraidas.

ART. 11. Siendo, como lo es, puramente literario el fin para que se crean las Academias correspondientes, su asociacion con la Española se declara completamente ajena á todo objeto político, y en consecuencia, independiente en todos conceptos de la accion y relaciones de los respectivos gobiernos.

---

(1) Tal es el secretario de la comision especial de Academias Americanas, establecida por la Española al efecto.

Aprobado por la Academia Española, en Junta de 24 de Noviembre de 1870.—*El secretario accidental*, Antonio María Segovia.

Para cumplir con estos acuerdos y entender en cuanto fuere relativo al asunto, creó la Academia Española una Comision de su seno, en la forma siguiente:

Comision de Academias correspondientes Americanas.

Sres. Marqués de Molins, Director de la Academia.
D. Patricio de la Escosura.
D. Eugenio de Ochoa, y en su reemplazo, por su fallecimiento,
D. Antonio de los Rios y Rosas.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Antonio Ferrer del Rio, y en su reemplazo, tambien por fallecimiento,
D. Alejandro Olivan.
D. Fermin de la Puente y Apezechea, Secretario.

Cuya Comision cuida, con infatigable anhelo, de cuanto puede contribuir al logro de los deseos de la Academia y al interes de las que se vayan creando.

Uno de los primeros objetos de la Comision ha sido favorecer las propuestas que se han hecho para individuos correspondientes en América, que, como se ha visto, han de ser la base de las futuras Academias, habiendo sido nombrados hasta ahora, con aquel carácter, los señores siguientes:

EN COLOMBIA (1).

Sres. D. Miguel Antonio Caro.
D. José Manuel Marroquin.
D. Pedro Fernandez Madrid.
D. Felipe Zapata.
D. José Joaquin Ortiz.
D. José de Caicedo Rojas.
D. Rufino José Cuervo.
D. Santiago Perez.
D. Joaquin Pardo Vergara.
D. Rafael de Pombo.
D. Sergio Arbolida.
D. Venancio Gonzalez Manrique.

EN VENEZUELA : ECUADOR.

Sres. D. Antonio Guzman Blanco.
D. Antonio Leocadio Guzman.
D. Pedro José Rojas.
D. Julio Castro.
D. Juan Leon Mera.
D. Julio Zaldumbide.
D. Pedro Fermin Ceballos.
D. Evaristo Fombona.

CENTRO AMÉRICA.

Sres. D. Santiago Gonzalez.
D. José María Torres Caicedo.
D. Darío Gonzalez.

(1) Los últimos nueve señores han sido nombrados á propuesta de la Academia Colombiana.

Sres. D. Gregorio Arbizu.
D. Manuel Mendez (1).
D. Pablo Buitrago.
D. Salvador Valenzuela.
D. Jacinto Castellanos.
D. Álvaro Contreras.
D. Lorenzo Montúfar.

EN EL PERÚ.

Sres. D. Manuel Pardo.
D. Manuel Ignacio de Vivanco.
D. Numa Pompilio Llona.
D. José Vicente Camacho.
D. Pedro José Tordoya, Obispo de Tiberiópolis y Dean de Lima.
D. Antonio Flores.

EN CHILE.

Sr. D. José Victorino de Lastarria.

EN LA REPÚBLICA ARGENTINA Y URUGUAY.

Sres. D. Juan María Gutierrez.
D. Juan Bautista Alberdi.
D. Vicente Fidel Lopez.

EN MÉJICO.

Sr. D. Sebastian Lerdo de Tejada.

---

(1) Los Sres. D. Gregorio Arbizu y D. Manuel Mendez han fallecido.

Sres. D. Juan Bautista Ormaechea, Obispo de Tulancingo.
D. José María Bassoco.
D. Alejandro Arango y Escandon.
D. Casimiro del Collado.
D. Manuel Moreno y Jove.
D. Agustin Cardoso.
D. Fernando Ramirez.
D. Joaquin García Icazbalceta.
D. José Sebastian Segura.

ACADEMIA COLOMBIANA.

La primera Academia Americana que se creó, correspondiendo noblemente al llamamiento de la Española, fué la COLOMBIANA. Creóse en 10 de Mayo de 1871, por los señores

D. Miguel Antonio Caro,
D. José Manuel Marroquin, y
D. José María Vergara y Vergara,

que reunidos en Junta preparatoria propusieron á la Academia Española su instalacion con doce individuos, para los cuales, sobre la base de los Académicos correspondientes que ya existian, completaron la propuesta, que fué aprobada por unanimidad, quedando constituida dicha Academia en la forma siguiente:

Sres. D. Miguel Antonio Caro, Presidente.
D. José Manuel Marroquin.
D. Pedro Fernandez Madrid.
D. Felipe Zapata.

Sres. D. José Joaquin Ortiz.
D. José Caicedo Rojas.
D. Rufino José Cuervo.
D. Santiago Perez.
D. Joaquin Pardo Vergara.
D. Manuel María Mallarino.
D. José María Vergara y Vergara.
D. Venancio Gonzalez Manrique, Secretario.

Con posterioridad, por fallecimiento de los Sres. Mallarino y Vergara y Vergara, han sido nombrados los Sres. D. Rafael de Pombo,
D. Sergio Arbolida.

Si en las demas Repúblicas de América no ha tenido efecto todavía la creacion de sus respectivas Academias, ha sido, sin duda, porque nadie se ha creido en el caso de tomar la iniciativa con carácter propio; pero la prensa ha acogido con unánime aprobacion el pensamiento, prestándole el más decidido apoyo (1).

La Comision de la Academia Española se ha dirigido á sus ilustres Correspondientes y celosos patricios americanos, excitándolos á que promuevan la creacion de las Academias, acelerando los opimos frutos que de ellas hay derecho á esperar.

Quisiéramos poder insertar íntegra la comunicacion que al efecto les ha dirigido, explicando los principios y antecedentes que quedan expuestos. Mas ya que no lo hagamos en obsequio de la brevedad, séanos lícito co-

---

(1) Véanse, entre otros, los periódicos *La Prensa*, escrito en Guayaquil el 27 de Febrero de 1872, y *La Sociedad*, publicado en Lima, el 17 de Octubre del mismo año.

piar algunos párrafos que especialmente se refieren á la manera práctica de obtener los deseados frutos á que con estas fraternales instituciones se aspira.

Dice así la Comision:

«Ademas de la creacion de esa futura Academia, ha de contribuir poderosamente á estos fines que sean conocidos en América nuestros trabajos y el espíritu que á ellos preside, así como tambien á España interesa sobremanera acrecentar su tesoro con los productos del estudio y de la rica vena de nuestros hermanos de América.

»Para que todos ellos partan de una propia base, llevando una misma tendencia, conviene mucho que sean recíprocamente transmitidos los trabajos por medio de activas y regulares comunicaciones. Contribuirá tambien mucho á ello la propagacion de los modelos de nuestra literatura, que la Academia publica en escogida Biblioteca, y las demas obras que sobre la lengua da á la estampa frecuentemente, con infatigable perseverancia. Tales son, entre otras, el *Diccionario vulgar*, la *Gramática* de nuestra lengua y su *Compendio* y *Epítome*, cada uno de estos tres tratados dispuestos para los grados de enseñanza primaria ó elemental, segunda, y superior; el *Prontuario de Ortografía*, tan indispensable á cuantos quieran escribir correctamente nuestra hermosa lengua; el *Diccionario de la Rima*, concluido ya, y que es en realidad el Diccionario ortográfico y prosódico de la lengua, en que constan todas sus palabras; el de *Sinónimos*, próximo á concluirse, y otros que la Academia elabora, entre ellos el de *Autoridades*, cuya primera edicion, concluida en 1739, se encuentra ya totalmente agotada, y que fuera tan conveniente reproducir. Añádase á esto las obras premiadas por la Academia en los concursos

públicos, entre las cuales figuran notablemente dos sobre el *Orígen de los apellidos españoles* en ambos hemisferios, y la *Monografía* del gran escritor americano D. Juan Ruiz de Alarcon, una de las mejores glorias de nuestro teatro nacional; y muy señaladamente las *Memorias* de la Academia Española, tan conducentes para conocer su espíritu y la índole de sus trabajos actuales, así como para adquirir con ellas los tesoros que encierran sus páginas de muchos de nuestros ilustres predecesores.

» Para acrecentar de dia en dia el caudal de la Academia, y sobre todo el de la literatura española, se necesita el concurso de los literatos y pueblos americanos. Mas, ¿cómo proceder de acuerdo, si no se conocen los trabajos de unos y otros? ¿Ni cómo darlos á la estampa en el número que pide la necesidad, si no se cuenta con el auxilio y hasta con el concurso de cuantos los han menester y á ellos deben contribuir?»

Hasta aquí el extracto de las cartas de la Comision.

De esperar es que estas excitaciones, las cuales deseamos esforzar con el presente artículo, hallarán en el patriotismo de los españoles americanos el eco que corresponde al que las inspira en Europa.

La Academia Española ha reconocido y proclamado que, sin el concurso de los españoles de América, no podrá formar el grande y verdadero Diccionario Nacional de la lengua. Para ello convoca á sus hermanos, nacidos y puestos al otro lado de los mares, algunos de los cuales (sirvan de ejemplo los Sres. D. José María de Bassoco, D. Felipe Pardo y su digno hijo D. Manuel, D. Cecilio Acosta, D. José María Torres Caicedo, D. Miguel Antonio Caro, D. Joaquin García Icazbalceta, D. Pedro Fermin Ceballos, D. Antonio Flores y otros varios) han em-

pezado á remitir ya los frutos de sus tareas y utilísimas observaciones. ¿Qué falta, pues? Que sin perjuicio de que continúe tan benéfica corriente, se alimente y enriquezca con veneros propios concentrándose en las respectivas Academias, cada una de las cuales represente en su país dignamente á la Academia Española, todas tan españolas como ella, formando entre todas una federacion natural que no reconozca límites ni barreras donde quiera que sea lengua patria la lengua de Cervántes, cuyos pueblos (ya lo dice la Academia Española) podrán formar diversas naciones, pero nunca perderán esta robusta y poderosa unidad, nunca dejarán de ser hermanos.

FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA,
Secretario de la comision de Academias americanas.

SOBRE EL GÉNERO GRAMATICAL

DE LA VOZ NUEVA TRAMVIA.

Cuando la décima edicion del Diccionario de la Academia estaba para entrar en prensa, se resolvió admitir la palabra TRAMVÍA, que, nombrando una invencion moderna, no tenía equivalente en el antiguo y castizo castellano. Incluyóse, en efecto, calificándola por su terminacion de sustantivo *femenino;* mas como posteriormente se notase que el uso vacilaba, pidieron algunos académicos que se examinase á fondo el punto, lo cual dió lugar á una interesante discusion, sostenida en várias sesiones por los señores Segovia, Olivan, Ferrer del Rio, Olózaga y otros. En vista de los encontrados pareceres y de los poderosos argumentos de una y otra parte, acordó la Academia que los principales discursos y escritos á que ha dado lugar la cuestion se publiquen en estas *Memorias*, á fin de que las personas doctas y aficionadas á este género de estudios puedan formar su juicio, y áun emitirle tambien en libros ó periódicos. Esta controversia podrá servir de guía al uso vacilante, y miéntras se prepara una nueva

edicion del Diccionario, en la cual hace ya tiempo que trabaja la Academia asíduamente, vendrá á fijarse el género de *Tramvía*, y podrá confirmarse ó variarse con mayor acierto.

Tal es el asunto y el objeto del escrito que á continuacion se inserta, debido á la elegante pluma del Sr. D. Alejandro Olivan, cuya amenidad de estilo, profunda erudicion y argumentacion metódica le hacen muy digno de la atencion de nuestros lectores.

TRAMVÍA: ¿CUÁL ES SU GÉNERO GRAMATICAL?

Cuando en un idioma ya formado se siente la necesidad de una nueva voz, ésta se introduce por uno de dos medios: ó por la autoridad de la persona que primero la empléa y la hace adoptar, ó por irrupcion más ó ménos rápida en el uso general, iniciada por lo comun en círculos especiales y difundida por la prensa.

De cualquier modo, la nueva voz tiene que adaptarse á la índole del idioma, bien sea tomada de las lenguas muertas, bien transportada de las vivas.

Tramvía es traduccion del inglés *tram-way*, vocablo compuesto, que significa *camino* ó *via de tram;* y más tarde nos harémos cargo de este último calificativo ó específico. Por donde, descomponiendo á *tram-via*, tenemos el compuesto castellano *via de tram*, cuyo género gramatical se trata de determinar.

En masculino ha empezado á usarse, como si fuera punto indiferente, por traductores de taller ó por gentes que no se precian de puristas, sino que atienden más á las cosas que á las palabras. Así ha sonado en los oidos como una curiosidad, se ha recibido la impresion de *el*

tramvía sin exámen, se ha solido repetir sin reflexion, y cada dia va extendiéndose sin formal contrarresto.

Y sin embargo, se comete un error ante la gramática castellana y la lógica. Los mismos hombres pensadores que lo reconocen se abstienen de combatirlo, esquivan dogmatizar, repugnan singularizarse, y se dejan en general llevar de la corriente en cosa á que no prestan grande importancia.

Mas no es ese motivo suficiente para que todos cerremos los ojos y enmudezcamos enfrente de un vicio reconocido. Podrá prevalecer *el tramvía*, podrá adolecer de un solecismo más nuestro idioma, pero no habrá sido sin protesta, y sin que conste en último caso que semejante uso no ha sido inspirado ni sancionado por los muchos, que callan pudiendo hablar.

En tal concepto, examinemos la cuestion segun los principios.

I.

Los vocablos compuestos representan necesariamente dos ó más idéas distintas. Son abreviaciones en supresion de circunloquios.

La composicion de estos vocablos no es arbitraria, sino que reconoce reglas fijas de método, de sencillez y de buen gusto, observadas en todos los idiomas adelantados, aunque alguna vez arrolladas por el acaso y por el uso más ó ménos lógico y plausible. Hay tambien en los idiomas frases adverbiales, idiotismos y modismos caprichosos, de que no tenemos para qué ocuparnos aquí.

En los compuestos se distinguen, cuando ménos, dos partes: una *radical*, dominante, genérica y fija, que for-

ma ó puede formar series como base; y otra *adyacente*, expletiva ó completiva, calificativa, específica y variable, cuyas partes denotan accion ó sustancia ó accidente, es decir, que admiten verbo, y nombres, sustantivo y adjetivo.

Todo vocablo compuesto puede descomponerse en sus factores: la parte de él ó el factor que en la descomposicion se pone á la cabeza de la frase es la entidad *radical*, y la que determina el género gramatical del mismo vocablo.

Cuando en la composicion entra un verbo activo, forma la radical genérica, y de consiguiente, subjetiva. Funciona como sustantivo ó como adjetivo sustantivado, y fija el género del vocablo. Cuando se reunen adjetivo y sustantivo, el compuesto resulta adjetivo ó calificativo, con las terminaciones y géneros de uso corriente. Y cuando figuran dos sustantivos, uno hace de calificativo y específico, y otro de radical y genérico, regularmente el colocado al final. La descomposicion, que es el análisis, disipa las dudas.

Las prepósiciones, así como los nombres de número y adverbios antepuestos, en nada afectan al género gramatical de los compuestos en que figuran como modificadores.

Los ejemplos servirán de aclaracion.

II.

VERBOS: *paraguas*, *paracaidas*, *para-rayos*, del verbo *parar*; *quitamanchas*, *quitapesares*, *quitamotas*, de *quitar*; *sacabocados*, *sacacorchos*, *sacamuelas*, de *sacar*. Aunque á un

mismo adyacente ú objetivo le rijan distintos verbos, como en *parasol*, *quitasol* y *guardasol*, siempre es el verbo la radical, y determina el género del compuesto, ordinariamente masculino, como de adjetivo sustantivado, que se refiere al hombre que ejerce, ó al instrumento, mueble ó aparato que funciona, áun cuando sea bajo ajeno impulso ó sustentacion. El uso desorientado ha hecho femenino á *excusabaraja*.

En la descomposicion, *quitamanchas* es el que quita manchas ó el quitador de manchas; *sacacorchos* el sacador de corchos de las botellas, lo mismo que el quitador de pesares, el sacador de muelas, el buscador de vidas, el pintor de monas ó mamarrachos, y tantos otros. Como adjetivos sustantivados son masculinos por lo regular; pero no hay inconveniente, sino que propiedad y rigor, en aplicarles el artículo *la* siempre que el agente sea femenino conocidamente. En donde las mujeres ejercitan la medicina, estarán bien llamadas *las matasanos* aquellas que sean torpes y desgraciadas. E igualmente, ya torpes, ya diestras, llevan con razon los nombres de *las sacamuelas*, *las quitamanchas*, *las pintamonas*, *las buscavidas*, *las cortasayos*, etc., las mujeres á quienes cuadra el dictado respectivo; ni más ni ménos que se hace con las lavanderas, las cigarreras, las planchadoras, las modistas ó las actrices, á quienes nadie disputará su género gramatical. En lo antiguo habia en el palacio real de España el oficio ó cargo de *una guardamujer*.

Adjetivos: *carilargo*, *cariancho*, *cariacontecido*, *ojinegro*, *ojigarzo:* un sustantivo adyacente ante un adjetivo radical. Su descomposicion, *largo de cara*, ancho de cara, negro de ojos. Y lo mismo cuando el variable es el adyacente, como en *carilargo*, *narilargo*, *zanquilargo*, etc. Como

de todos modos el vocablo resulta adjetivo, aunque compuesto, en concepto de tal le corresponden las terminaciones y el género gramatical, masculino, femenino, y hasta el neutro.

SUSTANTIVOS. Aquí rige la misma regla, bien que á primera vista sea ménos perceptible. El género, ya masculino, ya femenino, sale del segundo factor ó término del vocablo, segun arriba se dijo. Lo cual se explica por que la mayor parte de los compuestos castellanos son tomados del griego, con sabor á veces de su tránsito por el latin, y cuando no se ha copiado, se ha imitado el original.

Hipocrene, fuente del caballo, femenino como *crene; hipódromo*, circo de caballos, masculino como *dromos; hipomaquia*, pugna de caballos, femenino por serlo *maquia*, como se ha castellanizado esa terminacion. *Metronómia*, ley ó norma de la medida; *metrológia*, tratado ó discurso sobre la medida; ambos femeninos. *Logogrifo*, *logomaquia*, masculino y femenino. *Hippos*, *métron* y *logos* figuran en el primer término ó factor, y son adyacentes ó subjuntivos y completivos, que no influyen en el género del vocablo compuesto.

Mas si cambian de sitio y pasan al segundo término, ya lo determinan, porque se convierten en radicales. *Teología*, *psicológia*, *fisiológia*, *nosológia*, ciencia ó tratado acerca de Dios, del alma, de la naturaleza, de las enfermedades, llevan á *logos*, es decir, á su derivado *logueia* ó *lógia*, por radical determinante del género. Asimismo *metron* de segundo factor es radical, como en *termómetro*, *cronómetro*, *pluviómetro*, *anemómetro*, instrumentos que miden el calor, el trascurso del tiempo, la lluvia, la fuerza del viento, etc. Y aquí se viene á la memoria el femeni-

no *la pantómetra*, introduccion, sin duda, de algun extraño á los estudios clásicos. Ni esa desinencia ni ese género convienen á tal compuesto: los franceses la usan en masculino. Bien se dice *geómetra*, como *poeta*, *autócrata*, *sibarita*, *iconoclasta;* pero son adjetivos sustantivados, que se aplican al hombre y llevan su género: Si algun compuesto de esta índole se refiere á objetos inanimados, toma tambien el artículo masculino, como *el autómata.* Unicamente sería bien llamada *la geómetra* la mujer que profesase ó poseyese la geometría.

Dos sustantivos tenemos en *tramvía:* al segundo factor *via* le compete, segun la doctrina establecida y demostrada, servir de radical y determinante del género.

Excusado parece el hacer mencion en este lugar, de los derivados en cuanto al género que les corresponde. Ellos hablan por sí mismos.

III.

Preposiciones. Las preposiciones que usamos son, en su mayor parte, griegas y latinas, alguna vez castellanizadas: unas, que por sí solas forman parte de la oracion; y otras, inseparables, que no se empléan más que en vocablos compuestos. Algunas de las primeras se prestan tambien á la composicion.

Al examinar las leyes de la composicion de los vocablos, encontramos que el factor preposicion no afecta al género gramatical, pero influye tan eficaz y arbitrariamente en el significado, que es imposible prescindir de algunas anomalías, que conviene poner aquí de relieve, señalándoles la procedencia del inconexo y caprichoso uso que frecuentemente hicieron los griegos de las pre-

posiciones, que copiaron los romanos, y que han prohijado y naturalizado los modernos.

Y es notable que la generalidad de los gramáticos no ponga en toda evidencia á ciertas preposiciones inseparables, tan excéntricas y veleidosas, como *para* é *hipo*, pronunciada esta última en la antigua Grecia, segun se supone, con la *u* francesa, asimilada por nuestros diezyseistas á la *u* castellana, y hoy generalizada como *y*, y áun como *i*. Lleva *h* por el espíritu áspero de su orígen.

La preposicion griega *para*, muy diversa de la castellana su homónima, que no usamos en composicion, y distinta tambien de la tercera persona de nuestro verbo *parar*, cambia la intencion del vocablo compuesto, desde el sentido confirmativo hasta el francamente adversativo. Sin tal aclaracion, no solamente *paracaídas* y *parasol*, en que predomina un verbo castellano formando adjetivos sustantivados, se confunden con los vocablos de preposicion griega, sino que esta misma desorienta al entendimiento, no advertido de su inesperada inconsecuencia.

De *deigma* ó *dīgma*, que significa ejemplo, se compone *paradigma*, equivalente á *ejemplar*. De *bole*, femenino, que es la accion de lanzar ó emitir, *parábola*, emblema ó narracion inventada para moralizar; de *frasis*, frase, femenino, *paráfrasis*, explanacion de una sentencia; de *sitos*, trigo, *parásito*, el que se alimenta de lo ajeno; de *doxa*, doctrina, *paradoja*, falsa doctrina ó extraña opinion. Las divergencias y alteraciones de significado son visibles. Y tambien de *ferne*, dote, *paraferna*, plural griego neutro, los bienes entra ó ultra-dótales, parafernos ó *parafernales* en nuestro lenguaje forense.

Hypo es sub, *subter*, debajo; preposicion, no veleidosa

como *para*, pero expuesta á equivocarse con el sustantivo *hippos*, caballo. Los romanos y casi todos los modernos hicieron y hacen su distincion en la escritura, poniendo cuidadosamente *y* en la preposicion y doble *p* en el sustantivo como los griegos; mas al pronunciar apénas aciertan á acentuar la diferencia. Ménos lo hacen los españoles, que han uniformado ambas voces en letras y pronunciacion, llevados del afan de simplificar; con lo cual queda de golpe borrada la genealogía y filiacion de sus compuestos. Plausibles son las simplificaciones en ortografía y locucion; pero reconozcamos tambien que alguna vez traen inconvenientes entre sus ventajas: nada digamos de aquellos pocos fanáticos que pretenden embastecer el idioma y su escritura, rompiendo todas las tradiciones y entregándose á exageraciones hoy ridículas, porque cuando ménos son extemporáneas. Lo cierto es que al repertorio griego y al latino acuden todos los idiomas, para bautizar de mancomun y sin abjurar el orígen, idéas nuevas en ciencias, artes y usos de la vida.

Otro ejemplo chocante en preposiciones es el de la *sun*, que los griegos emplearon, ya sola, ya en composicion, y que los latinos escribieron *syn*, siempre como inseparable. Tenian además los latinos á *sine*. La primera denota union, al paso que la segunda, exclusion, privacion. Y como en castellano escribimos ya *sin* en todas ocasiones, resulta que una misma preposicion usada por nosotros produce sentidos tan diametralmente opuestos, como los de *sinalefa*, *sintáxis*, *sínodo*, *simetría* por un lado, y *sinrazon*, *sinsabor* por otro. Igualmente de la *in* latina tenemos á *incidir*, *influir*, *insistir*, *impulso*, en abierta contradiccion con *incomodar*, *imposibilitar*, *incomunicar*, *infortunio*. Esta anomalía de la *in*, los modernos no han

hecho más que copiarla en los idiomas de orígen latino.

Tales indicaciones emanan del deséo de que los gramáticos pongan en claro las preposiciones griegas y latinas, tan trascendentales en la significacion de los vocablos compuestos, sin olvidar á *dia*, *epi*, *kata*, *meta*, *peri*, *eis*, *ad*, *ab*, *super*, *trans*, etc. Se contestará que las partículas prepositivas de los antiguos vienen á nosotros amalgamadas en los vocablos compuestos, los cuales conservan generalmente su primitivo significado. Mas cuando el análisis se estrella contra irregularidades, inconexiones y veleidades autorizadas, ¿por qué no dar alguna luz sobre la fuente de donde emanan, su naturaleza, extension y condiciones?

IV.

Despues de esta digresion, lo esencial al presente propósito es haber demostrado, cómo en la composicion se determina el género por el verbo activo, por el nombre adjetivo cuando le hay, y por el sustantivo final si son dos los que se unen. Y que la preposicion no altera el género, pues no hace más que adherirse al comienzo del vocablo.

ADVERBIOS: como las preposiciones. *Telégrafo*, *telegráma*, *telegrafía*, *bienvenido*, *bienandanza*, *maldecido*, *malhechor*, *malquerencia*.

V.

Entrando ahora en discusion, observarémos que algunos hombres de gran ingenio y saber, cautivados ya por el sonido de *el tramvía*, pretenden defender la masculinidad de este compuesto, rebuscando analogías castellanas

que no encuentran, y hasta contrasentidos, como si la existencia de éstos pudiera buenamente autorizar otros nuevos por mero lujo.

Acueducto y *viaducto* se alegan como compuestos masculinos, á pesar de contener factores femeninos. Lo cual es hablar al aire y con escasa meditacion. La descomposicion *ductus aquæ*, *ductus viæ*, paso ó conducto del agua, como de la via, hace saltar á los ojos que *agua* y *via* son aquí adyacentes específicos, á la vez que la radical está en *ductus*, conducto, masculino y constituyente del género del vocablo, como colocado á su final. Es la regla en la concurrencia de dos sustantivos.

El via-crucis, que tambien suele invocarse, es locucion puramente latina, ni siquiera castellanizada en su terminacion de genitivo. La idea que representa es la del camino del Monte Calvario; en cuyo concepto y en el de conjunto de estaciones, y en el de emblema religioso, no es extraño que el público, donde tambien entra el vulgo, haya dado á una palabra para él exótica, el género más á mano, el masculino. No sirve de ejemplo ni de apoyo.

Solian los antiguos, y suelen los modernos, anteponer en las oraciones de nombres simples ó primitivos, y tambien de compuestos, el adjetivo al sustantivo en obsequio á la variedad y elegancia: entre los ingleses es práctica fija y constante, precepto capital. Y no podian quebrantarlo al combinar la composicion, que comienza siempre por el adjetivo, ó por el sustantivo que hace veces de tal, como calificativo y específico. Testigo *papermoney* y *moneypaper*, con los mismos factores alternados, y distinto sentido gramatical.

Ya dijimos que *tramway*, descompuesto es *via de tram*, como *railway* es *via de rails*, *Londonway*, via de Lóndres,

Madridway, via de Madrid. ¿Qué significa *tram?* ¿qué quiere decir *rail?* ¿qué *London?* ¿qué *Madrid?* Todos esos adyacentes ó calificativos son indiferentes para la cuestion: lo radical, lo genérico, lo dominante es *way*, segundo factor, y el género gramatical de *way* será el del vocablo.

Á ello se responderá que *way* no tiene género gramatical en inglés. Ciertamente que el artículo inicial ó indicativo *the* no distingue los géneros ni tampoco los números de singular y plural. Áun así, masculinos son *man* y *king*, y femeninos *woman* y *queen*, segun distintamente se particulariza por los pronombres de su referencia. *Way* pertenece al género comun é indeterminado como cosa inanimada, en un idioma en que son mudos el artículo y la mayoría de las terminaciones; mas con esto, ¿qué adelantamos en la deliberacion? No se trata aquí de *way*, sino de *via*, su legítima traduccion castellana; y *via* es indisputablemente femenino en castellano, como en latin é italiano, y como *voie* en frances. Lo cual concluye y no admite réplica.

VI.

Si los españoles hubieran adoptado lisa y llanamente las voces *railway* y *tramway*, escribiéndolas como Dios les diese á entender para aproximarse á la pronunciacion inglesa, entónces y como entidades advenedizas y sin género gramatical aparente en su orígen, cabía el que se masculinizasen sin escrúpulo, segun propension de la gente allegada al servicio de los ferro-carriles. Mas una vez hecha y generalizada la traduccion, ya están encerradas en las leyes de la lengua de Castilla.

Sideródos, femenino, habrian dicho probablemente los

griegos ó *sideróporos*, masculino, segun las respectivas radicales *odos* y *poros;* y *ferro-via* los latinos. Este último compuesto pudieran usarlo los españoles; y tampoco estaria mal llamada la *transvía* una senda traviesa ó transversal, ni *circumvía* un camino circundante. Decimos hoy *camino de hierro* y *ferro-carril*, ambos masculinos, y así nos entendemos, aunque sin completar la idéa, porque el primero se limita á expresar que la via es de hierro, y el segundo á consignar que hay roderas de hierro.

La rigorosa significacion de *tram*, aunque sin influencia sobre el género, y materia más bien de curiosidad, no está bastantemente aclarada. Así como el ferro-carril consiste en dos líneas de hierro paralelas y casi horizontales, afianzadas por traviesas, y dispuestas para el encaje de las ruedas de los vehículos impelidos por vapor, la tramvía se forma de listones ó largueros de hierro ó de madera chapeada del mismo metal en líneas tambien paralelas, por donde, venciendo mayores desniveles, se deslizan en calles y caminos ordinarios los carruajes tirados por caballerías. Este sistema económico y supletorio, parece haberse improvisado en alguna labor minera inglesa para conducciones á cortas distancias; y tan pronto se atribuye su calificativo de *tram* á los furgones ó carros allí usados, como á los maderos ó largueros del asiento, ó á los trancos ó trechos de recorrida, ó al sistema mismo de la via y su servicio. ¡Tal es la pequeñez y oscuridad que rodéan la cuna de este invento! el cual pudo muy bien ocurrírsele á más de un industrial á la vez, para ayudarse en sus operaciones. Dirémos de nuevo que el significado de *tram* carece de importancia para la fijacion del género del vocablo compuesto: debiendo observar que la voz *tram* era ya empleada para una cosa ú otra

(acaso con diversa acepcion, segun localidades, como no es raro en artes y oficios) ántes de aparecer las tramvías, del mismo modo que eran conocidos *wagon*, *tender*, *trunk*, y el francés *camion*, ántes de su apropiacion peculiar en la actual nomenclatura de los caminos de hierro.

VII.

El uso, se redargüirá, impera sobre la formacion y accidentes de los vocablos. Convenido; pero el uso se establece por el acaso cuando se le abandona, y por la lógica cuando se le ilumina. De oidas aprende á hablar y habla la generalidad, tendiendo constantemente á suavizar las voces, en lo cual nos han sobrepujado los italianos con mejor ó peor gusto, ya ludiendo contra consonantes escabrosas hasta eliminarlas, ya transponiendo letras ó sílabas, ya variando desinencias, y hasta torciendo el sentido de las palabras. Es la marcha progresiva de los siglos, aunque ocasionada á deslizarse, y frecuentemente necesitada de represion y correctivo de parte de la educacion, el ejemplo y la autoridad del saber.

Pero el vulgo va más léjos en todas partes, é incurre en vicios de locucion, que por su torpeza hieren y afligen á los oidos delicados. ¡Cuánto de chabacano no pudiera sacarse á la vergüenza sobre este particular! Lo que hay es que semejante degradacion, léjos de ganar terreno, lo pierde cada dia al avance de la civilizacion general. Sin complacernos en citas de callejuela, ¿pudiéramos dejar de aducir como muestras de amasijo vulgar, al fantaseado *Mambrú* de sus tiempos, y al más antiguo el estrafálario y terrorífico *Miramamolin*, con que la muchedumbre cristiana se despechaba con el entre los árabes *Emir*

Amouminim, ó príncipe de los creyentes? Y sin ir tan léjos, ¿cuántas vueltas extravagantes no se han escuchado en la guerra de la Independencia, dadas al nombre y título del ilustre lord Wellington, sin ánimo ninguno de ofenderlo? (1). Algo de ello le habrá alcanzado á la adopcion de *tramvía*.

El público, y mayormente el vulgo, se va á lo que le es más conocido y familiar, y en lo nuevo busca siempre algo que aprovechar de reminiscencia ó sonido de locucion frecuentemente usada. Acostumbrado á llamar *el tren* á la serie de carruajes movidos por vapor, y tambien á la via, y áun á cada una de las mismas estaciones, no es de admirar que al sistema derivado de movimiento por caballerías en las calles, le pareciera bien el nombre de *trenvía*, como compuesto, donde figura una voz ya comun, sin hacer caso de la terminacion. Explicacion es ésta que rechazarán muchos, pero cuya exactitud reconocerán otros. De todas maneras, acusará el *trenvía* una vulgaridad, un resabio; mas por lo mismo echará raíces entre ciertas gentes; y como el *tren* es masculino, tambien á su modo de ver *el trenvía*. Por donde los que se empeñaren en masculinizar á *la tramvía*, vendrán á favorecer indirectamente á los de *el trenvía*, no muy delicados de oido para pararse á distinguir entre los sonidos de la *e* y de la *a* en los vocablos.

VIII.

Otro punto hemos de tocar para final. Rehuimos y desaprobamos la sustitucion de la *m* por la *n* en *tramvía*.

---

(1) Nosotros lo hemos oido llamar *lor Valenton*, *lor Villanton* y *Don Benito*.

Demasiado se le atenúa y escatima la *m* al pronunciar de prisa, como en *imposible*, *Pamplona*, *desimpresionar*, y tantos otros. Mutilar intencionalmente un vocablo al escribirlo, es impropiedad de mal gusto: canonizar el hecho es alentar el error. El hombre ó el país que descubren ó propagan una cosa útil, tienen derecho á que el mundo favorecido acoja con gratitud y con la posible identidad, el nombre usado ó dado por el autor del beneficio, si ya no se perpetuase el suyo propio. Es ya una casi costumbre: en Francia no se desdeñan de usar hasta el rudo *drawback* de los ingleses. Tambien á nosotros nos han sido generalmente admitidas en el extranjero las voces *guerrilla* y *camarilla*, de muy diversa glorificacion. *Tramvía* reclama la propiedad de sus letras, y pide lo que es suyo.

Terminarémos diciendo que áun puede confiarse en que si se combate al error en proporcion á su intensidad, el error ha de disiparse por conviccion en quienes reflexionan, y por imitacion en los que recogen el eco; que tambien por capas se difunde sucesivamente la luz en la region social. Nadie que mire por sí quiere hacer un mal papel con la palabra ni con la pluma; y á los oradores, á los profesores y á los escritores públicos, especialmente los de periódicos, toca el esmerarse en servir de modelo, merecedor de aplauso. Ahora que el punto que nos ocupa se halla como indeciso, y el error no hace más que asomar la frente, es la ocasion de pronunciarse con energía, puesto que por iguales medios hemos presenciado extirparse ya várias frases viciosas de malos hablistas y traductores, llegándose al término de que la majestuosa lengua patria no desdiga hoy, manejada por los doctos, de la de Cervántes y Herrera.

Sobre la Academia Española recae el mérito de haber contribuido poderosamente á este resultado. Ella apadrina las locuciones castizas y los neologismos de buena ley, rectifica errores y estatuye, por medio de su Diccionario, contraste y archivo de consulta para los aficionados al bien hablar. La Academia ha decidido y pronunciado el género femenino de *tramvía:* como convencida, dictó el fallo; como consecuente, procurará hacerlo prevalecer, porque tiene autoridad, y sobre todo, porque tiene razon.

Podria suceder que el uso permaneciese ambiguo, empleándose indistintamente uno y otro género, como se observa en algunas otras voces castellanas. Tambien cabe en lo humano que se generalice y uniforme el masculino en *tramvía*, llegando á campear sin excepcion esta corruptela del lenguaje á fines del siglo XIX. En cualquiera de los dos casos, como el uso hace ley en definitiva, la Academia, que registra y consigna el hecho del uso, autorizará en su dia las locuciones legitimadas por el tiempo. Ella habrá cumplido con su instituto, guiando al principio y resignándose al fin.

ORACION FÚNEBRE

QUE POR RUEGO Y ENCARGO DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA

Y EN LAS HONRAS SOLEMNES

DE MIGUEL DE CERVANTES

Y DEMAS INGENIOS ESPAÑOLES,

PRONUNCIÓ

EN LA IGLESIA DE RELIGIOSAS TRINITARIAS DE MADRID

EL DIA 23 DE ABRIL DEL AÑO DE 1873,

EL ILMO. Y EXCMO. SEÑOR

DOCTOR D. FRAY JACINTO MARÍA MARTINEZ Y SAEZ,

OBISPO DE LA HABANA.

> *Est autem et multitudo gemmarum; et vas pretiosum labia scientiæ.*
>
> Estímase mucho la abundancia de piedras preciosas; pero los labios del sabio son un vaso precioso.
>
> (PROV., cap. XX, v. 15.)

Teniendo en la memoria la muchedumbre y variedad de los errores humanos, más de una vez, entregado al silencio y á la meditacion, me he propuesto examinar cuál es la mayor necedad en que puede caer el hombre; y despues de reflexionarlo mucho, he creido que la mayor necedad es aquella que describe el Profeta en estas palabras: *El hombre constituido en honor, no lo quiso entender; se igualó con los irracionales, y se asemejó á ellos*[1]. Pero, despues de haber resuelto la cuestion, me he propuesto saber tambien en qué consiste precisamente esta necedad de no entender el hombre su dignidad, de igualarse con los irracionales y de asemejarse á ellos; y por cierto, no he tenido que internarme mucho en la consideracion metafísica de las cosas para saberlo. Los mismos

que tienen la desventura de incurrir en esta estupidez, resuelven la cuestion publicando sus creencias y arreglando á ellas su modo de vivir. Nosotros, dicen, morimos como mueren los irracionales; nuestra alma es tan material como la de ellos: *comamos, pues, y bebamos, que mañana morirémos*[3].

Verdaderamente, áun en el terreno de la filosofía natural, ésta es la mayor de las necedades. No hay un solo hombre que, apénas empieza á tener actos reflejos sobre sí mismo, no advierta que tiene dentro de sí una lámpara que él no ha encendido, y que por mucho que se empeñe en ello, tampoco él puede apagarla. Es una luz inextinguible, *que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*[2]; y con los resplandores de esa lumbre, cada hombre ve que él es más que los irracionales; que su alma es el trasunto de la naturaleza increada, es esencialmente espiritual é inmortal; y que, por consiguiente, no ha de perecer como la de los irracionales, sino que ha de vivir para siempre, como vive Aquel á cuya imágen está hecha. Esta enseñanza es propia de la misma razon humana, la cual tiene la conviccion íntima de que, puesto que piensa, es espiritual, y puesto que es espiritual, es indestructible, es inmortal; pero es ademas una enseñanza divina, pues el mismo Hijo de Dios, contestando á algunos hombres que habian incurrido en la gran necedad de enseñar que no habia resurreccion, ni ángeles, ni espíritus, les cerró la boca para siempre, diciéndoles, que, puesto que el Señor dijo á Moises que era Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, éstos vivian, pues Dios es Dios de los que viven, y no de los que mueren[4].

No os sorprenderá, Señores de la Academia Española, que al tener la honra de dirigiros la palabra en ocasion

tan solemne como la presente, haya empezado por hablar de la mayor necedad. Yo entiendo que debe ser así, por cuanto estoy presenciando un acto que es precisamente característico, por llevar impreso el sello de la mayor sabiduría; pues confesais en él pública y solemnemente el dogma de la inmortalidad de nuestras almas, y ademas, haceis una profesion sincera de todos los dogmas de la religion católica.

Este acto, repito, es característico; pero característico de lo que es España y de lo que somos sus hijos. Cuando una asamblea de varones sabios, encargada de conservar los monumentos del saber, viene al sagrado recinto á ofrecer al Altísimo un sacrificio de expiacion por los mismos sabios cuya ciencia reconoce y admira, confiesa con humildad cristiana, que, por sublime que sea la ciencia humana, puede mancharse con el lodo de la tierra donde habita. Y éste es precisamente el carácter del verdadero sabio, que no lo es, ni puede serlo, si no reconoce su ignorancia; si, como decia Jesucristo, no tiene la sencillez de un niño, pues sólo á los párvulos revela Dios los secretos de su sabiduría [5].

Pero se extiende á más el carácter peculiar que presenta esta solemnidad, pues es la condenacion anual, pública y solemne, del protestantismo y del materialismo; del protestantismo, que rompe toda comunicacion entre los hijos de una misma madre que viajan por la tierra, y los que han pasado al mundo de los espíritus, ó bien están purgándose de algunas manchas para penetrar en el cielo, donde no entra quien no esté tan puro como la luz, ó bien viven ya en el mismo cielo, alabando á Dios y rogándole por sus hermanos; del materialismo, porque, al derramar una lágrima sobre esa tumba conmemorativa de

nuestra mortalidad, confesamos todos que, si bien desaparece de este escenario del mundo material todo lo que es materia, no desaparece lo que pertenece al mundo moral. Se evapora el cuerpo, se pudren los ricos trajes, se esconde el oro, se ocultan las pedrerías, y se lo lleva todo la polilla; pero queda intacta la inteligencia, permanece la ciencia y sobrevive la sabiduría, que es un vaso precioso é incorruptible. *Est autem et multitudo gemmarum; et vas pretiosum labia scientiæ.*

Señores, hay cosas pasadas, que no pasan, porque queda algo de ellas; y por poco que quede, equivale al todo siendo parte. Pasa el hombre por este mundo como viajero que camina á su patria; mas aunque cierre su viaje al borde del sepulcro, para no ser visto más, queda algo de él en esta tierra. Si no quedasen más que los despojos de su mortalidad, poco era lo que nos quedaria; empero queda algo más, queda la justicia del justo, la rectitud del bueno, la sabiduría del sabio. Transmigran ellos, quedándose entre los hombres el suave olor de la vida santa, los testimonios de su bondad y las lecciones de su sabiduría.

Y aquí teneis una prueba bien palpable de ello; hace hoy precisamente dos centurias y cincuenta y siete años, que entraban en este templo los restos mortales de un hombre que no poseyó oro, ni pedrería, ni riquezas. Venía en hombros ajenos, vestido de tosco sayal y traido en pobre ataud; ¡oh ataud! Si debiese entrar hoy, no podrian llevarlo hombros humanos, porque el peso de los laureles que, desde entónces acá han arrojado los hombres sobre él, los abrumaria. Era un hombre conocido entónces por el Manco de Lepanto, por el cautivo rescatado por los trinitarios, por el desvalido que vivia por el

favor que le dispensaban un grande del mundo y otro de la Iglesia. ¡Miseria humana! Vanidad del mundo, que suele tener en su seno á hombres que se parecen por su inteligencia á los ángeles, y sin embargo, no les dirige una mirada de aprecio, porque no tienen alas doradas!

Pues bien; ese hombre murió, y puede decirse que vive, por habernos dejado un tesoro inestimable de ciencia, y de una virtud, que es peculiar á la ciencia verdadera. No hablo de virtudes morales precisamente, sino de una virtud, que denomino intelectual-moral, porque ella inmortaliza al sabio, así como su carencia hace que, quien pretende ser sabio sin ella, no pase de ser, ó un árido hablista, ó un parlante, cuyos ecos, por dulces y armoniosos que parezcan, son como el tañido del bronce, que suena, vibra y se va en un solo instante. Ese hombre que poseyó esa virtud propia de la ciencia, era *Miguel de Cervántes.*

Cuál sea esa virtud, bien lo sabeis vosotros, Señores de la Academia; pues nadie puede apreciar dignamente el mérito de las obras buenas, sin hacerlas él mismo. Sin embargo, yo debo proclamar pública y solemnemente esa virtud, y hacer de ella, no sólo el elogio, sino el centro convergente de cuanto voy á tener la honra de deciros en este dia. Esta virtud es el patrimonio singular de la literatura de nuestra amada patria.

Dignaos todos favorecerme con vuestra atencion; pues, despues de la gracia del Señor, á quien se lo debemos todo, no es poco lo que contribuirá al éxito feliz de mi discurso el ser testigo de vuestra benevolencia.

Si la sabiduría fuese esencial al hombre, todos seriamos sabios; pero esa prerogativa es adventicia, viniéndole al

hombre, no por naturaleza, sino por gracia especial del que es infinitamente poderoso y omniscio. Es un dón que se hace á algunos, sin que tengan derecho á él; pero una vez hecho, quien lo recibe queda obligado al Dador de ese bien, reconociendo siempre su bondad, oyendo sus inspiraciones, observando sus preceptos, y no desviándose del camino que el mismo Donante se digne señalarle. Pero, si la sabiduría no es esencial al hombre, no hay, sin embargo, un solo individuo del linaje humano que no haya sido criado para que sea sabio; y si no lo somos todos, no es culpa del Criador, sino de quien, ó no da calor á la semilla, que ha sido depositada en su seno para que germine, ó despues de producida la germinacion, la ahoga, ó cuando la planta ha brotado flores olorosas y ostenta su fruto precioso, lo convierte en venenoso y deletéreo.

El Sér infinito que da vida á cuanto existe fuera de él, es fuente de luz y de verdad, y no ha sacado de la nada una sola criatura, sin que la haya destinado á su fin, dándola para su consecucion los medios adecuados. Y si esta criatura es racional y libre, los dones son más sublimes, más atractivos y más perfectos, para que quede siempre justificada la Sabiduría infinita, y no se atribuya la falta de asecucion al Criador que da, sino á quien no quiere corresponder. Esta fuente es siempre una y siempre inagotable; pero existen en ella ciertos tesoros, dice San Agustin [6], tesoros inmensos é infinitos de las cosas inteligibles; y en estos tesoros se encuentran las razones indivisibles é inmutables de todas las cosas, aunque éstas sean divisibles y mudables, que han sido hechas por ella. Todos bebemos de esta fuente, aunque unos á torrentes, otros á sorbos y otros á gotas.

Basta saber para qué hemos nacido, para comprender que todos estamos llamados á ser sabios. «No hemos nacido, dijo Lactancio redarguyendo á Anaxágoras, para ver el sol y el cielo, sino para que viendo las cosas hechas, veamos y miremos al que las hizo y lo retengamos en nuestra mente; pues por eso entre todos los animales, sólo nosotros andamos levantados, para que sepamos que el bien sumo vive en lo más alto que vemos[7]. Yo pregunto: ¿hay algun hombre que no beba en este manantial de las ciencias? Habiendo sido impresa en cada uno de los hombres la luz del rostro divino[8], ¿no ha corrido por nuestro entendimiento el riachuelo que puede crecer hasta ser rio caudaloso, cuando, despues de recorrida la carrera de la vida, vaya á entrar en el océano inmenso de la eternidad?

Toda sabiduría procede de Dios, dice el sabio Sirac, inspirado por el Espíritu Santo [9]; aquella que nos enseña que Dios ha de ser adorado, amado y temido, que hemos de honrar á nuestros padres, que no hemos de hacer mal á nadie, que hemos de cultivar la justicia y la caridad y la paciencia, y que hemos de vivir piadosa y castamente; aquella que nos eleva al conocimiento de las verdades eternas, aquella que nos introduce en lo más secreto del consorcio con Dios, por la manifestacion que nos hace de su naturaleza; aquella que nos acompaña en la investigacion de las ciencias naturales; aquella, dice Orígenes [10], que tiene por objeto la composicion de las cosas materiales; toda ciencia, toda arte, como la música, la geometría, la medicina, la física, de Dios es y de Él procede; aquella, por fin, que regula la vida humana; es decir, todo hábito, todo acto, todo objeto, todo dictámen, toda verdad de sabiduría que hay en los ángeles y en los hombres,

proviene de Dios, y mana de Él de tal manera, que no lo abandona, sino que está fija en Él, así como la luz del sol, derramada en todo el mundo, queda en el mismo astro.

Altísimas son las reflexiones que suministra lo que acabamos de decir; una donacion incluye dos conceptos, el de lo gratuito por parte del donante, y el de lo obligado por la del favorecido. Pero cuando el donante es Dios y el agraciado es el hombre, la consideracion sobre los deberes que éste contrae se reviste de un carácter nuevo, único y especial. Compongamos un hombre, empezando desde la nada y acabando por lo más elevado de su existencia, y no podrémos ménos de asombrarnos de la dignacion divina. Sale el hombre de la nada, y entra en la categoría de los seres; dásele un cuerpo que siente, y se eleva sobre todos los seres visibles; el alma que le da vida es espiritual é inmortal, y se parece á los ángeles; esta alma lleva en sí misma la imágen de Dios, y hé ahí al hombre semejante á su Criador. Ya veis que el número de donaciones toca á lo más sublime, pues se pone el hombre en contacto con Dios. Pero ¿cómo se llaman estos dones? Jesucristo los llama talentos, que Él da á todos los hombres para que negocien con ellos miéntras están viajando por este mundo ". Y ¿cómo ha de negociar el hombre con estos talentos? ¿Lo ha de hacer segun á él le plazca, sin atenerse á regla ni á ley, ó segun se lo prescriba quien le ha hecho esa donacion gratuita? La respuesta no es dudosa.

Señores: he sentado ya el preliminar para poder narrar lo que apénas puede narrar un hombre, porque no cabe, por su extension, en la capacidad limitada de nuestro espíritu. Doy un vistazo, rápido nada más, sobre los

talentos que Dios ha derramado en nuestra patria, y me asombro; voy á hacer la enumeracion de algunos, y me sucede lo que acontece á uno que excava un terreno para buscar una margarita, y se encuentra de repente con veneros de brillantes, de rubíes, de esmeraldas y de topacios. ¿Qué nacion es ésta, digo para mí, de cuyo seno han brotado los sabios como las plantas, y donde la filosofía ha tenido sus mejores campeones, las ciencias sublimes sus mejores maestros, y donde la poesía ha dado vuelos tan rápidos, que parece que se trasladó á este suelo el Parnaso de las Musas y el Olimpo de los ingenios más aventajados?

Es ésta una verdad que, áun los mismos rivales del suelo de las bendiciones divinas, tienen precision de confesar. Eran tiempos de barbarie pagana y de ignorancia universal. Roma produce algunos filósofos en aquel clima benigno del Lacio; pero España le regala el más puro de todos en sus doctrinas y en sus reglas de moralidad. Todos enseñan, pero ninguno enseña como Séneca: ninguno sino él se granjea el sobrenombre de filósofo, ninguno profesa con tanta severidad los principios de justicia, las leyes del derecho natural, los preceptos de una vida morigerada; y su renombre crece de tal manera, que engendra en algunos la sospecha de que es cristiano ocultamente, y de que tiene relaciones con el gran doctor de las gentes, San Pablo.

Muchos sabios más regaló España á Roma pagana, los cuales vistieron, ora la toga del filósofo, ora el manto del emperador. Yo os los nombraria á todos si lo mereciesen; pero tienen sombras que no les permiten entrar en el santuario, pues pertenecen á tiempos de ignorancia religiosa, á tiempos en que no se conocia á Dios, y en los cua-

les se puede decir que todo era dios, ménos Dios. Pero desde que el Dios verdadero fué conocido, se abrió una era tan florida para las letras, que llegó á oscurecer con sus luces los mismos tiempos llamados de oro de Roma y Aténas. Han trascurrido ya diez y nueve centurias de glorias literarias, cuyo orígen es el cristianismo; y al echar sobre ellas una mirada rápida, pero escudriñadora, no puede uno ménos de exclamar y preguntar: ¿qué secreto hay en la nacion que no doblegó su cuello al astuto fenicio ni al romano altivo? ¿Qué númen singular la vivifica con sus inspiraciones?

Es muy notable, Señores, lo que ha pasado siempre en nuestra España: abrió su corazon á la fe católica, aplicando sus oidos á la doctrina del Evangelio, y podemos decir de ella lo que dice la Historia Sagrada que era el mundo despues del diluvio: *Erat terra labii unius et sermonum eorundem* [1]. Un solo idioma, un solo modo de hablar habia entónces: un solo lenguaje, un solo modo de saber ha habido en nuestra España por espacio de diez y nueve centurias. Sabiduría católica, ciencia católica, poesía católica, conversaciones católicas, literatura católica, es lo que forma el amenísimo jardin de la ilustracion de nuestra patria.

Trescientos años há que el protestantismo anda, como tigre escondido entre malezas, acechando para ver si puede dar su salto: otro tanto tiempo há, poco más ó ménos, que el jansenismo se asomó por los montes de Pirenne; pero ni la asomada de éste, ni el salto que por fin ha dado aquél, han dado todos los resultados que esperaba conseguir la herejía. Ahora anda por la nacion católica algo de protestantismo; pero..... está de paso.

Esto es lo que se llama negociar con los talentos que

Dios da á los hombres; esto sí es estimarlos, reconocer al Dador, consagrar á su servicio lo que se ha recibido de Él. Y esto es nuestra gloria nacional, en lo cual, ni tenemos quien nos la dispute, ni quien pueda arrancárnosla. ¡Cosa singular! Bien sabeis que en el siglo cuarto del cristianismo hubo unos hombres fanáticos, llamados los priscilianistas, quienes quisieron inficionar con sus dogmas pestilentes las llanuras de Castilla y las cumbres de Leon; pero estos hombres no pudieron radicarse en un país donde no habia más que un lenguaje, el del cristianismo; para poder dar vida á sus errores tuvieron que franquear los montes de Pirenne y establecerse en las Galias. Cuatro siglos más tarde aparecieron otros hombres erróneos, denominados los adopcionistas, porque hacian á Jesucristo hijo de Dios adoptivo, como nosotros lo somos, no natural, como es él; pero ese lenguaje no pudo prevalecer en el seno de nuestra patria, cuya lengua parece que no es lengua si no es católica. El adopcionismo vivió ménos que lo que vivieron Elipando de Toledo y Félix de Urgel, acusados por algunos de ser sus autores.

Hé ahí descrita en cuatro palabras la historia de las aberraciones literarias de aquellos tiempos. Vinieron otros que produjeron algunos herejes; pero para diseminar sus errores tuvieron que abandonar su patria y naturalizarse entre herejes, como lo hizo Miguel Serveto, ó vivir envueltos entre los pliegues de la hipocresía, como Miguel de Molinos. El error siempre fué planta exótica en España, ó fué importacion extranjera, que no pudo echar raíces, como aconteció con el elvidianismo, ó si nació en el suelo de la fe tuvo que ir á otro país para tener vida. Prueba de ello es lo que estamos viendo que sucede á menudo.

Hoy dia podemos asegurar que la lengua humana ha roto los dos muros, el dental y el labial, de que Dios la rodeó para contenerla y sujetarla. Si alguna vez en el seno de esta nacion, que no quiere hablar sino catolicismo, se desata alguna lengua, sea tan prosista como la de Ciceron, ó tan poética y cadenciosa como la de Píndaro, en blasfemias ó errores contra cualquiera misterio de la religion, ó contra la misma religion, le sucede al blasfemo lo que aconteció al Doctor de las gentes, cuando anunció á los filósofos del Areopago ateniense que habia Dios, y que habian de resucitar los muertos. Cuantos oyen las blasfemias se dicen matuamente: ¿qué barbarismos? ¿Qué solecismos son esos que dice ese hombre? *¿Qué nos quiere decir ese sembrador de palabras? ¿Quid vult seminiverbius hic dicere?* [15].

Poco hay que discurrir para adivinar la causa de la suma pureza de doctrina, que es como el alma de la literatura española; desde los tiempos más remotos tuvimos maestros de toda clase de literatura, de la sagrada, de la eclesiástica, de la profana, de la poética, y á fuerza de publicarse aquélla por todas partes, á fuerza de trasmitirse por una tradicion constante de una generacion á otra y de un siglo á otro, la literatura, tan pura en lenguaje como en ideas, ha venido á formar como un hábito natural entre nosotros, que por lo mismo podemos decir que en España hasta la atmósfera es católica.

¿A quién no sorprende ese conjunto majestuoso de sabios que empezaron á dejarse ver en el siglo cuarto, y ha ido engrosando, siglo por siglo, hasta formar un verdadero ejército? Grande es la gloria literaria de España. Cuando los Jerónimos y los Agustinos asombraban al mundo con sus escritos, la España daba á la religion el

primer poema consagrado á cantar en verso heroico toda la vida de Cristo, tomada de los cuatro Evangelios. Esto hacia el sacerdote Juvencio; y al mismo tiempo el inmortal Prudencio, para quien tan fácil era el versificar como Homero ó como Virgilio, llenaba el mundo con los ecos de sus himnos y cantos sagrados, en los cuales narraba las grandezas de Dios, su unidad, su trinidad y las glorias de los mártires. Si se ha de recorrer eslabon por eslabon la cadena de oro que une á los sabios, desde la sexta centuria hasta la décimasexta, es preciso nombrar á los Leandros é Isidoros, á los Ildefonsos y Eugenios, á los Eladios, Braulios y Tajones, á los Raimundos Lulios y á los Tostados, á los Cisneros y á los Vives, y entre ellos á los Alfonsos de Castilla y de Leon, de cuyas plumas salieron á la vez tratados de astronomía muy elevados, códigos de leyes sapientísimas, historias de hechos gloriosos de su patria, y por cuya aficion á la literatura Castilla y Leon pudieron leer en su idioma patrio los libros sagrados de ambos testamentos, en cuya gloria no sabemos que nadie nos precediera, ni que nadie por entónces nos siguiera.

Pero llegamos á la centuria décimasexta, la cual se inaugura con las homilías de Santo Tomas de Villanueva, verdadero último Santo Padre de nuestra España; y al abrirse de par en par las puertas de esa época, no parece sino que se descubre repentinamente un horizonte de luz que deslumbra las pupilas. Los nombres de los sabios y los literatos son tantos, las producciones tan multiplicadas, las materias sobre que versa la literatura tan variadas, que constituyen un verdadero verjel, donde no hay pétalo sin flor aromática, ni flor sin fruto, ni fruto sin gusto delicado y exquisito. Diríase que entónces se cumplia en

nuestra España de un modo especial lo que anunció el profeta Joel con estas palabras: *Y sucederá en los postreros dias, dice el Señor, que yo derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas* [14].

Cuan extensos eran entónces los dominios de España, todavía no tenian bastante espacio para la fama de sus sabios, pues los habia en Trento, en Ambéres, en Douai, en Oxford, en París, en Antuerpia, en Roma, en Lisboa, en Madrid, en Toledo, en Sevilla, en Compluto, en Salamanca. Las ciencias y las letras era una toga sagrada y un manto precioso, que cubria indistintamente á hombres de todas las clases sociales sin distincion, sin rivalidad y sin emulacion envidiosa. Son obispos, son clérigos, son religiosos, son letrados, son militares, son monjas; y entre tanta diversidad de profesiones todo es concordia entre ellos, pues todos están ligados con vínculos de una fraternidad científica, que constituye el ramillete más odorífero que puede presentarse á la madre de todos. Ese ramillete se compone de mitras, de sotanas, de sayales, de togas, de espadas, y de velos. Oid estos nombres que voy á pronunciar, y sentiréis la fragancia que despiden. Llámanse Melchor Cano, Teresa de Jesus, Juan de la Cruz, Luis de Granada, Juan de Ávila, Luis de Leon, La Puente, Rodriguez, Lainez, Suarez, Arias Montano, Mariana, Lope de Vega, Calderon, Salmeron, Maldonado. ¡Ah! ¿quién puede contarlos todos?

A mí, Señores, no me admira que sean tantos: lo que me sorprende es que, habiéndose convertido la España en un como arsenal inmenso, donde cada literato está forjando su obra, no veo sino un horno de fuego, donde todos se apresuran á acudir de todas partes para dar el

temple á su composicion. Hé ahí lo que más llama mi atencion: todos, sin distinguirse el cenobita del soldado, ni la religiosa del hombre de mundo, acuden á ese fuego, purificando en él todos los materiales, y sacándolos sin escoria, brillantes y hermosos. Ese fuego es la fe católica.

En prueba de ello, voy á hablaros de uno de los hombres de aquel tiempo, á quien no he nombrado con los demas por una razon que no se os oculta. En el reino de la literatura épica es él el príncipe, y no es justo mezclar el nombre del príncipe con los de los vasallos. Sobre esa tumba que nos recuerda la defuncion de ese genio de las letras, se ostenta un libro donde está escrito su nombre. ¡Libro extraordinario! No es sagrado, y sin embargo, tiene lugar en el santuario; pero si no es sagrado, tampoco es del todo profano, porque encierra muchas sentencias que han salido de los labios de Jesucristo, muchos documentos de vida dados por el Espíritu Santo, y preceptos sin número de moral cristiana, cuya observancia conduce á la perfeccion.

Puede llamarse el libro de los chistes, de las gracias, de las agudezas, de los donaires, y para decirlo de una vez, el libro de las risas; pero apénas hay en él una sentencia que engendre hilaridad, sin que sea esa misma sentencia una espada de dos filos que penetre el corazon y le enseñe el camino de la rectitud, y le pinte los peligros que acompañan á los viciosos, y sobre todo á los hombres de vida ociosa y desquehacerada. ¡Cosa singular! En un libro que no es sino la epopeya de un solo hombre, concebida por una imaginacion exuberante en riquezas; en una obra donde se describen aventuras imaginarias, viajes que nunca hubo, locuras que pudieron existir, haza-

ñas que ni áun se sueñan; en una composicion de que forman parte altas princesas, hombres de gran valer, gente burda, personas de moralidad dudosa y hasta de lenguaje torpe, no hay una sentencia que adolezca de los vicios que suelen acompañar á estas condiciones sociales. Si asoma la altanería en los grandes, cae sobre ellos la maza de la humillacion; si se descubre la insensibilidad en el rico, le sale al encuentro la virtud de la caridad; si se columbra el vivir desarreglado, se prescribe la fuga del disipado; si se desliza la lengua de quien nunca tuvo freno, al momento se le enseña la mordaza que lo ha de sujetar. Se reprende al orgulloso sin orgullo, se enseña el juicio al loco sin tomar parte en sus locuras, se saca de su estupidez al necio por medio de una necedad calculada, y se instruye al grande, al pequeño, al amo, al siervo, á quien manda, á quien obedece, á quien administra justicia y á quien es justiciable, haciéndose todo esto con gracia, con suavidad, con donaire. Es una medicina activa dada á un enfermo melindroso é impertinente, que no la recibe sino por medio de paliativos.

Hé ahí el mérito singular y casi excepcional que encierra ese libro, concepcion gigantesca del ingenio de *Miguel de Cervántes*, lo que digo altamente, y me atreveré á probarlo, aunque mis oyentes lo sepan mejor que yo. En aquella época se padecian enfermedades de espíritu, como se padecen en todas. No era aquella dolencia de las más graves; pero afectaba en cierto modo la pureza de las creencias sanas. Los libros llamados de caballería andaban en manos de todos; y al mismo tiempo que se creia firmemente cuanto enseña la fe, se creian tambien encantamientos forjados por imaginaciones aviesas: se creian descensos á los abismos, viajes aéreos y hazañas estupen-

das, pero inverosímiles. Todavía anda en manos de los literatos un célebre poema de gran mérito en la versificacion y en su artificio, en el cual una mujer medio casta y medio disipada anda por los aires en su hipogrifo, y un hombre enloquecido arranca pinos de cien años cual si fueran espárragos, y los parte con su hoja de acero cual si fueran requeson. El sabio entiende que eso es una ficcion; pero el vulgo lo lee, y lo cree como si fuera una realidad. Esa lectura frívola y de poca moralizacion disipaba las almas, y hasta las almas privilegiadas, pues la mujer más grande de aquellos tiempos nos dice, al escribir su vida, que en la lectura de esos libros se disipaba del todo, afirmando, ademas, que habia aprendido de su madre esta ocupacion [15].

El descubrrimiento de Guttenberg habia preparado el camino á este contagio: en el período de la Edad Media reinó el gusto literario de las invenciones; y siendo premiados los ingenios que más se excedian en eso, fueron conservándose los manuscritos hasta que pareció el arte de imprimir, y entónces salieron todos á luz sin bastante discernimiento. Otro descubrimiento dió ocasion tambien á una enfermedad en los corazones: creíase que bastaba poner el pié en frágil leño para tropezar con reinos y coronas, con montones de piedras preciosas y con islas de oro, lo que traia trastornados á muchos, á no pocos nada contentos con su suerte, y á todos con aspiraciones á grandezas.

Destruir tanto castillo aéreo como se forjaban los cuerdos y los locos, derribar un número increible de creencias falsas y hasta supersticiosas, fué la empresa árdua y colosal que se propuso el autor de ese libro, al cual dais un lugar en el santuario. Y es preciso decir que lo mere-

ce. ¡Qué sentencias tan sagradas! ¡qué doctrinas tan verdaderas! ¡qué dichos tan sabios! Una sola persona interesa en ese libro, por aparecer desde el primer instante enferma del entendimiento, enloquecida por las lecturas perniciosas; pero esa persona interesa más por su fin que por sus comienzos. Entregado con ardor á buscar lo que habia leido que habia sin que lo hubiese, no hay una sola empresa en que no quede molido ó estropeado, no hay un lance que no sea un desengaño; y son éstos tan multiplicados, que al fin producen en él una mudanza, entra dentro de sí, reconoce su locura, se vuelve á Dios, le pide perdon de sus extravíos, y espira entregando su alma á su Criador.

Si esto no es grande en una epopeya, yo no sabré decir qué cosa es la grandeza; si este modo de curar las enfermedades intelectuales no es sabio, yo no sé qué cosa es ser sabio. Ese personaje es un Proteo de aquel jóven, cuya imaginacion se acaloró con pensar que, con las riquezas que habian de pertenecerle por legítima paterna, habia de recorrer un mundo de aventuras, y al fin se entregó á ellas, disipando sus haberes, y reconociendo despues sus errores, y volviendo á pedir gracia y misericordia á su padre [16]. De este modo curó el sabio autor de ese libro aquella plétora, de que se enfermó su época, de libros de romances, de invenciones y de encantos, que habia dado á millares el siglo que le habia precedido.

Señores, el modo de enseñar es tan vário como los tiempos, y tan diferente como las épocas. En las sagradas Letras vemos que Dios mismo se sirvió, por medio de sus Profetas, de cuantos recursos tiene la elocuencia humana, pues echó mano de símbolos, de tipos, de comparaciones, de diálogos, de apólogos, y hasta de un drama,

y por cierto de un drama tan divino como el *Cantar de los Cantares*. Y ¿qué quereis que os diga? ¿qué tienen que ver los libros cuyas locuras combatió Miguel de Cervántes, qué el *Amadís de Gaula* y los de Feliciano de Silva, con los que en estos tiempos andan en manos de todos, corrompiendo los corazones y enfermando los entendimientos? ¿No sería de desear que, puesto que las generaciones actuales desoyen la voz del magisterio de la Iglesia, que condena esa lectura, se levantase un ingenio grande y excepcional, que por medio de la sátira desterrase de la sociedad esa peste de las lecturas venenosas? Por medio de poner en ridículo las soñadas aventuras, curó nuestro gran Cervántes la dolencia intelectual de su tiempo, y fuera de desear que hubiera hoy dia quien consumase una hazaña semejante.

Y así tambien curó, aunque aplicando la medicina de otra manera, la otra dolencia de sus contemporáneos. Al lado de esa persona cuya suerte interesa tan vivamente, otra se vuelve tan interesante como ella, porque toma parte en sus locuras, no obstante que conoce que lo son. ¡Oh libro admirable! vuelvo á decir. Este hombre, que no ha aprendido sino á desterronar los campos, habla algunas veces como un filósofo, discurre como un sabio, pronuncia sentencias como un moralista, aparta á su señor de lances temerarios, procura curar sus locuras con lecciones de prudencia que no dijera mejor un Caton ó un Séneca. Pero él mismo está padeciendo una enfermedad que es general: él sueña en grandezas que le esperan al lado de un hombre, á quien él mismo juzga por un dementado; él cree que con el tiempo ha de empuñar el baston del mando ó de la magistratura, que se ha de encontrar con islas ó continentes; él piensa..... ¡Ah! Él

sueña en lo que sueñan los ambiciosos, los codiciosos, los hombres en general no contentos con su suerte.

Digámoslo francamente, Señores. ¿No es éste el contagio general de la sociedad? ¿No se adolece hoy, como entónces, del mismo vicio? ¿No estamos viendo el estado turbulento del mundo, que, entre otras causas, debe su orígen á esa hambre, que devora á los hombres, de querer medrar en demasía, de intentar salir de la esfera en que la Providencia ha colocado á cada uno, y de sacudir el yugo del trabajo, que Dios ha impuesto á cada hombre, y vivir en holganza, más con los sudores del prójimo que con los que han de humedecer la frente de cada uno? Pues bien; nuestro inmortal autor de ese libro hizo cuanto pudo para extirpar ese mal: dió al hombre campestre la medicina de sus locuras en los desengaños que le proporcionó una elevacion, para la cual no habia nacido, y en la cual él mismo se persuadiera que su paz, su dicha, su felicidad, consistian en estar contento con sus medianías, con sus sudores y con el trabajo de sus manos.

Este modo de enseñar es muy noble en todo terreno, es muy sabio en toda persona. Y por cierto, en *Miguel de Cervántes* es muy digno, porque no desdecia su enseñanza de su modo de obrar, pues sabemos todos muy bien que el soldado valiente del Golfo de Corinto, el cautivo por defender su religion y su bandera, y el príncipe de la literatura épica, estuvo siempre conforme con su suerte, no ambicionó honores, no deseó tener sino lo necesario para la vida; y al espirar en la pobreza, dejando para su patria un venero de glorias literarias, entró en hombros de otros en este sagrado recinto, cubierto del pobre sayal franciscano, sin más ornato que una cruz de madera entrelazada en sus dedos.

No vengan los demasiado escrupulosos á decirnos que en ese libro de tanta instruccion hay demasiados chistes; no vengan los que ni pueden traducir en su idioma extranjero ciertas frases de ese libro, porque su lengua no tiene equivalencias adecuadas y puras, ni pueden entender la fraseología de *Cervántes*, porque no oyeron su idioma desde la cuna; no vengan á decirnos que algunas veces no hay bastante severidad en el discurso, ni un magisterio condimentado con la gravedad propia del que enseña. No vengan, repito, á decirnos eso, porque tendríamos que darles una leccion sobre la naturaleza propia de cada género de literatura, y de las condiciones que ha de observar cada literato, segun su estado y su profesion. Si yo enseñase la verdad evangélica deleitando los oidos con cuentos alegres, con donaires picantes, en vez de hacerlo presentando las bellezas de la fe y los encantos de la verdad cual corresponde al magisterio, severo y suave, majestuoso y dulce, pero siempre veraz, del ministro de Dios, no ocuparia dignamente el lugar sagrado. El enseñar deleitando con gracias y cuentos que no ofenden la virtud, el pintar los vicios sociales adornando la narracion con lances y episodios que recargan el cuadro de la fealdad, para que se destaque mejor la belleza de lo que es recto y virtuoso, con tal que los oidos castos no se ofendan ni la fe padezca detrimento, es propio de los que, no estando llamados por el cielo á enseñar la fe y la doctrina revelada, toman á su cuenta el representar á sus contemporáneos los vicios de que adolecen y las faltas que cometen contra las virtudes.

¡Ah! Si me fuera permitido el cumplimiento de lo que deseo en estos momentos; si cuando somos testigos de la corrupcion de nuestra lengua, tan noble, tan rica, tan ma-

tizada de poesía, tan abundante en orientalismo, introducida por esas traducciones de novelas y romances, hechas por hombres asalariados, que ni conocen el carácter y los modismos de la suya, ni la pobreza de la extraña, me fuese dado que la venerable figura de Cervántes se incorporára; si yo le dijera que en esta época los españoles se ocupan *de* letras, como si éstas fuesen un predio; *hacen política*, como si la política fuese una pieza de paño; hacen con las flores un *bouquet*, en vez de formar un ramillete; comen en *restaurant*, cenan en *buffet*, asisten á *soirée* y van á comprar joyas en *bisuterías*, porque no hay joyerías; si me oyese decir que en España *debuta* el que estrena el estrado ó las tablas, y que una niña no toca el piano porque no sabe el *doigté;* si entendiese que hay profesiones que han sustituido los nombre de su arte con los de lenguas extranjeras [1]; si esto aconteciera, yo creo que me diria estas palabras:

«Dejadme descansar entre las sombras del sepulcro, porque ¡ah! si yo me levantára..... Al ver esa degradacion á que han llegado algunos de nuestros compatricios, volviéndose esclavos de la moda, de esa moda de querer parecer, más que hijos de Castilla, hijos de las Galias; al ser testigo de esas exhibiciones que se hacen de galicismos, podria suceder que llamase á mi antiguo *Hidalgo*, y que renovase éste aquella escena en la cual, por algo parecido á esto, arremetió con su lanza á la tienda de un parlante sin lógica, y no dejó títere con cabeza en ella.» Pero dejemos en paz del sepulcro á nuestro eminente maestro de lengua castellana, y volvamos al núcleo del discurso, que versa sobre el altísimo aprecio que hicieron nuestros grandes literatos de la virtud que ha de procurar tener el sabio católico.

Por eso posee nuestra España esa literatura tan rica en doctrina, tan pura en sus máximas, y tan amena é instructiva. Tenemos Juvenales cristianos, cuyas sátiras son una reprension contínua del vicio; Virgilios, que en églogas tambien cristianas describen los encantos de la inocencia y las dulzuras del amor santo; y otros, que en cantos heróicos refieren las hazañas militares de moros y cristianos, de araucanos y españoles, de los hijos de Anahuac y de los de la Iberia; tenemos Cicerones cristianos, que en estilo correcto del Lacio perorán por la defensa de la verdad; sin que se vea ni un ligero borron ni una sombra de mentira; tenemos vates por falanges, que se pasean por los cielos, por los astros, por las nubes, registrando las bellezas del firmamento; que viajan por desiertos, por florestas, por montes, por rios, por valles y por oteros, y conversan con los cedros, con las flores, con los corderillos, con la tórtola, con las águilas; que penetran el Océano y descienden á sus más recónditos senos, encontrando en todas partes las grandezas de Dios. Los tenemos, ademas, que se lanzan con vuelo de ángel á la mayor sublimidad de las alturas para describir la naturaleza de Dios, sus glorias increadas, sus atributos, su generacion eterna, y despues descienden á la tierra y siguen paso á paso las huellas de su Hijo y las cantan, describiéndolas siempre con la grandeza que les es innata, grandes en la cuna, grandes en el desierto, grandes en el Calvario, grandes en el Tabor.

Cualquiera que sea el género de literatura de que se trate, se encuentra en ella el sello de una grandeza que asombra. Este sello es la verdad, la pureza; verdad en la fe, pureza en los preceptos. Y ¿por qué es éste el carácter distintivo de nuestros literatos? Porque todos tenian

un mismo faro, al cual miraban cuando se lanzaban á bogar por el piélago de las investigaciones científicas; porque al andar errantes al traves del desierto, todos miraban á un norte, á una estrella; este faro, este norte, esta estrella, es el catolicismo con su magisterio. Mirad por un momento á *Miguel de Cervántes* en lo relativo á la piedad religiosa.

Este príncipe de las letras era hombre que se entretenia en conversar con los religiosos; que tenía placer en venir á este santo monasterio á ver á las almas virginales que moraban entre sus mal formados muros: que se interesaba vivamente porque las religiosas llevasen á cabo su fundacion: que frecuentaba los sacramentos, y que se hacia hermano de las cofradías instituidas para desagraviar á Jesus sacramentado de los ultrajes de los protestantes: que sometia sus escritos, ántes de publicarlos, al juicio de la Iglesia, para que ésta los corrigiera y los aprobára; y que, por fin, llegada su última enfermedad, recibia los santos sacramentos, dando pruebas expresivas de su fe, y entregaba su alma al Señor, muriendo santamente [18]. Descrita la vida y muerte de *Miguel de Cervántes*, está referida, con corta diferencia, la de todos los que lo imitaban en sus tareas literarias; y casi podemos afirmar que en ella está encerrada la de cuantos le han seguido despues. Parece que en España renuncia á ser literato el que renuncia á ser católico, pues la literatura española no es, como quiera, la hija exclusiva de la religion, sino la hija predilecta del catolicismo.

Prueba bien evidente de esto es, señores de la Academia Española, esta solemnidad que consagrais cada año al dador de todo bien. Herederos, conservadores y continuadores de las glorias literarias de España católica, con-

fesais hoy públicamente que áun las inteligencias más sublimes entre los hombres pueden padecer sus extravíos, y que al lado de una sabiduría tan extensa como la de Salomon, se pueden ver muchas miserias del corazon apasionado. Y eso que nos enseña la religion, confirmándonoslo la experiencia, lo sabeis bien por la historia de aquellos hombres sabios, por quienes derramais vuestros corazones en presencia del Señor. Yo lo recuerdo hasta con lágrimas de alegría; hubo entre ellos algunos, cuyas sienes se veian abrumadas por el peso de las guirnaldas que el mundo les consagró; pero eran católicos, y cuando llegaba el momento de encender la antorcha de la fe para registrar su propia conciencia, y examinar si entre las flores con que el mundo entretejia esas guirnaldas, se encontraban algunas que no respirasen suavidad de virtud, ó alguna que verdaderamente fuese fétida, dejaban desnudas sus frentes, humillándose ante la presencia divina, y confesando que lo bueno que habia en ellos era de Dios, y lo malo de su propia miseria. Lo que aquellos sabios, enseñados por la fe, hacian cuando vivian en la tierra, eso mismo haceis vosotros en este dia, enseñados por la caridad, pidiendo al Señor que se digne abreviar el tiempo de la expiacion por las miserias de la vida en que pudieron incurrir, y los lleve á los gozos del Paraíso.

Pero, ademas, dais testimonio solemne de vuestra catolicidad, poniéndoos en contacto con el reino de las cosas invisibles, lo que no es posible ejecutar sin que el alma tenga convicciones profundas. Y ¿cuáles son éstas? Las que la religion imprime en nuestros corazones, enseñándonos que ninguna de esas cosas transitorias que tanto halagan los sentidos, son dignas de llamar la atencion del hombre destinado á cosas más grandes, más nobles y más

sublimes. Seguramente más de uno de aquellos por quienes rogamos hoy al Altísimo, se vieron colmados de favores humanos; muchos, ademas, se vieron fovorecidos de bienes de fortuna, y no pocos de los que han cultivado las ciencias en aquellos tiempos y en los presentes, pertenecian á la clase de esos hombres ilustres, que las majestades terrenas llaman cabe sí, para que rodeen sus tronos como sus primeros defensores. Pero no es esto lo que recordamos en este dia, enseñándonoslo así, no sólo la religion, sino hasta la sana filosofía. No es el oro, no son las riquezas, no las gradezas humanas lo que da al hombre renombre perenne y gloria imperecedera "; lo que el hombre hace, lo que dice, lo que enseña, eso que parece lo más fugaz, pues son dichos y hechos que se hacen y se dicen en un instante, es lo que labra para el hombre el lauro de la inmortalidad. Esos genios ilustres que tanto enaltecieron las letras de nuestra patria y tanto brillo les dieron, tuvieron suerte muy diversa en la vida de la sociedad; la penuria fué la compañera de unos, las escaseces de no pocos, miéntras algunos nacieran entre los blancos cendales, y fueran mecidos en cunas de reyes y de semireyes. Pero en una cosa anduvieron todos á la par, y es en haber sido sus labios un vaso precioso, que conservó siempre la doctrina sana de la fe. Hé aquí, Señores de la Academia, el tributo solemne que rendis hoy á lo que es verdaderamente digno de la estimacion del sabio; hé aquí lo que profesais al pedir al cielo descanso para las almas de los literatos de nuestra España. *Est autem et multitudo gemmarum; et vas pretiosum labia scientiæ.*

Fueron hombres, es verdad, y por consiguiente estuvieron sujetos á la triste alternativa de las miserias humanas; pero conservaron en el fondo la gran virtud del

sabio, que es la sujecion de su entendimiento limitado al Entendimiento divino; la humildad, para someter sus conceptos y sus sentencias al magisterio infalible de la Iglesia, muriendo todos en su seno; reconociéndose pecadores, pero profesando solemnemente que no reconocian más estandarte de milicia que la cruz, ni más guia de doctrina que el Evangelio, ni más magisterio que el de Cristo, representado por su Vicario. Ésta era la fe de nuestros literatos, ésta era su luz, ésta su norma. Y por eso la sociedad, heredera solidaria de todo lo bueno que han hecho sus individuos, de todo lo sabio y científico que han enseñado, lo conserva como vaso precioso, siempre lleno de aromas, y lo abre de tiempo en tiempo para que éstos purifiquen el ambiente y fortifiquen á cuantos perciben la fragancia de la virtud y la sabiduría. *Est autem et multitudo gemmarum; et vas pretiosum labia scientiæ.*

Señores, á fuer de lo que soy, aunque serlo no merezco, confieso que abandono con pena esta cátedra sagrada, porque ahora precisamente debia yo empezar el discurso; ahora deberia yo entrar en un campo verdaderamente de oro. Os he hablado de un príncipe de la literatura épica, y de los que á su ejemplo descubrieron veneros de ciencia, discurriendo por todos los objetos de la creacion, y puedo decir que he viajado con vosotros por la tierra, faltándonos recorrer lo más encantador del viaje, el cielo. Dispensadme lo largo del discurso, y dadme el consuelo de que os diga dos palabras sobre lo que más que terreno es celestial.

¿No os he de traer á la memoria á la princesa de la literatura mística, á la grande é incomparable Teresa de Jesus, que abrió la era moderna de una literatura encanta-

dora, dulcísima, suavísima y extasiadora de las almas? ¿No os he de recordar á su compañero de trabajos, de ciencia, de virtudes y de glorias literarias, San Juan de la Cruz? Verdad es que casi no pertenece su memoria á la solemnidad presente, por cuanto sabemos cierta é infaliblemente que no necesitan expiaciones ni lágrimas; pero ya que no podemos tejer para ellos la guirnalda fúnebre, formémosles una gloriosa, compuesta de flores inmortales, la cual se eleve sobre ese túmulo y predique la sublimidad del fin con que cultivaron las ciencias, que fué el de elevar les almas al trato íntimo con Dios.

¡Oh España, nacion gloriosa, pueblo privilegiado! Levántate, levanta tu frente humillada hasta el polvo; ningun pueblo tuvo tus vates místicos, tus cantores sagrados, tus maestros en la vida contemplativa. ¡Qué elevacion del alma hácia Dios! ¡Qué pensamientos tan sublimes! ¡Qué expresiones tan adecuadas! ¡Qué conocimiento tan profundo de las cosas! Señores, lo que vió nuestra patria en este género de literatura, no lo vió nacion alguna. En este mismo paraje habeis oido las poesías tiernas, amorosas, arrobadoras de la misma Teresa de Jesus, de Sor Marcela y de otras almas que vivian enamoradas de Dios; y estoy seguro de que no han herido sus ecos vuestros oidos, sin que se hayan conmovido todas las fibras de vuestros corazones. Esas poesías parecen plectros angélicos, arpas de serafines, melodías celestiales; mas entre tanto, los que las componian eran seres llenos de austeridad, retirados del mundo, quienes parece que nada debian saber de él, y sin embargo, lo sabian todo, y se servian de todo para explicar sus amores, para expresarlos y para contárselos á todos, con el fin de que todos amasen lo que ellos amaban, que era Dios y sus bellezas inefables.

Pero, Señores, lo que más llama mi atencion y cautiva mi entendimiento es el ver los efectos que produce en aquellas almas el amor divino. Aquí veo á hombres entregados á la austeridad, á la soledad y al alejamiento completo del mundo; á hombres macilentos por la mortificacion, de quienes se diria al verlos que están poseidos habitualmente de ideas tétricas y pensamientos lúgubres; y sin embargo, cuando se trata de describir las finezas del amor divino, toman la lira y aparecen con todo el ardor juvenil, con las galas de una imaginacion fecunda, y brotan de sus labios cantares alegres y estrofas tan cadenciosas como encantadoras [20]. Allí es una religiosa que despreció en sus años juveniles cuanto el mundo podia brindarla, se encerró en un monasterio, y eligió para vivir una celda solitaria, donde no hay sino cuatro tabiques con alguna estampa y una efigie del Crucificado; y está tan enamorada de su soledad, que la consagra cantos llenos de una sabiduría, que más propia parece de un Gregorio Magno ó de un Agustin, que de una mujer [21].

¡Ah! Es necesario confesar que Santa Teresa de Jesus y San Juan de la Cruz renovaron entre nosotros aquel estilo florido y aquella elocuencia encantadora de San Gregorio Nacianzeno, y de otros santos padre de aquella edad de oro del siglo IV y V del cristianismo. Pero, Señores, corramos el velo de estas grandezas literarias, cuya relacion nos traslada á los espacios celestiales, donde todo es gozo y alegría. Estamos en la tierra, donde lloramos por ser valle de lágrimas, y tenemos que derramar todavía una sobre la tumba de *Miguel de Cervántes* y de cuantos á su ejemplo han cultivado las letras, y han muerto como él en el gremio santo de la Iglesia católica.

Derramémosla, pues, rogando al Dios de las misericor-

dias que se apiade de todos ellos, si todavía estuviesen sus almas detenidas en el lugar de la expiacion, á fin de que vuelen al Paraíso, y á su vez pidan por nosotros la gracia de la perseverancia en el bien hasta el último momento de nuestra vida. Lo que haceis vosotros, Señores, por vuestros maestros y compañeros en el saber, dia vendrá en que se hará tambien por vuestras almas; aunque yo deseo que los sufragios que entónces se dirijan al cielo no os sean necesarios, porque será esto una señal de que habréis transmigrado al reino de la paz eterna. Así sea.

NOTAS.

[1] Ps., XLVIII., v. 21.
[2] ISAI., cap. XXII, v. 13.
[3] JOAN., cap. I, v. 9.
[4] LUC., cap. XX, v. 38.
[5] MAT., cap. II, v. 28.
[6] Lib. IX *De Civit. Dei*, cap. X.
[7] LACTANT., lib. III, cap. IX et X.
[8] Ps. IV, v. 7.
[9] ECCLI.; cap. I, v. 1.
[10] HOMIL., XVIII *in Numer.*
[11] MAT., cap. XXV, v. 15.—LUC. XIX, 13.
[12] GEN., cap. XI, v. 1.
[13] ACT., cap. XVII, v. 18.
[14] JOEL, cap. II, v. 28.
[15] *Vida de Santa Teresa*, cap. II.
[16] LUC., cap. XV, v. 21.
[17] Esto ha sucedido en la música; nuestra lengua no tiene la palabra *dedeo* , que corresponde al *doigté* frances, ó por lo ménos no consta en el Diccionario de la Academia; sin embargo, si se usase esta palabra, significaria algo que se entendiese; pero la francesa *doigté* no significa nada en español. Pero entre tanto, tenemos en nuestra lengua las palabras de signos musicales, *breve*, *semibreve*, *mínima*, *semínima*, *semicorchea*, *fusa* y *semifusa;* y basta decir la primera, para saber que significa dos compases mayores, la segunda uno, y así de las demas. Pues bien; la moda de que en España sea todo frances, ha hecho que los autores modernos de música nos hayan despojado de aquellas voces, y hayan introducido las palabras de *cuadrada*, *redonda*,

blanca, *negra*, lo que sabe cualquiera aldeano que vea esas notas, pues se ve que, en efecto, son así, redondas, blancas y negras; y han sustituído á la semicorchea la *doble corchea*, y á la fusa y semifusa, la *triple corchea*, la *cuádruple corchea*. No es esto muy laudable.

[18] Este hombre, dotado de un entendimiento tan privilegiado, se hizo tercero de San Francisco, como consta por el asiento en los libros de la órden, cuya partida dice así: *En 2 de Abril de* 1616 *profesó en su casa, por estar enfermo, el hermano Miguel de Cervántes, en la calle del Leon, en casa de D. Francisco Martinez, clérigo, hermano de la órden.* (El Marqués de Molins, *La sepultura de Miguel de Cervántes*, página 205.)

[19] No discrepa en esto de la religion la sana filosofía. Así Isócrates decia á Nicocles estas palabras: *Magis expetendum ducito, ut liberis tuis honestam famam, quam opes magnas relinquas: nam hæ mortales sunt, illa inmortalis: pecuniæ acquiri possunt, fama pecuniis emi non potest: opes etiam improbis contingunt: gloriam vero parare non possunt, nisi virtute præstantissimi.*

[20] Comentaba el venerable padre fray José de Sigüenza el *Cantar de los Cantares* en verso sencillo, y al llegar á aquellas palabras de la esposa, que dicen: *yo para mi amado, y para mi amado yo, el cual se recrea entre azucenas* (*Cánt.*, cap. VI, v. 2), pone en los labios de ella estas palabras, hablando con sus amigas:

Cantarle he un cantarcico
Por burlar el pensamiento,
No os parezca atrevimiento
Lo que en él digo, os suplico.
Tal para tal
Somos yo y el mi zagal.

Aunque zagal pulido,
Es Rey grande y yo pastora.
Él allá en la córte mora,
Yo en el campo muy florido.
Supuesto que quiso amarme
Y consigo desposarme,
Ya soy yo de casta real.
Tal para tal
Somos yo y el mi zagal.

Si él es lirio, yo soy rosa;
Yo su nardo, él mi azucena.
Mi blanco él, yo su morena;
Él mi hermoso, yo su hermosa;
Él es bello, yo soy bella;
Él mi sol, yo soy su estrella;
El cielo, y yo celestial.
Tal para tal
Somos yo y el mi zagal.

Si él es rey, ya yo soy reina:
Si do pisa nacen flores,
Mi huella produce olores.
Yo no peno si él no pena;
Él es mio, yo soy suya.
Dame el alma, y se la doy,
Pagándole por igual.
Tal para tal
Somos yo y el mi zagal.

[21] La religiosa Sor María de la Antigua hacia un encomio de la soledad, y entre otras cosas, decía las siguientes, hablando de los efectos que produce en el alma el trato íntimo con Dios.

Donde harta quede hambrienta,
Donde de sed se traspase,
Y cuanto más agua pase,
La deje sin sed sedienta.
Donde guste sin sabor
Manná de todos sabores,
Donde huela sin olores
Lo que huele á todo olor.

Prescindiendo del mayor ó menor gusto de esta poesía, dirémos que el pensamiento de la primera estrofa es de San Bernardo, que dice estas palabras (serm. 18, *in cœna Domini*): «Cuanto más bebo del amor de Dios, más sed tengo, y sucede lo mismo á todo el que ame á Cristo, pues cuanto más se come, da más hambre, y cuanto más se bebe, da más sed.» El otro pensamiento es de San Agustin (lib. x, *Confes.*, capítulo vi): «Cuando amo á Dios, amo cierta luz, cierta voz, cierta olor, cierta comida y cierto abrazo del hombre interior. Allí resuena lo que no cabe en el espacio; allí se percibe el olor que los vientos no disipan; se saborea lo que la voracidad no arrebata, y queda todo entero lo que la saciedad no puede arrancar.»

BREVES CONSIDERACIONES

ACERCA DEL IDIOMA VÁLACO Ó ROMANCE ORIENTAL

COMPARADO CON EL CASTELLANO Y DEMAS ROMANCES OCCIDENTALES.

INFORME

LEIDO EN

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN JUNTA ORDINARIA DEL 5 DE MARZO DE 1868,

POR SU REDACTOR EL INDIVIDUO DE NÚMERO

Ilmo. Sr. D. PEDRO FELIPE MONLAU,

SOBRE EL

PEREGRINULU TRANSELVANU,

OBRA ESCRITA EN LENGUA VÁLACA,

OFRECIDA POR SU AUTOR Á DICHA CORPORACION.

Excmo. Señor: He leido y examinado, ó mejor dicho, estudiado, el ejemplar del *Peregrinulu Transelvanu* (lindo volúmen de VIII-204 pp. en 8.° marquilla, impreso en Sabiiu, 1865), que su autor el Sr. Juan German Codru Dragusiánulu, vice-capitan director del distrito de Fagaras, miembro de la Asamblea legislativa, etc., ofreció á la Real Academia Española con fecha del 6 de Marzo de 1865, y que V. E. acordó pasase á mi exámen. Este pase se verificó, pues, cerca de tres años há, circunstancia que pudiera valerme la calificacion de moroso en el desempeño de los encargos de la Academia, si no constase á V. E. que una Comision sanitaria oficial me tuvo ausente de esta silla por largos meses. Creo, sin embargo,

que nada habrá perdido con tal tardanza mi Informe, pues habiéndoseme ofrecido ocasion de hablar en Constantinopla con algunos moldo-válacos, de visitar luégo los Principados Danubianos, y de estudiar algo detenidamente la lengua del país, he podido enterarme más á mi sabor, y dar á mi trabajo, si no más interés, alguna mayor extension.

El libro que lo ha motivado es el tomo primero de una serie de Cartas que el autor escribió á un su compatriota, comunicándole las impresiones de sus viajes en Europa por los años del 1835 al 1848. Las noticias que de Lóndres y de París, de Roma y de Milan, de Nápoles y de Génova, de Petersburgo y de Frankfort, etc., comunica el viajero transilvano á su amigo, son muy curiosas, y en su estilo resplandecen constantemente las cualidades propias del sencillo, á la par que difícil, género epistolar.

Pero aquí conviene prescindir, hasta cierto punto, del fondo y del estilo, para fijarnos en el *lenguaje*, que es para nosotros lo más importante. El libro está escrito en lengua válaca ó daco-romana, lengua *romance* como la nuestra, parecida en parte á la nuestra, y en parte muy diferente; semejanza y diferencia muy naturales y propias, atendidas las circunstancias de orígen, formacion y desarrollo.—Permítame la Academia algunas breves explicaciones sobre este punto.

Con frecuencia han llamado, y llaman, la atencion del mundo político dos vastas y fértiles provincias situadas al sudeste de Europa, en ambas orillas del Bajo Danubio, conocidas en la historia con el nombre de *Valaquia* y *Moldavia*, reunidas cuando empecé este Informe bajo el gobierno del Príncipe Alejandro-Juan Couza, y hoy bajo el de otro príncipe ilustre que há por nombre Cárlos Luis

de Hohenzollern. Unos cuatro millones y medio de almas cuenta la Moldo-Valaquia, y otras tantos moldo-válacos se hallan esparcidos por Austria, Rusia, Turquía y otros diferentes puntos, formando un total de nueve á diez millones de habitantes que se dan á sí mismos el nombre de *Rumanos* ó *Romanos* (Romani), y hablan un ramance (*rumánico*, *romano*) que es la lengua oficial, litúrgica y literaria del país. Esta lengua es la llamada comunmente *válaca*, y su distrito lingüístico comprende, además de la Valaquia y la Moldavia, toda la Transilvania y la Bucovina, gran parte del Banato, algunas comarcas de Hungría y de Besarabia, extendiéndose por la derecha del Danubio hasta las antiguas provincias de Tracia, Macedonia y Tesalia.—El válaco cuenta varios dialectos, y entre ellos, como principales, el *daco-romano* ó del norte, y el *macedo-romano* ó del sur, que no ha salido del estado de patués ó lengua local, y que consta de muchos más elementos extraños, principalmente albaneses y griegos.

Los *rumanos* ó moldo-válacos profesan todos el Cristianismo: en Austria hay cosa de un millon de católicos; unos ocho millones, pues, no lo son. Todos usan el válaco en su liturgia, y todos siguen el rito griego, exceptuando unos 300.000 israelitas, y unos 125.000 católicos del rito latino, habitantes en los Principados. En éstos hay dos metropolitanos, el de Bucarest y el de Jassy. Bucarest es la capital de los dos Principados unidos, y en ella residen el Príncipe, las dos Cámaras, etc.

Los pobladores más antiguos conocidos de la Dacia procedian de Tracia y hablaban una lengua afine del ilirio, lengua muy pronto adulterada por los sármatas orientales, que invadieron el país. Después de la conquista de

la Iliria (219 años ántes de Jesucristo) y de la Mésia (30 años ántes de Jesucristo) por los romanos, el emperador Trajano convirtió tambien la Dacia en provincia romana el año 107 de nuestra era. La Dacia, cuna de los pueblos que hoy se denominan *rumanos*, quedó muy en breve romanizada, ó lo quedó desde luégo, si es cierto que las largas y sangrientas guerras sostenidas por los dacios ó getas contra los invasores extranjeros, y las grandes emigraciones que siguieron á la ocupacion por los romanos, habian causado en el país la casi desaparicion de la raza indígena, ó, por lo ménos, tal escasez de hombres, que Trajano tuvo que acordar su completa repoblacion, llevando al país colonias reclutadas de todos los distritos del Imperio..... *Trajanus, victa Daciâ, ex toto orbe Romano infinitas eò copias hominum transtulerat ad agros et urbes colendas; Dacia enim diuturno bello Decebali* VIVIS FUERAT EXHAUSTA..... Así lo dice terminantemente Eutropio, y así justifican con noble orgullo y no escaso fundamento los moldo-válacos su nombre de *romanos:* sangre romana circula, en efecto, por sus venas, habla romance suena en sus labios, y su historia no desmiente por cierto lo esforzado de la raza.—De todos modos, lo ménos que se debe admitir como incuestionable es que las colonias imperiales romanizaron mucho el país, porque era siempre considerable el influjo del poder y de la civilizacion de la antigua Roma. Sin embargo, el romano-vulgar de los colonos no se implantaba como se implantó en España, por ejemplo, sobre idiomas autóctonos afines con los antiguos del Lacio, sino sobre idiomas muy diversos; habia poca conexion entre los radicales romanos y los del país colonizado, y de aquí la escasa parte que en el vocabulario de la nueva lengua pudo hacer penetrar

el latin. En el castellano y demás romances de la Europa occidental, de cada 100 vocablos los 80 por lo ménos son de raíz latina, y en el válaco no pasa mucho de un 50 por 100 la proporcion: los radicales no latinos proceden del húngaro, del slavo, del albanés, del griego, del germánico, del turco, etc. — Añadamos tambien que la plena dominacion romana en la península ibérica duró seis siglos, y en la Dacia no pasó de siglo y medio, pues el año 272 de nuestra era el emperador Aureliano se vió precisado á ceder aquella provincia á los godos.

Esto no obstante, allí dejó Roma plantada una rama oriental de su *lingua rustica;* rama preciosa por su singularidad, no ménos que por las luminosas inducciones que facilita al complexísimo estudio del orígen y formacion de las demás lenguas neolatinas ó modernas.

Desde luégo la lengua válaca tiene de comun con sus hermanas el modo esencial y natural de formacion lexiológica, que consiste en cortar las flexiones y desinencias, y en contraer las palabras, ó sea en *descolar* y *desbarrigar* los vocablos latinos, segun la pintoresca expresion del filólogo Reiffemberg. Así formó el válaco sus substantivos *bou*, *cap*, *cristal*, *foc*, *gust*, *lin*, *ram*, etc.; sus adjetivos *alb*, *larg*, *lung*, *profund*, *surd*, *tot*, etc.; sus tiempos de verbo *cant*, *cantam*, *bat*, *batem*, *cred*, *credem*, etc., etc.

El válaco tiene los mismos pronombres que los demás romances: *io*, *eu*, *tu*, *el*, *lui*, *noi*, *voi*, *noastre*, *voastre*. Tiene tambien el socorridísimo *ce* (que), que escribe con *c* y pronuncia como el italiano su *ce* (che).

Otra afinidad del daco-romano con los demás romances es el haber reducido sus conjugaciones á las tres sabidas de *are*, *ere*, *ire;* dar las desinencias *ante*, *ente*, *udo*, *ido*, á sus participios; y adoptar los auxiliares *ser* y *aver*.

Algunas de las partes indeclinables de la oracion están tomadas del latin, como *cu* (con), *un* (uno), *mai* (más), *sau* (ó, *seu* del latin), *poi* (post), *ieri* (heri), *adi* (hodie), *mane* (mañana), etc; pero otras muchas no, como *fara* (sine), *catra* (versus), *langa* (penes), *spre* (ad, in), etc. Nótese, sin embargo, que muchas voces válacas que á primera vista parecen no latinas, lo son realmente, pero formadas bajo diverso procedimiento, ó por alteraciones distintas de las comunes en los romances de la Europa occidental. Sirvan de ejemplo *bine* (bien), *fora* (sin), *catu* (cuantos), *pote* (puede, quizás), *patru* (cuatro), *ap'a* (agua), etc. Latinos de orígen son tambien, por más que no lo parezcan, *betran* (viejo), *fartat* (compañero), *lipse* (falta), *lume* (el mundo), etc., puesto que se formaron de *veteranus*, *fœderatus* ó *frater*, *lapsus* y *lumen*, aunque con el significado algun tanto variado por la subjetividad nacional.

Hasta aquí las semejanzas. Las diferencias son algo más considerables.

Así, el válaco tiene artículo, y tomado del *ille*, *illa*, latino; pero lo declina, y ni lo antepone al nombre, ni lo usa suelto, sino que lo pospone y lo incorpora con él. El libro que nos ocupa, *verbi gracia*, se intitula *Peregrinulu Transelvanu;* pues bien, el *lu* final de *Peregrinulu* es el artículo postfijo, á la manera de las enclíticas en griego y en latin, y *Peregrinulu*, *Peregrinu-lu*, vale *Peregrino-el* ó *el Peregrino*.—De ahí el hallarse tantos vocablos acabados en *lu*, *le*, *lui*, como *Vesuviulu* (el Vesubio), *Vesuviului* (del Vesuvio), *picturele* (las pinturas), *ventulu* (el viento), *ventului* (del viento), etc., y no pocos acabados en *a*, que es nuestro artículo femenino *la*, como *cale-a* (la calle ó camino), *misiune-a* (la mision), *punte-a* (la puente), etc.

Los naturales obvian los efectos de la cacofonía que produciria la constante pronunciacion llena, haciendo casi siempre mudas la *i* y la *u* finales.

La afixion del artículo declinado, propia tambien de otras lenguas, confirma en gran manera la opinion, hoy ya vulgar entre los lingüistas, de que el orígen de la declinacion griega y latina, y de la declinacion de todos los nombres en general, no es otro que la postfixion del artículo indicativo ó demostrativo en una época muy remota de las lenguas respectivas. La postposicion de *is*, *eius*, *ei*, *eum*, *eo*, etc., es incontrovertible en *q-is*, *q-uius*, *q-ei*, *q-eum*, *q-eo*, etc.; y de ahí el que *quis* equivale á *et-is*, como nuestro *que* equivale á *y-este*. No ménos evidente es el *hi*, *horum*, *his*, *hos*, en los casos latinos *domin-i*, *domin-orum*, *domin-is*, *domin-os*, y el *os*, *on*, *ô*, en *log-os*, *log-on*, *log-ô*, ó el *ê*, *ês*, *ên*, en *kephal-ê*, *kephal-ês*, *kephal-ên*, etc. Y hé aquí la razon de no haber *artículos* en latin, como vulgarmente se dice. ¿Cómo han de llevar artículo antepuesto los nombres, si lo llevan ya de tiempo inmemorial pospuesto, é incorporado y fundido con el radical? Las lenguas parecidas en esta parte al latin, y una de ellas es la válaca, tienen *declinacion;* y las que no declinan ó no llevan el artículo enclítico, lo anteponen, supliendo las flexiones de los casos por medio de preposiciones. Á esta última categoría pertenecen el castellano y demás romances.—Verdad es que el griego, sobre llevar pospuesto é incorporado el artículo con el substantivo, lo mismo que el latin, usa además el artículo suelto y antepuesto, pero tal pleonasmo se explica muy naturalmente por el hecho innegable de que los pueblos pierden con facilidad suma, y al poco tiempo transcurrido, la conciencia del valor significativo de cada uno de los ele-

mentos de que consta un vocablo, sintetizando éste á manera de símbolo, y no volviendo á acordarse de su análisis. Los eruditos son los que andando el tiempo analizan los elementos silábicos, determinan su valor, descubren las leyes fonéticas de cada idioma, y explican las transformaciones ó alteraciones sucesivas de la estructura material de cada palabra. El vulgo no piensa siquiera en tan delicado y transcendental estudio; gracias que no se echen á reir los profanos, cuando oyen hablar de que tal estudio existe. Los latinos, áun los más sabios, ni de léjos llegaron á sospechar que su *declinacion* pudiese ser el resultado de la primitiva posposicion de un artículo y una preposicion al radical de sus nombres: tan perdida tenian la conciencia de la composicion elemental de sus *casos*, que, á pesar de ellos, y junto con los principales de ellos (acusativo y ablativo), usaban además las preposiciones *ad*, *in*, *ob*, *ex*, *de*, etc. Algo parecido acontece en castellano con muchos nombres de orígen árabe, á los cuales damos artículo castellano á pesar de llevar ya el artículo árabe antepuesto al radical, como en *al-catifa*, *al-Coran*, *al-garroba*, *a-tahona*, *a-tambor*, etc., etc. Las formas *conmí-go*, *contí-go*, *consí-go*, romanceadas de las latinas *me-cum*, *te-cum*, *se-cum*, probablemente no llevan el *con* inicial redundante, sino á causa de la natural ignorancia del pueblo, ó de no poder atinar éste en que el mismo *con* estaba representado ya por el *go* final. Igual ignorancia hizo añadir á nuestros mayores el *con* prefijo á *nusco* (nobis-cum) y *vusco* (vobis-cum), que no lo necesitaban. — Y ¿quién sabe si el válaco mismo, con el transcurso de los siglos, y á pesar del cultivo que hoy reciben las lenguas, llegará á perder la conciencia de su artículo postfijo, y adoptará el artículo suelto y antepuesto, como hace el

castellano? En camino de ello está, obscureciendo, como ha empezado á obscurecer, la pronunciacion de las finales.—(Véase la nota I.)

Dignas de notar son tambien ciertas diferencias respecto de la formacion de los tiempos del verbo. El futuro en castellano y demás romances occidentales, se forma juntando el presente de indicativo de *haber* al infinitivo del verbo: el futuro de *amar*, por ejemplo, es *amar* juntado con *he*, *has*, *ha*, *hemos* ó *habemos*, *heis* ó *habeis*, *han*. Este modo de formacion es constante, universal, puesto que ni de él se exceptúa el mismo verbo formador *haber* (haber-hé, *habré*) ni el otro axiliar *ser* (ser-hé, *seré*). Pues bien; en válaco, el verbo formador del futuro es *querer*, y no se pospone al infinitivo del otro verbo, sino que se le antepone, no se hace enclítico, como en nuestro romance, sino proclítico. El castellano dice, por ejemplo, *residir-hemos*, *ver-hemos*, etc., y el válaco dice *vomu-resiedé r*, *vomu-vedé r* (volumus-residere, volumus-videre). De suerte que así como la Europa latina del Occidente significa el futuro por la *afirmacion* de que el atributo que expresa el infinitivo verbal *llegará á ser presente*, el romance de la antigua Dacia lo significa por la *optacion*, por el deseo ó la voluntad de que se realice lo expresado por el infinitivo. Los dos modos de formacion son gramaticalmente distintos, pero ambos tienen un fundamento ideológico muy razonable. El *futuro*, con efecto, no es más que un *presente* por realizar, y así lo expresa nuestra lengua; pero tampoco es otra cosa que un *presente*, cuya realizacion generalmente se desea, se ha determinado, se quiere, y así lo expresa el válaco.

El romance daco-romano forma el condicional como el castellano, ó por medio del infinitivo y el auxiliar, pero

tambien anteponiendo éste; así dice *amu-resiedé r* (habriamos-residir, residir-iamos), *amu-vedé r* (habriamos-ver, ver-iamos): y en algunos tiempos compuestos, sobre todo cuando el tono es interrogativo, antepone el participio; dice, por ejemplo, *¿vedut-ai?* (¿visto-has?), *¿scris-eseti?* (¿escrito-habiais?).—El daco-romano, en fin, hace preceder sus infinitivos de la preposicion *a*, á la manera que el inglés antepone su *to*, anteposicion generalmente mal interpretada, y cuya explicacion debe buscarse en la afinidad psicológica de la substancia con sus accidentes, ó en la afinidad lingüística del substantivo con el verbo.—Á fin de que mejor puedan compararse las semejanzas y las diferencias de los dos romances, presento como muestra la traduccion interlineal castellana, literalísima, de dos fragmentos de una de las Cartas del *Peregrinulu*. (Véase la nota II.)

La fuerza plástica ú organizadora de los romanos hizo que las invasiones germánica y árabe encentáran apénas los *romances* occidentales, que por entónces se estaban elaborando. Su vocabulario se aumentó con algunos centenares de vocablos, y éstos préviamente martillados en el yunque de la latinizacion, pero nada más: la constitucion orgánica ó gramatical salió indemne de aquellas influencias extrañas. Lo mismo podemos decir del válaco: tambien fué puesto á prueba del contacto con los búlgaros, con las hordas tártaras, que hácia fines del siglo V (en 489) invadieron la Tracia y la Média, con los hunos (siglo IX) y los turcos (siglo XIII al XVI), pero resistió igualmente bien á aquellas influencias exóticas.

Los romances occidentales tuvieron un Carlomagno, y luégo un Renacimiento, y por último una reconstitucion política de Europa, que elevó cuatro de ellos (el castella-

no, el portugués, el italiano y el francés) á la categoría de verdaderos *idiomas* cultos; el romance oriental ó válaco, no tuvo tanta fortuna, ni se la consintieran su amor á la independencia puesto á gloriosa prueba en cien tenaces guerras. Arrinconado y modesto, forma, por decirlo así, una *isla* lingüística *romanizada* en medio de los pueblos no romanizados del Danubio, como son los búlgaros, los rusos, los magyares, los ilirios, etc. Bueno será tomar en cuenta, sin embargo, que esa *isla* va invadiendo los continentes que la rodean. El válaco, en efecto, tiene un apego entrañable á su lengua materna, y una repugnancia invencible á hablar la de los servios, húngaros y alemanes, que le cercan. El válaco no aprende ninguna de las lenguas de sus vecinos, y todos aprenden la suya; de donde resulta que el moldo-válaco ó *rumano* se va haciendo lentamente el idioma comun de todas las nacionalidades del Banato, tanto que el servio y el aleman, por ejemplo, se hablan y comunican en rumano. No parece sino que el genio y la civilizacion de la orgullosa Roma, de la *imperiosa civitas*, como la llama San Agustin, transmitieron por herencia su potente influjo á todas las razas latinas. Añadamos, empero, que aquí obra de por medio otro elemento poderosísimo, que es la religion. La diferencia de religion levanta como un muro de bronce entre los servios griegos, por ejemplo, y los servios católicos, al paso que la unidad de creencias y los lazos de un mismo culto establecen profunda simpatía entre los válacos y los servios ortodoxos. Digamos, pues, que la romanizacion del país, ó la victoria del elemento romano sobre el slavo, es debida, tanto ó más que á la índole de los respectivos idiomas, á la comunidad de creencias religiosas en los que los hablan. — (Véase la nota III.)

El válaco, sin ser desgraciado, ni mucho ménos, no tuvo tanta suerte como los romances del Occidente; así es que hubo de limitarse tan sólo á tomar lo que pudo del griego moderno y del italiano, que es el romance occidental que más se le parece, así en la parte léxica, como en la gramatical y la fonética.

Si poseyésemos pergaminos y documentos válacos escritos en la Edad Media, podriamos esclarecer un poco más la historia de esa lengua; pero lo que de ella sabemos basta colmadamente para reconocerla por *romana* de orígen y *neo-latina* de formacion. Los moldo-válacos de hoy son los descendientes de los veteranos romanos de la época de Trajano, y hablan el idioma de sus padres, tal cual mezclado con el de sus invasores, dominadores y vecinos; son un pueblo de raza latina, con un idioma nacido evidentemente de la *lingua rustica*, del romano vulgar, porque á la Dacia no llegaron por entónces ni las cadencias de Virgilio, ni los majestuosos períodos de Ciceron; no penetró allí el latin del Senado y del Foro, ni siquiera el del Pretorio; no penetró más que el latin vulgar y plebeyo de aquellas *copias* EX TOTO ORBE ROMANO *collectas*, de que habla Eutropio en el pasaje ántes citado. —(Véase la nota IV.)—Y dada la semejanza lexiológica y gramatical del romance oriental con los occidentales, ¿puede haber prueba más decisiva de que estos últimos debieron formarse tambien de la *lingua rustica*, y no del latin literario ó noble, ni mucho ménos del germánico, ni del árabe, ni de idioma alguno semítico?..... Dejo á un lado los *orígenes del latin*: éste, en su fondo radical, no es otra cosa que uno de los muchos dialectos celto-itálicos, es la misma *lengua rústica* desbastada, pulida y elevada á una perfeccion estética rival de la helénica; pero esto

mismo explica la facilidad con que aquel dialecto *celto*-itálico penetró en los nuestros *celto*-ibéricos; esto mismo explica el fácil predominio sucesivo del latin literario, su poderoso influjo en la reconstitucion de los *romances* principales, que son verdaderos idiomas *neo-latinos;* y esto, en fin, explica la necesidad presente, y perpétua, de acudir en consulta al latin, como á lengua *madre* é idioma-tipo, en todo lo que á vocabulario y organismo gramatical, á derivacion y composicion, á etimología y sinonimia, á prosodia y ortografía atañe. ¿Á quién, si no al griego arcáico, acude con filial cariño, en su actual labor de reconstitucion, el griego moderno? ¿Á quién, si no al latin, convierte sus ojos al válaco ó *rumano*, que hoy mismo está aspirando con justo anhelo á fijar definitivamente su lengua, como emblema necesario de toda nacionalidad gloriosa, é instrumento indispensable para crear una literatura que deje huella en la historia?

Por esto he dicho ántes que el romance válaco era una lengua tan preciosa por sus singularidades, como por las inducciones y comprobaciones á que convidaba su estudio. Por esto tambien, y para justificar las esperanzas del autor del *Peregrinulu*, quien, al remitirnos su libro, abriga sin duda el convencimiento de que en la Real Academia Española no ha de faltar quien se interese por un romance afine del castellano, he dado al presente informe alguna mayor extension de la que se acostumbra en el exámen de los ejemplares de libros que sus autores ofrecen á la Corporacion.

La literatura daco-romana fué exclusivamente litúrgica hasta el siglo XVI. El culto griego, introducido despues del concilio de Florencia (1439), habia influido de tal suerte en los Estados rumanos, que los libros latinos fueron echados al olvido, y los caractéres romanos substituidos por el alfabeto *cirílico* (mezcla de carácteres griegos y slavos), así llamado del monje *Cirilo*, ardiente propagador del cisma griego. Rakoczy, príncipe de Transilvania, fué el primero que en 1580 mandó imprimir la *Biblia* en caractéres latinos y predicar la palabra de Dios en rumano. Más adelante, en 1646, Eustasio, ministro del príncipe moldavo Basilio Lupu, encargado por éste de redactar un nuevo código de leyes, hizo imprimirlo tambien en caractéres latinos, poniéndole un prólogo en lindos versos.—Veinte y cinco años después, el metropolitano Doroteo publicaba el *Psalterio* en versos cuya armonía y rima son de mucho superiores á todo lo que hasta entónces se habia versificado, y en los cuales con satisfaccion se nota que los vocablos van acercándose más y más á su orígen latino.

Gradual y sucesivamente, y á despecho de todos los contratiempos, la Rumanía, al par que su nacionalidad, fué constituyendo sus *Anales*, su *Historia*, y hasta su *Parnaso* propio, durante el siglo XVIII; y en el presente, el impulso ha sido todavía mayor. En Buda se dieron á la estampa, el año 1805, por Jorge Sinkay, unos *Elementa linguæ daco-romanæ sive valachicæ*, en 12.°; veinte años despues se dió á luz un *Lexicon valachico-latino-hungarico-germanicum* (Buda, 1825), que hasta ahora es el más completo; y hoy dia, Eliade, Laureanu, Alexandrescu Urechia, Papiu, Maiorescu, Maximu, Hajdeu, Codru Dragusianu, Snagóvano, con otros cien autores contemporáneos dis-

tinguidísimos, están dotando el romance válaco de toda una literatura, de excelentes trabajos históricos y de preciosos estudios gramaticales. Nuestra Academia, á indicacion mia, acogida por el Sr. Bibliotecario con todo el celo de la mejor voluntad, ha adquirido ya las principales de esas obras. Á ellas se agrega hoy, por donacion, el *Vocabulario latino-rumano-francés* que acaba de publicar (París, 1867) el archimandrita Josafat Snagóvano, en un lindo volúmen de impresion litográfica, como verán los señores Académicos por el ejemplar que tengo el gusto de dejar sobre la mesa.— Á estas donaciones me consta que seguirán otras muchas, si la Academia Española se sirve corresponder, como espero, á los deseos de los moldo-válacos eruditos. La Valaquia nos remite sus producciones literarias, traduce á su idioma muchas de las nuestras, envia sus hijos pensionados para cursar en nuestras universidades (véase la nota v), manifiesta vivos deseos de intimar relaciones; y no parece sino que un secreto instinto le advierte todavía de que era español el valeroso Trajano, fundador de su idioma, y de que españoles eran tambien no pocos de los primeros legionarios que fueron á clavar el temido pendon del Tíber en las orillas del apartado Danubio. El eco de esa fraternidad lingüística suena á sus oidos tanto más vivo, cuanto que en la Moldavia y la Valaquia, lo mismo que en la Servia y en la Hungría, y como en Constantinopla y otras ciudades de Oriente, abundan los judíos de antigua procedencia española, los cuales hablan todavía el castellano como lengua materna.—No bajan de doscientos millones los habitantes del globo que hablan el neo-latin, figurando en esa estadística quizás por una cuarta parte el castellano; los orígenes y la formacion de las lenguas ro-

manas son hoy el objeto preferente de estudio para los filólogos de la Europa culta; el mismo griego moderno, cuya constitucion se está todavía verificando, no se desdeña de tomar en cuenta las leyes analógicas de nuestros dialectos del latin, para armonizarlas en lo posible con su idioma; y justo será que la Real Academia Española, encargada de velar por la pureza y perfeccion de una de las lenguas romances más hermosas, éntre en el comun concierto, y responda á las legítimas esperanzas que su brillante historia y sonda reputacion dejan concebir á los pueblos hermanos.

Concluyo, pues, proponiendo:

1.° Que se den las gracias al autor del *Peregrinulu Transelvanu* por su atencion;—y

2.° Que se fomenten y cultiven cuanto sea dable las buenas correspondencias y relaciones, literarias y lingüísticas, con la Moldo-Valaquia ó Rumanía.

Madrid, 1.° *de Marzo de* 1868.

PEDRO F. MONLAU.

Fué leido este Informe por su autor, y aprobado por la Academia, en junta ordinaria del 5 de Marzo de 1868, habiéndose acordado en la junta siguiente su publicacion inmediata, sin perjuicio de insertarlo, como se hace ahora, en las *Memorias* de la Corporacion.

NOTA I.

(Pág. 348 del *Informe.*)

Que la *declinacion*, en sanscrito, en griego, en latin, etc., no es más que el resultado de la incorporacion de raíces pronominales (artículos, adverbios de lugar ó preposiciones, etc.) al *tema* ó forma fundamental del nombre; y que la *conjugacion* no es otra cosa que el resultado de la incorporacion de los pronombres personales, y de los auxiliares, al tema verbal, pasa ya como doctrina corriente entre los lingüistas contemporáneos. F. Bopp ha dado á esta doctrina la fuerza de una demostracion, analizando de una manera profundísima esas sílabas, ó letras, que sirven para distinguir los casos y los números del nombre, los números, personas, tiempos, modos y voces del verbo; sílabas y letras que siempre se habian considerado como la parte más enigmática de las lenguas, y acerca de cuyo orígen ningun filólogo se habia aventurado á decidirse.— Verdad es que Court de Gébelin, Adelung, y F. Schlegel, habian sospechado algo de ese misterioso orígen, pero nada más que algo, y sin gran fundamento. Más cerca del verdadero orígen, y esto sin conocer los trabajos de Bopp, anduvo el autor de un ESSAI DE GRAMMAIRE GÉNÉRALE, que se puso como apéndice á *Les Eléments primitifs des langues*, descubiertos por la comparacion de las raíces del hebreo con las del griego, del latin y del frances, obra en la cual se examina el cómo pudieron formarse las lenguas, y lo que pueden tener de comun, por Bergier (Besanzon, 1837). Doy traducido, á continuacion, el párrafo más importante de dicho *Ensayo*, así para justificar mi aserto, como para esclarecer algun tanto la debatida cuestion de las *declinaciones*, y la no ménos obscurecida del *artículo*.

§ VII. — DECLINACION.

«Cierto gramático francés, para explicar la naturaleza del *artículo*, se vale de una comparacion que tiene por gráfica y exactísima. «El artículo precede al nombre, dice, á la manera que el lictor precedia al cónsul.»

Nomina consulibus coeunt, lictoribus arthra!
Iungentur iam gryphes equis, canibusque capellæ.

»Si el tal gramático hubiese sabido que en muchas lenguas el artículo *sigue* al substantivo, de seguro lo habria comparado á un pajo que sostiene la cola del vestido de su señora.

»Á la manera que en latin se dice indiferentemente *ille homo* ú *homo ille*, así tambien se habia dicho, en el orígen de las lenguas, *he-adam*, *ha-arts*, ó bien

adam-he, arts-ha: hé aquí los vocativos griegos y latinos λογ-ε, ἡμερ-α, *domin-e, ros-a.*

»Los substantivos, al salir de su antigua patria, para venir á vestirse á la griega y á la romana, no hicieron otra cosa que echarse atrás el artículo modificador, y tan sencilla inversion, pasando luégo á uso general y constante, engendró las declinaciones.

»En muchos nombres griegos y latinos muéstrase todavía el artículo puro y sin alteracion. Compárese, si no, el siguiente estadito:

ὁς	λογ-ος,	ἡ	κεφαλ-η,	*hi*	Domin-*i*,	*hæ*	Ros-*æ*,
οὑ	λογ-ου,	ἧς	κεφαλ-ης,	*horum*	Domin-*orum*,	*harum*	Ros-*arum*,
ᾧ	λογ-ῳ,	ᾗ	κεφαλ-ῃ,	*his*	Domin-*is*.	*his*	Ros-*is*,
ὁν	λογ-ον.	ἡν	κεφαλ-ην.	*hos*	Domin-*os*.	*has*	Ros-*as*.

»La *h*, ó aspiracion del artículo, se perdió en composicion, gastándose, como de costumbre, con el frecuente uso ó roce.

»*Hic, hæc*, hace el genitivo singular *huius*, forma que se descubre todavía en *manûs*, ántes *man-uius*, y luégo por contraccion, *man-uis*, *man-ûs*. La contraccion del mismo *huius* en *is* dió el genitivo de la tercera declinacion, *reg-is*, *soror-is*.

»*Huius* es el griego primitivo ὁιος, genitivo caido desde tiempo inmemorial en desuso, pero cuyos restos se descubren todavía en las várias declinaciones griegas. Así, suprimiendo ora la ς, salió el genitivo poético οιο, y luego οο, y por contraccion ου; ora suprimiendo una de las ο, salieron ιος, ος; y ahí tenemos los dos genitivos griegos λογ-ου, λαμπαδ-ος. — Tan verdadera es esta derivacion, como que el genitivo femenino ha conservado siempre el signo de la contraccion, ῆς, ᾶς: pues bien, si estas dos formas son visiblemente la abreviacion de ηης, αας, ¿no parece evidentísimo que el masculino ος, ου, es tambien la abreviacion ó contraccion de οιος, οος, οιο?—Fácil sería extender el mismo análisis á los demas casos.

»La lengua alemana nos ofrece un notable ejemplo de esa combinacion del nombre con el artículo. Cuando un substantivo y un adjetivo se juntan ó están unidos sin artículo, el adjetivo (que fuera de esta circunstancia obedece á otras leyes de concordancia) toma la terminacion del artículo en todos los casos, cual si el substantivo no pudiese ir jamas sin él. Ningun gramático, que yo sepa, ha sospechado siquiera la razon de esa regla singular. Todavía hay más; y es que los adjetivos posesivos, relativos y demostrativos, los cuales no pueden llevar artículo, se declinan todos como él, ó, por mejor decir, *con él*.

»Es tan cierto que el artículo se pospuso primitivamente al substantivo, como que despues de enunciar primero el nombre, se le separó á veces de su artículo modificador, no compareciendo este último hasta despues de algunas palabras intercaladas ó al final de la frase. Este fenómeno, frecuente en hebreo, embrolló bastante á los traductores latinos, que no hacian en su lengua la misma descomposicion. Verbi gracia: *Dominus in cœlo sedes eius* es un latin absurdo, al paso que el hebreo traducido es muy racional. Hay en el original *Domin-in cœlo sedes-eius*. El nombre hebreo es un puro tema, un esqueleto que corresponde perfectamente á lo que los latinos y griegos llamaban el *radical*, y, por lo tanto, no se puede decir que está en genitivo ó en acusativo, en este ó el otro caso. Traduzcamos, pues, cada palabra del texto por su correspondiente latina la más sencilla posible, y, juntando el radical con el artículo, segun los principios que dejo sentados, resultará muy llano el formar *Domini sedes in cœlo*.

»Lo mismo se explican todas las frases análogas, como las siguientes:

Moyses nescimus quid acciderit EI.
Servus meus fuit spiritus alter cum EO.
Quisque nomen eius scribes in virga EIUS.

» Esto es :

Moys-I *nescimus quid acciderit.*
Cum serv-O *me*-O *fuit spiritus alter.*
C-uiusque nomen scribes in virgâ eius.

» Muchos más ejemplos y citas pudiera poner, pero nada enseñaria ya, despues de lo dicho, á los que saben leer el griego y el hebreo y son aficionados á comparar las lenguas. Respecto de los que no se hallan en este caso, y que, siendo unos ignorantes, se hacen los escrupulosos y los difíciles, á fin de aparentar que son profundos, sin poder hacer objecion alguna con visos de sentido comun, no tengo el menor empeño en convencerles. Para mí es cosa demóstrada que *el artículo*, originariamente inseparable del nombre, luégo separado, y en uno ú otro caso antepuesto ó pospuesto, enclítico ó proclítico, *nada significa por sí, y no es más que un accidente del substantivo.*

» Pero, ¿de dónde le vinieron al nombre, ó, si se quiere, al artículo, esas inflexiones llamadas *casos?*

» ORÍGEN DE LOS CASOS. — Las relaciones de las palabras entre sí, ó lo que la Gramática llama *regímenes*, se expresan comunmente por medio de una preposicion : *la casa* DEL *padre, ir* Á *Roma.* Estas preposiciones, lo mismo que el artículo, y lo mismo que todas las partículas modificativas, se antepusieron, ó se pospusieron, al nombre que determinaban : en turco, las preposiciones se posponen constantemente. En latin y en griego, la preposicion no se pospone sino cuando está combinada con el nombre ó con el artículo, y entónces forma *declinacion.* Así, los dos ejemplos arriba presentados se traducen en latin por *domus patr-i-s, ire Rom-a-m :* las consonantes *s*, *m*, son dos preposiciones pospuestas al artículo. La primera es la conjuncion hebraica ש (sch), y la segunda es la preposicion griega εν, εμ, que expresa tránsito ó pase de la accion del sujeto á su régimen ; y de ahí el que se llamen *transitivos* los verbos que rigen el caso engendrado por dichas preposiciones. *Patris*, ó πατρος, es, por consiguiente, igual á

s-ho-patr, de el padre, y *Romam* se descompone en *em-ha-Rom.* en-la Roma.

» Engañaríase de medio á medio quien creyese que la frase *ire Romam* lleva el nombre al acusativo en virtud de una preposicion sobrentendida, y que difiere de estotra frase *amo Deum.* El ejemplo que luégo pondré del hebreo prueba que entre todo verbo y su régimen, sean los que fueren, se pudiera haber intercalado, ó intercalar, una preposicion ; ó, en otros términos, que todos los verbos llamados *activos*, porque tienen un régimen directo (que es decir no gobernado por preposicion) habrian podido quedarse *neutros ;* y, recíprocamente, que todo verbo neutro habria podido emplearse activamente y tener un régimen directo. Esto es tan claro como la luz del mediodía, y se justifica plenamente con la verdadera teoría del verbo y el mecanismo de su conjugacion.

» *Eo Romam* es un resto del antiguo método de poner la preposicion despues del nombre y del artículo ; y andando los tiempos, cuando la preposicion y el artículo terminadores no sirvieron ya más que para indicar las modificaciones de género, número y régimen, entónces, sin abandonar el uso de los casos, volvióse á la costumbre de expresar la preposicion y el artículo ántes que el substantivo. El latin no echó mano de tal recurso, pero el griego volvió á apelar á él ya de muy

antiguo; y hé aquí la razon de que el griego emplee simultáneamente los artículos y las declinaciones; superfluidad aparente, pero ocasionada por un lujo indigente.

»En los acusativos plurales *os*, *as*, *es*, se descubre la preposicion את (eth), pronunciada *as*, *es*, *os*, signo verdadero del acusativo en hebreo, y que se pone siempre delante del régimen. ברא אלהים את־השמים (bará Elohim eth ha-schamayim), *Deus creavit cœlos:* el hebreo expresa primeramente la preposicion את, *eth*, en seguida el artículo ה, *ha*; y por último el substantivo שמים, *schamayim*, miéntras que el latin sigue el órden inverso: *Cœl-ho-s.*

»Tenemos, por consiguiente, que la declinacion greco-latina no es más que la declinacion hebreo-francesa en órden inverso; y que *preguntar si una lengua tiene ó no tiene casos, es preguntar si en la tal lengua la preposicion y el artículo se ponen ántes ó se ponen despues del substantivo.*»

En verdad que para la época en que se compuso ese *Ensayo* (1836), para la edad de su autor (contaba á la sazon veinte y siete años), y para no ser sanscritista, ni estar al corriente de los trabajos de Humboldt, Grimm, Bopp, Schlegel y demás filólogos y lingüistas alemanes, no se puede profundizar más ni discurrir mejor.—Su autor (el célebre P.-J. Proudhon) renegó posteriormente de su *Ensayo*, ó se medio ruborizó de haberlo escrito; pero en mi sentir hizo mal, ó le cegó la preocupacion: tengo para mí que hoy mismo se puede sostener, con escasas modificaciones, su doctrina gramatical, y que la lingüística podria felicitarse en gran manera si el jóven impresor y corrector de pruebas de Besanzon no hubiese abandonado el campo de la filología por el de la economía social y política.

—Acerca del orígen y mecanismo de la *declinacion* del nombre, y de la *conjugacion* del verbo, pueden consultarse las obras de los filólogos ántes citados, y en especial la *Gramática comparada de las lenguas indo-europeas*, de Bopp. Las lenguas indo-europeas comparadas son el sanscrito, el zend, el armenio, el griego, el latin, el lithuanio, el slavo antiguo, el gótico y el aleman. La publicacion de esta *Gramática* ha sido el acontecimiento lingüístico más considerable del presente siglo: su primera edicion se dió á la estampa, en seis fascículos, de 1833 á 1849, y los ingleses se apresuraron á traducirla: la traduccion inglesa, hecha en Lóndres, ha llegado ya á su tercera edicion. La segunda edicion de la *Gramática comparada* la empezó Bopp en 1857: de esta segunda edicion se está publicando actualmente una traduccion francesa, de la cual han salido ya dos tomos (París, 1866 y 1868, Imprenta Imperial), hecha del aleman con sumo esmero, y aumentada con introducciones y notas por Michel Bréal, profesor de Gramática comparada en el colegio de Francia. Es un dolor que España, país donde se fantasea, y hasta encuentra proteccion, una *lengua universal*, se mantenga tan indiferente á la Filología comparada, ramo del saber humano que, creado apénas há medio siglo, se profesa ya en toda la Europa culta. Cáte-

dras, libros, periódicos, Sociedades especiales, nada le falta á esa ciencia modernísima, y que, sin embargo, ha iluminado con súbita luz el orígen y desenvolvimiento de los idiomas, modificado profundamente la etnografía y la historia, y transformado los estudios mitológicos. Y el autor de este gran movimiento científico es Francisco Bopp, profesor de lenguas orientales en la Universidad de Berlin, hombre modesto hasta la timidez, que nunca hablaba, como verdadero sabio que era, de sus importantísimos descubrimientos, y que, no obstante su avanzada edad (nació en Maguncia el 14 de Setiembre de 1791) y el mal estado de su vista, siguió, hasta el dia de su fallecimiento (ocurrido en Noviembre de 1867), cultivando entusiasta esos estudios que, á la par que esclarecen el pasado de la humanidad, civilizan y hacen al hombre *más hombre* (HUMANIORES *litteræ*), y le deleitan en su vejez, *senectutem oblectant*, como notó ya CICERON.

NOTA II.

(Pág. 349 del *Informe.*)

Hé aquí dos fragmentos (el principio y el final) de la

EPISTOLA XXVI. (*doue-diece-sî-siese*).
EPÍSTOLA XXVI. *dos-dieces-y-seis*).

Neapole. Augustu. 1842.
Nápoles. Agosto. 1842.

Cu rara abnegatiune de sinemi sî cu multu sacreféciu, me crede,
Con rara abnegacion de mismo-mí y con mucho sacrificio, me cree,
Gentilíseme! luai pen'a a mana, cá sa-tî mai scriu ceva de aici.
Gentilísimo! tomé pluma-la en mano para que-te más escriba algo de aquí.
Filosofi'a populária sta in proverbiele sele púrure bine nemerite sî
Filosofía-la popular está en proverbios-los suyos siempre bien adecuados y
cuprinsetórie de adeveru nedesputáveru.
comprehensorios de verdad no-disputable.

«La pomulu laudatu sa nu te duci cu saculu mare.»—De multe
«Á árbol-el alabado, que no te vayas con saco-el grande.» — De muchas
ori avui ocasiune sa me convingu cá in ce pusei mai multa spe-
horas tuve ocasion que me convenza que en lo que puse más mucha espe-
ránția, de acolo intempinai mai mare deceptiune; sî asié-mi facui ré-
ranza, de aquello encontré más grande decepcion; y así me hice re-

ghi'a, cá nice candu sa-mi incordu imaginatiune'a preste óre-care gra-
gla-la, que ni cuando se-me extienda imaginacion-la sobre cierto gra-
du, spre á poté privi realetate'a in fácia cu potentiosa indiferintia.
do, para poder mirar realidad-la en cara con poderosa indiferencia.

Perspectiv'a fármeca, lucrulu de departe se vede multu mai perfectu
Perspectiva-la fascina, cosa-la de léjos se ve mucho más perfecta
sî mai rosuriu; pre candu contemplatu de aprope sî in detáiu, cadu in
y más rosada; mas cuando contemplada de cerca y en detalle, caen en
ochi númai defectele; Poesi'a imaginatiunei devine pros'a triviale
ojos no mas que defectos-los; Poesía-la imaginacion-de la viene á ser prosa-la trivial
in realetate.
en realidad.

Éca asié e sî cu delicios'a Partenope.
Hé así es y con deliciosa-la Parténope.

Nu-tî descriu Neapolea dupa gradurile de lungitúdene normale de
No te describo Nápoles-a segun grados-los de longitud normal des-
la insul'a Ferro, sau de latetúdene ecatoriale, ca-ce acestea le ai pre
de isla-la Hierro, ó de latitud ecuatorial, pues que aquestas las has sobre
map'a mercatoriana, ce tî tramisei den Parisî. Nu-tî spúiu nice nu-
mapa-el de Mercator, que te trasmití desde París. No te digo ni nú-
merulu poporatiunei, ca-lu ai in geografia. Totu asié potî afiá ca
mero-el poblacion-de la, pues-lo has en geografía. Todo así puedes hallar que
guberniulu locale nu e republicanu, nu e monarcia tiermurita, buna-
Gobierno-el local no es republicano, no es monarquía terminada, por
or'a, cá in Franci'a dera nice despótecu, cá la musulmani, ci
ejemplo, como en Francia-la pero ni despótico, como-en musulmanos-los, sino
unu blandu sî parentescu absolutismu, cumu e mai acomodatu pentru
un blando y paternal absolutismo, como es más acomodado para
poporele europene nemature, cari cu tîti'a mamei sugu ide'a de
pueblos-los europeos no-maduros, quienes con teta-la madre-de la chupan idea-la de
aristocratismu, sî fiacare individu se nisuesce, nu prin fapte, ci prin
aristocratismo, y cada cual individuo se esfuerza, no por fechos, sino por
nascere, a adeverí, ca e mai bunu de catu altulu, sau celu pucinu,
nacimiento, á adverar, que es más bueno de cuanto otro-el, ó á lo ménos,
ca egalédia o suma sî intrece alta suma sî mai mare de îndividî.
que iguala una suma y traspasa otra suma y más grande de individuos.

Dera lasu este consederatiuni pré-inalte, sî me tiermurescu la lucru-
Pero dejo estas consideraciones muy-altas, y me limito á cosa-
lu nostru celu cu totulu modestu.
la nuestra la con todo-el modesta.

Tî am dîsu ca me sacrifecu prin ostenél'a ce ieu de atî scrie.
Te he dicho que me sacrifico por fatiga-la que llevo de á te escribir

Acest'a sa o iei literale. E den caus'a caldurei de 30 de graduri, ce
Aquesta que la lleves literal. Es de causa-la calor del de 30 grados, que
domnesce aici in esta epoca a anului.
domina aquí en esta época de año-del.

Venii den Franci'a plenu de energia sî activetate, sî asié luptai ca-
Vine dende Francia-la lleno de energía y actividad, y así luché al-
tuva tempu espunendu-me arsîtiei spre mirarea insoru neapoletanilo-
gun tiempo exponiéndo-me ardor-al para admiracion mismos napolitanos-de
ru, dera multu nu resistai naturei, sî eca-me preda celei mai com-
los, pero mucho no resistí naturaleza-á la, y hé-me presa de la más com-
plete indolíntia.
pleta indolencia.

In multe dîle nice potî mancá de lene, in altele cu greu sûferi
En muchos dias ni puedes comer de pereza, en otros con dificultad sufres
chiaru camési'a pre pele, sî tî cauta a jacé tinsu pre canapé tota
mismo camisa-la sobre piel, y te catas yacer tendido sobre canapé todo
diu'a in costumulu stramósiului Adamu inante de a cadé in pecatu.
dia-el en traje-el antepasado-del Adan ántes de caer en pecado.

Acumu cere cugetare sî idei bine insîrate dela omulu atat'a de
Ahora pide cogitaciones y ideas bien enseriadas de á hombre-el atan de
desmedulatu! —
desmeollado! —

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Pote nu scii istori'a tieganului la mes'a cumetrului: sa tî-o spuiu.
Puede no sepas historia-la gitano-del á mesa-la compadre-del: que te-la diga.
Unu tieganu avea cumetru romanu.
Un gitano habia compadre rumano.

Fu odata invitatu de cest'a la ospétiu sî i se servî zara cu mamali-
Fué una vez invitado por aqueste á comida y le se sirvió suero con pu-
ga calda. Dupa fire'a lui, romanulu se scusà pentru pucinetatea buca-
ches calientes. Segun ser-el de él, rumano-el se excusó por poquedad-la boca-
teloru imbiindu pre cumetrulu sa poftesca. Tieganulu, intre pro-
dos-de los convidando á compadre-el que sirviera (se). *Gitano-el, entre pro-*
testatiuni de multiamita, laudà darulu domnului sî-sî provediù pan-
testas de muchas gracias, alababa don-el Señor-del y se proveyó pan-
tecele de zara cu usura. — Se aduse apoi purcelu friptu sî placinte-
za-la de suero con usura. — Se adujo despues porcel frito y pasteles,
era tieganulu d'a se caî sî d'asî muscá búdiele la tota bucatura
pero gitano-el de á se arrepentir y de á se morder labios-los á todo bocado

ce ducea cumetrulu in gura, ca-ce elu n'avea unde sa mai bage.—
que llevaba compadre-el en boca, pues-que él no habia donde que más echar. —
Ai! cumetre, dîse in fine: «Ce bucute bine gatite, dera reu pro-
Ay! compadre, dijo en fin: «*Qué bocados bien preparados, pero mal pro-*
tivite. Trebuia anţaiu purcelatele, apoi placintatele, sî la urma sa
porcionados. Debia ántes porcelillo-el, despues pastelillos-los, y á última que
fî zaruitu, cui ar fi mai trebuitu!»—
ser suerillo, al que hubiera más debido! » —

Asié patii chiaru cu literatii mei; le numerai bucaturele de la supa
Así padecí mismo con literatos-los mios; les conté bocados-los de la sopa
pana la pome, ce se adusera in urm'a macaroniloru dupa mod'a
hasta á frutas, que se adujeron en último macarrones-de los segun moda-la
europena, cace eu nice potui gustá den acele bucate. Pre urma aflai
europea, pues que yo ni pude gustar de aquellos bocados. Sobre fin hallé
ca macaronii suntu stilpulu casei sî altele vinu in órdene,
que macarrones-los son sosten-el casa-de la y otras-las vienen en órden,
unde se pote.
donde se puede.

Tréca, merga! cugétam. Celu pucinu me voru omení Dom-
Vaya, pase! cogitaba (yo). *Á lo poquito* (ménos) *me querrán honrar Se-*
nii literatî pre spesele loru, dera tocmai acì mi se puse
ñores-los literatos á expensas-las de ellos, pero justamente aquí me se puso
siéu'a.—Nu númai ca pote nu mancásera de trei dîle, càce me
silla-la.— No no más que puede no habian comido de tres dias, pues que me
spariai, ce bagara intr' insii; dera Don Serafino avea númai unu
asusté, lo que embucharon dentro de sí; pero Don Serafin habia no más un
carlinu in pugilariu, sî Don Orazio sî-lu uitase cu totulu a casa.
carlin en cartera, y Don Horacio se le habia olvidado con todo-el en casa.
Fora nice unu cuventu solui ratiunea pentru totî, ba inca me prefa-
Sin ni una palabra pagué racion-la para todos, sino aun me fin-
cui a me superá, càce nu me onorédia cu dreptulu de a le fî anfi
gí á me enfadar, pues que no me honran con derecho-el de á les ser an-
triunu, sî mare norocu, ca tote fura éftene, númai ceva preste unu
fitrion, y gran fortuna, que todas fueran baratas, no más algo sobre un
taleru cu vinu cu totu.
thaler con vino con todo.

Aflai pre urma, ca comensalii mei erá doi asié numitî caveleri de
Hallé por fin, que comensales-los mios eran dos así nombrados caballeros de
industria, sî dupa acest'a me camu ferii de dinsii. Dumnedieu sa-tî
industria, y despues de esto me un poco guardé de ellos. Señor-Dios que te
dée sporiu.!—
dé provecho! (prosperidad).

NOTA III.

(Pág. 350 del *Informe.*)

«El elemento romano absorbe poco á poco el elemento servio en el Banato y los confines militares. Hace unos cincuenta años, el célebre escritor servio Tirol, profesor de literatura en el colegio de Temeswar, se dolia ya de la creciente romanizacion de distritos enteros que en otro tiempo eran exclusivamente servios. El movimiento ha continuado justificando sus previsiones y recelos. Temeswar y su territorio, poblados casi totalmente de servios en tiempo de Tirol, son hoy dia una ciudad y un país casi rumanos. Una gran parte de los slavos ha cedido al ascendiente de la poblacion rival, y ha emigrado al distrito de Kikinda. Muchos pueblecitos rumanos situados á la ribera derecha del canal de Bega llevan nombres servios (v. gr. *Knes*, *Bekschkerek*, etc.), y muchos apellidos, tales como *Brankowitch*, *Arandjelowitch*, etc., revelan el orígen servio de las familias rumanas que los llevan.

»No cabe duda en que el servio aventaja en muchos conceptos al rumano; pero tambien es cierto que éste último posee ciertas dotes, ó, si se quiere, ciertas propiedades, que explican perfectamente su victoria y la de su lengua sobre el elemento salvo. Señalemos ante todo el invencibie apego del rumano á su lengua materna, y su repugnancia á hablar la de los servios, húngaros, rusos y alemanes, pueblos de los cuales vive rodeado. El rumano no aprende ninguna de estas lenguas, y todos aprenden la suya; de donde resulta que el rumano (moldo-válaco) ha venido á ser el idioma comun de todas las nacionalidades del Banato, tanto, que el servio y el aleman, por ejemplo, se hablan y comunican en rumano.

»Los rumanos, por otra parte, son gente moderada en sus gustos, y poco exigentes por los servicios que prestan; los propietarios servios los emplean de muy buena gana como pastores y para la labranza, y se acostumbran á su lengua, al paso que ellos nunca se acostumbran al servio. Sucede, pues, que el labriego ó el operario rumano, como gasta poco, ahorra casi todo lo que gana, llegando á su vez á hacerse propietario. De este modo se ha fundado un barrio de trescientas casas rumanas en la ciudad de Gross-Bekchkerek, donde cincuenta años atrás no se conocia un rumano.

»Añádase que la diferencia de religion levanta como un muro de bronce entre los servios griegos y los servios católicos, al paso que la

unidad de creencias y los lazos de un mismo culto establecen profunda simpatía entre los rumanos y los servios ortodoxos. Todavía más: el padre de familia servio busca para su hija los partidos más ricos, y el padre rumano se contenta con un yerno de escasa fortuna; y así es que los mozos servios, al pedir en matrimonio á las jóvenes rumanas, dicen: *Comulgarémos en la misma copa, y un mismo sacerdote bendecirá nuestra union.* Un refran servio dice tambien, que *en la casa donde entra una válaca, presto se valaquiza todo.* Y esto basta para explicar la rumanizacion del país. Todos cuantos esfuerzos se han hecho en sentido contrario, ó sea para servizar á los rumanos, han fracasado sin remedio.»

(De una carta de M. F. Kanitz, de Viena, á la revista periódica intitulada *El Globus*, 1867.)

NOTA IV.

(Pág. 331 del *Informe.*)

El ejército capitaneado por Trajano en la conquista de la Dacia se componia de las siguientes legiones, que áun de ántes se hallaban estacionadas en los países limítrofes al de los dacios.

En la MESIA INFERIOR:

LEGIO I ITALICA, de guarnicion en Silistria, —y

LEGIO V MACEDONICA, de guarnicion en Oescus; ambas mandadas por el lugar-teniente pro-pretor Pompeyo Falco.

En la MESIA SUPERIOR:

LEGIO VII CLAUDIA PIA FIDELIS, de guarnicion en Viminacium (Widdin de hoy),—y

LEGIO IV FLAVIA FELIX, de guarnicion en Singidunum (Belgrado de hoy), mandadas por Manio Laberio Máximo.

En la PANONIA:

LEGIO II ADIUTRIX, de guarnicion en Aquincum, cerca de Alt-Ofen.

LEGIO XIV GEMINA MARTIA VICTRIX, de guarnicion en Carnuntum.

LEGIO X GEMINA, de guarnicion en Carnuntum y Vindobona, con el tribuno Q. Prifernio Peto.

LEGIO XIII GEMINA PIA FIDELIS, con las cohortes auxiliares de

1.ª CIVIUM ROMANORUM EQUITATA.

2.ª **Hispanorum.**

3.ª BRITANNICA.

Estas tropas se hallaban á las órdenes de los gobernadores pro-pretores Q. Glicio Atilio Agrícola y L. Minicio Natal.

Las otras tres legiones fueron traidas de las orillas del Rhin:

LEGIO I MINERVIA PIA FIDELIS, de guarnicion en Bonna, mandada primero por Licinio Sura, y luégo por Adriano.

LEGIO I ADIUTRIX, de guarnicion en Maguncia y Baden, á las órdenes del lugar-teniente T. Julio Máximo Broco.

LEGIO XI CLAUDIA PIA FIDELIS, de guarnicion entre Vindonisa y Baden, mandada por L. Minicio Natal, hijo.

Procedente del extremo Oriente:

LEGIO XII FULMINATA.

Los pretorianos, con los guardias de corps (*equites singulares*), tenian por jefe al prefecto Claudio Liviano, agregándose posteriormente á todas esas fuerzas un cuerpo de caballería númida, traida de África, y mandada por el príncipe Q. Lucio Quieto.

—El total del ejército no ascendia seguramente á la cifra de 600.000 hombres, como han afirmado algunos autores; pero bien puede calcularse entre la de 100.000 y 200.000.

NOTA V.

(Pág. 354 del *Informe.*)

En 1864 vinieron pensionados á Madrid, para seguir los cursos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Cental, y tomar en ella los grados, los jóvenes D. Andrés Vizanti y D. Estéban Vargoliciu. El primero sigue todavía hoy en Madrid concluyendo la carrera, siendo uno de los alumnos más sobresalientes, y habiendo ganado algunos de los premios escolares de Reglamento.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO BENAVIDES,

LEIDO EN EL ACTO DE SU RECEPCION PÚBLICA EN LA ACADEMIA EL DIA 24 DE NOVIEMBRE DE 1872.

SEÑORES ACADÉMICOS: Cuánta sea mi gratitud á la bondad que me habeis dispensado, juzgándome digno de asociar mi nombre á los trabajos con que un dia y otro ennobleceis el ministerio de que estais encargados con tanta ventaja para la lengua patria, ni puedo explicarlo, ni encuentro palabras para encarecerlo bastante. Ya en el confin de la vida, despues de una larga historia, en la que no poca parte ha tenido la política, me encuentro entre vosotros, honrado como el que más, sin otro mérito que el vehemente deseo que me ha animado desde mis juveniles años de poder algun dia contribuir con mis débiles fuerzas al mayor lustre de las letras españolas.

He deseado vuestros votos, he aspirado á tan grande recompensa; votos libres, hijos de la conciencia, y para los cuales no se tiene presente el favor de la fortuna ni la influencia del Gobierno; votos pacíficos, cuyo resultado no conduce al vano empeño de gobernar á los hombres, sino al de enseñarles la verdadera significacion de las pa-

labras, tan alterada hoy á causa del rebajamiento moral en que ha caido nuestra nacion, acomodando, como en nuevo lecho de Procusto, las máximas y pensamientos filosóficos á las acciones y tendencias utilitarias, con que la cómoda filosofía de los tiempos modernos granjea sin trabajo los medros y fortunas tan del gusto de una descreida generacion. Generosos habeis sido para conmigo, magníficos y liberales, usando, se entiende, esta palabra en el sentido que se usaba en la época de *Cervántes*, como generosos y magníficos, pues me habeis otorgado vuestros favores sin esperar recompensa. ¿Qué puede dar de sí un anciano que mira todas las cosas ya como pasadas, velado el porvenir por densas nubes en tiempos como los que corren, caminando entre ruinas, no de edificios materiales como las de Palmira, dignas de admirarse por la belleza que conservan, sino del mundo moral, que entristecen y desesperan? Reparad, Señores Académicos, el estado en que se encuentra nuestro bellísimo lenguaje, y decid en vuestro buen juicio, con el entendimiento de que Dios os ha dotado, ¿es ésa la nacion española, la de las hazañas inmarcesibles, la de los héroes sin cuento, la de los prodigios históricos, la que debeló tantos territorios, expugnó tantas ciudades, exploró regiones y atravesó todos los mares del globo? No lo parece. Entónces, cuando un solo sentimiento era el de todos los españoles, cuando hablaban una sola lengua, y su dulce sonido se oia en ambos mundos, cuando las palabras tenian su propia y genuina significacion, cuando las disputas, las querellas eran extranjeras, y el amor, la fraternidad, la union españolas, el pueblo, la nacion, el conjunto era fuerte, digno, respetable, temido y admirado de los extraños, dechado de virtud en lo presente y ejemplo para lo futuro.

La historia de un pueblo se revela en el idioma que habla; las invasiones de otras gentes dejan la huella indeleble en las costumbres, pero más que en ellas, en el habla que usaron. Las revoluciones de que fué víctima se conocen en la confusion y contradiccion con que sus habitantes se explican. Alderete, Mayans y el autor del *Diálogo de las lenguas* han notado el orígen griego y romano del habla castellana; pero no alcanzaron estos tiempos en que, divididos por la política los españoles, cada uno discurre á su manera, dando al signo que emplea el valor que le cuadra y la significacion que más le agrada. Ved, Señores, y considerad por un momento dos solas palabras, las más usadas, las más empleadas en los tiempos modernos. «Liberal y libertad.» Hasta el año de 10, liberal queria decir generoso, espléndido, magnífico; todos los españoles convenian en esta significacion; no abrigaba nadie la menor duda: desde el magnate al más rústico labriego todos convenian en ello; así lo usaron en sus inmortales obras los hablistas del siglo XVI: «Y apénas las hubo visto Don Quijote, dice Cervántes en uno de los más graciosos episodios de su inmortal obra, cuando dijo: este caballero tambien fué de los aventureros cristianos, y creo que fué más *liberal* que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre», etc.

Señores, si el tiempo lo permitiera, ¡qué ocasion no se me presentaba ahora para esclarecer un punto curiosísimo, que atañe al idioma, á saber: la influencia que las revoluciones tienen sobre él, quizá más que sobre las costumbres y sobre el modo de ser de un pueblo, que con el inopinado cambio, ó se rejuvenece si acierta en el camino que ha de andar, ó con paso acelerado se derrumba

y aniquila! Enriquece la lengua de una nacion la invasion de otra potencia. Muchas eran las que en España se hablaban ántes que fuese una, bien definida, limitada por la geografía y etnográficamente descripta; entra despues el caudaloso raudal magnífico y poderoso de la lengua romana. Pues todavía no está formado el idioma español; nuevas gentes, venidas de lejanas tierras con costumbres y trajes diversos, con orígen y lenguaje harto diferentes de los del mundo latino, entraron de rondon por las costas meridionales, y cuesta á los hijos de España setecientos años el lanzarlos de la tierra cuya independencia atacaron. Estas gentes enriquecen el idioma con numerosas voces. Al tiempo que los Reyes Católicos echaron los cimientos de una gran monarquía, mayor que el Imperio romano en lo antiguo, más pujante que la Rusia é Inglaterra en lo moderno; cuando el Gran Capitan conquistaba á Nápoles, y Cisneros las ciudades africanas situadas en la contrapuesta orilla del mar Mediterráneo, la lengua castellana ostentaba de repente su lozanía y vigor, como si aquel instrumento, torpe hasta entónces y descuidado, hubiese sido dado por Dios en tal ocasion para cantar las hazañas de tantos héroes y ser el eco de la fama en regiones apartadas, inmortalizando en la redondez de la tierra el nombre y el poderío de la nacion española.

Permitidme, Señores, este desahogo; pues qué, ¿no somos todos españoles, no nos es lícito, volviendo los ojos hácia los tiempos que pasaron, indemnizar las memorias de nuestra patria, haciendo resaltar las glorias pasadas, borrando las ignominias posteriores? Bueno ha sido tener algun caudal acumulado, que á no ser por esto, en los tiempos miserables que hemos alcanzado, ni para

mentada entre las gentes hubiera valido nuestra historia. Si los hijos y los nietos han visto á la patria decaida y humillada y con desden tratada por codiciosos extranjeros, los abuelos y los padres contemplaron orgullosos la pujanza de aquella tierra, cuyos reyes y ministros así disponian de las ajenas como defendian la suya, guardándola sin menoscabo. La soberbia Inglaterra gobernada estuvo por un rey español, y la corona de Castilla, con la mano de la inmortal reina doña Isabel I, solicitada por un gran número de príncipes, los primeros de Europa.

Hagamos aquí un alto. Llegamos al instante supremo de los plácemes y enhorabuenas. Artes, ciencias, gloria y fama, todo, no solamente va á reinar esplendorosamente, sino á hacer su asiento por mucho tiempo en los ámbitos de España; llegamos, pues, á alcanzar un idioma perfecto, y unos escritores cuyas obras áun hoy nos encantan por el estilo, por el gracejo, por la entonacion, la armonía, pureza y riqueza con que están escritas. Obedeciendo á las condiciones de nuestra frágil naturaleza, fué poco á poco desvaneciéndose tanta grandeza, abatiéndose tan maravillosa altura, mermándose tan prodigiosa superioridad. Despues del poderoso César, fundador de la monarquía austriaca, despues de su hijo, el famoso rey, ¿quién habia de conocer ni prestar tributo de obediencia de buen grado á aquel rey á quien seguian los muchachos por las calles llamándole maricon y apellidándole con otros denuestos?

Todo sucumbió, ó casi todo; la lengua dió la voz de despedida; entonó el canto del cisne, dejando para memoria una obra que será leida con admiracion miéntras se conserve el gusto literario, y se tribute culto en este templo al arte del bien decir, y de escribir con pureza la

lengua castellana; tal es el libro que escribió Solís para historiar la conquista de Méjico. A grande empresa, grande escritor: dignas eran las proezas del cortesísimo Cortés de ser narradas por la elegante pluma que igualó, si no excedió, á los Marianas y Sigüenzas, tan famosos en el siglo XVI; digno era Solís de empeñar su pluma en contar una de las más famosas hazañas que refieren las crónicas antiguas y las historias modernas; pero las Musas se retiraban por entónces de nuestra patria. La guerra extranjera y la guerra civil aprestaban las armas y los ingenios, y al fragor y estruendo de los ejércitos huian espantadas las ciencias y las letras. ¿Qué nuevo frenesí acometia á los españoles, en decadencia visible hacia ya algun tiempo? ¿Cómo se habian convertido en triste soledad, en monótono silencio, los saraos y fiestas del Buen Retiro, la alegría de sus jardines, el movimiento y actividad de aquellos poetas abundantísimos, y su ingenio y agudeza y armonía y entretenimiento? El infeliz Cárlos II habia muerto, cabia su cuerpo en una estrecha tumba del panteon del Escorial, la herencia que dejaba llenaba el mundo. ¿Quién era el sucesor? Nadie lo sabía. ¿Quién la autoridad que debiera designarlo? Tampoco. Las Córtes castellanas en desuso; la nacion abatida y sin aliento; era aquélla una cuestion para la Europa de tanta entidad, que ni la podia fiar al acaso, ni tampoco, mirándola como de poca monta, abandonarla á una intriga, que tal podia considerarse el famoso testamento otorgado por el Rey poco ántes de morir, aconsejado por el cardenal Portocarrero, como sugestion divina, enderezado á salvar el alma del que se creia endemoniado, y cuyos escrúpulos no eran bastantes á acallar los exorcismos de todo el colegio de cardenales. El testamento, pues, fué el único tí-

tulo que se hizo valer para legitimar en España la nueva dinastía; pero este solo no era bastante, ni áun en aquella época, para legitimar á un extranjero y declararlo Rey de España. La eleccion no estaba en moda. España no era una monarquía electiva; sólo la fuerza podia dirimir la contienda; á dirimirla, pues, se aplicó la Europa, y cuando los mariscales franceses, vencedores en Almansa, trajeron en triunfo al nieto de Luis XIV, el pueblo español se aprestaba á secundar la victoria aprovechando los momentos de paz para nuevos triunfos literarios y científicos. Las Musas descendieron del Helicon, y al formar el cortejo de la nueva dinastía, recogieron las galanas vestiduras y los magníficos ropajes con que se habia presentado á la admiracion del mundo un siglo ántes, infundiendo en el ánimo de los esclarecidos ingenios de aquella época las selectas obras, admiracion de las edades, y recreo y solaz de los cortesanos y gente culta. ¿Qué más, Señores Académicos? Desde entónces data nuestra existencia; desde aquel tiempo empieza á aquilatarse, como el más precioso metal, el habla castellana; en aquellos dias, por último, tiene honrado principio este Cuerpo literrario, que correspondió á los altos fines y firme propósito de sus ínclitos fundadores, y que casi ha reunido en todos tiempos cuanto de saber y buen gusto se anidaba en la córte de Castilla.

No es mi propósito hacer la historia de este ilustre Instituto; pluma más docta requiere un trabajo naturalmente enlazado con los progresos y adelantamientos de las letras españolas en los tiempos modernos. Pero la Academia me permitirá decir dos palabras, sin pretensiones de historia, sino como justo homenaje á dos repúblicos insignes que me han precedido en la silla que por

vuestra benevolencia voy á ocupar. Estos dos *académicos* se llamaron D. Francisco Martinez de la Rosa y D. Luis Gonzalez Brabo. No extrañeis, Señores, si eso que se llama política, sazonado manjar que alimenta nuestra patria hoy dia de la fecha segun unos, veneno ponzoña, que se mezcla á todos nuestros actos, que mata las más loables acciones segun otros, ocupa por un momento mi atencion; si he de hacer mencion de aquel ilustre Director que escribia el *Espíritu del siglo* y la *Conjuracion de Venecia;* que de dia ocupaba la atencion pública con el famoso discurso de *paz*, *órden* y *justicia*, y de noche entretenia los ocios de los ciudadanos con el ardor de las lágrimas de Rugiero ó el eco de las tumbas de Tébas; si he de mentar siquiera al insigne orador que un dia saludaba á la democracia llamándola vírgen (cosa tan ajena á su profesion), y otro con elocuencia poderosa, con acento irritado y ademan vigoroso defendia los eternos fundamentos de las sociedades, preciso es hablar de política, pues precisamente estos dos hombres tan ilustres, tan importantes en los últimos años de los anales españoles, vivieron toda la vida de la política, y murió el uno en el colmo de la grandeza, tributando el Estado á su cadáver honores fúnebres, los mayores que la ordenanza militar concede; murió el otro en tierra extraña, víctima de las persecuciones y malquerencia de los partidos, llevando á la tumba la maldicion del *væ victis.*

Fué D. Francisco Martinez un hombre afortunado; el tiempo, la época, más que sus méritos, y éstos no eran pocos, lo hicieron todo ó casi todo. Dióse á conocer como poeta; respiró al nacer el aire de la bella Granada; exaltóse su imaginacion á la vista de la naturaleza, rica en colores, dibujos y contornos; dióle bríos á su entusiasmo,

ademas de la galanura de los campos, la historia granadina; celebró los héroes del final de la epopeya de siete siglos; admiró los insignes capitanes, cuya vida formaban el valor en los combates, la finura para con las damas, la lealtad para con los reyes, y para con Dios los sentimientos religiosos. Con el nombre de Anfriso cantó cual otro Petrarca más de una cancion á várias Lauras; con su nombre propio dirigió la idea del adorno de la plaza de Rivarrambla en el dia de la festividad del Córpus, tributo que pagaban al ménos una vez en la vida los ingenios de la ciudad de Boabdil. Volaron sus versos por los ámbitos de España; empezó la fortuna á dispensarle sus favores; celebró Andalúcía su estro poético; llegó á Cádiz la noticia del favorito de las Musas. Galiano vivia ya; niño todavía, predicaba sermones, presagiando el futuro orador de la Fontana, que conmovia al pueblo conduciéndole á su gusto, como quien poseia el secreto de mandar y dirigir los caprichos de la multitud; escribió á Martinez, encomió los versos, que, á decir verdad, no valian gran cosa, aplaudió el talento, quizás el genio, del jóven, cuyos destinos se anunciaban de un modo muy distinto del que despues admiró la generacion pasada, y de la cual quedan, por desgracia, muy pocos restos. Á aquellos dos hombres en comunicacion por las letras, más serios trabajos y acontecimientos más formales habian en lo sucesivo de unir, de separar, de volver á unir, de volverlos á separar, sirviéndose á veces de apoyo mútuo, declarándose otra vez la guerra á muerte, gozándose en su derrota ó considerando como propios los recíprocos triunfos.

Fué su historia la historia de España; tan afortunado el uno como desgraciado el otro; la tierra cubre ya á am-

bos, y si en méritos iguales, aunque distintos en el juicio que de ambos formaron los contemporáneos, la tumba los igualó; idénticos honores merecieron los dos. El cañon retumbó en las dos ceremonias; la parte oficial cumplió con los dos servidores del Estado hasta un punto que dió claro testimonio, si no de gratitud, al ménos de cortesía; faltó en ambas ceremonias el pueblo: castigaba á uno por haber sido el director, la cabeza del partido del órden; castigaba al otro con saña por su apostasía. Cosa rara en un siglo donde apénas se han mantenido una docena de hombres constantes en sus juramentos, fieles á sus opiniones, los contemporáneos, severos hasta la injusticia con Galiano, castigaban en él el pecado de toda una generacion.

Antes de hablar, Señores Académicos, de la elocuencia parlamentaria, que será el tema de mi discurso, permitidme aún dos palabras sobre el hombre, por muchos estilos singular, que me precedió en esta silla. Grandes motivos me fuerzan á no omitir su nombre. Débese en primer lugar la verdad, toda la verdad, á los muertos; la tumba impone deberes muy sagrados, como que ante ella deben callar las pasiones y recobrar la razon sus deberes, la justicia su severidad, y la imparcialidad sus fueros. Hay ademas otra consideracion. Don Luis Gonzalez Brabo, perseguido en el último período de su vida, calumniado á veces, casi siempre mal juzgado, terminó sus dias en la proscripcion, sin poder saludar á la patria ántes de cerrar los ojos, el que tanto la sirvió y tantas y tan variadas aventuras, vicisitudes, penas, trabajos y glorias habia pasado en la vida aventurera por él llevada, á contar desde su más temprana edad. ¡Cosa singular! Fué Presidente del Consejo de Ministros en los albores

de un reinado, y en el ocaso del mismo fué tambien Presidente del Consejo: precedióle al comenzar otro ministro que apénas duró veinticuatro horas; al concluir siguióle otro de veinticuatro horas tambien: el primero desapareció cuando ménos se pensaba; la historia no ha dicho todavía con verdad por qué cayó el segundo.

Venció Gonzalez Brabo todas las dificultades, que no fueron pocas; temiéronle unos, amáronle otros, y vista su poca edad, y cómo la fortuna le ayudaba en la colosal empresa de asentar la paz en tiempos turbulentos, de vencer la revolucion por primera vez desde 1833, el partido del órden puso en él los ojos, algo desconfiado, es verdad, pero agradecido á los favores que de él diariamente recibia. Buena, excelente, sin rival, fué la campaña de 1844. Redoblaron sus adversarios los clamores, las imposturas, las calumnias. No siempre la serenidad, el valor, la tranquilidad presidieron los actos de su vida pública; pero debemos decir la verdad; apénas habrá un hombre público peor tratado por sus contemporáneos que Gonzalez Brabo. Tibiamente defendido por sus amigos, era calurosamente combatido por los adversarios. Su índole resuelta le apartaba de los términos medios; su imaginacion volcánica lo colocaba en los extremos; si liberal, en nada estuvo que no fuese el primer campeon de la república; moderado, veia en sueños una constitucion verdadera, segun decia, descansando en dos bases firmísimas: la monarquía y la religion; su fantasía le llevaba á confundir los tiempos y las épocas, y por un aumento falaz de su vista veia lo que habia pasado, pero ignoraba lo que pasaba. No sé si ha llegado para su memoria el dia de la vindicacion; lo que sí sé es que fuí su compañero que fuí su amigo, y que es mi deber, hoy que ocupo en

esta docta Asamblea el puesto que él tan dignamente ocupaba, defenderlo de los tiros de la calumnia, de los dardos emponzoñados de la maledicencia, de los dichos y opiniones apasionadas de la discusion. Gonzalez Brabo defendió todas las causas, reconoció y prestó homenaje á muchos amos, pasaba de un extremo á otro en la política con demasiada facilidad, amaba hoy lo que ayer aborrecia, persiguió á sus amigos por las opiniones que conservaron, cuando, adoptando nuevos modos de vivir, subió en una noche afortunada desde la más humilde posicion al más alto puesto de las grandezas humanas: escribia contradiciendo su vida, hablaba sin tener en cuenta lo que habia dicho el dia anterior, pactaba con unos lo que habia de destruir con otros; por último, nada fijo en su ánimo, nada constante en su conducta, nada definitivo en sus resoluciones; al parecer no tenía ninguna conviccion; su fe en las instituciones humanas, ninguna; su conciencia se acomodaba á toda resolucion, y al decir de las gentes, era cosa baladí y de poca monta; ni le atormentaban los remordimientos, ni el más ligero carmin coloreaba su rostro, fuese cualquiera el género de reconvencion que oyese. *Tu es ille vir*, oia con serenidad el apóstrofe. ¿Está bien hecho el retrato? ¿Sus enemigos han dicho más? ¿Hay alguna otra ofensa que añadir á la moral, á la opinion, á la dignidad humana? No la hay, porque los odios políticos, que son inextinguibles, que traspasan los umbrales del sepulcro y llegan hasta la segunda generacion, si más hubieran descubierto, más hubieran dicho: limítase, pues, el cargo al pecado de apostasía, al pecado más comun en que incurren los mortales desde Juliano á nuestros dias, al pecado más digno de disimulo y áun de perdon, teniendo en cuenta las cir

cunstancias en que se encuentra el tornadizo, y la época ó tiempo en que pasó de una á otra opinion, de una á otra creencia. Señores Académicos, los tiempos que hemos alcanzado nos presentan un testimonio evidente de cuanto va dicho. Ya habeis visto el bosquejo que los enemigos de Gonzalez Brabo hacen de su conducta; lo pintan de mano maestra: el retrato es verdadero, en ello convenimos todos: pues bien, quitadle al retrato el nombre, ponedlo por acertijo á un hombre político, á una reunion de hombres políticos, y sucederán dos cosas: 1.ª, que muchos de la reunion, por poco numerosa que sea, se mostrarán sentidos por creerse aludidos; 2.ª, que nunca se adivinará el nombre de la persona retratada; muchos se disputarán la propiedad de todas las circunstancias, los rasgos de aquella fisonomía; sucederá lo que con los caractéres de Teofrasto, lo que ha sucedido con las pinturas individuales de La Bruyère, lo que con los personajes de Molière. No es Harpagon el que está en escena, son todos los avaros; no es Tartuffe, son todos los hipócritas; no es Gonzalez Brabo, son todos los apóstatas; esto es un vicio de la sociedad, no un crímen individual. ¿De dónde dimana? ¿cuál es su orígen? No nos proponemos averiguarlo; no es propio de esta Academia. Bástanos consignar el hecho, y decir en alta voz que la única falta, el pecado de que se acusa al insigne varon, más conocido por sus desventuras que por su fortuna, es una falta, es un pecado comun á toda una generacion.

Falta examinar el lado favorable del cuadro; ya en él la generalidad desaparece y queda sólo el individuo. En los horizontes políticos españoles aparece un dia tempestuoso, no es cosa rara; ruge el huracan, las nubes amontonadas descargan con furia, el rayo ostenta su fulgor y

abrasa cuanto toca: preciso es hacer frente á la tempestad, conjurar sus estragos, y oponer al torrente la fuerza de la razon, ó la fuerza de las armas, si aquélla no basta. Para conseguir el objeto, es preciso correr riesgos, perder la popularidad, comprometer el presente, más todavía, el porvenir, y presentarse como víctima propiciatoria á los partidos. Pues bien, llegó un dia en que fué preciso hacer frente con la palabra, con la razon, con la elocuencia, á la tormenta. Las pasiones enardecidas daban indicio de los propósitos de antemano tomados; la conjuracion manifestaba sus resoluciones, la union de las parcialidades más opuestas pregonaba ya el triunfo, y las amenazas indicaban los excesos y la disolucion social en perspectiva, y la conculcacion de todo principio, y la fuerza material dueña y señora, y en las calles y plazas el rebullicio y la violencia. ¿Quién procurará salvar la sociedad? ¿Quién pronunciará el *Quos ego* á los vientos desencadenados? Pues fué D. Luis Gonzalez Brabo. Jamás la tribuna española dió muestras de un poder tan grande como el que ostentó en los dias siguientes al 10 de Abril de 1865. Muchos triunfos oratorios ha conseguido la tribuna parlamentaria española en los sesenta y seis años de revolucion. Oradores famosos, gloria de la patria, encanto de la generacion pasada, defendieron el órden y los eternos principios sobre que descansan las sociedades, en las Córtes extraordinarias de Cádiz; del 20 al 23, entre otros, en aquella bacanal de tres años, que así puede calificarse la segunda aparicion de la libertad, recordarémos el de aquel dia, cuya sesion se llama la de las páginas, en la cual Argüelles, defendiendo los fundamentos de justicia, base del órden social, confundió, anatematizó, redujo á polvo con vigoroso razona-

miento, con frase inspirada y arrebatador estilo, la anarquía sanguinaria que promovia con frase gálica Romero Alpuente y otros imitadores de los republicanos franceses.

Pues nada, si aquello fué grande, es comparable con los esfuerzos de Gonzalez Brabo hechos en defensa de igual causa. Es verdad que las revoluciones antiguas no se parecen á las modernas; es verdad que á aquéllas les faltaba la intencion que á éstas les sobra; es verdad que la fuerza de las primeras era muy poca cosa comparada con la que éstas ostentan; es verdad que durante lo que va de siglo la revolucion ha trabajado con favorable éxito en todos los terrenos y todas las esferas, y que invadiendo hasta el templo sagrado y el augusto alcázar de la ciencia, ha querido, pretendiendo lo imposible, apoderarse de sus secretos, y con notoria usurpacion y con ridícula arrogancia pretende fundar sus inverosímiles utopias en los axiomas de la filosofía, en las verdades de la historia, en la razon de la experiencia.

Pues todo este edificio, toda esta Babel de palabras armoniosas y de mentirosas frases, vino á tierra con estrépito al derrumbarse en el Parlamento español, gracias á la incisiva elocuencia de Gonzalez Brabo, que probó una y otra vez cuán falsas eran las deducciones que se hacian para la gobernacion de los pueblos, de premisas ambiciosas, de antecedentes tan contrarios á las lecciones de la experiencia y á las verdades de la historia. Allí quedó confundido repetidas veces el sofístico modo de argüir de la moderna política; allí, con enérgica frase, con voz sonora y ademan digno, usando de todos los tonos de la elocuencia, ora patético, ya ligero é incisivo, en períodos ciceronianos unas veces, con frase limpia y con

humor festivo otras, acabando á los contrarios con la invectiva, atacando á los que atacaban, defendiendo á la sociedad de todas maneras hasta dejar la causa de la verdad, de la justicia y del derecho triunfante, en una época de pasiones y desesperacion, preliminar de más vastas perturbaciones y de más profundas revueltas.

Admiráronse sus enemigos, fueron justos al tomar en cuenta esfuerzos tan sobrehumanos; alabaron sus amigos aquella campaña tan célebre y tan celebrada, que no ofrece igual ni en los anales de la culta Inglaterra, ni en las páginas revolucionarias de la Francia.

Diez y siete discursos, pronunciados en menor número de sesiones, con toda la belleza, con todo el vigor de la lengua castellana, con la entonacion de la más grande elocuencia, con el colorido vivo que presta la pasion provocada por el sofisma del adversario; siempre pronto á la réplica, siempre contundente en el argumento, sencillo como la verdad, claro como el ejemplo, convincente hasta la desesperacion, con ejemplos sacados de la historia de los impugnadores; la campaña fué ruda, pero la victoria coronó tanto esfuerzo, y los contemporáneos tejieron una corona que honrará la memoria de aquel orador temible, que á fuerza de genio, paladin del órden y de la existencia social, salió vencedor en un certámen que más que nada probaba los adelantamientos que en pocos años habia hecho la tribuna española, igualando, si no aventajando, á todas las naciones extranjeras, ya desde larga fecha acostumbradas, en palenques semejantes, á hacer ostentacion de las galas del bien decir y á expresar en iguales términos su ardor patriótico y su pasion por la libertad.

Lo que hizo Gonzalez Brabo era y es muy difícil, pocos lo pueden hacer. Pero los hombres son injustos: el

gran orador, vencedor en aquel palenque, fué vencido en el de la fuerza: tambien los oradores griegos fueron vencidos por los reyes de Macedonia. Antonio tuvo razon contra Ciceron; Gonzalez Brabo, errante, fugitivo, cerradas para él las puertas de la patria, la muerte le sorprendió en tierra extranjera, pesada para los que tienen la desgracia de hallar en ella su tumba, insoportable para los que en ella viven, presa de las discordias civiles que hace sesenta y seis años nos afligen.

Señores: si no he demostrado lo que me proponia en esta primera parte, achacadlo á mi insuficiencia, no á mis buenos propósitos, que no son otros que los de rendir un homenaje digno de vosotros al mérito injustamente perseguido, y á la amistad de un compañero desgraciado y digno de mejor suerte.

La elocuencia en todos tiempos ha sido arte poderoso para gobernar los pueblos; nació con las sociedades, y áun las más imperfectas presentan en la historia claro testimonio, pruebas irrecusables de haberla conocido. El más valeroso, como el más elocuente, fué capitan, cacique, tribuno, rey. No hay pueblo alguno que no la haya cultivado; pues desde muy remotos tiempos ha sido la elocuencia orígen noble y legítimo de las riquezas, de los honores y del poder. Á la fuerza de los grandes imperios, al millon de guerreros que seguian á Xérjes ó á Filipo, las repúblicas griegas opusieron sus oradores; por el pronto los ménos vencieron á los más. Á las armas romanas ayudó grandemente la elocuencia, sus primeros oradores fueron generales; César reunió las dos cualidades hasta el punto de ser admirado por los oradores modernos, y envidiado por los generales de todas las zonas y regiones del mundo.

No nos cumple, señores, hablar de griegos y romanos; ¿y para qué? En punto á oratoria parlamentaria, ¿no tenemos los españoles ancho campo para coger flores, para buscar excelente semilla, brillantes ejemplos que imitar? Veintinueve Congresos desde el año de 1810, contando con el que acaba de salir, inocente todavía y victorioso, de las urnas de 1872, dan lugar y ofrecen ocasion propicia para estudiar, analizar y admirar todos los giros, todos los tonos, todas las bellezas, con las que varones ilustres, esperanza de la patria y gloria de la tribuna española, han llamado la atencion de propios y extraños por el espacio de más de medio siglo: historia prodigiosa, si las hay, en la cual campean á la vez hechos heróicos, reprensibles acciones, rasgos sublimes de carácter, abnegacion é ingenio, conducta tímida, egoismo vituperable, en suma, contradicciones visibles, casi sin ejemplo en los anales de otros pueblos. Ha participado la elocuencia parlamentaria de tales vicisitudes y mudanzas, notándose con particularidad cuánto se ha elevado, á medida que el asunto ha sido digno y grande, hasta haber llegado á un extremo por demas honroso y sublime; y al revés, se le ha visto decaer, aniquilarse, y quedar reducida á la nulidad cuando el asunto vil y bajo se arrastraba lánguidamente por las esferas inferiores del raciocinio y del lenguaje. La historia de la elocuencia prueba en todos sus períodos este hecho, y á confirmarlo se endereza este ligero ensayo. Demóstenes en sus inmortales arengas contra Filipo abogaba por la libertad de la Grecia; más todavía, demostraba con su varonil elocuencia la lucha de dos civilizaciones, que más tarde habian de tener en Roma un vastísimo campo de batalla. ¿Cómo no habia de ser elocuente? Su genio, ayudado por el estudio, y ele-

vándose en alas de una materia que á todos tocaba, compuso aquellas inmortales obras que aún contemplan con gusto los sabios modernos.

El Senado romano, disponiendo á su antojo de la suerte del mundo, agobiado el Capitolio con los despojos del universo, citando á la barra á los reyes, príncipes y potestades de la tierra, borrando del catálogo de las naciones á estados tan poderosos como Cartago, inflamaba el ánimo de aquellos oradores, cuyos elocuentes modelos son hoy la desesperacion de los que se dedican al arte del bien decir en foros, parlamentos y plazas. Pero ¿buscamos móviles, causas para la elocuencia? ¿Hay acaso un acontecimiento que satisfaga más el amor propio de los españoles, que más los entusiasme, que con más verdad pinte el carácter altivo, el invencible denuedo, la sin igual perseverancia de que tan acabadas muestras dieron en su larga historia, como el de la gloriosa guerra de la Independencia? Entónces empezó la tribuna parlamentaria española: disputábase contra los extranjeros la independencia del territorio, los fueros de la tierra, las tradiciones y sepulcros de nuestros padres; comprendia la primera los sentimientos del corazon, con los que habia vivido y formaban parte de su existencia; eran respetados los segundos, porque en ellos se guardaban las cenizas de los héroes de Numancia y Sagunto, los vencedores de las águilas romanas, aquellos celtíberos de honrada y gloriosa memoria, indomables, fieros; raza de gigantes, que ni sufrieron ningun yugo, ni se sometieron á ninguna autoridad.

Era la elocuencia verdadera, verdaderos eran los motivos y las razones; el orador ofrecia el dón de su vida á la patria, y ántes de concluir la frase era interrumpida

por el ruido de los cañones enemigos. Las palabras y las bombas iban mezcladas, como las protestas del patriotismo ante el altar de la patria. Todo era nuevo, y todo sublime y heróico; oradores, oratoria y asunto: 1.°, la defensa; 2.°, la organizacion del Gobierno. Con la defensa se unian los nuevos sistemas, las reformas de añejos abusos, un nuevo sér, una nueva sociedad, libre del yugo extranjero, libre de arbitrariedad y de injusticias; aquella época fué la aurora de la libertad, aquel momento el glorioso de una nacion que restablece la dignidad del ciudadano, y abre nuevos horizontes á su bienandanza y felicidad.

¡Qué gloria tan pura la de los legisladores del año de 10! La intencion más sana unida á la razon más ilustrada, la abnegacion, el desinteres, todo por la patria; nó se determinaban á mentir ni á fingir; ¿cómo, con tales virtudes, no habia de resaltar la elocuencia; cómo, tratando asuntos tan graves, tan patrióticos, no habian de aparecer inspirados Argüelles, Torrero, Espiga, Mexía, Toreno y otros varios, que ennoblecieron desde su principio la tribuna española?

Discutieron la paz y la guerra, la resistencia á Napoleon sin tregua ni descanso; esto es: la condenacion de toda Europa, que habia encontrado más cómodo transigir con el vencedor que exponerse á la pérdida de su fortuna, retándolo á un duelo á muerte, durára lo que durára, y quemando las naves como Cortés.

En tales momentos la tribuna fué un eco elocuente, verídico y solemne de la opinion de todos los ciudadanos. El patriotismo por mil caminos, en los campos, en las aldeas, en las ciudades, en los claustros, en el asilo solitario de las vírgenes del Señor, en el santuario, lanzaba las

mismas imprecaciones, idénticos juramentos, ofrecia iguales votos, y hablaba el mismo lenguaje que en las Córtes cuando de guerra al invasor se trataba.

La tribuna española, señores Académicos, nació formada; su gloria más pura fué la de las Córtes Constituyentes, base y fundamento de su elocuencia la grandeza de los asuntos que trataba. Cuando se rebajó aquella grandeza escaseó el número de oradores; cuando desapareció de todo punto se presentaron los sofistas, los ignorantes, las casuistas, los retóricos. Entónces ya no hubo elocuencia. Si ésta es hija de la verdad, es hija de la mentira la argucia acompañada de la mala fe: cuando esto acontece se habla mucho, pero se habla mal; el manantial de la palabra no se agota, pero dimana de las fuentes del error, y no hay elocuencia, hay confusion, hay logomaquia, sucede lo que con las aguas torrenciales ó extraviadas, que aniegan los frutos, que pudren las raíces, que inundan los campos en vez de fertilizarlos aumentando sus productos.

Señores Académicos: hay pocos períodos en la historia tan dignos de admirarse como el de 1810 á 1812. Cuando ya en este último año aquellas Córtes extraordinarias dieron por terminada su obra; cuando ya de vencida se retiraban los ejércitos enemigos; cuando allá en los hielos del Norte, bajo una capa de blanquísima nieve, quemaban los habitantes sus moradas para que no sirvieran de albergue al conquistador; la Europa comenzaba á respirar, augurando un risueño porvenir. Los tiempos eran de fe; la época respiraba entusiasmo; el pueblo invasor habia introducido por doquiera los principios ateos y revolucionarios; la religion y la patria, en estrecha alianza unidas, rechazaban aquellas doctrinas, que ni áun los reformado-

res de Cádiz admitian; y así, miéntras que al compas de la piqueta, y siguiendo la rutina del viejo liberalismo, caian uno despues de otro los templos del Señor, miéntras las vírgenes sagradas huian á esconderse en lugar seguro de la ferocidad de los soldados, las Córtes españolas, liberales y reformadoras, aborreciendo el despotismo de los reyes, y todavía más el insolente porte de cortesanos y favoritos; poniendo á Dios por testigo de la pureza de sus intenciones, é invocando su santo nombre en el primer renglon de su imperecedera obra, exclamaban en la exaltacion y fervor religioso de esta manera, dando principio á la Constitucion de 1812: «En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Autor y supremo Legislador de la sociedad.» Así empezaba la Constitucion de 1812.

Despues de un eclipse de seis años volvió la elocuencia parlamentaria á ostentar sus bríos, proclamando las ventajas de la libertad; una y otra cosa eran inseparables compañeras, siendo condicion precisa del despotismo el más absoluto silencio. Al verdugo le incomodan los quejidos de la víctima.

Pero aquella elocuencia no era la de 1812. Era la de 1820, y entre ambas fechas habia más distancia que la de los seis años que mediaban. ¿Quién habia de inspirar á los oradores parlamentarios, eco de las sociedades secretas, demoledores y conculcadores de los principios que las Constituyentes habian conservado? Apareció, pues, la elocuencia decadente, oscura, envuelta en las nubes de la duda y de la extravagancia, militar sin fuerza, política sin principios, revolucionaria sin fanatismo ni entusiasmo. La traicion y la cobardía de un ejército no podian inflamar el ardor patriótico más, si acaso, que en unas

cuantas docenas de hombres interesados en las desgracias de la patria: hubo algunos oradores, por lo regular defensores de la buena causa. Argüelles ministro igualó, si no superó, á Argüelles diputado; y Martinez de la Rosa, casi esgrimiendo por primera vez sus armas, dió pruebas evidentísimas de la lucidez y aptitud para una brillante carrera. Rival de Martinez, el insigne Galiano pertenece á esta época, en donde hubo oradores, pero no elocuencia, ahogado el ingenio entre el temor y el escándalo de los crímenes que dieron principio á aquel período y continuaron hasta su caida entre alegrías españolas y bayonetas extranjeras.

Quisiéramos borrar de los anales parlamentarios de nuestra patria las sesiones de 9 y 11 de Enero de 1823. En ellas hablaron con furor patriótico los ministros: allí hicieron las paces Galiano y Argüelles, hasta entónces enemigos, sacrificando los odios en el altar de la patria, casi á la vista del enemigo; en aquellos dias se dijeron cosas estupendas, todas falsas, como eso de derramar hasta la última gota de sangre, de sacrificarse en aras de la patria, de la cobardía de los soldados del despotismo, del valor de los hijos de la libertad, de plantar la bandera española, llevada por los libres, en los muros de Viena; y otras frases de todos los pueblos y de todas las épocas, cuando andan los hombres, no en revolucion, sino revueltos y presa de un increible vértigo, que les oculta la verdad y el ridículo en que caen. Pero el mal cobró alientos; si no los habia para pelear, si los españoles cayeron en una postracion inexplicable, los crímenes y atroces delitos desplegaron su bandera, por desgracia, al lado de la libertad; las tribunas patrióticas, inflamando los ánimos, ejercieron un género de elocuencia que no

sirvió sino para el mal, como enderezada á promover motines, á ejercer venganzas, y á sacrificar en aras de vergonzosas pasiones los intereses y hasta el buen nombre de la patria. Cayó otra vez la libertad, enmudecieron sus oráculos; una losa funeraria, sin inscripcion, porque no la merecia, cerró aquel templo, condenado á decir mentiras, á propagar sofismas, condenado durante tres años á servir de escándalo á la Europa culta: nadie pensó en defenderlo, todos pensaron en ponerse á buen recaudo; y cuando otra vez resucitaron, cosa que pareció milagrosa, y realmente lo fué, trataron á España como país conquistado por ellos, exigiendo ser admirados como héroes los que apénas merecian ser considerados como humildes vencidos.

Recobró España la libertad; la elocuencia parlamentaria revivió, como el fénix, de sus propias cenizas; los oradores del año 12 y los del año 20 volvieron á la escena en 1834, y otros nuevos, á quienes acompañaba el brío de la juventud, presentaron modelos acabados, cada uno en su género, el uno algun tanto tribunicio, que del parlamentario se separaba, fácil, ampuloso, con metáforas é imágenes no siempre del mejor gusto, pero enérgico, florido, verdaderamente elocuente, aunque declamador; y el otro apoyado en el frio raciocinio, de frase culta, manejando con facilidad todos los tonos, y abusando del sarcasmo á veces, sacando otras un partido notable. El cambio completo de gobierno, la guerra civil, poderosos partidos con la bandera enhiesta, peligros ciertos, acciones heróicas, incertidumbre en el desenlace; dos civilizaciones en la palestra, los esfuerzos de lo antiguo al defender el puesto, los no ménos vigorosos que hacia lo nuevo por sustituir á lo antiguo. La batalla se daba de

poder á poder en el campo de la fuerza. Á los ojos del mundo ayudaba la razon lo nuevo, y los dos representantes principales, ademas de los antiguos adalides, porque la querella llevaba ya años, se llamaban Lopez y Olózaga. Hubiera sido injusticia no nombrarlos; aparecen los oradores como los metéoros; de repente se ven, se ocultan luégo, y pasan dejando un rastro luminoso. La elocuencia, que en el Parlamento por vez tercera ostentaba su fuerza, acompañada de la libertad, tenía más raíces; habian desaparecido añejos obstáculos, y luégo la victoria comenzaba á coronar los esfuerzos de los liberales. Miéntras duró la lucha, la elocuencia fué varonil, formal; tenía algo, mucho, de francesa; ostentaba sus galas y sus prendas más preciadas de claridad, verdad, sencillez y elegancia. Cuando desapareció el peligro, cuando no preocupó el cuidado de la defensa, la elocuencia se desnaturalizó, dejó de ser varonil para ser personal; no fué ilustrada, pero fué apasionada; perdió su elevacion, y en cambio fué baja, mentirosa y confusa; discutió sutilmente y se perdió en un laberinto de frases sin sentido y de significacion dudosa. Tan deplorable estado empezó el año de 40; vino acompañado, ó más bien fué su fundamento, una irrupcion de gente nueva, descontenta, que alcanzó el poder enseñoreándose de la sociedad á mano armada, por medio de una sorpresa, derogando leyes y actos parlamentarios.

La tercera resurreccion de la libertad elevó entre nosotros la elocuencia á la mayor altura que ha alcanzado, comprendiendo hasta el dia de la fecha un período de cerca de cuarenta años. En tan largo tiempo la hemos visto revolucionaria, anárquica, prudente, discutidora, filosófica, militar, pronunciada; de todas las maneras,

en fin, con que la nacion ha ensayado su estado libre, con más ó ménos expansion, con más ó ménos grados en el progreso ó retroceso de las instituciones liberales. Martinez de la Rosa defendiendo con brío y con razon la libertad razonable y templada, con palabra fácil, frase discreta, accidentes bellos, salpicados sus discursos de períodos armoniosos, sentencias profundas, admirables síntesis; Toreno con fina sátira, elegante decir, exquisito gusto, erudicion escogida y correcta diccion; Galiano improvisando discursos de gran mérito en el fondo, con la más bella forma, luciendo en aquellas inmortales obras unos períodos tan redondos, donde campeaba un solo pensamiento principal, y dependiendo de él porcion de incisos, sin olvidar ninguno, sino haciéndolos todos marchar á la par hasta su terminacion completa, armoniosa y redonda, sin faltar á las reglas de la más acabada sintáxis ni á la eufonía y cadencia propias del idioma castellano. Y dejando á un lado estos maestros, ¡qué pléyada tan numerosa no aparece, en el período de 36 á 40, de oradores ya formados, aunque principiantes, que ensayaban sus fuerzas, sin llevar todavía empresa en el escudo, en nombre de los principios de órden, combatiendo sin cesar con Argüelles, de alta nombradía; con Calatrava, de plateada voz é irresistible lógica; con Lopez, que confundia el Parlamento con la plaza pública. Estos incansables adalides pertenecian á la nueva generacion, y despues de haber recibido las lecciones de la antigua, se preparaban, por el efecto natural del curso de los tiempos, á ocupar el lugar de los maestros, sin romper el hilo de las tradiciones, sin renegar de los que les habian trazado el camino, ántes bien honrando su memoria y agradeciendo sus beneficios; se llamaban Donoso Cortés, ad-

mirado de propios y extraños, de sin par elocuencia, de peregrino ingenio, filósofo profundo, pensador, pero sujeto al yugo de la autoridad, facilísimo en el decir, vehemente, digno, jugandó con gracia y manejando con destreza los resortes y secretos del idioma castellano, atrevido en las metáforas, justo en los epítetos, propio en los términos. Donoso Cortés llevó la elocuencia á un punto tal, que amigos y adversarios aplaudian sus obras con entusiasmo y admiracion, prodigándole elogios merecidos y enalteciéndole como el primero de aquella ilustre grey que pocas veces se ve reunida en un período. Otro se llamaba Pacheco, sólo comparado á la luz que despide un faro en muchas leguas á la redonda, convirtiendo en clarísimo dia la oscuridad de la más tenebrosa noche. Perez Hernandez, en quien el amor al foro sobrepujó al deseo de figurar en política, pero que en los pocos dias que de ella se ocupó dejó testimonios de su aptitud para la elocuencia parlamentaria. Peña y Aguayo, jurisconsulto y canonista consumado, docto en materias de Hacienda, trabajador infatigable, severo en sus raciocinios, en su lógica inflexible, y en sus discursos ameno y chispeante, de gracejo y de ingenio. Pidal, el Lope de Vega del Parlamento por lo laborioso é infatigable; argumentador diestro, en quien se reunia la sutileza y manera de argumentar del peripato, la instruccion de los modernos publicistas y la poderosa dialéctica de Escoto; un hombre atleta por lo incansable en lo moral y en lo físico, que contó sus victorias por los dias de lucha, que oprimia á los adversarios con el peso de su argumentacion y de su raciocinio, que á todos confundia, áun en los momentos en que no tenía razon. Tambien envió Granada á un jóven de grandes esperanzas, de correctísima diccion, de

felices disposiciones para la tribuna, malogrado, perdido para la patria y para sus amigos en lozana juventud; pérdida tan dolorosa, que el Parlamento español no ha podido olvidar todavía. Fué éste D. Francisco de Paula Castro, primer marqués de Gerona, el cual en temprana edad alcanzó grande altura, sin que desvanecieran su vista los pocos años y escasa experiencia. Seijas Lozano, eminente jurisconsulto, elocuente, fácil, en quien se unian la ciencia y la elocuencia; que ilustraron la política española en aquel tiempo en que, pendiente aún en los campos de Navarra el litigio famoso entre lo antiguo y lo nuevo, se discutia en el Parlamento lo que la fuerza debia resolver; y muchos otros que áun viven, y que no nombramos por no alarmar su modestia, de suerte vária, pero de gran renombre.

La guerra se transigió: la razon triunfó: quedó condenado al antiguo lábaro. El moderno, dividido en jirones, amenazó con otra guerra civil: vistieron unos á la libertad con ciertas galas que iban mal al pudor de aquella matrona. Los soldados tomaron parte, que es tanto como decir que se convirtieron en amos, dictadores, dueños de todo: primera consecuencia, vencedores y vencidos; ó, lo que es lo mismo, proscripcion, segunda consecuencia. ¿Cómo discutir entre el amo y el esclavo, entre el verdugo y la víctima, entre el perseguido y el perseguidor, la intolerancia en su punto, un partido privado de los derechos de ciudadano; para el vencedor las gracias, los dones, los honores, la influencia, las riquezas; diputados, senadores, ministros, consejeros; la elucuencia proscripta; ¿cómo ha de haber emulacion, cómo valor, cómo lealtad? Triste situacion, y más triste los elementos que la apoyan; y al derrumbarse, porque de fijo cae, otros sol-

dados se aprestan al combate; los ensalzados sucumben, la elocuencia perece; ¿cómo buscarla en el ruido de las armas, en el furor de las persecuciones, entre el ruido de las revueltas?

Si en medio del torbellino de las pasiones, del estruendo de las armas, del guirigay de encontrados intereses, se disfruta de un momento de paz; entónces lo primero que recobra su brío es el Parlamento; despues de años de ruido aparece el sosiego: la tribuna ostenta nuevos talentos, ademas de los antiguos, más esclarecidos y más sólidos por la experiencia, que ha madurado las ideas.

No extrañeis si mi voz tímida, si mi apagado aliento indican que me encuentro en una situacion difícil; casi, casi me arrepiento de no haber elegido otro asunto para entrar en tan respetable Cuerpo. Yo no debo hablar de política, yo no puedo descender á ese campo vedado para todo el que no sea sacerdote de la implacable deidad que trata con desden al que no quema incienso en sus altares; y ¿cómo no hablar de política, hablando de Parlamentos, de Córtes, de trastornos políticos, de elocuencia parlamentaria, y de todos ó la mayor parte de los hombres políticos? Imposible parece, y lo es. Al hablar de Martinez de la Rosa, al hablar de Gonzalez Bravo, hombres eminentemente políticos, preciso era recorrer el campo de sus hazañas, el mundo de sus aventuras; el primero tenía grandes títulos para ser académico; el segundo no tenía otros que el que se habia proporcionado con la palabra en el Parlamento. O callar, ó lanzarse en el campo político, con riesgo de contravenir á vuestros preceptos; no habia medio: lo primero, imposible; lo segundo, contra la costumbre; era preciso hablar, pero con discrecion, con mesura, teniendo en cuenta que este sitio no es una

tribuna de arengas políticas ni un foro de ardientes controversias, y que en este templo de la ciencia caben todas las opiniones, con la sola condicion de no hacer uso de ninguna. No sé si habré sabido desempeñar mi difícil propósito; si no lo he hecho, dispensádmelo en gracia de vuestra sin igual benevolencia.

¿Pecaré tambien contra la discrecion si os digo que la elocuencia parlamentaria corre siempre un gran riesgo, y que éste es la falta de libertad? ¿Cómo ha de acrisolarse, cómo ha de llegar á su última expresion, cómo ha de sacar sus últimas consecuencias, si el orador se ve obligado á asegurar su reeleccion, merced á las buenas gracias de un ministro? Yo, señores, no lo sé; pero si esto ocurre en España frecuentemente, si esto ha ocurrido alguna vez, no sé qué pensar de una elocuencia que se interrumpe, que se pára, que se convierte en estúpido mutismo, en las más célebres ocasiones en que los oradores debieran rivalizar con Demóstenes ó Ciceron. Ni una palabra más.

Cuenta la historia que Luis XVI, ya en el cadalso, y pronto y resignado con virtud angélica á sufrir la muerte, como adelantase dos pasos en el tablado é hiciese ademan de hablar al pueblo, y comenzase su arenga diciendo: «Franceses», el revolucionario Santerre, aquel improvisado general que nunca habia ganado batallas, mandó á las numerosas bandas de los tambores de la milicia nacional de París que tocasen un prolongado redoble. Obedecieron aquellos instrumentos de la iniquidad de un hombre y ahogaron la voz del mártir: la cabeza del Rey rodó por el suelo; el despotismo feroz de un hombre que aclamaba la libertad se burló de la dignidad y de la inteligencia humana; la conciencia general anatematizó

aquel hecho feroz. Señores, ¿cuántos redobles de tambor han mandado los gobiernos en España, impidiendo que voces elocuentes, ya probadas en muchas lides parlamentarias, hayan confundido la arrogancia ministerial?

Señores Académicos, me he extendido más de lo que hubiera deseado. Tiempo es ya de concluir; habeis visto la elocuencia parlamentaria seguir fielmente la historia y vicisitudes de la nacion, grande, magnífica, ostentando las galas del lenguaje; robusta, armoniosa, animada, viril, hablar el lenguaje de los héroes, cantar las victorias de nuestros mayores, celebrar las glorias de nuestros padres, y llegar á su apogeo con admiracion de la presente y futuras edades; la hemos visto despues revolucionaria y mentirosa, exagerada y decadente, ocultar su vergüenza, reducida á muchos años de forzado silencio. Otza vez repuesta y con vigor demostrar que en vano se le oponen diques al torrente; que todos los vence cuando, bien encaminadas las aguas, el manantial se dirige á los campos sedientos, que fertiliza y fecunda. En sus distintos períodos, unas veces filosófica, otras oscura y confusa, docta y arrebatadora, siempre es española, y si cual mal pegadizo viste las galas alguna vez de pueblos vecinos, pronto recuerda que España fué la nacion que triunfó de los romanos, de los árabes; que su lengua armoniosa dió la vuelta al mundo, que civilizó un ignorado continente, y que en ella están escritas las relaciones y viajes de Colon, las leyes de las Partidas y de las Indias, y la obra inmortal de Cérvántes.

He dicho.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO BENAVIDES,

POR EL

EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS,

DIRECTOR DE LA ACADEMIA.

SEÑORES: El nombre del Sr. D. Antonio Benavides, ya de antiguo conocido y estimado en mucho en la república de las letras, respetado en gran manera por cuantos frecuentan los estudios históricos, de ilustre y grata recordacion en los ingratos anales de nuestra vida parlamentaria; su nombre, digo, es por sí solo motivo fundado y explicacion plausible del llamamiento que de él ha hecho nuestra Academia para heredar la silla que ocuparon D. Manuel de Lardizábal, Martinez de la Rosa y Gonzalez Bravo, todos insignes hablistas y conocidísimos repúblicos.

El primer puesto, ademas, que el Sr. Benavides ocupa merecidamente en nuestra Real Academia de la Historia, de tal manera le levanta y acredita, que hay quien moteja de tardía nuestra eleccion, como si no fuese para esta tardanza explicacion bastante la modestia del ilustre Académico, aquí, como en todas partes, más atento á merecer honras que á pretenderlas, tan tímido y remiso en aceptar lo que le favorece, como celoso y diligente en desempeñar lo que le obliga.

Si asimismo el aplauso y la simpatía del público pueden ratificar nuestros nombramientos y dar sancion á nuestras elecciones, el discurso que acabais de oir será prueba completa y ejecutoria inapelable de nuestro acierto.

Al contestarle yo, debo ante todo dar testimonio del júbilo de la Academia Española, la cual cree que esta solemnidad será parte á estrechar más y más los fraternales lazos que la unen con la Real Academia de la Historia, como nacidas ambas en un mismo reinado, animadas del propio espíritu y enderezadas al mismo fin: la gloria y cultura de la patria.

Cumplido este grato deber, vuelvo sobre mí mismo la vista, y no sólo embarga mi ánimo el gozo de dar la bienvenida á un amigo ya antiguo, sino que me arredra la difícil empresa de darle respuesta. En su desempeño no hallarán novedad los que en otras ocasiones me hayan oido: explicaré brevemente la ley académica en cuya virtud este Cuerpo, *que casi ha reunido en todos tiempos cuanto de saber y gusto se anidaba en la córte de Castilla*, segun cortés expresion del Sr. Benavides, ha admitido justamente al mismo; aplicaré en seguida aquella ley á los casos de los predecesores del nuevo Académico y al suyo propio, en vista del discurso que acabais de oir; y le presentaré, en fin, como orador acreditado y como Académico laborioso, al público y á la Academia, para que el primero se ratifique en su aplauso, y la segunda entrevea los frutos de su acierto.

La Academia (permitidme esta trivial asercion) no hace la lengua, no puede crear por sí sola una palabra ni una acepcion siquiera: obra es ésta de los siglos y de las generaciones. Por eso ha dicho con razon el Sr. Benavides *que la historia de un pueblo se revela en el idioma que*

habla. Así es: el cántabro, el astur, el hombre del Norte, al par que fundaron con el hierro de sus montañas nuestra independencia, y trasmitieron la sangre de sus razas á nuestras dinastías, dieron de su lengua nombres á buena parte de nuestras comarcas. Luégo, cúando tribus nómadas de pastores armados vinieron á apacentar sus rebaños en las feraces cuencas del Duero y del Guadiana; cuando pueblos labriegos enderezaron al horizonte el fácil surco en las que hoy son llanuras de Aragon y Castilla; cuando unos y otros legaron á sus hijos tales industrias, forzoso es que les enseñáran el vário idioma en que ellos las aprendieron: ibero y celta, latino y visigodo. Más allá todavía, en nuestras fértiles provincias de Mediodia y Oriente, las hermosas entrelazan á sus negros cabellos el hespéride azahar y la púnica flor del granado, y los mancebos arrancan la plata de las fenicias minas, doman el árabe caballo en las dehesas andaluzas, y labran en sus bosques, mejor que los cartagineses, carabelas con que descubrir las ignoradas tierras de Occidente; derecho tenian, pues, para imprimir á su idioma las aspiradas vocales, los dulces sonidos y los pintorescos giros de las lenguas semíticas.

Cómo se hizo de todos estos pueblos una sola nacion, es el problema de la historia; cómo se formó con tantos dialectos una habla única, es el trabajo de la civilizacion y el estudio de la filología. Pero ¿no será meritorio acumular todos esos legados en un sólo y riquísimo tesoro comun en beneficio de todos, y ya formado, *limpiarlo* de la moneda que por extraña, ó por enmohecida, ó por falsa no debe tener curso? ¿No será importante hacer con todos esos fueros parciales del habla local una ley general que *fije* el límite de nuestros derechos y la extension

de nuestros deberes, viniendo á ser el código supremo del bien decir? Y ya *limpio* el tesoro y *fijo* su recto uso, ¿no se completará la obra poniéndola con tradicion discreta á cubierto de los caprichos de la fortuna y extendiendo con civilizador influjo su *esplendor?*

Pues ved aquí, Señores, la mision de la Academia y la ley de su existencia y de su continuacion, y los tres títulos que singularmente ó en conjunto poseidos dan entrada en ella, á saber: la erudita laboriosidad que forma el libro, la fama literaria que lo acredita, y la influencia civilizadora que lo propaga.

De los tres tiene notables ejemplos el nuevo Académico en la silla que va á ocupar. Sentóse en ella á fines del siglo pasado D. Manuel de Lardizábal y Uribe. Cuarenta y cinco años la ocupó, como de número; más de cincuenta fué académico; cerca de cuarenta fué secretario; á cuatro ediciones del *Diccionario* y otras tantas de la *Gramática* contribuyó con copiosísimos trabajos y correccion de pruebas. En tres publicaciones del *Quijote* tuvo parte, siendo compañero en una del célebre D. Vicente de los Rios. Evacuó citas y adujo autoridades de muchos clásicos; desempeñó la censura de infinitos libros; en una sola sesion presentó 1.440 cédulas para la tercera edicion del *Diccionario*; centenares de su letra existen áun en nuestro archivo. Por último, él solo copió, compulsó, ilustró y publicó el *Fuero-Juzgo*, obra notabilísima y una de las principales de nuestro repertorio. Modelo es, pues, este antecesor vuestro de incansable, erudita, desinteresada y modesta laboriosidad. Desinteresada digo, porque no le produjo lucro alguno; y tan modesta, que tengo para mí que muchos de los que me escuchan oyen por primera vez el nombre de D. Manuel de Lardizábal y Uribe, dis-

tinto de D. Miguel, su hermano. Yo deseo al Sr. Benavides que le alcance en antigüedad, ya que en laboriosidad no le ceda, en otras partes le aventaje, y en opiniones políticas no se le parezca.

Siguióse el Sr. Martinez de la Rosa; yo no sé si escribió tantas papeletas del *Diccionario* ni tantas actas como su enemigo político y antecesor en la silla y en la secretaría de la Academia. Pero ¿quién puede presentar título de popularidad más calificado? Yo no sé si sus manuscritos llenan los legajos de nuestros archivos, pero sus libros figuran en todas las bibliotecas; y si el justo renombre da aquí entrada, ¿quién hubiera cerrado la puerta á aquel de quien se acaba de decir que *de dia ocupaba la atencion pública con el famoso discurso de* PAZ, ÓRDEN *y* JUSTICIA, y *de noche entretenia los ocios de los ciudadanos con el ardor de las lágrimas de Rugiero ó con el eco de las tumbas de Tébas?*

De Gonzalez Bravo, en fin, verdadero representante, no de la erudicion laboriosa, ni de la fama literaria, sino de la influencia culta, ¿qué he de decir yo? Hombre fué de ménos escritos que discursos, de ménos discursos que actos; pero en todos y siempre apasionado amante y decidido patrono de la pura y castiza habla castellana. ¿Qué más he de añadir yo..... yo, que, pequeño como soy, en alguno de esos *diez y siete* discursos me sentí á un tiempo herido y embelesado por el hechizo de su palabra? ¡Ojalá que tanto como yo admiré sus discursos hubiera él creido mis pronósticos, que entónces ni saliera yo calificado de vaticinador seguro, ni la tierra extranjera *pesára* sobre su sepulcro!

Pero, dejando esto aparte, diré lo que á mi tésis importa más y aparece con evidencia, á saber, que es ley

de la Academia buscar cierto género de títulos allí donde el tiempo deposita cierta fuerza protectora. En los palacios al principio, en los consejos luégo, en los parlamentos al presente.

¡Coincidencia notable! Lardizábal, fanático adorador del trono; Martinez de la Rosa, restaurador del Parlamento; Gonzalez Bravo, que dice dos veces el *Quos ego*, y á quien conoceis por el retrato que acabais de oir..... y que *en los infelices tiempos que corren defendió todas las causas.* Tiene el Sr. Benavides razon cuando asegura que *aquí caben todas las opiniones, con la sola condicion de no hacer uso de ninguna.*

Títulos son, pues, valederos y antiguos la laboriosidad, la nombradía y la influencia. Feliz aquel que, como el Sr. Benavides, puede alegar los tres, y por uno ó más de ellos es preclarísimo. Pero no nos adelantemos á los tiempos, que ni tengo mucho de que disponer, ni es justo hacerlo si he de presentar, como me propongo, á vuestro elegido, ya como orador parlamentario de merecida reputacion, ya como escritor académico de reconocida autoridad.

Habia ya acaecido en España *la tercera resurreccion de la libertad*, que, segun acabais de oir, *elevó entre nosotros la elocuencia á la mayor altura que ha alcanzado.* Las Academias despertaban de un profundo letargo; los Estamentos renacian poderosos y vivideros; beneficios uno y otro con que plugo á la Providencia ilustrar la cuna de una reina niña. Aparecia, ademas, á la sazon, entre las Academias y los Estamentos, un instituto, que aún felizmente existe. Tratábase allí de literatura y de historia, pero no era academia, ni publicaba Diccionarios ni Crónicas: discutíanse la política y los códigos y la adminis-

tracion, pero no era parlamento, que de allí no salian leyes ni ministerios. No era universidad, pero tenía cátedras, y en ellas derramaron los últimos tesoros de su ciencia D. Alberto Lista y Alcalá Galiano. No era parlamento, pero tenía tribuna, y en ella cogieron sus primeros laureles Pastor Diaz y Pidal y Donoso Cortés y otros ciento. En aquellos amistosos debates y en aquellas modestas secciones se ensayaron casi todos esos grandes oradores, que andando el tiempo fueron decoro del Parlamento español, honra de esta Academia, y asunto digno del discurso de nuestro nuevo compañero.

Una noche, pues, en el Ateneo (que ya habréis comprendido que á aquella culta sociedad me voy refiriendo) tomó la palabra un caballero, de pocos á la sazon conocido, de mediana estatura, más bien grueso que delgado, de fisonomía festiva y casi burlona, la color encendida, la barba rasa y escaso pelo, cosa que hacia á la vez contraste con las melenas de los románticos de aquel tiempo, y con el aire todavía juvenil de sus facciones; llevaba al pecho la venera de Santiago, y usaba anteojos, que más parecian ocultar que no ayudar la penetrante malicia de sus miradas. Habló no poco, y habló muy bien; dió fácilmente á entender que era muy dueño del terreno histórico, y en él mejor cosechero de dudas que de afirmaciones; en la jurisprudencia se mostró versadísimo, en cosas y personas de Ultramar experimentado, su lenguaje correcto y fácil, su estilo más bien ameno que sublime; cuando combatido volvió á la defensa de su opinion, quedó su adversario maltrecho y los espectadores regocijados; tanto era el gracejo y agudeza de su diccion.

Al enterarme yo, para redactar el acta como secretario, de quién era el nuevo orador, supe: que se llamaba

D. Antonio Benavides, caballero de la provincia de Jaen, recien venido á la sazon de Puerto-Rico, de cuya Audiencia habia sido uno de los primeros oidores.

¿Benavides..... caballero cruzado..... de Jaen..... juez ademas? ¡Singulares coincidencias! Benavides se llamaba aquel favorito de Fernando IV, alevosamente muerto en Valladolid. En la provincia de Jaen, en Mártos, fueron despeñados los Carvajales, presuntos autores de aquel homicidio; y en Jaen mismo murió el jóven y débil rey á quien nuestra historia llama *el Emplazado*. El recien venido se relacionaba, pues, con la víctima por el nombre, con los ajusticiados por la patria y hasta por ser caballero de hábito, con el hecho del emplazamiento por su calidad de juez.

En cuanto á mí no necesité de informes para conocer que la aridez de los procedimientos jurídicos (no de los Carvajales, sino de Puerto-Rico) no habia alcanzado á secar la amenidad de sus estudios literarios é históricos, y que bajo la austera toga del magistrado guardaba nuestro compañero la festiva y picante agudeza del escolar y catedrático granadino. Ni se necesitaba un dón de profecía muy calificado para augurar al nuevo orador del Ateneo triunfos en la carrera parlamentaria, puesto elevado entre los guardadores de la historia patria, y ya por uno, ya por otro concepto, ó por ambos títulos, fácil acceso á este sitio, en donde hombres como el Sr. Benavides hallan siempre, no sólo asiento prevenido, sino fraternal recibimiento.

Estas presunciones mias, de que participaban cuantos en el Ateneo oyeron al Sr. Benavides, no tardaron en ser realidades. Elegido por la provincia de Jaen diputado á las Córtes de 1837, pronto ganó uno de los primeros

puestos entre los insignes oradores de aquel Congreso; contendió dignamente con Argüelles, con Calatrava, con Lopez; igualó en tersura de estilo y aventajó en pureza de diccion á nuestro Pacheco; emuló en vigor y agilidad de argumentacion con nuestro Pidal; y en agudeza de ingenio y gracia de expresion fué superior á todos esos, rivalizando con Toreno, y venciendo, cosa que se tenía por increible, con chistes de buena ley, al célebre don Bartolomé José Gallardo, tan temible en los congresos como en las bibliotecas.

Bien quisiera yo, señores, seguir, aunque fuese muy á la ligera, al Sr. Benavides, no como hombre político, sino como orador; mostraros las distintas fases de su vida, esto es, de su oratoria, ya peleando entre los contados adalides de una minoría exigua y denodada en 1839, ya en las filas de una numerosa y disciplinada mayoría en 1840, ora ocupando el medio entre dos parcialidades disgregadas de un mismo bando, ora subiendo á las alturas del poder, en el Ministerio, en la oposicion, en las comisiones, en el Senado.

Bien quisiera leeros trozos de ese mismo discurso á que he aludido, y en que prueba donosamente que *un bibliotecario no es una biblioteca*, seguro, como estoy, de que más de una vez habia de asomar la risa á vuestros labios. Quisiera asimismo citar algunas de las infinitas ocasiones en que el Sr. Benavides, valiéndose del conocimiento que tiene de nuestra lengua, de sus giros, locuciones y equívocos, ora dividiendo hábilmente un numeral para contar y calificar á un tiempo á sus contrarios, ora aplicando con fijeza un adjetivo ó un adagio, ha sabido infundir regocijo y aliento á sus amigos, ó ha desconcertado á sus adversarios; bien así como el hábil artillero cuando cono-

ce el alcance de su cañon y la fuerza explosiva de sus proyectiles.

Pero estas citas y recuerdos me llevarian á la política, y la política, Señores, es arma vedada en este sitio para todos, y en el asiento en que estoy, abusiva ademas y de mal ejemplo. La oratoria parlamentaria es sin duda alguna uno de los títulos más legítimos para venir á estos sitios; pero es como el billete de entrada, que se ostenta con lisura al subir la escalera, y al pasar estos umbrales, ó se inutiliza ó se guarda.

Y sin embargo, Señores, esa oratoria, en cuanto arte, es muy propia del estudio y exámen académicos; la tribuna, como el púlpito y el foro y la cátedra, tiene su clasificacion y reglas, y su determinacion y análisis es asunto digno de séria meditacion.

Ordinariamente se comparan las discusiones del Parlamento con las cosas de la guerra; se habla de batallas y de lides parlamentarias; ¿quién no ha oido mentar la disciplina de las mayorías, el tacto de codos de la falange ministerial, la táctica de la oposicion, la dispersion de unos y las emboscadas de otros; y cómo este adalid conoce la estrategia parlamentaria, y cómo aquel caudillo prepara un ataque brusco al alcázar del poder; éste defiende bizarramente su posicion, aquél combate de flanco una cuestion importante, y el de más allá no da tregua ni cuartel á sus adversarios, hasta que al cabo se triunfa en toda la línea, y la dispersion y fuga de los vencidos es pública y ruidosa como el triunfo de los vencedores?

Pues bien, Señores, si la oratoria parlamentaria es una guerra, séame permitido recordar que la guerra no se hace con una arma sola, sino con várias, y que cada una de ellas tiene índole y condicion diversa, obedece á dis-

tinta ley y requiere circunstancias especiales para ser empleada con ventaja; así los distintos géneros de elocuencia parlamentaria.

Ved con cuánta oportunidad y meditacion un gran general, auxiliado por entendido y discreto estado mayor, elige el lugar y el dia de la batalla; cómo atrae á su adversario á terreno favorable; con cuánto método y órden despliega sus líneas de batalla, y cuán prudente se apoya en naturales y más fuertes defensas, ahora en las márgenes de un rio, ahora en las asperezas de una cordillera, y ocupa las posiciones inexpugnables, y pone á cubierto lo que sabe que es flojo ó poco sólido. Y cómo muy al principio de la batalla, y áun ántes que hayan de una y otra parte comenzado á moverse las masas, una artillería de gran alcance y segura puntería se encarga de conmover las líneas enemigas, y áun de quebrantar las baterías ó fuertes en que se apoyan. Y luégo, ya definitivamente empeñada la accion, la disciplinada y aguerrida infantería lleva el peso de la jornada, moviéndose en todas direcciones, ora de frente, ora de flanco; ya avanza hácia las líneas enemigas, ya ejecuta en buen órden verdaderas ó falsas retiradas; ora penetra en cerrada columna por donde ve flaquear á los contrarios, ora rechazada se repliega al amparo de sus baterías, ó forma, en último apuro, el cuadro, en que no falta un Cambronne que grite elocuentemente: *La guardia muere, pero no se rinde.* A otra ley obedecen y en otras circunstancias han de emplearse los ágiles y poderosos escuadrones; ya algunos en columna de carga han mostrado la pujanza de sus corceles y la dureza de sus corazas aportillando el centro enemigo; luégo las banderolas de las ligeras lanzas ondean al galope y flanquean y envuelven el ala enemiga no bien

resguardada; al cabo, pronunciada la victoria, persiguen á los fugitivos, atajan y recogen los prisioneros.

Ni son solos éstos los lances de una campaña, las armas de un ejército ó los géneros de la oratoria en el Parlamento. Asedios hay tan estrechos, que de ellos nadie puede escapar sino remontándóse á las nubes como en un globo; plazas que no pueden ser embestidas, si el artillero no inventa y usa de aquellos maravillosos proyectiles, que iluminan y aterran á un tiempo mismo. Y áun en campo raso hay caudillos ó guerrilleros que con pocas fuerzas y mucho denuedo, á deshora, de impoviso caen sobre el ejército enemigo, cuando marcha á su parecer más seguro y majestuoso, y lo cortan y envuelven, ó por lo ménos le pican la retaguardia sin dejarle descanso ni vagar alguno.

No os molestaré yo, Señores, ahora, haciendo las aplicaciones de aquellas distintas armas de la guerra á los diversos géneros de elocuencia parlamentaria; pero séame permitido en la ocasion presente afirmar que de todos ellos se encuentran acabados modelos en la historia de la tribuna española, y eso áun sin consultar otro libro que el brevísimo catálogo de nuestros predecesores.

¿Quién como Martinez de la Rosa y Pacheco ha sabido plantear con más solidez y acierto una tésis, explanarla con más claridad y fuerza, extender con mejor órden las pruebas, y escalonar con método más hábil los argumentos, apoyándose por una parte en los principios de la moral y del derecho, inexpugnables como durísima roca, y extendiéndose por otra hasta la corriente de civilizacion que llevan los tiempos, invadeable por su profundidad y á la vez uniforme y vária como el raudal del caudaloso rio? Si luégo se trata de la impugnacion y defensa

de la misma doctrina, es decir, del debate propiamente dicho, si es forzoso desbaratar el opuesto sistema con argumentos certeros, reforzar con agilidad la parte del nuestro que parezca flaca ó desamparada, y revolverse con brío para penetrar en la argumentacion contraria por aquel punto que haya quedado indefenso, ¿quién podrá olvidar á Pidal, el de la lógica rayada, y á Galiano, el de los mil movimientos oratorios, de fácil y brillante palabra, de largo y bien trabado período?

Y llega un punto en que es forzoso recoger las fuerzas, agrupar las dispersas razones propias, pulverizar las contrarias, que aún resisten no bien vencidas, y sacar de la discusion, como de la victoria, el mayor y mejor partido. ¿Y quién en este punto no recuerda á los dos preclaros predecesores del Sr. Benavides, el mismo Martinez de la Rosa y Gonzalez Bravo?

Hay, sin embargo, como hemos dicho, ocasiones en que el orador, ó el grupo en cuyo nombre se habla, asediado por todas partes y estrechado como con círculo de hierro, ni puede continuar sin rendirse, ni acometer sin temeridad las líneas enemigas. Feliz entónces si halla en su ingenio fuerza y denuedo para elevarse á regiones casi celestiales como en un globo, salvar desde lo alto, á merced del viento de su elocuencia, las trincheras que le cercaban, y buscar muy léjos ó auxilio ó descanso ó esperanza. Quien de esto quiera hallar ejemplo, lea con meditacion las elevadas peroraciones de Pastor Diaz, ó mejor aún, recuerde aquellos vuelos maravillosos de Donoso Cortés, en que desde regiones *supra-parlamentarias* extendia su vista de águila á través de los tiempos y de las naciones.

Pues aún queda otro género de elocuencia más pecu-

liar y privativo de nuestra España: la interpelacion, la proposicion incidental, la improvisacion. Aquí anda suelto y señero el orador, no se sujeta en verdad á disciplina alguna, aunque concrete sus tiros á un solo punto, quizá á una sola circunstancia y á un solo personaje. Género de elocuencia éste para el cual se necesita instinto especial, conocimiento del terreno, ojo avizor, gracia en el decir, bizarría en el argumentar, denuedo á la vez y prudencia para saber acometer y retirarse á tiempo; propio modo de oratoria digno de la patria de Viriato y Sertorio, de Mina y de Zumalacárregui. Con ser grandes oradores Pidal y Pacheco, Martinez de la Rosa y Donoso, no brillaron nunca en ese género de elocuencia, porque no habian recibido del cielo las cualidades naturales que le son indispensables. Algun ejemplar de esto puede hallarse en los Duques de Frias y de Rivas, tan originalmente españoles en sus discursos como en sus poesías; ¡y cuán admirables modelos nos dejaron aquellos dos héroes de la tribuna que ya he nombrado, Alcalá Galiano y Gonzalez Bravo!

Aún sería más concluyente mi demostracion, si á estos nombres me fuera lícito agregar otros que todos repetís diariamente; pero aún viven por dicha de la patria, aún están vuestras manos calientes del justo aplauso que les tributais, y aún prestan con su nombre y con sus discursos autoridad á esta Corporacion, que para todos ellos tiene sillas, ó ya dignamente ocupadas, ó justamente prevenidas.

En cuanto al Sr. Benavides, émulo, por el mérito, de los que ya pasaron, compañero, por la eleccion, de los que viven todavía, en casi todos los ramos de elocuencia parlamentaria ha sobresalido. Si quereis ver un modelo del

género que me atrevo á llamar *expositivo*, leed sobre la inviolabilidad de los legisladores su discurso de 28 de Noviembre de 1851, y admiraréis lo metódico, claro y oportuno del plan, la disposicion ordenada é inquebrantable de los argumentos, y la magia característica de su estilo. Dió ocasion á aquel memorable debate un ilustre compañero nuestro, hoy ausente, y en él tomaron parte el insigne Académico á quien el Sr. Benavides reemplaza, y otro que poco há defendia aquí con viril elocuencia el principio de autoridad en las academias. En el otro género en que consiste lo recio del debate, puede servir de modelo la discusion del regio mensaje en Febrero de 1847: allí defiende con teson, rechaza con fuerza, hiere con ironía, burla los ataques del contrario y le persigue en sus propias líneas: ahora hace brotar la risa y lo desbanda; ahora con un movimiento oratorio patético y oportuno arranca á su adversario mismo confesiones y elogios en favor de los campeones de su causa; y al cabo resume sus razones, pone, por decirlo así, en fuga y dispersion las del contrario, y saca de la victoria copioso fruto, no sólo de votos, sino de fuerza moral, y lo que á nosotros más nos incumbe, de verdadero provecho para la literatura patria.

En cuanto al otro género de elocuencia en que el orador en alas de la inspiracion se remonta á sublime alteza y se cierne en regiones seguras é inofensivas; seguras, porque no le alcanzan los tiros de la discusion; inofensivas, porque no distingue siquiera á los contrarios para apuntarles; el Sr. Benavides no lo cultivó nunca; su talento es demasiado experimental y práctico para prestarse á esos éxtasis de la elocuencia; su estilo es demasiado florido para perder de vista la tierra en que crecen las flores.

No así aquella otra manera de lides que me recordaba las campañas de Viriato y de Mina; el Sr. Benavides la practicó durante toda la memorable legislatura de 1839: allí, con poquísimos compañeros, que rara vez llegaban á nueve, de tal manera se emboscaba en los desfiladeros del Reglamento, se parapetaba en las quebradas de la discusion y se prevalía de las intemperies de los partidos y de las oscuridades de los gobernantes, que en cien ocasiones sorprende, hostiliza, detiene, corta y quebranta la mayoría, bien que á la sazon unida, resuelta y subordinada. Maravillas todas del especial arte oratorio que emplea, y cuyas reglas no le fuera hoy difícil reducir á formulas metódicas.

Ocasion se le presenta de hacerlo, y asimismo de distinguir, analizar y compendiar en un cuerpo de doctrina, con tanta gracia y con mejor provecho que el célebre Timon, los diversos géneros de nuestra elocuencia parlamentaria. *La explanacion*, *el debate*, *la réplica*, *el resúmen*, *la interpelacion y la generalizacion* son otros tantos géneros, que aunque conspiran al mismo punto, obedecen á leyes diversas y son entre sí tan diferentes como pueden serlo, en la elocuencia sagrada, el sermon de doctrina, el de controversia, el panegírico, la oracion fúnebre y la mision.

Ni vale decir que la sublimidad del asunto ó la grandeza de las circunstancias determinan el género de oratoria y hasta influyen en la humildad ó alteza del orador; porque, en mi entender, dicho sea con el respeto debido á mi ilustre compañero, no está el poema en la leyenda popular, ni la pintura en el asunto, ni el drama en el argumento, como no está la estatua en la cantera. De la locura de un oscuro hidalgo de la Mancha se escribió el

libro más admirable de los tiempos modernos; de la oracion de un pobre fraile encerrado en su celda, se ha pintado el cuadro más sublime de nuestra escuela sevillana; porque el arte, y arte es la oratoria parlamentaria, reside allí donde Dios tocó con el dedo de su omnipotencia; es decir, en la mente de Cervántes, de Murillo, de Calderon, de Granada, de Galiano; de los genios, en fin, que han recibido algun destello de aquel que es *la somma sapienza e il primo amore.*

La grandeza del asunto es para el fuerte ostentacion de su pujanza, y para el débil peso abrumador de su flaqueza. Una misma religion y unos mismos misterios predicaban Juan de Ávila y los cien Fray Gerundios que afearon el púlpito español; ni vale tampoco argüir con la moda de los tiempos; que no distan mucho entre sí las épocas en que subian al púlpito Bossuet y Hortensio Paravicino. Ni las exigencias del público explican para mí esas desigualdades; que harto sabido tengo yo que al mismo público y á las mismas prensas destinaban Solís la *Conquista de Méjico*, y el Padre Fuente de la Peña el *Ente dilucidado;* por donde me doy á entender que al vulgo, como al diablo, con ser por naturaleza malignos, todavía se les calumnia achacándoles algunas tentaciones que no sugieren; porque el genio no está en el escrito, sino en el escritor.

Hasta aquí, Señores, he tratado del primer título por el cual el Sr. Benavides ha sido llamado á esta Academia, á saber, su crédito como orador parlamentario: lo he hecho inducido por el argumento mismo de que ha tratado en su discurso, y tal ver arrastrado por él, he agregado observaciones quizá impertinentes. No he dicho, con todo, que sea tal título el único, ni áun el mejor, de los que

la Academia estimó en el ilustre candidato; ella buscaba ménos un fiador de sus fallos que un auxiliar útil para sus obras. Sabiamos en este punto que el Sr. Benavides habia dado á nuestra hermana de la Historia larga muestra de su aptitud y amor en los trabajos literarios.

Dejando, por falta de tiempo, de mencionar otros muchos, séame lícito mentar uno principalísimo. Aquel docto Instituto, cronista autorizado de los anales patrios, campeon invencible y juez supremo de nuestras verdades y glorias históricas, deseaba largo tiempo há sacar á luz las *Memorias de D. Fernando IV*. Habia para esto acumulado ejemplares y códices de su *Crónica*, puesto á contribucion archivos y bibliotecas, nombrado comisiones y atesorado diplomas. Hacinados ya todos estos materiales, quedaba la historia por escribir; porque la historia tambien, labor al cabo del espíritu humano, no está en los sucesos ni en los pergaminos, sino en el ánimo de los historiadores; es decir, en el soplo de aquel que crea los Jenofontes y los Tácitos, los Marianas y los Solises, á quien tanto admira nuestro compañero. Supo éste aprovechar los materiales, como el arquitecto la piedra de las canteras y la madera de los bosques, y ofreció á la Academia y al público una obra en que todas las ediciones y códices antiguos están minuciosamente compulsados, en donde ademas las dudas se disipan, los errores se combaten y los problemas se resuelven.

En las *Memorias de D. Fernando IV*, la *Crónica* es lo que ménos ocupa, y quizá lo que ménos importa: el colector la ha acompañado de apéndices fehacientes, que la fundan, la explican y la completan; y entre todos, se deben exclusivamente á la pluma del Académico los más importantes.

En uno dilucida la célebre cuestion del emplazamiento de los Carvajales, que dió sobrenombre al infeliz D. Fernando, y lo hace con tal diligencia en la busca de testimonios, con perspicacia tan grande en el análisis de los hechos, y con tan discreta crítica en el juicio de testigos y procedimientos, que bien se echa de ver al antiguo Ministro de la Gobernacion y al magistrado práctico en asuntos jurídicos.

Hé aquí cómo concluye y resume la cuestion del tal emplazamiento: *La noticia de un hecho tan capital* (página 695, tomo 1) *como es el emplazamiento del Rey para ante la Justicia divina, por haber conculcado los fueros de la justicia humana, ha seguido el curso de todas las fábulas é invenciones con que la mala fe y el interes individual han torcido la verdad histórica, con perjuicio del nombre de muy esclarecidos varones y menoscabo de santísimas instituciones. En los tiempos del acontecimiento nada dicen los escritores; la opinion pública calla; hasta la voz del maldiciente vulgo permanece muda: cincuenta años despues, un escritor, eco de los rumores maliciosos que se levantan, los da como fábula y se mofa de la impía credulidad: cien años despues, todavía otro escritor manifiesta la duda de la opinion pública ilustrada; más tarde otro la afirma, y á éste le copian todos: la noticia se difunde; la malicia del vulgo la repite; los teólogos ayudan á propagarla; las generaciones la creen; la memoria de un rey queda infamada, y de boca en boca, de libro en libro, se repite hasta la generacion presente que don Fernando IV, al cual sólo achaca la historia un carácter débil y clemente, un corazon en extremo bondadoso, que no supo castigar á sus enemigos, que tanto lo merecian, fué emplazado ante Dios por haber injustamente condenado á muerte á dos caballeros de su mesnada.* Luégo recuerda otros

casos en que la tradicion popular no ha sido tan severa, y exclama: *¿Qué justicia es ésta, que olvida siempre los horrores cometidos por el fuerte y los aplaude y los ensalza, y no encuentra palabras, por duras que sean, para calificar los actos del débil, del inocente ó del indefenso?*

Pues como de los sucesos, y aún mejor, si cabe, trata la de los personajes; por eso ha enriquecido el precioso libro con una, por decirlo así, galería de retratos, en que aparecen tan al vivo los hombres, linajes y partidos de aquella edad, que creyera fácilmente el espectador verlos renacer, bullir, intrigar y prevalecer entre nosotros.

La *Crónica* de D. Fernando IV, así compulsada y perfecta, los documentos auténticos con abundancia acumulados, los apéndices é ilustraciones con sana crítica y gallardo estilo añadidos, se completan y coronan con un discurso preliminar, tan magistralmente desempeñado, que califica á su autor de investigador diligentísimo y de celoso operario de académicas labores, y asimismo le acredita de pensador profundo y de elegante y castizo escritor, bastando por sí solo á abrirle las puertas por donde entraron Ferreras y el Marqués de San Felipe, Navarrete y Quintana.

¿Quereis de ello prueba? Pues repasad estos pasajes, tomados á la ventura.

Trata (pág. XII) de cómo D. Enrique, para granjearse, contra doña María de Molina, el apoyo de los procuradores de los obispados de Osma y Sigüenza, les ofreció exencion de tributos, franquicias y libertades, comprometiéndolos de esta suerte á defender su causa, que no era otra sino la usurpacion del poder real; y añade: *Muchos concejos cayeron en el lazo; ardid de conspiradores, prometer mucho para despues no cumplir lo ofrecido, ya por ser*

imposible las más veces, ya porque la gratitud pesa como el remordimiento.

Poco más adelante, refiriendo y disculpando en cierto modo el injusto proceder de las Córtes de Valladolid de 1295, que negaron la regencia á doña María, añade: *Cuando los tiempos son calamitosos, cuando el ambiente está impregnado del aire que corrompe las conciencias y emponzoña los alientos, no hay persona, ni clase, ni corporacion que no se inficione, transigiendo con el crímen, tolerando la iniquidad ó sirviendo de cómplice á la ejecucion de los delitos* (pág. XIII).

Más adelante: *Pocos eran los recursos, muchas las necesidades y urgencias, sobrado lo que se malgastaba; que en tiempos alterados la conciencia cobra ensanche y la autoridad se merma, poniendo cada una de su parte lo ménos que puede, y haciéndose pagar más de lo que valen servicios muchas veces dudosos, y otras estériles ó de poca valía* (página XXI).

Así el Sr. Benavides ejercita y luce sus dotes de historiador, de pensador y de hablista al describir los dos períodos en que naturalmente se divide el breve reinado de D. Fernando IV, á saber: su menor edad y su personal gobierno. La reina Doña María de Molina es la gran figura de aquella edad; y en cambio tres magnates funestos y poderosos se coligan para usurpar el poder, en ambos períodos, al hijo y á la madre: D. Enrique el senador, el infante D. Juan y D. Juan Nuñez de Lara.

El primero casi monopoliza en su favor la minoridad del Rey; y al retratar el hombre y la época, nuestro compañero emula á los mejores historiadores. *¿Cómo explicar*, dice, *las tendencias de aquel magnate, que castigaba con sin igual severidad los más insignificantes actos de re-*

belion, y al propio tiempo era el primer rebelde? ¿Cómo llevaba á mal la desobediencia al Rey, cuando á todas horas y todos los dias proponia á sus parciales obediencia al infante D. Juan y á D. Alonso de la Cerda (los dos pretendientes)? *¿Cómo era tutor de un menor el que tan mal cuidaba sus intereses? ¿Cómo, en suma, las Córtes, las hermandades, la Reina, los pueblos de Castilla y de Leon sufrian en paciencia y resignados tanta ignominia? Es que el cáos reinaba en Castilla; es que nadie ocupaba su puesto, ni el Rey, ni los nobles, ni el pueblo; es que en el órden moral reinaba una perturbacion inmensa, y no habia que buscar ni moralidad en las acciones, ni lógica en los sucesos; es que la impunidad alentaba á los malvados; es, por último, que en una monarquía como la castellana faltaba el monarca* (pág. xxx).

Aparece al fin éste, proclámase D. Fernando mayor de edad á los dieciseis años, y comienza el segundo período de su reinado; en él no cejan en sus intrigas los tres ambiciosos magnates, ántes bien revuelven contra Doña María, contra el jóven Rey, y tambien unos contra otros, sus arterías. *Don Juan, que en punto á traiciones rayaba cual ninguno, concertóse con D. Juan Nuñez para lanzar de aquella triple concordia al viejo tutor, como trasto inútil y embarazoso, repartiendo entre dos las ganancias, y sacando de esta suerte doble cantidad en la partija.*

Paseó en seguida el Rey su ignominia por muchas comarcas de Castilla, olvidando y áun menospreciando los consejos de su madre; acompañábanle el infante D. Juan y don Juan Nuñez, fingiendo darle libertad, y esclavizándole cada vez más, pues era la verdad que habia salido de la tutela de D. Enrique para caer en otra peor. Daba todos los empleos, todas las gracias á los amigos de estos poderosos, ó por su mediacion; los que, siempre fieles al Rey, habian perdido, ó

sus bienes, ó su sangre en la defensa del trono, estaban olvidados ó perseguidos; los que, mudables como el viento, habian vuelto caras á la fortuna, patronos de todas las causas, soldados en campos contrarios, calculadores y adoradores del éxito, sin conciencia siempre, amigos de D. Enrique, de don Juan ó de D. Alonso, segun convenia á sus miras interesadas y á su propio beneficio, ésos eran premiados, para ellos los empleos y los cargos, para ellos los patrimonios, las mercedes y las honras (pág. XLIX).

Razon tenian los procuradores de las Córtes de Medina del Campo en 1302, cuando por conducto del Obispo de Ávila mostraban á la Reina el *cómo se rebajan los vínculos de la moral, si los gobiernos enseñan á los súbditos á esperar de su rebeldía y de su traicion el premio que sólo era dado á la virtud y al honor* (pág. LI). Y razon tiene tambien quien, registrando aquellos documentos de más há de quinientos años, se pasma de cómo pasan los tiempos, y los hombres no mudan; la ley política, vestido de los estados, á cada punto cambia; y la ley moral, cuerpo de su fuerza, tarde ó nunca prevalece; que no parece sino que los legisladores tratan de deseos, y los cronistas de desengaños.

¿Quereis ahora, para ver el que ofrece la historia en este punto, y para anudar al remate los hilos de esta parte de mi discurso, saber el fin de los personajes cuya historia ha ilustrado el Sr. Benavides (*Memorias de la Academia de la Historia*, 1860)? Pues lo diré brevemente.

Don Enrique, el tutor y gobernador del reino, viejo ya, y despues de pertenecer á todos los bandos, medrar con todos y venderlos á todos, de todos asimismo aborrecido y despreciado, muere en Roa, en 18 de Agosto

de 1304, y su muerte es considerada por Castilla entera como un beneficio del cielo (pág. 320).

Don Juan, el infante, su primer cómplice en el funesto triunvirato, muere de súbito, segun escribe nuestro historiador (pag. 300), y *este fin prematuro y casi maravilloso que tuvo D. Juan, para los que creen en Dios fué providencial y justo castigo de sus malas obras; para otros será accidente casual de los muchos que ocurren en la guerra. Espíritu inquieto y desasosegado, infiel y veleidoso, de entrañas duras y corazon empedernido, dispuesto siempre al mal, su vida azarosa es un tejido de malas acciones. La historia no olvidará su memoria, la cual llevará consigo el triste privilegio de ir unida al nombre de Guzman; éste para admiracion de las edades, y aquélla para execracion de la humanidad.*

El otro, D. Juan Nuñez de Lara, es el que, de aquellos tres revoltosos magnates, alcanzó ménos categoría, pero no el que tuvo ménos culpa en los males de la patria; vacilante siempre entre los remordimientos del mal que hacia y la vislumbre del bien que no lograba, se rebeló una y otra vez, y una y otra alcanzó de la Reina, no sólo perdon, sino mercedes; porque era, en efecto, Doña María muy *liberal*, segun la acepcion del Sr. Benavides. Al cabo murió el D. Juan en Búrgos, por Julio de 1315, cuando estaban las Córtes reunidas y él gozaba de la dignidad de mayordomo mayor. De él dice nuestro compañero (pág. 403): *Valiente, discreto, esforzado, su nombre hubiera llegado sin mancha á la posteridad, si la ingratitud con que trató á la reina doña María y á su hijo don Fernando, á quienes tanto debia, no afease el cuadro de su vida, lleno de contradicciones injustas y animado del espíritu inquieto, ambicioso y turbulento que tanto distingue á los magnates de aquella época.*

Don Fernando IV, ingrato tambien como hijo, y débil además como rey, que habia coronado de espinas á la madre á quien debia, no sólo la existencia, sino la corona, comparece al fin ante el tribunal de Dios, no *emplazado* (que esto ya lo demuestra el Sr. Benavides), pero sí llamado con muerte improvisa y en edad temprana.

Doña María de Molina, la prudente, la magnánima, *triunfa al cabo, y con ella triunfa el pueblo*, como á mí me negaban años atras, y como el Sr. Benavides demuestra (pag. 114). Triunfa y muere, llorada por unos como madre, venerada por otros como santa, calificada por la historia como *la Grande*, y dejando, en fin, en el trono á Alfonso XI, el del Ordenamiento, el del Salado, el de Algeciras; es decir, uno de los más prudentes legisladores, de los más felices guerreros y de los más grandes reyes de nuestra legítima dinastía.

Aquí, Señores, cerrarémos, para acabar, los documentos coleccionados por el Sr. Benavides y el libro publicado por la Academia de la Historia más há de una docena de años; porque para los que lo conocen digo poco en su elogio, y para los demás, me doy á entender que harto he demostrado con lo dicho que siendo tres, como senté al principio, los títulos con que se puede llegar á este puesto, el Sr. Benavides toma posesion de él con el título de su nombradía como orador, lo cual aumenta el caudal de honra de nuestro Instituto; y asimismo con el título de sábia, perseverante y acreditada laboriosidad, lo cual promete mucho y digno fruto á la Academia.

Del otro título, es decir, de su culta y benéfica influencia como repúblico, no he querido hablar, no por-

que ignore que la ha empleado siempre, llegado el caso, en pro de las letras y de las corporaciones literarias, sino porque sé en cuanto apartamiento descansa hoy, y sé tambien que las academias viven otra vida que en los tiempos pasados, si más ó ménos próspera no digo, pero sin duda más independiente.

¿Quereis de esto pruebas concluyentes, con que por necesidad y por delicadeza debo terminar mi discurso? Pues oid.

En otros tiempos para recibir la visita de la Academia de la Historia se concertaban y establecian ceremoniosas etiquetas (actas de 22 de Abril y 16 de Diciembre de 1738, 11 y 18 de Junio de 1739, y 21 de Enero de 1777, y otras). Para llegarse al Rey alegábamos como privilegio los honores de criados de S. M.

¡Cuánto han variado los tiempos! Hoy, despues de colocar al Director de la Real Academia de la Historia en el puesto á que tiene derecho, damos al Sr. Benavides, como orador y como hablista, algo más que un cumplido, un abrazo fraternal..... y en ello acertamos todos, que, si *la historia de un pueblo se revela en el idioma que habla*, los cultivadores del patrio lenguaje y los guardadores de las glorias históricas son hermanos.

Ahora asimismo (¿cómo prescindir en esta ocasion de publicarlo?), ahora, en vez de engreirnos nosotros con la régia servidumbre, es un augusto Emperador, levantado por la legitimidad, recien coronado por la victoria, saludado por el amor de sus pueblos, quien viene de remotos países á visitarnos; no acepta ni el asiento mio ni el que ocupa el Sr. Benavides, y se da por honrado con una modesta silla en la mesa en que trabajamos.

Tiene razon tambien el sabio D. Pedro II del Bra-

SIL; que en esta vida el poder divide las naciones, y el saber junta y enlaza los hemisferios; y luégo..... luégo, más allá del sepulcro, la fuerza y la realeza no añaden un solo grano de polvo á nuestras cenizas, y la virtud, la ciencia y la fama nos inmortalizan.

HE DICHO.

DEL DRAMA LÍRICO Y DE LA LENGUA CASTELLANA COMO ELEMENTO MUSICAL.

DISCURSO

LEIDO POR EL ACADÉMICO

DON ANTONIO ARNAO

EN EL ACTO DE SU PÚBLICA RECEPCION, EL DIA 30 DE MARZO DE 1873.

Señores Académicos: La literatura en sus más eruditas manifestaciones, la poesía en sus más arrebatados vuelos, el genio dramático en sus concepciones más profundas, la elocuencia en sus arranques más avasalladores, os trajeron á este augusto recinto y os dieron posesion de esas codiciadas sillas. Pero á pesar de vuestros indisputables merecimientos para ocuparlas, todos cuantos en ellas os sentais dijísteis en ocasion análoga á la presente que sólo debíais á la benevolencia la suprema honra con que se os distinguia. Si así os expresábais vosotros, dejándoos vencer por laudable modestia, ¿qué no deberé yo decir, si he de atender á la imparcialidad de la más estricta justicia, cuando de mí se trata en ceremonia tan solemne? ¿No deberé anonadarme en vuestra presencia al considerar que no me traen aquí ni los títulos del docto, ni el poderoso influjo de los aplausos del público?

Harto sabeis, Señores, que la palabra es á veces débil

instrumento para revelar en toda su elevacion los grandes sentimientos del alma. Sí lo conoceis, y ahora como nunca deploro yo tal insuficiencia. Respetándoos y admirándoos desde léjos, jamas creí ver brillar á mis ojos este fausto dia que dejará para siempre una estela de luz en la historia de mi oscura vida. No podré ya decir con un poeta *inglorius moriar*, pues gloria, y no poca, es entrar, aunque sin títulos, á formar parte de este senado literario. Por lo mismo no olvidaré que vuestra generosidad ciñe á mi frente la corona que recibo. Y si me abrís vuestro seno recordando que hace años me favorecísteis con vuestros sufragios en dos públicos certámenes, mayor será aún mi agradecimiento, porque habiendo considerado entónces superabundantemente premiados mis afanes, este nuevo galardon representa para mí un testimonio inequívoco de que es inagotable la fuente de vuestras bondades. Á ellas, pues, estoy profundamente reconocido, no con la dudosa gratitud que demuestran en sus vanas fórmulas los usos del mundo, sino con la veraz energía de un hombre sincero que con signos indelebles graba en su corazon los beneficios recibidos. Réstame ahora pagarlos. Puesto que deseo conseguirlo, podeis contar con que será para mí punto de conciencia compartir vuestras honoríficas tareas; debiendo asegurar, como lo hago, que si soy el último de vosotros en merecimientos, espero con el auxilio de Dios ser de los primeros en buena voluntad.

Mas ¡oh incompleta felicidad la de las dichas humanas! No hay gozo, por puro que sea, si se llama terreno, que en medio de la dulcedumbre de su exquisito sabor carezca de un dejo de amargura, cual si en los instantes más lisonjeros quisiera recordar al hombre las consecuen-

cias de su primitiva caida. Cuando me sentia satisfecho, contento y orgulloso al verme entre vosotros; cuando dirigia mis ávidas miradas á esa insigne medalla que va á honrar mi pecho; cuando anticipadamente me complacia en la idea de que pronto me llamareis con el honroso dictado de compañero, he recordado á mi pesar que otro compañero vuestro, quien ya no existe, se ufanaba no ha mucho con esa misma medalla. La muerte, ostiaria de este templo, me ha dejado su sitio que voy á ocupar, despues de haberle hecho transponer esas puertas para llevarle al mundo de la verdad triunfante. Él, que ayer se sentaba entre vosotros, no existe hoy. Honremos, pues, su memoria, aunque sea de pasada, en la presencia de los hombres.

Y digno es en verdad de esta conmemoracion. No fué el Excmo Sr. D. Antonio Ferrer del Rio, á quien aludo en mis desmayadas frases, no fué uno de esos hombres vulgares que pasan sin dejar recuerdo alguno, semejantes al ave que no imprime en el viento la huella de su tránsito. Dotado de cualidades de inteligencia y carácter nada comunes, supo con su perseverancia conquistar elevado puesto en la sociedad y ganarse distinguido nombre en la república de las letras. Su fácil comprension, velada, al parecer, bajo formas que le eran á primera vista contradictorias, tan pronto se hacia cargo del punto esencial de dificultad en una enmarañada cuestion histórica, como en un intrincado debate social ó administrativo. Hiciéronle en este último órden su talento, su saber, sus relaciones y su conocimiento del mundo correr dilatado camino; habiendo sido, entre otras cosas, Censor especial de los teatros del reino (cargo en que varias veces tuve el honor de sustituirle interinamente), y al fin de

su no larga vida Director general de Instruccion pública. Y en lo que concierne á su jerarquía literaria, áun más merecida fué la que llegó á conseguir, por via de conquista, segun pudiera decirse. Diversidad de trabajos, estudio frecuente, prodigiosa memoria, laboriosidad nunca desmentida, le dieron los títulos que le honraban y las armas con que obtuvo la victoria. Cultivador de la poesía, aunque no profesionalmente poeta, ni revelando su imaginacion un ideal muy extraordinario; novelista en alguna ocasion (1); autor dramático en varias; crítico en muchas; historiador, por último (que era la faccion más característica de su fisonomía literaria), dió á la estampa interesantes obras que todos conoceis; debiéndose mentar entre ellas el *Exámen histórico-crítico del reinado de D. Pedro de Castilla*, premiado por voto unánime de esta corporacion insigne, y la *Historia del reinado de Cárlos III*, costeada por la munificencia de S. M. el rey D. Francisco Asís de Borbon, acerca de las apreciaciones de la cual se promovieron al tiempo de publicarse animadas controversias, que no es ahora ocasion de renovar para fallar en su vista. No es extraño, pues, que tan importantes dotes y producciones le conquistaran nombradía, ni que esta Academia le abriese sus puertas, así como anteriormente habian hecho con él lo propio las de Buenas Letras de Sevilla y Barcelona, que tan distinguidos servicios han prestado á la patria literatura.

Tal era, ligeramente delineado, el compañero que habeis perdido, aquel que siempre miraba con interes y celo y encariñamiento todo lo concerniente á esta Real

---

(1) *De patria en patria:* novela histórica, original.—Poissy, imprenta de Arbieu, 1861.

Academia. Y ¿puedo yo reemplazarle dignamente? Ni vosotros necesitais ser muy desçontentadizos, ni yo muy modesto, para responder en sentido negativo.

Pero como quiera que me llamásteis á sucederle; como quiera que para recibir la investidura que vais á darme necesito cumplir ántes con vuestras sabias prescripciones, ordenanza de esta milicia literaria, hé aquí que me presento ante vosotros á sostener el puesto que se me ha confiado, con el natural temor del soldado bisoño en la víspera de su primer combate.

¿Qué tésis habré de mantener para que por sí sola incline vuestro ánimo á la benevolencia, si yo no salgo airoso de mi empeño, segun debo desear y deseo? Difícil me ha sido la eleccion, despues que aquí se han dilucidado en tantos y tan eruditos y elocuentes discursos los más variados temas de la literatura y de la filología. Pero como la novedad ejerce muy poderosa influencia en la naturaleza humana, he escogido, por vosotros y por mí, un asunto que tiene tan grato aliciente, creyendo que, áun no profundizado, servirá á la vez para fijar vuestra ilustrada atencion y para dar á otros más competentes y autorizados la idea de proseguir en la investigacion del punto sobre que versa. Dicho tema es el siguiente: *Del drama lírico, y de la lengua castellana como elemento musical.* Á su sola enunciacion habreis adivinado ciertamente cuán extenso y enriquecido de peregrinos encantos pudiera ser un estudio minucioso de esta interesante cuestion; pero no soy yo quien puede realizar una ú otra de tales condiciones, por no consentírmelo ni mi escaso ingenio, ni el espacio de que racionalmente me es dado disponer; y eso que, segun es de inferir, no habré de examinarla más que en el concepto literario.

Son las artes, en la esfera de los conocimientos humanos, astros de primera magnitud, en cuya luz resplandeciente irradia el destello de la luz soberana con que brilla en la eternidad el que es magnífico foco y orígen primordial de la Belleza increada. Elevando la inteligencia del hombre, con su vigorosa atraccion, sobre las perpétuas nieblas de un mundo finito y material, le hacen presentir en sus formas variadas aquella hermosura inmaterial é infinita, cuya sola confusa nocion es inagotable fuente de dulcísimas consolaciones. Noble, por lo tanto, es su destino, y no de vano ornato y mero pasatiempo. Cuando contemplais una catedral; cuando admirais un cuadro; cuando examinais una estatua, si dichas obras son inspiradas y cumplen con las leyes de su destino, percibís en vuestro interior, aparte del placer estético, otro más superior é indefinible que germina en vosotros al pensar en el héroe que la estatua representa, en la tierna accion que el cuadro conmemora, en el Dios Creador que la catedral encierra en su tabernáculo. Pues tambien la música con sus manifestaciones concurre al otorgamiento de estos singulares privilegios. Si os enternece un canto dolorido; si os conmueve una plegaria religiosa; si os enfervoriza un himno guerrero, no es sólo el oido quien en ello se complace, pues palpitando el corazon y despertándose el entendimiento, os parece adivinar la sublimidad de aquel dolor humano, saborear el perfume de la piedad, ó asistir en el campo de batalla al triunfo de la justicia. Y aún hay más en abono de la música. Pudiendo llamarla esencia de la poesía, que es madre de todas las artes, comienza su imperio donde el de ésta acaba; porque, valiéndose del instrumento divino de la voz humana, y teniendo por alma el canto, que es el desarrollo

maravilloso de la palabra, ensancha el sentido limitado de ella hasta un punto en que los signos de las lenguas son ineficaces para expresar los sentimientos. No es extraño, pues, que en la presente época de cultura, adelanto y refinamiento de gustos, haya adquirido el prodigioso florecimiento en que la vemos; ni lo es tampoco que, siendo verdaderamente moderna en comparacion con las demas artes, tenga tan cerca de nuestros dias sus progenitores y fundadores, que para ella son lo que fueron para sus hermanas los Homeros, Apéles, Praxitéles y Fidias.

Pero no ha sido igual su florecimiento, ó, por decir mejor, no lo es hoy en las diversas ramas en que se divide este árbol frondoso. Postrada la música religiosa, que en los siglos XVI y XVII tuvo tan severos representantes, ha perdido la sencillez y la austeridad que por su índole requiere; y vestida con adornos profanos, carece del perfume con que debe santificarla el incienso del templo católico. Casi preterida la música instrumental y sinfónica, á quien el ilustre Fétis llamaba justamente transcendental, apénas alguno que otro maestro contemporáneo le rinde culto en sus composiciones, concretándose los apasionados de ella á respirar en la atmósfera que crearon Haydn, Mozart, Beethoven y Mendelsshon. En cambio la ópera, esto es, el drama lírico, que representa la produccion dramática en que la poesía y la música se prestan recíproco auxilio, áun cuando nacida ayer, ha recorrido ya camino dilatadísimo, contando una espléndida historia de obras maestras, que empieza en *Alceste*, de Gluck, y todavía no termina en *Los Hugonotes*, de Meyerbeer. «Dirigiéndose á la vez al alma por la pintura de las pasiones, al oido por la armonía de los versos y de la música, á los

ojos por la variedad y magnificencia de las decoraciones, danzas y bailes de todo género (1), la ópera es la expresion novísima del arte musical, es la forma de éste que más boga alcanza en el mundo social de nuestros dias. Por tal razon, y por la de su importancia, ofrece ancho campo á la imaginacion y al gusto de los poetas para ejercitarse en la composicion de dramas líricos que sirvan de base á las inspiraciones de sus hermanos los músicos, debiendo conocer que sólo fué un chiste crítico lo que dijo cierto escritor frances de que «se canta lo que no sirve para hablarse» (2). Por tanto, si los poetas españoles, que han dado innumerables muestras de sentimiento y fantasía, quieren coadyuvar al desarrollo del arte escénico-musical en nuestra patria, que pudiera figurar con honra á la altura del de otras naciones, no deben mirar con desden la composicion de dramas líricos, seguros de que no emplearán sus facultades en género tan baladí y de fácil desempeño que esté al alcance de la voluntad del más vulgar coplero.

¡Pues qué! se me podrá decir, ¿tan ardua es la concepcion y ejecucion de lo que comunmente se llama un *libreto*, que pueda arredrar á quien ha sabido seguir á la oda en su arrebatado giro; á quien en producciones teatrales recitadas ha logrado pintar las más grandes pasiones y los vicios de la sociedad; á quien ha trazado los multiformes cuadros de la epopeya? Afirmativamente responderé sin vacilar, si el poeta desconoce que, aparte

---

(1) *Dictionnaire universel des sciences, des lettres et des arts, par M. N. Bouillet.*—Artículo Opera.

(2) Beaumarchais, citado por M. Mennechet en sus *Estudios sobre la lectura en alta voz.*

de las cualidades generales de toda produccion teatral, existen otras peculiares del género lírico; pues así como no basta sentir y escribir buenos versos para componer una acertada comedia, tampoco basta haber recogido laureles en el campo de la comedia para obtenerlos en el del drama lírico.

Si un poema de tal clase «es más ó ménos análogo á la música, segun que ésta halla más ó ménos facilidad en expresar las ideas y sentimientos á que se contrae» (1), infiérese de aquí la importancia de la obra literaria y su responsabilidad en el futuro desempeño de la musical. La influencia del poeta es evidente en el compositor. Aunque unidos en un sér para formar un todo de partes armónicas y homogéneas; aunque aquél ha de desaparecer generosamente en la oscuridad para dar á éste ocasion de brillar en la gloria del triunfo (como ha sucedido entre otros á Romani respecto de Bellini), lo cual no acontece entre los franceses en la ópera cómica, ni entre nosotros en la Zarzuela, siempre el primero ha de dar la idea para que el segundo la revele; el uno ha de ser el alma, y el otro la expresion conmovedora de su acento. La inteligencia entre ambos debe ser, por lo tanto, absoluta. Bien se deja conocer que para que esta necesaria inteligencia fuese completa, convendria que el poeta fuera músico por su parte. Pero ya que no reuna las dos aptitudes, debe tener al ménos la de presentir los efectos de la música; la de ver qué ruta se complaceria ésta en seguir si se guiase por sí misma; en qué instantes aceleraria ó retardaria sus movimientos; qué números é in-

(1) *Dictionnaire littéraire, extrait des meilleurs auteurs anciens et modernes.*— Artículo Opera.

flexiones emplearia para expresar tal sentimiento ó tal imágen; cuál seria, entre diversas emociones del alma, la que le inspiraria más suave modulacion; qué círculo puede recorrer en la extension de este ó aquel modo, y cuándo deberia variarlo. Todo esto exige un oido ejercitado, y ademas pide comercio íntimo, habitual comunicacion del poeta con el músico (1). Désele á éste un poema lánguido, monótono, prosáico, y, á no dudarlo, carecerá su trabajo de viveza, de variedad de matices, de galas de fantasía. Reuna, por el contrario, las cualidades opuestas á aquellos defectos, y muy falto de númen será si, dejándose llevar por el vuelo de la poesía, no descubre horizontes inexplorados de belleza.

¿Cuáles, son, pues, concretando esta doctrina, las condiciones del drama musical desde el punto de vista literario? Á condensarlas voy en somera enumeracion, dejando á otros críticos, y á otra clase de obras exclusivamente didácticas, la grata aunque difícil tarea de dilucidar esta materia con el reposo y detenimiento que requiere su importancia. Dicha enumeracion se referirá naturalmente á tres conceptos : al del fondo, al de la forma, y al del fin de esta clase de composiciones.

En el primero, échase de ver á una ligera ojeada que el asunto destinado á recibir los hechizos de la música y los atractivos de la escena no debe pertenecer á lo que novísimamente se llama *realista* en artes y literatura.

Siendo la ópera un género más convencional que el drama y la comedia; siendo el lenguaje de la música un lenguaje indefinido y vago que no limita su sentido como

---

(1) *Dictionnaire littéraire*, etc.

la palabra; no analizando como ésta los sentimientos, sino pintándolos á grandes rasgos; no reproduciendo la naturaleza moral y física, sino despertando en el alma emociones análogas á las ocasionadas por las alteraciones de aquélla y las maravillas de ésta, síguese de aquí que el poema literario que ha de servir de fundamento á la creacion musical no debe encaminarse á la representacion del mundo que nos rodea, como lo realizan el drama y la comedia; no puede aspirar á desarrollar ideas metafísicas, sino afectos sensibles; no es apto para dibujar las pasiones en múltiples y leves matices, sino en contados y grandes movimientos; ni sirve, en fin, para la imitacion servil ó rigurosa de la verdad. Todo lo que es sutileza, discreteo y análisis está excluido de sus dominios. Aunque en algun momento hiera á la inteligencia, el blanco á que siempre se dirige es el corazon. La idealidad es el espíritu que le vivifica (1).

Claramente se deja comprender que al hablar de esta manera solo me contraigo á la expresion más elevada y seria del drama lírico; á la forma que en diversas escuelas ha producido obras tan gravemente hermosas como *Lucía de Lammermoor*, *Norma*, *Guillermo Tell*, *Roberto el Diablo* y otras muchas que pudieran citarse, sin que las citadas obedezcan por mi parte á una clasificacion ú órden musical en punto á categoría. De las demas clases de ópera, como son las llamadas semi-seria y bufa, no creo necesario tratar, porque sólo son alteraciones ó va-

(1) *Tout ce qui n'est qu'esprit et raison, est inaccesible pour la musique.—Elle veut de la poésie toute pure, des images et des sentimens. Tout ce qui exige des discusions, des développemens, des gradations, n'est pas fait pour elle.*—Dictionnaire littéraire, etc.

sido posible, por ejemplo, á Meyerbeer trazar los animados cuadros de su *Africana* no pudiendo disponer, con el auxilio de Scribe, de tan fecunda libertad? ¿Quién hubiera dicho á nuestros preceptistas antepasados que habia de ser necesario orígen de bellezas lo que reputaban indisculpable imperfeccion!

Mas ya que la idealidad, la accion dramática, la pasion, los sentimientos, la sencillez, las situaciones, los caractéres, los géneros, la emancipacion de ciertas leyes, constituyen el fondo del drama lírico, véase ahora cuáles son los principales rasgos que respecto de la forma determinan su fisonomía.

Figura en primer término la estructura y disposicion de las piezas, punto que se presiente por el genio más fácilmente que se explica por el razonamiento. Entre las escenas de un drama declamado y las situaciones de otro que se canta, média diferencia de naturaleza en virtud de la cual, así como en alguna sola de aquellas se encierra muchas veces todo un pasaje culminante, así para obtener éstas tiene el compositor que reunir en no pocas ocasiones diversas escenas propiamente dichas para crear una pieza que tal vez sin saberlo le ha inspirado el poeta. Dedúcese de aquí que si bien éste ha de pensar en las necesidades de la música, no ha de prejuzgarlas tan estrictamente que, imaginándose que él mismo va á componerla, encierre á su compañero en un círculo de hierro, lo cual más que auxilio fuera tiranía. No ha de empeñarse, pues, en dar á cada escena la inevitable gradacion de una pieza preconcebida, sino en aquellos casos tan evidentes que no dieren en contrario ocasion á ningun género de duda. Lo que sí debe procurar es dividir en su imaginacion, formando grandes agrupaciones, los

pasajes más importantes y diversos de la accion; subdividirlos éstos á su vez en otros de ménos extension é importancia, y tratar de ordenar el conjunto por medio de la variedad de tonos, ya tocando de pasada y con sencillo estilo lo que haya de narrarse, ya remontando el vuelo poético en lo que entrañe canto apasionado, ya aprovechando los momentos, nunca posibles en las obras declamadas, de hacer expresar simultáneamente á distintos personajes los más opuestos sentimientos. De tales gérmenes saca el compositor los innumerables accidentes de su fecundo arte, desde el más humilde recitado á la pieza concertante más atrevida, desde el coro más majestuoso á la más delicada *romanza*. Proceder así es caminar á la realizacion del poema lírico moderno llevado á la cumbre de su perfeccion por el gran maestro berlinés; á ese poema que forma un conjunto homogéneo, un todo en cuyas partes no hay separacion absoluta, sino, por el contrario, íntimo enlace entre el pormenor de un pensamiento y el pasaje que lo contiene, así como entre éste y la totalidad de la obra. Hacer lo contrario es trazar las piezas con plantilla; dar el patron del aria, del duo, del terceto y de todas las demas, comunicando á la produccion musical la conocida simetría que ha tornado anticuadas óperas admirables que hoy difícilmente se sostienen en las tablas (1). Con tales disposiciones, con la docilidad conveniente para añadir ó quitar en puntos determinados, segun el juicio racional del compositor, y pensando siempre en las fuerzas físicas de los cantores, cuyo ejercicio fatiga más que la declamacion, para no so-

(1) Por exceso de prevision musical incurrí yo mismo, cuando escribí mi drama lírico *Don Rodrigo*, en el defecto que aquí censuro.

brecargarlos de inútil trabajo, podrá acertar el *libretista* en cuanto al número y colocacion de las piezas musicales.

Pero de poco servirá todo esto si la expresion de los personajes no revela constantemente los depurados primores de un lenguaje armonioso y poético. En este punto no debe haber tolerancia ni descuidos. Los versos líricos son á los declamados lo que los declamados á la prosa. Ésta tiene su sonoridad y forma que no basta para los segundos, así como la de los segundos, admirables muchas veces en la recitacion ó lectura, no es suficiente para los primeros. Pudiera, pues, decirse, valiéndonos de una comparacion material, que la poesía rigorosamente lírica es el reextracto, la quinta esencia del lenguaje comun. El menor accidente desmayado y prosáico la deslustra y afea, bien exista en la índole de los pensamientos, bien en el ropaje del estilo. Si éste no se halla enriquecido de figuras y elegancias, á la par que de diccion clara y precisa; si el más delicado gusto no preside en las metáforas, en las frases, en los vocablos, la música llorará estas imperfecciones, no pudiendo muchas veces remontar el vuelo á la region de sus deseos. Este lenguaje, inmaculadamente poético, es de todo punto necesario, indispensable en el poema lírico. Si la lengua en que se escribe no lo tiene, fuerza es crearlo. Él, entre otras razones, ha dado á los italianos la preponderancia de que en este punto disfrutan; él ha inspirado á sus compositores melodías inmortales; él ha hecho decir al poeta de Bellini, al ternísimo Romani, por boca de la desdeñada amante de Polion, los siguientes versos, que recuerdan otros tantos y tan hermosos del mismo autor:

Qual cor tradisti, qual cor perdesti
Quest'ora orrenda ti manifesti.
Da me fuggire tentasti invano;
Crudel Romano-tu sei con me.
Un nume, un fato di te più forte
Ci vuole uniti in vita e in morte;
Sul rogo istesso che mi divora,
Soterra ancora-sarò con te (1).

Pues si el lenguaje, por su claridad y estilo, ha de sobresalir en elegancia y precision, los versos en que se formule deben ser fáciles y puros, sin que dureza ni obstáculo alguno detengan la fluidez de su curso, como las toscas peñas arrojadas en el cauce de un arroyo quiebran y dificultan la suave corriente de las aguas cristalinas. Todo lo que entorpezca la emision franca de la voz, ó la facilidad de la pronunciacion, es inadecuado para el canto. Así, pues, habrá el oido de juzgarlos inexorablemente para dejarlos en tal concepto limpios de toda aspereza de estructura, previniendo siempre las necesidades de la música, como, por ejemplo, la de no colocar al fin de un período poético, ó de una estrofa donde probablemente ha de recaer la resolucion de una frase musical, palabra cuya vocal acentuada sea poco sonora, como la *u* ó la *i*, nada á propósito para los puntos agudos, ó para los primores de las *cadencias*. Pero más que seguir yo hablando de este particular, prefiero dejar hacerlo á un sabio humanista y docto crítico que fué vuestro compañero y es gloria de la patria literatura. Lista dice de este modo: «En los versos cantados ha de haber más sobriedad en cuanto á los ornamentos, más sencillez en las frases, más

(1) *Norma.*

fluidez en la armonía. Es menester que los versos se canten por sí mismos. Acaso lo que ha disgustado á los compositores de música, del auxilio de su hermana, ha sido encontrar con poetas, no sólo sin ninguna inteligencia en la música, sino tambien ignorantes de las modificaciones que deben hacerse á la expresion poética en este caso. Los versos deben tener colocados los acentos con igualdad: no se admiten transposiciones muy atrevidas, ni los arcaismos que no sean muy usados en poesía. Es menester evitar las voces duras y de áspera pronunciacion, las sinalefas violentas, los cortes que interrumpen la armonía, y las contracciones desacostumbradas de vocales. Se ve, pues, que es más difícil escribir buenos versos para ser puestos en música que escribir una excelente oda» (1).

Conforme estoy con todas las prescripciones que copio de este insigne preceptista, ménos en un punto, de que con el debido respeto creo justo separarme. Es el relativo á los acentos, en que, siguiendo la opinion comun, establece que siempre deben colocarse con igualdad. Acerca de este extremo, considero prudente que no se dicte una regla ineludible; ántes por el contrario, parece más acertado observarla ó no, segun la conveniencia de la situacion y del momento. La simetría inalterable de los acentos da á los versos un ritmo tambien inalterable que, influyendo demasiado en el compositor y dominándole á veces, comunica á las melodías creadas sobre ellos cierto acompasamiento y cuadratura, ocasionados á la vulgaridad y monotonía. Esta cuadratura era apreciada sobre

(1) *De la ópera, considerada como drama.*—ENSAYOS LITERARIOS Y CRÍTICOS.

todo otro carácter, cuando no se concebia un período melódico sino en la forma italiana, que sobresale verdaderamente en aquel concepto, forma dimanada de la precision de ritmos de la poesía lírica que le sirve de fundamento; pero desde que, emancipándose en otras escuelas, dejó la melodía aquella servidumbre y adoptó más libres giros, marcha más desembarazada, para seguir, tanto el sentido de la palabra cuanto la redondez de las frases musicales, el poeta puede y debe tener tambien más libertad en su cometido. Compréndese bien que, tratándose de una versificacion tan poco rítmica como lo es la francesa, haya habido un autor que, despues de tratar durísimamente á los poetas que escriben en dicha lengua, pusiera todo su conato en encerrarlos en el compas más riguroso para todo género de versos (1). Mas por lo que á otras se refiere, por ejemplo á la castellana, tal sujecion es innecesaria. La nuestra es abundante en metros y acentuaciones; y fácil es y de exíguo mérito, áun para versificadores poco exquisitos, fijar su prosodia con estricta simetría. ¿Qué dificultad ofrece si no para nosotros escribir una larga serie de versos decasílabos con este ritmo:

Al brillar en el cielo la aurora,

ó con este otro, partido en hemistiquios iguales:

Cándida rosa, gala del prado,

ó dodecasílabos en la siguiente forma:

La mansa corriente del plácido arroyo,

ó de otras muchas medidas y combinaciones de que tan-

(1) Castil-Blaze.—*L'art des vers lyriques.*

tas muestras hay en las colecciones poéticas? Para aprovechar, pues, esta facilidad y para atender á las necesidades de la música, lo que conviene es acentuar, ó no, con simetría, segun lo exija la naturaleza del asunto. Si se quiere escribir diversas estrofas para una misma melodía, claro es que deberá ser escrupulosamente igual la acentuacion de todas ellas. Si se va á componer un canto esencialmente acompasado, como una marcha guerrera, un motivo de baile á que acompañe la letra, ú otra pieza por el estilo, aunque las libertades del poeta no serian obstáculos insuperables para el músico, debe aquél evitar á éste semejante clase de dificultades. Pero cuando se trata de un período libre y divagador por las regiones del sentimiento y la fantasía, ¿á qué fundir los versos en una inalterable turquesa? ¿Podrá la melodía frasear con soltura y novedad si la poesía le ha trazado de antemano el camino de que no puede separarse? En suma, en este punto procede que el poeta siga, tanto como su instinto, las indicaciones del compositor.

Otras condiciones, igualmente atendibles, se requieren asimismo en la forma del drama lírico. La concision es indispensable, porque sobre ser los períodos muy largos de difícil ejecucion, hay que tener en cuenta las perífrasis y repeticiones de la música, que, aunque hoy bastante moderadas con relacion á otros tiempos, no pueden ni deben evitarse del todo. Tambien lo es la discrecion en variar ó no con rapidez la expresion de los sentimientos, porque tan expuesto será á la confusion musical el acumular diferentes en corto número de versos, como ocasionado á la monotonía el dar á una larga tirada de ellos el mismo colorido. Igualmente pide tino y prudencia el punto de la variacion de metros, porque así

como el estacionarse en cualquiera de ellos engendraria música demasiado uniforme, la demasiada movilidad y extravagancia de combinaciones engendraria á la vez cierta inquietud de tiempos y compases, comprometida para el compositor y desagradable al oido. En este particular tiene la versificacion castellana un metro tan flexible y adaptable á las más opuestas clases de cantos; tan idóneo para producir así el ligero recitado como la melodía en su mayor desarrollo, que no puedo ménos de apuntarlo como elemento español de suma importancia. Ya se deja adivinar que me refiero al romance, sobre todo el agudo, en el cual coinciden tan peregrinas disposiciones.

Para concluir este concepto de la forma del drama lírico, séame lícito reproducir una idea ya anteriormente indicada, á saber: que la ópera, ó el poema musical, segun novísimamente se aprecia y se desea, es un todo complejo, á cuya perfeccion concurren diversos elementos escénicos. La pintura, el baile, la indumentaria, la arqueología, la mecánica, contribuyen á realzar su esplendor, restableciendo el imperio de lo pasado, ó creando el de lo ideal, para que la ilusion sea el mundo en que respiren el músico y el espectador. Sin algo de novedad, no poco de verdad y mucho de fantasía, la ópera resiste hoy apénas las exigencias del público. Natural es, por tanto, que el poeta, ya para atender á estas exigencias, ya para abrir á su hermano nuevas fuentes de inspiracion, deposite en su obra, segun la medida que cada caso demande, la semilla de aquel fruto pintoresco y romántico como gérmen indispensable de futuras bellezas. Y establezco dicha limitacion para que no se juzgue que sólo imagino obras de las apellidadas de grande espectáculo, como *Hercula-*

num, *Hamlet*, *Roberto*, *Aída*, *Fausto* y otras cien por el estilo que fuera prolijo enumerar.

Hemos visto, Señores, que la contextura y disposicion de las piezas, el lenguaje poético, la nitidez y pureza de la versificacion, el oportuno uso de acentos fijos ó variados, la concision, la discrecion en la alternativa de los afectos y de los metros, y la necesidad de animarlo todo con los seductores atractivos de la fantasía, son rasgos característicos de la forma del drama destinado á la música. ¿Qué se podrá decir ahora respecto del fin á que se encamina?

Pocas palabras en verdad, á saber: que es meramente estético. En el destinado á la declamacion, en la comedia, el escritor que quiere demostrar una proposicion fundamental, dispone de más espacio y de otros medios para discutir, para razonar, para elevarse á las regiones de la enseñanza. Su obra puede ser hasta de polémica y de combate. En el lírico son exóticas tales condiciones. Excitar los sentimientos, mover las pasiones, recrear honestamente, ved aquí en compendio sus propósitos peculiares. Y no se estime esto en poco, pues no lo es el dilatar la aficion á la música, propaganda que, como lo revela la adelantada Alemania, es uno de los medios adecuados de dar cultura, delicadeza y suavidad á las costumbres.

Pero quizá exclamarán algunos ahora: «¡Triste consecuencia se infiere para nosotros de la exposicion de esa doctrina! España no puede tener, como Alemania, Italia y Francia, su drama lírico', ni la gloria de un Weber, un Rossini, un Halévy, porque nunca genios análogos se revelarán al mundo con el auxilio de una lengua que no sirve para satisfacer las necesidades del canto.» ¡Irritan-

te injusticia cometerán los que tal imaginen ó digan! La lengua castellana (y no hablo por ciego patriotismo, sino por convencimiento desapasionado de la verdad), la lengua castellana sólo tiene entre las vivas de Europa una rival poderosa que la domine en el expresado concepto, y áun esa misma, con todas sus condiciones propias y con las innumerables licencias de su poética, tampoco está exenta de imperfecciones. De las demas, Señores, apénas hay que hablar, porque son notoriamente ménos aptas para el objeto á que me refiero. Y no han sido, no, el estudio detenido de esta cuestion delicada, ni razones pertinentes, ni carencia de ejemplos en contrario sentido, los fundamentos en que hasta hace poco se han apoyado casi todos para juzgar negativamente, y en que todavía se apoyan muchos para creer dudoso, que la castellana tenga aptitud musical y lírica. ¿Qué móviles han podido, pues, influir en tan injusta pretericion, privando á los españoles del exquisito placer de oir cantar en su lengua nativa, de ese placer, de ese encanto, de ese realce que el acento patrio comunica á las ideas musicales, explicando y fijando su sentido, y quitando á los espectáculos líricos el carácter de funciones de música instrumental embellecida con la voz humana inarticulada, que es lo que la ópera supone para los que la escuchan sin comprender muy bien el idioma en que se canta? ¿Cómo sin tal requisito (permítaseme esta digresion), cómo avalorar los aciertos ó desaciertos del compositor, seguir con interes el curso de una accion, comprender el alcance de una inspirada frase, ó un matiz de la instrumentacion dirigido á expresar el dolor ó la alegría? Bien puede Elvira prorumpir, en el exceso de su tristeza:

O rendetemi la speme,
O lasciatemi morir;

bien puede el gondolero acentuar la situacion patética de Desdémona, cantando debajo de sus ventanas:

Nessun maggior dolore
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria;

bien puede Guillermo exclamar, en un arranque de despechado patriotismo:

Il chante, et l'Helvétie pleure sa liberté;

ó lamentarse Vasco, en otro de desesperacion:

Car c'est mourir deux fois que perdre ensemble
La vie et l'inmortalité;

nada importa que el Comendador, *l'uom di sasso*, *l'uomo bianco*, amenace así, en una frase atrevida por su sencillez:

Di rider finirai pria dell'aurora;

ni que el genio inconmensurable de Mozart instrumente este pasaje con acordes y timbres que hielan de espanto: todas estas bellezas músicas, por no comprenderse la palabra, pasarán inobservadas ante el auditorio. ¿Qué obstáculos, repetiré ahora, han motivado que la generalidad de los españoles tuvieran hasta hace poco en olvido la conveniencia de poder apreciar estos ú análogos primores, ya de música extranjera, ya de los que la suya nacional pudiera producir? Duro es decirlo: uno solo: la preocupacion. Sí, la preocupacion; porque ésta, como otras, subsiste todavía en un siglo que se ufana en haber concluido con todas ellas. La moda, que únicamente rinde culto á la preponderancia del italiano; un cierto buen

tono que conceptúa más exquisito cantar en frances (en ambas lenguas suele hacerse con errónea pronunciacion); la escasez de eminentes artistas españoles que sepan vocalizar, articular y acentuar con pureza, intencion y gusto; el marcado desden con que, salvas honrosas excepciones, han mirado los grandes poetas eso de escribir versos para canto; los deplorables ejemplares de poesía de este género que aquí se vieron ántes del apogeo de la Zarzuela, ora en desmayadísimas y prosáicas versiones de óperas italianas, ora en canciones originales españolas; el no enseñar los maestros á cantar sino en italiano por lo comun; y sobre todo, ese cierto fenómeno psicológico que nos hace juzgar más bello, más nuevo, más interesante lo que se lée, oye ó canta en lengua extraña; tales han sido los orígenes y causas mantenedoras de la expresada preocupacion. Pero ¿qué tiene que ver esto con la índole de la lengua castellana? ¿Qué prueba acaso en contra de su apitud lírica? Para confirmarla ¿no pudiera presentarnos algunas páginas de gloria la Zarzuela, aunque confundidas con otras de valer exíguo, la Zarzuela, que entre otros, ha hecho el inapreciable servicio de que hasta los más prevenidos se vayan acostumbrando, sin saberlo, á oir cantar en castellano, y eso que muchas veces se oye lo que en ningun concepto se debe aplaudir?

Sí; justo, conveniente, indispensable es decirlo: la lengua castellana es idónea para el canto. Estúdiese en su estructura; compáresela con otras, y se verá si mi aseveracion es ó no fundada. ¡Ojalá tuviera yo tiempo bastante para dilucidar con minuciosidad esta cuestion que me veo obligado á tocar someramente! Podria no probar mi aserto por falta de ingenio, pero no por falta de voluntad y conviccion.

¿Qué cualidades necesita una lengua para ser musical? Varias á la vez: veamos cuáles son, y si concurren en la nuestra.

La primera de todas es la sonoridad, esa cualidad preciosa que en virtud de la naturaleza de los sonidos vocales, de su alternativa con los consonantes, de la variedad y vigor de la acentuacion, de la claridad de las terminaciones, de la libertad de la sintáxis para buscar en la frase y el período la mayor redondez que pueda satisfacer al oido, deja á veces en éste, cuando el poeta canta con entusiasmo, ó cuando el orador perora con arrebato, una impresion parecida á la impresion que le producen las ondas del aire conmovidas por el toque robusto de una campana. Este eufonismo, natural y comun en la lengua griega hasta el punto de haber merecido que el lírico del Lacio dijese de los que la hablaban:

Graiis dedit ore rotundo
Musa loqui,

es por fortuna conocido en la hermosa lengua de Cervántes. Cuando Herrera prorumpia:

Hondo Ponto que bramas atronado
Con tumulto y terror, del turbio seno
Saca el rostro, de torpe miedo lleno,
Mira tu campo arder ensangrentado;
Y junto en este cerco y encontrado
Todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,
Y cubierto de humo, fuego y trueno,
Huir temblando el ímpio quebrantado;

cuando el mismo poeta exclamaba:

Cual tempestad ondosa
Con horrísono estruendo se levanta,
Y la nave, medrosa
De rabia y furia tanta,
Entre peñascos ásperos quebranta;

cuando el insigne duque de Frias, que fué compañero vuestro, decia á Cárlos III en el aniversario de su muerte:

> Y ¿ésta es ¡oh Dios! aquella monarquía
> Que su estandarte tremoló en Otumba,
> En San Quintin, Parténope y Pavía?
> Vélate ¡oh sombra! en tu gloriosa tumba,
> Hoy que al rudo huracan de la anarquía
> El trono de cien reyes se derrumba;

en todos estos pasajes demostraban prácticamente que el *ore rotundo loqui* de los griegos no es primor ignorado de los castellanos. Mil y mil ejemplos como éstos podrian citarse en comprobacion del mismo aserto, no sólo tomándolos de los poetas de primer órden, sino hasta de otros de ínfima categoría; y no ya de los poetas, sinò de los prosistas, que tienen ménos ocasiones de elevarse á la grandilocuencia. ¿Acaso no conocemos en nuestros dias, y teneis entre vosotros, oradores que hacen resonar con la rotundidad de su palabra el recinto del foro, la techumbre del parlamento? La eufonía y la onomatopeya son, pues, una cualidad natural, una figura fácil, un rasgo musical de nuestro idioma.

Y esto se explica sin grande esfuerzo.

Las vocales, que tienen de por sí sonido claro y definido, se pronuncian constantemente del mismo modo sin alteraciones ó matices que amengüen ó debiliten su valor, haciendo ademas en ellas el acento, por el énfasis casi imperceptible de la voz, los oficios de la cantidad, que desconocemos, de la lengua latina, y que no hallamos en las que de ella dimanan. Así en *lámpara*, *épico*, *empíreo*, *homólogo*, *fúnebre*, se deja sentir sobre las vocales acentuadas cierto no sé qué de duracion, que sin ser verdadera cantidad es como su recuerdo, como su sabor, como

accidente que da gracia á la palabra. Pues bien, todas ellas, aunque en diferente grado, son sonoras y deben pronunciarse con el *ore rotundo* que celebraba Horacio; y si bien dos de las cinco, la *i* y la *u*, son bastante ménos eufónicas, en cambio representan, particularmente la última, el menor número de las que con sonido independiente intervienen en la formacion de los vocablos. Ahora bien, estas dos circunstancias, la de claridad de sonido y la del relieve que les comunica el acento, hacen á nuestras vocales, exceptuando las dos indicadas, muy á propósito para lo que técnicamente se llama emision de la voz y vocalizacion, bases fundamentales de la buena escuela de canto. Añádase á esto que, al unirse con las consonantes formando sílabas, aparecen en inmensa mayoría de voces discretamente alternadas con aquéllas, de modo que pueden sin trabajo formularse las palabras; pues si bien es cierto que hay sílabas de difícil pronunciacion, como *abs*, *cons*, *ins*, *trans*, y algunas otras semejantes, tambien lo es que son pocas y que pueden insensiblemente evitarse, atendido el cuantioso caudal del idioma.

Por otra parte, las consonantes no presentan dificultad seria para que á éste se le conceptúe adornado con el carácter que le atribuyo. De las veintitres que cuenta el alfabeto, sólo pueden sacarse cuatro (que representan no más dos sonidos) á las cuales se acusa con demasiada rigidez de bárbaras y de duras, á saber: la *c* y la *g*, cuando van acompañadas de *e* ó de *i*, que suenan respectivamente como siempre la *z* y la *j*.

Acerca del primero de ambos sonidos, no comprendo, en verdad, cómo se repite tan comunmente que es inarmónico y áspero. Si para demostrarlo se pronuncia por

separado con una fuerza y prolongacion que en sí no tiene; si se aducen como ejemplos para el mismo fin vocablos en que se halla repetido y en colision con otras consonantes ó vocales, como *presciencia*, *transcendencia*, *zizaña*, *zozobra*, claro es que los que lo impugnen tendrán razon. Pero no la tendrán si lo emiten con la suavidad debida, y si se trata de otra clase de palabras. ¡Pues qué! ¿Tanto más fácil y propio para el canto (si se examina sin inveterada preocupacion) es el sonido de la *ci* ó el de la *z* italianas, que tan abundantes son en dicho idioma, y que muchas veces se emiten duplicadas, cuando se pronuncian con la debida separacion y energía? ¿Qué palpable diferencia hay entre decir: *Nella cima di quel monte* y *En la cima de aquel monte*, entre *La celeste melodia* y *La celeste melodía*, y otros mil casos análogos que pudieran presentarse?

Pero otro sonido existe, el de la *j*, que es el segundo de los ántes citados, sobre el cual han caido y cáen las más desapiadadas censuras de doctos y de ignorantes, como si fuera grito salvaje nunca oido, de que es señal de sensibilidad horripilarse á toda hora. Comienzo confesando que por su cualidad de gutural (razon formidable en que unos y otros se apoyan para anatematizarlo), es en general poco apropiado á las necesidades de la música. Mas por de pronto dígaseme: ¿es el castellano el único idioma que lo posée? ¿No tiene el ingles una aspiracion semejante, aunque más suave? ¿No abunda en el mismo el aleman, no sólo con la aspiracion frecuente de la *h*, sino con la *ch*, que es casi, ó sin casi, del vigor de nuestra *j*? Aquí repetiré lo que ántes expuse respecto de la *c*; detestable será la *j* si se pronuncia con tal fuerza y prolongacion que parezca (perdonadme lo grotesco de la

comparacion, en gracia de la necesidad) que se va á despedir violentamente algo de la boca, más bien que á pronunciar una letra: detestable será si se abusa de ella hasta el punto de querer poner en el canto palabras como *Jorje, cejijunto, jipijapa*, ó versos como aquellas famosas décimas de Arriaza que comienzan así:

Dijo un jaque de Jerez
Con su faja y traje majo, etc.

En cambio, si se emplea con sobriedad, si se pronuncia sin exageracion, ¿por qué desterrarla irremisiblemente de nuestro lenguaje lírico? ¿Á qué empobrecer el idioma y quitarle á veces necesaria energía, convirtiéndole de varonil en afeminado, aspirando como bello ideal á darle melifluidad y blandura, cualidades ineficaces para expresar á veces movimientos ásperos ó vigorosos? Si se trata, por ejemplo, de pintar un héroe que prefiera la muerte al deshonor, y ha de contestar negativamente á la proposicion en que tal mengua se le brinde, ¿desentonará el cuadro dramático y el musical contestando *¡jamás!* con acento vigoroso y decisivo, á pesar de la *j* y de la *s* final? ¿Tendria igual valor el *mai* italiano, ó el *jamais* frances? Por otra parte, ¿no se vocaliza en el canto sobre las vocales, de lo cual se llama así dicho ejercicio, y se pasa rápidamente sobre las consonantes que les están adjuntas? Si todo lo que se critica en la *j* es el orígen arábigo que se le atribuye vulgarmente, ¿por qué desdeñar con horror en la lengua este rasgo pintoresco de la influencia de aquellos que tantos recuerdos nos dejaron de su modo de ser en las costumbres, en las artes, en la poesía? Y si en prueba de su inconveniencia se alega que los extranjeros aprenden difícilmente á pronunciarla, ¿no

podré yo decir lo mismo refiriéndome á otras letras de sus alfabetos, las cuales pocos españoles aciertan á repetir con exactitud? ¡Pobre *j*, qué mal te tratan tus sensibles adversarios!

Verdadera dificultad, y no imaginaria imperfeccion cual éstas, es para nosotros la *s*, final de muchas palabras, y ademas terminacion de todos los plurales, porque produce un silbido de desagradable sensacion. Pero esto tiene en parte su remedio. Obtiénese esquivando en lo posible las primeras; empleando, en vez de los segundos, el número singular siempre que sea factible, lo cual es con frecuencia una elegancia retórica; y procurando, cuando sea inevitable su empleo, hacerla seguir de palabra que empiece con vocal, pues en la fluidez de la frase pierde entónces hasta cierto punto su carácter de final, y parece colocada en medio de diccion. Y si no, véase en prueba de ello que decir, por ejemplo: «los infortunios agobian», es de menor dureza que «las penas dan tormento», y de mucha menor que «los sacrificios son santos.»

Á las condiciones hasta aquí apuntadas, propias de la sonoridad de la lengua, hay que añadir otras que concurren al mismo fin. Es una de ellas la acentuacion de las palabras. Contando con cuatro distintas, ó sean, las de *aguda*, *llana*, *esdrújula* y *sobre-esdrújula*, semejante variedad facilita la estructura del verso, multiplica los ritmos y diversifica sus caractéres. Otra es la frecuencia y naturalidad del hipérbaton, figura que, usada con medida, sobre hacer elegante el estilo, permite redondear eufónicamente la frase y el período. Y por último, conspira al propio fin la abundancia de terminaciones, ya suaves, ya vigorosas; lo cual, á la par que da valor líri-

co á los vocablos, produce un riquísimo caudal de rimas, de donde pueden salir los más pintorescos matices para la versificacion, las más caprichosas combinaciones.

Si esto puede decirse respecto de la sonoridad de nuestra lengua ¿qué no podrá alegarse respecto de su riqueza de palabras? ¿No se ve cómo, sin necesidad de arcaismos y neologismos, muchos escritores diferencian sus respectivos estilos por la predileccion que manifiestan á cierto número de ellas, que son las que más frecuentemente emplean en su lenguaje? ¿Qué prueba esto sino lo rico del patrimonio, que consiente á cada uno gastar de la parte que más análoga es á su gusto? Pero, á la verdad, para demostrar semejante extremo sólo basta una prueba material: la de ver el volúmen de vuestro diccionario vulgar, y compararlo con el de otras lenguas europeas que no contengan más términos que los que aquella calificacion comprende. El número de los nuestros saldrá airoso de este certámen.

Las cualidades que dejo indicadas engendran otra de suma valía: la flexibilidad, requisito inapreciable en virtud del cual hallan pronta y genuina expresion los más contrapuestos y ricos tonos, las ideas y los sentimientos de más vária naturaleza. Ocioso fuera entrar en prolijas consideraciones para corroborar tal aserto. Muy sabido es de todos que su prueba viva existe en nuestra riqueza literaria. No puede ménos de ser flexible un idioma en que al lado de la florida abundancia de Cervántes figura la austera concision de Saavedra Fajardo; en que la melíflua ternura de Garcilaso contrasta con la enérgica grandilocuencia de Herrera; en que la sencillez clásica de Fray Luis de Leon armoniza con la romántica exuberancia de Cienfuegos. Donde se puede comenzar una oda diciendo:

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso
Á Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso;

para modular de repente, tras diez versos de esta pujanza, al tono suave en que se añade:

En el sereno polo
Con la suave cítara presente
Cantó el crinado Apolo
Entónces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente;

donde esto acontece, y no por caso raro, la flexibilidad de la lengua es hecho incontrovertible.

Por fin de mis observaciones en el particular de que voy tratando, tócame asimismo apuntar lo que, ámpliamente estudiado, sería orígen de resultados peregrinos, esto es: la existencia del lenguaje poético en nuestro idioma, tan indispensable, segun ántes dije, para las necesidades de la música. Pero ¿á qué detenerme en este punto, indudable para todo el que, áun á medias, conozca la fecunda historia de nuestra poesía? ¿Cuántas otras hay de tan variado colorido como ella? ¿Pueden muchas naciones presentar una verdadera y no interrumpida dinastía de poetas como la que ennoblece á España desde Jorge Manrique hasta algunos de nuestros dias, que no juzgo necesario nombrar? Perfecciónese, pues, aquilátese más dicho lenguaje, depúrese de toda rudeza que lo afée, y supuesto que el idioma es flexible, rico, sonoro, se vendrá á reconocer por todos lo que para mi humilde juicio es evidente, á saber: que el castellano es adecuado al canto por propia naturaleza.

Y si á esta consecuencia venimos á parar considerándolo en absoluto, áun más favorecido saldrá comparándolo con otros idiomas de los que se hablan en Europa, en los cuales se componen dramas líricos. Rapidísima ojeada bastará para conocerlo.

¿Cuál de ellos puede disputarle la palma en el concepto mencionado?

¿Será el frances con sus *m* y *n* nasales, con sus consonantes arrastradas como la *ch*, con su *e* muda, tan comun y frecuente, con su inarmónica *u*, con su oscuro *eu*, con su sencillez sintáxica, con su uniformidad de acentos, con su carencia de ritmos? Si un docto preceptista nuestro (1) dijo de él, hablando solamente con relacion á la lectura, que Boileau, Racine, Lafontaine, «hicieron sonoros y felices versos en cuanto lo permitia su pobrísima, monótona y nada armoniosa lengua»; y luégo añadia que «la castellana, más rica, más variada y más suave que aquélla, presta todavía más recursos á quien la sabe manejar», ¿qué no habria añadido si hubiese tratado de las especiales propiedades que se requieren en los versos destinados al canto? Pero no es ya un escritor español el que citaré en abono de mi opinion: léase *L'art des vers lyriques*, de Castil-Blaze, y dígaseme si en el fondo se puede tratar con mayor dureza y desabrimiento á la poesía cantable de Francia, cuando sólo pretende censurar á los autores que en ella se han ejercitado desde muy antigua época hasta nuestros dias.

Ménos lo será el ingles. Notorio es á todos que en la pronunciacion dificilísima de esta lengua (tan varia y con-

---

(1) Gomez Hermosilla.—*Arte de hablar en prosa y verso.*

trovertída, hasta el punto de decir algunos gramáticos que la mejor regla para aprenderla es no dar ninguna respecto de ella), sobre haber frecuentes aspiraciones, figuran diez sonidos vocales (1), de muy oscuro eco algunos; hay consonantes de poco valor eufónico, y casi nunca se emite la voz franca y abiertamente, sino, por el contrario, sale envuelta en las palabras de la boca medio cerrada, circunstancia totalmente opuesta al *ore rotundo* de Horacio y á las ineludibles leyes del canto y la vocalizacion. Con tales defectos, y con los medianos recursos de su métrica, el ingles puede conceptuarse en el expresado punto de vista como el reverso del italiano, lo cual para el caso no hace seguramente su panegírico.

Rico en vocablos, atrevido en la construccion, hábil para expresar hasta la más recóndita sutileza de pensamiento, es el aleman á no dudarlo; y no hay apénas parte de las ciencias y la literatura en que bien manejado no sea poderosísimo auxiliar para la exposicion de doctrinas ó la pintura de sentimientos. Pero á pesar de tal superioridad, no es fácil y espontáneo en cuanto lo piden las leyes del canto musical. Figuran entre sus vocales la *o* y la *u* con diérésis que producen respectivamente los sonidos franceses de *eu* y de *u*. Entre las consonantes,

---

(1) It appears, that there are in the Englisch language fourteen simple vowel sounds; but as *i* and *u*, when pronounced long may be considered as diphthongs, or diphthongal vowels, our language, strictly speaking, contains but twelve simple vowel sounds; to represent which, we have only five distinct characters or letters. If *a* in *far*, is the same specific sound as *a* in *fat*; and *u* in *bull*, the same as *o* in *move*, which is the opinion of some grammarians; *then there are but ten original vowel sounds in the English language.* — LINDLEY MURRAY, London, 1844, page 16.

que se pronuncian muy claras y puras al principio de diccion, y muy fuertes al fin, existen la *ch* francesa, la aspiracion de la *h* y el sonido de nuestra *j*, tan censurado en nosotros, y tal vez con mayor frecuencia de casos. Cuenta prefijos como *auf*, *durch*, *erz*, *nach*, *meg*, y desinencias como *eln*, *haft*, *icht*, *ischt*, *lich*, *ling*, *schaft*, *ung*, *wärts*, de uso nada raro seguramente (1). Multiplica el empleo de las consonantes, todas las cuales se deben pronunciar, lo que exige soltura y agilidad de lengua. Hace gala de un hipérbaton más extremado que el del latin, y finalmente se vale de palabras compuestas, algunas de extraordinaria longitud. Ya se deja conocer que tales propiedades, aunque le dan suma importancia para hablado y escrito, le quitan para cantado, segun ántes dije, la indispensable fluidez y facilidad.

Estas dos condiciones sólo brillan en el idioma de Petrarca, único á que el de Cervántes debe prestar homenaje en el sentido de que estoy tratando. Abundante en vocablos, clarísimo en sonidos, flexible en expresion, tiene en su favor, como es sabido, la exencion de muchas asperezas y choques que á otros hacen duros é inarmónicos. Con sus plurales terminados en vocal, cualidad extensiva á todas las voces en su natural estado; con variedad de acentuaciones y multitud de esdrújulos en sustantivos, adjetivos y verbos, está adornado de peregrina perfeccion; pero más la realzan la circunstancia de disponer de un lenguaje lírico ya creado, aunque pobre en recursos y giros, y las innumerables licencias de su poética, que facilitan extraordinariamente la versificacion. El

---

(1) Coll y Vehí.—*Diálogos literarios.*

uso frecuente del apóstrofo consiente á los poetas italianos elidir una de dos vocales iguales para evitar insonoras prolongaciones. La supresion de letras en las palabras, que puede llegar hasta tres, sin alterar el sentido de éstas, les otorgan fecundas libertades para la rima y el metro; de modo que así pueden escribir *cavaliere* y *cavalier*, *peregrino* y *peregrin*, como *uscirono*, *usciro* y *uscîr*, *furono*, *furo* y *fûr*, que son diversas formas de una misma persona del pretérito. Y, á pesar de todo, el italiano no es impecable. Sus dobles consonantes son algo violentas, porque deben articularse con marcada separacion; la *s* líquida cuando no va precedida de palabra finalizada en vocal (caso en que insensiblemente se une á ella, perdiendo en cierto modo su carácter, como se nota en *la mia speme*, *il suo spirito*), dificulta la medida al principio de verso, y lo mismo ocasiona al principio de frase musical. Cuando se dice en la preciosa cavatina de Donizetti:

Spirto gentil
Né sogni miei,

la *s* líquida del primer verso, á que no puede ni debe darse matiz alguno de *e* prévia, resulta un silbido al aire, y como *al alzar*, fuera de la parte fuerte del compas, en qne, segun sucede en la letra original francesa,

Ange si pur que dans un songe,

empieza fácilmente la melodía. Por último, la abundancia de diptongos y triptongos unas veces, y la reunion en otras de diversas vocales que no los forman, producen contracciones exageradas y hasta pueden alterar el sen-

tido de las palabras. En el *aria di chiesa* atribuida á Stradella se dice:

Se i miei sospiri,
O Dio, placassero;

mas como sólo hay dos notas para las palabras *se i mei*, hay que decir *sei* en una misma emision de voz, y *miei* en otra; ocasionándose inconveninte sinalefa, y pareciendo que en vez de quererse decir *si mis suspiros*, se dice *seis suspiros mios*. Vese, pues, cómo el italiano no carece tambien de imperfecciones, y cómo se censura harto ligeramente á los poetas españoles en lo tocante á choques de vocales, que cuando ménos no son ni más frecuentes ni violentos que los citados y otros muchos ejemplos que pudieran aducirse.

Y tanto más injusta es esta censura cuanto que, áun para la zarzuela, cuya esencia es inferior á la de la ópera, se han escrito hermosos versos de reconocidas propiedades musicales. Bastantes podria citar para demostrarlo, pero me concretaré á pocos y de un solo autor que ya no existe: el ilustre autor de *Jugar con fuego*.

Cuando quiere ser suave, dice así:

La noche vertia su blando beleño;
Cerraba mis ojos pacífico el sueño:
Un rayo de lumbre mi mente inundó,
Y el cielo á mi vista sus puertas abrió (1).

Si busca la fluidez y sonoridad, la encuentra de este modo:

---

(1) *El Planeta Vénus.*

De las aves el trino amoroso,
Dulcemente resuena en mi oido;
De las auras el leve sonido,
De las fuentes el blando rumor!
Mas su encanto apacible y suave,
Que embelesa á la turba festiva,
En un alma que gime cautiva
Solo inspira tristeza y dolor!
Ave canora,
Fuente sonora,
Alado céfiro,
Callad, callad!
Cúbrate, oh cielo,
Tétrico velo,
Y truene horrísona
La tempestad (1).

Pero anhela ser tierno, y entónces dice:

Ausente de tu orilla,
Guadalquivir,
La pobre gitanilla
Quiere reir.

—

Y pide á sus tonadas
Aquella sal,
Que allá en tus enramadas
No tuvo igual.

—

Mas sale envuelta en llanto
Voz de dolor,
Y es ya sólo su canto
Un ¡ay! de amor (2).

Por último, cuando necesita un tono robusto, habla con esta energía, haciendo á la vez sonoros versos de nueve sílabas:

---

(1) *El Planeta Vénus.*
(2) *El Estreno de una artista.*

Negra tormenta amenazaba,
Hórrido trueno retumbó...
Mas de repente lumbre pura
En el oriente apareció!
Dulces aromas
Vierte la flor;
Bulle el arroyo
Murmurador;
Y al que disipa la tormenta
Alza la tierra himnos de amor! (1)

Pero ¿á qué multiplicar las citas en este ú otro sentido? ¿No son ya de por sí elocuentes las que dejo transcritas?

Ahora bien, señores: seamos imparciales y rechacemos toda vulgar preocupacion. Si la lengua castellana, examinada en sus condiciones intrínsecas y comparada con otras, es digna de que se la considere como elemento musical (segunda proposicion de este débil discurso); si así se infiere, áun dadas las ventajas de la italiana, nacidas de su mecanismo y de la multitud de sus licencias poéticas; si privada de ellas, y con un objetivo ideal mucho ménos sublime que el del drama lírico (segun lo expliqué en la primera parte), ha producido en la zarzuela los bellos versos para canto del inolvidable Ventura de la Vega, y los de otros elevados poetas cuyos nombres no quiero citar, porque viven todavía; si todo esto es así, ¿cómo no proclamar que nuestra lengua, hecha para hablar con Dios, segun dicho atribuido á Cárlos V, sólo reconoce por rival triunfante en lo lírico á la que enaltecieron Metastasio y Romani, pero que tambien es en el mencionado concepto superior á todas las restantes europeas en que más se escribe para canto?

---

(1) *El Extreno de una artista.*

Sí, publicadlo en alta voz con el apoyo de vuestra autoridad, que no os inducirá á ello apasionado patriotismo, sino verdad evidente y gloriosa. Oigan vuestra palabra los poetas: adivinen los espléndidos horizontes de belleza que puede recorrer su ardiente fantasía: comprendan la nueva faz con que ha de aparecer el drama lírico, si previsores le comunican, en fondo y forma, los gérmenes característicos de nuestra nacionalidad; y entre todos predispondreis la fecunda tierra patria para que del árbol de la música acabe de brotar esa codiciada flor que hace tanto tiempo pugna por brillar: la ópera española.

He llegado al fin de mi camino. Al borde de él me siento como viajero fatigado, recordando los lugares que con pié inseguro y vacilante he recorrido. ¡Ojalá mi pincel os los haya dibujado con verdad y con arte! De nuevo os saludo: de nuevo os rindo gracias en la alegría de mi corazon. Sólo aminora la que experimento en ocasion tan solemne, el considerar que soy inhábil para justificar en la práctica lo que acabo de exponeros en teoría.

He dicho.

CONTESTACION AL PRECEDENTE DISCURSO

DE

DON ANTONIO ARNAO,

POR EL ACADÉMICO

DON ANTONIO MARIA SEGOVIA.

SEÑORES: Dulcemente suenan en nuestros oidos académicos las alabanzas de la lengua castellana, la demostracion de sus excelencias! Y no he dicho bien ni creo que soy justo limitando esta satisfaccion y deleite á los individuos de esta Corporacion, aunque especialmente dedicada al estudio y cultivo de nuestro idioma; patrio se llama éste porque es parte integrante de la patria, y por tanto, todo buen patricio debe interesarse en que se conserve el idioma puro y esplendoroso, y regocijarse de que nos haya concedido la Providencia el nacer en una tierra donde tal lengua se habla; á la manera que nos mostramos satisfechos y orgullosos de la hermosura del clima, de la fertilidad del suelo, y de los demas felices dones con que se halla dotada España; esta mal conocida España, formada y dispuesta para tan altos destinos, y á quien el ciego frenesí de algunos de sus hijos, y

el frio desamor de los más de ellos tienen empobrecida, revuelta y desgarrada. Abstracciones irrealizables, teorías utópicas, exageradas y convertidas en arma de partido por el vil interes y la ambicion desapoderada, nos dividen y subdividen lastimosamente! Un lazo de union nos queda (en lo terreno digo, porque no quiero ahora exponer consideraciones religiosas á la sonrisa de los incrédulos), un lazo de estrecha union nos queda: el del idioma patrio. No le rompamos, españoles; hablemos todos la misma lengua, que es el verdadero modo de entenderse, como antitéticamente vemos en la simbólica Babel con toda evidencia demostrado. Hablemos todos y hablemos con propiedad nuestra hermosísima lengua, y pues tan armoniosa y melódica es bien manejada, cantemos tambien en ella; que los que juntos cantan y sienten el simpático influjo de la música, dón inestimable del cielo, muy fácilmente extienden la armonía de sus concentos hasta armonizar tambien los corazones y las voluntades.

Ya veis, señores, que hablo como convencido de que la lengua castellana es, en efecto, musical por su índole, y propia para el canto. Convencido estoy realmente hace largo tiempo; y esta persuasion íntima es uno de los resultados que á mi ver produce el atento estudio de nuestro rico idioma. Convencidos supongo tambien á cuantos acaban de oir el discurso de nuestro nuevo compañero, pues áun cuando éste se haya encerrado prudentemente en los límites de una oracion académica, y no haya compuesto *todavía* el libro que desde ahora le excito á publicar para dejar evidenciada su tésis, sería agraviar á este ilustrado concurso el poner en duda que haya comprendido toda la fuerza de las razones, pruebas y ar-

gumentos, con tal claridad presentados á nuestra consideracion por el Sr. D. Antonio Arnao.

Y ¿qué autoridad presta su nombre al análisis que nos ha hecho, y al sistema de reglas que ha formulado, aunque en compendio, para el drama lírico? Punto es éste que debo aclarar un poco, porque en todos tiempos, y más en los presentes, conviene poner de manifiesto la autoridad: no sólo las afirmaciones dogmáticas, sino hasta las demostraciones deducidas por el método de la más severa lógica, son insuficientes para libertar á quien las hace de la obligacion de exhibir sus títulos: y gracias si los autores que tratan de ciencias exactas están al abrigo de averiguacion semejante.

Una sola ciencia es la que en nuestros dias puede tratar cualquier *quidam* (como familiarmente decimos) sin haberla cursado en las aulas, ni profundizado en la práctica, ni haberse acreditado en ella con hechos positivos de consumado maestro. Esta ciencia es la ciencia política ó de la gobernacion de los Estados; ciencia en la cual, sin duda por ser tan sencilla, todos somos profesores, desde Platon y Aristóteles hasta el último gacetillero, y desde Jeremías Bentham hasta las más pizpiretas oradoras internacionalistas; ciencia que tiene tantas cátedras cuantos son los periódicos y papeluchos que rebosan de las prensas, las esquinas en que se puede cómodamente charlar al sol, y las mesas de los cafés medianamente concurridos. En esta, repito, tan generalmente sabida ciencia, no suele preguntarse quién es el catedrático, aunque á veces se le clasifique por el peculiar estilo de su oratoria y por la ausencia de todo eufemismo; y si la disertacion se convierte en conferencia, ménos se atiende á la autoridad de que voy hablando; pues acontece

muy á menudo que, en vez de tirarse los bonetes, como se cuenta de los doctores de antiguas universidades, apasionadamente empeñados en las más abstrusas disquisiciones, se disparan los modernos disputantes proyectiles de pistola, fusil, ó cañon de artillería; poderoso argumento científico que, si no convence más que los bonetes, irrita por lo ménos, y emperra al adversario, cuando no le envia á concluir sus estudios de ciencia política al otro mundo.

Áspera disonancia producirá sin duda esta importuna digresion, á que la influencia atmosférica me ha arrastrado inopinadamente, con la melodiosa oracion del señor D. Antonio Arnao: perdonadme, señores, semejante salida de tono, tanto ménos disculpable cuanto más musical es el asunto; y permitidme que éntre ya á presentaros los títulos con que viene á tratarle el nuevo académico.

Y por cierto que, para empezar, he de ponerme en contradiccion con el estimadísimo compañero, y hasta censurarle, siquiera sea amistosamente, porque en el exceso de su modestia no ha reparado que inferia indirecto agravio al público en general, y en particular á la Academia misma. Aquel muchas veces le ha aplaudido, y ésta tambien repetidamente le ha laureado, precisamente por su acierto en la aplicacion á la música de la poesía castellana, y es casi tachar de incompetentes uno y otro juicio, el decir, como el Sr. Arnao nos ha dicho: Que es inhábil para justificar en la práctica lo que acaba de exponernos en teoría.—No, Sr. D. Antonio Arnao, no es esto exacto. Precisamente las obras en que habeis brillado como poeta músico y lírico-dramático han contribuido en gran manera á que se os abran las puertas

de esta Academia, en la cual fuisteis ya coronado (y con calificacion por cierto bien imparcial y severa (1), como autor de *Don Rodrigo*, drama lírico en tres actos y cinco cuadros, que pasó por la prueba de ser puesto en música (2). Si en vuestro poema *La Campaña de África*, igualmente premiado por esta Corporacion, predomina debidamente el carácter épico, no por eso pudisteis prescindir de vuestro natural lirismo en algunos trozos muy notables.

De ambas afirmaciones me creo obligado á presentar pruebas, en obsequio de aquellos de mis oyentes que no conozcan estas obras del Sr. Arnao.

Véanse los coros con que comienza el citado drama de *Don Rodrigo*, y parte del aria de salida de la tiple. Por lo cadencioso y fluido de los versos, y por la naturalidad de la expresion, no me parecen inferiores á los buenos con que la Musa italiana ha enriquecido el teatro lírico:

CORO DE DAMAS.

Goza ya, gentil Florinda,
Del poder de tu hermosura,
Pues con júbilo te brinda
Dos coronas el amor.
Sin igual es tu ventura,
Que es un rey tu adorador.

CORO DE SERVIDORES.

Vuela, hermosa, do te espera
De la dicha el grato ensueño.

---

(1) Se alude aquí á la circunstancia de haberse dado al Sr. Arnao meramente el *accessit* en certámen á que nuestra Academia convocó en 1857.

(2) Todo él, aunque en trozos aislados, y por diversos compositores.

Para tí la angustia muera,
Para tí no haya pesar;
Que en los brazos de tu dueño
Vida y gloria has de gozar.

CORO GENERAL.

¡Venturosa fué tu estrella!
¡Con un cielo te convida!
Tan amada como bella,
Sólo triunfos has de ver.
Ya en la senda de tu vida,
Brotan flores por doquier.

Sigue un aria de Florinda, que empieza por un bello y no ménos fluido *recitado*, continúa por un andante de ocho versos y un ligero *allegro* coreado, y termina en su *cavalletta*, que dice de esta suerte:

De la amante que te espera,
Caro bien, oye el acento:
Vuela á darle dulce aliento
Con tus frases de amador.
Tu ternura lisonjera
Fué su gloria apetecida:
Junto á tí, será su vida
Como sueño encantador.

Ya en esta brevísima muestra hallarán observados mis oyentes casi todos los cánones que en su discurso deja el Sr. Arnao establecidos. Veamos algo más.

En la prision donde el conde D. Julian recluta numerosos conjurados, cantan éstos el siguiente coró:

No es vano sueño... ¡Llegó la hora!
Teudo aquí viene cual lo juró.
Gloriosa noche libertadora,
Nuestra esperanza de tí brotó.

NOBLES, *repartiendo espadas.*

No más baldones, ¡oh compañeros!
Vuestra venganza comience ya.
Blandid airados estos aceros,
Que la Victoria llamando está.

La escena concluye con el siguiente

CORO GENERAL.

¡Sús! Hierro temido; despiértate, alienta;
Que en tí luzca aciaga la lumbre del sol.
Que guarden los siglos memoria cruenta
Del brillo sin mancha del nombre español.

Sin duda, Señores, convendréis conmigo en que tales versos no pueden ofrecer mayor dificultad al compositor músico que los mejores de Romani, el príncipe, á mi ver, de los poetas lírico-dramáticos; y sin embargo, ni se ve en ellos la huella de la lima, ni el idioma sale de los términos de un lenguaje sencillo y llano, usual y corriente. No se ha mostrado aquí el Sr. Arnao inferior á su modelo el delicadísimo Vega, quien por cierto contribuyó con su autorizado voto á honrar la composicion citada.

Como los versos pueden ser cadenciosos, rítmicos, numerosos, cantables, en una palabra, sin estar precisamente destinados al canto, presentaré otras ligerísimas muestras de la armoniosa entonacion poética que distingue á nuestro nuevo compañero.

Del poema *La Campaña de África*, composicion de índole tan diferente á la de la anterior, tomo al acaso estas octavas:

¡Espíritu de Dios! Eterna llama,
Que al vate alumbras desde el cielo santo,
Tú, á quien el Rey Profeta implora y ama,
Tú, que inspiraste á Herrera el de Lepanto,

Vivificante luz en mí derrama;
Del tiempo vencedor, suene mi canto;
Y el orbe entero, desde ocaso al orto,
El nombre de mi patria escuche absorto.

¿Qué mayor dificultad hubiera tenido el genio músico de Niedermayer para ajustar á una melodía sublime esta bellísima estancia, que la que le ofreciera el celebrado *Lac* del relativamente dulce Lamartine? ¡*Le Lac!* ¡Qué título tan melódico para una melodía! ¡Y en esta lengua se escriben óperas, y en castellano no se escriben! Tiene mil veces razon el Sr. Arnao. Pero sigamos copiando otras pocas estrofas del mismo poema, en que el autor se muestra digno compatriota del cantor de la Araucana:

Allí van los que beben las corrientes
De Arlanza y Duero y Tajo caudaloso;
Los que el sepulcro guardan diligentes
Del Apóstol de España portentoso;
Los del Turia en industria diferentes;
El sobrio astur, el andaluz brioso;
Y los del Ebro, de sin par constancia,
Terror de Grecia, admiracion de Francia.

. . . . . .

Mas Dios disipa la tormenta, y raya
Por el Oriente nítida la aurora;
Duérmese el mar en la desierta playa,
Y vaga claridad sus aguas dora.
En tanto por el éter leda ensaya
Su endecha matinal ave canora,
Y henchida de perfume tibia cruzas,
¡Oh brisa de las costas andaluzas!

Bastarian para los que me escuchan las citas anotadas, pero no es bien dejar de mencionar, siquiera por sus títulos, las obras poéticas siguientes, en que el Sr. Arnao ha acreditado sus brillantes dotes.

Himnos y quejas, coleccion de poesías religiosas y profanas.

Melancolías, rimas y cantigas.

Ecos del Táder, cantos poéticos.

El Caudillo de los ciento, novela en verso.

Las Siete palabras, paráfrasis, igualmente en verso.

Por último, *La Voz del Creyente*, libro publicado hace poco por el Sr. Arnao, y que, como indica su título, es otra coleccion de poesías religiosas.

Ademas del drama lírico citado, en que nuestro nuevo compañero ofreció al músico compositor letras muy adecuadas al canto, ha hecho el Sr. Arnao y repetido várias veces la prueba, mucho más difícil todavía, de componer letras para música ya escrita, observando en ellas las reglas y atinados preceptos que acabais de oir en su discurso.

De esta última clase de los que yo llamaria esfuerzos gimnásticos de metrificacion, los más difíciles son, sin duda, algunos felices *arreglos* (tal es la denominacion adoptada) de óperas cómicas francesas. Este espectáculo, el verdaderamente nacional en Francia, es de índole tan extraña á nuestros gustos dramáticos, el ritmo y la frase musicales son tan poco adaptables á nuestra métrica, que solamente quien haya probado á escribir con semejantes trabas, puede formar cabal idea de lo inmenso de la dificultad (1). Las obras más notables entre las de este género, son, á mi ver, las letras que el nuevo académico ha adaptado á las melodías del célebre y originalísimo Francisco Schubert (2).

---

(1) Véase el apéndice.

(2) Van publicadas 30, y continúa la publicacion.

Pero si el Sr. Arnao se ha juzgado mal á sí propio, declarándose, por exceso de humildad, inhábil para llevar á la práctica sus reglas teóricas del drama lírico, forzoso es tambien decir que no sólo por su cualidad de poeta, y poeta músico, se le ha ofrecido la silla académica.—No es nuestra Academia (y en mi sentir conviene repetir é inculcar mucho esta idea, frecuentemente olvidada del público); no es nuestra Corporacion una academia *exclusivamente* poética ni de Bellas letras: si bien es verdad que en la naturaleza compleja de su instituto entra la Poesía como uno de sus elementos, ni para ganar el premio en nuestros certámenes, ni para ocupar en nuestros escaños los huecos que la inexorable Muerte abre tan á menudo en ellos, basta con ser buen poeta, en el riguroso sentido de la palabra, sino que es menester tambien ser hablista, y haber acreditado, como los egregios vates que en todos tiempos ha contado y cuenta en su seno la Academia, aficion decidida al estudio del idioma castellano, primordial objeto de nuestras tareas.—No en balde nos designa por éste el vulgo, cambiando nuestro título oficial y verdadero de *Academia Española* por el de «Academia de la Lengua.»

La elevacion de ideas, la sensibilidad, la inspiracion, el estro, la fantasía, el *quid divinum*, constituyen realmente el poeta; y áun cuando es indudable que no manejando bien la lengua, que es el instrumento, le será imposible llegar á la excelencia en la expresion de los afectos, las descripciones pintorescas, la narracion animada, y otros asuntos de la poesía, todavía es evidente que no es lo mismo vate inspirado, cantor sublime, que escritor correcto. Ademas que, para la ímproba tarea de este laboratorio académico que nuestro crisol simboliza, la Cor-

poracion necesita y llama al activo operario siempre dispuesto al trabajo, con preferencia al Ruiseñor canoro, y al Trovador que pasa pulsando el laud ó la tiorba su vida entera (1).

Estas cualidades de escritor puro y de laborioso literato, de que el Sr. Arnao ha dado tantas pruebas, y de que todos, señores, habeis visto una insigne muestra en el discurso ántes leido, son las que más principalmente le traen á nuestra compañía.

Vasto campo se le ofrece para la colaboracion en solo el asunto de que ha venido á hablarnos. La Academia empezó ayer, por decirlo así, á dar al público el resultado de sus estudios sobre la Prosodia castellana; pronto verá la luz el tratadito, compendioso tambien, en que fijará los principios esenciales de nuestra métrica; aspectos ambos del lenguaje que más relacion tienen con el punto especial que aquí ha tratado el Sr. Arnao.

Así en uno como en otro de estos tratados, la Academia sigue el sistema, por muchos censurado, sin duda por mal comprendido, de no sancionar *como corporacion*, sino aquello que resulta ser la opinion autorizada de la mayoría de los doctos. Sistema prudente y justo, y que yo elogio aquí, con tanta mayor sinceridad é imparcialidad, cuanto que en várias cuestiones prosódicas esenciales, debo declarar que mi humilde voto ha quedado en

---

(1) Breton de los Herreros, cuya fecundidad no ha excedido poeta alguno español en los modernos tiempos, Hartzenbusch, y otros varios han dado repetidas pruebas en sus obras de la maestría con que manejan, ó por mejor decir, dominan la lengua castellana; pero los dos nombrados, ademas principales colaboradores de las obras didácticas de la Academia, han desentrañado, analizado y vulgarizado todos los primores de la lengua de Castilla, y hasta los idiotismos, caprichos y particularidades que la caracterizan y enriquecen.

minoría. Es una de estas cuestiones la de si el *acento* produce ó no *cantidad*, ó, para hablar más claro, si la sílaba *acentuada* debe llamarse *larga*, á imitacion de la prosodia de griegos y latinos, de cuyas tradiciones no hemos podido sacudir el yugo, ni áun despues de que los estudios modernamente profundizados de aquellas y las demas lenguas nos han obligado á confesar que ignoramos completamente en qué consistia la medida que aquellos pueblos usaban para sus versos (á cuya operacion llamaban los latinos *scansio*, del verbo *scandere*), si bien sospechamos que leian y recitaban sus versos con cierta especie de salmodia ó canturía, completamente ajena á nuestras costumbres y á nuestros idiomas.

De todas maneras, ni los preceptos prosódicos promulgados por la Academia se oponen á una regla que nadie puede desconocer, ni apénas hay quien ignore tal regla; á saber: que lo que los músicos llaman tiempos fuertes del compas han de coincidir con los acentos de la poesía cantada. Pauta es ésta de que no es lícito separarse, ni al músico que compone sobre la letra (como siempre deberia hacerse), ni al poeta que escribe para aplicar sus versos á música ya hecha.— Y no con ménos rigor deberia observarse otro precepto, á saber: que el período, la cláusula, y áun la frase poética, caminasen siempre de consuno con los respectivos período, cláusula y frase musicales. De esta traba suelen libertarse los señores músicos con demasiada frecuencia, y de aquí nacen las intempestivas repeticiones que convierten en prosa pura (ó más bien impura) los más armoniosos y bien medidos versos; repeticiones que se nos harian insoportables si la inventerada costumbre de oirlas no nos hubiera curado de espanto.

Modelo es en esta parte, como en otras cosas, el malogrado Bellini; y si bien es verdad que el poeta Romani le suministró versos cadenciosos, tambien lo es que él procuró siempre no estropeárselos. Puede verse un ejemplo en el duo de Norma citado por el Sr. Arnao:

Qual cor tradisti, qual cor perdesti,
Quest'ora orrenda ti manifesti.

Allí la frase poética y la musical van siempre acordes, produciendo un agradabilísimo efecto, que yo compararia al que la severa correccion del dibujo causa en la pintura: todo el mundo le percibe con deleite; solamente le analiza y le explica el observador perito.

Véase en contraposicion un ejemplo de lo contrario. Corre por ese mundo con gran popularidad un vals cantado italiano, titulado *Il Bacio:* ignoro quién fué primero á escribir, si Arditi la música ó Aldighieri la letra. Los dos primeros versos dicen de este modo:

Sulle labbra, se potessi,
Dolce un bacio ti darei.

Puesbien; en el canto resulta el primero de dichos versos de esta suerte prolongado y alterado:

Sul (pausa) *le* (pausa) *sulle lab* (pausa) *bra* (pausa) *sulle lab* (pausa) *bra* (pausa) *se potessi.*

Nótese que, aunque el movimiento es vivo, la pieza está escrita en *tres por cuatro*, y las pausas indicadas son todas de semínima ó negra, es decir, igual en valor cada una á la tercera parte de un compas. De manera que no se concibe tal modo de aislar con pausas (y áun cuando se las quiera llamar *suspiros*) un artículo de su preposicion y del sustantivo que determina, ni de partir con si-

lencios las palabras por sílabas acabadas en consonante (como *lab*), á no ser que en el tal *Bacio* se haya propuesto Aldighieri, ó Arditi, ó los dos á una, representar imitativamente un apasionado amante tan libidinoso como tartamudo.—Pongámoslo en castellano para que resalte más el desatino:

Sobre..... los..... sobre los lab..... bios..... sobre los lab..... bios, si pudiese..... etc.—¿Es esto verso? Y sobre todo, ¿es este el verso que escribió el poeta?

Pues en la segunda cláusula los absurdos suben de punto:

Tutte, tutte TI *direi*
LE *dolcezze dell'amor.*

En estos dos versos, el pronombre personal italiano *ti* es tan dativo y tan inacentuado como el castellano *te;* y el artículo femenino plural *le* no tiene ni más ni ménos valor prosódico en italiano que nuestro *las* equivalente. Pues bien; para esas dos partes accesorias de la oracion ha guardado el compositor la acentuacion, la percusion, el énfasis musical de la primera parte del compas, que es la más fuerte.—¿Se concibe un error musical de mayor calibre?—No se concibe, pero existe de hecho en este mismo pasaje que voy analizando: la frase música concluye en la mitad del diptongo *ei* de la palabra *direi;* la *i* sola comienza el siguiente miembro del período: está colocada en la parte más débil del compas, al alzar, para venir á caer en la primera del compas siguiente, en la más fuerte, sobre ese susodicho *le*, artículo, que no puede con la carga de tan respetable nota, ni del acorde de séptima que la acompaña.

Importuno parecerá tal vez á alguno este juicio críti-

co, y sobre todo se me argüirá diciendo: ¿cómo ha podido hacerse tan popular una obra tan llena de defectos?— Entendámonos, señores; yo no me he entrometido á juzgar del valor artístico del citado vals de Arditi. Puede ser muy feliz el *motivo* (como llaman los músicos al pensamiento fundamental); puede estar bien conducido y bien armonizado, y agradar, por consiguiente, con justicia, y sin embargo estar la letra (ó lo que ahora llaman las palabras) irregularmente aplicada.

Esta posible circunstancia me conduce á examinar una idea emitida por el Sr. Arnao en su discurso.—«Dése al músico (dice nuestro compañero) un poema lánguido, monótono, prosáico, y, á no dudarlo, carecerá su trabajo de viveza, de variedad de matices, de belleza, de fantasía. Reuna, por el contrario, las cualidades opuestas á aquellos defectos, y muy falto de númen será si, dejándose llevar por el vuelo de la poesía, no descubre horizontes inexplorados de belleza.»

Ahora bien; la segunda parte de esta regla me parece mucho más cierta que la primera. Seguramente el genio músico del compositor no puede ménos de sentir la inspiracion cuando se le llama á poner en música una bella composicion dramática; pero en cuanto á la proposicion inversa, creo que la experiencia viene á dar un solemne mentís á la teoría. ¿Firmaria el Sr. Arnao todos los dramas que han dado ocasion á bellísimas, á inmortales composiciones de Rossini, Pacini, Mercadante y otros? Si hablamos de nuestra zarzuela, que algunos desprecian, y que yo tengo por el verdadero embrion, por la crisálida de la genuina ópera española, ¿son todas las piezas de este género representadas en los teatros españoles comparables á «Jugar con fuego», «El Grumete», «La

Espada de Bernardo», «La Estrella de Madrid», «Moreto» y otras várias, escritas con verdadera entonacion lírica?—Y por el contrario, ¿no hemos visto á la juguetona y fecunda musa de los Arrieta, los Barbieri, los Gaztambide en producciones musicales que el autor de *El Barbero de Sevilla* no titubearia en reconocer como de su progenie, eternizar con los destellos de su genio monstruosos abortos poéticos, no ménos que á otros músicos de indisputable mérito, que por lo mismo que son tantos, harian su enumeracion demasiado prolija y fastidiosa?—¿Se me piden pruebas? Pues presentaré algunas, que más bien pueden llamarse muestras ó ejemplares de malos versos, sobre los cuales se ha escrito muy buena música; pero como mi ánimo no es ofender á nadie, ni el sitio en que estoy hablando es propio para ejercer la crítica, tomaré mis citas de obras muy conocidas, cuyos autores, acreditados ya en otras de versificadores fáciles, no pueden perder en el concepto público, porque se les advierta de un descuido; tanto ménos, cuanto que en mi concepto no son descuidos verdaderos, sino que creyendo los tales poetas, al contrario del Sr. Arnao, que para el drama lírico cualquier letra es buena siéndolo la música, no han titubeado en fiar al númen del compositor cosi-cosas como la siguiente:

Te llevaré á Puerto-Rico
En un cascaron de nuez,
Porque yendo muy juntitos
Cabrémos de sobra en él.
¡Ay que sí!
Tú verás
Columpiarse la hamaca en el cafetal;
Y venir
Á cantar,

Celebrando tu cara, el lorito real.
Lorí..... lorí.....,
Lorito azul,
Cantando amor
En el bambú.
Verás qué bien
Se duerme allí,
Con el vaiven
Marcado así — *etc.*, *etc.*

La zarzuela de que tomo esta cita pertenece á la ínfima clase del bajo cómico, por lo cual, sin duda, no tuvo su autor por conveniente esmerarse más en la versificacion, dejando, como he dicho, el interes de la obra al cuidado del compositor músico. Éste no desairó el encargo, y supo realzar el citado duo y otras piezas de no mayor mérito lírico y prosódico, con notas de grande efecto por su gracia y travesura, y que siempre arrancan apasionados aplausos del público espectador (1).

Otro tanto ha sucedido en el teatro cada vez que el actor Salas repetia un precioso trozo, un *vito* (2), debido al difunto Gaztambide; trozo musical, en mi sentir, de

---

(1) Sin embargo, el autor músico ha cometido en esta graciosa habanera la incorreccion prosódica de colocar el pronombre *te*, que es inacentuado, en la parte fuerte del compas, de manera que el canto dice:

Té llevaré á Puerto-Rico;

lo cual significa: «Llevaré á Puerto-Rico un poco de la hierba llamada *té*.» — Bien que como luégo se añade:

En un cascaron de nuez,

el comercio de aquella Antilla no puede alarmarse con el anuncio de semejante cargamento, demasiado escaso para que el café de caracolillo pudiera temer la competencia.

(2) Cancion andaluza bailable á un aire vivo de tres por ocho.

carácter verdaderamente español, y cuya infelicísima letra dice de este modo (despojada de su pronunciacion andaluza):

¡Ay! ¡que á aquel que no tiene hijos
Da sobrinos el demonio!
¡Cria cuervos, cria cuervos
Pa que te saquen los ojos!
¿De qué me sirve
Que tóos me adulen,
Si ese chico condenao
Va á matarme á pesadumbres;
Y cuando espiche
Desesperao,
Habrá el mesmo sentimiento
Que en la muerte de un gitano?
¡Ay! ¡Mal haya, mal haya, mal haya!
Mejor me valiera
Nacer en la playa:
Que á lo ménos
Sus arenas
No dan penas
Que llorar;
Ni responden
Como el niño
Al cariño
Que uno da.

Esto se ha aplaudido siempre con furia en el teatro, gracias al actor y al compositor principalmente. Lo que es la letra no parece sino escrita expresamente para desmentir la teoría que combato.

He citado estos dos ejemplos, tanto por muy conocidos y fáciles de comprobar, cuanto por ser de autores que con otras composiciones de superior mérito han sabido conquistarse una popularidad verdadera.—Para demostrar de una manera más cumplida que en mi juicio no es enteramente cierta la afirmacion de no poderse es-

cribir buena música sobre un poema lánguido, monótono y prosáico, tendria necesidad de citar por sus nombres deformes engendros dramáticos antiguos y modernos, que han logrado verse dichosamente asociados á muy buena música: y aunque yo creo que el fenómeno merece serio exámen, y que á semejantes crímenes literarios les asentaria muy bien la férula del crítico, dejo la sentencia al Sr. Arnao, á la Academia y al público, porque el lugar en que me hallo me impone la mayor reserva y mesura, y porque estoy seguro de que en cuanto á la certeza del hecho no podrán ménos de convenir conmigo todos.

Si, como ya le dejo indicado, se decidiera el nuevo académico á tratar extensamente y á fondo la materia de su discurso, materia en que le sobran conocimientos para componer un excelente libro, tendria que dedicar uno de sus capítulos á desenvolver y analizar las causas, apénas apuntadas en su oracion de hoy, de las dificultades con que lucha en nuestra tierra la ópera verdaderamente nacional, siempre que trata de germinar, brotar, crecer y desarrollarse.—El extranjerismo de moda es, á mi ver, uno de sus más formidables enemigos. La ópera es un espectáculo costosísimo, y necesita para sostenerse principalmente de la parte del público que puede soportar crecidos desembolsos. Pues bien, en esta clase acomodada es donde indudablemente hay ménos aficion (verdadera aficion, digo) á la música y áun al teatro. No se me oculta que contra esta aseveracion se levantarán mil protestas, porque una de las extrañezas de nuestras costumbres sociales es que nadie quiere confesar que no és aficionado á la música, aunque con sus acciones lo demuestre.

Pero, hablando en puridad, y tan imparcialmente co-

mo si no se tratára de cosas de nuestra propia casa, ¿qué diríamos si de tierras remotas, el Japon ó Patagonia, por ejemplo, nos refiriese un viajero que allí habia un género de espectáculo dispuesto expresamente para el embeleso de los ojos y de los oidos, espectáculo por el cual hacia el pueblo los mayores sacrificios y aparentaba desvivirse; y que, sin embargo, muchas personas asistian á él completamente de espaldas, y sin escuchar ni fijar su atencion en lo que allí se ejecutaba? ¿Creeríamos fácilmente en el amor entusiasta de tal pueblo por el tal espectáculo? Pues nadie me dirá, Señores, que exagero: quien así lo crea, váyase una noche al teatro de la Ópera, y observe con cuidado, y dígame despues si no es cierto que gran parte de los espectadores (no quiero hablar de las espectadoras) asisten, unos vueltos enteramente de espaldas, otros á medio volver, otros conversando con las personas que tienen cerca, otros flechando el catalejo arriba, abajo, á la derecha y á la izquierda, á todas partes, en fin, ménos al escenario. Pues de la otra parte de la concurrencia no comprendida en mi observacion, todavía tendriamos que descartar, si de aficion á la música puramente se tratára, los que sólo se interesan en la brillantez del espectáculo, en lo vistoso de las decoraciones y los trajes, en el número, agrupacion y evoluciones de las comparsas, y cuando más, por la belleza ó buen parecer y demas cualidades físicas de los ejecutantes. Público que va con tales disposiciones á la ópera, que no se interesa lo más mínimo por el argumento del drama á que asiste, ni le entiende, que no comprende los versos en que se canta, ni la lengua en que están escritos, ni tal vez los escucha, ¿cómo ha de tomar á pechos la creacion de la ópera española?

Pues hagamos ahora otra observacion contraria. Vamos á la corrida de toros: ¿son allí muchos los espectadores que se colocan de espaldas? ¿Hay quien pierda un ápice de lo que en el redondel sucede?—¿Y en qué consiste la diferencia? En que la concurrencia á los toros se compone de aficionados que lo son de véras, y no por afectacion, ó porque lo consideren asunto de moda y de *buen tono*. Así, será tan difícil desarraigar de nuestra tierra la bárbara fiesta de toros, como aclimatar la verdadera ópera, y lograr que se componga de drama y música realmente españoles.

Y no ciertamente porque sea cosa de ahora el escribir música para el teatro, ni piezas dramáticas en todo ó en parte cantables. Ni áun en tiempo de Juan de la Encina puede en rigor decirse que fuese esto novedad: en época más moderna, Lope, Calderon, Moreto, Cañizares, en fin, casi todos nuestros dramáticos hicieron algo, y áun bastante, en los diversos géneros que entónces se conocian. Loas, follas, cantatas, tonadillas, zarzuelas, operetas, óperas, oratorios, de todo se ha escrito, y mucho, sin que de tan copioso hacinamiento de materiales, acumulado hace algunos siglos, haya venido á surgir la verdadera ópera española. Y sin embargo, el momento parecia llegado cuando, tomando de Italia hasta ese nombre de *ópera*, que definitivamente ha quedado al drama lírico, imitábamos, y áun traduciamos literalmente las del gran Metastasio, y de los que en esta carrera le han seguido.

En la ya rica biblioteca musical, que con discreto afan va formando un gran amigo mio, diligente erudito á quien las coronas repetidamente ganadas por su genio músico no han hecho más que avivar su pasion por el

estudio de su noble arte, he podido disfrutar las obras de centenares de autores y traductores, entre los cuales, ademas de infinidad de anónimos, los hay de tan ilustre nombre como Lope de Vega, Calderon, Cañizares, Lujan, D. Ramon de la Cruz, etc., etc., y de tan ruin celebridad como los más conocidos corruptores de nuestro teatro (1). Y causa, en verdad, admiracion que al cabo de tanto tiempo, y á pesar de las reglas y consejos espar-

---

(1) El maestro D. Francisco Asenjo Barbieri, una de las glorias de nuestra escena lírica (y á quien ya se habrá adivinado en mi transparente alusion) me ha permitido copiar la siguiente lista, que he reducido por no hacerla enfadosa, y comprende solamente una parte del catálogo de autores que han escrito en los siglos XVII y XVIII.

Frey Lope Félix de Vega Carpio.
D. Gabriel Bocángel Unzueta.
D. Antonio Solís.
D. Pedro Calderon de la Barca.
D. Juan Bautista Diamante.
D. Francisco Bances Candamo.
El Padre Fomperosa.
D. Márcos de Lanuza, conde de Clavijo.
D. Melchor Fernandez de Leon.
D. Diego Halcon Romero.
El conde de Atarés y del Villar.
D. Alonso Monsalve y Trillo.
D. José de Cañizares.
D. Antonio de Zamora.
D. Luis Onofre de Arco y Társis.
Fr. José Ordoñez.
D. Joaquin de Anaya y Aragonés.
D. Juan de Agramont y Toledo.
D. Vicente Camacho.
D. Pablo Anselmo Rodriguez Brioso y Ossorio.
D. José Felipe de Matos.
D. Manuel Antonio de Figueroa Lasso de la Vega.
D. Juan Antonio Pierrachini (*Traductor*).
D. Tomás de Añorbe y Corregel.
D. Jerónimo Val (*Traductor*).
D. Pío Félix Quazza (*Traductor*).
Fr. Fernando Lozano.
D. Orlando Buoncore.
D. Diego de Torres Villarroel.
El licenciado D. Diego Calleja.
D. Narciso Agustin Solano y Lobo.
El maestro D. Manuel de Leon y Calleja.
D. Manuel Guerrero (El Cómico).
D. Ignacio de Luzan y Suelves (*Traductor*).
D. Nicolás Gonzalez Martinez.
El R. P. Maestro Rafael de Córdoba (*Jesuita*).
D. Juan Bautista Colomés.
D. Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla.
D. Ignacio Gayon.
D. Alonso Antonio Quadrado de Anduaga.
El Dr. D. Diego Antonio Cernadas.
D. Francisco Scoti Fernandez de Córdoba.
D. José de Lobera y Mendieta.
D. Juan Pedro Marujan y Zeron (*Traductor*).
D. Manuel de Rojas y Prieto.
D. Francisco de Robles.
D. Pablo de Olavide.
D. Francisco Mariano Nifo.
D. Antonio Bazo (*Traductor*).
D. Leandro Ortala y Moqueda.
Etc., etc., etc.

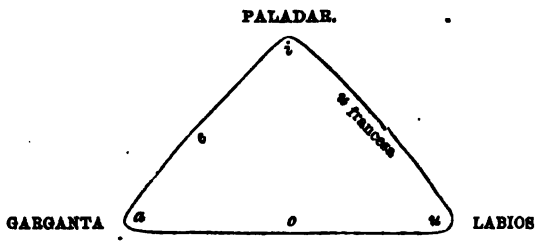
cidos acá y allá en las obras de los preceptistas, todavía no se hayan reunido en verdadero cuerpo de doctrina los cánones por que se han de regir músicos y poetas en las obras expresamente destinadas para el canto. Si me fuera lícito aventurar una explicacion de este fenómeno, la daria, aunque con timidez, diciendo: que la prosodia de todas las lenguas vivas está todavía en grande atraso; que no hay una sola de éstas que haga uso del conjunto entero de sonidos y registros á que se extiende la voz humana; y que si bien el estudio de los sonidos verdaderamente musicales que por la naturaleza y el arte pueden producirse, como tambien el de sus relaciones, han hecho modernamente notables adelantamientos, gracias, sobre todo, á los maravillosos progresos de la acústica, sería ademas necesario hacer aplicacion completa de estos descubrimientos al lenguaje humano, para dar reglas seguras de prosodia y fijar la poesía cantable: de manera que sólo quien reuniese las tres cualidades de acústico, músico y poeta podria hacer dar un gran paso á tan difícil arte.

El libro que el aleman Helmholtz publicó hace pocos años con el título de «Teoría fisiológica de la música, fundada sobre el estudio de las sensaciones auditivas», es, entre los que yo conozco, el más propio para dar cabal idea de tan necesario estudio. Si yo hubiera de apuntar aquí algo que bastase á los poco familiarizados con el asunto para entrever su importancia, me referiria á las ligeras indicaciones que el Sr. Arnao nos ha hecho acerca de nuestras vocales. Cinco dice, y solemos decir todos, que son las de la lengua castellana; y en efecto, así parece á la ruda educacion de nuestro oído; pero en realidad, si el punto se profundizára atentamente, se notarian

matices de pronunciacion y de sonido, que aunque en efecto se refieran á alguno de los cinco que yo llamaria tipos vocales, se separan más ó ménos de ellos, como los verdaderos *matices*, es decir, los del color, varían y gradúan los que el espectro solar nos presenta como primordiales (1).

---

(1) El distinguido hebraizante valenciano *Orchell*, que en cualquiera otra nacion hubiera acabado su vida lleno de honras y riquezas, en vez de morir en la obscuridad, imaginó un ingenioso medio gráfico de presentar á la vista la parte del aparato de la voz humana en que se verifica la resonancia de las vocales. Figurándose un triángulo formado por la garganta, los labios y la parte más elevada del paladar, pinta así la formacion de las tres vocales más contrapuestas, demostrando que las demas, así como todos sus matices ó gradaciones en todas las lenguas, se producen en los intermedios de estos ángulos, *sin saltar jamas del uno al otro*. El triángulo de Orchell es éste:



La explicacion y análisis pueden verse en el DIQDUQ ó *análisis filosófico de la escritura y lengua hebrea*, por el presbítero D. Antonio M. García Blanco, discípulo de Orchell, catedrático de la Universidad Central, y acaso superior á su maestro.—Este enseña cómo se hallan comprendidas en el triángulo las pronunciaciones de vocales y diptongos de todas las lenguas.

Los adelantamientos de la ciencia han confirmado esta teoría. Ya en 1779 vemos á la Academia de San Petersburgo abrir un certámen sobre la ley que rige la formacion de las vocales en la voz humana: el premio se dió á un señor *Kratzenstein*, inventor de un mecanismo acústico que pronunciaba vocales. Siguió en estas tentativas Von Kempelen, de Viena, y andando el tiempo perfeccionó estos experimentos

El profesor ingles Tyndal, en sus leciones experimentales sobre *El Sonido*, dice, refiriéndose ya á otras experiencias anteriores, estas palabras: «Donders ha sido el primero que ha probado que la boca resuena de una manera diferente para las diferentes vocales.» Ahora bien: no se necesitan conocimientos muy profundos de acústica, ni muy detenido análisis de la anatomía y funciones fisiológicas de nuestro maravilloso órgano, ó más bien aparato vocal, para concebir que la boca ha de resonar hablando de muchas maneras diferentes. No quiero, señores, engolfarme en dilucidar una cuestion que podria llenar un libro; pero lo dicho basta para que mi idea se comprenda.

Sólo añadiré una observacion que cualquiera puede comprobar con su propio oido.—Los matices ó diversas especies, por ejemplo, de la vocal *e* en la lengua france-

---

Mr. Willis. Quien primero estableció una verdadera teoría de los sonidos-vocales fué Wheatstone; pero el que la ha profundizado, en mi sentir, ha sido el ya citado Helmholtz. Despues de tales estudios, y de los que en España mismo se han hecho muy recientemente (como el del mecanismo presentado á la Sociedad Económica Matritense por el Sr. D. Severino Perez con el nombre de *tecnefon*), parece imposible que tan atrasado esté el conocimiento analítico de la voz humana, la prosodia de la tan musical lengua española, y su aplicacion al canto.—Más imposible parece todavía que en nuestros teatros se hayan prendado tanto los cantantes, en especial las mujeres, de cierta vocal de su particular invencion, indefinida y obscura, y que, reemplazando á todas las demas, no pertenece á ningun idioma de los conocidos.—No es ménos admirable el diabólico artificio de ciertas actrices (de las que alguna vez tambien reciben los manoseados epítetos de *eminentes* é *inimitables*), las cuales, sobre no tener otro registro de voz que el *falsete*, consiguen sacar de la *gola* la *é*, la *ó* y hasta la *í* muchas veces; con lo cual dicho se está la claridad y distincion que en su boca alcanzarán tales sonidos, y cómo sonarán los más armoniosos versos de nuestros poetas dramáticos.

sa, los de la *i* y la *o* en la inglesa, los de esta última mucho más delicados en la toscana, que ningun italiano que habla bien confunde jamas, y para los extranjeros es hasta difícil percibirlos, no existen *por regla* en castellano, pero por costumbre y práctica los hacemos, si no idénticos, á lo ménos muy análogos. Fíjese bien la atencion principalmente en ciertas interjecciones, en algunas verdaderas onomatopeyas, y se advertirá más fácilmente la diferencia, áun sin contar las que se notan de provincia á provincia en la pronunciacion de algunas vocales. Obsérvense asimismo algunas articulaciones, v. gr., la de la *d* en las terminaciones *ado*, *ada*, *ido*, *ida*, etc., las cuales pronunciamos tan delicadamente, que ni el vulgo grosero, ni el extranjero poco acostumbrado, aciertan á imitarlas, ni á distinguirlas de la *d* inicial ó que se halla en otras combinaciones. El dia en que la prosodia llegára á este punto de perfeccion, por haberse afinado ántes el habla y el oido, la poesía, y sobre todo la cantable, descubriria nuevos tesoros.

Aventurada podria parecer mi aseveracion de que la prosodia de las lenguas vivas está muy atrasada. Sírvame de apoyo esa misma obra de Castil-Blaze citada por el Sr. Arnao, y que lleva el ambicioso título de *L'Art des vers lyriques*. Su falta de método y aquella especie de empirismo en que está fundada, le quitan todo carácter de arte verdadero; ademas de la falsa idea que da de la prosodia de la lengua francesa. Mortificado sin duda el autor de ver que ésta es, acaso entre todas las de Europa, y de seguro entre todas las neo-latinas, la ménos á propósito para el canto, pretende adornarla con bellezas armónicas de que absolutamente carece, y se revuelve satírico y sarcástico contra los poetas que no encuentran como

él una soñada identidad de piés métricos con los equivalentes latinos. No es necesario ser frances para tener sabido que, segun los prosodistas de aquella nacion, «el verdadero acento de su lengua es no tener ninguno.» Así es que todos los que nos hemos esforzado á estudiar un poco la prosodia y la métrica francesas (y de este número serán muchas de las personas que me escuchan), hemos podido observar en los *Maestros de lectura en alta voz*, en los buenos oradores de la Academia, del foro y de la tribuna, y en los actores del teatro clásico (no en los del melo-drama ni de la comedia), así como en los poetas que recitan sus versos, aquel martilleo, aquella monótona percusion de todas las sílabas, que hace insoportable para nuestros oidos españoles un largo trozo de poesía, á pesar de los admirables y delicados *matices de pronunciacion* (cosa muy distinta de los acentos) que nos deleitan en los hábiles declamadores, y aquel estudio profundo de la propia voz que cada cual tiene hecho; punto tan descuidado entre nosotros. Pero eso de hacer, como pretende Castil-Blaze, ni escribiendo ni recitando, piés *troqueos*, *yambos*, *espondeos*, y mucho ménos *dáctilos*, es, á mi juicio, ensueño patriótico de un oido provenzal. Permítaseme copiar con brevedad algunos ejemplos.

Confundiendo tambien este autor el acento con la cantidad, pone por muestra de piés yambos (esto es, formados por una breve y una larga), entre otras palabras, las de *âgé*, *bâton*, *pâlir*. Ahora bien, todo el mundo sabe que el acento ortográfico circunflejo puesto sobre la *â* de cada una de esas tres palabras, la hace larga, es decir, que se ha de pronunciar como si fuera casi doble, *aagé*, *baaton*. De manera, que si la primera sílaba de las palabras citadas es larga por naturaleza, y la otra por acen-

tuada, lo que resulta no es un *yambo*, sino un *espondeo:*

Con igual acierto llama Castil-Blaze *dáctilos*, pié que nosotros tenemos por un verdadero esdrújulo, á los vocablos siguientes: *chatelain*, *palissant*, *sureté*, *blamera*, *merveilleux*, etc.; y al mismo tiempo que así los califica, dice que el acento está en ellos en las sílabas primera y tercera, lo cual es errar á un tiempo en la métrica francesa y en la latina (1).

Si bien es verdad que Castil-Blaze ha tenido potentes y numerosos contradictores, y que tanto él como algunos de sus adversarios han enriquecido la poesía lírico-dramática con grán número de composiciones poéticas de lo más cadencioso y cantable que consiente la inarmónica y pobrísima lengua francesa, todavía resultará demostrado que, á despecho de esos aciertos prácticos, debidos más al instinto que al arte, y de que pueden envanecerse con igual título los dos bandos, podrá el uno ó el otro tener más razon cuando impugna el sistema de su contrario, pero ninguno sabe bien á buenas cuál es la verdadera prosodia, ó, por mejor decir, el verdadero organismo musical de la lengua francesa. Y si ésta, que es acaso la más trabajada de Europa desde el siglo de Luis XIV, se halla en tan lamentable atraso, ¿qué extraño puede ser el de la nuestra, cuando sólo en el acento prosódico andamos fluctuando los españoles en tantas vacilaciones? Grande es el número de las personas cultas que pronuncian *telégrama*, *epígrama*, *pentágrama*, *cólega*, *ópimo*, *périto*, etc., porque nos ha entrado la manía de esdrujulizarlo todo; y si en esta sencilla regla de pronunciacion

(1) *L'Art des vers lyriques*..— Edicion de 1858, pág. 14.

se peca tan generalmente, ¿cómo hemos de entrar en otras delicadezas de la prosodia? En cuanto á la armonía de la prosa, es estudio, no sólo desatendido, sino hasta despreciado: infinitos son los escritores y oradores cuyas cláusulas y períodos destrozan el oido, suscitando en la mente la imágen de un carro de violin manchego, arrastrado por mulas desbocadas sobre un terreno desigual y pedregoso. Pueblo que así trata, en general, la prosa, no es extraño que produzca pocos versificadores armoniosos, y más no siendo costumbre muy general de nuestros poetas el dedicarse al conocimiento y práctica de la música, y habiéndose estrellado contra la rutina y la preocupacion los esfuerzos que unos cuantos hombres entendidos y celosos han hecho de tiempo en tiempo, porque las más sencillas nociones musicales y el canto coral formasen parte de la primera enseñanza.

Me he detenido quizá demasiado á hablar de Francia (1), porque ademas de haber citado en su discurso el Sr. Arnao á Castil-Blaze, creo que da gran fuerza á sus argumentos el ejemplo de la lengua francesa; pues que si á pesar de ser la más antimusical de Europa, tanto se es-

---

(1) Por no alargar demasiado el presente discurso omite su autor lo que pensaba decir sobre la lírica inglesa (de que deberia tratarse aparte por no ser idioma latino), y que, aunque ménos trabada y antimusical, y mucho más rica en sonidos que la francesa, tampoco parece que la llame Dios por el camino del canto. El dulcísimo irlandes Moore, que escribia y ponia en música sus numerosas *Irish melodies* y ademas las cantaba muy graciosamente él mismo, puede ser citado por modelo de suavidad y cadencia; pues vea todo el que tenga orejas cómo empieza una de sus más dulces canciones, *El Juramento:*

If after all you still will doubt and fear me... etc.

El estribillo es, en efecto, dulce y musical en ingleses labios: *I love but thee*, «solo amo á tí.»

cribe en ella de poesía cantable, desde la cancion y la romanza hasta la ópera cómica y la ópera séria, se hace más extraño y es indisculpable que en este punto vayamos tan rezagados de nuestros vecinos. Algo ménos reprensible sería nuestra inferioridad respecto del italiano, por las ventajas que esta lengua lleva á la nuestra, ya enumeradas por el Sr. Arnao, y de que encuentro un claro testimonio en un libro últimamente dado á luz por el loable celo de la Sociedad de bibliófilos, y bajo la direccion de nuestro célebre Barbieri. Titúlase la obra *Don Lazarillo Vizcardi*, y está escrita por el abate Eximeno, que á sus grandes conocimientos músicos añadia un profundo saber en diversos ramos, especialmente en humanidades, y poseia y manejaba con igual soltura y elegancia la lengua toscana y la española. Entra á especificar las excelencias de la primera en en el pasaje á que me refiero (1), y luégo añade:

«Nuestra lengua, despues de la italiana, tiene bastantes materiales para entresacar de ella un estilo lírico musical. En él está escrito el drama pastoral de *La Adoracion de los Reyes*, de D. Juan Bautista Colomés; y el incomparable lírico D. Juan Melendez pudiera hacer con nuestra lengua lo que Metastasio ha hecho en la suya; basta un mediano genio para poner en música alguna de sus letrillas; por ejemplo:

»Parad, airecillos,
No inquietos voleis;
Que en plácido sueño
Reposa mi bien.
Parad, y de rosas
Tejedle un dosel..... etc., etc.»

(1) Tomo I, pág. 276.

No continúo copiando, por ser tan conocida, *La Flor del Zurguen*, de Melendez Valdés, citada aquí por el docto jesuita. Hoy afectan muchos críticos gran desden hácia aquel tierno poeta; pero es lo cierto que en cuanto á la dulzura, armonía y cadencia de sus composiciones, todavía pudiera servir de modelo, sobre todo á los que se dedican al género lírico-dramático. No es, en verdad, el solo que en estas cualidades ha sobresalido en nuestro Parnaso: en la inmensa variedad de combinaciones métricas y de desinencias en que nuestra lengua abunda, no hay, á mi ver, más que una dificultad para el buen poeta, á saber: la escasez de vocablos cortos significativos. Los monosílabos, sobre ser muy contados, casi todos son de los que llaman partículas los gramáticos: en los disílabos ya encontramos algunos más nombres y verbos; pero el gran caudal de voces se forma de las trisílabas en adelante. Por eso es tan difícil el metro corto, no siendo prosáico ó lleno de ripio, y sin embargo, es el que más aplicacion tiene á la música.

¡Imposible, imposible parece que con tales elementos hayamos llegado sin ópera española al último tercio del siglo XIX! Por su parte, la Academia ha hecho cuanto ha podido, abriendo público certámen sobre un estudio que siempre ha considerado de grandísima importancia. A los poetas y á los músicos toca ahora aunar sus esfuerzos y secundar lo que otras corporaciones y particulares están haciendo, animados de un espíritu verdaderamente patriótico, para que brillen en todo su esplendor y asociadas en consorcio verdaderamente artístico, estético y sublime la música y la poesía genuina y esencialmente nacionales.

Nacionales, Señores, porque el espíritu verdaderamen-

te nacional de un pueblo culto ha de brillar en todo, y especialmente en el arte, en la literatura, en la poesía y en la música, iba á decir hasta en la filosofía. No puede una nacion ser verdaderamente grande sin marcar con un sello de originalidad bien determinada y distinta todas sus producciones, y, como se dice ahora, todas las manifestaciones de su espíritu. Esta verdad es patente para cualquier hombre reflexivo, y la historia á cada paso nos la acredita y confirma. No es de mi asunto demostrar esta máxima, ni hay gran necesidad de demostrar lo que por tan repetido y demostrado entra casi en la categoría del axioma; pero como tal, me apoyo en esta idea para afirmar, no que la creacion y perfeccionamiento de la genuina ópera española bastarian para engrandecer á nuestra patria, pero sí que serian indicio seguro, síntoma infalible de tal engrandecimiento. Para llegar á este punto necesitamos cultivar la música, y que de nuestro cultivo brote una escuela realmente española: en mi humilde opinion, la música á que ahora damos convencionalmente todos este nombre, dista mucho todavía de ser verdaderamente nacional. Necesitamos asimismo cultivar nuestra lengua, trabajarla, aplicarla á la poesía y al canto con estudio; y pues que de su material estructura, riqueza y variedad de tonos, flexibilidad y otras cualidades estamos ya convencidos, aspiremos á otra labor ménos material, á la formacion del vocabulario poético, á distinguir las palabras nobles de las bajas, las armoniosos y dulces de las ásperas y cacofónicas, los tropos, los giros, las locuciones verdaderamente poéticas de los que no pueden tener cabida en el divino lenguaje de las musas.

Pero ¡ah! Señores: que todos estos estudios son frutos de la paz y de la cultura, de la moral y de la religion, y

de todos los sentimientos elevados. La ira y la soberbia, la envidia y el ódio, el egoismo y la codicia, el materialismo y la sensualidad degradan, envilecen el espíritu, y el espíritu así degradado no se produce en lenguaje poético, ni sabe entonar cantos armoniosos y sublimes. De los dulces afectos, de la ternura del alma, del espiritualismo religioso, de la serenidad de un corazon honrado brotan como flores de un prado frondoso la música, la poesía, las obras todas del arte verdadero. Los apetitos brutales, las pasiones desordenadas, ¿cómo han de producir, si ni áun la conciben, especie alguna de belleza ni armonía?

Veo, Señores, que mi aficion al asunto y el afecto que profeso al nuevo compañero me han arrebatado más allá de los términos de mi propósito. El encargo de llevar hoy la voz de la Academia, con que me ha honrado por delegacion de sus propias atribuciones nuestro Director dignísimo, algo ménos requeria que el extenderme á molestar vuestra atencion por tan largo tiempo, exponiendo inmodestamente mis propias ideas sobre la aptitud, por decirlo así, de nuestra armoniosa, rica y flexible Lengua castellana, para ser aplicada á todo género de composicion musical, y especialmente al drama lírico. Sin añadir un ápice á las demostraciones del Sr. Arnao, quizá las habré debilitado con ociosos comentarios: sírvame de disculpa la dificultad de contenerse cuando se habla de abundancia del corazon, como yo ahora.

Ciñéndome, por fin, á mi principal objeto, pues que ya dejo indicados, aunque someramente, los grandes merecimientos con que el Sr. D. Antonio Arnao ha ofrecido justo motivo á la Academia para admitirle en su seno, le doy, á nombre de todos nuestros compañeros, el más

cordial pláceme por la brillante manera con que en este acto solemne ha justificado su eleccion. Acérquese, pues, á recibir la apetecida investidura, y recuerde al sentir pendiente de su cuello la medalla académica cuántos varones ilustres se han ufanado con ella, cuánto lustre han dado á la Corporacion despues de recibirla, y cuán bien han merecido de la patria contribuyendo á la conservacion y mayor esplendor de la Lengua Castellana: de la lengua, vínculo social de cuantos la tienen en España y América por signo de comun cultura y de fraternidad verdadera; y si hay quien lo dude, si hay quien tenga por exageracion que es lazo estrecho la identidad de lenguaje, recuerde aquellas terribles palabras pronunciadas sobre Babel, como una maldicion tremanda y como el mayor de los castigos decretados por la Divina Justicia: *Confundamus linguam eorum, ut non audiat unusquisque vocem proximi sui* (1).

He dicho.

---

(1) Génesis, xi, v. 7. —Todo el mundo sabe que *audiat* está aquí por *intelligat*, y así lo traducen el P. Scío y otros. — El Hebreo dice : לֹא יִשְׁמְעוּ, etc.— El verbo שָׁמַע significa *entender uno lo que le hablan.*

APÉNDICE.

Para muestra del estilo y versificacion del Sr. D. Antonio Arnao en composiciones hechas para música ya escrita, se insertan aquí las siguientes :

SU APARICION.

En densa nóche de horror y espanto,
Siguiendo á solas oculto iman,
Los senos cruzo del Campo Santo
Do caras prendas durmiendo están.

De pronto un alba la sombra enciende
De aquella oscura fatal mansion;
Y de un sepulcro, cual sueño, asciende
Fantasma ledo, gentil vision.

Parece vírgen de aspecto humano:
Su frente irradia fulgor de paz:
Ostenta un lirio su blanca mano:
Circunda un velo su pura faz.

Y así prorumpe con blando acento:
«Gané la palma del santo amor:
Ignotos astros me dan asiento,
Y al pecho infunden celeste ardor.

»Tan tierno arcano sondar no sabe
La débil mente del que es mortal:
Despues que al mundo tu vida acabe
Verás el reino cerrado al mal.»

Así en la triste nocturna calma
Me dice aquella que fué mi bien:
Su voz piadosa conoce el alma:
Su rostro bello los ojos ven.

Despues la santa despliega el vuelo
Nacárea estela dejando en pos:
La noche torna, se cierra el cielo,
Y yo me postro rogando á Dios.

BARCAROLA.

Brillan las nubes en nácar y en oro:
Sol esplendente se ve despuntar...
Leda conmigo, que ciego te adoro,
Surcas las ondas que rizan la mar.
Ella te brinda con plácido acento
Puro contento,
Ventura sin par.

Aves marinas de cándida pluma
Vuelan en torno con vivo placer:
Peces dorados, hendiendo la espuma,
Siguen la barca, tus ojos por ver.
Brisa ligera tu labio acaricia,
Casta delicia
Queriendo tener.

Léjos del mundo que llora sus penas,
Hondo silencio reinando en redor,
Tornen al alma las horas serenas,
Libre pudiendo vivir sin dolor.
Hoy ante el cielo que grato sonrie
Clara nos guie
La fe del amor.

PENSAMIENTOS DE AMOR.

Yo pienso en tí cuando el oriente viste
Rosado albor:
Yo pienso en tí cuando el ocaso triste
La luz perdió.

Al ver brotar la purpurina rosa
Del fresco Abril,
Al ver brillar la estrella fulgurosa,
Yo pienso en tí.

Si miro al sol en la region serena
Del cielo azul,
Si miro al mar que acompasado suena,
Allí estás tú.

¡Oh! ¡vuelve á mí! Que tu despecho quede
Vengado ya:
Piedad, mi bien, porque mi amor no puede
Morir jamas.

LA CAMPANA DE LA AGONÍA.

¡Oh, fatal campana,
Del dolor hermana!
¿Tocas ya por mí?
Di por cuál creyente
Lenta, lentamente
Vibras hoy así.

Si tu voz sonora
Es para el que llora
Voz de libertad,
Grave tu lamento
Cunda para el viento,
Nuncio de piedad.

Si la fe de un alma,
Si su eterna palma
Dice tu clamor,
Canta en són de gloria
Cantos de victoria,
Suena sin dolor.

Si el postrero sueño
De mi casto dueño
Quieres predecir,
Di con voz de llanto:
« Hay un ángel santo
Cerca de partir. »

Y si al alma mia,
Toque de agonía,
Llamas por su bien,
Haz que alegre y pura,
Rota su clausura,
Vuele al santo Eden.

DISCURSO

LEIDO POR

DON LUIS FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE

EN EL ACTO DE SU RECEPCION PÚBLICA, EL DIA 13 DE ABRIL DE 1873.

SEÑORES: No pude nunca ni imaginar siquiera que estuviese guardado para mí un dia como este. Lleno se muestra de júbilo y esperanzas á los que en sí propios tienen que reconocer grandes méritos, y disponen de fuerzas y juventud con que pagar despues el galardón recibido; pero envuelto en tristeza para quien se halla indigno de tan altos honores, y llega tarde si ambiciona legitimarlos. Creia yo haber cierta predestinación para Académico, y jamás eché de ver en mí ninguno de los signos que la indicaban. Así es que, primero embelesado en las aulas y cantando amores, fantaseando aventuras, cogiendo los pinceles que suelen robar su lumbre al sol y á los campos su hechizo; luego mezclando honesto deleite á la ímproba tarea de revolver leyes y decretos, durante más de veinte años, por servir á la patria (desaprovechadamente, pero con sana voluntad y conciencia tranquila), y siempre admirando vuestros envidiables triunfos y gozándome en ellos, sin el aguijón de emularlos ni sospechar que pudiera venir á sentarme entre vosotros, se me

ha pasado como en ensueños la vida. De improviso me despertó el desengaño; bien que pronto volví á soñar, cuando me prodigaron vuestros beneficios los más dulces bálsamos de consuelo.

Arrojado á estéril playa en fiera tempestad; deshecho para mí el antiguo y cuotidiano camino del foro, que indiscreto abandoné; rendidos ya los audaces bríos, que se lanzan á superar montes y montañas; y forzado al ocio, tan maquinador de desastres como propicio al estudio, quise, por el mágico poder de la fantasía, olvidar lo presente, y buscar en útiles y sabrosas lecturas la medicina que había menester el contristado espíritu, llevándole á tiempos y lugares más apacibles y sensatos.

Hallábame quitando el polvo de tres décadas, venerable, al matalotaje de mis apuntamientos juveniles, para hilvanar con parte de ellos tal cual artículo de revista, cuando por vez primera sentí la tentación de entrar en un certamen literario. ¡Tan bello era el que acababais de abrir; era de tamaño atractivo la angustia del limitado plazo, para no hacer del estudio un vago, si agradable, pero infecundo pasatiempo! Tendí por casualidad la red, y Dios me concedió la dicha de sacar en ella la trípode de oro de vuestra estimación, que llena mi alma de gratitud y alegría.

De alegría no. Es imposible llegar á sentarse en estos escaños, sin que al punto mismo no se nos aparezca la sombra de un varón famoso, recién hundido en la tumba. ¿Cómo en aquél sillón vacío dejará de sorprenderos cien veces la engañosa ilusión de que le ocupa todavía el querido é inolvidable compañero, de elevada estatura, blonda melena, pálida color, mirar indeciso, voz melodiosa y reposada, y el cuerpo marchito y doblado, no al peso de

la edad, sino al de la incesante fatiga? Uno de vosotros, por reglamentario precepto, hállase bosquejando en estos instantes la biografía de D. Eugenio de Ochoa. Quede para tan docta pluma quilatar el mérito del escritor, y déjeme aplaudir su incansable laboriosidad: indague por qué tan estrechamente vino á estar encarnado en su siglo; yo me deleitaré reconociendo sus virtudes insignes de esposo y padre, y las atenciones que le debí como excelente jefe mio: averigüe y ponga en claro su vida; yo elogiaré su cristiana muerte.

Es costumbre y obligación precisa de los que suben á este encumbrado y soberano alcázar de Minerva, ofrecer en ocasión tan solemne frutos literarios escogidísimos, cual testimonio de reconocido ánimo, y como dote del ingenio para suplir en ulteriores escaseces. Pero, en cuanto á mí, ha de padecer excepción la regla, tocando á vuestra generosidad suplirlo todo. Agoté mi reducido caudal y mis fuerzas, al presentarme á batallar en la liza que hicisteis franca; y poca vendimia puedo ya henchir con mi rebusco. Imitaré, no obstante, á pobre morador en las ricas orillas del patrio Darro, que afronta las inclemencias de la corriente y del cielo, por ver si lavando afanoso las menudas arenas del río, le depara su buena suerte algunos granillos de oro.

Y no haré mal en seguir tan buen ejemplo, agolpándose ahora como nunca en mi mente, y á no poder más, los recuerdos del suelo en que nací, los risueños dias de la juventud, las lecciones de aquél que me dió el ser, y cómo las sabía referir á los bellísimos objetos que nos cercaban en torno. ¡Cuán frecuentemente, paseando por los amenos pensiles de la Alhambra, facilitábame el conocimiento y solución de los más difíciles puntos de De-

recho, de Historia, Gramática y Literatura! ¡Cómo lograba que todo en derredor me hablase y ofreciese amplia enseñanza y doctrina! ¡Cuántas veces, á la caída de la tarde, en esas mismas orillas del Darro, parados á oir cantar á la vihuela un romance morisco, entre el gorjeo de los ruiseñores y el lejano ruido de la ciudad, allá en los hondos y floridos cármenes que ciñen el camino de la fuente del Avellano, aquel alma que tanto amé, engrandecía mi alma recitándome el propio romance, para que lo saborease yo y lo apreciase literaria, histórica y gramaticalmente! Á su acento, de sin igual hechizo, parecía que se poblaban de moros gallardísimos las retorcidas calles del frontero Albaicín, y de apuestas damas los afiligranados miradores del Genalarife, y que traía el viento á mis oidos el eco de los atabales y clarines de Bibarrambla [1].

No se apartan de mí aquellas dulces memorias; y así os ruego que me permitais sacar de ellas el libre asunto de mi discurso, exponiendo algunas consideraciones sobre la teoría métrica de los romances castellanos.

¡El romance! Hé aquí una palabra que envuelve para nosotros un mundo de ideas. Ya simboliza tanto así la índole y origen de nuestra lengua castellana, como su más propio, genial y característico metro; y ya despliega ante los ojos una era magnífica de gloriosas hazañas, de hidalguía, de valor y de fe, diez siglos de héroes, para cantar los cuales falta voz á la épica trompa, y cuyo menor rasgo, una sola situación, una sentencia, una palabra no más, bastan para completar el cuadro más admirable, y enardecer la fantasía, y embelesar el ánimo con suavísimo deleite.

El mismo nombre de *romance vulgar castellano*, ú si

quier dialecto usado en *Castilla*, análogo al que la plebe y campesinos de *Roma* hablaban ya en el siglo de Augusto, publica ser nuestra lengua una de aquellas, unidas entre sí por estrechos vínculos de parentesco y semejanza, que al roce continuo de las traciopelásgicas, ó grecolatinas, con las célticas (todas ellas de origen comun), brotaron pronto en Italia y España, en la Helvecia romana y Galia meridional, y en las comarcas del Pruth y del Danubio.

Ocasión de nacer y desarrollarse á maravilla tales dialectos fueron los ejércitos romanos, compuestos de extrañas gentes y naciones, y durante una y otra centuria adscriptos á determinado territorio[1]. Urgíales convenir en muy aceradas si bárbaras voces de mando, para la instantánea obediencia; ser por todas partes con claridad entendidos, lo mismo el capitán que el soldado; y poseer un molde común, donde á estilo semítico (es decir, conforme á la construcción gramatical más lógica y sencilla), vaciar seis docenas de vocablos de uso forzoso é inmediato para la vida, y fáciles de retener en la memoria. Acercóse, pues, todo lo posible el idioma de los vencedores al de los vencidos, sin dolerle de modo ninguno renunciar á sus muy ostentosas galas y formas, á la declinación del nombre, á la armónica voz pasiva de los verbos; y sobre todo al hipérbaton ó sea colocación afectiva de las palabras, desenfadada y caprichosa, como hija de los vehementes y erráticos movimientos del ánimo, pero sumisa y dócil á las tiránicas leyes musicales del oido.

Corrompido el latín, vino á partirse en tantos dialectos hermanos, cuantos sugería la índole, genio y lengua peculiar de cada tribu y provincia, donde se detuvieron largas edades y con vivo tesón las romanas legiones[2].

El romance castellano balbuceaba ya, sujeta apenas la Cantabria, en la era de Augusto; y desde entonces, aun por las más breves y fáciles inscripciones latinas, gustaba de asomar á toda hora la cabeza y darse á conocer, permutando vocales, suprimiendo ó añadiendo consonantes, descoyuntando palabras, sustituyendo á las castizas y propias del Tíber aquellas ibéricas ó fenicias que le sonaban mejor, y destrozando á su antojo la analogía y la sintaxis [4].

Pocos siglos después convertíase el buen latín, bajo el imperio visigótico, en patrimonio exclusivo de la religión y de la literatura, de los palacios y asambleas; creciendo y arraigándose entre el vulgo la que había de llegar á ser lengua de Cervantes [5]. La cual tomó prodigioso vuelo en el punto mismo que, á la heroica voz de ¡Pelayo, renació España libre, católica y pujante, en los valles de los cántabros y astures. Fugitivos y hechos guerrilleros el monje, el letrado y el áulico, sin otro alimento que la miel de abejas labrada en las hendiduras de la roca, ni más salvación que no esperar ninguna, estuvieron muy distantes de poder emular, ni aun de conservar siquiera, los primores del clásico latín y su pureza y elegancia. Érales necesario expresarse con menos estudio que sencillez de corazón, sentir la fuerza de la palabra, poseer las más comunes y expresivas, no las más sonoras, exquisitas y bellas; y para mayor claridad, escribir mezclando dos hablas, la nueva y la vieja, el latín y el romance. Ambos aparecen fraternalmente abrazados en los diplomas eclesiásticos y civiles del principio de la reconquista; y muestran formada y perfecta la nomenclatura castellana de sitios y lugares; bien deslindados los vocablos ibéricos, fenicios y griegos, que sobre los del Lacio

habían de prevalecer; trocada la directa y propia significación en muchos de estos últimos; transformado en artículo, ó séase perenne siervo y acompañante del nombre, el tercero de los pronombres personales; y fija y corriente la sintaxis castellana [6].

En resolución, á ese latín rústico, á esa lengua del pueblo se refieren hacia el año 615 las expresiones de San Isidoro *Hispani vocant; vulgus vocat, corruptè vulgo dicitur.* Á ella, mediado el siglo IX, aluden las de *ubi dicunt* y *vulgus dicit*, que ofrece un documento de los obispos Severino y Ariulfo, refugiados en Asturias. Mientras tanto apellídanla *romance* los mozárabes de Córdoba (*romancium* vale «conversación romana», *romanum eloquium*), en mi opinión, porque árabes y mozárabes llamaban «romanos» (de الرومى arrumí, *romanus*) á los cristianos independientes, y á cuanto les pertenecía desde el mar de Grecia á las orillas del Duero [7]. Y prosiguen muchos diplomas designando el lenguaje popular con las frases de *usitato vocabulo, in more rustici loquutionis, vulgo vocatur*, hasta que en 1147 no se cansa de llamarle *nostra lingua* el cronicón latino de Alfonso VII, emperador de las Españas. Verdad es que ya entonces el *Poema del Cid* colmaba de orgullo legítimo y de satisfacción indecible á la castellana Musa. La cual, restaurado en 1215 el puro latín de Cicerón, se entra prepotente por catedrales y monasterios, suntuosísimos alcázares de todo saber; y allí, en las sagradas inspiraciones del monje de Berceo, nos da ya transformado en hermosa lengua literaria y artística el román paladino,

En qual suele el pueblo fablar á su vecino.

¡El pueblo, el campamento: he aquí los artífices de la

lengua castellana! Pero ni á los ejércitos ni al pueblo les basta hacerse de un lenguaje propiamente suyo: han menester una poesía, una música suyas propias también. En ellas cobran ánimos el obrero y el campesino para no postrar el cuerpo á la fatiga; en ellas el marinero, el caminante y el soldado, para espantar sus males, y no sentir las largas horas de soledad, ni el sol de julio, ni el hielo de diciembre. Y en los mismos instrumentos del trabajo, y en cuanto en derredor mira el hombre, sonidos musicales, inspiradores y misteriosos, parece que le hablan y que le estimulan á proseguir en la afanosa tarea.

Forzosamente, pues, la prosodia de la lengua, el canto, el metro, el ritmo, se acomodan siempre á las condiciones peculiares de un territorio, á la ocupación é índole de sus moradores; y de ellas reciben ser y característica fisonomía. Yo escucho en la barcarola del pescador el compás de los remos, y oigo en la seguidilla de la tejedora el castañeteo de los telares; yo percibo en la celosa y enamorada copla del aldeano el rumor del viento por los bosques, y el murmullo de los cristalinos arroyos. ¿Qué más? La alborotada canción del aragonés, y el reposo en la del astur, y la melancolía de las playeras andaluzas, no sé qué me dicen de pueblos avalentados y tenaces, de patriarcales y nebulosas montañas, y de cielos serenos, desde donde caen sobre el mar las estrellas como diamantes encendidos [8].

Esas continuas y dulces armonías de la naturaleza, nuevas y sorprendentes en cada región, en cada lugar, á cada hora, y siempre deleitables, determinan el rumbo de la poesía popular, su genio y forma y condiciones artísticas. No atribuyamos á eruditos y sutiles invencione-

ros, ni hagamos venir de figuras gramaticales, con nombres griegos ó latinos indicativos de la cadencia y rima, los orígenes del metro vulgar, ni los del consonante y asonante, con cuyas galas y primores se atavía. Antes que los gramáticos existió el pueblo; antes que el estudio y la crítica fué la inspiración espontánea, movido el ánimo por cuanto le rodea.

En la naturaleza, pues, en la índole sintáctica y prosódica de un idioma, en su mayor ó menor caudal de voces sobreesdrújulas, esdrújulas, graves y agudas; en poseer, ó no, todas estas clases de palabras, ó limitarse á pocas de ellas; y por último en la genial combinación ó repetición de ciertas letras, búsquese la causa de dar preferencia el pueblo, y á su vez los sabios, á tales ó cuales metros y ritmos; de aplaudir ó rechazar las consonancias; de sentir, ó no, la dulzura y singular atractivo del asonante. El gusto y el oido se educan; la costumbre y la tradición llegan á ser otra naturaleza; y si hay un arte de ver (sobre todo en bellas artes y letras, donde pocos ven aunque muchos miran), hay también un arte de oir, por lo comun instintivo.

Siendo la poesía popular aquella sonorosa voz de los sentimientos, creencias y aspiraciones de los pueblos, y constituyendo estos la humanidad, habrémos de estimar los cancioneros populares como el eco fiel de la vida humana, el destello clarísimo de la imaginación virgen que se apacienta en ideales ficciones, el árbol misterioso á cuya dulce sombra sestea la sociedad, rendida por el cansancio y el hastío, y el templo, en fin, de cuyas paredes cada generación cuelga la tabla del naufragio, en la epopeya magnífica del hombre.

A toda hora la musa popular se inflama en el espíritu

de justicia que puso Dios en nuestro pecho. Sentenciosa, moralizadora, tanto en la zona ardiente como en la nieve del polo, condena sin cortapisa el crimen y ensalza la virtud; contempla brotar flores bien olientes y surgir repentinas luces del suelo que regó la sangre de un mártir, de un inocente; y ennegrecer venenosas yerbas el sepulcro de un malvado. Fatídico grazna el cuervo allí donde se perpetró el delito; y funestas aves revolotean sobre los yertos despojos del tirano. ¿Quién como ella supo nunca pintar el remordimiento? ¿Quién prorumpir en ayes más conmovedores? ¿Quién como ella acertar con el metro oportuno para que la historia rimada eternice glorias ó desdichas? Hoy mismo, al pie de los álamos del Dvina, y en los bosques de la pantanosa Lithuania, exhala

Voz de dolor y canto de gemido

un pueblo mártir, cual otro que ha veinticinco siglos colgaba sus arpas de los sauces, junto á los ríos de Babilonia. Hoy mismo, el clefta indomable, guerrillero griego que desciende como rayo desde las ásperas cumbres del Hemo ó del Ródope nevado, á saquear las almunias y alquerías del turco opresor, y á desbaratarle sus más lucidos escuadrones, canta ufano, en versos de diez y seis sílabas, de qué manera colmó de zequíes de oro á sus valientes, y guardó para el adalid la más hermosa cautiva. Ahora consagra elegía terhísima al compañero moribundo; ahora, vuelto hacia las santas imágenes colocadas en el hueco de los peñascos, díceles que no lloren; que los años, ó los siglos, vencidos por la constancia griega, restituirán al benéfico y civilizador culto cristiano tan oprimidos y barbarizados territorios. Ya vislumbra golpe de valientes que bajan á reforzarle; ya vocea que viene

el enemigo; ya frenético se deleita en su destrozo. Ni más ni menos que, diez siglos hace, y en idéntica situación, el almogávar poeta, caminando por los desfiladeros del Oja ó del Segre, cantó, en versos también de diez y seis sílabas, la aparición de aborrecidas huestes, ó el inesperado socorro:

¡Helo, helo por do viene — el moro por la calzada! —
¡Helo, helo por do viene — el infante vengador,
Caballero á la gineta, — en caballo corredor!

Ó, desde las cumbres pirenaicas, tendiendo la vista por los campos de nuestros molestos vecinos, gritó con salvaje placer:

¡Mala la ovistes, franceses, — la caza de Roncesvalles:
Don Carlos perdió la honra, — murieron los doce pares!

Y, á todo esto, me preguntará alguno: ¿cuál es el metro español por excelencia? El que elocuentemente lleva el mismo nombre solariego de la lengua castellana: el romance. Connatural y apropiado al antiquísimo idioma del pueblo español, identificado con sus heroicas virtudes y hazañas, y veraz intérprete del sentimiento y espíritu nacionales. A borbotones, y á no poder más, escápanse versos de romance en nuestra conversación diaria, en la cátedra, en el parlamento, en el foro; y sin querer y hasta con enfado se nos vienen á la pluma, porque á semejante combinación de sílabas y admirable libertad de acentos propende el caudal de la lengua y se va derecha la sintaxis castellana. Por eso, en cuanto el ingenio de los sabios y eruditos fraternizó con la musa popular, echando mano del romance y de los romances, es decir, de la lengua y de la poesía nacional, la literatura española vino á poseer su mayor tesoro, sus dos joyas más envidiables del Romancero y del Teatro.

¿Qué es un romance? No sé si le defina la viva expresión de la belleza, que, enardecido, el estro popular concibe, hecha por medio de la palabra rítmica, gozándose en la asonancia y en el metro más adecuado á nuestra lengua. Pero sí nos será fácil describir en el romance aquella composición poética, aislada y completa, de libre aunque proporcionada extensión, donde sin más traba que la sonora medida de versos por lo regular octosílabos, con gran variedad acentuados, y el asonar entre sí todos los pares, la musa castellana popular, y á su ejemplo y en competencia la erudita, ahora exprimen los más íntimos y vigorosos afectos y movimientos del alma, ahora nos ofrecen agitados contrastes y situaciones de la vida; ya por último se emplean en retratar con su mayor gala y pompa el bélico entusiasmo, las costumbres públicas, toda una civilización, y el perenne hechizo y espectáculo de la naturaleza.

Es, por lo tanto, lo mismo subjetiva que objetiva y mixta la índole del romance: quiero decir, que el romance se apropia todos los géneros de poesía, lírico, épico y dramático; faltando manera de considerarlo género de poesía determinado, sino forma especial característica y bella de nuestra poesía. Narra mucho, pero siente más el poeta del vulgo; nunca trata de ocultar su persona: en la soledad, en la compañía de un amigo, delante de ociosa muchedumbre, cantà y abre su corazón entusiasta ó lacerado, y se halla satisfecho comunicando á los demas los sentimientos y pasiones que le conmueven. El romance se levanta con la grandeza sublime de la oda, con la seductora variedad de la canción, con el desenfado y estrépito de la ditirámbica. Suyos el candor bucólico, la melancolía elegíaca, el fuego anacreóntico, el aguijón

satírico, los chistes y donaires, como también la pasmosa verdad de un cuadro en que los personajes bullen, hablan, sienten y se agitan al impulso de encontrados y múltiples intereses. Presta, pues, el romance su traje sencillo pero elegantísimo á la oda, á la canción, á la elegía, al idilio, al epigrama; y en cambio toma de ellos las preseas que más á cuento le vienen. Vístese, en fin, de cuantos colores puede hacer reflejar sobre cualquier objeto el prisma de la pasión, hermosos y brillantes. De aquí esos grupos que por asuntos y géneros se ven obligados á formar los colectores de tales poemas, dividiéndolos en romances amatorios, doctrinales, festivos, satíricos y burlescos; en pastoriles, piscatorios, villanescos y vulgares; en caballerescos, heroicos, novelescos é históricos; alegóricos y simbólicos; y en moriscos, donde toman tan bella parte la historia, la leyenda y el drama.

Carecería el romance de la sorprendente novedad que producen las rimas difíciles, del ideológico hechizo que las encadena, de la oportuna concisión á que fuerzan y obligan ciertas combinaciones de metros ó la regularidad y simetría de las estrofas, si la viveza popular no se apresurara á suplir este boato y riqueza con la brevedad, claridad é incisión de los destellos poéticos, y si el romance erudito careciera de arte. El cual, ahora se liga con asonancias no menos difíciles que ciertas consonancias; ahora, las más veces, se parte en estrofas, tomando lindamente respiro cada cuatro versos, y cuidando mucho de encerrar en ellos (sin que falte ni sobre) una idea cabal, una máxima valiente, un pensamiento feliz, un trecho de descripción seductora. Pero libre de la tiranía de la rima, del apremio de las combinaciones métricas y del encadenamiento de versos cortos y largos, embriagado el estro

con la belleza del objeto inspirador, á él solo atiende, en su luz se apacienta, y deshalado va tras él; sin que la cadencia igual le fatigue, antes bien su misterio y eficacia le sirvan de auxilio y apoyo; sin que la inspiración se rinda un punto, ni se amengüe su pureza y viril lozanía.

Esa división por estrofas, antiquísima sino constante y uniforme siempre, recuerda que los primitivos romances populares se debieron limitar á solo un dístico, á un epigrama, á una copla, dispuestos y construidos para cantarse.

Que al principio y hasta el dia de la conquista de Granada se escribieron formando cada dos versos uno solo de diez y seis sílabas, de suerte que todas las palabras finales aparecían ligadas por la asonancia ó consonancia, resulta un hecho seguro, evidenciado por el discurso y ejemplo del Ennio español Antonio de Lebrija, en su *Gramática sobre la lengua castellana*, que de los moldes salmantinos vió la pública luz á 18 de agosto de 1492. Y no podia ser otra cosa [9].

Diga lo que quiera el docto y elegantísimo D. José Antonio Conde, al anunciar en su *Historia de la dominacion de los árabes en España* (Prólogo, XVIII) que de la métrica arábiga proceden sin duda nuestros romances, equivaliendo cada dos de sus versos á uno arábigo, partido en dos hemistiquios, yo tengo para mí que á toda luz arrancan de la misma fuente de que salió el *arquiloquio tetrámetro*. El cual se dijo *tetrámetro*, por sus cuatro medidas ó compases; y tomó el nombre de *arquiloquio*, porque el modelo de verso trocaico más bello y más antiguo nació en la inspiración de Arquíloco de Paros. Sujetos á la propia ley musical, empleó también Arquíloco los versos yámbicos [10], para avivar el encono de la sátira;

é hízo con ello que el zueco de la comedia y el coturno de la tragedía se apropiasen despues un ritmo tan expresivo y animado ".

Cuando al último pie del verso trocaico le falta la segunda sílaba, denomínase *arquiloquio tetrámetro catalectò*, esto es, *falto;* cuando está completo, se le apellida *acatalecto*, como si dijéramos *cabal.*

Todos sus pies deberían en rigor ser troqueos, y así constar cada cual de ellos de una sílaba larga y otra breve; mas en los pares segundo, cuarto y sexto se permite sustituir otro pie bisílabo, regularmente el espondeo, compuesto de dos largas.

El verso *arquiloquio tetrámetro catalecto* vino luego á dividirse en dos por el hemistiquio, resultando el primero un *alcmanió acatalecto;* y el segundo, un *euripidio catalecto.* Esta forma, en que van alternando el alcmanio y el euripidio, lleva el nombre de *trocaicos dímetros*, por constar de dos compases trocaicos. Y peinan canas de venerable antigüedad ambas combinaciones métricas, pues Alemán, contemporáneo de Arquíloco, floreció 660 años antes de nuestra salvación, y Eurípedes 441.

Afirma Aristóteles no haber otro pie ninguno tan á propósito para pintar con animación y energía como el troqueo; y dice que «por él rueda el tetrámetro con sin igual sorprendente viveza».

Que era muy sonoro á los oidos de la soldadesca y de la plebe el tetrámetro catalecto, diez y nueve siglos hace, lo evidencia el maligno epigrama que, en el espléndido triunfo de las Galias y por vejamen lícito en ocasiones tales, cantaban los soldados junto al carro del vencedor Julio César:

Gallias Caesar subegit,—Nicomedes Caesarem.
Ecce Caesar nunc triumphat,—qui subegit Galias;
Nicomedes non triumphat,—qui subegit Caesarem [12].

Oprimió César las Galias,—y Nicomedes á él.
Mirad cómo César triunfa,—que oprimió al audaz francés.
Si á él le oprimió Nicomedes, —¿por qué hoy no triunfa también?

Ni el caudillo de la Legión VII Gémina, al erigir (recién fundada la española ciudad de León) un templo á Diana, en la misma hora de asolar Tito á Jerusalén, olvidó aquel metro popular de suyo, entre los varios elegantísimos que engalanaban el ara y las paredes, y que tan profunda, tan útil, y cabal ilustración han debido á vuestro sabio correspondiente el Padre Fidel Fita, una de las insignes glorias literarias que más deben envanecèros:

Donat hac pelli, Diana,
Tullius te Maximus
Rector Aĕnĕădum, gemella
Lĕgĭŏ quis est septima;
Ipse, quam detraxit urso,
Laude opima detulit [13].

Oh Delia, esta piel te ofrece
Máximo, el gobernador
De los bravos que militan
En la séptima Legión.
Él mismo lo arrancó á un oso,
Para tu gloria mayor.

En el segundo tetrámetro de esta inscripción habréis reparado ser un dáctilo el segundo pie, y un tríbraco el quinto, reflejando el tiempo y el estilo de Séneca.

Medio siglo después, ¿quién sabe si, rivales de Anacreonte, querían recordar el verso más preferido en las orillas del Ebro y del Betis, así el historiador y poeta Lucio Anneo Floro, de la cordobesa familia de los Sénecas, como el emperador Adriano, hijo de españoles, para aquel célebre tiroteo poético?

FLORUS. Ego nolo Caesar esse,
Volitare per Sicambros,
Ambulare per Britannos,
Scythicas pati pruinas.
CAESAR. Ego nolo Florus esse,
Ambulare per tabernas,
Latitare per popinas,
Culices pati rotundos [14].

FLORO. Yo no quiero ser el César,
Revolar por Uvestfalia,
Ir por Inglaterra á escape,
Sufrir los hielos de Rusia.
CÉSAR. Y yo no quiero ser Floro,
Habitar sucios desvanes,
Agazaparme en tabernas,
Servir de pasto á mosquitos.

Ha reparado el esclarecido Fita que no resuenan los tetrámetros catalectos en la lira del Lacio durante la edad clásica, á pesar de hacer su papel de vez en cuando por el drama griego y latino; y que á España, en los himnos de su Iglesia, toca el lauro de haber sido la primer nación católica de Occidente que prohijó y ennobleció aquel metro popular, calificado ya de muy agradable por el autor de *Las Noches Áticas*, Aulo Gelio, mediada la segunda centuria.

Y tal vuelo toma, que mientras artísticamente lo describe Terenciano Mauro, y el egipcio Claudiano canta en él las bodas de los augustos Honorio y María, empléale al comenzar el v siglo nuestro arzobispo toledano Asturio para la gran fiesta de los santos niños mártires complutenses, Justo y Pastor, donde leemos esta ardiente plegaria:

Nominis tui amorem — da tuis in servulis.
Temporale nil amemus; — diligamus invicem.
Te sequamur, te canamus, — te fruamur perpetim.

En el amor á tu nombre — nuestro pecho inflama, oh Dios.
Nada terrenal queramos, — abrásenos mutuo amor.
Gócete perennemente — quien te amó, cantó y siguió.

De igual combinación métrica echa mano, para su himno á los santos alféreces de la Legión VII Gémina, el insigne Aurelio Prudencio Clemente; y del arquiloquio tetrámetro acatalecto, bien claveteado con asonancias y consonancias, se vale el divino africano San Agustín para desconcertar á los donatistas:

Omnes, qui gaudetis PACE, — *modo verum iudic*ATE.
Abundantia peccatorum — solet fratres conturb*are:*
Propter hoc, Dominus noster — voluit nos praemoner*e*,
Comparans regnum coelorum — reticulo misso in m*are*,
Congreganti multos p*isces*, — omne genus, hinc et *inde;*
Quos quum traxissent ad littus, — tunc coeperunt separ*are:*
Bonos in vasa miserunt; — reliquos malos, in m*are*.....
Omnes, qui gaudetis PACE, — *modo verum iudic*ATE.
Bonus auditor fortasse — quaerit, qui ruperunt r*ete?*
Homines multum sup*erbi*, — qui justos se dicunt *esse*.....
Ipsi tradiderunt libros, — et nos audent accus*are*,
Ut peius committant scelus, — quàm commiserunt et *antè.*
Quum possent causam librorum — excusare de tim*ore*,
Quòd Petrus Christum negavit, — dum terreretur de m*orte*.....
Quod persecutio non fecit, — ipsi fecerunt in p*ace.*
Omnes, qui gaudetis PACE, — *modo verum iudic*ATE.
Custos noster, Deus m*agne*, — tu nos potes liber*are*
A pseudoprophetis istis, — qui nos quaerunt devor*are?*.....
Cantitamus vobis, Fr*atres*, — pacem si vultis aud*ire:*
Venturus est judex noster, — nos damus, exigit *ille* [15].

Decid, los que amais la paz, — ahora y siempre la verdad.
El ver tantos pecadores — suele á muchos conturbar:
Por ello bien nos advierte — la Divina magestad,
Comparándonos su reino — con la red echada al mar.
Varios, innúmeros peces — envuelve de aquí y de allá;
Pero, en saliendo á la orilla, — los sabemos separar:
Se echan en vasos los buenos; — arrójanse los demás.

Decid, los que amais la paz,—ahora y siempre la verdad.
¿Quién rompió la red? pregunte—el buen oyente quizá:
Hombres que, ardiendo en soberbia,—por justos quieren pasar.
Contra la eterna palabra—de Dios frenéticos van;
¡Y pretenden acusarnos,—doblando así la maldad!
Busquen disculpa en el miedo—á su hazaña criminal,
Que, también por miedo, á Cristo—negó San Pedro tenaz.
Lo que no pudo el martirio,—hoy puede la iniquidad.
Decid, los que amais la paz,—ahora y siempre la verdad.
Padre y custodio del hombre,—sumo Dios, líbranos ya
De estos mentidos profetas—que nos van á devorar.
La paz, la paz os cantamos,—hermanos, si de oir gustais:
Os damos paz, Dios la exige;—y á todos nos juzgará.

Hé aquí, Señores Académicos, en el año 393 y en África, el ejemplar más antiguo, precioso y completo de un popular romance, con su rima peculiar, é inalterable medida octosilábica; pero escrito de manera que cada dos versos forman uno solo, á fin de que terminen todos en idéntica vocal, la *e;* sin que deje ni por descuido el poeta de aprovechar cuantas infinitas asonancias y consonancias de todo género se le vienen á tiro. De esto á la asonancia constante y única, no hay más que un solo paso.

Los ecos de que hace alarde, apacibles y deleitosos al oido, insistiendo en que suene siempre una misma vocal en el fin del verso, y el comenzar por el mismo estribillo las veinte estrofas de tan larga composición, evidencian que este salmo de San Agustín contra la facción de Donato, se escribió para cantarse, y fué un verdadero himno popular [16]. Lo fué sin género de duda: terminantemente lo afirma así el propio santo en una de sus obras [17].

Pero cuenta que por ningun título se le juzgue al divino africano inventor de semejantes poemas asonantados, ni vacile nadie en sostener que para la crítica litera-

ria ese *romance* (pues *romance* á boca llena lo podemos llamar) representa algo más que un hecho aislado y solo. Romances en púnico y en latín, octosílabos, rimados, hacíalos el cristiano pueblo de Áfrca, durante la IV centuria, desde el mar de Atlante á los confines de Egipto. Por manera que, si concediéramos haber contribuido, siglos despues, los moros á pulir y acreditar en las regiones del Andalucía el verso octosílabo asonantado, esto no se habría de estimar sino como reflejo de la antigua civilización cristiana del África, muy conforme al de la civilización popular que resplandeció en las comarcas del Betis.

El origen de tales poemas, históricamente, se ha de buscar en el texto hebreo de los salmos *acrósticos*. No soy yo quien aventura la proposición: es el águila de Hipona quien la evidencia. Al terminar su sermon XXXII sobre el salmo CXVIII, advierte no ser otra cosa los *versos abecedarios* sino ruda expresión del original davídico, distribuido en octavas perfectas, cuyas letras iniciales responden todas, por su turno, á las del alfabeto hebreo. Trataron, pues, de acercarse en lo posible al tipo hebraico los salmos africanos, disponiendo con análogo artificio los periodos; pero se quedaron por bajo del modelo, dejando de repetir siempre la misma letra al principiar cada verso de la estrofa [18]. En cambio, no obstante, y para compensar este defecto, discurrieron el primor de atribuir una misma desinencia vocal á todas las palabras finales de los versos tetrámetros, enlazando así por idéntico final sonido los segundos hemistiquios de todo el poema. Esta fué quizá la pauta, seguramente hermosa, que nuestros romances castellanos tuvieron para colocar en los versos pares ó segundos la rica pompa y atavío de la asonancia [19].

¡Qué cuadro ahora se dilata rápido y bello ante mis ojos! ¡Qué pincel tan diestro sería menester para copiarlo! El sagrado himno de la Iglesia, influyendo á maravilla desde el principio en regenerar y enaltecer las canciones populares; Plinio el joven, asegurando á nuestro español Trajano, emperador de Roma, cuán sencillos, puros é inocentes eran los populares himnos que á su Dios Cristo elevaban reunidos por la noche los inofensivos cristianos; Clemente de Alejandría, coronando con un delicioso canto popular sus tres libros de *Paedagogo*, á fines del siglo II; San Ambrosio, San Agustín, San Paulino de Nola y Prudencio Aurelio Clemente, cerrando con sus fervientes himnos y populares cánticos la época romana; y siguiendo su ejemplo un San Leandro de Sevilla, un San Braulio de Zaragoza, y los demas grandes padres de la Iglesia visigótica de España! Pero este cuadro de fecunda y salvadora enseñanza, donde se han identificado la lengua, la poesía y la literatura del pueblo y de la Iglesia, merece pintor más hábil que yo, crítico más sagaz, y otra sazón y espacio.

Corta vida tienen los himnos populares que no brotan de un sentimiento universal, necesario y profundo, porque poco vive toda composición de circunstancias; pasa luego y sumérjese en el mar del olvido, si la historia ó un ingenio feliz no la eternizan. Más prolongada existencia en las poesías tradicionales suelen alcanzar los héroes del pueblo, y aun los mitos que él se forja con nulidades y tristes medianías, cuando no se los depara dignos la Providencia; sobre todo, si el nombre del adalid va unido á terribles catástrofes, á grandes hazañas, ó á inolvidables sucesos. Consérvase, purifícase y embellécese primero su memoria en los cantos del vulgo; y luego viene

el analista á desenclavijar el romance y á engastarlo severo en el breve cronicón ó en la historia bien pulida y concertada. Sin embargo, himnos, héroes, literatura y lenguaje clásico húndense con la civilización que les dió ser; y solo el genio de la lengua, unido al de la patria, no caen envueltos y deshechos en ruina tan lamentable.

Ni el genio de nuestra lengua ni el de nuestra patria se extinguieron allí en la hoguera donde, al grito vandálico de los siglos v y vi, fueron cenizas todos los templos, todos los edificios, estatuas y pinturas, obra admirable de la constancia y laboriosidad de diez fecundos siglos. El fuego devoró los monumentos literarios de las sesenta y cuatro naciones, eternamente rivales entre sí, que habitaban y componian la península ibérica; y abrasó los anales de tantos reyes y caudillos como las hubieron de agitar; y las gramáticas, ponderadas por Estrabón, de tantas y tan diversas lenguas como hablaban; y las leyes, en verso, de los sabios turdetanos; y sus poemas y crónicas, de antigüedad pasmosísima. Pero ni allí, ni menos en la otra implacable hoguera encendida por el sanguinario y codicioso musulmán, habian de perecer los gérmenes vivificadores de nuestra lengua, el hazañoso espíritu de nuestro pueblo, su metro favorito, y las preseas que discretamente le engalanan. Eso no pudo nunca la tiranía. El espíritu popular y el genio de la lengua no son del hombre, vienen de orígen más alto.

Si á nosotros hubiesen llegado una sola poesía vulgar tartesiofenicia, y otra béticolatina, y otra hispanovisigótica, en todas tres, de seguro, hallaríamos idéntico aire de familia, igual ritmo y octosilábica medida, y parecidas asonancias y consonancias. Respetaron los voraces siglos á un Mela, á dos Sénecas, á un Lucano, un Mar-

cial y un Floro, celebérrimos españoles; mas no hubo para las tradiciones y poesías del pueblo ni leve recuerdo siquiera. La Iglesia española, la Iglesia universal, únicamente habian de ser las que para sus cánticos eligiesen el metro popular; y en él nos conservasen, ya con los sagrados himnos del aragonés Prudencio, ó del francés Cayo Sidonio Apolinar, ó de Sexto Álcimo Ávito, arzobispo de Viena, las cristianas memorias y piadosas leyendas de los que sellaron con su sangre la verdad católica, ó prepararon y afianzaron la unidad, la libertad y la grandeza de España. Aun su triunfo resuena por todos los templos del orbe en el popular tetrámetro de Venancio Honorio Fortunato:

Pange, lingua, gloriosi	Canta, oh lengua, el sacro lauro
Lauream certaminis.	de la más gloriosa lid,

Cuando cayó de las débiles manos de Rómulo Augústulo, haciéndose añicos, el ponderoso cetro forjado más de once siglos antes por el valor de un muy distinto Rómulo, y engrandecido luego por la fina astucia de otro muy diverso Augusto, perecieron tambien entonces el idioma y la genial poética del Lacio. Expulsos de Italia, despues de haber dominado en ella setenta y siete años, los feroces ostrogodos; sujeta á los griegos de Bizancio parte de aquella hermosa tierra, y parte esclavizada por los tenaces longobardos, llegó á tal extremo la confusión de las lenguas, que nadie pronunciaba de igual suerte un mismo nombre determinado y propio, fuese de lugar ó de persona; diferenciándose las lenguas tanto como los rostros. *Nam sicuti divisi sunt homines in facie* (se escribia en la residencia de los exarcas, empezando á correr la séptima centuria), *ita hominum et civitatum dividitur loquela. Nimirum nunquan etenim nisi casu faciem*

ESERVED | STALL OR STUDY NUMBER

TO RETURN THE BOOK, INVERT CARD SO THAT
"RETURN TO SHELF" SHOWS.

PE OF CALL NUMBER
D-LC OTHER
TE CALL NUMBER BELOW

FILL IN WHEN APPLICABLE
SERIES
VOLUME
PART
YEAR IF PERIODICAL
COPY

JR
NATURE

HARVARD COLLEGE LIBRARY

RETURN TO SHELF

em in hominibus civitatum diversa-

› poeta, ya godo, cual Athanarico,
›, ya de antigua raza latina, como
.rbición, había por completo y sin
la poesía de Aristóteles y Horacio,
›r la desenfadada rítmica popular.
ės filósofo poeta, aquel Rigilino del
ıtre el consonante y el asonante, y
monías de Manzoni:

atoris inclyta
la po*tentia*,
ı cuncta quae gessit
provid*entia*.
ıssu lux oritur,
ıt statim *tenebrae*,
it Titan, protenus
ıt terrae *sedulae*.....
o mirandus *artifex*,
t ut igni*formus*,
sit ortus *nimphibus*,
m exūrat l*atices*; etc. [20].

ıuestra España, desde la hora mis-
ıtra el alárabe opresor, comienzan
ıente las poéticas inspiraciones del
:omo prosa, deslízanse por el adus-
ue algunas vislumbres de historia entran á competir con el simple y descarnado registro de príncipes y de batallas campales. Allí donde os salgan al encuentro un suceso inesperado, una situación interesante y patética, deteneos; y encontraréis que no ha tenido más trabajo el historiador, que el de podar, estirar y descomponer un popular romance. Os lo harán manifiesto multitud de versos íntegros, y asonancias y consonan-

cias que llegan á dar enfado. Abrid sinó el cronicón de Isidoro de Beja, escrito en 754 (cuando iban transcurridos cuarenta y tres años de la pérdida de España), y leed la tragedia miserable del caudillo de los berberiscos, Munuza, y de la cristiana y hermosísima Lampegia. Este adalid ajusta paces con el Duque de Aquitania, Eudón; logra la mano de su hija; y ofendido de los árabes, ganosos de beneficiar en solo su provecho la conquista, declárase independiente. Caen sobre él los hijos del desierto, le sorprenden en sus fortalezas de la Cerdaña; le abandonan sus parciales, y tiene que huir con su esposa por el riscoso Pirineo. Alcanzado, mal herido, y ya desesperando salvarse, arrójase á morir desde una tajada peña; mientras, los enemigos cautivan á la gallarda francesa, y la arrancan del suelo natal para el califa de Damasco.

Munuza se rebela y muere en 732; veinte y dos años adelante escribe Isidoro de Beja; pero tiempo hacía que ya los animados romances del pueblo cantaban el arrojo y despecho del berberisco, su alianza con el duque de los francos, la irritación que esta noticia produce en el palacio de los valíes, el ímpetu de Abderrahmán saliendo contra el rebelde, y cual le cerca, y le arrebata sus partidarios, le persigue, acosa y hiere; pagando así Munuza con su propia sangre la que de tantos cristianos derramó; y en sed horrible, la del ilustre obispo Anabado, á quien hizo perecer en la hoguera. Avanza Abderrahmán contra Francia, desbarata á Eudón, roba é incendia alcázares y santuarios; pero Carlos Martel se le opone, le vence en la batalla de Poitiers y le extermina con todos los suyos.

Pues, Señores Académicos, no son otra cosa los párrafos 58 y 59 del cronicón del Pacense, que un popular romance, por supuesto rimado y octosílabo, con el cual

forja su relación el cronista; sin empeñarse en deshacer todos los versos, ni destruir todas las asonancias y consonancias. Dígalo este trecho:

Sed expeditionem praeli
Agitans Abderraman — (ille) supramemor*atus*,
Rebellem inmisericorditer — insequitur conturb*atus*.
In Cerritanensi oppido — (Munnuz) repertur vall*atus*,
(Et) obsidïone oppressus, — et aliquandiu mur*atus*,
Statim in fugam prosili — ens cedit exauctor*atus*;
Et qui á sanguine Christiana — nimium erat crapul*atus*, etc.

De una muy sentida elegía popular se valió también, poco antes, Isidoro para llorar la pérdida de España, la iniquidad de Oppas, el afrentoso patíbulo de ilustres príncipes y virtuosísimos ciudadanos, y el cautiverio, el fuego, el hierro, el hambre yermando la tierra.

Todavía no ha trascurrido un siglo: vive en Córdoba, por los años de 830, el docto Vincencio que, juntamente con los santos defensores de la única verdad y de la patria, Eulogio y Álvaro, es gloria y ornamento de los mozárabes andaluces. Pues suyo acaba de descubrir el señor D. Javier Simonet un salmo penitencial, de veinte versos dobles octosílabos, donde intencionalmente domina la asonancia, y muy rara vez aparece sustituida por la aliteración ó el consonante. Hé aquí su principio:

Deus, miserere MEI, — *Deus, miserere* MEI:
*Miserere, miser*ERE, — *parce in peccatis* MEIS.
Alme rector et redempt*or*, — cernuo vultu praecamur:
Qui venisti liber*are* — sauciumque telis *gravem*.
Tu me libera de *penis*, — pone finem malis *meis*:
Ablueque tanta *gessi*, — nec sinas baratro *mergi*.

¿Lo veis? Del metro popular se sirve el sabio y cristiano poeta, verdadera y estrechamente unido al pueblo en los dias de la cautividad; y á los romances populares acuden obispos y monjes para componer sus crónicas. Sin

embargo, hasta los tiempos en que muere el Cid, por los años de 1109, no llegan á verse escritos ni el idioma ni las inspiraciones del vulgo. Eran también las de los doctos aquella musa y aquella lengua; y á pesar de ello, las han estado vistiendo y disfrazando á la latina.

Alcanzan por fin venturoso triunfo el habla y la poesía nacionales; pasan á la escritura; y aun cuando pertenezcan á hombres eruditos las obras que de tan revuelta edad han llegado á nosotros, por ellas de vez en cuando levantan la cabeza el genio popular y su verso octosílabo asonantado: es decir, la poesía y el metro por excelencia españoles. Consigue el Cid señaladas victorias; y prorumpe en cánticos la entusiasta multitud, ahora celebrando las novelescas mocedades, ahora despues los invencibles hechos del héroe. Muere; y en seguida los eclesiásticos sabidores dictan el poema latino, para extender á los confines de Europa la envidiable fama del adalid. Apenas se han cumplido tres lustros; y ya el cronista echa mano de tan preciosos materiales, bosquejando la curiosísima historia que se intitula *Gesta Roderici Campidocti.*

Pues ni el docto que refunde en uno los varios cantares de la juventud de Rodrigo, y á su gusto los adereza; ni el que artísticamente escribe los poemas castellano y latino del hazañoso capitán; ni quien dispone su crónica, han sido potentes para arrebatar espíritu y forma al popular romance que beneficiaron en el contexto del libro. ¡Oh, cuál en nuestros dias se goza la crítica, dentro y fuera de España, buscando y señalando en tales monumentos las asonancias constantes, los versos octosílabos, los trechos de romances despedazados, que publican á voces quién fué el primero que dió forma poética al re-

cuerdo y tradición de un hecho heroico, avalorándole con vivas imágenes y candorosas reflexiones! El primer autor de tantas bellezas fué el pueblo.

En vano los monjes eruditos ó los remilgados áulicos, dueños de la ya formada y armónica lengua castellana, la quieren subyugar al exámetro y pentámetro de Grecia y Roma, ó á los monótonos y acompasados alejandrinos de Francia. En vano desprecian los asonantes, como una rima tosca é imperfecta, y los llaman *consonantes mal dolados*, que vale tanto como no bien aderezados y pulidos. En vano se guían por un arte convencional y engañoso, desconociendo la naturaleza de nuestro idioma, el temple de nuestro oído, la peregrina filosofía y significación de la asonancia. Más sensato el pueblo, desoye las sutilezas de poetas engreídos; sigue cultivando con amor el asonante; y, ó no se sujeta á combinaciones métricas regulares, asiéndose á toda clase de versos, ó en el trance de adoptar una medida uniforme, se decide por la octosílaba, por la que le fué siempre de mayor facilidad y gusto.

Ocurre, aun sin mediar el siglo XII, un hecho digno de observación: el de querer los autores del *Libro de los Reyes de Oriente*, del poema de los *Reyes Magos* y del de *Santa María Egipciaca*, unir la forma erudita de entonces á la índole de las composiciones populares, semilírica, semiépica, semidramática.

Lo agradece y aprovecha la musa vulgar, pero prosigue su camino. Y cuando el sabio rey D. Alfonso concibe el pensamiento (felicísimo aunque no se logre) de componer una historia universal, y echa los magníficos cimientos para la de España, centenares de veces se ve en el trance de tener que apelar al testimonio de los juglares y de los cantares de gesta, para merecer crédito en las ba-

tallas y desafíos del francés Carlos Mainete con el moro Bramante, prendados ambos de Galiana la bella; en los infortunios del Conde Sancho Díaz de Saldaña y heroicos hechos de Bernardo del Carpio; en las novelescas aventuras del hazañoso Fernán González, y en los crímenes de muchos condes de Castilla, familia de Atridas tan bárbara como valiente.

¡Con qué arte cuida el maravilloso prosista de inspirarse en los cantares de la muchedumbre y descomponerlos, tomando y reproduciendo de su caudal frases hechas, refranes, máximas é intencionados estribillos! Pero tan seductora fué siempre la armonía de la métrica vulgar, que en varios pasajes embriaga al diestro y bien apercibido historiador, forzándole á que se deslice por su pluma el vocinglero asonante.

Alfonso, cual magnánimo príncipe, ama á su pueblo y goza en identificarse con él; y cual sabio, es poeta, y gusta de los sabios y eruditos. ¿Qué extraño que, al prorumpir en alabanzas de la Santísima Vírgen y referir sus milagros, en las *Cantigas*, se afane porque el estro popular y el erudito aparezcan hermanos? Divide en estrofas de ocho versos octosílabos muchos de sus cánticos, libres los versos impares y aconsonantados los pares, variando el consonante al comenzar cada estrofa, menos el último pie, que igual en todas, se une á los del coro ó estribillo. Sin embargo, la lira del poeta rey desaira y esquiva el asonante.

Pero siglos vendrán que reconozcan su valor y hermosura; y los altos y envidiables ingenios lo elegirán para cantar en verso octosílabo, soberanamente acentuado, la epopeya de la conquista de Granada, el descubrimiento y prodigio de un mundo ignoto, y la vida y costumbres

de aquella pléyade insigne de palacianos y guerreros que llena el mundo con su nombre, ahora sean nietos del sarraceno invasor, ahora de los valientes que desde Covadonga y Huesca le empujaron y acorralaron hasta las cumbres del Atlas.

Razón es ya que me dé prisa á terminar mi discurso, donde poco ó nada nuevo me habíais de oir sobre nuestro verso de romance, eminentemente popular en su espíritu, y gallardamente español en su forma. Escrito desde el año 393 á 1492, así por la pluma de San Agustín y Vincencio de Córdoba, como por la de Antonio de Lebrija, de suerte que diez y seis sílabas constituyen un solo pie con dos hemistiquios iguales, hace ostentación de su indudable origen grecolatino y de su noble procedencia. Realzado por el asonante y el consonante, sin distinción primero, con divorcio después, y siempre disputándose la preponderancia uno y otro, ayer vencedor y hoy vencido, testifica los eternos celos y perpetua lucha entre el arte popular y el erudito. Y, cifrado en la rima el adorno característico del romance, desde que se le siente y descubre, ya comunicando su metro y ritmo á los cánticos de la Iglesia iberoromana, hispanovisigótica y castellanomozárabe, ya embelleciendo los epigramas de muchos sepulcros, ya animando los descarnados cronicones, hace suponer que sin dificultad nos pudo venir del Oriente, en remotísimas edades:

Ex Oriente lux, historia, poesis.

Con efecto, poblada en un principio de fenicios la Bética, mantuvo larga y filial comunicación con Siria y Palestina. La juventud de los lusitanos y cántabros envejeció durante el siglo de Augusto en las romanas legiones

de Judea, cual lo patentiza, fuera de otros, el insigne bronce de Clausenberg, conservado en Ennyd, ciudad de Transilvania. Y los desfiladeros del Tauro, y los siriacos muros de Isso y de Antioquía (en el año 194) contemplan las victorias alcanzadas por mi compatriota el cónsul Publio Cornelio Anulino, legado del emperador Septimio Severo, con intrépida hueste que pudiera denominarse española. Allí los soldados españoles que seguían la fe de Cristo, y los que andaban perdidos aún en las tinieblas del error, y los idólatras, debieron oir seguramente al siro Bardesanes y á su hijo Harmonio, grandes herejes, pero valientes y famosísimos poetas, que en lo sonoro y deleitoso de las rimas cifraban la mayor seducción de sus himnos y salmos [10].

¿La rima no vino hasta entonces á España, en alas de las disputas religiosas? ¿Ó por el contrario, usábala ya de antiguo nuestro pueblo? ¿Érale ya peculiar el asonante, esa dulce y suave melodía que únicamente á oídos españoles fué otorgado sentir y apreciar; esa gala bellísima, propia y exclusiva de nuestra métrica; esé alma y corona del verso, á quien da movimiento y vida? Temo que no se llegue á descubrir jamás si nos vino de fenicios y penos, en edades remotas; ó si nació de la impaciencia de turdetanos y celtíberos, harto impetuosos para reproducir con esmerado artificio y puntualidad las rimas orientales; ó si los músicos, pidiendo á los poetas que les hiciesen versos terminados en idéntica vocal, fueron causa de que poco á poco el asonante se derivase de la aliteración, cuando comenzaron á decaer el habla y el imperio latinos.

Yo sin embargo le quiero ver en la misma naturaleza de los primitivos idiomas españoles; y mejor, en la del

que hubo de prevalecer sobre todos llamándose lengua castellana.

Cinco no más sus letras vocales, y muy claras, distintas y sonoras, la que está acentuada en el cabo del verso, ahora se apoye con suavidad en la que le sigue, ahora no la acompañe otra final, ella sola se enseñorea de la frase y vibra enérgicamente en nuestro oído. Búscanse entonces y líganse por ocultas y sorprendentes afinidades todas las últimas palabras de los dobles hemistiquios, y surge el romance con su mayor belleza y lozanía.

Lo que en sana crítica no se podrá nunca aventurar, es que á los árabes haya debido ni origen ni perfección de ningun género el verso de romance. Y si alguien, para decir que pudo ser, alegase unas palabras con que San Álvaro de Córdoba puso fin á su *Indículo luminoso*, año de 854, no hay duda, ése las ha comprendido mal [21].

Nada de esto se opone á que la métrica de los agarenos cuente con cierta manera de asonante. Sí, le usa tambien; pero ¡cuán distinto del que sentimos los españoles! Por regla general, los segundos hemistiquios de los versos árabes concluyen todos en una letra consonante idéntica, movida por sonido vocal idéntico también. Pero en determinadas composiciones se prepara este ritmo cuidando de que las letras posteriores á una quiescente y anteriores á la final rimada, vayan movidas por el mismo sonido vocal. Séame lícito demonstrarlo con un ejemplo, valiéndome de voces castellanas. Supongamos que la rima es *do*, y que las otras vocales de la palabra son la *a* y la *i*. Pues la métrica de los árabes aceptará, como rimas, *plácido*, *rápido*, *árido*, *pálido*; y rechazará *cándido*, *cántaro*, *ábrego*, *mágico*, *análogo* y *ángulo*. ¿Por qué? Ó porque han sobrevenido letras quiescentes, ó por ser di-

versas las últimas consonantes, ó las vocales penúltimas [22].

Nótese ahora por qué rumbo tan opuesto caminan el asonante arábigo y el asonante español. Todas esas palabras asuenan igual y clarísimamente en nuestro oído.

Tiene rima la poesía de los árabes; y tiene al propio tiempo, cual la de griegos y latinos, cantidad silábica; pero en la rima desempeña el papel principal la letra consonante. Nosotros, por el contrario, desconocemos la cantidad, la suplimos con el acento; y como el acento solo puede caer sobre una vocal, resulta que la vocal acentuada y el eco de la que va despues, son las que engendran y deciden el asonante.

He llegado al fin de mi discurso. Con lo dicho hasta aquí pretendo hacer valer en este sitio la opinión de que de Grecia y Roma, ó tal vez de Fenicia, proceden nuestros versos octonarios, y que del Asia nos pudo venir la rima. He sustentado hallarse delicadamente dispuesto por la naturaleza el oído español para gozar el deleite de la asonancia; hecho á ella por la costumbre de siglos y siglos; y que asonante y verso octosílabo, en perenne consorcio brotan espontáneos de la índole prosódica y musical de la lengua castellana. Libre por él la imaginación popular de las trabas de un arte exquisito, y abierta á los arranques y exaltaciones del sentimiento verdadero, semejase á pujante río que de inmensa altura se precipita, y luego serpea cristalino y manso por los valles, cubriéndolos de verdor y fragancia. ¿Queréis conocer al pueblo y sus costumbres? Estudiad sus romances. ¿Queréis cerciōraros del diferente ideal poético de la corte y de la aldea, del hombre de la naturaleza y del de la sociedad, del erudito premioso y del indocto inspirado? Acudid á la inmaculada flor del sentimiento, á la embria-

gadora música del alma, á la poesía popular; que arranca de lo interior del hogar doméstico, alboroza en el dia festivo la plaza pública; y resuena á toda hora por las sendas y caminos, por los talleres honestos y las pastoriles majadas. ¿Queréis contemplar la historia viva de diez y nueve siglos? Atended á la solemne y misteriosa voz que sale del cementerio de la aldea, y de entre las santas ruinas del cenobio y del templo, de entre los despedazados torreones, y de las empobrecidas villas y solitarios alcázares, llenos un tiempo de animación y de vida.

Señores, permitidme una palabra más, y concluyo. Esa voz recuerda á los hijos de una misma patria, el valor y entusiasmo, la abnegación y admirables proezas, la hidalguía proverbial, la fe y el ardimiento de sus mayores. Esa es la voz del soldado español que guarnecía los desfiladeros en las montañas de Judea, mientras Tito consumaba el ejemplar castigo de la ciudad deicida; esa la voz de los valientes que recobraron con el Cid, palmo á palmo, la perdida tierra; y en Italia siguieron las huestes de Gonzalo de Córdoba, la del Duque de Alba en Flandes, la de Hernán Cortés en Otumba, y las de Álvarez, Palafox y Castaños en Cataluña, Aragón y Andalucía. El impetuoso guerrero que paseaba largas horas por el adarve de un castillo, ó se encumbraba días y días en las enriscadas atalayas vecinas á las nubes, ¡cuántas veces recordó los cielos patrios y la imagen de su amada; cuántas besó la trenza de sus cabellos, la flor que en ellos relucía, la banda que le bordaron sus manos, la pluma que le aderezó para el yelmo! Y, enardecido con estas memorias, no pudo hallar bálsamo al apasionado corazón, sino dando á los vientos su amorosa querella en el metro y ritmo dulcísimos de la patria.

NOTAS.

[1] D. José Fernandez-Guerra, jurisconsulto granadino, catedrático de Historia y Antigüedades en aquella célebre Universidad literaria, inspirado poeta y orador felicísimo, alcanzó que le respetaran sus conterráneos como á uno de los escritores más elegantes, discretos é ingeniosos, y de más altos y nobles pensamientos. Defendió con empuje la causa de la patria oprimida por inicuo invasor, y la de la verdad siempre; desdeñó la regencia de aquel superior tribunal y el gobierno de la provincia, pero no un puesto en la Biblioteca Nacional. La ambicion jamás pudo lacerar su espíritu, codicioso de morar en el verjel de las letras y ciencias. Así fué verdadero museó y academia su casa, enriquecida con peregrinos libros, pinturas y antigüedades, y visitada constantemente de eruditos nacionales y extranjeros; y así en ella los jóvenes estudiosos tuvieron el más sabio y desinteresado maestro y amigo. Dió á la estampa excelentes poesías y varias refundiciones de nuestro antiguo teatro; y dejó sin publicar otras, como sin concluir una *Gramática filosófica de la lengua castellana* y una *Historia analítica del teatro español.* Tuvo dos hijos en su mujer la señora doña Francisca de Paula Orbe de la Plata. Fernandez-Guerra habia nacido en Granada á 12 de Febrero de 1791, y murió en Madrid el 9 de Mayo de 1846.

Página 507.

[2] Gozábase la dominadora ciudad (por testimonio de San Agustin), no solo en imponer su yugo, sino su lengua latina á los pueblos que sujetó por el rigor de las armas. Pero astutamente cuidadosa de enflaquecer y desangrar á las naciones sus amigas y confederadas, al propio tiempo que á las sujetas y vencidas, á todas arrebatábales sus vigorosos mancebos, empleándolos años y años en la ruda faena militar, muy lejos de la patria. Mermadísimos volvían á ella, encanecidos los más,

y no pocos en número casados con extranjeras mujeres, hablando harto viciada y corrompida la lengua que aprendieron en el regazo de sus madres. El altivo y ya domado cántabro, que vió la luz del dia junto á las siempre verdes guájaras en donde nace el Ebro, fué con los africanos gétulo y moro á rendir sus fuerzas y á prodigar su vida, un siglo y otro siglo, en las montañas de la remota Judea, siguiéndole esclavizada gente de las áureas márgenes del Tajo. El várdulo, espontáneo auxiliar de Roma, que no vencido, guarneció las fortalezas del Támesis. Y el noble astur, el gallego, el lusitano, en fin los españoles todos, mísero conjunto de sesenta y cuatro naciones, fieramente rivales entre sí, con lengua, religión y costumbres desemejantes, constreñidos, por su gran división y consiguiente flaqueza, á ser lamentable juguete de forastero enemigo poderoso, militaron y guerrearon durante muchas centurias bajo la tiranía brutal de césares y augustos, en Inglaterra y Alemania, en los grisones y tiroleses, en Hungría, Transilvania, Moldavia y Valaquia, y en los dálmatas, búlgaros y servios. Igual trastorno padecían los demas pueblos del mundo: ninguno vivió tranquilo en su propia casa, empleándose cada cual en oprimir la ajena.

Verdad es que, hecha del orbe entero una sola ciudad,

> *Fecisti patriam diversis gentibus unam,*
> Urbem *fecisti, quae prius* orbis *erat*
>
> (RUTILIO),

Roma no fué ya sino su más populoso, magnífico y aristocrático barrio; prestándole cualquier región de Europa, Asia y África, por apartada que fuese, valentísimos capitanes y los señores

> Ante quien muda se postró la tierra.

Así el Guadalquivir y el Miño pudieron enriquecer al Tíber con los mejores césares, en un Trajano y un Teodosio; y darle el Guadalete y el granadino río cónsules como Lucio Cornelio Balbo y como Cayo Valerio Végueto y Publio Cornelio Anulino, venturoso adalid en Siria contra Pescennio Nigro á favor de Septimio Severo. *Página* 508.

[3] Cuando determinado territorio conserva todavía su primitiva lengua (por ejemplo, el de los vascones), afírmese que allí la dominación romana fué transitoria y material, no moral, profunda y perenne. *Página* 508.

[4] Un sabio milanés, altísimo honor de nuestro siglo, el autor incomparable de la *Historia universal*, ha puesto fuera de toda controversia y duda, con firmes documentos, que el latín rústico, desde la segunda guerra púnica hasta la caída del imperio de Occidente, no fué otra cosa que la formación lenta, progresivo desarrollo y perfecciona-

miento cabal de la lengua italiana; la cual es locura creer que por ensalmo naciese, en la *Divina Comedia*, como Palas de la cabeza de Júpiter, ó Venus de la espuma de los mares.

Casi lo mismo, á toda luz, se ha de sustentar respecto del maravilloso lenguaje de *Las Siete Partidas*. Registrad nuestras infinitas inscripciones anteriores al Concilio de Iliberri, y os sorprenderán á cada instante con palabras fenicias é ibéricas, y monstrando perdida la declinación, ignorado el género de los nombres, no entendidos los tiempos del verbo, pisoteada la sintaxis latina. Allí se dice *barca* á la nave; *páramo*, á lo que la lengua romana «campo desierto, elevado y frio»; se apellida *quadribacio* el rico joyel de cuatro piedras preciosas unidas, como si por ventura se le quisiese comparar á las agrupadas baccas ó bayas de ciertos árboles; y el punto donde vienen á tocar las jurisdicciones de tres pueblos, se denomina *trifinio* (*terfinis*, tres lindes), con igual desenfado que Cervantes llamó Trifaldi, por sus tres faldas, á la Dueña Dolorida. Allí vemos calificar de *integríssimo* á un procurador de Septimio Severo; leemos *Octubris;* hallamos que el niño Domicio Domiciano *vixit anno uno, meses* VI; cierta Valeria construye en vida su sepultura, y, olvidando ser mujer, escribe en la lápida que *se vivo fecit;* allí el vocablo genérico *mulier* reemplaza al especialísimo de *uxor*, para la mujer casada; y (á la manera que hoy ciertas gentes suelen pronunciar *Cit*, *virtut*, *Madrit*, *cagne*, *sordado*) ponen muchas lápidas, en vez de *apud*, *quad*, *quod*, *ad*, *id*, las voces *aput*, *quoat*, *quot*, *at*, *it;* y confunden la *i* con la *e*, la *d* con la *f*, la *t* con la *d*, y al contrario; siendo no pocos los monumentos en que la gramática va por las nubes. Dígalo si no la florentina Granada, entre los años 276 y 282, cuando en sus tres famosos barrios erige sendas estatuas al emperador Marco Aurelio Probo; y, en los pedestales, el Municipio Iliberritano se nombra *Ordo dedicatissimi*, desconociendo ya seguramente la declinación y la concordancia latinas. Encontraréis, por último, en nuestros romanos epígrafes, *cum filios eorum; pro salutem; iacet in locum Campanianensem; ob meritis; consecutus in honores aedilicios; liberti, quos honor seviratus contingerit;* y otros disparates gramaticales y giros macarrónicos al estilo, no indignos del hermitaño Teodoro, que Bartolomé de Torres Naharro, al comenzar el siglo XVI, dibujó por el natural en su cuatrilingüe comedia *Serafina*. *Página* 509.

[5] Si escribían los españoles así como se ha visto, porque macarrónicamente hablaban así en tiempos anteriores á Constantino, ¿qué había de suceder luego que la ferocidad de alanos, vándalos, suevos, silingos, hérulos y godos consumaron desde 409 la ruina de toda civilización y cultura? Si á fines del siglo III andaba ya Iliberri tan torpe en concordar un adjetivo con un sustantivo latino, ¿era de esperar, en 594, que

hablase mejor allí mismo el ilustre Gudiliuva, al transmitirnos la memoria de haber construído *in locum Nativola* (donde ahora la Alhambra) tres iglesias á honra y gloria de la Santísima Trinidad, *cum operarios vérnolos*, es decir, por manos de sus siervos nacidos en casa ó empadronados en ella?

Nuestros epígrafes de los siglos IV al VIII truecan infinitas veces las vocales, permutando la *e* por la *a*, la *i* por la *e*, la *o* por la *u*, y viceversa; añaden y suprimen las que quieren, desconocen por lo general los diptongos, y los ponen cuando no son necesarios, olvidándolos casi siempre que hacen falta; la aspiración se omite ó se encaja sin tino; confunden (cual hoy mismo sucede en la pronunciación castellana) la *b* y la *v*, la *c* y la *s*; á la *c* sustituyen en ocasiones la *sc* y la *gs*; á la *z* la *d*; y á la *j* y á la *g*, la *z*. La *p*, cuando sigue á una vocal y precede á una consonante, se transforma en *b*; suénales como *v* la *f*, como *g* la *c*; y no escriben la *m* y la *s* finales, porque de cierto no las pronunciarían. El mutuo cambio del acusativo y del ablativo en los nombres, es por extremo frecuente; la conjugación padece continuos descalabros; y la construcción va siendo cada vez más lógica, directa y sencilla; tanto que al principiar el siglo VIII, el hipérbaton puede afirmarse que ha desaparecido, lo propio en el romance que en el latín correcto. No tardará mucho en salir de la niñez y en arrinconar á su madre latina la lengua castellana. *Página* 509.

[6] ¡Cuán elocuentes son en tales diplomas del siglo VIII los nombres de pueblos, sitios y lugares: *per illum eterum de Trans-la-mata; villa de Valles; in terminum de Colinas; per illa strata de Guardia; per illas mestas de Freznedo, et ad illo pozo de Trave, in barrio de Susano, et per Peña Maiore et per Peña Sarnosa*; &c. En ellos el vocablo español *arroyo* (*arrogio, arroio*), con que de antiguo los iberos llamaban á la corriente de agua, próxima á un socavón mineral, donde lavaban las arenas de oro, reemplaza al *rivus* latino. Este se recorta de letras, crece en caudal y valor, y se hace *río*, jactándose de arrinconar la palabra *flumen*. El animal de carga y de continuo trabajo en la tahona, conocido por *caballus*, sabe tomar venganza del corcel soberbio (*equus*) imponiéndole su denominación humilde; y los que antes se ufanaban con el título de *équites*, se honraron con el de *caballeros*. Las matas de brezo que cubrían los collados y montes, alcanzan que por ellas toda altura peñascosa y áspera venga á ser apellidada *cerro*. El hogar ó chimenea (*focus*) logra que se diga *fuego* á cuanto arde y quema, poniendo en olvido la dicción *ignis*. El garabato para colgar carne, dicho *carnario* ó *carnero*, le cede su nombre al animal lanudo y manso que abastece más con la suya á los pueblos; y la desairada voz *aries* tiene que encaramarse en el zodiaco. *Tío* y *sobrino* parecen mejor que *patrûus, avun-*

cûlus y *nepos*. En artículo se convierte el pronombre; y con antifaz de latín, sabe en 780 campear libre y señera la lengua castellana: *Damus Sancte Marie de Obona nostras hereditates, per suos terminos antiquos: per illo rio qui vadit inter Sabadel et Villa Luz; et inde, ad illum molem de illa strada de Patrunel; et inde, per illa via que vadit ad illo Castro de Pozo, et per illo moion de inter ambos rios; excepto Villa Trice, que damus ad Doña Elo. Damus siquidem nostras criationes..... et habeant illa hereditate de Perella. Damus siquidem, in ipsa domus Dei, viginti vacas et quinque juga boum, cum omnia instrumenta arandi, et duos carros, et viginti modios de pane, et duas equas et uno rocino. Ad ornamentum Ecclesie damus octo vestimentis, et tres mantos, et tres calices, duo de argento et uno de petra; et duas campanas de ferro, et quatuor tapetès, et tres vasos salomóniegos.* *Página* 510.

[7] El docto Álvaro de Córdoba, por los años de 860, bien se queja de los *romanos*, ú siquier legión de aventureros de toda Europa, que formaban la guardia real de los califas humeyas, muy privilegiados allí, harto ganosos de botín y de comprar ó invadir fincas de los míseros cristianos y de sus iglesias y monasterios, y que á oprimidos y á opresores hubieron de ser persecución y apoyo juntamente, recelo y esperanza. *Página* 510.

[8] El Sr. D. Manuel de Góngora, docto y celoso catedrático de Historia en la Universidad literaria de Granada, juzgando con benevolencia suma (en periódicos de Madrid y de aquella ciudad) estos discursos, ha tenido la feliz ocurrencia de patentizar ser un hecho real y verdadero parte de lo que digo aquí, en verdad como espontáneo sentimiento é imaginativo juicio mio. Haciendo relación del acto, y honrándome con trasladar á su ingenioso artículo algunas de mis palabras, copia ó cita las anteriores, y añade: « Me atrevo á sustentar que al escribir tales líneas el nuevo académico por sentimiento propio, desconocía una canción popular, que precisamente confirma la especie. Yo la he oído más de una vez en las faldas meridionales de Sierra Nevada, mi suelo natal, y en las cumbres que vuelven hacia el rio Almanzora; y dice:

Al son de las garruchas
De los *telares*,
Cantan sus *seguidillas*
Las de Bacares. »

Sospecha bien el crítico. Era para mi desconocida esta copla. *Página* 511.

[9] Huber contradice esta doctrina, *De primitivâ cantilenarum popularium epicarum* (*vulgo* romances) *apud Hispanos formâ*: Berlin, 1844. Pero la afianzan más y más cada dia los monumentos latinos que po-

seemos en las bibliotecas Escurialense y Toledana, y algun códice castellano anterior al siglo XVI. *Página* 517.

40 Syllaba longa brevi subjecta, vocatur iambus.
Pes citus: unde etiam *trimetris* accrescere jussit
Nomen *iambeis*, quum *senos* redderet *ictus*.
HORACIO, *Arte poética*.

Página 517.

41 Archilochum proprio rabies armavit iambo;
Hunc socci cepere pedem, grandesque cothurni.
HORACIO, *Ibid.*

Lebrija equipara nuestros versos de romance con el *tetrámetro yámbico* ú octonario latino, que regularmente consta de diez y seis sílabas, y por los cuatro compases ó asientos que hace se llama tetrámetro; y por los ocho pies, octonario. Pero basta medir un centenar de versos para convencerse de que el pie troqueo predomina, casi al triplo, sobre los espondeos y pirriquios; y al quíntuplo, sobre el yambo.

Véanse algunos muy conocidos ejemplos, fijando á cada vocal la cantidad que en latin le correspondería:

dĭgās | tū, ēl | ērmĭ | tāñŏ, | quĕ hă | cēs lă | vĭdă | sāntă,
¿āquĕl | clervŏ | dĕl piĕ | blārcŏ | dŏndĕ | hăcĕ | sŭ mŏ | rādă?
pōr ă | quĭ pās | so ēstá | nōchĕ | ūn ŏ | ră ān | tēs dĕl | ālvă.=
mŏrĭr | sĕ quiĕ | re ălē | xāndrĭĕ | dĕ dŏ | lōr dĕ | cŏrá | zōn;
ēnvĭ | ō pōr | sŭs mă | ēstrōs, | cuāntōs | ĕn ēl | mūndŏ | sōn.=
hēlŏ | hēlŏ | pōr dó | vĭēnĕ
ēl īn | fāntĕ | vēngá | dōr.=
nūñŏ | vērŏ, | nūñó | vērŏ,
buēn cá | bāllē | ró pró | bādŏ.=
gērí | nēldŏ, | gērí | nēldŏ,
ēl mĭ | pāgĕ | mās quĕ | rīdŏ.=
ālŏ | rá, lá | biēn cēr | cá dă,
tū que ēs | tās ă | pār dēl | rĭŏ.=
mōro āl | cāidĕ, | mōro āl | cāidĕ,
ēl dĕ | lá vē | llīdá | bārbă.=
mīrá, | zāidĕ, | quĕ te ă | vīsŏ
quĕ nŏ | pāsĕs | pōr mĭ | cāllĕ.=
mā:ă | la ŏvīs | tēs, frān | cēsēs,
lá cā | zá dĕ | Rōncēs | vāllēs.=
sālĕ | la ēstrē | llá dĕ | Vĕnŭs
āl tiēm | pó que ēl | sōl sĕ | pōnĕ.=
ēnsĭ | llēnme ēl | pōtrŏ | rūcíō
dēl āl | cāidĕ | dĕ lōs | Vēlĕz;
dēnmĕ | la ădār | gá dĕ | fēz,
y̆ lá | jācĕ | rīnă | fuērtĕ.=
pōr ă | rrīmŏ | su ālbōr | nōz,
y̆ pōr | ālfōm || brá su ă | dārgă.=
y̆ sí | no ōsās | sālīr | sōlŏ.=
ēl dēl | gādŏ | pápēl | rāsgă.=
dūlcĭ | nĭmŏ | Jĕsūs | mĭŏ.=

Patentemente hallamos que nuestro verso de romance se mueve con variedad y hermosura por dos, tres y aun cuatro acentos, dominantes á un tiempo mismo; que siempre ha de estar acentuada la séptima sílaba; sin perjuicio de llevar acento, muchas veces, la tercera y primera; no tantas la quinta y segunda; menos la cuarta; en rarísima ocasión la sexta; y la octava jamás. Bien hubo de observar en 1574 el diligentísimo Gonzalo Argote de Molina que los pies de nuestras coplas redondillas castellanas, y por tanto los de romance, conforman con el verso trocaico de los poetas líricos griegos y latinos, más antiguo que el metro español, como que ya le usaron Anacreonte en sus odas 2.ª, 4.ª, 5.ª, etc., Marciano Capella en sus *Bodas mercuriales*, y en ciertos himnos Prudencio. Los poetas cristianos más modernos (advierte) dieron á este verso la consonancia que ya *en la lengua vulgar* tenía.

Otra observación y concluyo. En latín, los versos yámbicos terminan casi todos por esdrújulos; y castellanizados, no resultan de ocho, sino de siete sílabas. Dígalo sinó el himno de Prudencio á San Vicente mártir (*Peristeph.*, v., 313-316):

Psallentis audit însŭper
Praedulce carmen mártyris,
Cui vocis instar aémulae
Conclāve reddit cóncavum;

ó bien su idilio bellísimo á los Inocentes:

Salvete, flores Mártyrum, &c.

Sin embargo, escritos la mayor parte de los himnos de la Iglesia en dímetros yámbicos, formando estrofas de cuatro versos, por razonable exigencia de los cantores, sirvieron de norma estas cuartetas (fuerza es reconocerlo) para distribuir de igual suerte nuestros más pulidos romances. *Página* 518.

[12] Suetonio, *Divus Iulius Caesar*, XLIX. *Página* 519.

[13] Fita, *Epigrafía romana de la ciudad de León*, 133.—*Legio VII Gémina*, en el *Museo Español de Antigüedades*, I, 454.— Hübner, *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, 2660. *Página* 519.

[14] Esparciano, *Vita Hadriani Imperatoris.*—Sarmiento, *Memorias para la Historia de la Poesía*, 57.—Fita, 145. *Página* 520.

[15] Sancti Aurelii Augustini Hipponensis Episcopi *Operum Tomus Nonus;* Paris, por Muguet, 1694, p. 1-8: *Psalmus contra Partem Donati.* *Página* 521.

[16] Principia cada estrofa por la letra del abecedario que en orden sucesivo le corresponde, hasta la *V* inclusive; y consta de doce versos cada cual, en remembranza de los doce apóstoles seguramente, salvo la *C* y la *Q*, tal vez, si no hay misterio en ello, por defecto de los co-

plantes. Corona las veinte estrofas un epílogo de treinta versos; con lo que suben á doscientos ochenta y seis, de á diez y seis sílabas, todos los de este verdadero romance. *Página* 522.

[17] « Volens etiam causam Donatistarum ad ipsius humillimi vulgi et omnino imperitorum atque idiotarum pervenire, et eorum, quantum fieri posset per nos, inhaerere memoriae Psalmum, *qui eis cantaretur*, per latinas litteras feci; sed usque ad *V* litteram. Tales autem *Abecedarios* appellant. » *Retractat.* I, 30. *Página* 522.

[18] « Illud sanè sciant, qui hoc in graeca et latina scriptura (Psalterii), quoniam non illic servatum est, invenire non possunt, omnes *octonos versus* in hebraicis codicibus, ab ea *quae illis praeponitur*, littera incipere. Quod multo diligentius factum est quàm nostri, vel *latine*, vel *punice*, quos *abecedarios* vocant *psalmos* facere consueverunt. Non enim omnes versus donec claudatur periodus, sed solos primos ab eadem littera incipiunt quam praeponunt. » *Página* 523.

[19] No se me condenará, lo espero así, por arrojado é indiscreto, al hacer pública la bellísima carta, llena de nueva doctrina y de exquisita erudición, con que el sabio Fita acusó á mi hermano el recibo de nuestros discursos. ¿Cómo les podría yo buscar mayor realce ni más autorizado voto? Rasgos literarios de tamaño precio substráense á las rígidas leyes de la correspondencia privada. Helo aquí:

Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra.—Madrid.

Gerona, 30 *de Abril de* 1873.

Amigo mio: Mil plácemes por los *Discursos* de D. Luis y de V. *leídos* el 13 del corriente *ante la Academia Española*. Los he leído y meditado, como se medita y se lee á un divino Platón en su Φαῖδρος, ó en su Τίμαιος: y si bien los considero superiores á todo elogio como á toda censura de parte mía, creo no estará por demás hacer aquí una ligera observación que someto á su elevado criterio.

Nuestro tetrámetro *de romance* se distingue esencialmente del clásico griego ó latino en que, á excepción del *último pie*, por fuerza *troqueo*, permite alternar indistintamente el yambo, ó (por mejor decir) se desentiende de la *cantidad*, contentándose con un *ritmo* de acentuación agradable al oído y adecuado al asunto. Ejemplo:

Sălĕ la estrella de Venus
Al tiempo que el sol se pone,
Y la enemiga del dia
Sŭ nĕgrŏ măntŏ dĕscoje.

En la poesía clásica de griegos y latinos jamás se advierte un yambo en el verso trocaico; ni vice-versa, un troqueo en el verso yámbico,

No hay escape: hay por fuerza que acudir al *acento* para explicar el fenómeno castellano, y además á la *rima*.

Tomemos un trecho del romance de San Agustín, y precisamente aquél que se refiere á la Infalibilidad Pontificia:

nŭmĕ | rātĕ | Sācĕr | dōtĕs || vĕl ăb | Ipsā | Pētrī | sēdĕ
ĕt ĭn | ōrdĭ | ne Illō | Pā·rŭm || quĭs cuī | sŭccēs | sĭt vĭ | dētĕ;
Ipsa est | pētrĭă | quām nōn | vĭncŭnt || sŭpĕr | hae Infĕ | rōrŭm | pōrtaĕ.

¡Cosa singular! El yambo campea en el primero y último de estos versos augustinianos con el mismo brío y desenvoltura que en nuestros versos de romance.

Cierto que el tipo primordial es el tetrámetro trocaico. Los pies últimos de cada verso y la general cadencia de todos ellos lo están pregonando á boca llena. Pero no es menos cierto que de introducirse la *rima* resulta un nuevo elemento, que compensa, y hasta cierto punto exige, que no sea tan rigoroso el compás de la cantidad en lenguas claras y sonoras, como la del Lacio y la de Castilla. Aquel vigoroso compás satisface plenamente al oído, y esto en cualquiera lengua:

Sigo la abeja que, libando flores,
Ronda los valles del ameno Tíbur,
Y oigo los ecos repetir tus ansias,
Dulce Salicio.

Para que se avengan ambos elementos hay que transladarse al terreno de los idiomas (como el árabe, el alemán, el inglés) cuya pobreza de melodía fundamental conocemos. Mas en el metro clásico latino, sujeto á dicho compás, la rima será una excrecencia, un remate de puro adorno, rarísimas veces tolerable, como en Ovidio describiendo á los godos del Ponto (*Trist.* l. V., elegía VII, 49-50):

Pellibus et *laxis* arcent mala frigora *braccis:*
Oraque sunt *longis* horrida tecta *comis.*

Así que en el punto que se dé á la rima un carácter esencial, la ley de los pies aflojará inmediatamente, por un efecto natural de armonía; y se desligará tanto más, cuanto por otro lado (v. g., por un mismo número de sílabas en cada verso) se compense aquella soltura, y aun se requiera para que el verso no llegue á salir demasiado *martilleador* ó sonoro. Esto lo hemos visto en los tetrámetros de San Agustín; ésto, en los de que echó mano la iglesia durante los siglos medios, cómo en el sublime

stābāt | Mātēr | dŏlō | rŏsă
jūxtā | crŭcem | lăcrў | mōsă
dūm pēn | dēbāt | Fīlĭ | ūs,

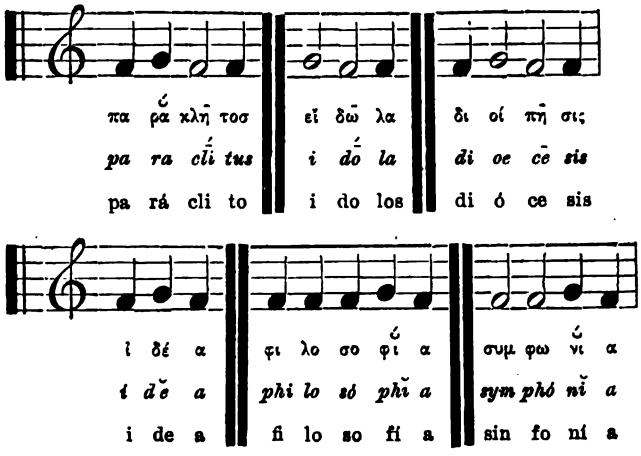
ó en el profundo

tāntŭm | ērgō | Săcrā | mēntŭm
vĕnĕ | rēmūr | cērnŭ | ĭ;
ĕt ān | tĭquūm | dŏcŭ | mēntŭm
nŏvo | cēdāt | rĭtŭ | ĭ
praēstēt | fĭdēs | sūpplē | mēntŭm
sēnsŭ | ūm dē | fēctŭ | ĭ.

He demostrado, á lo que imagino, que por consecuencia de emplearse la rima como elemento esencial del romance, vino á decaer (sin que se pudiera pasar por otro punto) la ley de la cantidad, y que por ello el trocaico latino de los poetas clásicos, y mucho menos el yámbico, no dan fiel y exactamente la forma de nuestro verso de romance. Desde este punto de vista, su hermano de V. D. Luis ha estado atinadísimo, tomando por tipo el romance de San Agustín, y apartándose de la opinión, así de Antonio de Lebrija, como de la de Gonzalo Argote de Molina, por otra parte, hombres de erudición y estudio. Pero hay más. La *cantidad clásica* tuvo que hacer frente á otro adversario todavía más rudo y poderoso, aunque más encubierto; y sucumbió vencida. Hablo del *acento* que solemos llamar agudo, ó predominante sobre el tono general de las sílabas.

El acento es la *elevacion;* y la cantidad, la *duracion* del sonido.

Nosotros consideramos ó hacemos larga toda sílaba *acentuada*, pero en los oídos clásicos de romanos y griegos no era así. Para mayor claridad, analicemos algunas palabras comunes á las tres lenguas:



Es larga en nuestro idioma la sílaba penúltima de *sinfonía*, *filosofía*, *idea;* es breve la penúltima de *diócesis*, *ídolos*. Lo contrario acontece en latín y griego.—En griego y en latín, *Paraclito* tiene larga la penúltima y breve la antepenúltima. Vice-versa en castellano: su antepenúltima es larga, y su penúltima, breve.

En rigor, el acento no exige que se alargue la vocal sobre que gravita, pero tiende á ello. La lengua griega, en extremo canora, flexible y voluble, como el pueblo que la habló, está erizada de acentos sobre sílabas breves. La latina, majestuosa de suyo, fué mucho más parca en la esfera del acento tónico.

Aplicando esta teoría elemental al mecanismo de la versificación, observo, ante todo, que el sistema clásico de griegos y romanos es exclusivamente *monótono;* es el compás de la duración, es el *pie* que se mueve y que mide en *sentido horizontal*, sin que le importe un ardite que *verticalmente* se acentúen ó sobresalgan algunas notas. Por esto, aunque el sistema de acentuación resulte diverso en ambos idiomas, estímese idéntico el sistema de versificación. Horacio en sus obras didácticas, que V. se sabe de memoria, dijo:

Ut gratas inter mensas sỹmphŏnĭă discors,
.....quidquid Graecia mendax
Audet in hĭstŏrĭă.

En el metro del vate Venusino, el acento de συμφωνία é ἱστορία, transladado á las sílabas *phó* y *tó*, nada monta. En ambos hexámetros, nuestros oídos, formados por la acentuación latina, jamás podrían soportar el acento griego de la penúltima sílaba; pero considerándolo bien, todo ello consiste en que nuestra musa española otorga al acento una función esencial, que no le atribuyeron las musas clásicas de Grecia y de Roma.

Esta función de fuerza viva, integrante, en el mecanismo poético, dieron al acento los vates enardecidos por la inspiración cristiana; y la formularon; en un principio tímidamente, los poetas que, como Prudencio y Draconcio, hubieron de transformar, en virtud del acento, la ley tradicional de muchas cantidades silábicas. Así Prudencio (*Peristeph.* III, 174) pone en boca de Santa Eulalia de Mérida:

Ĭdŏlă protero sub pedibus;

y Draconcio (*de Deo* II, 579) dijo:

Gentilesque deos et cordibus ĭdŏlă pellant.

Pero mucho más, y abiertamente, la impulsó con resuelto ánimo San Agustín en su *romance;* que no bastaría, no, la rima asonantada para

brindarnos con una satisfactoria explicación de tanta mudanza en la cantidad de las sílabas:

Bŏnōs | ĭn vā | să mĭ | sērŭnt || rĕlĭ | quōs mă | lōs ĭn | mărĕ.

El primer pié *bŏnōs* y el último *mărĕ* nos suenan á *troqueos*, como sonaron á San Agustín por razon del acento; y sin embargo, ajustados al compás clásico, son *yambos*.

Una vez abierta esa brecha en la versificación, la musa popular, armada del *acento* y de la *rima*, campa por sus respetos al lado de las composiciones clásicas. Es inútil que la combatan y fatiguen. Nacida bajo las alas y al soplo del Cristianismo, su más bella y espontánea producción será el ROMANCE. El cual, si bien se acuerda de su origen trocaico, y gusta con preferencia de acomodarse á él (como D. Luis, en su nota 11, ha demostrado), todavía fantasea libre y caprichosamente el ritmo de sus sílabas, atendiendo menos á la cantidad que al acento. El acento hace siempre troqueo el último pie (y esta propiedad resulta, no del metro clásico, sino del timbre ú oído popular formado por la inspiración del Cristianismo); el acento determina igualmente la cantidad de las más de las sílabas; y el acento, en fin (con su variedad y soltura, marcando las pausas), da el tono, como la cantidad da el colorido.

Una palabra más, y cierro esta carta. Se pudiera objetar que el romance de San Agustín no es modelo de nuestra cuarteta ó estrofa romanceada. Pero á semejante objeción yo contestaría con abrir los himnos de Prudencio y de nuestro rito mozárabe. La cuarteta fué característica del himno popular en los pueblos hispanos formados por la Iglesia Católica. No negaré, sin embargo, que pudo arraigarse más y más con el contacto del romanceado árabe. — Mayores puntos de afinidad ofrece con la *shloka* índica. La *shloka* es una cuarteta dividida en cuatro *padas* ó hemistiquios, de ocho sílabas cada uno. Como la cuarteta del romance castellano, se disgusta de que sus vocablos dependan de otra, para formar un párrafo distinto y cabal. Todo el *Mahá-Bhárata* y el *Ramáyana* son un tejido inmenso de *shlokas*, donde cada *shloka* se compone de dos versos iguales en su ley métrica, y divididos en dos hemistiquios, de ocho sílabas cada uno. Hé aquí su idea:

1	2	3	4	5	6	7	8		9	10	11	12	13	14	15	16
∨	∨	∨	∨	∪	∪̄	∪̄	∨	||	∨	∨	∨	∨	∪	–	∪	∨

Las cuatro primeras sílabas de cada hemistiquio son. . . . *indiferentes.*
La 5.ª y la 13.ª por necesidad han de ser. . . . . *breves.*
La 6.ª y 7.ª, una y otra á un mismo tiempo. . . . . *ó breves ó largas.*
La 8.ª y 16.ª.. . . . . *indiferentes.*
La 14.ª.. . . . . *larga.*
La 15.ª.. . . . . *breve.*

Si se considera el género de estrofa, su número de sílabas y su aplicación á una infinidad de asuntos, desde el épico hasta la fábula, la *shloka* índica ofrece mucha semejanza con nuestro ROMANCE. Pero ni la rima ni el acento (pues aquel sistema métrico es clásico), ni el pie final consistente en un *yambo*, permiten el ajuste completo. Más valdria la comparación con los tetrámetros de Terencio y de Plauto, que, como sus hermanos los griegos, dimanaron probablemente de la fuente sanskrítica.

De V. afectísimo servidor y amigo, Q. B. S. M.—FIDEL FITA.

Página 523.

[20] En esta página 527, línea 5, léase *poética* donde dice *poesía*.

[21] Bulletino *dell'Instituto di Correspondenza Archeologica*, Roma, 1848, p. 24-26.—Guillermo Hénzen, *Inscriptionum Latinarum selectarum amplissima collectio* (Orelliana), Turici, 1858, n. 5433. — Teodoro Mómmsen, en las actas de la Real Academia de Ciencias de Berlín, 10 de Enero de 1860. — Emilio Hübner, *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, Berlín, 1869, n. 2073.—José Simon Assemani, *Bibliotheca*, I, 132.

Página 534.

[22] «La juventud mozárabe (dice el párrafo 35), llena de vida y hermosura, corre desatinada en pos de los libros caldeos; los busca, revuelve y estudia ansiosa, deléitase con solo ellos, de solo ellos habla; y cristiana, desconoce su ley; y latina, ha olvidado su lengua. Hace también versos arábigos, mucho más pulidos que los de nuestros opresores, y adornando con más hermosura que ellos las cláusulas postreras, ligadas todas á idéntica letra final. Y según lo pide aquel idioma, señala con ápices y puntos las vocales que riman entre sí; gustando á veces de que las letras de todo el alfabeto, según su orden, vayan por muchos y diversos vocablos atándose á una misma terminación, ó á un sonido semejante.»

Otra cosa no se infiere de aquí sino que los mozárabes enriquecían la métrica de sus dominadores con los más bellos adornos de la poesía nacional. De otro modo resultaría que tan egregio varón incurrió en lo mismo que censuraba, pues San Álvaro, como poeta, se valió de la rima; y hay versos suyos leoninos, que no los tienen más difíciles y aconsonantados los siglos posteriores.

Que veneraban como santo los cordobeses al docto Álvaro en 961, consta por el calendario ú santoral de Recemundo, obispo iliberritano, publicado por el diligente bibliógrafo italiano Guillermo Libri, é ilustrado sagacísimamente por el Sr. Simonet. *Página* 535.

[23] Sylvestre de Sacy, *Traité de la prosodie et de l'art métrique des arabes*, 37-41-43. *Página* 536.

CONTESTACIÓN

POR

DON AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

SEÑORES: Ha terminado el nuevo Académico su discurso ponderando cómo rebosa nuestro corazón si le exaltan la alegría ó la tristeza; y cómo, enardecido así, tiene forzosamente que dar á los vientos y hacer públicos los afectos vivísimos y las encontradas imaginaciones que le agitan. Y siendo ello verdad, ¿podría yo reprimir en esta hora solemne los incesantes latidos de mi pecho, al contemplarme desde tan encumbrado sitio llevando la voz de la Academia Española y dando la bien venida á un escritor modestísimo, pero dueño y maestro del habla castellana, y poderoso á maravilla para arrancar del olvido y mandar que del sepulcro se levanten, llenos de lozanía y de esplendor, los hombres y las edades que pasaron? Tal aclamasteis á D. Luis Fernández-Guerra y Orbe, al ceñirle por su libro de DON JUAN RUIZ DE ALARCÓN Y MENDOZA el laurel que inmortaliza á los ingenios; y yo no he de ser quien le escatime la alabanza.

Cuando, anónima y sin poder nadie ni imaginar siquiera cuya fuese la obra, comenzó desde el *Prólogo* á cautivar la atención de todos vosotros, constituídos en tribu-

nal justo y severo; y cuando en esos furtivos comentarios que no esquiva ni aun el juez más adusto, se reflejaba la curiosidad, la sorpresa y la complacencia en vuestros semblantes, recelé que inmutado el mío, vendiera mi secreto. Cuando creíais tener ante la vista el hechicero panorama de la región tropical, su naturaleza virgen, sus lagos y volcanes, sus monumentos ciclópicos, el bien trazado y maravilloso cuadro de la incomparable civilización española en Méjico, sus pacíficos y activos ciudadanos, sus doctos escritores, sus repúblicos insignes; y murmullos de general aprobación vibraban en mi oído,—estremecíame al considerar si descubrirían mis ojos que estabais aplaudiendo á mi hermano. Cuando admirabais, no en confuso tropel y como en noche de pesadilla, sino á la clara luz del sol y con verdad pasmosa, la muchedumbre de mejicanos sapientísimos que engrandecían el ingenio de Alarcón, en el año de 1608, é ilustraban los conventos, el foro, el palacio de los vireyes, las academias y escuelas; y viéndolos moverse, discurrir, hablar en el soberano idioma de Cervantes, uno de vosotros congeturó que sin duda el autor debía de ser algun esclarecido literato de América, temía que mi lengua tartamudeara: «Es mi hermano». Cuando por la pintura y relaciones de Sevilla, otro compañero repuso que más bien un hijo del plácido Guadalquivir, hecho á cruzar los mares, y enriquecido por la galana frase y pujante imaginación propias del suelo andaluz, me figuré que mis labios balbuceaban: «Es mi hermano». Cuando encomiabais paladinamente el fiel retrato de la espléndida corte del tercero y cuarto Filipo, y de sus empresas políticas y guerreras, novedad y hechizo de sus espectáculos, valor de sus próceres, magnitud de sus ingenios, á Góngo-

ra, Alarcón, Lope y Cervantes redivivos; y cómo la más profunda crítica literaria y el juicio histórico más firme se encubrían y arrebozaban con el ligero manto de sabrosa narración, pugnaba por salírseme del pecho: «Ese pintor, ese crítico es mi hermano». Y cuando á un Académico elocuentísimo, avecindado ahora no lejos de las márgenes del Elba, pareció, en su entusiasta fogosidad, ser corto el premio ofrecido y quiso dilatarle, se iba á escapar de mi boca: «Tened, que el autor es mi hermano».

¡Oh, ya es fuerza que rompa mi voz su largo silencio, hasta aquí por justos respetos oprimida! ¿Qué noble espíritu ha de condenar que ponga yo en su punto el galardón, para hacer notoria toda la gratitud de mi alma? Aquella franca manifestación de vuestros sentimientos hidalgos, de vuestra aprobación espontánea, de vuestro libérrimo juicio individual, sin presión ni cortapisa de ninguna clase, fué el premio verdadero, el premio de incomparable valor, fué gozo inmenso que nunca pude esperar. ¿Quién me argüirá de vanaglorioso é imprudente por divulgar escenas, que si ceden mucho en pro del laureado, ceden también en vuestro elogio? Se deslucirán porque las repita yo, de pasada y como entre sombras, las alabanzas que dentro y fuera de este sitio le prodigasteis vosotros, y con vosotros la prensa madrileña, la de provincias, la de varias capitales de Europa y del Nuevo Mundo, y el público arrebatando al autor en pocas semanas la mitad de toda la edición, que obtuvo como parte del premio?

Dejadme acrecentar el júbilo de este fugitivo día con el recuerdo de aquellas horas inolvidables en que, mudo y al parecer indiferente, presencié el examen, no el fallo,

del libro de ALARCÓN. Yo os doy gracias por la felicidad indescriptible que durante largos meses trajo á mi corazón el amor que profesais á todo lo bello, á lo noble y generoso, á cuanto brota de estudio y aplicación bien encaminados, á todo cuanto sale de lo interesable y rastrero. Y si la pérfida ingratitud, ya sublimada y prepotente, me ladrase al oído que al proceder vosotros así, en los términos de la imparcialidad y del secreto, no hicisteis sino cumplir con vuestra obligación y con la justicia, y dejaros llevar de las circunstancias del momento, siempre avasalladoras, yo redoblaré las gracias y plácemes porque sois honrados y justos. Y estad seguros de que mi reconocimiento raya en lo infinito, porque sé muy bien que, no ya de obligación y de justicia, sino de espontánea y de libre y por unánime voluntad, habéis querido que luzca para mí la grandeza de este día. Por vosotros contemplo este pacífico triunfo, las eminencias en todos los ramos del humano saber poblando estos escaños; la hermosura, sin cuya presencia no hay ni puede haber gusto completo, dando al acto esplendor y realce; y en apiñada muchedumbre la nobleza, en quien recuerda sus glorias la patria; la floridísima discreción, el estudio y la virtud, que son su ornamento; los jóvenes, en quien espera y confía. Uno de vosotros, sin recatarse, dijo (y, en la complacencia de su rostro venerable, adivino que lo está repitiendo): «Entrar aquí por voto unánime y con el libro de ALARCÓN bajo del brazo, es un título de perenne gloria para D. Luis Fernández-Guerra; para su hermano es una dicha que no se habría de comprar con todos los tesoros del mundo». ¡Ay, si pudiera contemplar esta satisfacción inconmensurable y pura aquél á quien debí la vida, aquel padre solícito, aquel sabio que

en su retiro vivió y murió, aquel dulce maestro de cuyos labios, pródigos de ciencia y erudición, brotaban raudales de enseñanza; aquel que un día y otro nos mostraba de lejos, por la única envidiable corona, esta cumbre, este magnífico baluarte de la patria lengua, y el conseguir y el merecer estos grandes honores! ¡Ay, si pudiera ver logrados hoy colmadamente su anhelo y sus afanes! ¿Pero qué digo si pudiera? En este momento, desde alcázar más alto, desde imperecedero solio, se complace en la efusión de mi alma.

De las lecciones que á nuestro padre hubimos de oir mi hermano y yo junto á las orillas del Darro, donde nacimos todos tres, ha tomado asunto para disertar el nuevo Académico. Proseguiré la materia, hasta venir á parar en los romances moriscos, y en lo que debe á la hermosa ciudad del Jenil la cuerda más regalada y apacible de la lira española.

Efectivamente, desde muy remotos siglos tomaron vuelo nuestros versos de romance en los labios del centinela que paseaba largas horas por el adarve de un castillo, ó se encumbraba días y días en las enriscadas atalayas vecinas á las nubes. Allí el estridor del viento al romperse en las agudas esquinas de la torre, allí el monótono chirrido del milano y del gerifalte que se ciernen sobre el espacio, el lejano rumor de las cascadas, la voz del pastor, el chasquido de su honda y la esquila de los rebaños, eran elocuentes ecos musicales, y voces misteriosas de suyo, que herían la imaginación popular, inflamaban su estro, y le prestaban modulaciones y ritmos, consonancias y asonancias, y tonos de dulce y profunda melancolía. El bullicio de la plaza pública donde la alborozada niñez canta, grita y juega; la campana del lugar,

que llama á la oración de la tarde; el balido de los alegres corderillos, que se apresuran á venir á los rediles; el caz del molino, en que salta raudal impetuoso; y la azuda, que se queja al levantar el agua del río, dejaron honda huella en la imaginación del sencillo labriego hecho militar; y la lengua, la música y la poesía prorumpieron en un canto lleno de sentimiento y belleza.

La actividad es la vida; la poesía vive de la actividad; es poeta quien siente mucho, quien anduvo mucho, y atento observó las costumbres de muchos pueblos y naciones; quien abrió su alma al dulce rayo de la inspiración en la edad de buena siembra, que animan los grandes sentimientos de generosidad en toda clase de lides, y sobre todas, en las de Marte y del Amor. Laureles y mirtos con nobleza entrelazados, tejen la corona inmortal del ingenio en la historia del mundo.

Nuevos bárbaros han invadido á España; no vienen del Septentrión ahora, sino del Mediodía. Pero como los suevos, silingos y visigodos, recibirán los árabes y llegarán á decir suyas la cultura y civilización del incauto pueblo que subyugaron. Jamás conquistador ninguno invadió feraces territorios con el fin de labrar sus campos, favorecer la industria, premiar y enaltecer las ciencias y las artes; sino para proporcionarse vida regalona y fastuosa, templar su hidrópica sed de oro, y saciar su loca vanidad y soberbia. El gozar quedó para el señor, y el trabajar fué pensión y carga del esclavo. Si muy otra conducta siguieron nuestros abuelos en América, Italia y Flandes, atribúyase á que nunca se juzgaron conquistadores, sino descubridores y civilizadores; jamas invasores, sino mantenedores de su derecho, llevando por bandera la justicia, y por norte la fe que hizo del mundo una

familia de hermanos. Véase por qué vivieron los indios entre nuestros mayores como en paterno hogar; véase, al contrario, por qué sostuvo España porfiada guerra de ocho siglos contra el bárbaro alarbe. Durante cuya soberana epopeya andan revueltos y mezclados siempre (ya en tregua, ó ya en sañuda lid) poderosísimos ejércitos, donde el entendimiento y la inspiración poética se despiertan y avivan, con el espectáculo de tantas gentes de Europa, Libia y Asia como se aperciben para la lucha, opuestas en las costumbres, vistosísimas en los trages y armas, sorprendentes por el griterío de sus numerosas lenguas, y admirables por la diversidad de sus cánticos guerreros.

Ya en la frontera acaban de colocar su eterna liza el valor resuelto, la sorpresa terrible, la astucia aleve, el ingenioso ardid, el caso inesperado. En frontera de moros andaluces viven ya nuestros más doctos y esforzados caballeros, pues por dicha entonces soldado y caballero, caballero y soldado eran voces sinónimas. Apuestas damas viven también allí con los capitanes sus padres y maridos, y comparten con ellos la fatiga y sobresaltos de la guerra. Vístense ahora de valientes mancebos; y con fingidas ballestas y lanzas coronan las almenas, aparentando bien armados y resueltos defensores. Ya sin disfraz ninguno rechazan con varonil empuje al sitiador enemigo. Ya improvisando un verde y engañoso monte, ó ya con la lumbre de sus ojos, le atraen á celada fatal, como el fuego á la desacordada mariposa. Ya redoblan el bélico ardor de sus amartelados galanes, y con la esperanza del ansiado premio les sugieren las más atrevidas empresas. Ya, por último, sienten la rabiosa pasión de los celos, sospechando que al adalid aplace no tanto el brocado y

la seda, cual los toscos sayales y burdas mantellinas. Y así era la verdad. La garrida vaquera de la Finojosa de Córdoba, que sube el puerto de Calatreveño; y la sacudida zagaleja de las sierras de Jaén, cuando venía de un ganado

Que ella guardaba en Recena,
É pasaba al olivar,
Por coger e varear
Las olivas de Ximena,

hacen que el gran marqués de Santillana, D. Íñigo López de Mendoza, ponga en olvido á la dama gentil, que va por los cerrados bosques sobre riquísimo palafrén, azor en mano y seguida de cazadores y sabuesos [1]. Mas no habría de faltar explicación á semejante descamino.

La austeridad de las costumbres y el espíritu caballeresco de los fronteros cristianos tenían muy á raya, dentro de las villas y fortalezas, los ímpetus lascivos y ociosos galanteos de la desbocada juventud. Padres y maridos celaban á sus mujeres é hijas con el mismo cuidado y aun mayor rigor que los árabes, sin conceder en materia de honra ni un punto de tregua á la venganza. Pasábanlo, pues, harto mal por entonces los Tenorios de frontera; y cuando á su pertinaz deseo no cumplía la fácil conquista de interesables serranas, ó de judías, aunque infamadas, hermosas, lanzábanse por intricada selva de aventuras en tierra de moros, comprometiendo no pocas veces la libertad y la vida. El peligro atrae, lo dificultoso incita, la vanagloria seduce. Érales de ayuda eficaz, sobre todo, el hablar la lengua árabe con igual soltura que sus adversarios, y el usar idéntico trage, tocándose de un almaizar como ellos, y cubriéndose de un blanco albornoz sobre la fuerte malla. ¡Oh, cuánto ace-

chador y atrevido frontero cogió lindas rosas que en el vergel de amor se guardaban ocultas para solaz de alcázares soberanos! ¡Oh, cuánta mal aconsejada mora lloró el descuido propio y la ajena osadía!

Yo m'era mora Morayma,—morilla d'un bel catar;
Christiano vino á mi puerta,—¡cuytada! por m'engañar.
Habló me en algaravía,—como aquel que la bien sabe:
«Abras me las puertas, mora,—'si Alá te guarde de mal.=
¿Cómo t'abriré ¡mezquina!—que no sé quién tú serás?=
Yo soy el moro Maçote,—hermano de la tu madre,
Qu'un christiano dexo muerto;—tras mí venía el alcalde.
Si no me abres tú, mi vida,—aquí me verás matar.»=
Cuando esto oy ¡cuytada!—començé me á levantar;
Vistiera me una almexía,—no hallando mi brial;
Fuera me para la puerta,—y abríla de par en par [2].

La salsa de tales fugitivos placeres suele estar en vanagloriarse de ellos: el Quérea, de Terencio, necesita referir al primero con quien topa en la calle, el logro de su mucha bellaquería. De la suya se ufana después en la plataforma de la torre el fogoso adalid, con aplauso de los mancebos; muéstrales allá en el remoto horizonte los jardines de Morayma, y sugiere al poeta del pueblo un tan delicado romance como el que acabáis de oir. Amigos y antiguos camaradas siempre Cupido y Marte, viven de asaltos y rapiñas, y comunican acentos los más suaves á la lira de Apolo.

Nada como la vida de frontera aprovechó tanto á la formación y perfecto desarrollo de la lengua y de la poesía castellanas: una y otra crecieron á medida que más se iban encogiendo y apretando los dominios del moro. Firme se sostuvo largo tiempo la frontera en la línea del Tajo; bien supo resistir en el Muradal con que cercó la naturaleza por el norte los campos andaluces; y no cedió

fácilmente la sagra donde nacen Guadalquivir y Segura, ni la que se dilata por Priego hasta el Hacho de Loja. Desde allí mantuvieron los cristianos secretas inteligencias con mozárabes y muladíes; desde allí evitaron que se apagase por completo en la mujer de la tierra esclavizada, su antigua consideración de compañera, no sierva, dulce prenda, no caprichoso y menospreciado juguete del hombre; y desde allí la animaron á defender su derecho y su libertad con las armas de la hermosura, pero más todavía con la discreción y el ingenio, empeñándola en apurados lances, novelescas aventuras é inesperadas conquistas. Y todo esto fué hacedero, porque nunca entre los mahometanos españoles vino la mujer al extremo de abyección que en Asia y África; nunca pudo la infelicidad del cautiverio arrebatar á la dama española su genial resolución y travesura, la majestad latina, la altivez y piedad visigóticas. Igual esmero puso en avalorar sus gracias naturales, que en avivar y enriquecer su entendimiento. Ciñóse el laurel del poeta y del sabio, pero con afectos de mayor delicadeza y ternura. Logró que le fuera lícito desplegar las alas de su espléndida fantasía en las academias de los árabes más doctos. Concurrió á los plácidos saraos, junto á saltadores de agua y floridos jazmines y limoneros; donde, como el ruiseñor en la enramada, bellas muchachas citaristas y cantoras, detras de los egipcianos tapices y de las altas celosías, embelesaban los sentidos. Y en justas y torneos, al estruendo de trompetas y añafiles, ocupó dorados miradores, gozándose en ver cómo al pasar ante ellos el justador que la servía enamorado, hizo que se arrodillara su corcel, y luego alzándose en los estribos le ofreció sujeto al hierro de la lanza el bordado listón, la rica joya ó la cadena de

oro, premio de la fortuna y del valor, en el ardoroso palenque.

La mujer fué un poderoso elemento de civilización entre los árabes españoles; é instintivamente, el móvil oculto de la libertad é independencia de la patria, ya resistiéndose á que ellos le arrebataran su antigua dignidad, y poniéndoles en apretura de satisfacer aun el menor de sus antojos; ya dándoles admirable ejemplo de abnegación y fortaleza; y ya enlabiando y, con el canto, la música y la poesía, domesticando á los sanguinarios sarracenos. Por romper las cadenas de los que fueron sus vasallos, y sostener su fe, la mísera Egilo, esposa del último de nuestros reyes visigodos, sube al tálamo del bárbaro Abdalaziz; y la infortunada Lampegia, al del feroz Munuza, labrando juntamente con la de ambos caudillos su propia y lamentable ruina (716-732). Flora, Sabigotho, Liliosa, Áurea, y otras esclarecidas hijas de opulentos musulmanes (tal de ellas hubo, como Argéntea, cuyo padre se intituló y fué rey) sienten abrasado su pecho en la lumbre de la verdad cristiana, confiésanla públicamente; y para esfuerzo y enseñanza de los débiles, buscan y reciben la corona del martirio (851 á 931). La princesa María, de cristianos padres nacida, forma en la bondad el corazón, y en la virtud el ánimo de su hijo Abderrahmán III el Magnífico (900-912). Una vascongada, hermosa y discreta á maravilla, la sultana Sobh (Aurora), fuerte en su alcázar de Córdoba con la guarda leal de Francos y de Mozárabes andaluces, logra que nada se haga ni proyecte en palacio, en la corte, en las provincias, sin su dirección y á toda su voluntad soberana; y durante cuarenta y cinco años rige el imperio de los humeyas, ahora ocupe el trono su marido Alhácam II, ó su hijo

Hixem, ahora arrastre en pos de sí á las populares turbas el impetuoso Almanzor, cruel azote de castellanos y leoneses (976-1002). ¡Qué no pueden las lágrimas de la antojadiza sultana Romaikía! Llora, por no vivir en tierra donde alguna vez cubran la montaña rizados copos de nieve; y el rey Aben-Abbad manda poner almendrales por toda la sierra de Córdoba, para que floridos semejen las nevadas cumbres del Guadarrama. Llora, envidiando á la mujer de un tejar, que descalza revuelve el lodo para hacer adobes; y el enamorádo príncipe hinche de agua de rosas, en lugar de la del río, la albuhera de Córdoba, y derrama allí abundantemente azúcar, alámbar, algalia y todas ricas especias, en vez de lodo, para que á su placer la sultana huelle aquel precioso barro (1080-1090).

¡Cuán fecundos gérmenes de poesía brotaron al calor del suelo andaluz, en la imaginación popular, excitada por el espectáculo sublime de la mujer ocupando un trono ó sumida en hedionda cárcel, padeciendo por la verdad y la justicia.

Es hoy cosa del todo averiguada y resuelta no deberse atribuir en manera alguna á los árabes de Oriente la gran civilización que allí hubo, pues toda entera pertenece á los antiguos pueblos cristianos, avasallados y oprimidos por los sectarios del Corán en tan alongadas regiones.

Lo mismo hay que decir de España. Bien ha sabido poner en su punto aquel á que llegó la civilización hispano-visigótica el muy erudito Académico Sr. Rios, en su *Historia crítica de la Literatura española.* Y bellamente el profundo arabista y elegantísimo escritor D. Javier Simonet (comprobando las atinadas apreciaciones y juicios del docto Sr. D. Pedro de Madrazo) ha llevado hasta la evidencia, en su laureada *Historia de los mozárabes de Es-*

paña, cómo la gloria de la cultura hispanoarábiga toca de derecho á los muladíes y mozárabes, es decir, á los españoles que renegaron de la cristiana fe, y á los que la conservaron incólume entre las persecuciones y afrentas del cautiverio.

Y no pudo ser otra cosa. Muladíes y mozárabes labraban los campos y hacían florecer la agricultura, renovando los tiempos del gaditano Columela; formaban el núcleo de la guardia fiel de los reyes, daban generosas madres á los príncipes, y tuvieron siempre á su cargo la noble tarea de imbuir en las ciencias y artes á los hijos de sus dominadores.

¿Cómo extrañar que en sentido opuesto al de asiáticos y africanos interpretasen muchas veces el Corán los árabes y moros andaluces?

Por nuestros muladíes y mozárabes la arquitectura edificó palacios tan bellos, que solamente pudo crearlos superiores en su fantasía el autor de la *Noche serena:*

> De labor peregrina
> Una casa real vi, cual labrada
> Ninguna fué jamas por sabio moro,
> La torre de marfil, el techo de oro.

La escultura, sin andarse en puntos alcoránicos, realzó con apariencias é imágenes de animales, aves y reptiles entre flores y ramos, las soberbias paredes y las arquetas de sándalo y marfil. No se detuvo en poner un gran cisne de oro sobre la fuente del salón principal, en el alcázar de Medina Azahra, y por sus jardines otros varios simulacros, de que aun da testimonio el ciervo de metal hallado entre las ruinas (936). Supo entallar cuadros de caza y combates de fieras, con rudo pero característico dibujo: y de ello es lindo ejemplo el marmóreo pilar que

Granada posee, junto á la torre de la Vela, rodeado por larga inscripción arábiga, hasta hoy nunca traducida. Autorizó con leones de jaspe magníficos, ambos extremos de la alberca, en el hospital erigido á la margen del Darro por Mahomad V, el año de 1367; y vino á colocar en el más hechicero patio de la Alhambra la albísima pila sustentada por doce leones, á la manera que el mar de bronce del templo de Salomón, donde como bullente aljófar cae sobre el plateado mármol el agua en transparente nube, á través de la cual parece que se derrite la dura piedra (1364-1370). Ni menos el cincel tuvo escrúpulo en representar la figura humana: Badis ben Habbús, el Disoluto y Cruel aun más que el Victorioso (1037-1073), aquel rey que midió sus armas con el Cid Rodrigo Díaz de Vivar, puso por veleta en su alegre palacio de la nueva alcazaba granadina un jinete de bronce, bien adargado y lanza en ristre, fácil á moverse hacia cualquiera viento, diciendo la inscripción que así debía el andaluz volverse contra todo enemigo.

La pintura, en fin, desoyendo á rígidos intérpretes del Corán, tomó tal vuelo entre los moros granadinos durante el siglo XIV, que fue mortificación y escándalo al famoso Ibén Jaldún, cuando vino desde África á la ciudad del Jenil, año de 1363, segun él mismo lo cuenta en el principio de su historia [3]. Retratos y cuadros de romancescas aventuras (en bien adobados cueros, y en lienzos y tablas) adornaban los techos y muros de las casas reales, y de casi todos los ciudadanos. Ya, en aquellos días, los muslimes andaluces estaban españolizados por completo. ¿Y no lo habían de estar? Hízose manifiesto en el concilio general Viennense del año de 1311, como dato firme y seguro, que á la sazón vivían doscientas mil per-

sonas en la ciudad de Granada; y no se hallaban quinientos que fuesen moros de naturaleza, porque, sobre cincuenta mil renegados y treinta mil cautivos, todos los dem s eran hijos ó nietos de cristianos.

Ahora bien, la crítica escéptica y superficial ¿tendrá que discurrir explicaciones falsas y gratuitas, al ver en el palacio real del Alhambra tres bóvedas con antiquísimas pinturas, avalorando el gran salón de Justicia, junto al patio de los Leones? Hiciéronse cuando reinaba Mahomad V, y quizá entre los años de 1364 y 1370. En la del recinto principal descuellan, de cuerpo entero y con majestad retratados, los diez príncipes nasaritas que, desde Mahomad I el Vencedor por Dios, hasta Mahomad V el Contento con Dios, empuñaron el cetro granadino. Bajo un cielo estrellado se asientan en círculo sobre cojines, á estilo oriental, y muestran barba larga, envuelta la cabeza en sendos capuces, y apoyada la mano sobre el alfanje [4]. En las bóvedas colaterales diseñó el pintor musulmán historias fantásticas de libros de caballerías: amenos verjeles con lagos y fuentes cristalinas; alegres arboledas, pobladas de pajarillos; jinetes y escuderos, en muy brava montería, por intrincada selva; bien torreados castillos, altos y relucientes, á cuyas puertas ó por cuyos miradores se asoman princesas encantadas, lleno su rostro de inquietud ó melancolía; caballeros que riñen por ellas descomunal batalla; encadenados leones que guardan las puertas; encantadores y brujos de espantable catadura, que aprisionan á hermosas damas; y á esotra parte denodados campeones que las vienen á librar, sin curarse de malandrines y vestiglos.

Hé aquí un poema caballeresco, fiado al pincel por el ingenio de los árabes, haciendo perfecta consonancia con

los libros de pasatiempo, que, amén de unas horas canónicas, formaban el corazón y la biblioteca de los cristianos fronterizos. Hé aquí las artes del dibujo ilustrando fábulas como las de *Calila é Dymna*, historias como las de *Tristán y Lanzarote*, y escenas como las de nuestro *Romancero;* á todo lo cual hizo referencia, por los años de 1300, en la clara y llana lengua del pueblo andaluz, el santo mártir D. Pedro, obispo de Jaen, cautivo y muerto en las mazmorras de Granada: «É, amigos, cierto creed que mejor despenderedes vuestros días y vuestro tiempo en leer é oyr este libro, que en dezir é oyr fablillas y *romances de amor* y de otras vanidades, que escribieron, de *vestiglos é de aves, que dizen que fablaron en otro tiempo.* É cierto es que nunca fablaron; mas escribiéronlo por semejanzas. É si algun buen exemplo ay, ay muchas malas arterías y engaños para los cuerpos y para las ánimas» [5].

Paréceme error histórico el de haber supuesto que, en España, cristianos y mahometanos fueron siempre vecinos irreconciliables, cada cual, dentro de su casa propia, cerrando á piedra y lodo puertas y ventanas, y abriéndolas para sólo hacerse mutuo daño. Es voluntaria suposición, porque no los dividían playas como las que separan de las tierras los mares. En los territorios libres por la Cruz, y lo mismo en los esclavizados por el Corán, vivían juntos y según su diferente religión cristianos, judíos y musulmanes; caballeros de un reino fincaban ó se avecindaban en el otro, ó se ponían á su servicio; y el día en que dos ejércitos libraron de poder á poder tremebunda batalla, uno y otro tuvieron en su campo soldados de las tres religiones, peleando allí frente á frente judíos contra judíos, muslimes contra muslimes, y cristianos contra cristianos. La guerra española de ocho siglos no fue otra

cosa que ocho desapiadados siglos de guerra civil. La causa de la patria tuvo, por inescrutables designios de la Providencia, que purificarse en el crisol á fuego lento.

Al golpe del eslabón saltan las centellas. Del choque del habla y cantilenas de los francos aventureros, con el idioma y poesía de los mozárabes, ansiosos de libertad, recibió esplendor y hermosura la creciente lengua castellana; y pulimento y gallardía, su metro vulgar, ó sean nuestros romances populares. En aquella guarda de tres mil mozárabes andaluces y dos mil esclavones, ó advenedizos de toda Europa, que para su alcázar de Córdoba asalariaba el humeya Alhácam I (815), aún más numerosa en los reinados posteriores, debieron fraternizar la melancolía de los sagas y de los escaldas, los piadosísimos himnos de la Iglesia mozárabe, las fábulas y cuentos de Persia, africanas zambras, y cantares de los etíopes; influyendo á maravilla en la poesía vulgar española, y enriqueciéndola con frases, giros y pensamientos felices, pintorescos y profundos. La atrevida hueste del Cid que, en auxilio de Abén Abbad, rey de Sevilla, y contra Badis ben Habbús, el de Granada, avasalla la campiña de Córdoba (1073); la brava gente del ricohombre D. García, peregrino en Santiago de Galicia y San Juan de la Peña, y avecindado en Murcia, cuando muy honradamente, con el estruendo de capellán y monges, cae sobre lo más agrio de la Alpujarra, por ayudar al mismo sevillano príncipe contra el rey de Almería (1084); y por último, Alfonso I de Aragón, que desde los estribos del Pirineo desciende como rayo asolador hasta los cármenes de Granada y el mar de Salobreña (1125), todos estos cristianos paladines mezclaron sus himnos guerreros, en los campos andaluces, con la salmodia visigótica de los

mozárabes, tan pronto amargada por el dolor como llena de esperanza.

En los huertos y olivares del Andalucía brotaron, por último, los romances fronterizos, engendradores de los que han llegado á nosotros y nos admiran por la viveza de su inspiración, por lo fresco y bello del estilo, por la claridad y armonía de la frase [6].

A los que estudian con amoroso empeño y despreocupado juicio los orígenes de la lengua y poesía castellanas, importa hacerse cargo de un hecho, hasta ahora inadvertido. No logrando, como esperaba, D. Alfonso el Batallador en su atrevida expedición á las comarcas del Jenil, despedazar el insoportable yugo de los fanáticos almoravides y erigirse libertador de los mozárabes andaluces, á la vuelta se tuvo que llevar consigo nada menos que diez mil familias del territorio granadino, mozarábigas por supuesto, las más comprometidas. Pues allí, en las márgenes del Ebro, donde aquella gente vino á fundar nueva patria, resulta, por observación de aragoneses doctos, ser donde muy luego se hubo de hablar y se habla todavía el más correcto lenguaje castellano.

Los mozárabes, como los moriscos después, como los judíos hoy, como todo pueblo humillado y opreso, fueron guardadores fidelísimos de la lengua, de la poesía y de las costumbres de sus antepasados. Por nuestros mozárabes sobrevivió á la ruina común y se perfeccionó la forma del romance octosílabo asonantado, de San Agustín y de Vincencio de Córdoba; y por ellos no decayó nunca el espíritu de la poesía popular, sentenciosa, moralizadora, y siempre de lo justo y santo enamorada; y jamás cobarde para llamar por su nombre al criminal y señalarle con el dedo. Yo estimo descendientes legítimos de esa poesía

mozarábigofronteriza, romances como aquel de que no tuvo noticia nuestro Durán, y se escribió el año de 1368, al infestar la superior margen derecha del Guadalquivir Mahomad V, rey de Granada, contando con la traición estéril de un mal caballero cristiano:

Cercada tiene á Baeça—esse arráez Audalla Mir
Con ochenta mil peones,—caballeros cinco mil.
Con él va esse traydor,—el traydor de Pero Gil.
Por la puerta de Bedmar—la empieça de combatir:
Ponen escalas al muro,—comiençan le á conquerir;
Ganada tiene una torre,—non le pueden resistir,
Quando de la de Calonge—escuderos vy salir.
Ruy Fernández va delante,—aquesse caudillo ardil;
Arremete con Audalla,—comienza le de ferir,
Cortado le ha la cabeza;—los demás dan á fuyr [7].

Existe, ya lo veis, antigua y constante fraternidad entre la poesía popular y la erudita: ambas se han hecho siempre mutuas finezas y regalos, siendo tarea muy difícil, si no imposible, en caso de impía separación y divorcio, deslindar el caudal que pertenece á cada una.

El pueblo halla inocente complacencia en remedar á las clases acomodadas, así como éstas suelen mostrarle despego. Vió que el Rey Sabio en algunas de sus *Cantigas*, y micer Francisco Imperial en las trovas á Doña Angelina de Grecia, nieta del rey de Hungría, y varios otros palacianos discretos hacían coplas de arte menor, por los mismos puntos, disposición de consonantes y división de estrofas de á ocho versos, que los de arte mayor. Y como tuvo y tiene ingenio grande, y aun más facilidad, por razón de no sujetarse como los eruditos y cortesanos á trabas caprichosas y á giros lingüísticos enrevesados, compuso también romances vulgares con igual artificio; y con

tal espontaneidad y llaneza, que lengua y versificación hoy mismo parecen de ayer. Dígalo sinó aquel romance de la conquista de Antequera, escrito en el año de 1410, y cuyo lenguaje llano, puro y castizo nos admira y suspende:

Sí, ¡ganada es Antequera!
¡Oxalá Granada fuera!

¶ Sí! Me levantara un día
Por mirar bien Antequera;
Vy mora con ossadía
Passear por la rivera.
Sola va, sin compannera,
En garnachas de un contray.
Yo la dixe: «*Alá çulay.*»—
«*Çalema*» me respondiera.
Sí, ¡ganada es Antequera! etc.

¶ Por la fablar más seguro,
Pusse me tras d'una almena;
Un perro tiró del muro,
¡Dios que le dé mala estrena!
Dixo mora con grand pena:
«¡Oh mal hayas, *alcarrán!*
Heriste á mi *anizarán;*
Mueras á muerte muy fiera.»
Sí, ¡ganada es Antequera! etc.

¶ Dixe le que me dixesse
Las sennas de su possada;
Por si la villa se diesse,
Su cassa fuese guardada.
—«En l'Alcazaba assentada,
Hallarás, christiano, á my
En braços del moro Aly,
Con quien vivir non quisiera.»
Sí, ¡ganada es Antequera! etc.

¶ «Si á la mañana vinieres,
Hallarme âs en alcandora,
Más christiana que no mora,
Para lo que tú quissieres.
Darte é de mis averes,
Que muy bien te puedo dar,

Lindas armas é alfanjar;
Con que tu querer me quiera.»
Sí, ¡ganada es Antequera! etc.

¶ Dixe le que me dixesse
Las sennas de su marido,
Porque yo se lo truxese
Preso, muerto ó mal ferido.
Dixo mora con gemido:
«Yo te las daré, *a muley;*
Aunque no eres de mi ley,
Mentir te nunca Dios quiera.»
Sí, ¡ganada es Antequera! etc.

¶ «Es un moro barbicano,
De cuerpo non muy pequenno;
Y aunque vive non muy sano,
Tien'el gusto falagüenno.
Mi palabra y fe t'empenno
Que aljuba lleva vestida,
De seda y oro texida,
D'aquesta mesma manera.»
Sí, ¡ganada es Antequera! etc.

¶ «Por que non padezcas yerros,
Lleva más (escucha é cata)
Una lanza con dos fierros,
Qu'al que hiere luego mata;
Caparaçón d'escarlata
Con el caballo alaçán,
Borceguís de cordován,
Y de plata la grupera.»
Sí, ¡ganada es Antequera! etc.

¶ «De mañana ân de salir
Todos á la escaramuça,
Juntos con moros de Muça,
Segund ê oído dezir.
Tú no dexes d'acudir
Á vuelta de los christianos;
Porque quiero qu'á tus manos
El mi no querido muera.»
Sí, ¡ganada es Antequera! etc.

¶ Ellos en aquesto estando,
Al arma toca la villa.
Dixo la mora, gritando:

« Non aguardeys más rencilla;
Echá por aquesta orilla.
Amor mio, ¿qué 'sperays?
De los moros non temays.
Echá por esa ladera. »
Si, ¡ganada es Antequera!
¡Oxalá Granada fuera! [8]

¿No os parece aquí moderna la lengua? Y ¿no os suena como antigua y semibárbara la que al mismo tiempo hablaban los poetas eruditos y cortesanos? ¿Qué fenómeno es este? ¿Producíase ya el pueblo andaluz en más adelantado lenguaje que los famosos trovadores de entonces, Bartolomé García de Córdoba, Juan Alfonso de Baena Pedro Ferruz el viejo, Ferrand Manuel de Lando, el burgalés Alfonso Álvarez de Villasandino, Fernán Pérez de Guzmán y Pedro González de Uceda? Sin disputa alguna coexistían á la sazón ambas lenguas, porque ha habido siempre una lengua popular y otra erudita. Esos vates, y el sabio Don Enrique de Aragón y Juan de Mena empeñáronse desacertados en latinizar á todo ruedo el Parnaso español, y en lisongear la conversación cortesana, de suyo caprichosa, convencional y pasajera, ayer latina, hoy gálica y mañana alemanisca. El pueblo en cambio iba elaborando lentamente y perfeccionando el idioma nacional, lógico, natural, claro, sencillo, sin aderezo ni afeite, animado por sentimientos profundos y muy pintoresca frase, al retratar su entusiasmo y eternizar entre las gentes sus hazañas.

Infinitas veces, por vanidad é imprudencia semisabias, invadió la peste del gongorismo los dominios de la literatura. Padecieron aquella lepra los tiempos de Alejandro y de Augusto, los de nuestra casa de Trastamara,

los de nuestros últimos reyes austriacos. El gongorismo fué de siempre; sólo que en ciertas épocas se origina del incontinente exceso del mucho saber, y en otras es aborto del mucho ignorar. Pero llega día en que un soberano ingenio se cansa de los afectados culteranos, de los galiparlistas, de los alemaniscos, de los escritores anochecidos y lóbregos; y estudia la lengua del verdadero pueblo, y se inspira en sus tradiciones y romances. Pues en aquella hora, de repente, en esa lengua y por la pluma de nobilísimos soldados, aparecen *Las Partidas*, las *Coplas* de Jorge Manrique, las *Églogas* de Garcilaso y *El Ingenioso Caballero Don Quijote.*

Por ventura, cotejando tales obras con muchas de sus contemporáneas, alguien repita la muletilla falsa de que el autor se adelantó á su siglo. Diga más bien que el autor estudió y trató al pueblo muy de cerca. La *Historia de Mahoma*, bosquejada en el año de 1300 por el santo mártir obispo de Jaén; las *Octavas de arte mayor* escritas por el soldado jinete Johán Galindo, á principios de 1424, en elogio de su bizarro capitán el célebre Rodrigo de Narváez, alcaide y frontero de Antequera, y lo mismo todos los romances fronterizos que han llegado á nosotros, desde la victoria de Tarifa hasta la conquista de Granada (1340-1492), como poesías del pueblo y libro hecho para el pueblo, están compuestos en su lengua [9].

Reparad si es clara y sencilla y dramática, en aquel romance del año de 1407:

Moricos, los mis moricos,—los que ganays mi soldada,
Derribedes me á Baeça,—essa villa torreada,
Y á los viejos y á los niños—los traed en cabalgada:
Y á los moços y varones—los meted todos á espada.
Y á ese viejo Pero Diaz—prended me lo por la barba;
Y aquesa linda Leonor—será la mi enamorada.

Id vos, capitan Vanegas,—porque venga más honrada;
Que si vos soys mandadero,—será cierta la jornada [10].

Decidme sino llamaríais lengua de hoy, bizarramente literaria, á la que, menospreciada por vulgar en 1425, usa aquella elegía de los fronteros de Jaén, cuando á su obispo y adalid Don Gonzalo de Zúñiga desbarataron los moros de Granada:

Ya repican en Andújar,—y en La Guardia dan rebato,
Y se salen de Jaén—quatrocientos hijos d'algo,
Moços ganosos de onra—y, los más, enamorados.
En braços de sus amigas—todos van juramentados
De no volver á Jaén—sin dar moro en aguinaldo; etc.

Veamos ahora cómo tratan un mismo asunto el popular trovador y el culto poeta. Admírenos la suelta y descansada frase del primero; y duélanos que gaste el segundo todo su calor natural, con el frívolo empeño de reproducir en cada verso algo de la literatura clásica griega y latina. Hé aquí un ejemplo. Lamentan los fronteros de Ronda la muerte del adelantado de Andalucía, Diego de Ribera, sitiador de Álora, á quien moro aleve, desde el adarve pidiendo tregua, le dispara un flechazo. La pintoresca y sencilla musa del pueblo canta inmediatamente:

Álora, la bien cercada,—tú que estás á par del río,
Cercó te el Adelantado,—una mañana, en domingo.
Viérades moros y moras—que iban huyendo al castillo:
Las moras llevaban ropa,—los moros harina y trigo.
Allá, detrás d'un' almena,—quedado se â un morillo
Con una ballesta armado,—y en ella puesto un quadrillo;
Y en altas voces decía,—que la gente lo â oído:
«¡Tregua, tregua, Adelantado,—que tuyo se da el castillo!»
Alzó la visera arriba,—para ver quien lo avía dicho.
Apuntara le á la frente,—salido le â al colodrillo.
Toma le Pablo, de rienda;—de la mano, Jacobico;

Llevan le á los maestros,—por ver si le dan guarido.
A las primeras palabras,—por testamento les dixo :
« Que él á Dios s'encomendaba »;—y el alma se le â salido [11].

Pues óigase este mismo infortunio, doce ó quince años después, en la docta lira de Juan de Mena; y dígaseme si en ella no parece la lengua mucho más antigua, y como celosa de la popularidad del romance:

Aquel que tu vees con la saetada,
Que nunca más hace mudanza del gesto,
Mas, por virtud del morir tan honesto,
Deja su sangre tan bien derramada
Sobre la villa *no poco cantada*,
El adelantado Diego de Rivera
Es, el que hizo la nuestra frontera
Tender las sus haldas más contra Granada.

Al popular romance alude el quinto de los versos; no hay duda; tenemos de ello prueba decisiva: recuérdese en *Las Trezientas d'el famosísimo poeta Juan de Mena*, glosadas por Fernán Núñez, comendador de la orden de Santiago y soldado en las triunfadoras huestes de los Reyes Católicos. De esta suerte declara el pie *Sobre la villa no poco cantada:* «Álora, conviene á saber ; y esto dice por un cantar que se hizo sobre la muerte del dicho Adelantado, que comienza : Álora, la bien cercada, tú que estás á par del rio» [12].

Acaba de sustentar el nuevo compañero haber coexistido siempre, desde muy remotas edades, una lengua popular y otra erudita; y que en el punto de fraternizar ambas, la literatura española se remontó á su mayor grandeza. Con efecto, en la edad romana y visigótica, hablaban el idioma de Cicerón los españoles doctos y palacianos; y el pueblo, su llana y rústica jerga. Desde el VIII al XI siglo fue dialecto sabio y de buena sociedad el

latín bárbaro; y del pueblo, el román paladino. Invade pronto alcázares y monasterios este claro romance; y al mudar de traje, tiene la presunción de mudar de costumbres: se espeta y latiniza cuanto puede, ó se afrancesa con los paladines de D. Enrique el Bastardo. Pues en aquella hora, el romance del vulgo se castellaniza más, ó hablando con mayor exactitud histórica, se mozarabiza más; y da por resultado esa frase que os parece moderna, y os admira en Jorge Manrique, y os deleita en Garcilaso, y en Cervantes os sorprende y extasía. Mas, ¡oh instabilidad de todo lo humano! Cuando la lengua de estos inmortales ingenios resuena la misma por campos y ciudades, se echa encima la negra noche del gongorismo, y cubre de tinieblas los claros cielos y verjeles amenísimos de la literatura española. El buen lenguaje castellano tiene que refugiarse en la aldea.

Pero ya es razón que vuelva al punto de que me distraje.

¿Y qué os diré de otro romance popular, tres años anterior al de Álora, que retrata el asombro y embeleso del rey D. Juan de Castilla, contemplando con su formidable hueste (cuando reía la aurora del 27 de Junio de 1431) la hermosura sin igual de Granada? Va junto á nuestro príncipe, y le satisface á todas sus preguntas, uno de los aláhmares, D. Yuzaf Abén Almául, que acecha la hora de usurpar, como de allí á poco usurpó, el trono del Alhambra:

Abenáhmar, Abenáhmar,—moro de la morería,
El día que tú naciste,—grandes señales avía:
Estava la mar en calma,—la luna estava crecida.
Moro que en tal signo nace—non deve deçir mentira.
=Non te la diré, señor,—aunque me cueste la vida,
Porque soy hijo de moro—y de christiana captiva.
=Yo te agradezco, Abenáhmar,—aquessa tu cortesía.

¿Qué castillos son aquéllos? —¡Altos son y relucían!
=El Alhambra era, señor;—y la otra la mezquita;
Los otros los Alixares,—labrados á maravilla:
El moro que los labrava,—cien doblas ganava al día,
Y el día que no los labra,—otras tantas se perdía.
El otro es Genalarife,—huerta que par non tenía;
El otro, Torres Bermejas,—castillo de gran valía.
=Si tu quissieres, Granada,—contigo me casaría;
Daré te en arras y dote—á Córdoba y á Sevilla.
=Casada soy, rey Don Juan,—casada soy que non viuda.
El moro que á my me tiene,—muy grande bien me queria [13].

Moro también, y moro aljamiado, paréceme sin duda alguna el poeta. Nadie me negará, por lo menos, que no fue león el pintor. El moro que entonces á Granada tenía y la quería muy grande bien, no era otro que su legítimo rey Mahomad VIII Aláisar, á quien dos tíos y un sobrino, suscitando tres inicuas guerras civiles, otras tantas veces arrojaron del solio. ¿Cómo habían de faltarle novios á Granada, siendo joven, rica y hermosa? ¿Cómo entre sus enamorados más cuidadosos y tenaces se dejaría de contar el rey de Castilla? ¿Ni cómo para la crítica literaria han de dejarse á un lado el genio y condición social del autor de este romance? Partidario y vasallo de Mahomad, tan opuesto al foragido Almául cuanto al débil Juan el Segundo, y nutrido en la literatura y arte arábigos, aquí se muestra sin rebozo el poeta del vulgo. Canta por desusado estilo, con espíritu, forma é imágenes orientales; y nos despierta la memoria de aquellos antiguos versos árabes, donde las dos reinas del Guadalquivir (Córdoba y Sevilla) se comparan á lindas y muy solicitadas vírgenes, que dan, entre sus muchos amantes, al bizarro príncipe Abén Abbad la preferencia:

Es una novia Sevilla;—es su novio Abén Abbad,
Su corona el Ajarafe,—Guadalquivir su collar.

Así acaba de traducir este rasgo un ilustre Académico, al enriquecer nuestro Parnaso con lindas poesías de los árabes de España y de Sicilia, y desplegar para ello las alas de su feliz ingenio y dicción clásica y elegante ".

El autor del romance anónimo á Granada, ó tiene que ser un castellano fronterizo, puesto al servicio de Mahomad, ó uno de los muladíes que hablaban la lengua amamantada y enriquecida por los mozárabes.

No hay duda, el romance octosílabo tuvo su mejor escuela entre los fronteros andaluces, y recibió allí suma belleza y pulimento. Aquellos doctos y valientes ricos-hombres que vivían en frontera, tales como D. Juan Manuel, los marqueses de Villena y de Santillana, y el buen Jorge Manrique, usaron indispensablemente dos poesías: una para lucirla entre eruditos y próceres, en la corte de Alfonso X, de Juan II ó de Isabel la Católica; y otra para el gasto de casa y entre familia, ahora al amor de la lumbre ó en las primaverales florestas, ya al levantar de los trigos ó en la animación de los lagares. Poesía fresca, lozana, espontánea, difícilmente fácil, la que había de resonar entre vaqueras y vareadoras de aceituna. Poesía remilgada, artificiosa, oscura, difícilmente difícil, la que tenía que rozarse con la seda y el oro. Apta la una para entrarse dulcemente por la memoria, y transmitir de generación en generación eterno el recuerdo de los infortunios y glorias de la patria; rebelde la otra para ello. En la primera casi nunca pusieron su nombre; suscribían la segunda con vanidad: siempre se quiere más al hijo defectuoso y que cuesta mayor dolor. ¿Menospreciaron quizá el romance, estimándole fácil y hacedero? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿porque lo parece? Pues parecer fácil es precisamente señal de que no lo es, prenda característica de

todo lo bello y peregrino. ¿Disgustábales quizá ver al romance satisfecho con un ritmo uniforme y un solo tono musical; y juzgaron de mayor grandeza la variedad de las melodías y la revuelta selva de consonantes inesperados? También el vulgo hacía versos por el mismo estilo; y sin embargo no dejaban de ser populares.

Acierta la literatura crítica al fijar lo distintivo y característico, en la esencia; y lo indiferente, en la forma. La dama ilustre no pierde majestad é hidalguía porque de labradora se disfrace; y la aldeana queda siempre aldeana, aunque se cubra de perlas y de patenas de oro. El espíritu de la poesía popular y el de la erudita resultan diversos, á toda luz, aun vistiendo ambas el mismo traje.

Nuestro Parnaso castellano posee *Romanceros* y *Cancioneros:* allí las más de las composiciones son anónimas; aquí van con nombre de sus autores las más, y entre ellos se cuentan prelados y magnates: la una se diría obra del pueblo; la otra, de las escuelas y palacios. ¿Pero no tenemos también *Cancioneros de Romances?* ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que la música, y nadie más que ella, fué quien puso diferencia entre la cantiga y el romance; exigiendo para la canción regularidad y simetría en las formas, novedad y sorpresa en las rimas, y variedad y animación en los tonos melódicos; y dejando contento al romance con la libertad de no ceñirse á número de versos determinado y fijo, y á recordar los antiguos, delicados y uniformes tonos de la salmodia mozárabe. Oportunamente sabrá, pues, el músico elegir para sus inspiradas armonías, ahora la canción, ahora el romance; pero el literato no confundirá nunca el romance ó la canción que dictaron el hombre de la sociedad ó el

de la naturaleza, y por ventura tal vez ambos á un mismo tiempo.—¿ Ambos?—¿ Pues no vivieron estrechamente unidos, y en familia, durante la edad media?

El humilde trovador de frontera, ingenioso y listo, copió atento muchas cortesanas palabras de su noble amo, y las introdujo en los romances que improvisaba para regocijar el baile de la aldea. Sorpresa y deleite halló, á su vez, el ricohombre con los destellos de la imaginación impetuosa y virgen del mancebo; y supo diestro alargar la mano, recoger para sí muchas de aquellas flores arrojadas al viento, inmaculadas y fragantes, y hacer que avalorasen el ramillete destinado á brillar en los alcázares de príncipes y monarcas. Pero no cabe una misma suerte á la flor del campo y á la de soberanos pensiles: aquélla vive solitaria, y muere en el olvido; ésta se reclina sobre alabastro y oro, y en turgentes pechos y en cabezas reales, y siglos y siglos vive con sus mismos colores y frescura en el pincel de Cotán, de Espinós y de Seghers.

Confiesa el poeta Alfonso Álvarez de Villasandino haber escrito para juglares; y sin embargo ninguno de estos romances ha parecido entre sus obras. Con el arcipreste de Hita sucede lo propio, y con el autor de *Las Lágrimas de Angélica*. No parezca extraño. De la poesía popular se acuerda únicamente el sabio Marqués de Santillana, para decir que los que la cultivan «son aquellos que, sin ningunt orden, regla ni cuento, facen. estos *romances* é *cantares*, de que la gente baja é de servil condición se alegra.» Y clama Juan del Encina porque jamás se confundan el poeta y el trovador, poco hábil este último para reparar en una sílaba ó dos de demasía en el pie, y no nada atento á que sea bueno ó malo el consonante.

Es decir, que la gala y corona del romance octosílabo, la asonancia, antiquísima y peculiar de nuestra lengua, se rechazó una y otra centuria por los ingenios de la corte, embotado en ellos el oído español á fuerza de leer y estudiar á las italianos y provenzales [15].

Pero sonó la hora en que una reina, de levantado corazón y ánimo purísimo, quiso que fuese España, y España fue. Mandó que bajaran de sus castillos los señores feudales, y descendieron y se acabaron. Deseó que, en lugar de cien tiranos, España tuviera una madre, y la tuvo. Puso la mira en que la lengua española resplandeciese en toda su grandeza, y resplandeció. Las grandes ideas hacen grandes á los pueblos, grandes á las generaciones, grandes á los individuos; así como las ideas menguadas envilecen y aniquilan á los individuos, á las familias y á los pueblos. Las fecundas ideas escritas en los estandartes de los Reyes Católicos, levantaron las ciencias, las letras y las artes á un punto que ni le tuvo ni ya le tendrá igual nuestra Historia.

Habíase ido reconcentrando en Granada cuanto literario y artístico trajeron asiáticos y africanos, cuanto de la antigua civilización hispanoromana guardaron amorosamente los muladíes y mozárabes [16], cuanto del norte de Europa les comunicaba su amistad con los cristianos de frontera. Nunca pueblo ninguno, como el de las orillas del Darro, poseyó mayor tesoro de preciosas tradiciones, de profundas máximas filosóficas, imágenes orientales, y dichos galanos, pintorescos y agudos. Cada castillo, plaza, calle ó jardín, cada pago, aldea y encrucijada, eran un poema vivo, donde lo pasado y lo presente enardecían la poética imaginación andaluza. Pues todo ese caudal vino á ser propio de la musa popular castellana, y á

gastarse pródigamente, luego que la Cruz victoriosa resplandeció en las almenas de la Alhambra.

Entonces y como por ensalmo se convirtieron los romances de frontera en romances moriscos, porque esta gente, vencida y subyugada cuando ya de hecho y por completo era española, supo á fuerza de ingenio hacerse lugar en la estimación de sus amos. Divertíase cantando sus novelescas historias de familia; y convidaba, para que las oyeran en sus leilas y zambras, á insignes mancebos castellanos afiliados en las banderas de Apolo y Marte. Dícelo bien el autor de *Las Lágrimas de Angélica*, Luis Barahona de Soto, ponderando el raudal de poéticas inspiraciones que halló en los moriscos solaces.

Fundidas, al parecer, con las de los cristianos vencedores las creencias de los moros granadíes, se identificaron las costumbres y gustos de unos y otros, aunque á primera vista desconformes; y junto á los cristianos héroes homéricos de la guerra de Granada, aparecieron en los verjeles de la literatura vulgar las familias y caballeros moros, sus contiendas civiles, el encono de Zegríes y Abencerrajes, las cañas y torneos de Bibarrambla, los celos é intrigas del serrallo, venganzas mujeriles, trágicos amores, príncipes degollados por sus propios hermanos y tíos en el patio de los Leones, ó encerrados para siempre en ignorada cárcel; los Abencerrajes fugitivos ó muertos; las bizarras y mal cumplidas ofertas de Reduán; Yuzaf III debiendo á su pericia en el juego del ajedrez la vida; Boabdil salvado por su madre, descolgándose por una de las ventanas del alcázar. En vano recelosa crítica ha supuesto invención de acalorada fantasía muchas de estas historias, cuando recientes documentos las sacan verdaderas. Los romances fueron el recurso popular para

conservar las tradiciones históricas. ¡De ellas hoy cuán poco sabríamos, si no hubiera sido por ellos! Desdéñelos en mal hora el escéptico vanidoso; la crítica de buena voluntad sabrá ponerlos en su punto.

En tanto que, por la complacencia que halla el hombre en extraños contrastes, ya la musa de Garcilaso olvidaba la espada y el arnés por la zampoña pastoril y el tosco pellico, en mitad del bélico estruendo; y ya cultivaba el César Cárlos V un huertecillo en su celda de Yuste, con las propias manos que cogieron tantos laureles en Alemania y Francia, en las arenas de Libia y á las márgenes del Po y del Tesino,—la musa popular vestíase á la morisca; y representando envidiables hazañas, conservando hermosas tradiciones, fue parte integrante de la sublime epopeya castellana. Imitaron su ejemplo los caballeros de capa y espada, en los cármenes del Jenil; y rebozándose poéticamente con alquiceles moriscos, hicieron revivir los amores de Adalifa y Abenáhmar, de Lindaraja y Azarque, y las bizarrías de Gazul y Albayaldos, á fin de retratar sus propios afectos en los de tales figuras. Ocasión grande para que la musa erudita y la musa popular se uniesen en muy fraternal y eterno abrazo. Allí, pues, donde las flores de toda la redondez de la tierra hallaron propio asiento y hacían de la ciudad un paraíso, vino á su última perfección el romance octosílabo asonantado, que resonó en la lira de San Agustín y de Vincencio de Córdoba, en los himnos de la Iglesia, en los salmos de los mozárabes, en las cantilenas de los guerreros, y que el pueblo siempre tuvo en sus labios.

Combináronse como nunca, para ello, felicísimas circunstancias.

Una familia, descendiente de reyes y de inquietos príncipes moros, vivía en la hechicera ciudad del Jenil, ricamente heredada, porque, sintiendo hervir la antigua española sangre que por sus venas discurría, abrió los ojos á la luz de la fe y abrazó la noble causa de la restauración y unidad de la patria. Los hijos y nietos del alcaide y adalid de Guadix y Baza (primo del rey Zagal, y bautizado secretamente en el real de Santa Fe y en la misma tienda de los católicos monarcas Doña Isabel y D. Fernando, á quien ayudó hasta el fin de la guerra) necesitaban corte á su alrededor, y humo de lisonjas y de alabanzas, y tener obligados á no pocos, y llenos de esperanzas á muchos. Don Alonso de Granada Benegas, generación del bravo alcaide, y su hijo D. Pedro, y su nieto D. Alfonso, emparentados con las más ilustres familias de España, hallaban cuando volvían de las guerras de Italia y Flandes el apetecido cortejo y fausto, en una costumbre á la sazón en boga, que nos vino de Milán y Florencia. Así como los Humeyas de Córdoba tuvieron famosas reuniones literarias, y como los moriscos ahora sus zambras y leilas, es decir, alegres fiestas de poesía, música y baile, por la tarde y por la noche, los caballeros Granada Benegas patrocinaron academias poéticas en su magnífico palacio. Puesto en el centro y en lo más llano de la ciudad, rodeado por muy amenos jardines, bello en sus salas y patios, con muros de encaje, y laberintos de columnas sustentando templetes de filigrana, como sobre su cabeza las ninfas griegas lindos canastillos de flores, rivalizaba con aquel encantador ensueño de la poesía, realizado fantásticamente por la arquitectura en el Alhambra.

Aquí el tierno Gregorio Silvestre, el docto Gonzalo de

Berrío, el milagroso Arjona, el culto Gregorio Morillo, el galano Andrés del Pozo, y D. Martín Silvestre, sazonado en lo cómico y lírico; Pedro Rodríguez de Ardila, impresor y librero, pero todavía más aventajado poeta; el afamado Barahona de Soto, y el ameno Agustín de Tejada Páez; Doña Juana de Espinosa, por quien se dijo que las Gracias eran cuatro, y diez las hermanas de Apolo; y por último, el anfitrión D. Pedro de Granada Benegas, emulaban las canciones de Petrarca y de Herrera, las odas de Garcilaso y fray Luis de León, y las antiguas trovas castellanas. Aquí el épico Arenas, el erudito Soler, predilecto de Arias Montano; el maestro Baltasar de Céspedes, y el negro Juan Latino, pulsaban con sorprendente habilidad la lira de Virgilio y de Horacio. Aquí, en fin, todos esos poetas y otros muchos de que apenas hay memoria, y á quien se debe la creación de la no bien estudiada ni conocida escuela granadina, formaron el *Romancero de romances moriscos*, parecido á las urnas de sándalo, que guardan su fragancia toda la vida. En los tamborcillos y lililíes, en los alquiceles y marlotas, en las alcancías y cañas de tales romances, se percibe aún el aroma que exhaló Granada al abrir sus puertas para recibir á Isabel la Católica, aún el suave olor de las últimas flores árabes de los cármenes del Darro, aún el perfume de los regalados baños del Haxariz, y de los áureos pebeteros de la Alhambra.

La lengua llegó en tales rasgos á una perfección envidiable; y por ellos el amor patrio, uniendo en un campo mismo voluntades antes discordes, se apresuró con el *Romancero general* y con el *Teatro*, hijos ambos del idioma y del metro verdaderamente españoles, á erigir el propugnáculo más firme contra los que reniegan de las an-

tiguas glorias, por quien España inmortalizó su nombre en la historia del mundo.

Eso hicieron los romances moriscos; y tanto debe á los naturales hechizos de Granada y á las circunstancias que allí se combinaron, la cuerda más regalada y apacible de la lira española. ¡Ojalá el cielo me hubiera concedido entendimiento y ciencia, para desarrollar esta tesis que os anuncié, con el acierto y novedad dignos de vosotros y de tan sabio y autorizado concurso!

Hay en la ciudad donde nací un ameno sitio, al pie de las dos montañas que divide el claro río de las arenas de oro. Un suntuoso edificio de mármol, en cuyo adorno lozaneó el arte de Miguel Ángel y Benvenuto, se ha hecho dueño del más bello punto de vista; abriendo para gozarle á todo su sabor, y con desprecio de la solidez aparente, un atrevido balcón en el mismo ángulo oriental de la casa. Abisma nuestra contemplación el panorama que desde allí se descubre: las angosturas del profundo río, cubiertas de limoneros y avellanos y enguirnaldadas con azucenas y rosas; los escalonados huertos y cármenes, donde el rumor de fuentes y cascadas hace armonioso concento con el de los plácidos ruiseñores; á la diestra mano, sobre la tajada cumbre, el mágico palacio de Boabdil; y en otras más altas, Genalarife y Darlarosa. Enfrente, y hacia la mano izquierda, írguense los castillos del bereber Abén Habbús, los romanos muros de llíberis, las apiñadas casas de la Alcazaba Nueva y del Albaicín, entre breves jardines, como palomas sobre mullido césped. Y por corona de todo el cuadro, un cielo transparente y azul, y las sierras de perpetua nieve, que por la deliciosa cañada envian frescos airecillos y balsámica fragancia de azahares y jazmines. Acertado anduvo el ar-

quitecto al esculpir con grandes y airosas letras en el friso de aquel balcón angular, este elocuente epígrafe:

ESPERANDO LA DEL CIELO.

Es una gran verdad: únicamente en las indescriptibles mansiones de los bienaventurados, ha de hallar otra que la supere, tan deleitosa vista.

Inscripción idéntica se podría poner sobre las ebúrneas tapas del libro que contuviese una muestra de los buenos romances engendrados al calor del sol de Granada, en aquellos pensiles y jardines, ó inspirados por glorias y recuerdos andaluces. Quien se apaciente en sus regaladas armonías y en su mucha hermosura, únicamente puede esperar otra superior que las venza: la del cielo.

He llegado al fin que me propuse. Dejo, sin recorrer casi, el extenso campo con que brinda la materia elegida por el nuevo Académico. Pero así como él discretamente se ha ceñido al punto teórico, sin extenderse á digresiones, yo debo seguir su ejemplo y no abusar más de vuestra indulgencia. Debo también acelerar el momento en que tome posesión de la silla que le otorgáis, el autor dramático, el biógrafo de Moreto y de Alarcón, y de dar yo el nombre de compañero queridísimo á quien Dios me destinó por hermano; estrechándole en hora tan solemne y en presencia de tan ilustre concurso, jubilosa y apretadamente contra mi corazón.

NOTAS.

[1] Gonzalo Argote de Molina, *Nobleza del Andaluzía*, II, 233; folio 336.—D. José Amador de los Ríos, *Obras de D. Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana:* serranilla VI, página 472.

[2] *Cancionero general*, Amberes, 1557, folio *ccviiij*. Por errata puso *Morayna*; y D. Agustín Durán la reprodujo (I, 1), sin ver que allí mismo deshace el yerro la antiquísima *Glosa de Pinar á este romance:*

Y apartada de Forayma,
Quien á mí solía guardar,
Porque tenga que contar,
Yo m'era mora Morayma,
Morilla d'un bel catar.

El nombre de *Morayma* equivale á MARIQUITA; y el de *Maçote* (*Maçud*, que escriben los árabes) significa EL VENTUROSO.

[3] «Un pueblo, vecino de otro á quien halló superior siempre en cultura intelectual, y *debió la mayor parte de la suya propia*, tiene adquirido el hábito de copiarle y remedarle en todo. Eso pasa hoy mismo entre los moros andaluces, por sus relaciones con los gallegos (los cristianos de Castilla y León); pues tú los verás cuánto se les asemejan en los trajes y atavío, y en usos y costumbres, llegando al extremo de poner imágenes y simulacros التماثيل en el exterior de los muros, dentro de los edificios, y en los aposentos más retirados. Quien observa esto con ojo de sabiduría, lo habrá de estimar resultado forzoso de extranjera superioridad y predominio. Pero el imperio es de Dios. ¡Cuán cierta la máxima vulgar, de que segun el rey, tal el pueblo! Ningún pueblo tiene más religión de la que mira en su príncipe.» Ibn Jaldún, *Prolegómenos*. Véase el texto árabe, en el tomo XVI, página 267 de la excelente publicación intitulada *Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothèque Impériale, et autres bibliothèques, publiés par l'Institut Impérial de France.*

[4] Si no fuese un hecho histórico y artístico, evidente, el de que esos personajes representan los diez primeros granadinos reyes nasaritas, puesto fuera de duda por el testimonio del diligente y veraz Gonzalo

Argote de Molina; por el gran D. Diego Hurtado de Mendoza, hijo del conde de Tendilla, primer alcaide de la real fortaleza de la Alhambra; y por Hernando del Pulgar, soldado y cronista de Fernando V é Isabel I, á cuyo lado se halla en el día que pisa vencedora esta reina el palacio de Boabdil, tendría suficiente la crítica juiciosa con ver los escudos de armas que explican y autorizan el cuadro. Muestran la banda bermeja en campo de oro; y bien se sabe que tales blasones pertenecen al linaje y dinastía de Alálımar, que dió veinte y un príncipes al solio granadino. Retratos de todos ellos debió de haber en tan importante galería, supuesto que allí el Rey Católico hizo añadir el suyo (Jiménez Patón, *Discurso de los tufos*, 4 v.). Ni de esta circunstancia ni del paradero de tales obras de arte, hallo memoria en nuestros historiadores de Granada.

[5] *Nobleza del Andaluzía*, II, 38; folio 180.

[6] Aproxímase á ella todo lo posible, hacia 1344, el palaciano Rodrigo Yáñez, cuando en el lenguaje del riñón de Castilla dicta su rimada Crónica de Alfonso XI. Allí la musa popular aviva é inspira muchas escenas, en lo ingenioso y dramático. Y sea ejemplo de ello la del rey Albohacén de Marruecos, cercando á Tarifa y queriendo compar la fidelidad de dos caballeros, que el alcaide le envía para concertar una tregua:

Dis el Re á los cavalleros:
« Dar vos quiero doblas é oro. »
Dexieron los menssageros:
« Dios vos dé vida, Rey moro.
» Non queremos vuestro aver;
Dios vos dé honra e bien:
Non es nuestro de faser,
Sennor Rey Albofaçén.
» A Rey somos naturales
Que nos da cuanto queremos;
E nos non somos yoglares
Que vos algo demandemos.
» Mas val' honra que tesoro,
Segund disen los antigos.
Con vuestra gracia, Rey moro. »
—« Vayades á Dios, amigos. »

Inclinándose ya en pro de Alfonso la batalla del Salado, insta al marroquí un su vasallo por que se escape á toda prisa. El Cronista rimador no descuida avalorar con frases árabes el lenguaje dramático, primor que usa después, segun veremos, la canción de Antequera:

« En mientra que sodes vivo
Pensad de vos arrancar.
O de muerto ó de cativo
Non podedes escapar. »

El Rey dió una voz fraca.
Et Don Arif' dixo: «¡ *Barra*,
Mis moros! *Mor tarikaka.*
Amxí, amxí. Torke alcarra.
» Tomemos del mal el poco,
Pues nos vino cuyta fuerte.
Non tienen home por loco
Si puede füir de muerte.»

Lo árabe, segun el Sr. D. Eduardo Saavedra, mi afectuoso compañero, tanto vale como: «Afuera mis moros. Deshaz (oh príncipe) tu camino. Vete, vete. Abandona el campo de batalla.»

[7] *Nobleza del Andaluzía*, II, 116; folio 237, vuelto.

[8] Códice del siglo XVI. — *Cancionero llamado Flor de Enamorados, sacado de diversos Autores, agora nueuamente por muy lindo orden y estilo copilado. Por Iuan de Linares:* 12.°, Barcelona, 1681. No sé que desde entonces ningun impresor ni literato haya reproducido ni mencionado este romance.

Consultados mis doctos amigos los Sres. Fita, Simonet y Saavedra, hallo que las palabras árabes se han de interpretar así:

Alá çulay, اللحه صلاحى (*Aláhu salahí*), «Dios es mi paz.» Ó الله عليك (*Alláhu aláiki*), «Dios sea contigo.»

Çalema, سلاما (*Salema*), Y contigo «la paz.» Rectamente vale «Salud.»

Alcarrán, القرّان Flechero, hombre de guerra.

Anizarán, النصران Nazareno, cristiano.

A muley, امولاى ¡Oh señor mio!

[9] Ofrece las octavas de Johán Galindo un antiguo y no publicado códice antequerano, de parte del cual tengo copia. El malogrado y elegantísimo D. Miguel de Lafuente Alcántara le disfrutó, y puso para muestra dos estrofas en su linda *Historia de Granada*, III, 209 y 210.

[10] Hállase anónimo, juntamente con otros cinco y unas coplas de Boscán, en dos pliegos sueltos, letra gótica, de á principios del siglo XVI, sin lugar ni año de impresión. — *Nobleza del Andaluzía*, II, 168; folio 290.

[11] Códice del siglo XVI.—Pedro Barrantes Maldonado, *Illustraciones de la casa de Niebla*, escritas en 1541: VI, 16.—Johán de Timoneda, *Rosa Española*, impresa en 1573. — Argote de Molina, II, 217; folio 319 vuelto.

[12] *La quinta orden de Mars;* copla CXC. El sazonadísimo Eugenio de Salazar decia ser las «Trezientas coplas de Juan de Mena, cada una más dura que un cuesco de dátil: las cuales, si no fuera por la bondad del Comendador Griego, que trabajó días y noches por declarárnoslas,

no hubiera hombre que las pudiera meter el diente, ni llegar á ellas con un tiro de ballesta.»

[13] Dos pliegos sueltos, impresos á dos columnas, en letra gótica, sin expresión de año ni lugar, aun no mediado el siglo XVI.—Timoneda, *Rosa Española*.—Pérez de Hita, *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes*.

[14] D. Juan Valera, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*: II, 222.

[15] Si el pueblo suele vestirse con atavíos cortesanos y llevarlos con gala y bizarría; y si el Romancero y el Cancionero se llegan á confundir en su esencia, hay que deslindar la poesía popular, por el espíritu que la anima, antes que por la forma de que se vale.

Alfonso el Sabio usó de consonantes, en cantigas, cuya forma y distribución y tendencias son de índole popular.

Durante los siglos XIV y XV el ingenioso D. Juan Manuel, Juan de Leyva, el Comendador Ávila, Garci-Sánchez de Badajoz, mosén Juan Tallante, D. Luis Castelví, Quirós, D. Pedro de Acuña, el bachiller Alonso de Proaza, y los dramáticos Juan del Encina y Torres Naharro, escriben y con su nombre autorizan romances; pero de índole y forma eruditas. Remedan los antiguos; pero huyen del asonante como de un defecto, empleando en su lugar un consonante mismo, aun cuando sea fácil, rastrero y cansado; ó encadenan, pareándolos, varios é innúmeros, con arte ingenioso, que el autor del *Don Quijote* no desdeñó seguir, para algun trecho de sus lindos entremeses. Tan famosos poetas subscribieron tales romances, creyéndolos dignos de su culta y espetada musa, é imposibles de confundirse con los, á su parecer, triviales del vulgo: de otra suerte, los habrían dejado correr anónimos.

Francisco de León, Lope de Sosa, Diego de Zamora, Soria, Pinar, Durango, Tapia, Luis de Vivero, Nicolás Núñez, Diego de Sant Pedro, D. Alonso de Cardona, y otros vates, contrahacen, truecan é imitan los romances viejos; ó se complacen glosando en quintillas dobles algunos antiquísimos, como los del conde Claros, los de

> Rosa fresca, rosa fresca,—tan garrida y con amor.....
> Fontefrida, fontefrida,—fontefrida y con amor.....
> Contaros he en que me ví—quando era enamorado..... etc., etc.

Y aquí es donde á la clara luz del día se presentan diversas ante nosotros las dos lenguas, popular y erudita, pareciendo (sin que haya lugar á duda) nueva y de hoy la antigua; así como vieja y de los tiempos de antaño la de los glosadores, respectivamente modernos.

El descubrimiento de la imprenta hizo á hombres sabios y generosos, de toda Europa, entrar en deseo de recoger y eternizar las poéticas inspiraciones del pueblo, que se habían ido transmitiendo oral-

mente de padres á hijos, ya con ganancia, ya con pérdida, segun el entendimiento y mayor ó menor retentativa en quien los cantaba ó recitaba.

Publicada en 1541 la *Crónica general* del Rey D. Alfonso, y notando el pueblo infinitos romances desleídos allí como historia, tomó extraordinaria importancia el Romancero histórico, rehaciéndose y contrahaciéndose muchos de los antiguos, y componiéndose otros por el mismo carril.

Las prensas de toda España, y las sevillanas y granadinas muy particularmente, no daban abasto en satisfacer la curiosidad del vulgo, echando á volar pliegos sueltos de romances viejos y nuevos, á toda hora.

Así ganó prodigioso terreno, y la victoria por fin, el asonante; abriendo los ojos y amansando los oídos á los eruditos, que primero transigieron (como los ilustres Pedro de Padilla y Juan Rufo) dejando que se deslizase con frecuencia por sus galanos romances libre y señero; y aceptándole por último con su entera, propia y característica fisonomía. El rebelión de los moriscos (1568-1571), que reunió en las zambras granadinas á todos los mancebos poetas de España, fue ocasión de que allí recibiese el romance todo el complemento de su gallardía y hermosura.

El asonante venció y empuñó el cetro del *Romancero* y del *Teatro;* y acompañaron su carro triunfal ingenios tan portentosos como Cervantes, Lope de Vega Carpio, Agustín de Rojas, Juan de Salinas, y D. Luis de Góngora y Argote.

De este me han de agradecer los estudiosos que les comunique una muy curiosa y nueva noticia, la de los años en que escribió sus más bellos rasgos, inspirados en los moriscos romances, y contemplando el hechizo de Granada, á vista de ojos, desde los divinos miradores de Genalarife:

1583. Amarrado al duro banco.....
1584. Aquel rayo de la guerra.....
1585. Entre los sueltos caballos.....
1586. Criábase el albanés.....
Ilustre ciudad famosa (*Granada*).....
1587. Servía en Orán al rey.....
1590. Famosos son en las armas.....
1591. Castillo de San Cervantes.....
1596. Levantando blanca espuma.....
1602. En un pastoril albergue.....
Según vuelan por el agua.....
1613. Cuantos silbos, cuantas voces.....

[16] «Islamizados los españoles (dice el orientalista holandés Mr. Reinhart Dozy, en su *Historia de los musulmanes de España*, III, 350) forcejaron en vano por renegar de su origen: dentro de su corazón quedó siempre un fondo constante de ternura, de pureza y de espiritualidad, que no era ciertamente árabe, por título ninguno.»

ENEIDA DE VIRGILIO.

TRADUCCION.

LIBRO PRIMERO.

1.

Yo aquel, que en otro tiempo á los pastores
Modulé versos con sutil avena;
Que al avaro colono sus sudores
Hice al campo pagar con larga vena,
Obra grata sin duda á agricultores;
Ora de Marte ya, que hórrido suena,
Las armas canto, y el varon divino
Que el primero, de Troya al Lacio vino.

2.

Prófugo á Italia le condujo el Hado,
Despues que por el mar y por la tierra
Padeció, por los Dioses agitado
Y Juno, que rencores no destierra;
Y miéntras su Ciudad hubo fundado
Y al Lacio puso Dioses, sufrió guerra:
De él la gente latina orígen toma,
Los Padres de Alba, y la soberbia Roma.

3.

Tú á mí, Musa, las causas conmemora,
Dime cuál Númen fuese el ofendido;
Ó por qué de los Dioses la Señora
Y Reina altiva, el ánimo dolido,
Á un varon, que piedad tanta atesora,
Á estos ásperos trances ha impelido.
¿Cómo tanto rencor, tan duros hechos
Pueden caber en celestiales pechos?

4.

Una ciudad antigua hubo famosa,
Y colonos de Tiro la habitaron,
Cartago: en frente de la Italia hermosa
Y las puertas del Tíber, la fundaron:
En poder y en riquezas abundosa,
En bélicos estudios la adiestraron;
Y diz que entre los pueblos, cual ninguno,
Más que á su Samo äún, la amaba Juno.

5.

Sus armas y su carro aquí aposenta,
Y esta Ciudad por reina á las naciones
Alzar, siempre que el Hado lo consienta,
Ya en pensamiento trata y en acciones;
Pero escuchara que la Fama cuenta
Que de Troya vendrán generaciones,
Que con el tiempo, en dias áun futuros,
Arrasen de Sidon los fuertes muros.

6.

De aquí, arruinada el África, saldría
Un pueblo rey, dominador del mundo,
En las armas soberbio: esto tejía
De las Parcas la mano en el profundo:
Esto supo la Diosa, esto temía
Con ánimo acordándose iracundo
De la que armó primera cruda guerra,
Por su Árgos cara, á la troyana tierra.

7.

No áun de sus iras la ocasion inmensa
Saliérale del alma atormentada,
Ni los fieros dolores. Dúra intensa
En el fondo del alma concentrada
La sentencia de Páris, con la ofensa
De su altiva beldad menospreciada,
Y aquella odiosa gente, y del hermoso
Ganimédes el rapto por su Esposo.

8.

Sobre tantos agravios encendida,
Del mar ludibrio, al escuadron troyano
(Triste reliquia á quien dejaron vida
Los Dánaos con Aquiles inhumano)
El Lácio y su ribera apetecida
Negaba, y al impulso del tirano
Hado, el mar largos años recorriera.
¡Tanto á Roma fundar difícil era!

9.

Apénas de Sicilia navegando
Á la vista, las naves nadadoras
Daban velas al viento, levantando
Olas de espuma el bronce de sus proras,
Á sí Juno se dice, conservando
En su pecho la herida á todas horas:
«¡Cómo! ¡yo desistir!..... ¿vencida quedo!
¿Ni al troyano alejar de Italia puedo!»

10.

¡Que los hados lo impiden!..... Pálas pudo
Quemar la escuadra á los Argivos píos,
Y lanzarlos al piélago sañudo
Por la culpa y furor de Áyax impíos.
Ella el rayo de Júpiter agudo
De las nubes lanzara á sus navíos;
Destrozó, dispersó..... con viento horrendo
Los senos de los mares revolviendo.

11.

Y á él mismo, llama respirando insana,
Con recio torbellino, atravesado
El corazon, le arrebató inhumana,
Y en un escollo le dejó enclavado.
¡Y yo, esposa de Júpiter y hermana,
Yo, reina del Olimpo, en obstinado
Choque con estos dúros!..... ¿Y quién adore
Ya á Juno habrá?..... ¿quién su favor implore?»

12.

Tales iras revuelve y crueldades:
Va á Eolia con tan bárbaros intentos,
Patria de las sonoras tempestades,
Lugar preñado de furiosos vientos.
De una cueva en las vastas soledades
Éolo allí, Rey, sus ímpetus violentos
Enfrena, y calma la borrasca inquieta,
Y con grillos y cárcel los sujeta.

13.

Ellos contra el obstáculo iracundos
Braman, el rudo monte estremeciendo;
Y allá dentro en sus cóncavos profundos
Sonar se escuchan en horrible estruendo.
Templa Eolo sus choques furibundos
Sentado en la alta roca, el cetro asiendo,
Que sin él, tierra y cielo y mar llevaran;
Barrieran todo, todo arrebataran.

14.

Esto temiendo, en hórridas cavernas
Los encerrara el Padre Omnipotente,
Y encima les echó moles eternas,
Árduos montes; y un Rey puso á su frente,
Que supiera con leyes sempiternas
Soltar las riendas, ó enfrenar prudente,
Segun el mismo Dios se lo mandara.
A él llegó Juno; así le suplicara:

15.

« Éolo, pues que el Dios á tí te diera,
Padre de Dioses, Rey del triste humano,
De las ondas calmar la saña fiera,
Ó levantar con viento el Océano;
Gente, de mí enemiga, y altanera
Ora navega por el mar toscano,
Y al traves, á la Italia, de los mares,
A Ilión lleva y sus vencidos lares.

16.

Impele el viento audaz, rompe y estrella
Y dispersa esas naos, y á los mares
Lanza los truenos. De apariencia bella
Catorce ninfas tengo singulares;
Una, entre todas la que más descuella,
Tuya haré, si mis votos bien colmares,
Que contigo viviendo firme esposa,
Padre te haga feliz de prole hermosa.»

17.

Éolo respondió: « Tuya es la empresa
¡Oh Reina! de mandar lo que quisieres;
La mía obedecer; mi gloria, esa:
Mi reino, tal cual es, tú me requieres,
Y de Jove el favor. Por tí á la mesa
De los Dioses me asocio y sus placeres,
Y poderoso me hacen tus piedades
En nubes y sonoras tempestades.»

18.

Dijo, y el cetro inverso apena á un lado
El monte empuja cóncavo en que habitan;
Los vientos, luégo, en escuadron cerrado,
Por la puerta que dió se precipitan.
La tierra en torbellino acelerado
Soplan, y al mar lanzándose, le agitan,
Y Noto y Euro y Austro se atropellan,
Y montes de olas en la playa estrellan.

19

Y de súbito, nubes, cielo y día
De los Troyanos á la vista impiden:
Tiéndese por el mar noche sombría,
Truena el polo; á la chispa que despiden
Un relámpago y otro, el aire ardía:
De la muerte presente el horror miden
Los míseros: á Enéas traba el hielo,
Gime, y las palmas levantando al cielo,

20.

«¡Oh, una y mil veces, clama, venturosos
Los que á la vista de sus Padres, suerte,
Y so los muros de Ilïón famosos,
Tocóles, de alcanzar la ansiada muerte!
¿Por qué en sus campos no la hallé gloriosos,
Diomédes, de los Griegos el más fuerte,
Do tú, dó Sarpedon sucumbir pudo,
Y Héctor, de Aquíles por el hierro agudo?

21.

Do en su corriente el Símois yelmo tanto,
Petos y altos cadáveres revuelve.....»
Esto decía, y la borrasca en tanto
Rugiendo de Aquilon, la vela envuelve;
Las olas alza al estrellado manto,
Troncha remos; la proa se les vuelve,
Dan de costado, y roto por la cima,
Un monte de agua rómpeles encima.

22.

Éstos en lo alto de una ola penden;
Otros, abierta su profunda huella,
El limpio fondo á visitar descienden.
La mar se enturbia con la arena aquella.
En escollos que incógnitos ofenden,
Tres naves coge el Noto, y las estrella:
Aras llama la Italia á estos sillares,
De inmensa espalda, á flor sobre los mares.

23.

Tres Euro lanza en ímpetu violento
Sobre las Sirtes, que el mirarlo apena;
Y encállalas allí, sin movimiento,
Y con un muro cíñelas de arena:
A una, del fiel Oróntes bastimento
Y los Licios, da el mar desde la entena
A la proa; y al choque y alboroto,
Al agua de cabeza va el piloto.

24.

Tres veces la ola misma bramadora
Á revolverse en derredor la obliga,
Y en vasto remolino la devora;
Raros nadar se ven con gran fatiga:
Armas, tablas, riquezas atesora
El mar troyanas, y la nave amiga
De Ilïonéo y las de Acátes fuerte,
De Ábas y Alétes, con la edad inerte.

25.

Á todas la tormenta vence airada;
Las juntas del costado descubiertas,
Dan al agua enemiga libre entrada;
Deshechas por do quier, do quier abiertas.
Oyó Neptuno en tanto la algarada,
Vió la borrasca, y de las ántes muertas
Hoyas (estanques de la mar) profundas,
Removidas las olas iracundas.

26.

Airóse; mas, los mares gobernando,
La cabeza tranquilo sacó fuera;
La rota armada ve y el teucro bando
Que oprimió el mar y el rayo combatiera.
De la Hermana el rencor adivinando,
Á Euro y Céfiro llama, y con severa
Voz así los reprende y amenaza:
"¿Tanto orgullo sentís de vuestra raza?

27.

¿Y así, sin mi permiso, osáis, oh vientos,
Alterar, confundir cielos y tierra?
¿Tanta borrasca levantar violentos,
Y esa mole del mar, que al mundo aterra?
¡Yo os juro!.... Mas calmar los elementos
Ántes quiero, que aún luchan en guerra.
Luégo habréis el castigo què medito;
Que nunca igualará tanto delito.

28.

Id ahora, id huyendo prestamente
Y á vuestro Rey decid, de parte mía,
Que á mí, no á él, la suerte dió el tridente
Y del inmenso mar la monarquía (1).
Él su peñasco habite allá inclemente,
Euro, do está vuestra guarida impía:
Reine allí en sus cerrados aposentos
Éolo, Rey de encarcelados vientos.»

29.

Así dice; y más presto que se cuenta,
Aplaca al punto los hinchados mares;
Las apiñadas nubes luégo ahuyenta,
Y al sol vuelve y sus rayos luminares.
Cimotöe y Triton con mano lenta
Estribando, las naves tutelares
Al fin desasen de la peña aguda;
Y el Dios con su tridente las ayuda.

(1) Estos cuatro versos son de la traduccion de Gregorio Hernández de Velasco.

30.

Abre las anchas Sirtes, sosegando
El bravo mar, cuya aspereza iguala,
Y en leves ruedas, á la flor rasando
De las olas, deslízase y resbala.
Y así cual nace sedicioso bando
En gran pueblo; con dichos que propala
La plebe se enfurece, y lanza ciega
Armas y piedras, que el Furor le entrega;

31.

Que si entónces tal vez les aparece
Un varon grave, en méritos profundo,
Cércanle; en torno de él todo ehmudece;
De pié, en silencio le oye todo el mundo;
Él hablando los rige y compadece,
Y el rencor templa al ánimo iracundo:
No de otra suerte así todo el estruendo
Fué del undoso piélago cayendo.

32.

Miéntras, por él su vista dilatando
El Rey, sin que una nube el sol ofenda,
Sus caballos ardientes manejando
Al carro volador suelta la rienda.
Cansados los troyanos, van buscando
De las costas más próximas la senda,
Y de Libia á las playas arenosas
Revuelven ya las proras espumosas.

33.

Un sitio hay en un seno dilatado:
Allí sus lados oponiendo, un puerto
Forma la isla: el mar es quebrantado
De afuera, y en remansos entra abierto:
Rocas se alzan de un lado y otro lado,
Con un peñasco cada cual cubierto,
Y largo trecho, bajo tales muros,
Los mares callan quietos y seguros.

34.

Encima selvas, cuyas copas dora
El sol, y negra sombra al suelo envían:
Enfrente hay una cueva aterradora;
Á su entrada peñascos desafían.
De aguas dulces corriente allí sonora;
De piedra viva asientos existían,
Y cuyos centros son y claras linfas
Mansion repuesta de las sacras Ninfas.

35.

Las naves que allí aportan con fatiga
No prende nunca vínculo imprudente:
Ni allí jamas las muerde ni las liga
El áncora tenaz con corvo diente.
Allí Enéas las suyas cauto abriga;
(Siete restan de todas solamente)
Y con gran sed de tierra, los Troyanos
La ansiada arena al fin toman ufanos.

36.

La gente húmeda y yerta allí se tiende
De la ribera en la mullida cama;
Chispa del pedernal breve desprende
Acátes, que recibe en seca rama;
Árido cebo dale, y luégo prende,
Y cunde por la yesca la alta llama:
Y el trigo sacan mareado, hambrientos,
Y de Céres con él los instrumentos.

37.

Y á quebrantarle y á tostar al fuego
El grano, se apresuran conservado:
Enéas á la roca sube luégo
Y al mar tiende la vista dilatado,
Por ver si á Anteo mira, que del ciego
Ímpetu fué del viento arrebatado,
Á Cópin, de las frigias naos el pico,
Ó en la popa las armas de Caïco.

38.

Nave ninguna allí se manifiesta:
Tres ciervos en la orilla errantes mira;
Síguelos toda la manada presta,
Que por el valle aquel paciendo gira.
Pára Enéas; y flechas y arco apresta
Que el fiel Acátes le llevaba, y tira,
Y postra á los tres guías insolentes,
De altas cabezas y enramadas frentes.

39.

Despues con dardos y con hierro agudo
Entre los ramos de la selva hojosa,
Que mal preservan contra el golpe rudo,
Á la cobarde muchedumbre acosa.
Ni cesa hasta que siete tender pudo
En el suelo con diestra vigorosa:
Son los más corpulentos y más graves;
Número igual al de sus siete naves.

40.

Hácia el puerto despues toma el camino,
Aquello entre su gente repartiendo,
Y el que Acéstes les diera, rico vino,
Las anchas cubas, de él, pródigo hinchendo;
Del suelo siciliano allí vecino,
Así como viniéronse partiendo;
Lo distribuye entre los suyos todo,
Los pechos consolando de este modo:

41.

«¡Oh compañeros! clama enternecido,
(Porque ya juntos padecer sabemos)
Penas habéis mayores resistido,
Y á éstas fin dará Dios que hoy padecemos.
Las iras han de Scila recorrido
Y sonantes escollos vuestros remos,
Y vosotros del Cíclope espantoso
Tolerasteis el antro peñascoso.

42.

Nuevo aliento cobrad y valentía;
Ese triste temor, que el pecho invade,
Á un lado desechad; que vendrá un día
Tal vez en que esto recordar agrade:
Al prometido Lacio hacemos vía
Por trances varios de la suerte, añade:
Allí, patria y quietud el Hado muestra,
Y ha de alzarse otra vez la Troya nuestra.

43.

Luchad, vivid y conservad aliento,
Y para tiempos os guardad mejores.
Así les dice con afable acento,
Y enfermo de cuidados roedores,
Finge el rostro esperanzas y contento,
Y encierra el corazon hondos dolores.
Á aprestar ellos la comida empiezan,
Y costillas y entrañas aderezan.

44.

Parte en trozos las corta, y palpitantes
En asadores válas espetando;
Parte, vasos de bronce no distantes
Pone en la orilla, el fuego ministrando:
Las fuerzas cobran, que tuvieron ántes,
Con la vianda; y sobre el césped blando
Tendidos, de comer se satisfacen,
Y de lo añejo libaciones hacen.

45.

Así lanzada el hambre, los guerreros,
Ya que las anchas mesas retiraron,
De los dulces perdidos compañeros
En tristes largas pláticas trataron.
Entre esperanzas y temores fieros,
Dudan si acaso viven, ó pasaron
Ya de Averno los límites atroces;
Ni escuchan ya sus conocidas voces.

46.

Y el pío Enéas, ora al esforzado
Oróntes llora, ó de Ámico la suerte,
Ora á Lico lamenta infortunado
Y al fuerte Gías y á Cloanto el fuerte.
Era ya tarde; en el Olimpo alzado,
Tendió Jove la vista al mundo inerte,
Vió el mar, que velas voladoras cierra
En su seno, y las costas y la tierra.

47.

Paróse luégo en el cenit del cielo,
Y sus ojos al África girando,
De Libia los clavaba sobre el suelo,
Grave cuidado el ánimo agitando;
Cuando Vénus, con triste desconsuelo,
Sus bellos ojos lágrimas brotando,
Llega, y le dice con acento tierno:
«¡Oh tú, de hombres y Dioses Rey eterno!

48.

Tú, que los riges siempre á tu albedrío,
Que con tu rayo llénaslos de espanto,
¿Qué pudo Enéas, dime, el hijo mío,
Contra tí hacer, que le castigas tanto?
¿Qué osaron contra tu alto poderío
Los Troyanos, que ya duro quebranto,
Tantas muertes sufrieron, y la tierra
Toda, por sola Italia, se les cierra?

49.

De ellos, cierto—tú, Dios, lo has prometido—
Vendrán, andando el tiempo, los Romanos;
Capitanes, do el gérmen renacido
Sentirán de su sangre los Troyanos.
Á ellos mares y tierra has ofrecido,
Que contendrán bajo su yugo ufanos.
¿Acaso, Padre mío, te mudaste?
¿Ó de promesas tantas te olvidaste?

50.

Con esto sólo, en medio la ruïna
De Troya y el dolor, me consolaba:
Los hados de su muerte ya vecina
Con más prósperos hados contrastaba.
Mas ¡ah! la que á Ilión allá extermina,
Fortuna igual encarnizada y brava,
Á éstos fatiga con trabajos tantos:
¿Qué fin, gran Rey, pondrás á estos quebrantos?

51.

Pudo Antenor, de en medio el campo griego
Huyendo, penetrar la Iliria ardiente,
Visitar los Liburnos con sosiego,
Y subir del Timavo hasta la fuente,
Donde por nueve bocas, al mar ciego
Lanza, bramando el monte, su corriente,
Y el campo oprime y sus cavernas hondas
Con curso estrecho y con sonantes ondas.

52.

Él aquí, empero, su ciudad querida
Fundó de Padua, puso habitaciones,
Nombre á su gente fiel dióle reunida
Y de Troya fijó los pabellones.
Ora descansa en paz apetecida,
Digno premio á tan ínclitas acciones,
Y nosotros, tus hijos, tu consuelo,
A quien das los alcázares del cielo,

53.

Sólo por el rencor de una tan sola
Los navíos ¡oh afrenta! naufragados,
A la merced vagamos de la ola,
De la Italia, sin término, alejados!
¿Así el respeto á tu piedad se viola?
¿Así los cetros vuélvesnos quitados?
Dijo, y el Padre con la faz, risueño,
Con que á la tempestad calma su ceño,

54.

Un dulce beso dió á la dulce hija;
Y con estas palabras la asegura:
«No temas, Citeréa; siempre fija
A tí y los tuyos mi promesa dura:
Será que veas tu ciudad; que erija
Sus prometidos muros, y á la altura
Tambien traerás del estrellado asiento
Al noble Enéas: yo no me arrepiento.

55.

Porque éste..... (de ese afan tan conmovida
Hablar quiero, y mostrarte los arcanos)
Grande guerra en Italia hará encendida,
Y domará á los pueblos inhumanos.
Leyes dará á su gente agradecida,
Y una ciudad les alzarán sus manos,
Y Rey del Lacio le verá el Estío,
Tres años, y otros tres Invierno frío.

56.

Mas Ascanio, ese niño que hoy en día
Iulo se llama (en otro tiempo Ilo,
Cuando Ilïón en pié se mantenía),
Miéntras treinta años torceráse el hilo
A sus meses, del cielo en la ancha vía,
Rey en el Lacio reinará tranquilo,
Y de su corte mudará el asiento,
Á su Alba fiel fortificando atento.

57.

Trescientos años el hectóreo bando
Ha de durar, en mando floreciente,
Hasta que á una Vestal Marte halagando,
Ilia, de su real sangre descendiente,
Dos niños dará á luz, que amamantando
Roja loba, allegada luégo gente,
Rómulo, á Marte muros soberanos
Álzará, y los dirá, por sí, Romanos.

58.

Yo á límite su aliento y sus acciones,
Ni á término ni tiempo los sujeto:
Sin fin diles imperio en las naciones;
Y áun Juno, que hoy de su rencor objeto,
Los sigue cielo y mares y regiones,
El ánimo tornando más discreto,
Conmigo á los Romanos triunfadores
Amparará y sus claros Senadores.

59.

Así me place. Tiempo será ufano
Que la casa de Asáraco famosa
A Micénas y Phtía so su mano
Tenga y á Árgos domine, hoy victoriosa:
Provendrá un César, de nacion troyano,
Renuevo de una estirpe generosa,
Cuyo imperio la mar, su fama el cielo
Limiten: Julio, por su claro abuelo.

60.

Tú en el Olimpo acogerásle un día,
Cargado de despojos orientales,
Y con humilde voto en ara pía
Invocarán su Númen los mortales.
Dejada entónces ya la guerra impía,
Aplacarán los recios temporales,
Y regirán del mundo ya el destino
Vesta, la cana Fe, Remo y Quirino.

61.

Con cerrojos y hierros reforzadas
Se cerrarán las puertas del dios Jano:
Dentro, sobre unas armas hacinadas
Sentado, allí el Furor está inhumano:
Con cien nudos de bronce reatadas
A la espalda una mano y otra mano:
El labio en negra sangre reteñido,
Lanza impotente horrísono bramido.

62.

Habló, y de Maya al hijo, con mensaje
Desde lo alto del Olimpo envía,
Porque den á los Teucros hospedaje
Aquellas tierras y Cartago pía;
No tal vez los lanzara de su anclaje
Dido, como que el hado no sabía.
Él vuela, y con los remos de su vuelo
Presto se llega al africano suelo.

63.

Cumple ya los mandatos soberanos;
Los ánimos feroces deponiendo
En tanto van los fieros africanos,
La voluntad del Dios obedeciendo:
La Reina, sobre todo, á los Troyanos
Apacible acogida previniendo:
El pío Enéas miéntras, que agitado
La noche pasa con mortal cuidado,

64.

Apénas la alma luz á los mortales
Concede ya sus ráfagas primeras,
Sale á explorar los sitios y señales
De á do el viento le trajo, á qué riberas;
Si son desiertas, mira, y eriales,
Si habitadas por hombres ó por fieras
Averiguar pretende diligente,
Para informar á su abatida gente.

65.

En una entrada cóncava y profunda
Su armada oculta bajo hendida roca:
Densa arboleda en torno la circunda,
Y negras sombras ciérranle la boca.
Con Acátes, que solo le segunda,
Con audacia despues párte no poca,
Sendos venablos de ancho hierro horrendo
La armada mano, al caminar, blandiendo,

66.

Al cual su madre ofrécese delante,
De aquella selva entre la pompa vana;
De vírgen el vestido y el semblante,
Y las armas de vírgen espartana.
Ó cual la Tracia Harpálice anhelante
Cuando el ágil bridon fatiga ufana,
Y en veloz fuga, en rápida carrera,
Al Euro volador pasa ligera.

67.

Porque del hombro, bella cazadora,
El arco, de costumbre, útil suspende,
Y á los soplos del aura halagadora
La suelta cabellera condesciende;
Desnuda la rodilla voladora,
Los pliegues de su manto un nudo prende.
«¿Visteis, jóvenes, dice, por acaso
Alguna hermana mía á vuestro paso?

68.

Armada va de la sonante aljaba,
Manchada piel de lince revestida,
Ó con gritos tal vez acosa brava
Al espumoso jabalí en su huida.»
Vénus en tales términos hablaba,
Y era así por el hijo respondida:
«Ninguna hermana tuya hallado habemos
¡Oh, tú, vírgen!..... ó ¿cómo te diremos?

69.

Porque no, no es mortal ese semblante,
Ni voz humana así suena ninguna:
Diosa eres. ¿De Febo rutilante,
Tal vez la hermana? ¿Ó de las Ninfas una?
Ampáranos, te pido suplicante:
¡Así te guarde el cielo tu fortuna!.....
Tú, quien quiera que fueres, dí, ¿qué cielo
Nos cobija? ¿Do estamos? ¿En qué suelo?

70.

Sin conocer jamas estos lugares
Ni la gente saber que los habita,
Al traves de las olas y los mares
Contrario viento aquí nos precipita.
Habla: por nuestra mano en tus altares
Caerá inmolada víctima infinita.»
Vénus á responderle se adelanta:
«No digna soy de reverencia tanta.

71.

Uso en las tirias vírgenes frecuente
El arco es; alto en la rodilla atando
El coturno de púrpura esplendente.
Púnico el reino es que estás mirando,
De Tiro y Agenor ciudad valiente,
Puerta de África, el término tocando;
Raza indomable y dura en dura guerra;
Y el cetro rige Dido de esta tierra,

72.

Ella al hermano y á su furia intensa
Burló, huyendo de Tiro, y su deseo:
Fué de la injuria la ocasion inmensa,
Como de referirlo es el rodeo.
Por alto, empero, contaré la ofensa.
Era esposo de Dido el buen Siqueo,
Que en Fenicia anchas tierras disfrutaba,
Y á quien con gran amor ¡misera! amaba.

73.

Al cual el Padre, vírgen se la había
En matrimonio próspero entregado.
El Reino Tirio á la sazon tenía
Pigmalión, del mundo el más malvado (1).
Entre ellos el furor estalló un día,
Y en el ara á Siqueo descuidado
Dió el ciego Rey, sediento de dinero,
Impía muerte con traidor acero.

74.

¡No se curó de la infeliz hermana!
Mucho el crímen, mintiendo su semblante,
Disimuló; con esperanza vana
Entreteniendo á la afligida amante.
Hasta que en sueño aparecióle insana
La no enterrada imágen palpitante:
Pálido el ara le mostró, y su pecho.....
¡Todo el horror del ignorado hecho!

(1) De Hernández de Velasco.

75.

Huir le manda de la patria tierra,
Llevar su antiguo espléndido tesoro:
Para auxilio del viaje, desentierra
Ignorada porcion de plata y oro.
Huir quiere la triste, que se aterra,
Y compañeros busca envuelta en lloro,
Y allegándose van los que aborrecen
Al tirano, ó de miedo se estremecen.

76.

Las naves que dispuestas por ventura
Á la ribera próximas anclaban,
Cual por asalto toman con presura:
Con rico peso de metal las gravan;
Del Rey avaro la riqueza impura
Ya por los anchos mares se llevaban,
De un hecho siendo de tan alto brillo,
Una mujer magnánima el caudillo.

77.

Á los sitios, por último, arribaron,
Donde ahora verás alzarse al cielo
Los muros de Cartago, á quien fundaron,
Al efecto comprando escaso suelo;
Birsa, del hecho mismo, la llamaron
Cuanto, á saber, pudieron con anhelo
Ceñir en trazos de apariencia breves,
Con piel de un toro entre las tiras leves.

78.

Mas tú ¿quién eres? dí: ¿de do viniste?
¿Cuál es tu gente? ¿tu camino adónde?»
Ella así preguntábale: él, con triste
Voz del pecho arrancada, le responde:
«¡Oh Diosa! si al decir lo que pediste
Tornara á do el orígen ya se esconde
De nuestros males, ántes que acabara,
Completo el día Véspero llenara.

79.

De Troya antigua (si de Troya el nombre
Pudo llegar tal vez á vuestro oído)
Por varios mares, superior al hombre,
Aquí la tempestad nos ha impelido.
Soy Enéas, piadoso por renombre,
Hasta en el mismo cielo conocido;
Que fiel llevo conmigo á mis Penates,
Que libré del contrario en mil combates.

80.

Á Italia busco, nueva patria mía;
Mi linaje de Júpiter provino;
Con diez naves el frigio mar subía,
Guía mi Madre, dócil al Destino.
Siete apénas la mar dejó bravía
Y del Euro furioso el torbellino;
Y lanzado de Europa y de Asia, incierto
Cruzo, y pobre, del África el desierto.»

81.

Ni Vénus más consiente el lastimado
Acento; ántes prorumpe en voces tales:
• Quien quier que fueres, cierto, no olvidado
De los Númenes vives celestiales,
Cuando así llegas, por favor del Hado,
Á pisar oe Cartago los umbrales.
Sus, ánimo, y de aquí, sin más espacio,
De la Reina dirígete al palacio.

82.

Que salvos has de ver tus compañeros,
Y las perdidas naves recobradas:
Cambiados ya los aquilones fieros,
Duermen ora en el puerto sosegadas.
Yo te lo anuncio, yo: de los agüeros
Si no en vano me fueron enseñadas
Por mis padres, de ver en todas partes,
Y en lo futuro, las divinas artes.

83.

Alegres mira en escuadron sereno
Aquellos doce cisnes rozagantes,
Que, arrebatada, en la region del trueno,
De Jove el ave persiguiera enántes;
Ó en larga fila de la tierra al seno
Vuelven, ó en ella míranla arrogantes,
Y seguros al júbilo se entregan,
Y giros dan, y con las alas juegan:

84.

La voz sueltan en plácido concierto.
Así los tuyos, que tu gente llora,
Y tus naves, ó anclaron ya en el puerto,
Ó á toda vela en él entran ahora.
Ve por doquier este camino abierto,
Dirige ya tu planta sin demora.
Dijo, y volviendo el cuello de repente,
Brilló en color de rosa refulgente.

85.

Divino olor de líquida ambrosía
La cabellera respiraba hermosa;
El manto hasta cubrirle descendía
Los piés, y en el andar mostróse Diosa.
Él luégo, que á la Madre conocía,
Enéas, fugitiva así la acosa:
¿Por qué al hijo tambien, tú, tantas veces
Crüel, con ilusiones escarneces?

86.

¿Por qué tu mano no se da á mi mano,
Volver y oir el conocido acento?.....
Con tales voces la acrimina en vano,
Y á la ciudad dirige el paso lento.
Empero Vénus en su curso insano
Con nebuloso velo ceniciento
Cúbrelos; no los toquen, ni los vean,
Ni detengan, ni inquieran quienes sean.

87.

Ella, subiendo con ligera planta,
Á su Páfos tranquila se retira,
Y aquellos sitios de delicia tanta,
Su digna habitacion, de nuevo mira;
Allí su templo altivo se levanta,
Y del sabeo incienso en blanda pira,
Cien aras el aroma le regalan,
Y frescas flores bálsamo le exhalan.

88.

Ellos, mientra, el camino señalado
Toman por do la senda lo consiente,
Y ya subiendo van por el collado,
Que casi á la ciudad domina enfrente:
Abajo, el muro miran levantado
Y el alcázar altísimo eminente,
Y Enéas hoy las moles tan gigantes
Admira, chozas de pastores ántes.

89.

Admíranle las puertas; y el rüido
De las calles y estrépito le admiran.
Trabaja el pueblo con afan unido:
Quiénes las líneas de los muros tiran;
Quién dibuja el alcázar atrevido;
Las rudas piedras so las manos giran;
Éste abre un surco; funda aquél un techo;
Quién, el Senado; quién, templo al Derecho.

90.

Aquí cavan del puerto la ancha boca
Unos; colocan otros el cimiento
Del gran teatro, y cortan en la roca
Columnas, que serán su alto ornamento.
Tal, cuando nuevo Abril el campo toca,
Trabajan las abejas su sustento
Del sol á los ardientes resplandores,
Vagando en campo de fragantes flores.

91.

Al aire sacan las adultas crías;
Condensan de la miel el jugo blando,
Y las casillas del panal vacías
Van del néctar dulcísimo llenando.
La carga á las que vienen toman pías;
Ni de los torpes zánganos al bando,
Rebaño ocioso, en la colmena dejan;
Que del sabroso pasto los alejan.

92.

Hierve la obra; y al tomillo puros
Trascienden copos de la miel fragante.
«¡Dichosos los que alzar ven ya sus muros!»
Enéas clama, á la ciudad triunfante
Descollar viendo; luégo, en los oscuros
Velos de la honda niebla va adelante,
Y ¡oh asombro! entre la gente confundido,
Anda, y de nadie es visto, ni es oído.

93.

Un bosque en medio la ciudad se vía
Sacro, que alegre sombra recreara;
De allí el tirio escuadron, cuando salía
Libre del recio mar que le azotara,
De animoso bridon sacado había
(Agüero que ya Juno les mostrara)
La cabeza; anunciando de esta suerte
Pueblo, en fama, inmortal; en guerra, fuerte.

94.

Allí gran templo la sidonia Dido
Á la alta Juno edificaba entónces,
Por ésta, ilustre; en dádivas henchido:
Grada y dintel, de mármoles y bronces.
Las vigas, clavos de metal bruñido
Unen, y en el quicial sonoros gonces;
En cuyo bosque á Enéas nuevo objeto
Vino á calmar el ánimo ya inquieto.

95.

Allí esperar osó por vez primera,
Y mejor, á pesar de apuro tanto,
En la empresa fiar que acometiera;
Porque miéntras recorre el templo santo
Viéndolo todo, y á la Reina espera,
De la nueva ciudad admira en tanto
La fortuna sus obras, su grandeza,
Y de sabios artistas la destreza.

96.

Ve las batallas de Ilión reñidas,
Que en órden el pintor trazó severo;
Aquellas duras guerras, que esparcidas
Llevó la Fama por el mundo entero.
Allí á Príamo mira, y los Atridas,
Y con unos y otro á Aquíles fiero:
Paró, y á Acátes díjole llorando:
«¿Qué region nuestro afan no está llenando!

97.

¡Príamo allí! ¿Tambien aquí se ofrecen
A la virtud y al mérito sus dones!.....
¡Desastres son que lágrimas merecen,
Y hiere trance tal los corazones!
Esos miedos depon, que te estremecen;
De amparo nos serán esos blasones.»
Dice, y su alma se apacienta ufana
Con mudas sombras y pintura vana.

98.

Del pecho hondos gemidos arrancaba,
Bañando el rostro en lágrimas, un río;
Que ya aquí, en torno á Pérgamo, miraba
Hüir los Griegos del troyano brío.
Allá Aquíles los Frigios acosaba,
Del carro volador, con hierro impío;
No léjos ¡ay! de Reso le conmueve
Las blancas tiendas conocer de nieve.

99.

Primer sueño durmiendo sus soldados,
Diomédes cruél las arrasó sangriento,
Sus ardientes caballos codiciados
Arrebatando al griego campamento,
Sin que el Xanto bebiesen sosegados,
Ni de Troya gustasen el sustento:
En otra parte Tróilo fugitivo,
Va, perdidas las armas, semivivo.

100.

¡Pobre niño! con fuerzas desiguales
Á Aquíles provocar osó inhumano!
Desbocados los fieros animales
Arrástranle enganchado al carro vano;
Barren la tierra sus cabellos reales,
Y el cuello; boca arriba, áun en la mano
Las riendas..... por el polvo surco horrendo
La atravesada lanza va escribiendo.

101.

Tambien á las Troyanas considera,
Que al templo van de Pálas ofendida;
Al viento la esparcida cabellera,
Hiriendo el pecho, con la faz hundida;
Don suplicante de piedad sincera,
Una túnica llévanle ofrecida.
La Diosa esquiva, sin curar del duelo,
Fijos tiene los ojos en el suelo.

102.

De Troya en torno Aquiles ¡oh desdoro!
Á Héctor tres veces arrastró consigo,
Vendiendo impío á precio vil de oro
El cuerpo del exánime enemigo.
Al mirar, lanzó Enéas triste lloro,
El carro y el cadáver del amigo,
Y á Príamo tender ya vacilante
Las desarmadas manos suplicante.

103.

Luchando entre los Griegos principales
Á sí propio se encuentra retratado:
Reconoce las huestes orientales,
Y ve las armas de Memnón tostado.
Sus amazonas manda allí leales
Que en el broquel distínguense lunado,
Y arde entre mil en la feroz pelea,
La noble, ardiente, audaz Pentesilea.

104.

Guerrera, del pezon, ora desnudo,
Debajo, ciñe una dorada venda,
Y osa con los guerreros choque rudo
En el medio trabar de la contienda.
Fija la vista, admira Enéas mudo
Tal maravilla insólita, estupenda,
Cuando la Reina, de hermosura ejemplo,
De jóvenes cercada, sube al templo.

105.

Cual suele del Eurótas en la orilla
Diana, ó ya de Cinto por la altura,
Danzas tejer el coro que acaudilla,
Y Oréades se agolpan con presura;
La aljaba en su hombro resonante brilla,
Diosa descuella en tantas hermosuras,
Y de Latona el silencioso pecho
De júbilo palpita satisfecho.

106.

Tal era Dido: tal con alegría
El apiñado pueblo atravesaba;
Las comenzadas obras impelía,
Y del trono la gloria acrecentaba.
Luégo, en medio la bóveda venía,
Donde el santuario de la Diosa estaba,
Y á sus puertas, con armas circundado,
Alto sólio ocupaba levantado.

107.

Leyes desde allí dicta, y los contrarios
Derechos á sus súbditos advierte;
Dividiendo el trabajo entre operarios
Ó por iguales partes, ó por suerte.
Cercada en torno de tropeles varios,
Á Anteo, Sergesto y á Cloanto el fuerte
Y á otros Enëas ve, que dispersaran
Las olas, y á otras playas los lanzaran.

108.

Allí Enéas y Acátes, recelosos,
Entre alegría y miedo el alma inquieta;
Amigas manos de estrechar ansiosos,
Si bien el trance oscuro los inquieta,
Disimulan, queriendo ver curiosos
De la nube que hueca los sujeta,
Qué suerte ó riesgos recorrido habían;
Dó dejaron la armada; á qué venían.

109.

De cada nave algunos escogidos
Iban, de suplicar con el empleo,
Y acercábanse al templo, dirigidos
Del pueblo entre el confuso clamoreo.
Mas ya que son al fin introducidos,
Y dado hablar, el gran Ilioneo
Con blanda voz, con ánimo tranquilo,
Así tomó de su discurso el hilo:

110.

«¡Gran Reina! á quien los cielos soberanos
Dieron esta ciudad fundar activa,
Y con justicia y con potentes manos
De estos pueblos frenar la gente altiva,
A tí nosotros, míseros Troyanos,
Débil raza, en los mares fugitiva,
Venimos: haz no quemen nuestras naves;
Piadosa mira nuestras penas graves.

111.

Á violar con el hierro no venimos
De los líbicos lares el sagrado,
Ni á allegar presas de la mar salimos,
Arrastrando á la costa lo robado:
Atrevimiento tanto no tuvimos;
Que no cuadra ese orgullo al derrotado:
Hay una tierra (Hesperia la apellida
El Griego) rica, noble y aguerrida.

112.

Enotrios al principio la habitaron;
Y es fama que, despues, sus descendientes
Con nuevo nombre Italia la llamaron
Por Ítalo, señor de aquellas gentes.
Nuestros rumbos allí se encaminaron:
Mas con olas alzándose insolentes
El lluvioso Orión y Austro, bravíos
Nos lanzaron á incógnitos bajíos.

113.

Y de las altas olas, por la cumbre
Vencidos de la mar, por rudas rocas
Dispersos, de esta costa á ver la lumbre
Apénas si llegamos naves pocas.
Mas estos ¿qué hombres son? ¿ó qué costumbre
Bárbara hay en la Patria que hoy evocas,
Que nos niegan la playa y mueven guerra,
Y el amparo nos vedan de la tierra?

114.

Y si os burláis tal vez de los humanos
Y de sus armas sois despreciadores,
Acatad á los Dioses soberanos,
Que del bien y del mal son sabidores.
Á Enéas Rey gozábamos ufanos,
Que en piedad y en justicia superiores
Ningunos en la tierra conocía,
Ni en el valor en que su pecho ardía.

115.

Al cual, si áún el Hado le sustenta,
Y si áun aspira el aura de la vida,
Si del Orco en las sombras no se asienta,
Miedo no cabe en su Nacion querida.
Ni la primera en ser tengas á afrenta
Que empeñe fiel su gratitud rendida,
Que otras ciudades en Sicilia, tiene
Acéstes, que de tiria estirpe viene.

116.

Lícito sea que de la onda fiera
Rota la armada, á tierra la saquemos,
Y en la selva apropiando la madera,
Repararla, labrando nuevos remos.
Entónces, si ya al Rey se recupera
Y los amigos que perdido habemos,
Y la suerte ir á Italia nos da pía,
Al Lacio haremos y á la Italia, vía.

117.

Mas si ventura tanta se nos veda,
Si el Rey de los Troyanos sin venganza,
Libia, en tus mares insepulto queda,
Ni de Iulo nos resta ya esperanza,
Al ménos dad que nuestra flota pueda,
Tornando al mar Sicano con bonanza,
Á Acéstes y á su Reino hacer camino,
Patria encontrando allí de donde vino.

118.

Habló Ilioneo; y la dardania gente
Con baja voz unánime le alaba:
Dido, entónces, afable, brevemente,
Inclinando la faz, les contestaba:
«Teucros, ese cuidado impertinente
Y ese miedo lanzad que el pecho traba:
Mi reino, por ser nuevo y por quien le odia,
Piden tal precaucion, tanta custodia.

119.

Mas ¿quién hablar de Enéas ya no ha oído?
¿Quién de Troya no sabe tan famosa,
Sus Héroes, su valor esclarecido,
Y el fuego de su guerra desastrosa?
No tenemos tan rudo, empedernido
El pecho, ni tan léjos de la hermosa
Cartago, de Sidon hija y tesoro,
El sol engancha sus caballos de oro.

120.

Y ya á Italia sigáis vuestro camino,
Y á los felices campos saturnales,
Ó ya vayáis al Érix, más vecino,
Y á Acéstes y sus techos fraternales;
Seguros desde aquí á vuestro destino
Con mis auxilios partiréis leales;
Y si aquí ponéis término al quebranto,
Vuestra es esta ciudad, que ora levanto.

121.

Sacad, sacad del mar vuestros navíos;
Que no será por mí diferenciado
Nunca el troyano de los tirios míos.
¡Así del viento mismo arrebatado,
Aquí los hados condujeran píos
Al gran Enéas, vuestro rey amado!
Mas yo explorar de Libia haré la tierra,
Por si en una ciudad ó selvas yerra.»

122.

Al discurso alentados lisonjero,
Enéas ya y Acátes el valiente
De la nube salir con pié ligero,
Con ánimo anhelaban impaciente.
Acátes de esta suerte habló primero:
«¿Qué idea, hijo de Vénus, á la mente
Seguro y con los tuyos, ya te asalta?
¡Sólo el que vimos sumergirse, falta!

123.

Todo al anuncio del materno anhelo,
Cuanto sabemos, responder parece,
Hablaba apénas, y de en torno el velo
De súbito se rasga y desvanece.
De pié, á la faz apareció del cielo
Enéas, y en luz clara resplandece;
En el noble y magnánimo semblante,
Á un Dios, y en la estatura, semejante.

124.

Porque la madre al hijo de su vida
El cabello ciñera en resplandores;
Purpúrea luz de juventud florida
Dió á sus ojos y plácidos fulgores.
Tal añade al marfil mano advertida
Nuevo brillo en riquísimas labores;
Ó la plata circunda, ó marmol pario,
Con cerco de oro el diestro lapidario.

125.

Luégo dijo á la Reina, de repente
Y á los demas apareciendo ufano:
«Yo soy á quien buscáis: vedme presente.
Aquí tenéis á Enéas el Troyano,
Que contrastando el huracan valiente,
Pude escapar del piélago africano:
¡Oh, tú, de Troya los trabajos recios,
Sola, que no miraste con desprecios!

126.

Míseros restos de las armas griegas
A nosotros, por tierras y por mares,
Que ya las iras agotamos ciegas
De la suerte, sin patria, sin hogares,
Á tu pueblo, y tus casas nos agregas:
Gracias, de que benigna nos amparas
Dignas, á darte ¡oh Dido! no bastamos
Ni cuantos Teucros por el mundo erramos.

127.

Los Dioses, si han respeto á la clemencia,
Si tiene la justicia algun asiento,
Den, y tu alma, del bien con la conciencia,
Digno premio á tu gran merecimiento.
¿Qué siglos á tu espléndida ascendencia
Dar alegres pudieron nacimiento?
¿Ó qué padres tan altos te engendraron,
Y en hija tal gloriosos se miraron?

128.

Miéntras los rios á la mar corrieren;
Miéntras la cima con sombrosas huellas
De los montes los árboles cubrieren;
Miéntras sustente el cielo las estrellas,
Tu nombre y tu esplendor será que imperen
Y la alabanza de tus glorias bellas;
Y á do quier que me lance Hado enemigo,
Siempre las llevaré, Reina, conmigo.

129.

Así dijo, y la diestra dió á Ilioneo,
Y á Seresto la izquierda tiende en tanto,
Y á otros despues, colmando su deseo,
Y al fuerte Gías, y al audaz Cloanto.
Absorta Dido al ver el noble arreo
Del Héroe, al contemplar prodigio tanto
Como así le esclarece y manifiesta,
Paróse; mas por último contesta:

130.

Hijo de Diosa: ¿qué destino triste
Te trae por riesgos tantos perseguido?
¿Qué violencia tan bárbara te embiste,
Y á estas playas crueles te ha impelido?
¿No eres tú aquel Enéas, que naciste
Por la divina Vénus concebido,
Del claro Anquíses, de dardania gente,
Allá, orillas del frigio Simoente?

131.

Acuérdome, por cierto, de que un día
Á Teucro ví en Sidon, del patrio suelo
Lanzado, y que otro reino pretendía
Con el auxilio establecer de Belo:
Éste, mi Padre, entónces sometía
Á Chipre vencedor con largo duelo:
Desde entónces conozco á los Troyanos,
Y tu nombre y los Griegos inhumanos.

132.

Y áun de aquellos el huesped ensalzaba,
Aunque enemigo, los heróicos hechos,
Y venir de su estirpe propalaba.
Entrad, jóvenes, pues, en nuestros techos;
Que aquí la suerte de fijarme acaba,
Por ese afan pasando esos estrechos;
Y desde que el dolor he conocido,
Aprendí á socorrer al desvalido!

133.

Dice y á Enéas al palacio guía,
Dando á los Dioses víctimas sin cuento:
Toros veinte á los náufragos envía,
Del cerdoso animal canales ciento:
Cien gruesos recentales añadía
Con sus madres, sabroso bastimento,
Y el corazon para alegrarles flaco
El don copioso del alegre Baco.

134.

Con lujo real, de servidores tropas
Para el convite en tanto apresuradas
Preparan el palacio: son las ropas
De roja altiva púrpura labradas;
De plata brillan en las mesas, copas,
Y en oro, de los Padres cinceladas,
Proézas, de do arranca su memoria,
Larga serie, y en héroes larga historia.

135.

Miéntras, Enéas (sosegar primero
El paternal amor no le consiente),
Al fiel Acátes despachó ligero
Á sus ancladas naves y su gente,
Para que, de estas nuevas mensajero,
Á su Ascanio le traiga diligente:
Del tierno padre en el amado niño
Todo el cuidado está, todo el cariño.

136.

Dones, que de Ilión salvó en la ruina,
Manda tambien traer, crujiente manto
De áureos signos, de forma peregrina,
Velo con hojas de purpúreo acanto:
Cuando desde Micena á Ilión camina,
De Helena fueron ornamento, en tanto
Que bodas trama que el honor le veda:
Dádiva aquéllos de su Madre Leda.

137.

Tambien el cetro que llevar solía
Ilione, la mayor de las princesas
De Príamo, el collar de gran valía
De ricas perlas orientales, gruesas;
Y la corona que oro y pedrería
Esmaltan en hileras dos, espesas;
Todo lo cual á acelerarlo junto,
Para las náos Acátes sale al punto.

138.

Vénus maquina miéntras incesante
Artes nuevas, y un plan trama atrevido:
Que de Ascanio apropiándose el semblante,
Del dulce niño en vez, vaya Cupido.
Que á la Reina, las dádivas delante
Rinda, y el pecho inflame conmovido;
Un incendio insinúandole en los huesos:
Teme del hospedaje los sucesos.

139.

La fe dudosa y la doblez recela
De los Tirios; de Juno el torvo ceño
Inquiétala, y de noche la desvela,
Turbando ardiente afan su blando sueño.
Y al alígero Amor al fin revela
De esta manera el maternal empeño:
«Hijo, mis fuerzas todas, hijo mío;
Que eres solo mi inmenso poderío,

140.

Tú el solo á quien no espanta del Tonante
El rayo abrasador que hundió á Tifeo;
Á tí vengo, á tí imploro suplicante
En el cruel estrecho en que me veo:
Cuántos mares y playas cruzó errante
Tu hermano Enéas, mísero trofeo
De las iras de Juno, bien supiste;
Que llanto á veces á mi llanto diste.

141.

Hoy, la fenicia Dido con lenguaje
Blando le acoge, afable le entretiene;
Pero temo de Juno el hospedaje;
Ni sé donde á parar su intento viene.
Ni cesará de renovar su ultraje
En la ocasion que el Hado le previene:
Con un ardid anticiparme pienso,
Y á la Reina, de amor cercar inmenso.

142.

Porque no otra Deidad mude su mente;
Ántes cual yo le amo, halagadora
Al grande Enéas ame ciegamente.
Las trazas de lograrlo escucha ahora:
Al paternal mandato diligente,
Á la regia Ciudad do Dido mora,
Presto debe partir mi amado nieto,
De mi materno afan máximo objeto.

143.

Ricos presentes lleva, perdonados
Por el mar, y de Troya por las llamas.
Dormido, yo en los bosques apartados
De Citéres ó Idalia entre las ramas
Le esconderé, mis planes acordados
No turbe presentándose, ó mis tramas:
Tú, una noche á engañar, no más, me asiste:
Niño, de un niño la apariencia viste.

144.

Y cuando en el regazo te mirares
Do alegre, incauta acogeráte Dido,
Entre las reales mesas y manjares
Y de Baco el licor apetecido;
Cuando abrazos te diere, y á millares
Libe en tus labios ósculo encendido,
Tú, engañador, inspírale entre tanto
Oculta llama, venenoso encanto.

145.

Obedece el Amor á Citerea;
De las alas despójase, y contento
Para cumplir la proyectada idea,
De Iulo imita el paso y movimiento.
Vénus á Ascanio miéntras le recrea,
Sueño en sus miembros insinuando lento,
Y al bosque que en su Idalia, allá, se eleva,
En su seno abrigado se le lleva.

146.

Do con flores, la blanda mejorana,
Y fresca grata sombra, le rodea.
Á la voz obediente soberana
Cupido, el régio don del Padre Enea,
Á la Reina en llevar presto se ufana,
Y al tirio pueblo que á Cartago crea;
Y aunque del cambio Acátes ignorante,
Mostrándole el camino, va delante.

147.

Miéntras vuelve, la Reina en su palacio
Una soberbia estancia disponía,
Con sedas y oro; en medio de su espacio
Ella su propio asiento establecía.
Llega Enéas en tanto, sin despacio,
Y la troyana juventud que guía;
Y sobre lechos de tendida grana
Él con su alegre tropa se arrellana.

148.

Danles los pajes limpios aguamanos;
Sacan el pan de coronadas cestas;
Tersos manteles, sin vellon ni granos,
Tienden sobre las mesas bien dispuestas.
Dentro cuidan, con bríos bien lozanos,
De las viandas, ágiles y prestas
Cincuenta mozas, dando en humo denso
Á los Penates oloroso incienso.

149.

Otras ciento, con cien á ellas iguales
En edad, servidores y mancebos,
Ponen las copas en las mesas reales,
Y las recargan con manjares nuevos.
Penetran multitud en los umbrales
Tirios alegres, jóvenes, grandevos,
Y en los pintados lechos se colocan,
Que por órden y número les tocan.

150.

Admirados contemplan los presentes
De Enéas, y tambien á Iúlo admiran;
Ven las facciones de su rostro ardientes,
Y sus palabras que á engañar conspiran.
Su vestidura y manto relucientes
De rojo acanto recamadas miran:
La Reina, en especial, cede al engaño
Que ha de labrar ¡oh mísera! su daño.

151.

No se sacia su mente ni su vista,
Y sólo contemplándole se abrasa;
El regio don su voluntad conquista,
Y el niño, amor del Padre y de su casa,
El cual, para que Enéas no resista,
Pende en su cuello, abrázale sin tasa,
Y en el mentido Padre el fuego prende,
Que en grande llama del amor le enciende.

152.

Dido entre tanto absorta, embebecida,
De él con alma y con ojos pende toda;
Acógele en su seno inadvertida;
De darle allí calor no se incomoda.
¡No sabe de qué Dios es invadida!
¡Cuán grande, y cuál domina, y se acomoda!
Él de su Madre las mañosas artes
Recuerda, y va infiltrándolas por partes.

153.

Poco á poco la imágen de Siqueo
Debilitando, por borrarla empieza:
Tienta luégo en poner nuevo deseo,
Porque de aquél trastorne la firmeza;
Y á ambos, ya desusados de Himeneo,
Del corazon rebelde la dureza
Y los discordes ánimos doblegue,
Y á otra coyunda á someterlos llegue.

154.

Despues que la primer pausa al convite
Dada fué, ya las mesas levantadas,
Anchas copas preséntales de envite,
De vino y frescas flores coronadas.
Grande estrépito allí, que se repite
Por los átrios; las lámparas colgadas
De los dorados artesones penden;
Vencen la noche con la luz que extienden.

155.

Ancha copa, cuajada en perlas y oro,
Pide la Reina, y cólmala de vino,
La cual de Belo fué rico tesoro,
Y de la prole que por él provino.
Alto silencio impuesto ya en el coro,
Dido prorumpe: «¡Oh Júpiter divino!
Pues que la sacra ley del hospedaje
Tú sólo das, y guardas sin ultraje,

156.

Haz, te ruego, que plácido este día
Por siempre sea á Tirios y Troyanos,
Y grata, eterna su memoria pía
Renueven nuestros nietos más lejanos.
Asístanos, dador de la alegría
Baco, y Juno propicia, á estos arcanos:
Vosotros, Tirios, con el pecho abierto,
Aplaudid y ensanchad este concierto.»

157.

Dijo, y la mesa roció primera
Del vino aquel, honor de los licores;
Luégo, á sus labios la llevó ligera,
Y á Bicias, porque hiciese los honores,
Dióla espumante: cógela, y entera
Á pechos se la echó con mil amores:
Y en pos de él otros próceres sus copas,
Hasta que bien trenzado, alzóse Yópas.

158.

El cual, pulsando la acordada lira,
Cantó lo que enseñára el gran Atlante:
Los trabajos del sol, que raudo gira,
El viaje cierto de la luna errante:
De dó es el bruto, al hombre quién inspira
La blanda lluvia, el fuego chispeante,
Arturo, y los lluviosos nubarrones
De las Hiadas, dobles los Trïones;

159.

Por qué así el sol de invierno va, sin calma
Y contino, á bañarse al Océano;
Qué tarda detencion la noche encalma
Y al lento amanecer tiene lejano.»
Rompen los Tirios con batiente palma,
Sigue, aplaudiendo, el escuadron troyano:
Dido, hablando, la noche entretenía:
Incauta, amor sin término bebia.

160.

De Príamo mil cosas preguntaba
Y de Héctor, el perínclito, otras muchas:
Cuál de la Aurora el hijo guerreaba,
Ó qué armas trajo á las sangrientas luchas;
Ó bien inquiere la fiereza brava
De los caballos de Diomédes; duchas
Si eran de Aquíles las guerreras artes;
Cuán grande fuese y fiero en todas partes.

161.

Y hasta..... «¡Oh huésped! (curiosa le interpela)
Dínos por fin las griegas asechanzas;
Desde su propio orígen, nos revela
Las catástrofes, casos y venganzas
De los tuyos: si acaso te consuela,
Dinos áun tus errores y mudanzas:
Que desque tierra y mar así fatigas,
Dió Estío siete veces sus espigas.

FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA.

Á LA ILUSTRE

ACADEMIA ESPAÑOLA.

RESPETUOSO HOMENAJE

DE SU MÁS HUMILDE CORRESPONDIENTE AMERICANO.

¿No veis? ¿No oís? ¡Qué confusion! ¡Qué estruendo!
¡Tiempos de prueba son, de error y espanto!
No con furia mayor negra tormenta,
Las pavorosas alas extendiendo,
Anubla toda luz, ruge violenta,
Desata el huracan, el rayo impulsa
En fragoroso vuelo,
Hace del firmamento hoguera infanda,
Y colérica manda
Estragos á la tierra, injuria al cielo;—
Que, en demente rugir y saña impía,
Las humanas pasiones
Sus furibundas huestes descadenan,
Cual precitas legiones;
Y eco de la tartárea rebeldía,
En blasfemo clamor el orbe atruenan.
¡Ay, que sólo el humano al cielo agravie!
¡Que atente él solo á tanto!
Y ni el mísero pecho le intimida
Ver cuál presagia destruccion y espanto
Naturaleza toda conmovida!
El cielo, el mar, el viento,
Rugiendo enfurecidos,

Rechazan con horror el torpe acento;
Y la tierra indignada
Bajo el poder impío
De la planta procaz que la envilece,
Pavorosa rodando en el vacío,
Sorda temblar y rechinar parece;
Como, á merced del Ponto abandonada,
Al estruendoso combatir bravío
De la marina gente rebelada,
Cruje mísera nave y se estremece.
¡Oh ambicion de poder y de renombre!
¡Que al cielo olvides en tu loco empeño,
Y pongas tu victoria
En el aplauso efímeró del hombre!
¡Ay, tanta sed, y el manantial un sueño!
¡Tanta batalla, y el botin escoria!
¿Dónde, torpe egoísmo,
Osas llevar el ala?
¿Adónde, orgullo humano,
Descadenado vas, si no al abismo,
Cuando para trepar pides ¡insano!
A la ignorancia y la soberbia escala?
Luminosa deidad, Ciencia divina,
¿Y qué es de tí? ¿Del orbe por afrenta
Yaces cautiva en ásperos breñales;
Y, cual despojos de su triunfo, ostenta
La Blasfemia tus alas inmortales?
Espíritu del Orco, ¡ay! vanamente
Con olímpicas plumas te aderezas,
Y el vuelo al refulgente
Astro de la Verdad ciego enderezas!
¿Quién nubla el sol, quién contra Dios potente?
Bienhadado el mortal á quien lumbrera
Fúlgida presta el sol hermoso y claro
De la cristiana Fe; que en rumbo cierto
Al linde va de la vital carrera,
Como atento el piloto al dulce faro,
Fácil encuentra el suspirado puerto.
Feliz quien de la vida en el camino
Busca el deber; y, la ventura hallando,
Vuélvese á alzar de bendicion tributo
A aquel que supo dar el bien por fruto,
A la santa virtud, árbol divino!

Así teje su nido el avecilla,
Y por el bien que prueba, en voz sencilla
A Dios bendice al modular su trino;
Así se huelga el tímido arroyuelo
De su propio frescor, que á otros reserva,
Y sus orillas, en ofrenda al cielo,
De flores viste y regalada hierba.
¡Bienhadados vosotros,
Dignísimos Varones,
Cuando á la sombra de este augusto techo,
Llena el alma de fe, de paz el pecho,
Os amparais del mundo y sus pasiones!
No la que encienden la ambicion, la ira,
Devastadora llama,
Donde amor y esperanza se consumen,
Refleja en vuestras sienes y os inspira:
La que esplende al saber sólo os inflama,
El sagrado deber es vuestro númen,
Dulce vuestro afanar; y de las letras
Por el ameno campo discurriendo,
Como en era florida,
Purificais el néctar soberano
Que da al ingenio duradera vida;
Y al par, en la áurea copa reluciente
De las divinas musas,
La viva sed regala al diligente
Huésped cortés del Pindo castellano.
Tal la oficiosa abeja,
Maestra de virtud, de fe tesoro,
Cual santa desposada en su clausura,
Fuera bramar las tempestades deja;
Y, humilde á Dios, depura
Su generosa miel en celdas de oro.
¡Oh grata, oh nobilísima tarea,
A Dios acepta, del mortal delicia,
Amor de la virtud, á quien recrea,
Honor y galardon de la justicia!
Contra la densa noche tenebrosa
Del error y los tiempos que ya fueron,
Las artes del saber todas os dieron
Brújula fiel y antorcha luminosa.
Y por vosotros, de ella rescatada,
Clara la noble frente

Vuelve á alzar la verdad, ántes cautiva;
Cual burla la doliente
Cierva el poder de la opresora fiera,
A quien pasma el fulgor de lumbre viva
Que súbito en sus antros reverbera.
Por vosotros las joyas litigadas
De los antiguos vates opulentos
(En rimero precioso
Por la mano del tiempo aglomeradas)
Tornan á sus gloriosos monumentos;
Y al relucir de nuevo en su corona,
En torno á los sarcófagos se siente
De sacras liras el tañer cadente
Que himnos de amor y gratitud entona.
Por vosotros su prístina pureza,
Donaire y melodía
Guarda el romance popular; y el mundo,
Como en un tiempo cuando Dios quería,
Oye en sonora rima la alabanza
Del honor y la gloria, y el fecundo
Poder del Sér Supremo,
Y cuanto bien divino al hombre alcanza:
Ya la noche serena, con su cielo
«De innumerables luces adornado»;
Ya la campestre descansada vida,
De ánsias ajena, libre de cuidado,
«De ódio, de esperanza, de recelo»;
Ya las sentidas quejas
Del trovador que endecha sus amores,
Y el eco, que resuena en los alcores,
Del trémulo balar de las ovejas,
Y «el dulce lamentar de los pastores»;
Ya el cantar soberano,
Que ensalza al Creador, que, en merecido
Castigo, hundió en el polvo al lusitano,
De cuyo altivo orgullo hoy sólo queda
«Voz de dolor y canto de gemido.»
Y por vosotros el adusto suelo,
Donde es muralla el Ande al mar, y en donde
Hace el sol pernoctar su plaustro de oro,
Los himnos mueve de su amor al cielo
En culta frase y modular sonoro;
Y á vuestra voz responde,

Como un eco de gloria, en las lejanas
Tropicales montañas guarecido,
De ese remoto, pero no en olvido,
Renombre de las letras castellanas.
¡Oh, si viniera del repuesto seno
De alguno de mis montes seculares
Un eco á mí tambien de los cantares
Que de Alcino sonaron y Tirreno!
¡O del cisne que vió Torrelaguna
En sus aguas nacer, y á la doliente
Tórtola querellando, juntamente
El rigor lamentó de su fortuna!
U oyera de tu plectro esclarecido,
«Que del oro y del cetro pone olvido»,
Una endecha sonar, una armonía,
¡Oh divino Leon, delicia mia!
Tal vez probara á remedar su acento
En mi agreste laud americano,
A templar mi rudez tan sólo atento,
No insensato á emular gloria tan alta,
Que áun ingenio mayor lo osara en vano.
Y pues destello de saber alguno
Ni á mí me acude ni á vosotros falta,
No en ímpetu importuno
Al templo de Minerva alzara el vuelo.
Del que arrancó á la mar Colon un dia
Mundo de bendicion, las no emuladas
Majestuosas escenas os diría:
Y aquí vierais sus fuentes cristalinas,
En cuyo seno el oro reverbera,
De sierras descender, al sol vecinas,
Tesoros á sembrar en la pradera;
Allí verde plantío
De hojosos y apiñados bananeros,
En la tendida vega, á par del rio,
Eterna proclamar la primavera;
La coronada frente
Acá alzar sus adultos cocoteros,
Con resonantes verdes abanicos
Fresco tornando el bochornoso ambiente,
Miéntras en torno de su copa enhiesta
Néctar ofrecen y manjares ricos,
Que el fuego templan de la ardiente siesta:

Y allá de sus jabillos y bucares
Entrelazarse con amor los brazos,
Sombra y amparo dando tutelares
Al árbol generoso que tu fama,
Bella Carácas, sin rival proclama,
Y colmando las ánsias del deseo,
De mortales y dioses es recreo (1).
Vierais en verde vário sus piñales,
Y el fruto apetecido
(Como á augurar deleites al sentido)
El aire todo, desde el alta loma,
Embalsamar con su incitante aroma;
Sus huertos de maíz y algodonales
En cambiante ondear de nieve y gualda;
Sus flores, imitar las avecillas;
Sus mares, como pampas de azulillas;
Sus pampas, como mares de esmeralda.
Y al levantar vuestra mirada al cielo.....
¡Oh Colon, oh Colon! ¿en qué fecundo
Seno del infinito, y con qué encanto,
Tanta fúlgida joya hallar pudiste,
Como, en gaje nupcial, prender quisiste
A tu vírgen América en su manto?
¿Y ha de ser que sufoque el estro santo
En que la gloria de Colon me enciende,
Y con pausada nota
El numeroso verso sustituya,
Que el pecho me alborota,
Y del trémulo labio
Como armoniosa lava se desprende?
¿Pues qué gloria jamas como la suya?
No es esá la que esplende
En el fulmíneo acero del combate;
No la que al mundo el retronar pregona
Del ronco obus, cuando el estrago extiende;
No la lleva el terror de zona en zona:
Su gloria está en el cielo americano,
Escrita en caractéres rutilantes
Sobre vivo zafiro;
Aclama Orion su nombre soberano,

(1) *Theobroma*, que vale *alimento de los dioses*, es el nombre científico dado por Linneo al cacao.

Cuando de las distantes
Ondas del Sur alza la sien de plata,
Y en vívidos destellos se desata;
Lo aclama al Ecuador Cáncer ardiente;
Y allá en séptuple cifra centellea,
Donde al Bóreas el Ande se aproxima,
Cuando de éste en la mole gigantea
Firme apoyo buscando,
Al traves de las pompas de la noche
Llega la Osa espléndida, en su cima
A reclinar el fatigado coche.
No áureo papiro ni obelisco vano;
Página de su historia
Es la vasta extension de todo un mundo,
Y el grandioso Oceano
El pregonero eterno de su gloria:
Cual de númen fecundo
En su cerúleo alcázar agitado,
Sonorosas, vibrantes,
Cual las cuerdas de un arpa de zafiro,
Sus infinitas ondas resonantes
Mueve, despide en incansable giro,
Y en voz solemne y santa
De Hórnos á Béring su epopeya canta.
¡Oh ligur inmortal! Más que á ninguna,
De amor y admiracion demanda ofrenda
A mi modesta lira tu memoria.
Tres voces oigo requerirme al canto,
Como quiso tres veces la fortuna
La rueda atar de mi ignorada suerte
Al plaustro de tu espléndida victoria,
Al plaustro de tu cuna,
Al plaustro noble y fuerte
En que á domar el piélago iracundo,
Nuevo Neptuno, te impulsó, en alarde
De su pujanza nunca contrastada,
El más glorioso cetro que hubo el mundo,
El que á Cristo, en Granada,
Postró la luna, como el sol más tarde;
Y hubiera las estrellas sometido,
Si contrarias tambien hubieran sido.
¡Oh gloria de la Cruz! ¡Oh gran centuria!
Sí, tres voces, Colon, á tí me mueven,

De América, de Hesperia y de Liguria.
Y muéveme tambien la Fe cristiana
Que á tí los hijos de los Andes deben,
Llave que darles tu largueza quiso,
Al par con la del nuevo paraíso,
Porque el cielo tambien te abran mañana.
¿Quién jamas como tú sobre la tierra?
¡Y que no mire el hombre
El divino designio que se encierra
En la breve escritura de tu nombre!.....
¡Oh paloma, de Cristo mensajera! (1)
Gózate de mi voz allá en tu esfera.
Y, pues, es ménos fácil, el sentido
Regalar del mortal, y me va tanto
En segar un laurel que al nombre cuadre
De la que fué tu hija, y es mi madre,
Hoy aquí en este claustro esclarecido
Del arte del decir, donde florecen
Los granados ingenios á porfía,
Paga ese amor ¡oh sombra veneranda!
Prestando aliento á la flaqueza mía.
Que me dé un rayo de su lumbre, manda
Al sol que nuestros cielos atavía;
Al indigo y nopal, que sus colores
A mi paleta den; dé á mi garganta
Sus no aprendidos místicos loores
La devota avecilla
Que allí el nombre de Dios pronuncia y canta,
De las índicas selvas maravilla;
Y su gayo plumaje
Me den tambien las que en vistoso bando
Alegran la montaña, colorando
De samanes y ceibas el ramaje.
Así el hijo de América se ostente,
Ajeno á toda pompa brilladora,
Sólo de galas rústicas ceñido;
Que al que de Dios la humilde ley adora
No le están bien coronas en la frente,
Ni púrpura, ni oro en el vestido.
Así destello ni matiz le falte:

---

(1) Traduccion literal de *Christo-phoro Colombo*, legítimo nombre del inmortal genovés.

Hoy bosqueje los cielos, hoy el río,
Los juncos nuevos ó el copey vetusto;
Que prestado atavío
No cumple mendigar, ni ajeno esmalte,
Á quien tiene un minero en cada arbusto.
Así el amor del cielo ardiente y pío,
De sus cantares destellar se vea:
Así su voz, de este recinto augusto,
Y de América, digna á un tiempo sea.

José Antonio Calcaño.

INDICE.

Páginas.

Acta de la Junta ordinaria que celebró la Real Academia Española el juéves 15 de Febrero de 1872. 5

Canto tercero de las *Lusiadas*, de Luis de Camóes, puesto en verso castellano, y dedicado á la Real Academia Española, por un emigrado en Portugal. 12

Fraternidad de los idiomas y de las letras de Portugal y de Castilla, por D. Leopoldo Augusto de Cueto. 44

Las Cantigas del Rey Sabio, por D. Juan Valera. 142

D. Antonio Aparici y Guijarro. — Discurso necrológico escrito para la Real Academia Española, por D. Cándido Nocedal. . 179

Apuntes para un discurso, por D. Antonio Aparici y Guijarro. 241

Academias americanas correspondientes á la Española, por don Fermin de la Puente y Apezechea. 274

Sobre el género gramatical de la voz nueva *tramvia*. 290

Oracion fúnebre que, por ruego y encargo de la Academia Española, y en las honras solemnes de Miguel de Cervántes y demas ingenios españoles, pronunció en la iglesia de Religiosas Trinitarias de Madrid, el dia 23 de Abril del año de 1873, el Ilmo. y Excmo. Sr. Dr. D. Fr. Jacinto María Martinez y Saez, obispo de la Habana. 307

Breves consideraciones acerca del idioma válaco, ó romance oriental, comparado con el castellano y demas romances occidentales. — Informe leido en la Real Academia Española, en junta ordinaria del 5 de Marzo de 1868, por su redactor, el individuo de número Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau, sobre el *Peregrinulu transelvanu*, obra escrita en lengua válaca, ofrecida por su autor á dicha corporacion. 340

Discurso del Excmo. Sr. D. Antonio Benavides, leido en el acto de su recepcion pública en la Academia el dia 24 de Noviembre de 1872. 367

Páginas.

Contestacion al anterior discurso del Excmo. Sr. D. Antonio Benavides, por el Excmo. Sr. Marqués de Molins, director de la Academia.. 398
Del drama lírico y de la lengua castellana como elemento musical. — Discurso leido por el académico D. Antonio Arnao, en el acto de su pública recepcion, el dia 30 de Marzo de 1873. 425
Contestacion al precedente discurso de D. Antonio Arnao, por el académico D. Antonio María Segovia. 466
Apéndice. 500
Discurso leido por D. Luis Fernandez-Guerra y Orbe, en el acto de su recepcion pública, el dia 13 de Abril de 1873. . . 504
Contestacion por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe. . . 551
Eneida de Virgilio, traduccion, por D. Fermin de la Puente y Apezechea. 594
A la ilustre Academia Española. — Respetuoso homenaje de su más humilde correspondiente americano, por D. José Antonio Calcaño. 648

ERRATAS NOTABLES

EN EL CUADERNO NÚMERO 13.

Página 70; *línea* 21.

Dice:

Aqueste Emperador á ssa moller queria mui gran ben,
E ella outrosí á él amava mais que outra ren,

Léase:

Aquest'Emperador a sa moller queria mui gran ben,
Et ela outrossi a el amaua mais que outra ren,

Pág. 75; *lín.* 3.

Dice:

Depois o Emperador se foi á muy pouca de razon,
Caton, seu irmão, á ssa moller, e namorouse enton
Dela;

Léase:

Depoil o Emperador se foi; a mui pouca de sazon
Catou seu irmão a ssa moller, e namorou-s' enton
D'ela;

Pág. 79; *lín.* 15.

Dice:

E que senpre ben saiba

Léase:

Et que senpre ben sabia

Id.; *lín.* 17.

Dice:

Que os que mio fillaren

Léase:

Que os que mi o fillaren

Id.; *lín.* 36.

Dice:

E de muy pedidor...

Léase:

Et e muy pedidor...

Pág. 80; *lín.* 10.

Dice:

Non preçan cuantum par,

Léase:

Non preçan quant' un pan,

Pág. 113; *lín.* 18.

Dice:

SIGLO XVII,

Léase:

SIGLO XVIII,

VIII. 47

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

CUADERNO 13.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.
1873.

ACADÉMICOS DE NÚMERO.

Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, *Director.*
Excmo. Sr. D. Manuel Breton de los Herreros, *Secretario.*
Excmo. Sr. D. Joaquin Mencos, Conde de Guendulain.
Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura.
Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, *Censor.*
Sr. D. Ramon Mesonero Romanos.
Sr. D. Antonio María Segovia.
Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan.
Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, *Vocal adicto.*
Ilmo. Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea.
Excmo. Sr. D. José Caveda.
Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, *Bibliotecario.*
Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, *Tesorero.*
Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete.
Sr. D. Manuel Tamayo y Báus.
Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal.
Excmo. Sr. D. Tomás Rodriguez Rubí.
Sr. D. Francisco Cutanda.
Sr. D. Ramon de Campoamor.
Ilmo. Sr. D. Juan Valera.
Sr. D. Antonio García Gutierrez.
Excmo. Sr. D. Enrique de Saavedra, Duque de Rivas.
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.
Excmo. Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala.
Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas.
Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.
Sr. D. Cayetano Fernandez.
Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga.
Excmo. Sr. D. Antonio Benavides.
Sr. D. José de Selgas y Carrasco, electo.
Sr. D. Emilio Castelar, electo.
Excmo. Sr. D. Agustin Pascual, electo.
Sr. D. Luis Fernandez-Guerra y Orbe, electo.
Sr. D. Antonio Arnao, electo.
Sr. D.....

OBRAS PUBLICADAS

por la Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, número 26, y en la librería de Moya y Plaza, calle de Carretas, número 8.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. — *Rs. vn.*	En rústica. — *Rs. vn.*	En papel — *Rs. vn*
Diccionario de la lengua castellana, undécima edicion. .	70	»	60
Gramática de la lengua castellana.	»	15	»
Compendio de la misma, destinado á la segunda enseñanza.	»	4	»
Epítome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental.	»	2	»
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana. . . .	»	3	»
Discursos de recepcion de la Academia Española: tres tomos en 8.° mayor, cada uno.	»	20	»
Obras poéticas del *Duque de Frías*, un tomo en 4.° mayor, edicion de todo lujo.	»	40	»
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego*, un tomo en 8.° prolongado.	»	20	»
El Fuero Juzgo en latin y en castellano, un tomo en fólio.	32	»	»
El Siglo de Oro, de D. Bernardo Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo.	16	»	»
El Fuero de Avilés, con el texto en facsímile, sus concordancias y su vocabulario, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.	»	20	»
BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES.			
La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, con un prólogo é ilustraciones de D. Antonio Ferrer del Rio, dos tomos.	»	30	»
Farsas y églogas de Lúcas Fernandez, con un prólogo é ilustraciones de D. Manuel Cañete, un tomo.	»	12	»
Comedias escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcon, con un prólogo y juicio crítico de ellas, de D. Isaac Nuñez de Arenas, tres tomos.	»	36	»
Comedias escogidas de D. Pedro Calderon de la Barca, con un prólogo y juicio crítico de sus obras, por D. Patricio de la Escosura, tomos I y II.	»	24	»

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática* y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100 de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía*, tomando de una vez 200 ó más ejemplares.

Respecto de la *Biblioteca de clásicos españoles*, obtendrán los libreros las siguientes rebajas: desde 1 á 25 ejemplares, un 10 por 100; desde 26 á 50, un 12 por 100; desde 51 en adelante, un 15 por 100.

SUMARIO DE ESTE NÚMERO.

Páginas.

Acta de la Junta ordinaria que celebró la Real Academia Española el juéves 15 de Febrero de 1872. 5

Canto tercero de los Lusiadas de Luis de Camóes, puesto en verso castellano y dedicado á la Real Academia Española por un emigrado en Portugal. 12

Fraternidad de los idiomas y de las letras de Portugal y de Castilla, por el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto. 44

Las Cantigas del Rey Sabio, por el Excmo. Sr. D. Juan Valera. . . 141

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid : Librerías de Durán, Carrera de San Jerónimo; Bailly-Baillière, plaza de Topete (ántes de Santa Ana); D. Leocadio Lopez, calle del Cármen; Moya y Plaza, y Cuesta, calle de Carretas; Gaspar y Roig, y Escribano, calle de Izquierdo (ántes del Príncipe).

En Provincias : En las principales librerías.

PRECIO Y CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

En Madrid.—La suscricion no se hará por ménos de cuatro *cuadernos*, que formarán tomo completo. Cada mes se repartirá un cuaderno, por el cual pagará el suscritor. . . . . 8 rs.

Un cuaderno vendido suelto. 10

Satisfaciendo adelantado el importe de un tomo, se pagará solamente. 30

En las provincias é islas adyacentes.—Por un mes (franco el porte). 10

Por el número suelto (id.). 12

En las Antillas españolas.—Cada cuatrimestre, franco de porte, enviando libranza.. 45

Suscribiéndose en casa de los Comisionados. 50

En Filipinas y la América española.—El cuatrimestre, franco.. 60

En el Extranjero.—Id. id.. . . . . 25 frs.

ó su equivalente.

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

CUADERNO 14.

MADRID,
IMPRENTA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1873.

ACADÉMICOS DE NÚMERO.

Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, **Marqués de Molins**, *Director*.
Excmo. Sr. D. Manuel Breton de los Herreros, *Secretario*.
Excmo. Sr. D. Joaquin Mencos, Conde de Guendulain.
Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura.
Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, *Censor*.
Sr. D. Ramon Mesonero Romanos.
Sr. D. Antonio María Segovia.
Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan.
Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, *Vocal adicto*.
Ilmo. Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea.
Excmo. Sr. D. José Caveda.
Ilmo. Sr. D. Aurcliano Fernandez-Guerra y Orbe, *Bibliotecario*.
Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, *Tesorero*.
Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete.
Sr. D. Manuel Tamayo y Báus.
Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal.
Excmo. Sr. D. Tomás Rodriguez Rubí.
Sr. D. Francisco Cutanda.
Sr. D. Ramon de Campoamor.
Excmo. Sr. D. Juan Valera.
Excmo. Sr. D. Antonio García Gutierrez.
Excmo. Sr. D. Enrique de Saavedra, Duque de Rivas.
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.
Excmo. Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala.
Excmo. Sr. D. Antonio de los Rios y Rosas.
Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.
Sr. D. Cayetano Fernandez.
Excmo. Sr. D. Salustiano de Olózaga.
Excmo. Sr. D. Antonio Benavides.
Sr. D. Antonio Arnao.
Sr. D. Luis Fernandez-Guerra y Orbe.
Sr. D. José de Selgas y Carrasco, electo.
Sr. D. Emilio Castelar, electo.
Excmo. Sr. D. Agustin Pascual, electo.
Sr. D. José Godoy y Alcántara, electo.

OBRAS PUBLICADAS

por la Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, número 26, y en la librería de Moya y Plaza, calle de Carretas, número 8.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. — Rs. vn.	En rústica. — Rs. vn.	En papel — Rs. vn
Diccionario de la lengua castellana, undécima edicion. .	70	»	60
Gramática de la lengua castellana.	»	15	»
Compendio de la misma, destinado á la segunda enseñanza.	»	4	»
Epítome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental.	»	2	»
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana. . . .	»	3	»
Discursos de recepcion de la Academia Española: tres tomos en 8.° mayor, cada uno.	»	20	»
Obras poéticas del *Duque de Frias*, un tomo en 4.° mayor, edicion de todo lujo.	»	40	»
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego*, un tomo en 8.° prolongado.	»	20	»
El Fuero Juzgo en latin y en castellano, un tomo en fólio.	32	»	»
El Siglo de Oro, de D. Bernardo Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo.	16	»	»
El Fuero de Avilés, con el texto en facsímile, sus concordancias y su vocabulario, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.	»	20	»
BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES.	»	30	»
La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, con un prólogo é ilustraciones de D. Antonio Ferrer del Rio, dos tomos.	»	12	»
Farsas y églogas de Lúcas Fernandez, con un prólogo é ilustraciones de D. Manuel Cañete, un tomo.	»	36	»
Comedias escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcon, con un prólogo y juicio crítico de ellas, de D. Isaac Nuñez de Arenas, tres tomos.	»	24	»
Comedias escogidas de D. Pedro Calderon de la Barca, con un prólogo y juicio crítico de sus obras, por D. Patricio de la Escosura, tomos I y II.			

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática* y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100 de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía*, tomando de una vez 200 ó más ejemplares.

Respecto de la *Biblioteca de clásicos españoles*, obtendrán los libreros las siguientes rebajas: desde 1 á 25 ejemplares, un 10 por 100; desde 26 á 50, un 12 por 100 desde 51 en adelante, un 15 por 100.

SUMARIO DE ESTE NÚMERO.

Páginas.

D. Antonio Aparisi y Guijarro. Discurso necrológico, por el Excelentísimo Sr. D. Cándido Nocedal. 179

Apuntes para un discurso, por el Excmo. Sr. D. Antonio Aparisi y Guijarro. 241

Academias americanas correspondientes de la Española, por el Ilustrísimo Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea. 274

Sobre el género gramatical de la voz nueva tranvía, por el Excelentísimo Sr. D. Alejandro Olivan. 290

Oracion fúnebre, pronunciada en las honras solemnes de Miguel de Cervantes y demas ingenios españoles, por el Ilmo. y Excelentísimo Sr. Dr. D. Fray Jacinto María Martinez y Saez, Obispo de la Habana. 309

ERRATA NOTABLE.

En el cuaderno anterior, núm. 13, pág. 103, línea 18, donde dice: «siglo XVII», léase: «siglo XVIII».

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID: Librerías de Durán, Carrera de San Jerónimo; Bailly-Baillière, plaza de Topete (ántes de Santa Ana); D. Leocadio Lopez, calle del Cármen; Moya y Plaza, y Cuesta, calle de Carretas; Gaspar y Roig, y Escribano, calle de Izquierdo (ántes del Príncipe).

EN PROVINCIAS: En las principales librerías.

PRECIO Y CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

EN MADRID.—La suscricion no se hará por ménos de cuatro *cuadernos*, que formarán tomo completo. Por cada cuaderno pagará el suscritor. . . . . 8 rs.

Un cuaderno vendido suelto. 10

Satisfaciendo adelantado el importe de un tomo, se pagará solamente. 30

EN LAS PROVINCIAS É ISLAS ADYACENTES.—Por cada cuaderno (franco el porte). 10

Por el número suelto (id.). 12

EN LAS ANTILLAS ESPAÑOLAS.—Cada cuatro cuadernos, francos de porte, enviando libranza. 45

Suscribiéndose en casa de los Comisionados. 50

EN FILIPINAS Y LA AMÉRICA ESPAÑOLA.—Los cuatro cuadernos, franco el porte. 60

EN EL EXTRANJERO.—Id. id. . . . . 25 frs.

ó su equivalente.

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

CUADERNO 15.

MADRID,
IMPRENTA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1874.

ACADÉMICOS DE NÚMERO.

Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, *Director.*
Excmo. Sr. D. Joaquin Mencos, Conde de Guendulain.
Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura.
Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, *Censor.*
Sr. D. Ramon Mesonero Romanos.
Sr. D. Antonio María Segovia, *Secretario.*
Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan.
Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, *Vocal adicto.*
Ilmo. Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea.
Excmo. Sr. D. José Caveda.
Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, *Bibliotecario.*
Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, *Tesorero.*
Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete.
Sr. D. Manuel Tamayo y Báus.
Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal.
Excmo. Sr. D. Tomás Rodriguez Rubí.
Sr. D. Francisco Cutanda.
Sr. D. Ramon de Campoamor.
Excmo. Sr. D. Juan Valera.
Excmo. Sr. D. Antonio García Gutierrez.
Excmo. Sr. D. Enrique de Saavedra, Duque de Rivas.
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.
Excmo. Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala.
Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.
Sr. D. Cayetano Fernandez.
Excmo. Sr. D. Antonio Benavides.
Sr. D. Antonio Arnao.
Sr. D. Luis Fernandez-Guerra y Orbe.
Sr. D. José de Selgas y Carrasco, electo.
Excmo. Sr. D. Emilio Castelar, electo.
Excmo. Sr. D. Agustin Pascual, electo.
Sr. D. José Godoy y Alcántara, electo.
Sr. D. Leon Galindo y de Vera, electo.
Ilmo. Sr. D. Gaspar Nuñez de Arce, electo.
Sr. D. . . . . .

OBRAS PUBLICADAS

por la Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, número 26, y en la librería de Moya y Plaza, calle de Carretas, número 8.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. — Rs. vn.	En rústica. — Rs. vn.	En papel — Rs. vn
Diccionario de la lengua castellana, undécima edicion.	70	»	60
Gramática de la lengua castellana.	»	15	»
Compendio de la misma, destinado á la segunda enseñanza.	»	4	»
Epítome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental.	»	2	»
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana.	»	3	»
Discursos de recepcion de la Academia Española: tres tomos en 8.° mayor, cada uno.	»	20	»
Obras poéticas del *Duque de Frias*, un tomo en 4.° mayor, edicion de todo lujo.	»	40	»
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego*, un tomo en 8.° prolongado.	»	20	»
El Fuero Juzgo en latin y en castellano, un tomo en fólio.	32	»	»
El Siglo de Oro, de D. Bernardo Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo.	16	»	»
El Fuero de Avilés, con el texto en facsímile, sus concordancias y su vocabulario, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.	»	20	»
BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES.			
La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, con un prólogo é ilustraciones de D. Antonio Ferrer del Rio, dos tomos.	»	30	»
Farsas y églogas de Lúcas Fernandez, con un prólogo é ilustraciones de D. Manuel Cañete, un tomo.	»	12	»
Comedias escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcon, con un prólogo y juicio crítico de ellas, de D. Isaac Nuñez de Arenas, tres tomos.	»	36	»
Comedias escogidas de D. Pedro Calderon de la Barca, con un prólogo y juicio crítico de sus obras, por D. Patricio de la Escosura, tomos I y II.	»	24	»

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática* y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100 de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía*, tomando de una vez 200 ó más ejemplares.

Respecto de la *Biblioteca de clásicos españoles*, obtendrán los libreros las siguientes rebajas: desde 1 á 25 ejemplares, un 10 por 100; desde 26 á 50, un 12 por 100; desde 51 en adelante, un 15 por 100.

SUMARIO DE ESTE NÚMERO.

Páginas.

Breves consideraciones acerca del idioma válaco, por el Ilmo. Sr. don Pedro Felipe Monlau. 340
Discurso del Excmo. Sr. D. Antonio Benavides, leido en el acto de su recepcion pública. 367
Contestacion al Discurso del Sr. Benavides, por el Excmo. Sr. Marqués de Molins. 398
Del drama lírico y de la lengua castellana como elemento musical, Discurso leido en el acto de su recepcion por el Sr. D. Antonio Arnao. 425
Contestacion al precedente discurso, por el Sr. D. Antonio María Segovia. 466

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid : Librerías de Durán, Carrera de San Jerónimo; Bailly-Baillière, plaza de Topete (ántes de Santa Ana); D. Leocadio Lopez, calle del Cármen; Moya y Plaza, y Cuesta, calle de Carretas; Gaspar y Roig, y Escribano, calle de Izquierdo (ántes del Príncipe).

En Provincias : En las principales librerías.

PRECIO Y CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

En Madrid.—La suscricion no se hará por ménos de cuatro *cuadernos*, que formarán tomo completo. Por cada cuaderno pagará el suscritor. . . . . 8 rs.
Un cuaderno vendido suelto. 10
Satisfaciendo adelantado el importe de un tomo, se pagará solamente. 30
En las provincias é islas adyacentes.—Por cada cuaderno (franco el porte). 10
Por el número suelto (id.). 12
En las Antillas españolas.—Cada cuatro cuadernos, francos de porte, enviando libranza. 45
Suscribiéndose en casa de los Comisionados. 50
En Filipinas y la América española.—Los cuatro cuadernos, franco el porte. 60
En el Extranjero.—Id. id. . . . . 25 frs.
ó su equivalente.

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA ESPAÑOLA.

CUADERNO 16.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
calle del Duque de Osuna, núm. 3.

1874.

ACADÉMICOS DE NÚMERO.

Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, *Director.*
Excmo. Sr. D. Joaquin Mencos, Conde de Guendulain.
Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura.
Excmo. Sr. D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, *Censor.*
Sr. D. Ramon Mesonero Romanos.
Excmo. Sr. D. Alejandro Olivan.
Excmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, *Vocal adicto.*
Ilmo. Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea.
Excmo. Sr. D. José Caveda.
Ilmo. Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, *Bibliotecario.*
Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, *Tesorero.*
Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete.
Sr. D. Manuel Tamayo y Báus, *Secretario interino.*
Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal.
Excmo. Sr. D. Tomás Rodriguez Rubí.
Sr. D. Francisco Cutanda.
Sr. D. Ramon de Campoamor.
Excmo. Sr. D. Juan Valera.
Excmo. Sr. D. Antonio García Gutierrez.
Excmo. Sr. D. Enrique de Saavedra, Duque de Rivas.
Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.
Sr. D. Francisco de Paula Canalejas.
Excmo. Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala.
Excmo. Sr. D. Manuel Silvela.
Sr. D. Cayetano Fernandez.
Excmo. Sr. D. Antonio Benavides.
Sr. D. Antonio Arnao.
Sr. D. Luis Fernandez-Guerra y Orbe.
Sr. D. José de Selgas y Carrasco.
Excmo. Sr. D. Emilio Castelar, electo.
Excmo. Sr. D. Agustin Pascual, electo.
Sr. D. José Godoy y Alcántara, electo.
Sr. D. Leon Galindo y de Vera, electo.
Ilmo. Sr. D. Gaspar Nuñez de Arce, electo.
Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra, electo.
Ilmo. Sr. D. Pedro Madrazo, electo.

OBRAS PUBLICADAS

por la Academia Española, que se hallan de venta en su despacho de la calle de Valverde, en Madrid, número 26, y en la librería de Moya y Plaza, calle de Carretas, número 8.

	PRECIO DE CADA EJEMPLAR.		
	En pasta. — Rs. vn.	En rústica. — Rs. vn.	En papel. — Rs. vn.
Diccionario de la lengua castellana, undécima edicion. .	70	»	60
Gramática de la lengua castellana.	»	15	»
Compendio de la misma, destinado á la segunda enseñanza.	»	4	»
Epítome de la misma Gramática, dispuesto para la enseñanza elemental.	»	2	»
Prontuario de Ortografía de la lengua castellana. . . .	»	3	»
Discursos de recepcion de la Academia Española: tres tomos en 8.° mayor, cada uno.	»	20	»
Obras poéticas del *Duque de Frias*, un tomo en 4.° mayor, edicion de todo lujo.	»	40	»
Obras poéticas de *D. Juan Nicasio Gallego*, un tomo en 8.° prolongado.	»	20	»
El Fuero Juzgo en latin y en castellano, un tomo en fólio.	32	»	»
El Siglo de Oro, de D. Bernardo Valbuena, con el poema *La Grandeza Mejicana*, un tomo.	16	»	»
El Fuero de Avilés, con el texto en facsímile, sus concordancias y su vocabulario, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.	»	20	»
BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES ESPAÑOLES.			
La Araucana, de D. Alonso de Ercilla, con un prólogo é ilustraciones de D. Antonio Ferrer del Rio, dos tomos.	»	30	»
Farsas y églogas de Lúcas Fernandez, con un prólogo é ilustraciones de D. Manuel Cañete, un tomo.	»	12	»
Comedias escogidas de D. Juan Ruiz de Alarcon, con un prólogo y juicio crítico de ellas, de D. Isaac Nuñez de Arenas, tres tomos.	»	36	»
Comedias escogidas de D. Pedro Calderon de la Barca, con un prólogo y juicio crítico de sus obras, por D. Patricio de la Escosura, tomos I y II.	»	24	»

La venta por mayor se verifica en el citado despacho de la calle de Valverde. Á los que compren de 12 á 50 ejemplares del *Diccionario*, de la *Gramática* y del *Compendio* y *Epítome* de la misma, se rebaja el 5 por 100 de su importe, y el 10 por 100 de 50 en adelante.

Se obtiene una rebaja de 5 por 100 en el importe de los *Prontuarios de Ortografía*, tomando de una vez 200 ó más ejemplares.

Respecto de la *Biblioteca de clásicos españoles*, obtendrán los libreros las siguientes rebajas: desde 1 á 25 ejemplares, un 10 por 100; desde 26 á 50, un 12 por 100; desde 51 en adelante, un 15 por 100.

SUMARIO DE ESTE NÚMERO.

Páginas.

Contestacion al discurso del Sr. D. Antonio Arnao, *Del drama lírico y de la lengua castellana como elemento musical*, por el Sr. D. Antonio María Segovia (*conclusion*). 499

Apéndice, por D. Antonio Arnao. 450

Discurso de D. Luis Fernandez-Guerra y Orbe, leido en el acto de su recepcion pública. 504

Contestacion al Discurso precedente, por D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe. 551

Eneida de Virgilio, Libro primero, por D. Fermin de la Puente y Apezechea. 594

A la ilustre Academia Española, respetuoso homenaje, por D. José Antonio Calcaño. 648

Erratas notables en el cuaderno núm. 13. 659

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid : Librerías de Durán, Carrera de San Jerónimo; Bailly-Bailière, plaza de Topete (ántes de Santa Ana); D. Leocadio Lopez, calle del Cármen; Moya y Plaza, y Cuesta, calle de Carretas; Gaspar y Roig, y Escribano, calle de Izquierdo (ántes del Príncipe).

En Provincias : En las principales librerías.

PRECIO Y CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

En Madrid.—La suscricion no se hará por ménos de cuatro *cuadernos*, que formarán tomo completo. Por cada cuaderno pagará el suscritor. . . . . 8 rs.

Un cuaderno vendido suelto. 10

Satisfaciendo adelantado el importe de un tomo, se pagará solamente. 30

En las provincias é islas adyacentes.—Por cada cuaderno (franco el porte). 10

Por el número suelto (id.). 12

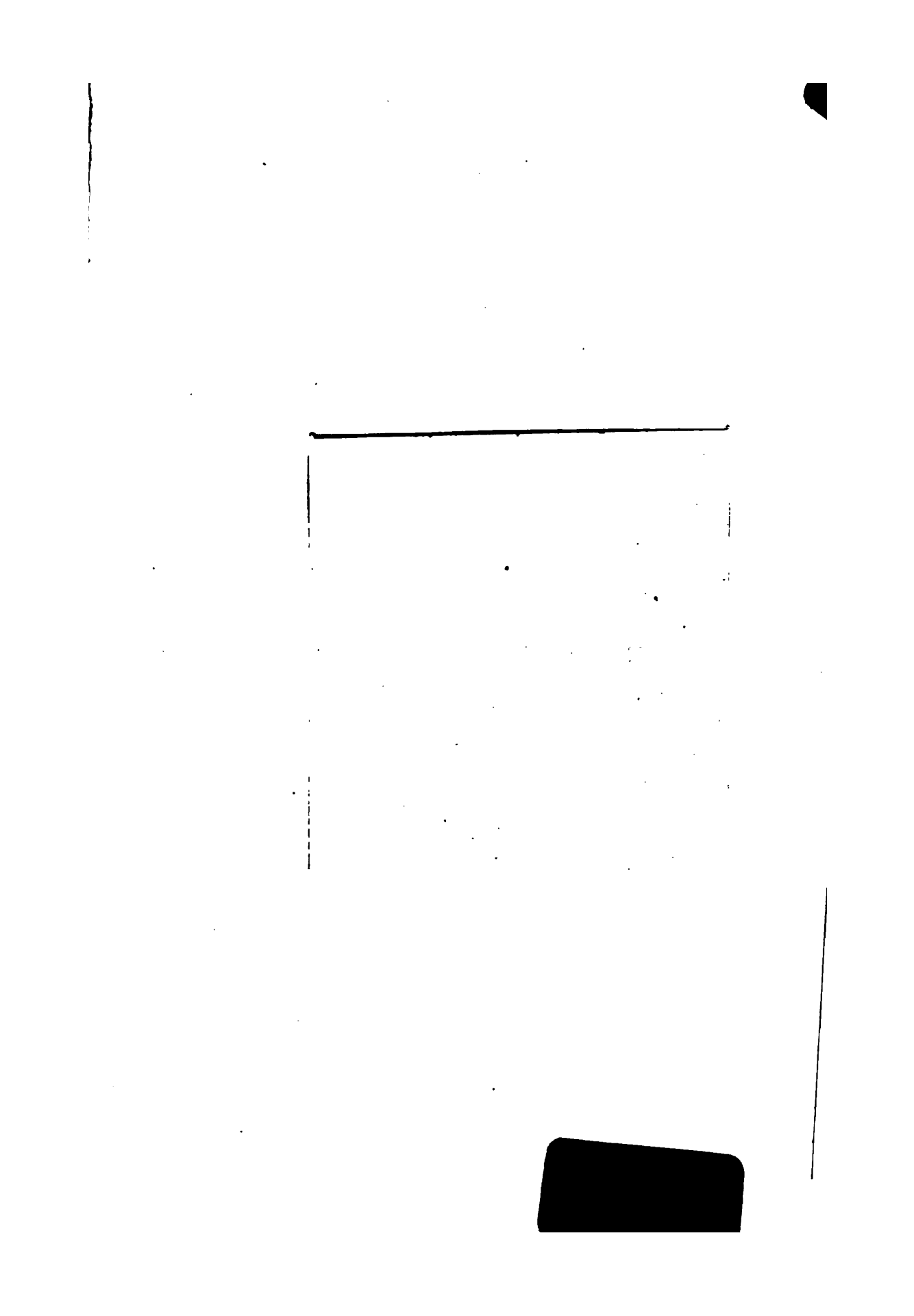
En las Antillas españolas.—Cada cuatro cuadernos, francos de porte, enviando libranza. 45

Suscribiéndose en casa de los Comisionados. 50

En Filipinas y la América española.—Los cuatro cuadernos, franco el porte. 60

En el Extranjero.—Id. id. . . . . 25 frs.

ó su equivalente.



Widener Library
3 2044 092 555 747